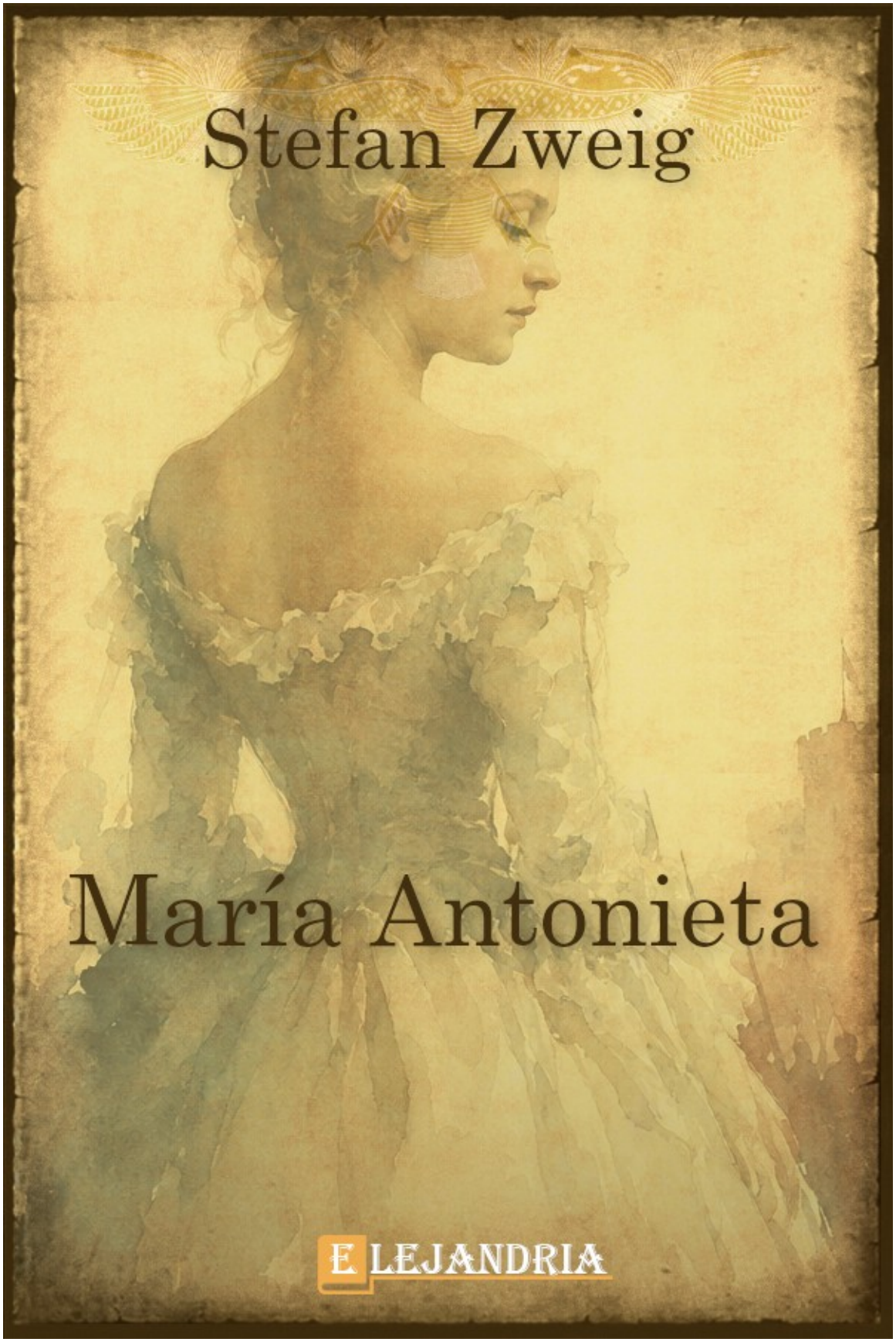
Stefan Zweig

María Antonieta

ELEJANDRIA


Stefan Zweig
María Antonieta
ELEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

MARÍA ANTONIETA
RETRATO DE UN CARÁCTER MEDIANO

STEFAN ZWEIG

PUBLICADO: 1932
FUENTE: HTTPS://PROJEKT-GUTENBERG.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

Introducción

Escribir la historia de la reina María Antonieta significa retomar un proceso de más de cien años, en el que acusación y defensa se enfrentan con la mayor violencia. Del tono apasionado de la discusión son responsables los acusadores. Para herir a la monarquía, la Revolución tuvo que atacar a la reina, y en la reina, a la mujer. Ahora bien, la veracidad y la política rara vez habitan bajo un mismo techo, y allí donde con fines demagógicos se ha de trazar una figura, poca justicia cabe esperar de los complacientes servidores de la opinión pública. No se escatimó medio ni calumnia alguna contra María Antonieta para llevarla a la guillotina; todo vicio, toda bajeza moral, toda suerte de perversidad se le atribuyó sin escrúpulo, en periódicos, panfletos y libros, a la «louve autrichienne»; hasta en la propia casa de la justicia, en la sala del tribunal, el fiscal comparó grandilocuentemente a la «viuda Capet» con las más célebres mujeres de vicio de la historia, con Mesalina, Agripina y Fredegunda. Tanto más resuelto fue después el vuelco cuando, en 1815, un Borbón volvió a subir al trono de Francia; para halagar a la dinastía, la imagen demonizada se repinta con los colores más melifluos: no hay representación de María Antonieta de esa época sin nube de incienso y sin aureola. Un canto de alabanza sigue a otro, se defiende con encono su virtud intocable, se celebran en verso y en prosa su espíritu de sacrificio, su bondad, su heroísmo sin mácula; y velos de anécdotas empapados en abundantes lágrimas, tejidos casi siempre por manos aristocráticas, envuelven el rostro transfigurado de la «reine martyre», la reina mártir.

La verdad anímica se halla aquí, como casi siempre, cerca del término medio. María Antonieta no fue ni la gran santa del monarquismo ni la ramera, la «grue» de la Revolución, sino un carácter mediano, una mujer en realidad corriente, ni especialmente lista ni especialmente necia, ni fuego ni hielo, sin fuerza particular para el bien y sin el menor afán de mal, la mujer media de ayer, de hoy y de mañana, sin inclinación a lo demoníaco, sin voluntad de heroísmo y, al parecer, por ello apenas objeto de una tragedia. Pero la historia, ese gran demiurgo, no necesita en absoluto de un carácter heroico como protagonista para hacer surgir un drama estremecedor. La tensión trágica no resulta solo del exceso de una figura, sino, siempre, de la desproporción entre un ser humano y su destino. Puede manifestarse dramáticamente cuando un hombre desmesurado, un héroe, un genio, entra en conflicto con un entorno que resulta demasiado estrecho, demasiado hostil para la tarea que le es innata —un Napoleón, por ejemplo, asfixiándose en el minúsculo cuadrado de Santa Elena, un Beethoven, encerrado en su sordera—, siempre y en todas partes, en cada gran figura que no encuentra su medida ni su cauce de expansión. Pero lo trágico surge igualmente cuando una naturaleza mediana, o incluso endeble, se ve arrastrada a un destino desmesurado, a responsabilidades personales que la abruman y la trituran, y esta forma de lo trágico me parece incluso, humanamente, la más conmovedora. Porque el hombre extraordinario busca inconscientemente un destino extraordinario; a su naturaleza desmedida le es orgánicamente propio vivir heroicamente o, en palabras de Nietzsche, «peligrosamente»; desafía violentamente al mundo mediante la enorme exigencia que le es innata. Así, el carácter genial no es en el fondo inocente de su sufrimiento, porque la misión que lleva dentro anhela místicamente esa prueba de fuego para liberar una fuerza última; como la tormenta a la gaviota, así lo eleva su poderoso destino más fuerte y más alto. El carácter mediano, en cambio, está por naturaleza dispuesto para una forma de vida apacible; no quiere, ni necesita en absoluto, mayor tensión, preferiría vivir tranquilo y en la sombra, en calma y bajo temperaturas moderadas del destino; por eso se resiste, por eso se angustia, por eso huye cuando una mano

invisible lo sacude. No quiere responsabilidades de alcance histórico-universal; al contrario, las teme; no busca el sufrimiento, sino que se le impone; desde fuera, no desde dentro, se le obliga a ser más grande de lo que en realidad es su medida. Este sufrimiento del no-héroe, del hombre mediano, no lo tengo por menor que el sufrimiento grandilocuente del héroe verdadero solo porque le falte un sentido visible, y acaso lo considero aún más estremecedor; porque el hombre cualquiera ha de sobrellevarlo enteramente solo, y no tiene, como el artista, la dichosa salvación de transformar su tormento en obra y en forma perdurable.

De cómo el destino es capaz, a veces, de arar a un ser humano así, mediano, y de empujarlo violentamente, con su puño imperioso, más allá de su propia mediocridad, la vida de María Antonieta es quizá el ejemplo más elocuente de la historia. Los primeros treinta de sus treinta y ocho años, esta mujer recorre un camino indiferente, aunque en una esfera vistosa; nunca rebasa la medida corriente, ni para el bien ni para el mal: un alma tibia, un carácter mediano y, vista históricamente, al principio solo una figura de comparsa. De no haber irrumpido la Revolución en su alegre y despreocupado mundo de juegos, esta Habsburgo en sí insignificante habría seguido viviendo apaciblemente, como cien millones de mujeres de todos los tiempos; habría bailado, charlado, amado, reído, se habría acicalado, habría hecho visitas y dado limosnas; habría dado a luz hijos y, al final, se habría acostado tranquilamente en un lecho para morir, sin haber vivido de verdad para el espíritu del mundo. La habrían expuesto solemnemente como reina, se habría guardado luto de corte, pero luego se habría desvanecido de la memoria de la humanidad, igual que todas esas innumerables otras princesas, las Marie-Adelaide y Adelaide-Marie, las Anna-Katharina y Katharina-Anna, cuyas lápidas figuran, con letras frías y sin cariño, sin que nadie las lea, en el Gotha. Ningún ser vivo habría sentido jamás el deseo de indagar en su figura, en su alma apagada; nadie habría sabido quién fue en realidad, y —esto es lo esencial— ella misma, María Antonieta, reina de Francia, sin su prueba, nunca habría sabido ni experimentado quién había sido.

Pues es parte de la suerte o la desgracia del hombre mediano el que no sienta por sí mismo ninguna necesidad de tomarse la medida, el que no sienta curiosidad por preguntarse quién es antes de que el destino se lo pregunte: deja dormir sin aprovechar sus posibilidades, atrofiarse sus verdaderas disposiciones, y sus fuerzas, como músculos que nunca se ejercitan, se ablandan, mientras la necesidad no las tensa para una defensa real. Un carácter mediano tiene primero que ser expulsado de sí mismo para ser todo lo que podría ser, y quizá más de lo que él mismo antes presentía y sabía; y para ello el destino no tiene otro látigo que la desgracia. Y del mismo modo que un artista a veces busca deliberadamente un tema exteriormente pequeño, en lugar de uno grandilocuente y de alcance universal, para demostrar su fuerza creadora, así el destino busca de vez en cuando al héroe insignificante, para demostrar que también de una materia quebradiza es capaz de sacar la tensión más alta, y de un alma débil y reacia, una gran tragedia. Una tragedia así, y una de las más hermosas de ese heroísmo no querido, se llama María Antonieta.

¡Pues con qué arte, con qué fuerza inventiva de episodios, en qué desmesuradas dimensiones de tensión histórica inserta aquí la historia a este hombre mediano en su drama, con qué sabiduría contrapuntea los contrastes en torno a esta figura protagonista, en un principio tan poco prometedora! Con astucia diabólica, primero mima a esta mujer. Ya de niña le regala una corte imperial por hogar, a la adolescente una corona; a la joven mujer le colma pródigamente todos los dones de la gracia y de la riqueza, y le da además un corazón ligero, que no pregunta por el precio ni el valor de esos dones. Durante años mima, consiente ese corazón irreflexivo, hasta que pierde el juicio y se vuelve cada vez más despreocupado. Pero con la misma rapidez y ligereza con que el destino arrebata a esta mujer hacia las más altas cumbres de la fortuna, con tanta mayor crueldad refinada, con tanta mayor lentitud la deja después caer. Con crudeza melodramática, este drama pone frente a frente los extremos más opuestos: la arroja de un palacio imperial de cien estancias a una miserable celda de prisión, del trono

real al cadalso, de la carroza de cristal y oro a la carreta del verdugo, del lujo a la privación, de la popularidad universal al odio, del triunfo a la calumnia, cada vez más hondo, y sin tregua, hasta el fondo último. Y este ser pequeño, este ser mediano, asaltado de pronto en medio de su vida mimada, este corazón sin entendimiento, no comprende qué se propone con él ese poder extraño; solo siente un puño duro que lo amasa, una garra ardiente en la carne torturada; este ser inconsciente, reacio y ajeno a todo sufrimiento, se resiste, no quiere, gime, huye, trata de escapar. Pero, con la inclemencia de un artista que no ceja hasta arrancar a su materia la tensión más alta, la última posibilidad, la mano sabia de la desgracia no suelta a María Antonieta hasta haber forjado a martillazos esa alma blanda y débil en dureza y compostura, hasta haber sacado a la luz, plásticamente, todo lo que de grandeza, heredado de padres y antepasados, yacía sepultado en su alma. Sobresaltada en medio de su tormento, la mujer puesta a prueba, que nunca se había preguntado por sí misma, reconoce por fin la transformación; siente que, precisamente cuando su poder exterior toca a su fin, empieza en su interior algo nuevo y grande, que sin aquella prueba no habría sido posible. «Solo en la desgracia se sabe verdaderamente quién se es»: estas palabras, mitad orgullosas, mitad conmovidas, brotan de pronto de su boca asombrada; la asalta el presentimiento de que, precisamente a través de ese sufrimiento, su pequeña vida mediana perdurará como ejemplo para la posteridad. Y con esta conciencia de una obligación más alta, su carácter crece más allá de sí mismo. Poco antes de que se quiebre la forma mortal, la obra de arte, la perdurable, está lograda, porque en la última, en la postrera hora de su vida, María Antonieta, el ser mediano, alcanza por fin la medida trágica y se hace tan grande como su destino.

Casan a una niña

Durante siglos, Habsburgo y Borbón han combatido por la hegemonía de Europa en docenas de campos de batalla alemanes, italianos, flamencos; al fin, los dos están cansados. A la hora undécima, los viejos rivales reconocen que sus insaciables celos solo han despejado el camino a otras casas reinantes; ya la isla inglesa, pueblo hereje, tiende su mano hacia el imperio del mundo; ya el protestante margraviato de Brandeburgo crece hasta convertirse en poderoso reino; ya la semipagana Rusia se dispone a extender hasta lo inconmensurable su esfera de poder; ¿no sería mejor, empiezan a preguntarse —como siempre, demasiado tarde— los soberanos y sus diplomáticos, mantener la paz entre sí, en vez de renovar una y otra vez el fatídico juego de la guerra en beneficio de advenedizos sin fe? Choiseul, en la corte de Luis XV, y Kaunitz, como consejero de María Teresa, forjan una alianza, y para que se mantenga duradera y no sea solo una tregua entre dos guerras, proponen que las dos dinastías, Habsburgo y Borbón, se unan por la sangre. Nunca ha faltado en la casa de Habsburgo princesas en edad de casar; también esta vez hay una amplia selección de todas las edades. Primero, los ministros consideran casar al propio Luis XV, pese a su condición de abuelo y a sus costumbres más que dudosas, con una princesa habsburguesa, pero el Rey Cristianísimo huye enseguida del lecho de la Pompadour al de otra favorita, la Du Barry. Tampoco el emperador José, viudo por segunda vez, muestra verdadera inclinación a dejarse emparejar con alguna de las tres hijas ya talluditas de Luis XV; así, queda como enlace más natural el tercero: prometer al delfín, aún adolescente, nieto de Luis XV y futuro

portador de la corona de Francia, con una hija de María Teresa. En 1766, María Antonieta, que entonces cuenta once años, puede ya considerarse propuesta en serio; el embajador austríaco escribe expresamente a la emperatriz el 24 de mayo: «El rey se ha expresado de tal manera que Vuestra Majestad puede ya considerar el proyecto asegurado y decidido». Pero los diplomáticos no serían diplomáticos si no pusieran su orgullo en complicar las cosas sencillas y, sobre todo, en demorar con arte todo asunto importante. Se entretejen intrigas de corte a corte, un año, dos, tres, y María Teresa, con no poca razón recelosa, teme que su incómodo vecino, Federico de Prusia, «le monstre», como lo llama con sincero rencor, acabe también frustrando con una de sus diabluras maquiavélicas este plan tan decisivo para la posición de poder de Austria; así pues, despliega toda su amabilidad, su pasión y su astucia para no dejar escapar a la corte francesa de esa media promesa. Con la infatigabilidad de una casamentera profesional, con la tenaz e inflexible paciencia de su diplomacia, hace comunicar una y otra vez a París las cualidades de la princesa; colma de cortesías y regalos a los embajadores para que traigan por fin de Versalles una oferta matrimonial vinculante; más emperatriz que madre, más pendiente de acrecentar el «poderío de la casa» que de la felicidad de su hija, no se deja disuadir siquiera por el aviso de su embajador de que la naturaleza ha negado al delfín todos sus dones: que es de entendimiento muy limitado, sumamente tosco y por completo insensible. Pero ¿para qué necesita una archiduquesa ser feliz, con tal de que llegue a reina? Cuanto más ardientemente apremia María Teresa por el pacto y la carta, con tanta más superioridad se contiene el mundano rey Luis XV; durante tres años se hace enviar retratos e informes sobre la pequeña archiduquesa y se declara favorable, en principio, al plan de matrimonio. Pero no pronuncia la palabra redentora de la petición de mano, no se compromete.

La inconsciente prenda de este importante negocio de Estado, la Toinette de once, de doce, de trece años, de crecimiento delicado, graciosa, esbelta e indudablemente bonita, retoza y juega mientras tanto, con brío, con hermanas, hermanos y amigas por las salas y

los jardines de Schönbrunn; de estudios, libros y formación se ocupa poco. A sus institutrices y a los abates encargados de educarla sabe envolverlos con tal habilidad, gracias a su amabilidad natural y a su viveza de azogue, que consigue escabullirse de todas las clases. Un día, María Teresa, que entre la abundancia de los asuntos de Estado nunca pudo ocuparse con esmero de cada una de las piezas de su rebaño de hijos, advierte con espanto que la futura reina de Francia, a los trece años, no sabe escribir correctamente ni en alemán ni en francés, y ni siquiera posee los conocimientos más superficiales de historia y de cultura general; con los logros musicales tampoco va mucho mejor, aunque nada menos que Gluck le diera lecciones de clave. A la hora undécima ha de repararse ahora la omisión, y la juguetona y perezosa Toinette debe ser educada hasta convertirse en una dama culta. Lo importante para una futura reina de Francia es, sobre todo, que baile con decoro y hable francés con buen acento; con este fin, María Teresa contrata a toda prisa al gran maestro de baile Noverre y a dos actores de una compañía francesa de paso por Viena, uno para la pronunciación, otro para el canto. Pero apenas comunica esto el embajador francés a la corte borbónica, llega ya desde Versalles una indicación indignada: una futura reina de Francia no puede ser instruida por gentuza de cómicos. Se inician a toda prisa nuevas negociaciones diplomáticas, pues Versalles considera ya la educación de la prometida propuesta para el delfín como asunto propio, y tras muchas idas y venidas, por recomendación del obispo de Orleans, se envía a Viena como preceptor a un abate Vermond; de él poseemos los primeros informes fidedignos sobre la archiduquesa de trece años. La encuentra encantadora y simpática: «A un rostro delicioso une toda la gracia imaginable de porte, y si, como cabe esperar, crece un poco más, tendrá todos los encantos que se pueden desear para una alta princesa. Su carácter y su índole son excelentes». Sin embargo, el buen abate se expresa de manera bastante más cautelosa sobre los conocimientos reales y el gusto por el estudio de su alumna. Juguetona, distraída, desenfadada, de una viveza de azogue, la pequeña María Antonieta, pese a su facilidad para captar las cosas, jamás ha mostrado la menor inclinación a ocuparse de ninguna

materia seria. «Tiene más inteligencia de la que durante mucho tiempo se le supuso, pero, por desgracia, esa inteligencia no ha sido acostumbrada, hasta los doce años, a ninguna concentración. Un poco de pereza y mucha liviandad me han hecho aún más difícil su enseñanza. Empecé durante seis semanas con los rudimentos de la bella literatura; captaba bien, juzgaba con acierto, pero no logré que profundizara más en las materias, aunque sentía que tendría capacidad para ello. Así que acabé comprendiendo que solo se la puede educar entreteniéndola al mismo tiempo».

Casi con las mismas palabras se quejarán todavía, diez, veinte años más tarde, todos los estadistas de esa desgana para pensar pese a la gran inteligencia, de esa fuga aburrida ante cualquier conversación a fondo; ya en la niña de trece años queda del todo al descubierto todo el peligro de ese carácter que podría hacerlo todo y en verdad no quiere nada. Pero en la corte francesa, desde el gobierno de las favoritas, se aprecia más el porte de una mujer que su contenido; María Antonieta es bonita, es vistosa y de carácter decente —eso basta—, y así, en 1769, sale por fin hacia María Teresa la tan esperada carta de Luis XV, en la que el rey pide solemnemente la mano de la joven princesa para su nieto, el futuro Luis XVI, y propone como fecha de la boda los días de Pascua del año siguiente. Dichosa, María Teresa da su consentimiento; tras muchos años de preocupación, la mujer trágicamente resignada vive una vez más una hora luminosa. Le parece ahora asegurada la paz del imperio y, con ella, la de Europa; por postas y correos se anuncia enseguida solemnemente a todas las cortes que Habsburgo y Borbón, de enemigos, se han convertido para siempre en aliados de sangre. «Bella gerant alii, tu, felix Austria, nube»; una vez más se ha confirmado el viejo lema de la casa de Habsburgo.

La tarea de los diplomáticos ha concluido felizmente. Pero solo ahora se comprende: esa fue la parte más fácil del trabajo. Pues persuadir a Habsburgo y a Borbón de un entendimiento, reconciliar a Luis XV y a María Teresa, ¡qué juego de niños resulta esto comparado con la insospechada dificultad de conciliar el ceremonial cortesano y doméstico francés y austríaco en una festividad tan

representativa! Es cierto que los sumilleres de corte de ambas partes y demás fanáticos del orden disponen de todo un año para elaborar, en todos sus artículos, el protocolo, tan enormemente importante, de los festejos nupciales; pero ¿qué significa un fugaz año de solo doce meses para tan intrincados chinos de la etiqueta? Un heredero al trono de Francia se casa con una archiduquesa austríaca: ¡qué cuestiones de tacto capaces de estremecer al mundo desata semejante ocasión, con qué profundidad hay que meditar aquí cada detalle, cuántas metidas de pata irreparables hay que evitar mediante el estudio de documentos centenarios! Día y noche cavilan, con las cabezas echando humo, los sagrados guardianes de los usos y costumbres en Versalles y en Schönbrunn; día y noche negocian los embajadores por cada invitación en particular, correos urgentes con propuestas y contrapropuestas cruzan de un lado a otro, pues piénsese qué catástrofe incalculable (peor que siete guerras) podría desencadenarse si en tan sublime ocasión se hiriera la vanidad de rango de alguna de las altas casas. En incontables disertaciones, a un lado y a otro del Rin, se ponderan y discuten delicadas cuestiones doctorales, por ejemplo esta: de quién debe figurar en primer lugar el nombre en el contrato matrimonial, si el de la emperatriz de Austria o el del rey de Francia; quién puede firmar primero; qué regalos han de darse, qué dote ha de acordarse; quién debe acompañar a la novia, quién ha de recibirla; cuántos caballeros, damas de honor, militares, guardias de corps a caballo, camareras mayores y menores, peluqueros, confesores, médicos, escribientes, secretarios de cámara y lavanderas corresponden al cortejo nupcial de una archiduquesa de Austria hasta la frontera, y cuántos luego a la heredera del trono de Francia desde la frontera hasta Versalles. Pero mientras las pelucas de ambos bandos distan mucho todavía de ponerse de acuerdo sobre las líneas maestras de las cuestiones fundamentales, ya se pelean por su cuenta, en ambas cortes, como si se tratara de la llave del paraíso, los caballeros y sus damas, entre sí, unos contra otros, unos por encima de otros, por el honor de poder acompañar, o bien de recibir, el cortejo nupcial; cada cual defiende sus derechos con todo un código de pergaminos; y aunque los maestros de ceremonias trabajan como galeotes, ni en

todo un año consiguen zanjar del todo estas cuestiones de importancia universal sobre la precedencia y la admisión en la corte: en el último momento, por ejemplo, se tacha del programa la presentación de la nobleza alsaciana, para «eliminar las prolijas cuestiones de etiqueta, para cuya resolución ya no queda tiempo». Y si una orden real no hubiese fijado la fecha en un día muy determinado, los guardianes del ceremonial austríacos y franceses todavía hoy no se habrían puesto de acuerdo sobre la forma «correcta» de la boda, y no habría habido ninguna reina María Antonieta, y quizá tampoco Revolución francesa.

En ambos bandos, aunque tanto Francia como Austria necesitarían con urgencia ahorrar, la boda se plantea con el máximo boato y esplendor. Habsburgo no quiere quedar por detrás de Borbón, ni Borbón por detrás de Habsburgo. El palacio de la embajada francesa en Viena resulta demasiado pequeño para los mil quinientos invitados; cientos de obreros levantan a toda prisa nuevos anexos, mientras al mismo tiempo se prepara en Versalles una sala de ópera propia para la celebración de la boda. Para los proveedores de la corte, para los sastres, joyeros y constructores de carrozas de palacio, llegan a ambos lados tiempos de bendición. Solo para ir a buscar a la princesa, Luis XV encarga al proveedor de la corte Francien, en París, dos carruajes de viaje de un esplendor jamás visto: maderas preciosas y cristales relucientes, forrados de terciopelo por dentro, decorados por fuera con pinturas pródigamente, rematados por coronas, y, pese a todo ese fasto, magníficamente amortiguados y capaces de rodar ya al más leve tirón. Para el delfín y la corte real se adquieren nuevos trajes de gala, bordados con joyas preciosas; el gran Pitt, el diamante más espléndido de la época, adorna el sombrero de bodas de Luis XV, y con el mismo lujo prepara María Teresa el ajuar de su hija: encajes tejidos expresamente en Malinas, el lino más delicado, seda y joyas. Por fin llega a Viena, en calidad de embajador pedidor de la mano, Durfort: espectáculo magnífico para los vieneses, apasionados amantes del espectáculo; cuarenta y ocho carrozas de seis caballos, entre ellas las dos maravillas de cristal, ruedan lenta y

solemnemente por las calles engalanadas hacia la Hofburg; solo las nuevas libreas de los ciento diecisiete guardias de corps y lacayos que acompañan al embajador han costado ciento siete mil ducados, y todo el cortejo, no menos de trescientos cincuenta mil. Desde esa hora, las fiestas se suceden una tras otra: petición de mano pública, renuncia solemne de María Antonieta a sus derechos austríacos ante el Evangelio, el crucifijo y las velas encendidas, felicitaciones de la corte, de la universidad, desfile del ejército, Théâtre paré, recepción y baile en el Belvedere para tres mil personas, recepción de vuelta y cena para mil quinientos invitados en el palacio Liechtenstein, y, por fin, el 19 de abril, la celebración del matrimonio per procurationem en la iglesia de los Agustinos, en la que el archiduque Fernando representa al delfín. Después, todavía una cena de familia entrañable y, el día 21, la despedida solemne, el último abrazo. Y, entre una valla de respeto reverente, la que fue archiduquesa de Austria, María Antonieta, avanza en la carroza del rey de Francia al encuentro de su destino.

La despedida de su hija le había resultado penosa a María Teresa. Durante años y años, la mujer envejecida y agotada había anhelado esta boda como la mayor dicha, en aras del acrecentamiento del «poderío de la casa» habsburguesa, y sin embargo, en la última hora, le preocupa el destino que ella misma ha determinado para su hija. Si se mira más hondo en sus cartas, en su vida, se advierte: esta trágica soberana, la única gran monarca de la casa austríaca, lleva ya la corona, desde hace tiempo, solo como una carga. Con esfuerzo infinito, en guerras incesantes, ha sostenido como unidad, frente a Prusia y a los turcos, frente a Oriente y a Occidente, ese imperio ensamblado por matrimonios y, en cierto sentido, artificial; pero justo ahora, cuando parece asegurado exteriormente, se le hunde el ánimo. Un extraño presentimiento oprime a la venerable mujer: que este imperio, al que ha entregado toda su fuerza y su pasión, decaerá y se desmoronará bajo sus sucesores; sabe, política clarividente y casi profética, con cuánta holgura está trabado este conglomerado de naciones acopladas por azar, y con cuánta prudencia y contención, con cuánta sabia pasividad puede

únicamente prolongarse su subsistencia. Pero ¿quién ha de continuar lo que ella ha emprendido con tanto esmero? Hondas decepciones con sus hijos han despertado en ella un espíritu de Casandra; en todos ellos echa de menos lo que fue la fuerza más propia de su ser: la gran paciencia, el planificar y el perseverar lento y seguro, la capacidad de renunciar y la sabia limitación de sí misma. Pero de la sangre lorenesa de su esposo ha debido de fluir a las venas de sus hijos una ardiente ola de inquietud; todos ellos están dispuestos a destruir posibilidades incalculables por el placer de un instante: una estirpe menor, poco seria, incrédula y afanada solo en el éxito pasajero. Su hijo y corregente José II, lleno de la impaciencia propia de un príncipe heredero, adula a Federico el Grande, que la ha perseguido y escarnecido toda la vida; corteja a Voltaire, a quien ella, católica devota, odia como al Anticristo; su otra hija, a la que también ha destinado a un trono, la archiduquesa María Amalia, apenas casada en Parma, mantiene en vilo a toda Europa con su liviandad. En dos meses arruina las finanzas, desorganiza el país, se divierte con amantes. Y tampoco la otra hija, en Nápoles, le hace mucho honor; ninguna de sus hijas muestra seriedad ni rigor moral, y la ingente obra de esfuerzo abnegado y del deber, a la que la gran emperatriz había sacrificado inexorablemente toda su vida personal y privada, cada alegría, cada goce ligero, le parece cumplida en vano. Lo que más querría es refugiarse en un convento, y solo por miedo, por el presentimiento acertado de que su hijo, precipitado, destruiría enseguida con experimentos irreflexivos todo lo que ella ha edificado, la vieja luchadora se aferra al cetro, del que su mano hace ya mucho que está cansada.

Tampoco respecto a su benjamina, María Antonieta, se hace ilusiones esta fuerte conocedora de caracteres; conoce las virtudes —la gran bondad y cordialidad, la inteligencia fresca y vivaz, el carácter humano sin fingimiento— de esta su hija menor, pero conoce también los peligros: su falta de madurez, su liviandad, su afición al juego, su dispersión. Para acercarse más a ella, para formar todavía, a última hora, una reina de esta fierecilla temperamental, hace dormir a María Antonieta los últimos dos

meses antes de la partida en su propia habitación; procura, en largas conversaciones, prepararla para su gran posición; y para obtener la ayuda del cielo, lleva a la niña de peregrinación a Mariazell. Sin embargo, cuanto más se acerca la hora de la despedida, más inquieta se vuelve la emperatriz. Un sombrío presentimiento le turba el corazón, presentimiento de una desgracia por venir, y ella pone todas sus fuerzas en conjurar a los poderes oscuros. Antes de la partida, entrega a María Antonieta un extenso reglamento de conducta y hace jurar a la despreocupada niña que lo releerá con esmero cada mes. Además de la carta oficial, escribe otra privada a Luis XV, en la que la anciana conjura al anciano rey a tener indulgencia con la pueril falta de seriedad de la niña de catorce años. Pero su desasosiego interior no se aplaca todavía. María Antonieta todavía no puede haber llegado a Versalles, y ya repite la advertencia de consultar aquel memorial. «Te recuerdo, hija mía querida, que releas esa hoja cada día 21 del mes. Sé fiel a este deseo mío, te lo ruego; pues en ti no temo otra cosa que tu negligencia en la oración y en la lectura, y el descuido y la pereza que de ahí se siguen. Lucha contra ellos... y no olvides a tu madre, que, aunque lejos, no dejará de preocuparse por ti hasta el último aliento». En medio del júbilo del mundo entero por el triunfo de su hija, la anciana va a la iglesia y ruega a Dios que aparte una desgracia que ella, sola entre todos, presiente.

Mientras la enorme cabalgata —trescientos cuarenta caballos, que hay que cambiar en cada posta— avanza lentamente por la Alta Austria y Baviera, y se acerca a la frontera tras incontables fiestas y recepciones, carpinteros y tapiceros trabajan a martillazos en una isla del Rin, entre Kehl y Estrasburgo, en una construcción singular. Aquí han jugado los sumilleres de corte de Versalles y Schönbrunn su gran baza; tras interminables deliberaciones sobre si la entrega solemne de la novia debía efectuarse todavía en territorio austríaco o ya en territorio francés, un ingenioso entre ellos concibió la solución salomónica de erigir, en una de las pequeñas islas de arena deshabitadas del Rin, entre Francia y Alemania, es decir, en tierra de nadie, un pabellón de madera propio para la entrega festiva: una

maravilla de neutralidad, con dos antecámaras en el lado derecho del Rin, por las que María Antonieta entra todavía como archiduquesa, dos antecámaras en el lado izquierdo del Rin, por las que sale, tras la ceremonia, como Delfina de Francia, y en medio, la gran sala de la entrega solemne, en la que la archiduquesa se transforma definitivamente en heredera del trono de Francia. Preciosos tapices del palacio arzobispal cubren las paredes de madera levantadas a toda prisa; la Universidad de Estrasburgo presta un dosel; la rica burguesía estrasburguesa, su mobiliario más hermoso. Penetrar en este santuario de esplendor principesco está, por supuesto, vedado a la mirada burguesa; pero unas cuantas monedas de plata vuelven indulgentes a los guardias en todas partes, y así, unos días antes de la llegada de María Antonieta, algunos jóvenes estudiantes alemanes se cuelan en las salas a medio terminar para satisfacer su curiosidad. Y uno de ellos en particular, de elevada estatura, de mirada libre y apasionada, con el aura del genio sobre la frente varonil, no se cansa de contemplar los preciosos tapices de los Gobelinos, hechos según los cartones de Rafael; despiertan en el joven, al que justo entonces se le había revelado el espíritu del gótico en la catedral de Estrasburgo, un deseo impetuoso de comprender con igual amor el arte clásico. Entusiasmado, explica a sus compañeros, menos elocuentes, ese mundo de belleza de los maestros italianos que se le acaba de revelar inesperadamente, pero de pronto se detiene, se ensombrece, la ceja oscura y poblada se le nubla casi con enfado sobre la mirada que un instante antes ardía. Pues solo ahora repara en lo que representan estos tapices: en efecto, una leyenda de lo más inapropiada que cabe imaginar para una fiesta nupcial, la historia de Jasón, Medea y Creúsa, el ejemplo arquetípico de un matrimonio funesto. «¡Cómo!», exclama en voz alta el joven genial, sin reparar en el asombro de los presentes, «¿se permite poner ante los ojos de una joven reina, en su primer paso, y con tanta inconsciencia, el ejemplo de la boda más espantosa que quizá se haya celebrado jamás? ¿Es que no hay entre los arquitectos, decoradores y tapiceros franceses ni una sola persona que entienda que las imágenes representan algo, que las imágenes actúan sobre los

sentidos y el sentimiento, que causan impresiones, que despiertan presentimientos? No es sino como si a esta dama hermosa y, según se dice, amante de la vida, se le hubiese enviado el fantasma más abominable al encuentro, hasta la mismísima frontera». Con esfuerzo consiguen los amigos calmar al exaltado; casi a la fuerza sacan a Goethe —pues no es otro este joven estudiante— de la casa de tablas. Pero pronto se aproxima aquel «poderoso torrente cortesano y de esplendor» del cortejo nupcial, e inunda la sala engalanada con conversación alegre y ánimo festivo, sin sospechar que, pocas horas antes, el ojo vidente de un poeta había avistado ya, en ese tejido multicolor, el hilo negro del destino.

La entrega de María Antonieta debe simbolizar la despedida de todo y de todos los que la unen a la Casa de Austria; también para esto han ideado los maestros de ceremonias un símbolo especial: no solo no puede acompañarla ninguno de su séquito natal más allá de la línea fronteriza invisible, sino que la etiqueta exige incluso que no conserve sobre el cuerpo desnudo ni un solo hilo de manufactura patria, ni un zapato, ni una media, ni una camisa, ni una cinta. Desde el instante en que María Antonieta se convierte en Delfina de Francia, solo tela de origen francés puede envolverla. Así, en la antecámara austríaca, la niña de catorce años ha de desnudarse hasta la piel ante todo el séquito austríaco; desnuda por entero, el cuerpo tierno y aún sin florecer de la muchacha resplandece un instante en la penumbra de la sala; después le echan encima una camisa de seda francesa, enaguas de París, medias de Lyon, zapatos del zapatero de la corte, encajes y lazos; nada puede conservar como recuerdo querido, ni un anillo, ni una cruz —¿no se derrumbaría acaso el mundo de la etiqueta si guardara un solo broche o una cinta familiar?—; ni uno solo de los rostros a los que está acostumbrada desde hace años puede volver a ver a su alrededor desde ahora. ¿Es de extrañar que, ante este sentimiento de verse tan bruscamente arrojada a lo extraño, la pequeña, asustada por tanta pompa y tanto boato, rompa a llorar de un modo del todo infantil? Pero enseguida hay que recobrar la compostura, pues los arrebatos del sentimiento no son admisibles en una boda

política; al otro lado, en la sala contigua, espera ya el séquito francés, y sería vergonzoso presentarse ante este nuevo cortejo con los ojos húmedos, llorosa y temerosa. El padrino de boda, el conde de Starhemberg, le tiende la mano para el paso decisivo, y vestida ya a la francesa, seguida por última vez de su séquito austríaco, entra —austríaca todavía por dos últimos minutos— en la sala de la entrega, donde con gran pompa y boato la aguarda la delegación borbónica. El enviado de Luis XV pronuncia un discurso solemne, se lee el protocolo, y luego llega —todos contienen el aliento— la gran ceremonia. Está calculada paso a paso como un minué, ensayada y aprendida de antemano. La mesa situada en el centro de la sala representa simbólicamente la frontera. Delante de ella están los austríacos, detrás los franceses. Primero el padrino austríaco, el conde de Starhemberg, suelta la mano de María Antonieta; en su lugar la toma el padrino francés, que conduce lentamente, con paso solemne, a la muchacha temblorosa alrededor del flanco de la mesa. Durante estos minutos exactamente calculados, al mismo compás en que el séquito francés avanza hacia la futura reina, la comitiva austríaca retrocede lentamente hacia la puerta de entrada, de modo que, en el mismo instante exacto en que María Antonieta se halla en medio de su nueva corte francesa, la austríaca ya ha abandonado la sala. Silenciosa, ejemplar, fantasmagóricamente grandiosa se cumple esta orgía de la etiqueta; solo en el último instante la pequeña muchacha, intimidada, ya no resiste esta fría solemnidad. Y en lugar de recibir con fría compostura la reverencia devota de su nueva dama de compañía, Madame de Noailles, se arroja sollozando a sus brazos como buscando ayuda, un gesto bello y conmovedor de desamparo que todos los grandes cofrades de la representación, a uno y otro lado, olvidaron prescribir. Pero el sentimiento no entra en los logaritmos de las reglas cortesanas; ya espera fuera la carroza de cristal, ya retumban las campanas de la catedral de Estrasburgo, ya truenan las salvas de artillería, y, envuelta en la aclamación, María Antonieta abandona para siempre las riberas despreocupadas de la infancia: comienza su destino de mujer.

La entrada de María Antonieta se convierte en una hora de fiesta inolvidable para el pueblo francés, que hace ya tiempo que no se veía agasajado con festejos. Hace décadas que Estrasburgo no veía a una futura reina, y acaso nunca una tan encantadora como esta joven muchacha. De cabello rubio ceniza y talle esbelto, la niña ríe y sonríe con sus ojos azules y traviesos desde la carroza de cristal a las muchedumbres inmensas que, llegadas de todas las aldeas y ciudades ataviadas con el vistoso traje regional de Alsacia, aclaman entre vítores el fastuoso cortejo. Centenares de niños vestidos de blanco caminan esparciendo flores delante del coche, se ha erigido un arco de triunfo, las puertas están engalanadas con guirnaldas, en la plaza mayor mana vino de la fuente, se asan bueyes enteros en el espetón, se reparte pan entre los pobres desde cestas enormes. Por la noche se iluminan todas las casas, serpientes de fuego trepan lamiendo la torre de la catedral, y el rojizo encaje de piedra de la divina catedral resplandece transparente. Por el Rin se deslizan, con farolillos como naranjas incandescentes, incontables barcos y barcas con antorchas de colores; en los árboles brillan, iluminadas por las luces, bolas de cristal de colores, y desde la isla, visible para todos, arde, como remate de un fuego artificial grandioso, en medio de figuras mitológicas, el monograma entrelazado del Delfín y la Delfina. Hasta bien entrada la noche recorre el pueblo, ávido de espectáculo, las orillas y las calles; suena y retumba la música, en cien lugares hombres y muchachas se lanzan animados al baile; parece que con esta rubia embajadora de Austria ha llegado una edad de oro de la felicidad, y una vez más el pueblo francés, amargado y resentido, alza el corazón hacia una esperanza alegre.

Pero también este cuadro magnífico oculta una pequeña grieta escondida; también aquí, igual que en los gobelinos de la sala de recepción, el destino ha tejido simbólicamente un signo de desgracia. Cuando al día siguiente María Antonieta, antes de partir, quiere aún oír misa, la recibe en el pórtico de la catedral, en lugar del venerable obispo, su sobrino y coadjutor, al frente del clero. Con su aspecto algo afeminado bajo la ondulante vestidura violeta, el mundano sacerdote pronuncia un discurso galante y grandilocuente

—no en vano lo ha elegido la Academia entre sus miembros—, que culmina en estas frases cortesanas: «Sois para nosotros el retrato vivo de la venerada emperatriz, a quien Europa admira desde hace tiempo tanto como la posteridad la venerará. El alma de María Teresa se une ahora al alma de los Borbones.» Tras el saludo, el cortejo se ordena con recogimiento y entra en la catedral de reflejos azulados; el joven sacerdote conduce a la joven princesa hasta el altar y alza la custodia con su fina mano de galán, cuajada de anillos. Es Louis, príncipe de Rohan, quien es el primero en darle la bienvenida en Francia, el futuro héroe tragicómico del asunto del collar, su adversario más peligroso, su enemigo más funesto. Y la mano que ahora se cierne sobre su cabeza bendiciéndola es la misma que más tarde arrojará su corona y su honor al fango y al desprecio.

María Antonieta no puede quedarse mucho tiempo en Estrasburgo, en la Alsacia a medias patria suya: cuando un rey de Francia espera, cualquier demora sería una falta. Bordeando riberas que braman de júbilo, cruzando arcos de triunfo y puertas engalanadas con guirnaldas, el cortejo nupcial se encamina por fin hacia su primera meta, el bosque de Compiègne, donde, con un inmenso campamento de carruajes, la familia real aguarda a su nuevo miembro. Cortesanos, damas de la corte, oficiales, los guardias de corps, tambores, trompetas y clarines, todos con trajes nuevos y relucientes, se apiñan en abigarrado orden jerárquico; el bosque entero, verde de mayo, resplandece con este centelleante juego de colores. Apenas anuncian las fanfarrias de ambos séquitos la llegada del cortejo nupcial, Luis XV abandona su carroza para recibir a la esposa de su nieto. Pero María Antonieta, con su paso ligero tan admirado, se apresura ya a su encuentro y se arrodilla con la más graciosa reverencia (no en vano ha sido alumna del gran maestro de baile Noverre) ante el abuelo de su futuro esposo. El rey, buen conocedor de la carne joven de muchacha desde los tiempos de su Parque de los Ciervos, y sumamente receptivo a la gracia, se inclina tierno y satisfecho hacia la apetecible criatura rubia, alza a la novia de su nieto y la besa en ambas mejillas. Solo entonces le

presenta al futuro esposo, que, de casi metro noventa de estatura, envarado y torpemente azorado, aguarda a un lado, alza por fin sus ojos miopes y soñolientos y, sin especial solicitud, besa a su prometida formalmente en la mejilla, como manda la etiqueta. En la carroza, María Antonieta se sienta entre abuelo y nieto, entre Luis XV y el futuro Luis XVI. El anciano parece desempeñar más bien el papel de novio: charla animado y hasta le hace un poco la corte, mientras el futuro esposo se repliega aburrido y mudo en su rincón. Por la noche, cuando los prometidos —ya casados por poderes— se retiran a dormir a sus habitaciones separadas, el triste enamorado aún no ha dicho una sola palabra tierna a esta encantadora jovencita, y en su diario, como resumen del día decisivo, escribe únicamente esta línea escueta: «Entrevue avec Madame la Dauphine.»

Treinta y seis años más tarde, en ese mismo bosque de Compiègne, otro soberano de Francia, Napoleón, esperará como esposa a otra archiduquesa austríaca, María Luisa. No será tan bonita, ni tan apetitosa como María Antonieta, esta María Luisa rolliza, aburridamente dulce. Pero el hombre enérgico y ardiente pretendiente toma posesión de inmediato, tierna e impetuosamente, de la novia que le ha sido destinada. Esa misma noche pregunta al obispo si el matrimonio celebrado en Viena le otorga ya derechos conyugales, y sin esperar la respuesta, saca sus propias conclusiones: a la mañana siguiente, ambos desayunan ya juntos en la cama. María Antonieta, en cambio, no se encuentra en el bosque de Compiègne con ningún amante ni con ningún hombre: solo con un novio de Estado.

La segunda ceremonia, la verdadera boda, tiene lugar el 16 de mayo en Versalles, en la capilla de Luis XIV. Semejante acto de corte y de Estado de la casa reinante cristianísima constituye un asunto demasiado íntimo, demasiado familiar, y a la vez demasiado augusto y soberano, para permitir que el pueblo asista como espectador o siquiera forme calle ante las puertas. Solo la sangre noble —un árbol genealógico de al menos cien ramas— tiene derecho a entrar en el recinto de la iglesia, donde el sol radiante de primavera, filtrándose

tras los cristales de colores, hace resplandecer una vez más, arrolladoramente, como una última antorcha del viejo mundo, el brocado bordado, la seda tornasolada, el fasto inconmensurablemente desplegado de los linajes elegidos. El arzobispo de Reims oficia el enlace. Bendice las trece monedas de oro y el anillo nupcial; el Delfín coloca el anillo en el cuarto dedo de María Antonieta, le entrega las monedas de oro, y luego ambos se arrodillan para recibir la bendición. La misa comienza con el sonido del órgano; durante el padrenuestro se sostiene un palio de plata sobre las cabezas de la joven pareja; solo entonces firma el rey, y a continuación, en cuidadosa gradación de rango, toda la parentela de sangre, el contrato matrimonial. Resulta un documento enormemente largo, de muchos pliegues; todavía hoy pueden verse en el pergamino descolorido las cuatro palabras trazadas con torpeza vacilante: Marie Antoinette Josepha Jeanne, garrapateadas con esfuerzo por la mano infantil de la quinceañera, y junto a ellas —de nuevo todos susurran: un mal presagio— un enorme borrón de tinta que brota de la pluma reacia solo a ella, y únicamente a ella, entre todos los firmantes.

Ahora, terminada la ceremonia, se permite también graciosamente al pueblo participar de la fiesta de los monarcas. Muchedumbres innumerables —medio París ha quedado despoblado— se derraman por los jardines de Versalles, que hoy revelan también al profanum vulgus sus juegos de agua y sus cascadas, sus paseos umbríos y sus praderas; el gran atractivo ha de ser el fuego artificial de la noche, el más magnífico que jamás se haya visto en una corte real. Pero el cielo dispara fuego artificial por cuenta propia. Por la tarde se amontonan nubes sombrías, de mal agüero; estalla una tormenta, se desata un aguacero descomunal, y el pueblo, defraudado en su espectáculo, refluye tumultuosamente hacia París. Mientras decenas de miles de personas huyen, tiritando de frío, por las calles, empujadas por la tormenta, en tumulto y empapadas, y los árboles, sacudidos por la lluvia, se doblan en el parque, comienza tras las ventanas de la recién construida «salle de spectacle», iluminadas por muchos miles de velas, con un ceremonial ejemplar al que no logran

perturbar ni el huracán ni un cataclismo universal, el gran banquete nupcial: por primera y última vez, Luis XV intenta superar el fasto de su gran predecesor, Luis XIV. Seis mil invitados de la más selecta nobleza han conseguido a duras penas una entrada, no desde luego para comer con ellos, sino únicamente para poder contemplar con reverencia, desde la galería, cómo los veintidós miembros de la casa real se llevan el cuchillo y el tenedor a la boca. Los seis mil contienen el aliento para no perturbar la sublimidad de este gran espectáculo; solo una orquesta de ochenta músicos, acompañando con delicadeza y sordina desde las arcadas de mármol, escolta el banquete principesco. Luego, bajo el saludo de las guardias francesas, toda la familia real desfila entre la humilde calle formada por la nobleza inclinada: la celebración oficial ha terminado, y al prometido real ya no le queda otro deber que cumplir que el de cualquier otro marido. Con la Delfina a la derecha y el Delfín a la izquierda, el rey conduce a la pareja infantil (entre los dos apenas suman treinta años) a su alcoba nupcial. Hasta la propia alcoba se cuela la etiqueta, pues ¿quién sino el rey de Francia en persona podría entregar el camisón al heredero del trono, y quién sino la dama de más alto rango recién casada —en este caso, la duquesa de Chartres— el suyo a la Delfina? Pero al lecho mismo solo puede acercarse, además de los novios, una única persona: el arzobispo de Reims, que lo bendice y lo rocía con agua bendita.

Por fin la corte abandona la estancia íntima; Luis y María Antonieta quedan solos por primera vez como esposos, y el dosel del lecho cae susurrante sobre ellos, cortina de brocado de una tragedia invisible.

El secreto de la alcoba

En ese lecho no ocurre, de momento, nada. Y hay un doble sentido sumamente fatal cuando el joven esposo escribe a la mañana siguiente en su diario: «Rien.» Ni las ceremonias cortesanas ni la bendición arzobispal del lecho nupcial han tenido poder alguno sobre una penosa inhibición de la naturaleza del Delfín: matrimonium non consummatum est, la boda no se consuma en sentido propio, ni hoy, ni mañana, ni en los años siguientes. María Antonieta ha encontrado un «nonchalant mari», un esposo negligente, y al principio se cree que es solo timidez, inexperiencia o una «nature tardive» (hoy diríamos: un retraso infantil) lo que hace incapaz al muchacho de dieciséis años ante esta encantadora joven. No hay que apremiar ni inquietar al inhibido, piensa la experimentada madre, y exhorta a Antonieta a no tomarse a mal el desengaño conyugal —«point d'humeur là-dessus», escribe en mayo de 1771, y recomienda a su hija «caresses, cajolis», ternezas, caricias, pero, por otro lado, tampoco demasiadas: «Trop d'empressement gâterait le tout.» Pero cuando esta situación se prolonga ya un año, dos años, la emperatriz empieza a inquietarse por esta «conduite si étrange» del joven esposo. De su buena voluntad no cabe dudar, pues mes tras mes el Delfín se muestra cada vez más tiernamente apegado a su graciosa esposa, renueva sin cesar sus visitas nocturnas, sus intentos infructuosos, pero en la ternura última y decisiva le detiene algún «maudit charme», una misteriosa y fatal traba. La inocente Antonieta cree que se trata solo de «maladresse et jeunesse», de torpeza y juventud; en su inexperiencia, la pobre incluso desmiente rotundamente los «malos rumores que circulan por aquí sobre su

incapacidad». Pero ahora la madre se aplica al asunto en persona. Hace venir a su médico de cámara, van Swieten, y se aconseja con él sobre la «froideur extraordinaire du Dauphin». Este se encoge de hombros. Si una muchacha de tanto atractivo no consigue encender al Delfín, ningún remedio médico surtirá efecto. María Teresa escribe carta tras carta a París; al fin el rey Luis XV, harto experto y demasiado versado en la materia, llama a capítulo a su nieto; se pone al corriente al médico de la corte francesa, Lassone, se examina al triste héroe del amor, y entonces se descubre que esta impotencia del Delfín no obedece a causas anímicas, sino a un insignificante defecto orgánico (una fimosis). «Quien dice que el frenillo sujeta tanto et prepucio que no cede a la introduccion y causa un dolor vivo en el, por el qual se retrahe S. M. del impulso que conviniera. Quien supone que el dicho prepucio esta tan cerrado que no puede explayarse para la dilatacion de la punta o cabeza de la parte, en virtud de lo que no llegua la ereccion al punto de elasticidad necessaria.» (Informe secreto del embajador español.) Ahora se suceden consulta tras consulta sobre si el cirujano debe intervenir con el bisturí, «pour lui rendre la voix», como se susurra cínicamente en las antecámaras. También María Antonieta, ya instruida entretanto por sus experimentadas amigas, hace cuanto puede por decidir a su esposo a someterse a la cura quirúrgica. («Je travaille à le déterminer à la petite opération, dont on a déjà parlé et que je crois nécessaire»; a su madre, en 1775.) Pero Luis XVI —el Delfín, entretanto, ya se ha convertido en rey, mas al cabo de cinco años sigue sin ser marido— no logra, conforme a su carácter vacilante, decidirse a un acto enérgico. Titubea y demora, lo intenta y lo intenta, y esta situación espantosa, repugnante, ridícula, de eterno intento y eterno fracaso, se prolonga, para vergüenza de María Antonieta, para escarnio de toda la corte, para ira de María Teresa, para humillación de Luis XVI, dos años más, siete años terribles en total, hasta que por fin el emperador José viaja expresamente a París para convencer a su cuñado, poco animoso, de que se opere. Solo entonces logra este triste César del amor cruzar felizmente el Rubicón. Pero el reino del alma que finalmente conquista está ya devastado por estos siete años de ridícula lucha,

por estas dos mil noches en que María Antonieta, como mujer y esposa, ha sufrido la humillación más extrema de su sexo.

¿No se habría podido evitar (se preguntará quizá algún espíritu sensible) tocar este delicado y santísimo secreto de la alcoba? ¿No habría bastado difuminar hasta lo irreconocible el hecho del fracaso real, deslizarse tímidamente junto a la tragedia del lecho conyugal, murmurar a lo sumo, veladamente, sobre la «falta de la dicha de la maternidad»? ¿Es realmente indispensable subrayar detalles tan íntimos para un retrato de carácter? Sí, lo es, porque todas las tensiones, dependencias, sumisiones y hostilidades que se van formando poco a poco entre el rey y la reina, entre los pretendientes al trono y la corte, y que alcanzan de lleno la historia universal, resultan incomprensibles si no se aborda con franqueza su verdadero origen. Más consecuencias de alcance histórico-universal de las que comúnmente se está dispuesto a admitir han tenido su origen en la alcoba y tras los baldaquinos de los lechos reales; pero en pocos casos como en esta íntima tragicomedia queda tan claramente a la vista la cadena lógica entre el motivo más privado y el efecto político-histórico universal, y todo retrato de carácter resulta deshonesto si relega a la sombra un hecho que la propia María Antonieta llamó el «article essentiel», el punto capital de sus preocupaciones y expectativas. Y además: ¿se descubre realmente un secreto al hablar libre y honestamente de la prolongada incapacidad conyugal de Luis XVI? En absoluto. Solo el siglo XIX, con su enfermiza mojigatería moral en materia sexual, ha convertido en un noli me tangere cualquier análisis desprejuiciado de las circunstancias fisiológicas. En el siglo XVIII, en cambio, como en todos los anteriores, la capacidad o incapacidad conyugal de un rey, la fecundidad o infecundidad de una reina, no se consideraba un asunto privado, sino político y de Estado, porque de ello dependía la «sucesión» y, con ella, el destino de todo el país; el lecho pertenecía tan manifiestamente a la existencia humana como la pila bautismal o el ataúd. En la correspondencia entre María Teresa y María Antonieta, que a fin de cuentas pasaba por las manos del archivero de Estado y del copista, una emperatriz de Austria y una reina de

Francia hablaban entonces con plena libertad de todos los pormenores y contratiempos de este singular estado conyugal. María Teresa describe elocuentemente a su hija las ventajas del lecho compartido y le da pequeñas indicaciones femeninas para aprovechar hábilmente cada ocasión de unión íntima; la hija, a su vez, informa de la llegada o la falta de la indisposición mensual, del fracaso del esposo, de cada «un petit mieux», y, por fin, triunfante, del embarazo. En una ocasión se encarga incluso al compositor de Ifigenia, nada menos que a Gluck, que parte antes que el correo, de transmitir tan íntima noticia: en el siglo XVIII todavía se toman las cosas naturales con toda naturalidad.

¡Pero ojalá hubiera sido solo la madre quien conociera entonces aquel fracaso secreto! En realidad, todas las camareras cotillean sobre ello, todas las damas de la corte, los caballeros y los oficiales; lo saben los criados y las lavanderas de la corte de Versalles, y hasta en su propia mesa ha de soportar el rey más de una broma soez. Además, dado que la capacidad procreadora de un Borbón representa, en vista de la sucesión, un asunto altamente político, todas las cortes extranjeras se ocupan con la mayor insistencia de esta cuestión. En los informes de los embajadores prusiano, sajón y sardo se encuentran extensas discusiones sobre el delicado asunto; el más celoso de todos, el conde de Aranda, embajador español, llega incluso a hacer examinar las sábanas del lecho real mediante criados sobornados, para seguir con la mayor precisión posible la pista de aquel suceso fisiológico. Por toda Europa, príncipes y reyes ríen y se mofan, por carta y de palabra, de su torpe colega de rango; no solo en Versalles, sino en todo París y en toda Francia, el bochorno conyugal del rey es el secreto a voces de todo el mundo. Se comenta en todas las calles, revolotea de mano en mano en forma de libelo, y con motivo del nombramiento del ministro Maurepas circula, para regocijo general, la alegre coplilla:

Maurepas était impuissant,
Le Roi l'a rendu plus puissant.
Le Ministre reconnaissant
Dit: Pour vous, Sire,

Ce que je désire,
D'en faire autant.

Pero lo que suena a chanza tiene en realidad un significado fatídico y peligroso. Pues estos siete años de fracaso determinan anímicamente el carácter del rey y de la reina, y conducen a consecuencias políticas que, sin el conocimiento de este hecho, resultarían incomprensibles: el destino de un matrimonio se enlaza aquí con el destino del mundo.

Incomprensible resultaría, ante todo, la disposición anímica de Luis XVI sin conocer aquel defecto íntimo. Pues su porte humano muestra, con una claridad casi clínica, todos los rasgos típicos de un complejo de inferioridad nacido de la debilidad viril. Porque en lo privado, así también en la vida pública le falta a este hombre inhibido toda fuerza para el acto creador. No sabe presentarse, no sabe mostrar voluntad, y menos aún imponerla; torpe y huraño, el íntimamente avergonzado huye de toda vida social cortesana, y en especial del trato con las mujeres, pues este hombre, en el fondo honrado y probo, sabe que su desventura es conocida por todos en la corte, y la sonrisa irónica de los enterados atemoriza todo su comportamiento. A veces intenta darse por la fuerza cierta autoridad, una apariencia de virilidad. Pero entonces siempre se pasa un grado de la medida, se vuelve grosero, brusco y brutal, típica huida hacia un gesto de fanfarronería que nadie le cree. Nunca logra, sin embargo, un porte libre, natural, seguro de sí mismo, y menos que ninguno el majestuoso. Porque en la alcoba no sabe representar al hombre, no sabe tampoco representar al rey ante los demás.

Que sus inclinaciones personales sean, en cambio, las más viriles que quepa imaginar —la caza y el trabajo físico pesado; se ha hecho instalar su propia fragua, y su torno de tornero todavía puede verse hoy— no contradice en absoluto el cuadro clínico, sino que más bien lo confirma. Pues precisamente quien no es hombre gusta, inconscientemente, de representar al hombre viril; precisamente el débil en secreto se complace en alardear de fuerza ante los demás.

Cuando persigue horas enteras al jabalí a lomos de un caballo humeante de sudor y cabalga por los bosques, cuando en el yunque agota sus músculos hasta la fatiga, una conciencia de fuerza puramente corporal compensa reconfortantemente aquella flaqueza secreta: se siente bien como Hefesto quien sirve mal a Venus. Pero apenas se pone Luis el uniforme de gala y se presenta entre los cortesanos, siente que aquella fuerza es solo fuerza de los músculos, no del corazón, y de inmediato se azora. Rara vez se le ve reír, rara vez se le ve verdaderamente feliz y contento.

Pero donde este íntimo sentimiento de debilidad actúa de manera más peligrosa, desde el punto de vista del carácter, es en la relación anímica con su esposa. Mucho de su comportamiento repugna a su gusto personal. No le agradan sus fiestas, le irritan el bullicio incesante y ruidoso de sus diversiones, su derroche, sus frivolidades impropias de una reina. Un hombre de verdad sabría poner remedio a esto sin demora. Pero ¿cómo puede un hombre, ante una mujer que noche tras noche lo humilla, que lo experimenta como un ser indefenso y un fracasado ridículo, hacer de señor durante el día? Por ser impotente en lo viril, Luis XVI queda del todo inerme frente a su esposa; al contrario, cuanto más se prolonga su vergonzosa condición, más lastimosamente cae en una dependencia total, incluso en servidumbre. Ella puede exigirle lo que quiera, y él, una y otra vez, se redime de su culpa secreta con una condescendencia absolutamente sin límites. Le falta la fuerza de voluntad para intervenir con firmeza en la vida de su esposa, para impedir sus locuras evidentes, fuerza que en el fondo no es sino la expresión anímica de la potencia corporal. Con desesperación ven los ministros, ve la madre imperial, ve toda la corte cómo, a causa de esta trágica impotencia, todo el poder va a parar a las manos de una mujer joven y voluble, que lo dilapida con liviandad. Pero un paralelogramo de fuerzas, una vez fijado en un matrimonio, permanece, según muestra la experiencia, como constelación anímica inalterable. Incluso cuando Luis XVI llega a ser esposo real y padre de hijos, sigue siendo, él, que debería ser el señor de Francia,

el siervo sin voluntad de María Antonieta, únicamente porque no fue a tiempo su hombre.

No menos funesto es el influjo que el fracaso sexual de Luis XVI ejerce sobre el desarrollo anímico de María Antonieta. Conforme a la contraposición de los sexos, un mismo trastorno produce en el carácter masculino y en el femenino manifestaciones exactamente opuestas. Donde en el hombre la potencia sexual sufre trastornos, surgen la cohibición y la inseguridad; donde a la mujer de nada le sirve su disposición pasiva a la entrega, tienen que aflorar forzosamente la sobreexcitación y el desenfreno, una vivacidad febril y vacilante. Por naturaleza, María Antonieta es en realidad una mujer perfectamente normal, femenina, tierna, destinada a una maternidad múltiple, y probablemente solo espera someterse a un hombre de verdad. Pero el destino quiere que sea precisamente ella, la capaz y dispuesta a sentir, quien vaya a parar a un matrimonio anómalo, quien caiga en manos de un no-hombre. Cierto es que solo tiene quince años al tiempo de la boda; en sí, el fastidioso fracaso de su marido no tendría por qué manifestarse todavía como una carga anímica, pues ¿quién osaría llamar antinatural, desde el punto de vista fisiológico, el hecho de que una muchacha permanezca virgen hasta los veintidós años? Pero lo que en este caso particular provoca la conmoción y el peligroso recalentamiento de su estado nervioso es que el esposo que el Estado le ha adjudicado no la deja pasar esos siete años de pseudomatrimonio en un estado de castidad despreocupada e intacta, sino que, durante dos mil noches, un hombre torpe y cohibido se afana sin descanso sobre su joven cuerpo. Durante años, su sexualidad es estimulada infructuosamente, una y otra vez, de esa manera no liberadora, humillante y degradante, sin una sola satisfacción. Así que no hace falta ningún neurólogo para constatar que su tan funesta vivacidad, este eterno ir y venir y no estar nunca satisfecha, esta persecución atropellada de un placer tras otro, son consecuencias clínicamente típicas de esa constante excitación sexual y de esa insatisfacción sexual que le impone su esposo. Como no se siente conmovida ni sosegada en lo más hondo, la mujer que, tras siete años de

matrimonio, sigue sin ser conquistada, necesita tener constantemente movimiento y agitación a su alrededor, y poco a poco lo que al principio no era sino una traviesa jovialidad infantil se convierte en una desaforada ansia de diversión, convulsa y patológica, que toda la corte juzga escandalosa y contra la que María Teresa y todos sus amigos luchan en vano. Así como en el rey la virilidad no redimida se transforma en un tosco trabajo de fragua y en pasión cinegética, en un embotado y fatigoso esfuerzo muscular, en ella la fuerza sentimental mal orientada y no aprovechada se refugia en tiernas amistades con mujeres, en coqueteos con jóvenes caballeros, en la manía de ataviarse y otras satisfacciones insuficientes de su temperamento. Noche tras noche elude el lecho conyugal, triste escenario de su humillación femenina, y, mientras su esposo y no-esposo duerme a pierna suelta su cansancio de cazador, anda rondando hasta las cuatro, las cinco de la madrugada por las *redoutes* de la Ópera, las salas de juego, las cenas y compañías dudosas, calentándose a fuegos ajenos, reina indigna por haber ido a parar a un esposo indigno de ella. Que esta frivolidad, en el fondo, carece de alegría, un mero bailar y divertirse en exceso para tapar una íntima decepción, lo revela más de un instante de melancolía colérica, y sobre todo, en una ocasión, su grito, cuando su parienta, la duquesa de Chartres, da a luz por primera vez a un hijo muerto. Entonces escribe a su madre: «Por espantoso que deba de ser eso, quisiera al menos llegar tan lejos.» ¡Antes un hijo muerto, pero un hijo al fin! Solo, por fin, salir de este estado destructor e indigno, ser por fin, de verdad, la mujer normal de su marido, y no seguir siendo, una y otra vez, virgen tras siete años de matrimonio. Quien no comprenda la desesperación femenina que se esconde tras el ansia de diversión de esta mujer, no podrá explicar ni entender la extraña transformación que se produce cuando María Antonieta llega por fin a ser mujer y madre. De pronto sus nervios se serenan notablemente, nace otra María Antonieta, una segunda, aquella dueña de sí misma, enérgica y resuelta que será en la segunda parte de su vida. Pero esta transformación llega ya demasiado tarde. Como en toda infancia, también en todo matrimonio las primeras experiencias son las decisivas. Y ni las

décadas pueden compensar lo que en la materia más fina y sensible del alma provoca una sola y minúscula perturbación. Precisamente estas heridas del sentimiento, las más íntimas e invisibles, no conocen curación completa.

Pero todo esto no sería más que una tragedia privada, un infortunio como el que también hoy se representa a diario tras puertas cerradas. En este caso, sin embargo, las funestas consecuencias de semejante penosa situación conyugal se extienden mucho más allá de la vida privada. Porque el marido y la mujer son aquí el rey y la reina, están irremediablemente expuestos al espejo cóncavo y deformante de la atención pública; lo que en otros permanece confidencial, alimenta en ellos el chismorreo y la crítica. Una corte tan mordaz como la francesa no se contenta, naturalmente, con constatar el infortunio con pesar, sino que husmea sin cesar en torno a la pregunta de cómo se resarce María Antonieta del fracaso de su esposo. Ven a una joven mujer encantadora, segura de sí y coqueta, una criatura llena de temperamento en la que hierve la sangre joven, y saben a qué lamentable gorro de dormir ha ido a parar esta amante celestial: así que a toda la ociosa caterva de porteros solo le preocupa una pregunta, con quién engaña ella a su esposo. Precisamente porque en realidad no hay nada que contar, el honor de la reina cae en la habladuría frívola. Un paseo a caballo con cualquier caballero, un Lauzun o un Coigny, y los ociosos charlatanes ya lo han nombrado amante suyo; un paseo matinal por el parque con las damas y caballeros de la corte, y al instante se cuentan las orgías más increíbles. El pensamiento en la vida amorosa de la decepcionada reina ocupa sin cesar a toda la corte; del cotilleo nacen canciones, libelos, panfletos y poemas pornográficos. Primero las damas de la corte se pasan estos versillos cantáridos, ocultas tras el abanico; luego escapan descaradamente de palacio, se imprimen y llegan al pueblo. Cuando después empieza la propaganda revolucionaria, los periodistas jacobinos no tienen que buscar mucho tiempo argumentos para presentar a María Antonieta como el colmo de toda desenfrenada disipación, como una desvergonzada criminal, y al

acusador público le basta con meter la mano en esta caja de Pandora de galantes calumnias para empujar aquella delicada cabeza bajo la guillotina.

Así pues, por encima de la suerte, el infortunio o la desdicha propios, las consecuencias de un trastorno conyugal alcanzan aquí hasta la Historia Universal: la destrucción de la autoridad real no comenzó en realidad con la Bastilla, sino en Versalles. Porque el hecho de que esta noticia del fracaso del rey y las malintencionadas mentiras sobre la insaciabilidad sexual de la reina llegaran tan rápida y ampliamente desde el palacio de Versalles a conocimiento de toda la nación no fue casualidad, sino que tiene trasfondos secretos de política familiar. En efecto, en este palacio viven cuatro o cinco personas, precisamente los parientes más cercanos, que tienen un interés personal en la decepción conyugal de María Antonieta. Ante todo, son los dos hermanos del rey a quienes resulta sumamente conveniente que, a causa de este ridículo defecto fisiológico y del miedo de Luis XVI al cirujano, se vea destruida no solo la vida matrimonial normal, sino también la sucesión normal al trono, pues ven en ello una inesperada oportunidad de llegar ellos mismos al trono. El hermano inmediatamente menor de Luis XVI, el conde de Provenza —de hecho, más tarde Luis XVIII, pues alcanzó su meta, y solo Dios sabe por qué torcidos caminos—, nunca ha podido superar el tener que quedar, mientras viva, como segundo tras el trono, en lugar de empuñar él mismo el cetro; la falta de un heredero al trono lo convertiría en regente, cuando no en heredero del rey, y su impaciencia apenas puede contenerse; pero como él también es un esposo dudoso y sin hijos, el segundo hermano, el conde de Artois, saca igualmente provecho de la incapacidad de engendrar de sus hermanos mayores, pues esta convierte a sus propios hijos en legítimos herederos del trono. Así, ambos disfrutan como golpe de fortuna lo que es la desgracia de María Antonieta, y cuanto más dura ese espantoso estado, más segura se siente su prematura expectativa. De ahí ese odio desmedido y desenfrenado cuando, en el séptimo año, María Antonieta logra por fin el milagro de la súbita virilización de su esposo y la relación conyugal entre el rey y la reina

se vuelve completamente normal. Este golpe terrible, que echa por tierra todas sus esperanzas, el conde de Provenza no se lo ha perdonado jamás a María Antonieta; y lo que no quiso caerle por caminos rectos, ha intentado conseguirlo por caminos tortuosos: desde que Luis XVI se hizo padre, su hermano y sus parientes se convirtieron en sus adversarios más peligrosos. La Revolución ha tenido buenos ayudantes en la corte, manos de príncipes y de nobles le han abierto las puertas y le han puesto en la mano las mejores armas; este único episodio de alcoba ha corroído la autoridad desde dentro y la ha llevado a la ruina con más fuerza que todos los acontecimientos externos. Casi siempre es, en efecto, un destino secreto el que arrastra tras de sí lo exteriormente visible y público, casi todo acontecimiento del mundo es el reflejo de un conflicto íntimo y personal. Pertenece constantemente a los grandes secretos del arte de la Historia el desarrollar, a partir de una causa microbiana, consecuencias incalculables, y esta no habría de ser la última vez que un trastorno sexual pasajero de un solo hombre pusiera en conmoción todo el cosmos: la impotencia de Alejandro de Serbia, su servidumbre erótica hacia su libertadora Draga Mašin, el asesinato de ambos, el llamamiento de los Karageorgevich, la enemistad con Austria y la Guerra Mundial son una sucesión de avalancha igualmente lógica e inexorable. Pues de telarañas teje la Historia la red ineludible del destino; en su engranaje maravillosamente encadenado, la más pequeña rueda motriz desata las fuerzas más desmesuradas; así también en la existencia de María Antonieta lo nimio se vuelve inmenso, y la experiencia en apariencia ridícula de las primeras noches y años de matrimonio resulta determinante no solo para su carácter, sino para la configuración del mundo.

¡Pero qué lejos, todavía, en la distancia, se amontonan estos nubarrones amenazadores! Qué lejos están aún todas estas consecuencias y todos estos enredos del ánimo infantil de esta muchacha de quince años, que bromea sin malicia con su torpe compañero, que cree, sonriente, con el corazón pequeño y palpitante de alegría y los ojos claros y curiosos, estar subiendo los

peldaños de un trono —y al final está el cadalso. Pero a quien desde el principio han deparado la suerte negra, los dioses no le dan señales ni avisos. Sin sospecha ni prevención lo dejan andar su camino, y desde dentro le va creciendo el destino al encuentro.

Debut en Versalles

Aún hoy Versalles surte el efecto del gesto más grandioso y desafiante del autocratismo; sin motivo aparente alguno, en medio del país, apartado de la capital, se alza sobre una colina artificialmente levantada un palacio inmenso que, con cientos de ventanas, mira hacia el vacío por encima de canales creados artificialmente y jardines recortados artificialmente. Aquí no pasa ningún río que fomente el comercio y el tráfico, no confluyen caminos ni vías; enteramente arbitrario, capricho petrificado de un gran señor, este palacio opone su fasto absurdamente descomunal a la mirada asombrada.

Pero esto era justamente lo que quería la voluntad cesárea de Luis XIV: erigir un altar resplandeciente a su propia autoconciencia, a su inclinación a la autodeificación. Autócrata resuelto, hombre de talante dominador, había impuesto victoriosamente su voluntad de unidad al país escindido, prescribiendo el orden a un reino, las costumbres a una sociedad, la etiqueta a una corte, la unidad a una fe, la pureza a la lengua. De su persona había irradiado esa voluntad unificadora, y hacia su persona debía por tanto refluir de nuevo todo el esplendor. «Donde yo estoy, ahí está el Estado»; donde yo habito, ahí está el centro de Francia, el ombligo del mundo: para dar forma sensible a esta absoluta falta de límites de su posición, el Roi-Soleil traslada deliberadamente su palacio lejos de París. Precisamente al situar su residencia por completo en el vacío, subraya que un rey de Francia no necesita la ciudad, los burgueses, la masa, como apoyo o telón de fondo de su poder. Basta con que extienda el brazo y

ordene, para que del pantano y la arena surjan jardines y bosque, cascadas y grutas, el palacio más hermoso y poderoso; desde este punto astronómico que su arbitrio ha elegido por sí mismo, sale y se pone en adelante el sol de su reino. Versalles está construido para demostrarle a Francia, de manera palpable, que el pueblo no es nada y el rey lo es todo.

Pero la fuerza creadora permanece siempre ligada al hombre al que anima; solo el aro de la corona se hereda, no el poder ni la majestad que encierra. Almas estrechas, de sentimientos débiles y amantes del goce, ya no creadoras, heredan con Luis XV y Luis XVI el vasto palacio, el reino grandiosamente fundado. En apariencia, todo permanece inalterado bajo ellos: las fronteras, la lengua, las costumbres, la religión, el ejército; demasiado fuertemente había acuñado aquella mano resuelta las formas para que se apagaran en cien años, pero pronto falta a las formas el contenido, la materia ardiente del impulso creador. Como imagen, Versalles no cambia bajo Luis XV, solo cambia de significado: aún hormiguean tres mil, cuatro mil sirvientes con libreas espléndidas por los pasillos y los patios, aún hay dos mil caballos en las caballerizas, aún funciona con goznes bien engrasados el aparato artificial de la etiqueta en todos los bailes, recepciones, redoutas y mascaradas, aún desfilan por las galerías de espejos y las estancias de dorado brillo los caballeros y las damas con sus trajes de gala de brocado, de seda plisada y cuajados de pedrería, aún es esta la corte más famosa, más refinada y más culta de la Europa de entonces. Pero lo que antes fue expresión de un poder desbordante hace tiempo que no es más que marcha en vacío, un ajetreo sin alma y sin sentido. De nuevo un Luis es rey, pero ya no es un soberano, sino un indiferente esclavo de mujeres; también él reúne en torno a la corte arzobispos, ministros, generales, arquitectos, poetas, músicos, pero así como él mismo no es un Luis XIV, tampoco aquellos son ya Bossuets, ni Turennes, Richelieus, Mansarts, Colberts, Racines y Corneilles, sino una estirpe ávida de cargos, dócil, aficionada a la intriga, que solo quiere gozar en lugar de crear, que solo parasita lo ya creado en lugar de infundirle voluntad y espíritu. En este invernadero de mármol ya no

florecen planes audaces, ni innovaciones resueltas, ni obras poéticas, solo brotan aquí exuberantes las plantas de pantano de la intriga y la galantería. Ya no decide el mérito, sino la cábala; no el valor, sino el favor; quien más hondo dobla el espinazo en el *lever* ante la Pompadour o la Du Barry, más alto llega; en lugar de la acción vale la palabra, en lugar del ser vale la apariencia. Solo unos para otros representan estos hombres, en una eterna endogamia, sus papeles de rey, de estadista, de sacerdote, de general, con mucha gracia y por completo sin finalidad; a Francia, la realidad, todos la han olvidado, solo piensan en sí mismos, en su carrera, en su placer. Versalles, concebido por Luis XIV como el Forum Maximum de Europa, se rebaja bajo Luis XV a un teatro de sociedad de aficionados aristócratas, si bien el más artificioso y costoso que el mundo haya conocido jamás.

En este escenario grandioso aparece ahora, con el paso vacilante de la debutante, por primera vez una muchacha de quince años. De momento solo interpreta un pequeño papel de prueba: el de la Delfina, la heredera del trono. Pero el público de alta alcurnia sabe que a esta pequeña archiduquesa rubia de Austria le está destinado más adelante el papel principal en Versalles, el papel de reina, y por eso, desde el instante mismo de su llegada, todas las miradas se vuelven curiosas hacia ella. La primera impresión es excelente: hacía mucho que no se veía aparecer aquí a una muchacha tan encantadora, la silueta menuda y de una delgadez hechicera, como salida de porcelana bizcocho de Sèvres, la tez como porcelana pintada, unos ojos azules vivaces, una boca ágil y traviesa que sabe reír del modo más infantil y hacer pucheros del modo más gracioso. Impecable el porte: un paso ligero y grácil, arrebatador en el baile, pero también —no en vano se es hija de una emperatriz— una manera segura de cruzar, erguida y orgullosa, la Galería de los Espejos, y de saludar a derecha e izquierda sin cortedad. Con mal disimulado enfado, las damas a quienes, en ausencia de una primera figura, aún les correspondía el primer papel, reconocen en esta muchacha de hombros estrechos y todavía sin desarrollar del todo a la rival victoriosa. Solo un defecto de porte tiene que anotar

unánimemente, eso sí, la severa sociedad cortesana: esta niña de quince años tiene el curioso deseo de moverse, en lugar de tiesa, con desenvoltura infantil por estas salas sagradas; traviesa por naturaleza, la pequeña María Antonieta corretea con la falda al vuelo jugando con los hermanos menores de su esposo; todavía no logra acostumbrarse a la tediosa mesura, a la gélida reserva que aquí se exige sin descanso a la esposa de un príncipe real. En las grandes ocasiones sabe comportarse sin tacha, pues ella misma se ha criado en una etiqueta hispano-habsbúrgica igualmente pomposa. Pero en la Hofburg y en Schönbrunn solo se ponía uno tan ceremonioso en las ocasiones solemnes, se sacaba el ceremonial para las recepciones como un traje de gala, para quitárselo con alivio en cuanto los heiduques cerraban la puerta tras los invitados. Luego uno se relajaba, se volvía cordial y familiar, los niños podían retozar y divertirse alegremente; en Schönbrunn se servían, sí, de la etiqueta, pero no la servían servilmente como a un dios. Aquí, en cambio, en esta corte preciosista y anticuada, no se vive para vivir, sino únicamente para representar, y cuanto más alto es el rango de alguien, más numerosas son las normas. Así que, por el amor de Dios, jamás un gesto espontáneo, por nada del mundo mostrarse natural, eso sería una infracción irreparable contra las buenas costumbres. De la mañana a la noche, de la noche a la mañana, siempre solo porte, porte, porte, o de lo contrario refunfuña el implacable público de cortesanos, cuyo único fin en la existencia se agota en vivir en este teatro y para este teatro.

Para esta espantosa gravedad solemne, para esta santidad ceremonial de Versalles, María Antonieta jamás ha tenido comprensión, ni de niña ni de reina; no entiende la terrible importancia que aquí todos atribuyen a una inclinación de cabeza, a un paso adelante, y jamás llegará a entenderla. Voluntariosa por naturaleza, testaruda y, sobre todo, desmesuradamente sincera, odia toda clase de coacción; como auténtica austriaca quiere dejarse ir, dejarse vivir, y no soportar constantemente esta insufrible manía de darse importancia y de dar importancia a todo. Igual que en casa se libraba de sus deberes escolares, también aquí busca en cada

ocasión escabullirse de su severa dama de honor, Madame de Noailles —a quien llama burlonamente «Madame Etiquette»—; inconscientemente, esta niña, malvendida demasiado pronto por la política, quiere lo único que se le niega en medio del lujo de su posición: unos cuantos años de infancia verdadera.

Pero una princesa heredera no debe ni puede seguir siendo una niña: todo se conjura para recordarle la obligación de una dignidad inquebrantable. La educación principal recae, junto a la beata camarera mayor, en las tres tías, las hijas de Luis XV, tres solteronas, mojigatas y malignas, cuya virtud ni la lengua más viperina osa poner en duda. Madame Adélaïde, Madame Victoire, Madame Sophie, estas tres Parcas, se ocupan en apariencia amistosa de María Antonieta, descuidada por su esposo; en su escondido rincón de murmuraciones se la inicia en toda la estrategia de la pequeña guerra cortesana, allí ha de aprender el arte de la médisance, de las maldades solapadas, de la intriga subterránea, la técnica de los pequeños alfilerazos. Al principio esta nueva lección divierte a la pequeña e inexperta María Antonieta, que repite sin malicia los picantes epigramas, pero en el fondo su sinceridad innata se resiste a tales malevolencias. Fingir, ocultar sus sentimientos bajo el odio o el afecto, es algo que María Antonieta, para su propio perjuicio, nunca ha llegado a aprender, y pronto, también por instinto certero, se libera de la tutela de las tías: todo lo deshonesto repugna a su naturaleza recta y desenfrenada. No tiene la condesa de Noailles mejor suerte con su alumna; el temperamento indómito de la muchacha de quince años, de dieciséis años, se subleva sin cesar contra la «mesure», contra el reparto del día, medido a compás y siempre atado a un artículo de reglamento. Pero en eso no se puede cambiar nada. Ella misma describe así su jornada:

«Me levanto a las nueve y media o a las diez, me visto y digo mi oración matinal. Luego desayuno y voy a ver a las tías, donde por lo general me encuentro con el rey. Esto dura hasta las diez y media. A continuación, a las once, voy a peinarme. Al mediodía se convoca a mi casa, y allí puede entrar todo el mundo, excepto la gente sin rango ni nombre. Me pongo el colorete y me lavo las manos delante

de los reunidos, luego se retiran los hombres, quedan las damas, y me visto delante de ellas. A las doce se va a la iglesia. Si el rey está en Versalles, voy a misa con él, con mi esposo y con las tías. Si está ausente, voy sola con el señor Delfín, pero siempre a la misma hora. Después de la misa comemos en público, pero eso termina a la una y media, pues los dos comemos muy deprisa. Después voy a ver al señor Delfín, y si está ocupado, regreso a mi habitación, leo, escribo o trabajo, pues estoy haciendo una casaca para el rey, con la que avanzo muy despacio, pero espero que, con la ayuda de Dios, esté terminada dentro de unos años. A las tres vuelvo a ir a ver a las tías, con quienes coincide el rey a esa hora; a las cuatro viene a verme el abate, a las cinco el maestro de piano o el de canto, hasta las seis. A las seis y media voy casi siempre a ver a las tías, si no salgo de paseo. Debes saber que mi esposo casi siempre viene conmigo a ver a las tías. De siete a nueve se juega, pero si hace buen tiempo, salgo de paseo, y entonces el juego no tiene lugar en mi casa, sino en la de las tías. A las nueve cenamos, y si el rey no está, las tías cenan con nosotros. Pero si el rey está presente, después de cenar vamos a la suya. Esperamos al rey, que suele llegar a las once menos cuarto. Yo, entretanto, me tiendo en un gran canapé y duermo hasta que llega el rey, pero si no viene, nos vamos a dormir a las once. Así es mi reparto del día.»

En este horario no queda mucho espacio para las diversiones, y es precisamente eso lo que reclama su corazón impaciente. La sangre joven y espumosa que lleva dentro quisiera aún desahogarse retozando, quisiera jugar, reír, hacer travesuras, pero de inmediato «Madame Etiquette» alza el dedo severo y advierte que esto y aquello, y en realidad todo lo que María Antonieta quiera, resulta imposible de conciliar con la posición de una Delfina. Peor lo pasa todavía con el abate Vermond, su antiguo preceptor, ahora su confesor y lector. En realidad, a María Antonieta le quedaría muchísimo por aprender, pues su instrucción está muy por debajo de la media: a los quince años ha olvidado ya bastante su alemán, y todavía no domina del todo el francés; su letra es lamentablemente torpe, su estilo está plagado de imposibilidades y faltas de

ortografía; todavía tiene que hacer que le redacte las cartas el servicial abate. Además, él debe leerle en voz alta una hora al día y obligarla a leer ella misma, pues María Teresa pregunta por sus lecturas en casi todas las cartas. No se cree del todo el informe de que su Toinette lea o escriba de verdad todas las tardes. «Procura empapelarte la cabeza con buenas lecturas», le advierte, «te son más necesarias a ti que a cualquier otra persona. Llevo dos meses esperando la lista del abate y temo que no te hayas ocupado de ella, y que los asnos y los caballos se hayan llevado el tiempo destinado a los libros. No descuides ahora, en invierno, esta ocupación, ya que en realidad no dominas bien ninguna otra, ni la música ni el dibujo, ni la danza, ni la pintura ni otras bellas ciencias.» Por desgracia, María Teresa tiene razón en su desconfianza, pues con una manera a la vez ingenua y hábil, la pequeña Toinette sabe embaucar por completo al abate Vermond —¡a una Delfina, al fin y al cabo, no se la puede obligar ni castigar!— de modo que la hora de lectura se convierte siempre en hora de charla; aprende poco o nada, y ya ninguna insistencia de su madre logra encaminarla hacia una ocupación seria. Un desarrollo recto y saludable se ve trastornado por el matrimonio impuesto demasiado pronto. De título mujer, en realidad todavía niña, María Antonieta debe ya representar majestuosamente dignidad y rango, y al mismo tiempo aprender aún, como en el pupitre de la escuela, los conocimientos más elementales de una educación primaria; unas veces se la trata como a una gran dama, otras se la regaña como a una niña pequeña e incapaz; la dama de honor le exige representación, las tías intrigas, la madre instrucción; pero su joven corazón no quiere otra cosa que vivir y ser joven, y de estas contradicciones entre la edad y la posición, entre la voluntad propia y la de los demás, nace en este carácter, por lo demás cabalmente recto, esa desazón indómita y esa impaciencia por la libertad que más tarde determinarán de manera tan funesta el destino de María Antonieta.

María Teresa está al tanto de esta posición peligrosa y amenazada de su hija en la corte extranjera, y sabe también que esta criatura, demasiado joven, poco seria y voluble, nunca será capaz de eludir

por instinto propio todas las trampas de zorro de las intrigas y los cepos de la política palaciega. Así que le ha asignado, como fiel escudero, al mejor hombre de que dispone entre sus diplomáticos, el conde de Mercy. «Temo», le había escrito con admirable franqueza, «el exceso de juventud de mi hija, el exceso de halagos que la rodean, su pereza y su falta de sentido para las ocupaciones serias, y le encargo a usted, puesto que en usted confío plenamente, que vele para que no caiga en malas manos.» La emperatriz no podría haber hecho mejor elección. Belga de nacimiento, pero enteramente entregado a la monarca, hombre de corte pero no cortesano, de pensamiento frío pero no por ello frío de corazón, lúcido aunque no genial, este rico y poco ambicioso solterón, que en la vida no quiere otra cosa que servir a la perfección a su soberana, asume este puesto de vigilancia con todo el tacto imaginable y una fidelidad conmovedora. Aparentemente embajador de la emperatriz en la corte de Versalles, en realidad no es más que el ojo, el oído, la mano auxiliar de la madre: gracias a sus informes minuciosos, María Teresa puede observar a su hija desde Schönbrunn como a través de un catalejo. Conoce cada palabra que pronuncia, cada libro que lee o, mejor dicho, que no lee, conoce cada vestido que se pone, sabe cómo María Antonieta pasa o malgasta cada día, con qué personas habla, qué faltas comete, pues Mercy ha tendido con gran habilidad la red en torno a su protegida hasta cerrarla del todo. «Me he asegurado de tres personas del servicio de la archiduquesa, hago que Vermond las observe día tras día, y sé, desde la marquesa de Durfort hasta la última palabra, lo que ella charla con sus tías. Tengo aún más medios y modos de enterarme de lo que ocurre junto al rey cuando la Delfina se encuentra allí. A esto añado además mis propias observaciones, de manera que no hay una sola hora del día de la que no pueda dar cuenta de lo que ha hecho, dicho u oído. Y solo extiendo mis pesquisas hasta donde es necesario para tranquilidad de Vuestra Majestad.» Lo que oye y espía, este servidor leal y sincero lo relata con una veracidad enteramente despiadada. Correos especiales transmiten estos informes íntimos, destinados exclusivamente a María Teresa —pues el robo mutuo del correo constituía entonces el arte principal de la diplomacia—, informes

que, gracias a sobres sellados con la inscripción «tibi soli», no están al alcance ni siquiera del canciller de Estado ni del emperador José. A veces, sin embargo, la cándida María Antonieta se sorprende de lo rápida y exactamente que en Schönbrunn se la mantiene informada de cada detalle de su vida, pero jamás sospecha que aquel señor de cabello gris, de bondad paternal, es el espía íntimo de su madre, y que las cartas admonitorias, misteriosamente omniscientes, de su madre son solicitadas y concertadas por el propio Mercy. Pues Mercy no tiene otro medio para influir sobre la muchacha indómita que la autoridad materna. Como embajador de una corte extranjera, aunque amiga, no le está permitido dar a una heredera del trono normas de conducta moral, no puede arrogarse el pretender educar o influir sobre la futura reina de Francia. Así, siempre que quiere lograr algo, encarga una de esas cartas amorosamente severas que María Antonieta recibe y abre con el corazón palpitante. Sin someterse a nadie más en la tierra, esta niña poco seria siente, sin embargo, un temor sagrado cuando oye la voz de su madre —aunque sea solo en la palabra escrita—; también ante el reproche más duro inclina la cabeza con reverencia.

Gracias a esta vigilancia incesante, María Antonieta queda a salvo, en estos primeros años, del peligro más extremo: de su propio exceso. Otro espíritu, un espíritu más fuerte, la inteligencia amplia y clarividente de su madre, piensa por ella; una seriedad resuelta vela sobre su ligereza. Y lo que la emperatriz debe a María Antonieta por haber sacrificado demasiado pronto esta joven vida a la razón de Estado, la madre intenta rescatarlo de nuevo con mil desvelos.

Bondadosa, cordial y perezosa de pensamiento, María Antonieta, la niña, no siente en realidad antipatía alguna hacia toda esta gente que la rodea. Le tiene bastante cariño al abuelo político, Luis XV, que la acaricia con afecto, se lleva razonablemente bien con las viejas solteronas y con «Madame Etiquette», siente confianza hacia el buen confesor Vermond y una inclinación infantil y respetuosa hacia el amigo callado y afable de su madre, el embajador Mercy. Pero aun así, aun así, todos ellos son gente mayor, todos serios, mesurados, solemnes, graves, y ella, la quinceañera, quisiera tener a alguien con

quien ser amiga sin cortapisas, alegre y confiada; quisiera compañeros de juego, y no solo maestros, vigilantes y reprensores; su juventud tiene sed de juventud. Pero ¿con quién estar alegre aquí, en esta casa cruelmente solemne de mármol frío, con quién jugar aquí? El compañero de juego indicado por la edad le habría correspondido en realidad a su propio esposo, apenas un año mayor que ella. Pero huraño, cohibido, y a menudo, por su misma cohibición, hasta grosero, este mozo torpe elude toda familiaridad con su joven esposa; tampoco él ha mostrado jamás el más mínimo deseo de casarse tan pronto, y hace falta bastante tiempo antes de que se decida siquiera a ser medianamente cortés con esta muchacha extraña. Así que solo quedan los hermanos menores de su esposo, los condes de Provenza y de Artois; con el de catorce años y el de trece, María Antonieta se divierte a veces con juegos infantiles, se prestan disfraces y juegan a escondidas al teatro, pero todo tiene que esconderse deprisa en cuanto se acerca «Madame Etiquette»: ¡una Delfina no puede dejarse sorprender jugando! Pero esta niña indómita necesita algo con que estar alegre, con que ser cariñosa; una vez se dirige al embajador para que le manden desde Viena un perro, «un chien Mops», otra vez la severa gobernanta descubre que la heredera del trono de Francia —¡qué horror!— se ha llevado a su cuarto a los dos hijos pequeños de una criada, y que, sin respeto alguno por sus hermosos vestidos, se arrastra y retoza con ellos por el suelo. Desde la primera hora hasta la última, el ser libre y natural que hay en María Antonieta lucha contra la artificiosidad de este entorno adquirido por matrimonio, contra lo preciosista y grandilocuente de esta compostura de miriñaque y corsé. Esta ligera y desenvuelta vienesa siempre se ha sentido una extraña en el solemne palacio de Versalles, de las mil ventanas.

La lucha por una palabra

«No te metas en política, no te ocupes de los asuntos de los demás», repite María Teresa una y otra vez a su hija desde el principio —advertencia en realidad superflua, pues a la joven María Antonieta nada en el mundo le importa tanto como su diversión. Todo lo que exige reflexión profunda o pensamiento sistemático aburre indeciblemente a esta joven enamorada de sí misma, y sucede en verdad muy contra su voluntad que, ya en los primeros años, se ve arrastrada a esa mísera guerrilla de la intriga que en la corte de Luis XV sustituye a la generosa política de Estado de su predecesor. Ya a su llegada encuentra Versalles dividido en dos bandos. La reina lleva mucho tiempo muerta, así que por derecho correspondían el primer rango femenino y toda la autoridad a las tres hijas del rey. Pero torpes, simples y mezquinas, estas tres damas intrigantes y beatas no saben aprovechar su posición más que para sentarse en primera fila en misa y tener precedencia en las recepciones. Aburridas, hoscas como solteronas, no ejercen influencia alguna sobre su padre real, que solo quiere su placer, y además en formas sensualmente groseras, incluso de las más groseras; pero como no tienen poder ni influencia, como no reparten cargos, ni el más ínfimo cortesano se molesta en buscar su favor, y todo el brillo, todo el honor recae sobre quien muy poco tiene que ver con el honor: la última favorita del rey, Madame Du Barry. Surgida de la más baja hez del pueblo, de oscuro pasado y, si hay que dar crédito a los rumores, llegada por el rodeo de una casa pública hasta la alcoba real, se ha hecho comprar por su amante de voluntad débil, para procurarse una apariencia de pertenencia a la

corte, un esposo noble, el conde Du Barry, un marido en extremo complaciente que desaparece para siempre al día siguiente de la boda de papel. Pero, en fin, su nombre ha hecho presentable en la corte a la antigua muchacha de la calle. Por segunda vez tiene lugar ante los ojos de toda Europa la farsa ridícula y humillante de que un rey Cristianísimo se hace presentar formalmente a su favorita, de sobra conocida, como si fuera una dama de la nobleza venida de fuera, y la exhibe en la corte. Legitimada por esta recepción, la amante del rey habita en el gran palacio, a tres habitaciones de las escandalizadas hijas y unida a los aposentos del rey por una escalera construida expresamente. Con su propio cuerpo, bien probado, y con el aún no probado de muchachas bonitas y complacientes que ella misma lleva al viejo libertino para animarlo, mantiene completamente hechizado al senil y erótico Luis XV: ningún camino lleva al favor del rey sino a través de su salón. Como es lógico, puesto que ella tiene poder que repartir, todos los cortesanos se agolpan a su alrededor, los embajadores de todos los soberanos aguardan llenos de reverencia en su antecámara, reyes y príncipes le envían regalos; puede destituir ministros, repartir cargos, hacerse construir castillos, disponer del tesoro real; pesados collares de brillantes centellean en su cuello opulento, enormes anillos relucen en sus manos, que todas las eminencias, príncipes y arribistas besan reverentes, e invisible resplandece la diadema en su cabellera castaña y abundante.

Toda la luz de la gracia real cae de lleno sobre esta ilegítima soberana del lecho, toda lisonja y toda reverencia cortejan a esta audaz cortesana, que se pavonea en Versalles más desvergonzada que ninguna reina lo hizo jamás. Pero atrás, en las trastiendas, están sentadas las hoscas hijas del rey, gimoteando y despotricando contra la desvergonzada ramera que deshonra a toda la corte, que hace ridículo a su padre, impotente al gobierno e imposible toda vida familiar cristiana. Con todo el odio de su virtud involuntaria —su única posesión, pues no tienen ni gracia ni ingenio ni dignidad—, odian estas tres hijas a la ramera babilónica que goza aquí, en lugar de su madre, del honor de reina, y de la mañana a la noche no

tienen otro pensamiento que burlarse de ella, despreciarla y hacerle daño.

Entonces aparece en la corte, feliz golpe de suerte, esta niña extraña, la archiduquesa, María Antonieta, de apenas quince años, pero que por el rango que le corresponde como futura reina es ya, de pleno derecho, la primera dama de la corte; enfrentarla a la Du Barry se convierte para las tres solteronas en tarea bienvenida, y desde el primer momento se afanan en azuzar a esta muchacha imprudente e ingenua. Ella debe ir en cabeza; mientras ellas mismas permanecen en la sombra, ella debe ayudar a abatir la pieza impura. Así atraen a la pequeña princesa a su círculo, fingiéndose cariñosas. Y sin sospecharlo, María Antonieta se encuentra, a las pocas semanas, en medio de una lucha encarnizada.

A su llegada, María Antonieta no sabía nada ni de la existencia ni de la extraña posición de una Madame Du Barry: en la corte, tan rigurosa en costumbres, de María Teresa, el concepto de favorita era del todo desconocido. Solo ve, en la primera cena, entre las demás damas de la corte, a una dama de generoso busto, alegremente ataviada, con espléndidas joyas, que la mira con curiosidad, y oye que la llaman «condesa», la condesa Du Barry. Pero las tías, que enseguida se ocupan con cariño de la inexperta, la instruyen a fondo y con toda intención, pues pocas semanas después María Antonieta ya escribe a su madre sobre la «sotte et impertinente créature». En voz alta y sin reflexionar repite todos los comentarios malévolos y solapados que las queridas tías le ponen en la lengua suelta, y ahora, de pronto, la corte aburrida y siempre ávida de tales sensaciones tiene su magnífica diversión; pues María Antonieta se ha propuesto —o mejor dicho, las tías se lo han metido en la cabeza— hacerle el vacío del modo más completo a esta intrusa descarada que aquí, en la corte real, se pavonea como un pavo real. Según la férrea ley de la etiqueta, en la corte real de Versalles ninguna dama de rango inferior puede dirigir la palabra a otra de rango superior, sino que debe esperar reverentemente a que la superior le hable a ella. Como es lógico, la Delfina, en ausencia de una reina, es la de mayor rango y hace amplio uso de este derecho. Fría, sonriente y

desafiante, deja esperar y esperar a esta condesa Du Barry para que le dirija la palabra; durante semanas, durante meses, deja a la impaciente hambrienta de una sola palabra. Esto lo advierten pronto, naturalmente, los soplones y aduladores, que se divierten infernalmente con este duelo, y toda la corte se calienta con placer al fuego que las tías atizan previsoramente. Todos observan con tensión a la Du Barry, que se sienta entre todas las damas de la corte con una ira mal contenida y tiene que ver cómo esta pequeña cabeza rubia de quince años, descarada, charla y charla alegre, y quizá deliberadamente alegre, con todas las damas; solo con ella, regularmente, María Antonieta tensa con fuerza el labio habsbúrgico un poco caído, no dice palabra y mira a través de la condesa, centelleante de diamantes, como a través del cristal.

En realidad, la Du Barry no es una persona malintencionada. Como auténtica mujer del pueblo tiene todas las virtudes del estrato bajo, cierta bonhomía de advenediza, una jovialidad camaraderil para con quien la trata bien. Por vanidad es fácilmente complaciente con quien la halaga; con desenvoltura y nobleza da con gusto a quien le pide algo; no es en absoluto una mujer mala ni envidiosa. Pero, por haber ascendido desde abajo de un modo tan vertiginosamente rápido, a la Du Barry no le basta con sentir el poder, quiere también disfrutarlo de forma sensible y visible, quiere solearse vanidosa y suntuosa en ese brillo indebido, y sobre todo quiere que se lo tenga por legítimo. Quiere sentarse en primera fila entre las damas de la corte, quiere llevar los brillantes más hermosos, poseer los vestidos más magníficos, el coche más espléndido, los caballos más veloces. Todo esto lo obtiene sin esfuerzo de aquel hombre de voluntad débil, sexualmente esclavo de ella; nada se le niega. Pero —¡tragicomedia de todo poder ¡legítimo, que se da hasta en un Napoleón!— precisamente ser reconocida por el poder legítimo es su ambición última, su ambición extrema. Así también la condesa Du Barry, aunque cortejada por todos los príncipes, mimada por todos los cortesanos, tiene, tras todos sus deseos cumplidos, uno más: ser reconocida como existente por la primera dama de la corte, ser recibida cordial y amistosamente por

la archiduquesa de la casa de Habsburgo. Pero no solo que esta «petite rousse» (así la llama María Antonieta en su impotente furia), que esta gansita de dieciséis años que aún no sabe hablar correctamente el francés, que ni siquiera consigue el ridículo pequeño logro de mover a su propio marido a un verdadero cumplimiento conyugal, no solo que esta doncellita involuntaria tuerza siempre los labios y la desaire delante de toda la corte —se atreve incluso a burlarse de ella abierta y descaradamente, de ella, la mujer más poderosa de la corte—, y eso, no, eso no está dispuesta a tolerarlo.

El derecho, en esta homérica disputa de rango, está según la letra inconmoviblemente del lado de María Antonieta. Ella es de rango superior, no tiene por qué hablar con esta «dama», que como condesa está muy por debajo de la heredera al trono, aunque le brillen en el pecho diamantes por valor de siete millones. Pero detrás de la Du Barry está el poder real: tiene al rey completamente en su mano. Cercano ya al último peldaño de su decadencia moral, del todo indiferente al Estado, a la familia, a los súbditos y al mundo, cínico soberbio —après moi le déluge—, Luis XV solo quiere ya su tranquilidad y su placer. Deja que todo siga su curso, no se ocupa de la disciplina ni de las costumbres de su corte, bien sabedor de que, si no, tendría que empezar por sí mismo. Bastante tiempo ha reinado ya, estos últimos años quiere vivirlos, vivir solo para sí, y que perezca todo cuanto lo rodea y queda tras él. Por eso le molesta, le perturba la paz esta guerra de mujeres estallada de pronto. Conforme a sus principios epicúreos, preferiría con mucho no inmiscuirse. Pero la Du Barry le insiste a diario al oído en que no se dejará humillar por semejante mocosa, ni poner en ridículo ante toda la corte, que él debe protegerla, defender su honor y con él el suyo propio. Al final, estas escenas y lágrimas resultan ya insoportables para el rey, y manda llamar a la camarera mayor de María Antonieta, Madame de Noailles, para que se sepa de una vez de dónde sopla el viento. Al principio solo expresa amabilidades sobre la esposa de su nieto. Pero poco a poco va deslizando toda clase de observaciones: le parece que la Delfina se permite hablar

con cierta libertad sobre lo que ve, y sería bueno hacerle notar que semejante conducta ha de producir mal efecto en el círculo íntimo de la familia. La dama de honor comunica de inmediato (como estaba previsto) esta advertencia a María Antonieta, esta se la cuenta a las tías y a Vermond, y este por fin al embajador austríaco Mercy, que naturalmente se horroriza terriblemente —¡la alianza, la alianza!— y por correo urgente le escribe todo el asunto a la emperatriz en Viena.

¡Situación embarazosa para la piadosa, la beata María Teresa! ¿Debe ella, que en Viena hace azotar sin piedad a damas de esa clase con su famosa comisión de moralidad y las hace internar en la casa de corrección, prescribirle a su propia hija cortesía hacia semejante criatura? Pero, por otro lado, ¿puede tomar partido contra el rey? La madre, la católica severa y la política que hay en ella entran en el más penoso de los conflictos. Al final escapa del apuro como vieja diplomática avezada que es, trasladando todo el asunto a la cancillería de Estado. No escribe ella misma a su hija, sino que hace que su ministro de Estado, Kaunitz, redacte para Mercy un rescripto con el encargo de exponer a María Antonieta esta digresión política. De este modo queda a salvo, por un lado, su posición moral, y a la pequeña se le dice, sin embargo, cómo debe comportarse, pues Kaunitz explica: «Negar cortesía a personas que el rey haya admitido en su sociedad equivale a ofender a esa sociedad, y como tales personas han de considerarse todas aquellas a quienes el propio soberano reinante tiene por allegadas, sin que nadie pueda permitirse examinar si con razón o sin ella. La elección del príncipe, del monarca mismo, debe respetarse sin réplica.»

Esto es claro, incluso clarísimo. Pero María Antonieta está en la sala de calderas de las tías. Cuando le leen la carta, dice a Mercy, con su desenfadada manera, un displicente «Sí, sí» y «está bien», pero piensa para sus adentros que la vieja peluca de Kaunitz puede parlotear y parlotear cuanto quiera, que en sus asuntos privados ningún canciller tiene nada que decir. Desde que advierte lo terriblemente que se enfada la tonta, la «sotte créature», el asunto le resulta a la pequeña y altiva muchacha doblemente divertido;

como si nada hubiera ocurrido, persiste maliciosa y alegre en su patente silencio. Cada día se encuentra con la favorita en los bailes, en las fiestas, en la mesa de juego, incluso en la mesa del rey, y observa cómo espera y mira de reojo y tiembla de excitación cuando ella se le acerca. Pero que espere, que espere hasta el Juicio Final: una y otra vez frunce desdeñosa el labio cuando su mirada roza por azar esa dirección, y pasa de largo con frialdad de hielo; la palabra que la Du Barry, el rey, Kaunitz, Mercy y en secreto también María Teresa desean y anhelan no llega a pronunciarse.

Ahora la guerra está abiertamente declarada. Como en torno a una pelea de gallos, los cortesanos se agrupan alrededor de las dos mujeres, que se callan la una a la otra con decisión, una con lágrimas de impotente furia en los ojos, la otra con una pequeña sonrisa desdeñosa y superior en los labios. Todos quieren ver y saber y apostar si es la soberana legítima de Francia o la ilegítima quien impone su voluntad. Un espectáculo más divertido no lo ha tenido Versalles en años y años.

Pero ahora el rey empieza a enfadarse. Acostumbrado a que en este palacio todo obedezca bizantinamente en cuanto él pestañea siquiera, a que todos corran haciendo reverencias en la dirección de su voluntad antes incluso de que la haya manifestado con claridad, siente él, el rey Cristianísimo de Francia, por primera vez una resistencia: una muchacha apenas crecida se atreve a desacatar públicamente su orden. Lo más sencillo sería, naturalmente, mandarla llamar a esta insolente rebelde y darle una buena reprimenda; pero incluso en este hombre depravado y del todo cínico se agita todavía un último pudor; le resulta, después de todo, embarazoso ordenar a la mujer adulta de su nieto que converse con la amante de su señor abuelo. Así que Luis XV, en su apuro, hace exactamente lo mismo que hizo María Teresa en el suyo: convierte el asunto privado en un acto de Estado. Para su sorpresa, el embajador austríaco Mercy se ve convocado por el ministerio de Asuntos Exteriores francés a una entrevista, no en las salas de audiencia, sino en los aposentos de la condesa Du Barry. Enseguida empieza a sospechar toda clase de cosas por esta extraña elección de lugar, y

ocurre lo que había previsto: apenas ha cambiado unas palabras con el ministro cuando entra la condesa Du Barry, lo saluda cordialmente y le cuenta ahora con detalle qué injusticia se comete con ella al atribuirle sentimientos hostiles hacia la Delfina; al contrario, es ella quien está siendo calumniada, vilmente calumniada. Al buen embajador Mercy le resulta embarazoso convertirse tan de repente, de representante de la emperatriz, en confidente de la Du Barry, y habla diplomáticamente de aquí para allá. Pero entonces se abre sin ruido la puerta secreta del tapiz, y Luis XV interviene en persona en la delicada conversación. «Hasta ahora», le dice a Mercy, «ha sido usted el embajador de la emperatriz; sea ahora, por favor, durante algún tiempo, mi embajador.» Después se expresa muy abiertamente sobre María Antonieta. La encuentra encantadora; pero, joven y exaltada como es, y además casada con un marido que no sabe dominarla, cae presa de toda clase de intrigas y se deja aconsejar mal por otras personas (se refiere a las tías, sus propias hijas). Le pide, por tanto, a Mercy que ponga en juego toda su influencia para que la Delfina cambie de actitud. Mercy comprende de inmediato que el asunto se ha convertido en política, que aquí hay un encargo abierto y claro que debe cumplirse: el rey exige una capitulación lisa y llana. Naturalmente, Mercy comunica la situación a Viena con toda urgencia, y, para suavizar lo penoso de su misión, aplica algo de maquillaje amable al retrato de la Du Barry: que no es tan mala, después de todo, y que todo su deseo se reduce a la pequeñez de que la Delfina le dirija una sola vez, en público, la palabra. Al mismo tiempo visita a María Antonieta, insiste e insiste, y no escatima los medios más duros. La intimida, insinúa algo sobre venenos con los que en la corte francesa ya se ha eliminado a toda clase de personas encumbradas, y describe con particular elocuencia la discordia que podría surgir entre Habsburgo y Borbón. Este es su triunfo más fuerte: carga a María Antonieta, y solo a ella, con toda la culpa en caso de que la alianza, la obra de la vida de su madre, se viniera abajo por su comportamiento.

Y, en efecto, la artillería pesada empieza a surtir efecto: María Antonieta se deja intimidar. Con lágrimas de ira en los ojos, promete

al embajador dirigir la palabra a la Du Barry, en un día determinado, durante la partida de juego. Mercy respira aliviado. ¡Gracias a Dios! La alianza está salvada.

Un espectáculo de gala de primer orden aguarda ahora a los íntimos de la corte. De boca en boca corre el misterioso pronóstico: ¡esta noche, por fin, la Delfina dirigirá por primera vez la palabra a la Du Barry! Cuidadosamente se disponen los bastidores y de antemano se concierta la señal. Por la noche, en el *cercle*, está acordado entre el embajador y María Antonieta que, al final de la partida de juego, Mercy se acercará a la condesa Du Barry e iniciará con ella una pequeña conversación. Después, también como por casualidad, ha de pasar cerca la Delfina, acercarse al embajador, saludarlo y, con esta ocasión, decirle también unas palabras a la favorita. Todo está planeado a la perfección. Pero, por desgracia, la función de la noche no sale bien, pues las tías envidian a la odiada rival el éxito público: acuerdan por su parte hacer caer el telón de hierro antes de tiempo, antes de que le llegue el turno al dúo de reconciliación. Con la mejor intención, María Antonieta se dirige por la noche a la reunión, la escena se dispone, Mercy asume, según lo programado, su papel. Como por azar, se acerca a Madame Du Barry e inicia una conversación. Mientras tanto, exactamente según lo acordado, María Antonieta ha empezado a hacer su ronda. Charla con esta dama, ahora con la siguiente, ahora otra vez con la próxima, y quizá por miedo, agitación y contrariedad alarga un poco esta última conversación; ya solo queda una, la última dama, entre ella y la Du Barry: dos minutos, un minuto más, y ha de llegar junto a Mercy y la favorita. Pero en este instante decisivo, Madame Adélaïde, la principal instigadora entre las tías, ejecuta su gran golpe. Se dirige con brusquedad hacia María Antonieta y dice imperiosa: «Es hora de que nos vayamos. ¡Ven! Debemos esperar al rey en casa de mi hermana Victoire.» María Antonieta, sorprendida, asustada, pierde el ánimo; asustadiza como es, no se atreve a decir que no, y por otro lado no tiene suficiente presencia de ánimo para dirigir ahora, rápidamente, una palabra indiferente a la Du Barry que espera. Se sonroja, se turba y echa a correr más que a andar, y la

palabra, la anhelada, la encargada, la conquistada diplomáticamente y concertada entre los cuatro, queda sin pronunciar. Todos quedan paralizados. Toda la escena había sido dispuesta en vano; en lugar de reconciliación, ha provocado una nueva burla. Los malintencionados de la corte se frotan las manos, y hasta en las habitaciones de la servidumbre se cuenta entre risitas cómo la Du Barry había esperado en vano. Pero la Du Barry echa espumarajos, y, lo que es más grave, Luis XV monta en cólera sincera. «Ya veo, señor de Mercy», le dice enfurruñado al embajador, «que sus consejos, por desgracia, no tienen ninguna influencia. Es necesario que aquí intervenga yo mismo.»

El rey de Francia está airado y ha amenazado, Madame Du Barry se agita furiosa en sus habitaciones, toda la alianza austro-francesa se tambalea, la paz de Europa se cierne en peligro. De inmediato el embajador comunica a Viena el mal giro de los acontecimientos. Ahora ha de intervenir la emperatriz, «la luz siete veces ardiente». Ahora ha de intervenir la propia María Teresa, pues solo ella, de entre todos los seres humanos, tiene poder sobre esta criatura terca e imprudente. María Teresa se asusta enormemente ante lo ocurrido. Cuando envió a su hija a Francia, tuvo la intención sincera de ahorrarle a su hija el turbio oficio de la política, y desde el principio le había escrito a su embajador: «Confieso abiertamente que no deseo que mi hija adquiera ninguna influencia decisiva sobre los asuntos públicos. Yo misma he experimentado qué carga tan agobiante supone dirigir un gran imperio, y además conozco la juventud y la ligereza de mi hija, unidas a su escasa inclinación hacia cualquier empeño serio (y todavía carece por completo de conocimientos); esto no me permite abrigar nada bueno respecto al gobierno de una monarquía tan venida a menos como la francesa. Si a mi hija no le fuera posible mejorar ese estado, o si incluso empeorase aún más, preferiría que se culpara de ello a algún ministro antes que a mi hija. Por eso no puedo decidirme a hablarle de política ni de asuntos de Estado.»

Pero esta vez —¡fatalidad!— la trágica anciana ha de ser infiel a sí misma, pues María Teresa tiene desde hace algún tiempo graves

preocupaciones políticas. En Viena se está tramando un asunto oscuro y no precisamente limpio. Ya hacía meses que había llegado, de Federico el Grande, a quien odia como al enviado en carne y hueso de Lucifer sobre la tierra, y de Catalina de Rusia, de quien desconfía igual de a fondo, la penosa propuesta de un reparto de Polonia, y el entusiasta aplauso que esta idea encuentra en Kaunitz y en su corregente José II perturba desde entonces su conciencia. «Todo reparto es injusto en su fundamento, y perjudicial para nosotros. No puedo lamentar bastante esta propuesta y debo confesar que me avergüenzo de que se me vea envuelta en ella.» De inmediato reconoce esta idea política tal como es: un crimen moral, un pillaje contra un pueblo indefenso e inocente. «¿Con qué derecho podemos despojar a un inocente al que siempre nos hemos jactado de proteger?» Con seria y pura indignación rechaza la propuesta, indiferente a que se puedan interpretar sus reparos morales como debilidad. «Que se nos tenga más bien por débiles que por deshonestos», dice con nobleza y sensatez. Pero María Teresa hace tiempo que ha dejado de ser soberana única. José II, su hijo y coemperador, solo sueña con guerra, engrandecimiento del imperio y reformas, mientras que ella, sabiamente consciente de la forma de Estado inestable y artificial de Austria, solo piensa en conservar y preservar; para contrarrestar su influencia, él corre temeroso tras el hombre militar que había sido el más encarnizado enemigo de su madre, Federico el Grande, y para su más honda consternación, la mujer que envejece ve cómo su servidor más fiel, Kaunitz, a quien ella misma engrandeció, se inclina hacia la estrella ascendente de su hijo. Lo que más querría, agotada, cansada, decepcionada en todas sus esperanzas tanto de madre como de soberana, es deponer el poder del Estado. Pero la responsabilidad la retiene; presiente con certeza profética —la situación aquí se asemeja de forma misteriosa a la de Francisco José, que, también cansado, tampoco soltó el poder de sus manos— que del espíritu voluble e inquieto de este apresurado reformador se propagará de inmediato la inquietud por todo el imperio, tan penosamente dominado. Así lucha esta mujer piadosa y profundamente honrada hasta la última hora por lo que ella tiene por lo más alto: por el

honor. «Confieso», escribe, «que en toda mi vida no me he encontrado tan angustiada. Cuando se pusieron en cuestión todos mis Estados, me afirmé en mi buen derecho y en la ayuda de Dios. Pero en el caso presente, donde no solo el derecho no está de mi lado, sino que las obligaciones, el derecho y la equidad luchan en mi contra, no me queda sosiego alguno, sino inquietud y reproches de un corazón que jamás tuvo la costumbre de aturdir a nadie, ni a sí mismo, ni de hacer pasar la duplicidad por sinceridad. La lealtad y la buena fe están perdidas para siempre, siendo, sin embargo, la mayor joya y la verdadera fuerza de un monarca frente a los demás.»

Pero Federico el Grande tiene una conciencia robusta y se burla en Berlín: «La emperatriz Catalina y yo somos dos viejos bandidos, pero ¿cómo se las arregla esta devota con su confesor?» Él insiste, y José II amenaza, y una y otra vez conjura la inevitabilidad de una guerra si Austria no cede. Al final, entre lágrimas, con la conciencia herida y el alma dolorida, la emperatriz María Teresa cede: «No soy lo bastante fuerte para llevar sola los negocios, así que, aunque no sin mi mayor pesar, dejo que sigan su curso», y firma amparándose en que «todos los hombres prudentes y experimentados así lo aconsejan». Pero en lo más hondo de su corazón se sabe cómplice y tiembla ante el día en que el tratado secreto y sus consecuencias se revelen ante el mundo. ¿Qué dirá Francia? ¿Tolerará con indiferencia, en atención a la alianza, este asalto de rapiña contra Polonia, o combatirá una pretensión que ella misma siente como no legítima (pues María Teresa tacha de su propia mano la palabra «legítimo» del decreto de ocupación)? Todo depende únicamente de la disposición cordial o fría de Luis XV.

En medio de estas preocupaciones, en este ardiente conflicto de conciencia, cae de improviso la carta de alarma de Mercy: que el rey está irritado contra María Antonieta, que le ha manifestado abiertamente al embajador su disgusto, y esto justo mientras en Viena se sigue engañando tan magníficamente al ingenuo enviado, el príncipe Rohan, que entre sus partidas de placer y sus cacerías a caballo no se entera de nada sobre Polonia. Porque María Antonieta

no quiere hablar con la Du Barry, del reparto de Polonia puede surgir un asunto de Estado, al final incluso una guerra: María Teresa se asusta. No, allí donde ella misma, con sus cincuenta y cinco años, ha tenido que hacer un sacrificio de conciencia tan doloroso a la razón de Estado, su propia hija, esta ingenua muchacha de dieciséis años, no puede querer ser más papista que el papa, ni más moral que su madre. Así pues, se escribe una carta, más enérgica que nunca, para quebrar de una vez por todas la obstinación de la pequeña. Naturalmente, ni una palabra sobre Polonia, nada de razón de Estado, sino —debió de costarle mucho a la vieja emperatriz— trivializar todo el asunto: «¡Ah, qué miedo y qué reparo hablarle al rey, a ese, el mejor de los padres! ¡O a esas personas a las que se te aconseja hacerlo! ¡Qué miedo, con solo dar los buenos días! ¿Una palabra sobre un vestido, sobre una nadería, te cuesta tantos gestos, o quizá más? Te has dejado atrapar en tal esclavitud que, al parecer, ni la razón ni siquiera tu deber tienen ya fuerza para convencerte. No puedo callar por más tiempo. Después de la conversación con Mercy y de que él te comunicara lo que el rey desea y lo que tu deber exige, ¡te has atrevido a no obedecerle! ¿Qué motivo razonable puedes darme para ello? Ninguno en absoluto. No debes considerar a la Du Barry de manera distinta a todas las demás mujeres admitidas en la corte a la sociedad del rey. Como la primera súbdita del rey, debes mostrarte ante toda la corte de tal modo que el deseo de tu señor se cumpla sin condiciones. Naturalmente, si se te exigieran bajezas o se te pidieran intimidades, ni yo ni nadie te aconsejaría hacerlas, pero alguna palabra indiferente, no por consideración a la dama misma, sino por consideración a tu abuelo, tu señor y tu bienhechor.»

Esta andanada (de argumentos no del todo sinceros) quiebra la energía de María Antonieta; indómita, terca, desafiante, jamás ha osado, sin embargo, resistirse a la autoridad de su madre. La disciplina familiar habsbúrgica se muestra aquí, como siempre, victoriosa una vez más. María Antonieta todavía se resiste un poco, por pura fórmula. «No digo que no, ni que jamás vaya a hablarle. Solo que no puedo obligarme a hablarle a una hora determinada de

un día determinado, para que ella pueda anunciarlo de antemano y triunfar.» Pero en realidad su resistencia está ya quebrada por dentro, y estas palabras no son sino un último combate de retirada: la capitulación está sellada de antemano.

El día de Año Nuevo de 1772 trae por fin la decisión en esta heroico-cómica guerra de mujeres, trae el triunfo de Madame Du Barry, la sumisión de María Antonieta. De nuevo se dispone la escena teatralmente, de nuevo se convoca a la corte, solemnemente reunida, como testigo y espectadora. Comienza la gran recepción de felicitaciones. Una tras otra desfilan, según el orden de rango, las damas de la corte ante la Delfina, entre ellas la duquesa de Aiguillon, la esposa del ministro, junto con Madame Du Barry. La Delfina dirige unas palabras a la duquesa de Aiguillon, luego vuelve la cabeza aproximadamente en dirección a Madame Du Barry y dice, no exactamente a ella, pero de tal modo que, con algo de buena voluntad, puede darse por dirigida a ella —todos contienen el aliento para no perder una sílaba—, la palabra tan largamente anhelada, la encarnizadamente disputada, la inaudita, la palabra cargada de destino, le dice: «Hoy hay mucha gente en Versalles.» Siete palabras, siete palabras exactamente contadas ha arrancado de sí María Antonieta, pero —acontecimiento inmenso en la corte, más importante que la conquista de una provincia, más emocionante que todas las reformas ya tan necesarias— ¡la Delfina ha hablado por fin, por fin, a la favorita! María Antonieta ha capitulado, Madame Du Barry ha vencido. Ahora todo vuelve a estar bien, el cielo de Versalles está lleno de violines. El rey recibe a la Delfina con los brazos abiertos, la abraza tiernamente como a una hija reencontrada, Mercy le da las gracias conmovido, la Du Barry camina como un pavo real por los salones, las tías, furiosas, echan pestes, toda la corte está agitada, zumba y cotorrea desde el desván hasta las bodegas, y todo esto porque María Antonieta le ha dicho a la Du Barry: «Hoy hay mucha gente en Versalles.»

Pero estas siete palabras banales encierran un sentido más profundo. Con estas siete palabras queda sellado un gran crimen político, con ellas se compra el silencioso consentimiento de Francia

al reparto de Polonia. No solo la Du Barry, sino también Federico el Grande y Catalina han impuesto con estas siete palabras su voluntad. No solo María Antonieta ha sido humillada, sino todo un país.

María Antonieta ha sido vencida, lo sabe, su orgullo joven y aún pueril, indómito, ha recibido un golpe mortal. Por primera vez ha doblado la cerviz, pero no volverá a doblarla una segunda vez hasta la guillotina. En esta ocasión se ha hecho de pronto visible que esta criatura de corazón blando y frívola, que la «bonne et tendre Antoinette», en cuanto se trata de su honor, alberga un alma orgullosa e inquebrantable. Amargada, le dice a Mercy: «Una vez le he hablado, pero estoy decidida a que quede en eso. Esa mujer no volverá a oír ni un tono de mi voz.» También a su madre le muestra con claridad que, tras esta única concesión, no cabe esperar nuevos sacrificios: «Puede creerme que siempre estaré dispuesta a renunciar a mis prejuicios y resistencias, pero solo mientras no se me exija nada ostentoso ni nada contrario a mi honor.» En vano, ante esto, la madre, del todo indignada por este primer arranque de independencia de su polluela, la reprende con energía: «Me haces reír cuando te imaginas que yo o mi embajador te daríamos jamás un consejo contrario a tu honor o siquiera al más mínimo precepto del decoro. Me da miedo por ti ver esta agitación por tan pocas palabras. Y si dices que ya no quieres volver a hacerlo, esto me hace temblar por ti.» En vano que María Teresa le escriba una y otra vez: «Debes hablarle como a cualquier otra mujer de la corte del rey; se lo debes al rey y a mí.» En vano que Mercy y los demás no cesen de insistirle en que se muestre amistosa con la Du Barry y se asegure así el favor del rey: todo se estrella contra la conciencia de sí misma recién aprendida. El labio estrecho habsbúrgico de María Antonieta, que una sola vez se ha abierto de mala gana, permanece cerrado como el hierro, y ninguna amenaza, ninguna tentación puede ya desellarlo. Siete palabras le ha dicho a la Du Barry, y nunca la mujer odiada ha oído una octava.

Esta única vez, el 1 de enero de 1772, Madame Du Barry ha triunfado sobre la archiduquesa de Austria, sobre la Delfina de

Francia, y probablemente, con aliados tan poderosos como un rey Luis y una emperatriz María Teresa, la cortesana de la corte podría proseguir su lucha contra la futura reina. Pero hay batallas después de las cuales el vencedor, al reconocer la fuerza de su adversario, se asusta de su propia victoria y se plantea si no sería más prudente abandonar voluntariamente el campo de batalla y firmar la paz. A Madame Du Barry no le resulta muy cómodo su triunfo. En el fondo, esta criatura bondadosa e insignificante nunca albergó, desde el principio, ninguna enemistad real hacia María Antonieta; ella, herida peligrosamente en su orgullo, no quería más que esa pequeña satisfacción. Ahora está satisfecha, y más aún: se siente avergonzada y atemorizada por una victoria demasiado pública. Pues es lo bastante lista para saber que todo su poder descansa sobre pies inseguros, sobre las piernas gotosas de un hombre que envejece deprisa. Un ataque de apoplejía en ese hombre de sesenta y dos años, y ya mañana esta «petite rousse» podría ser reina de Francia; una «lettre de cachet», esa carta de viaje fatal a la Bastilla, se firma en un instante. Por eso Madame Du Barry, apenas ha vencido a María Antonieta, hace los intentos más enérgicos, más honestos y sinceros por reconciliarse con ella. Endulza su hiel, doma su orgullo; aparece una y otra vez en sus veladas, y, aunque ya no se la honra con ni una sola palabra, no se muestra en absoluto contrariada, sino que hace saber a la Delfina, una y otra vez, por medio de soplones y mensajeros ocasionales, cuán cordialmente dispuesta está hacia ella. De cien maneras trata de congraciarse con su antigua adversaria ante su amante real, y por fin recurre incluso al medio más audaz: como no puede ganarse a María Antonieta por amabilidad, trata de comprar su favor. Se sabe en la corte —y se sabe, por desgracia, demasiado bien, como más tarde mostrará el tristemente célebre asunto del collar— que María Antonieta está locamente prendada, sin freno, de las joyas costosas. Así piensa la Du Barry —y es significativo que el cardenal Rohan, una década después, siga exactamente el mismo razonamiento— que tal vez sea posible domesticarla con regalos. Un gran joyero, el mismo Boehmer del asunto del collar, posee unos pendientes de brillantes valorados en setecientas mil libras. Probablemente María Antonieta ya había

admirado esas joyas, en secreto o abiertamente, y la Du Barry se enteró de su deseo. Pues un día le hace susurrar, por medio de una dama de la corte, que si de verdad quiere los pendientes de brillantes, ella está dispuesta con gusto a persuadir a Luis XV de que se los regale. Pero María Antonieta no responde con una sola palabra a esta propuesta desvergonzada; se aparta con desdén y sigue mirando fríamente más allá de su adversaria, como a través de ella; no, ni por todas las piedras de la corona de la tierra oirá de sus labios una octava palabra esta Madame Du Barry, a la que una vez humilló públicamente. Un nuevo orgullo, una nueva seguridad ha comenzado en la muchacha de diecisiete años: ya no necesita joyas del favor ni de la gracia ajenos, pues ya siente en la frente la cercana diadema de la reina.

La conquista de París

En las noches oscuras se ve claramente, desde las colinas que rodean Versalles, cómo la resplandeciente corona de luces de París se arquea contra el cielo — tan cerca está la ciudad del palacio—; un cabriolé de muelles recorre el trayecto en dos horas, un peatón apenas necesita seis: ¿qué habría, pues, más natural que la nueva heredera del trono hiciese una visita a la capital de su futuro reino ya al segundo, tercer o cuarto día después de la boda? Pero el verdadero sentido —o mejor dicho, el sinsentido— del ceremonial consiste precisamente en eso: en suprimir o deformar lo natural en todas las formas de la vida. Entre Versalles y París se alza para María Antonieta una barrera invisible: la etiqueta. Pues un heredero del trono de Francia solo puede entrar por primera vez en la capital con su esposa de manera solemne, previo anuncio especial y con el permiso del rey obtenido de antemano. Pero precisamente esa entrada solemne, la «joyeuse entrée» de María Antonieta, es lo que la querida parentela procura postergar todo lo posible. Por más enemigos mortales que sean entre sí en todo lo demás — las viejas tías beatas, la Du Barry y el ambicioso par de hermanos, los condes de Provenza y de Artois—, en esta cuerda tiran todos con el mismo celo, cerrándole a María Antonieta el camino hacia París; no le conceden un triunfo que mostraría con demasiada evidencia su rango futuro. Cada semana, cada mes, la camarilla inventa un obstáculo distinto, un pretexto distinto, y así pasan seis meses, doce meses, veinticuatro meses, treinta y seis meses — un año, dos años, tres años—, y María Antonieta sigue encerrada tras las verjas doradas de Versalles. Por fin, en mayo de 1773, María Antonieta

pierde la paciencia y pasa al ataque abierto. Como los maestros de ceremonias no dejan de sacudir con gesto preocupado sus pelucas empolvadas cada vez que ella expresa su deseo, se presenta ante Luis XV. Este no encuentra nada extraño en semejante petición y, débil como es ante todas las mujeres bonitas, le dice enseguida que sí y amén a la encantadora esposa de su nieto, para disgusto de toda la camarilla. Incluso le deja en libertad de elegir ella misma el día de la entrada solemne.

María Antonieta elige el ocho de junio. Pero ahora que el rey le ha dado por fin el permiso, a la joven insolente le divierte gastarle todavía en secreto una jugarreta al detestado reglamento palaciego que durante tres años la ha mantenido apartada de París. Y del mismo modo que a veces los novios enamorados, sin que la familia lo sospeche, se anticipan a la noche tierna antes de la bendición sacerdotal, para añadir al goce el aliciente de lo prohibido, así convence María Antonieta a su esposo y a su cuñado de hacer una visita clandestina a París justo antes de la entrada pública. Unas semanas antes de la «joyeuse entrée», hacen enganchar las carrozas ya entrada la noche y, enmascarados y disfrazados, se dirigen al baile de la Ópera, a la Meca de París, a la ciudad prohibida. Y como a la mañana siguiente se presentan de lo más puntuales a la misa temprana, esta aventura ilícita queda por completo sin descubrir. No hay escándalo alguno, y sin embargo María Antonieta se ha tomado ya, felizmente, su primera venganza contra la odiada etiqueta.

Tanto más poderoso resulta, después de haber ya paladeado en secreto el fruto paradisíaco de París, el efecto de la entrada solemne y pública. Tras el rey de Francia, también el Rey del cielo da su solemne consentimiento: ese ocho de junio amanece un día de verano radiante y sin nubes, que atrae como espectadores a muchedumbres inabarcables. Todo el camino de Versalles a París se transforma en un único seto humano bullicioso, que agita sombreros, entretejido de colores con banderas y guirnaldas de flores. En la puerta de la ciudad aguarda el mariscal de Brissac, gobernador de la villa, a la carroza festiva, para entregar

respetuosamente a los pacíficos conquistadores las llaves sobre una bandeja de plata. Luego llegan las mujeres de Les Halles, hoy engalanadas solemnemente (¡de qué otro modo recibirán más tarde a María Antonieta!), y le ofrecen los primeros frutos del año, frutas y flores, acompañados de arengas dinásticas. A la vez truenan los cañones del Palacio de los Inválidos, del Ayuntamiento y de la Bastilla. Despacio prosigue la carroza de la corte por toda la ciudad, a lo largo del muelle de las Tullerías hasta Notre-Dame; en todas partes —en la catedral, en los conventos, en la Universidad— los reciben con discursos, pasan bajo arcos de triunfo erigidos para la ocasión y junto a bosques de banderas, pero la más magnífica de las bienvenidas los espera de manos del pueblo. Por decenas de miles, por cientos de miles, la gente ha acudido de todas las calles de la inmensa ciudad para ver a la joven pareja, y la visión de esta mujer inesperadamente encantadora y encantada suscita un entusiasmo indecible. Se aplaude, se jalea, se agitan pañuelos y sombreros; niños y mujeres se agolpan, y cuando María Antonieta ve desde el balcón de las Tullerías las olas inabarcables de la entusiasta muchedumbre, casi se asusta: «¡Dios mío, cuánta gente!» Pero entonces el mariscal de Brissac, a su lado, se inclina y responde con auténtica galantería francesa: «Madame, que no le disguste a Su Alteza el Delfín, pero está usted viendo aquí a doscientas mil personas enamoradas de usted.»

La impresión de este primer encuentro de María Antonieta con el pueblo es inmensa. Poco dada por naturaleza a la reflexión, pero dotada de una rápida capacidad de percepción, comprende todos los acontecimientos siempre a partir de la impresión inmediata y personal, de la vivencia sensible, de lo que salta a la vista. Solo en estos minutos, cuando un inmenso bosque vivo, inabarcable, de banderas, gritos y sombreros agitados, cuando la masa anónima brama hacia ella en cálida oleada, presiente por primera vez el brillo y la grandeza de la posición a la que el destino la ha elevado. Hasta ahora, en Versalles, la habían llamado «Madame la Dauphine», pero eso no había sido más que un título entre otros mil, un escalón alto y rígido dentro de la interminable escalera de la nobleza, una

palabra vacía, un concepto frío. Ahora comprende María Antonieta, por primera vez de manera sensible, el sentido ardiente y la orgullosa promesa que encierra esa palabra: «heredera del trono de Francia». Conmovida, escribe a su madre: «El martes pasado viví una fiesta que no olvidaré en mi vida: nuestra entrada en París. Recibimos todos los honores que se pueden imaginar, pero no fue eso lo que más me conmovió, sino la ternura y la pasión del pobre pueblo, que, a pesar de los impuestos que lo agobian, estaba lleno de alegría al vernos. En el jardín de las Tullerías había una multitud tan enorme que durante tres cuartos de hora no pudimos avanzar ni retroceder, y al regreso de este paseo permanecimos aún media hora más en una terraza abierta. No puedo describirte, querida madre mía, los arrebatos de amor y de alegría que se nos manifestaron en ese instante. Antes de retirarnos saludamos aún con la mano al pueblo, que sintió por ello una gran alegría. Qué dichosos somos en nuestro rango, que podemos ganarnos el afecto con tanta facilidad. Y sin embargo no hay nada más precioso; lo he sentido bien y no lo olvidaré jamás.»

Estas son las primeras palabras verdaderamente personales que se oyen en las cartas de María Antonieta a su madre. Su naturaleza, fácilmente impresionable, se abre de inmediato a las emociones intensas, y la hermosa conmoción ante ese amor del pueblo, inmerecido y sin embargo tan tempestuosamente arrollador, despierta en ella un sentimiento de gratitud, un sentimiento generoso. Pero así como es rápida para percibir, María Antonieta lo es también para olvidar. Tras unas cuantas visitas más, acepta ya ese júbilo como un homenaje evidente, como algo inherente a su rango y a su posición, y se alegra de él con la misma ligereza infantil con que acepta todos los dones de la vida. Le parece maravilloso verse envuelta por el bramido de esa masa cálida, maravilloso dejarse amar por ese pueblo desconocido: de ahí en adelante disfruta de ese amor de veinte millones de personas como de un derecho suyo, sin sospechar que todo derecho conlleva también obligaciones y que hasta el amor más puro acaba por cansarse si no se siente correspondido.

Ya con su primer viaje, María Antonieta ha conquistado París. Pero al mismo tiempo, también París conquista a María Antonieta. Desde ese día queda presa de esta ciudad. Con frecuencia, y pronto con demasiada frecuencia, viaja a la ciudad seductora, inagotable en placeres; unas veces con pompa principesca, de día, con todas sus damas de honor, otras de noche, con un pequeño séquito íntimo, para asistir a los teatros y a los bailes y desahogarse en privado, de manera comprometida o también inocente. Solo ahora, liberada de la monótona distribución diaria del calendario cortesano, esta medio niña, esta muchacha salvaje, se percata de lo espantosamente aburrido que era ese caserón de mármol y piedra de Versalles, con sus cien ventanas, sus reverencias cortesanas y sus intrigas, sus fiestas almidonadas, de lo insufribles que habían sido esas tías burlonas y rancias con las que tenía que sentarse por la mañana en misa y por la tarde con la labor de punto. Fantasmal, momificado y artificial le parece ahora todo aquel ceremonial cortesano sin alegría ni libertad, con sus actitudes espantosamente afectadas, ese eterno minué con las mismas figuras de siempre, los mismos movimientos calculados y el mismo espanto perpetuo ante el más mínimo desliz, comparado con la desenvuelta y desbordante plenitud vital de París. Le parece haber escapado de un invernadero al aire libre. Aquí, en el tumulto de la ciudad inmensa, se puede desaparecer y sumergirse, escapar de la manecilla implacable del horario y jugar con el azar; aquí se puede vivir y disfrutar para uno mismo, mientras que allá solo se vive para el espejo. Así, ahora, dos, tres veces por semana, rueda regularmente hacia París, de noche, una carroza con mujeres alegremente engalanadas, que no regresan a casa hasta el amanecer.

Pero ¿qué ve María Antonieta de París? En los primeros días visita aún, por curiosidad, algunos lugares dignos de verse, los museos, los grandes comercios; asiste a una fiesta popular y hasta, en una ocasión, a una exposición de pintura. Pero con eso queda por completo agotada, para los próximos veinte años, su necesidad de instrucción dentro de París. Por lo demás, se dedica exclusivamente a los lugares de diversión: acude con regularidad a la Ópera, a la

Comédie francesa, a la Commedia italiana, a bailes, a redoutas, visita las salas de juego — exactamente ese «Paris at night, Paris city of pleasure» de las ricas americanas de hoy. Lo que más la seduce son los bailes de la Ópera, porque la libertad del disfraz es la única que le está permitida a ella, prisionera de su posición. Con el antifaz sobre los ojos, una mujer puede permitirse alguna que otra travesura que a una Madame la Dauphine le resultaría de otro modo imposible. Se puede atraer a caballeros desconocidos —el esposo aburrido e incapaz duerme en casa— para una animada charla de unos minutos, se puede abordar con libertad a un encantador joven conde sueco llamado Fersen y charlar con él, protegida por el antifaz, hasta que las damas de honor vuelven a llevarla a su palco; se puede bailar, distender el cuerpo caliente y flexible hasta el cansancio: aquí se puede reír sin preocupaciones, ¡ah, en París se puede vivir tan maravillosamente a sus anchas! Pero en todos esos años no pisa jamás una casa burguesa, no asiste nunca a una sesión del Parlamento ni de la Academia, no visita jamás un hospital, un mercado; ni una sola vez intenta saber algo de la vida cotidiana de su pueblo. En estas escapadas parisinas, María Antonieta se mantiene siempre dentro del estrecho y reluciente círculo del placer mundano, y cree haber hecho ya bastante por el buen pueblo, el «bon peuple», cuando responde sonriente y despreocupada a su saludo entusiasta; y he ahí que este, encantado, vuelve una y otra vez a formar valla en masa, y del mismo modo aclaman la nobleza y la rica burguesía cuando por la noche, en el teatro, se asoma a la barandilla del palco. Siempre y en todas partes siente la joven que su alegre ociosidad, sus ruidosas partidas de placer, son aprobadas: por la noche, cuando va a la ciudad y la gente vuelve justamente cansada del trabajo, y lo mismo a las seis de la mañana, cuando el «pueblo» vuelve de nuevo a su trabajo. ¿Qué puede haber entonces de malo en esa arrogancia alegre, en ese dejarse vivir sin ataduras? En el ímpetu de su juventud insensata, María Antonieta cree que el mundo entero es alegre y despreocupado, porque ella misma es despreocupada y feliz. Pero mientras cree ingenuamente estar renunciando a la corte y haciéndose popular en París con sus correrías de placer, en realidad pasa, durante veinte años, con su

carroza lujosa y de muelles, tintineante de cristales, de largo junto al pueblo verdadero y junto al verdadero París.

La poderosa impresión de la acogida parisina ha transformado algo en María Antonieta. La admiración ajena refuerza siempre el propio sentimiento de sí: una mujer joven a quien miles han confirmado que es hermosa se vuelve al instante más hermosa gracias a ese saber sobre su propia belleza; así también esta muchacha tímida, que hasta ahora en Versalles se había sentido siempre extraña y superflua. Pero ahora un orgullo joven, que a ella misma la sorprende, borra por completo en su ser toda inseguridad y todo recato; ha desaparecido la niña de quince años que, protegida y tutelada por el embajador y el confesor, por tías y parientes, se deslizaba por las habitaciones y se encogía ante cualquier dama de honor. Ahora María Antonieta aprende de golpe la actitud de alteza real que tanto tiempo le habían exigido; se yergue por dentro, y camina erguida, con paso grácil y airoso, junto a todas las damas de la corte, como quien pasa junto a sus subordinadas. Todo cambia en ella. La mujer, la personalidad, comienza a abrirse paso; incluso la letra se transforma de golpe: hasta ahora torpe, de enormes trazos infantiles, se condensa ahora, con nerviosismo femenino, en esquelas delicadas. Es cierto que la impaciencia, la distracción, lo entrecortado e irreflexivo de su carácter nunca desaparecerán del todo de su escritura, pero a cambio empieza a manifestarse en su expresión una cierta independencia. Ahora esta muchacha ardiente, colmada por completo de una juventud que le palpita de sentimiento, estaría ya madura para vivir una vida propia, para amar a alguien. Pero la política la ha encadenado a ese marido tosco, que todavía no es un hombre, y como María Antonieta no ha descubierto su corazón y no conoce a nadie más a quien amar, esta joven de dieciocho años está enamorada de sí misma. El dulce veneno de la lisonja le corre caliente por las venas. Cuanto más la admiran, más quiere verse admirada, y, antes incluso de ser soberana por ley, quiere, como mujer, someter a la corte, a la ciudad y al reino con su gracia. En cuanto una fuerza se ha reconocido a sí misma con conciencia, siente el deseo de ponerse a prueba.

La primera prueba de la joven, para ver si puede imponer su voluntad a los demás, a la corte y a la ciudad, tiene la fortuna de aplicarse —casi podría decirse: a modo de excepción— a una buena causa. El maestro Gluck ha terminado su «Ifigenia» y desea verla representada en París. Para la muy musical corte de Viena, su éxito es una especie de cuestión de honor, y María Teresa, Kaunitz y José II esperan de la Delfina que le allane el camino. Ahora bien, la capacidad de discernimiento de María Antonieta en materia de valores artísticos no era en absoluto sobresaliente, ni en música, ni en pintura, ni en literatura. Tenía cierto gusto natural, pero no uno que examinara por sí mismo, sino solo aquella curiosidad indolente que sigue dócilmente cada moda nueva y se entusiasma, con un interés fugaz como fuego de paja, por todo lo socialmente reconocido. Para una comprensión más profunda le faltaba a María Antonieta —que nunca terminó de leer un libro y sabía eludir cualquier conversación seria— el requisito de carácter indispensable para un discernimiento verdadero: seriedad, respeto, esfuerzo y reflexión. El arte nunca fue para ella más que un adorno de la vida, un placer entre otros placeres; solo conocía el goce artístico sin esfuerzo y, por tanto, nunca el goce artístico verdadero. Por la música se había esforzado, como por todo, con indolencia; las clases de piano con el maestro Gluck en Viena no la habían llevado muy lejos; tocaba el clavecín como aficionada, tal como hacía de actriz sobre el escenario y de cantante en un círculo íntimo. Para presentir y comprender lo nuevo y lo grandioso de «Ifigenia», ella, que ni siquiera reparó en París en su compatriota Mozart, era por supuesto del todo incapaz. Pero María Teresa le había encomendado a Gluck, y ella siente una simpatía verdaderamente divertida por ese hombre de aire torvo, corpulento y jovial; además, precisamente porque en París la ópera italiana y la francesa se defienden con las intrigas más pérfidas contra el «bárbaro», quiere aprovechar la ocasión para mostrar, por una vez, su poder. Enseguida impone que se acepte la ópera, que los señores músicos de la corte habían declarado «irrealizable», y que los ensayos se fijen sin demora. Cierto es que aquel hombre tosco, colérico, poseído por la intransigencia fanática del gran artista, no le pone fácil la protección. En los ensayos regaña

con tal furia a las cantantes consentidas que estas corren llorando a quejarse a sus amantes principescos; acosa sin piedad a unos músicos no acostumbrados a tal exactitud, y manda en la ópera como un tirano; a través de las puertas cerradas se oye tronar, pendenciera, su poderosa voz; decenas de veces amenaza con dejarlo todo y volver a Viena, y solo el temor a su protectora, la futura reina, evita todavía el escándalo. Por fin se fija el estreno para el 13 de abril de 1774; la corte ya encarga sus localidades, sus carrozas. Entonces cae enfermo un cantante y hay que sustituirlo rápidamente por otro. No, ordena Gluck: el estreno se aplaza. Desesperados, le suplican que reflexione, que qué se le ha ocurrido, que la corte ya había hecho sus disposiciones; que por un cantante más o menos bueno, un compositor —y encima burgués, y encima extranjero— no puede atreverse a trastocar las altas disposiciones de la corte, las decisiones de los serenísimos señores. Que eso le trae sin cuidado, brama aquel testarudo de origen campesino; que prefiere arrojar su partitura al fuego antes que dejar que la ópera se represente de manera deficiente; furioso, corre a ver a su protectora María Antonieta, a quien este hombre salvaje le resulta divertido. Ella toma partido de inmediato por el «bon Gluck»; se cancelan las carrozas de la corte, para disgusto de los príncipes, y el estreno se aplaza al diecinueve. Además, María Antonieta hace que el teniente de policía tome medidas para impedir que los altos señores expresen con silbidos su enojo contra el músico poco cortesano: con toda energía hace pública y propia la causa de su compatriota.

En efecto, el estreno de «Ifigenia» es un triunfo, pero más de María Antonieta que de Gluck. Los periódicos y el público se muestran más bien fríos; encuentran que hay en la ópera «algunos pasajes muy buenos junto a otros muy vulgares», pues, como siempre ocurre en el arte, lo grandiosamente audaz rara vez se comprende a la primera para un público sin instrucción. Pero María Antonieta ha arrastrado a toda la corte al estreno; incluso su esposo, que de ordinario no sacrificaría su cacería por la música de las esferas y para quien un ciervo abatido vale más que las nueve musas juntas, tiene esta vez que sumarse. Como el ambiente

adecuado no acaba de cuajar, María Antonieta aplaude ostensiblemente desde su palco después de cada aria; ya solo por cortesía, los cuñados y cuñadas y toda la corte tienen que aplaudir con diligencia, y así, a pesar de todas las intrigas, esa noche se convierte en un acontecimiento de la historia de la música. Gluck ha conquistado París; María Antonieta ha impuesto por primera vez públicamente su voluntad sobre la ciudad y la corte: es la primera victoria de su personalidad, la primera manifestación de esta joven mujer ante toda Francia. Unas semanas más, y el título de reina vendrá a confirmar un poder que ella, por sus propias fuerzas, ha conquistado ya de manera soberana.

Le Roi est mort, vive le Roi!

El 27 de abril de 1774, el rey Luis XV es acometido de pronto por un desfallecimiento durante la caza; regresa con fuertes dolores de cabeza a su castillo predilecto, Trianón. Por la noche los médicos constatan fiebre y hacen llamar a Madame Du Barry a su lecho. A la mañana siguiente, ya inquietos, ordenan el traslado a Versalles. Hasta la muerte, inexorable, debe someterse a las leyes todavía más inexorables de la etiqueta: un rey de Francia no puede enfermar gravemente ni morir en ningún otro lugar que en el lecho real de aparato. «C'est à Versailles, Sire, qu'il faut être malade.» Allí rodean de inmediato el lecho de enfermo seis médicos, cinco cirujanos, tres boticarios —catorce personas en total—, y cada uno de ellos le toma el pulso seis veces por hora. Pero solo el azar ayuda al diagnóstico; cuando por la noche un criado alza la vela, uno de los presentes descubre en su rostro las temidas manchas rojas, y en un instante toda la corte y todo el castillo, desde el umbral hasta el tejado, lo saben: ¡la viruela! Una ráfaga de espanto recorre el inmenso edificio: miedo al contagio, que en efecto se apodera de algunas personas en los días siguientes, y quizá todavía más miedo de los cortesanos por su posición en caso de que sobrevenga la muerte. Las hijas del rey muestran el valor de las verdaderamente piadosas: durante el día montan guardia junto al rey; por la noche permanece Madame Du Barry, abnegada, junto al lecho del enfermo. A los herederos del trono, en cambio, al Delfín y a la Delfina, la ley de la casa les prohíbe entrar en la habitación por el peligro de contagio: desde hace tres días su vida vale mucho más. Y ahora la corte se escinde con un corte brutal; junto al lecho de enfermo de Luis XV

velan y tiemblan la vieja generación, el poder de ayer, las tías y la Du Barry: saben perfectamente que su esplendor terminará con el último aliento de esos labios afiebrados. En las otras habitaciones se reúne la generación venidera: el futuro rey Luis XVI, la futura reina María Antonieta y el conde de Provenza, quien, mientras su hermano Luis no se decida a engendrar hijos, se siente también en secreto un futuro aspirante al trono. Entre estas dos estancias se yergue el destino. Nadie puede entrar en la alcoba del enfermo, donde se pone el viejo sol del dominio; nadie tampoco en la otra estancia, donde se alza el nuevo sol del poder: entre ambas, en el Œil de Bœuf, la gran antesala, aguarda temerosa y vacilante la masa de los cortesanos, sin saber hacia dónde dirigir sus deseos, si hacia el rey moribundo o hacia el rey venidero, hacia la puesta o hacia la salida del sol.

Entretanto, la enfermedad surca con fuerza mortal el cuerpo gastado, consumido y agotado del rey. Espantosamente hinchado, cubierto de pústulas, el cuerpo vivo se descompone de manera horrenda mientras la conciencia no se apaga ni un instante. Las hijas y Madame Du Barry necesitan mucho valor para resistir, pues, a pesar de las ventanas abiertas, un hedor pestilente inunda la alcoba real. Pronto los médicos se apartan, dan el cuerpo por perdido — ahora comienza la otra lucha, el combate por el alma pecadora. Pero, horror: los sacerdotes se niegan a acercarse al lecho del enfermo, a concederle confesión y comunión; primero debe el rey moribundo, que durante tanto tiempo ha vivido de manera impía y solo para sus placeres, demostrar activamente su arrepentimiento. Primero hay que apartar la piedra de escándalo: la amante que vela desesperada junto a un lecho que durante tanto tiempo ha compartido de manera anticristiana. Con gran dolor se decide el rey, precisamente ahora, en esta terrible hora de última soledad, a alejar a la única persona a la que está íntimamente apegado. Pero el miedo al fuego del infierno le atenaza la garganta cada vez con más saña. Con voz ahogada se despide de Madame Du Barry, y de inmediato la llevan, discretamente, en un coche, al cercano castillo

de Rueil: allí debe esperar, para volver en caso de que el rey se recupere todavía.

Solo ahora, tras este acto visible de arrepentimiento, son posibles la confesión y la comunión. Solo ahora entra en la alcoba real un hombre que durante treinta y ocho años había sido el menos ocupado de toda la corte: el confesor de Su Majestad. Tras él se cierra la puerta, y para gran pesar suyo, los curiosos cortesanos en la antecámara no pueden oír el registro de pecados del rey del Parque de los Ciervos (¡y sería tan interesante!). Pero, reloj en mano, cuentan fuera cuidadosamente los minutos, para calcular al menos esto, en su malévolo regodeo por el escándalo: cuánto tiempo necesita un Luis XV para confesar todos sus pecados y excesos. Por fin, transcurridos exactamente dieciséis minutos, se abre de nuevo la puerta y el confesor sale. Pero ya algunos indicios apuntan a que a Luis XV todavía no se le ha concedido la absolución definitiva, a que la Iglesia exige de un monarca que durante treinta y ocho años no ha aliviado su corazón pecador y ha vivido a la vista de sus hijos en la vergüenza y en la lujuria carnal, una humillación más profunda todavía que esta confesión secreta. Precisamente porque ha sido el más alto de este mundo y se ha creído despreocupadamente por encima de la ley espiritual, la Iglesia le exige que se incline con especial hondura ante el Altísimo. Públicamente, ante todos y a todos, el rey pecador debe manifestar su arrepentimiento por su indigna conducta de vida. Solo entonces se le administrará la comunión.

Escena grandiosa a la mañana siguiente: el más poderoso autócrata de la Cristiandad debe hacer penitencia cristiana ante la multitud reunida de sus propios súbditos. A lo largo de toda la escalera del castillo están las guardias sobre las armas; los suizos forman valla desde la capilla hasta la alcoba mortuoria; los tambores redoblan sordamente en cuanto, en solemne cortejo bajo el palio, entra el alto clero con el copón. Cada uno con una vela encendida en la mano, marchan tras el arzobispo y su séquito el Delfín y sus dos hermanos, los príncipes y las princesas, para acompañar el Santísimo hasta la puerta. En el umbral se detienen y caen de

rodillas. Solo las hijas del rey y los príncipes sin derecho de herencia entran con el alto clero en la alcoba mortuoria.

En el silencio sin aliento se oye al cardenal pronunciar unas palabras en voz baja; se le ve, por la puerta abierta, administrar la sagrada comunión. Luego se acerca —instante lleno de estremecimiento y sorpresa reverente— al umbral de la antesala y habla con voz alzada a toda la corte reunida: «Señores, el rey me encarga deciros que pide perdón a Dios por las ofensas que le ha infligido y por el mal ejemplo que ha dado a su pueblo. Si Dios le devuelve la salud, promete hacer penitencia, sostener la fe y aliviar el destino de su pueblo.» Desde el lecho se oye un leve gemido. Audible con claridad solo para los que están más cerca, murmura el moribundo: «Ojalá hubiera tenido yo mismo la fuerza de decirlo.»

Lo que viene ahora ya es solo horror. No muere ya un hombre, sino que un cadáver hinchado y ennegrecido se descompone en sí mismo. Pero, gigantesco, se resiste el cuerpo de Luis XV a la destrucción imparable, como si en él se hubiese concentrado la fuerza borbónica de todos sus antepasados. Terribles son estos días para todos. Los criados se desmayan por el olor espantoso, las hijas velan con sus últimas fuerzas, hace tiempo que los médicos se han retirado sin esperanza, y toda la corte espera, cada vez más impaciente, el pronto final de la horrenda tragedia. Abajo aguardan, enganchadas desde hace días, las carrozas listas, pues, para evitar el contagio, el nuevo Luis debe trasladarse a Choisy con todo su séquito, sin perder un minuto, en cuanto el viejo rey exhale su último aliento. Los jinetes ya han preparado sus sillas, los baúles están hechos, hora tras hora esperan abajo los criados y los cocheros; todas las miradas están fijas ya solo en la pequeña vela encendida que han pegado a la ventana del moribundo y que —señal convenida para todos— habrá de apagarse en el instante señalado. Pero el enorme cuerpo del viejo Borbón se resiste todavía un día entero. Por fin, el martes 10 de mayo, a las tres y media de la tarde, se apaga la vela. De inmediato el murmullo se convierte en clamor. De habitación en habitación corre —una ola que salta— la noticia, el grito, el viento que crece: «¡El rey ha muerto, viva el rey!»

María Antonieta espera con su esposo en una pequeña habitación. De pronto oyen aquel misterioso bramido; cada vez más fuerte, cada vez más cerca, rompe de habitación en habitación una ola incomprensible de palabras. Ahora, como si una tormenta la hubiera abierto de par en par, se abre la puerta; Madame de Noailles entra, cae de rodillas y es la primera en saludar a la reina. Tras ella se agolpan los demás, más y más, toda la corte, pues cada cual quiere acercarse deprisa para rendir su homenaje, mostrarse, hacerse notar entre los primeros en felicitar. Los tambores redoblan, los oficiales blanden las espadas, y de cientos de labios brama el grito: «¡El rey ha muerto, viva el rey!»

Como reina, María Antonieta sale con paso solemne de la habitación en la que había entrado como Delfina. Y mientras en la casa abandonada, con un suspiro de alivio, se mete deprisa el cadáver irreconocible, negro y azulado, de Luis XV en el ataúd preparado desde hacía tiempo, para enterrarlo con el menor revuelo posible, la carroza lleva a un nuevo rey, a una nueva reina, a través de las verjas doradas del parque de Versalles. Y a lo largo de los caminos el pueblo los aclama, como si con el viejo rey hubiera terminado la vieja miseria y con los nuevos soberanos comenzara un mundo nuevo.

La vieja charlatana de Madame Campan cuenta en sus memorias, unas veces almibaradas, otras empapadas en lágrimas, que Luis XVI y María Antonieta, al comunicarles la noticia de la muerte de Luis XV, cayeron de rodillas y exclamaron entre sollozos: «Dios mío, protégenos y guárdanos, somos demasiado jóvenes, demasiado jóvenes para reinar.» Es una anécdota muy conmovedora y, bien lo sabe Dios, apropiada para una cartilla infantil; lástima que, como la mayoría de las anécdotas en torno a María Antonieta, tenga el pequeño inconveniente de estar inventada de manera sumamente torpe y contraria a toda psicología. Pues semejante ternura beata casa muy mal con el frío, cachazudo Luis XVI, que no tenía ningún motivo para sentirse conmovido por un suceso que toda la corte llevaba ocho días esperando de un momento a otro, reloj en mano, y todavía menos con María Antonieta, que acogió aquel regalo de la

hora, con corazón despreocupado, como cualquier otro. No es que fuera ávida de poder ni que estuviese impaciente por empuñar las riendas; María Antonieta jamás soñó con llegar a ser una Isabel, una Catalina, una María Teresa: para eso era demasiado escasa su energía anímica, demasiado estrecha la envergadura de su espíritu, demasiado indolente su naturaleza. Sus deseos, como siempre ocurre en un carácter mediano, no van mucho más allá de su propia persona; esta joven no tiene ideas políticas que quiera imponer al mundo, ninguna inclinación a someter y humillar a los demás; solo posee, desde la juventud, un instinto de independencia fuerte, terco y a menudo pueril: no quiere gobernar, pero tampoco dejarse gobernar ni influir por nadie. Ser señora no significa para ella otra cosa que ser libre ella misma. Solo ahora, tras más de tres años de tutela y vigilancia, se siente por primera vez sin trabas, porque ya no queda nadie que pueda ordenarle un alto (pues la severa madre vive a mil leguas de distancia, y al sumiso esposo le sonríe con desdén, apartando sus temerosas protestas). Elevada por este único escalón decisivo, de heredera del trono a reina, se halla por fin por encima de todos, no sometida a nadie salvo a su propio y caprichoso humor. Se acabaron los quejumbrosos regaños de las tías, se acabó pedir permiso al rey para saber si podía ir o no al baile de la Ópera, terminada la insolencia de su odiada rival, la Du Barry: mañana la «créature» habrá sido arrojada para siempre al destierro, nunca más brillarán sus diamantes en las cenas, nunca más se agolparán en su tocador príncipes y reyes para besarle la mano. Orgullosa, y sin avergonzarse de su orgullo, María Antonieta se hace con la corona que le ha correspondido: «Aunque Dios ya me hizo nacer en el rango que ahora ocupo —escribe a su madre—, no puedo dejar de admirar la bondad de la Providencia, que a mí, la más joven de vuestros hijos, me ha elegido para el más hermoso reino de Europa.» Quien no perciba el tono de alegría que vibra en este anuncio es duro de oído. Precisamente porque solo siente la grandeza de su posición y no también su responsabilidad, María Antonieta sube al trono despreocupada y con ánimo risueño.

Y apenas lo ha ocupado, ya le llega desde abajo el rumor del júbilo. Todavía no han hecho nada, no han prometido nada ni cumplido nada, y sin embargo el entusiasmo ya saluda a los dos jóvenes soberanos. ¿No va a amanecer ahora una edad de oro?, sueña el pueblo, eternamente crédulo en los milagros, ahora que la favorita que desangraba hasta la médula al país ha sido enviada al destierro, que el viejo y libidinoso Luis XV, indiferente a todo, ha sido ya enterrado sin miramientos, ahora que un rey joven, sencillo, ahorrador, modesto y piadoso, y una reina encantadora, dulcemente joven y buena, reinan sobre Francia. En todos los escaparates lucen los retratos de los nuevos monarcas, amados con una esperanza todavía intacta; el entusiasmo saluda cada uno de sus actos, y hasta la corte, paralizada de miedo, empieza a alegrarse: ahora vuelven los bailes y los desfiles, la alegría y las nuevas ganas de vivir, el reinado de la juventud y de la libertad. Un suspiro de alivio saluda la muerte del viejo rey, y las campanas fúnebres, en las torres de toda Francia, suenan tan frescas y alegres como si tocaran a fiesta.

En toda Europa solo hay una persona verdaderamente conmovida y sobrecogida por la muerte de Luis XV, movida por un sombrío presentimiento: la emperatriz María Teresa. Como monarca conoce, por treinta fatigosos años, el peso de una corona; como madre, las flaquezas y los defectos de su hija. De buena gana habría visto retrasarse el momento de la subida al trono, hasta que aquella criatura ligera de cascos y sin freno hubiese madurado un poco más y estuviera a salvo de las tentaciones de su afán derrochador. El corazón se le hace pesado, a la anciana; sombríos presagios parecen oprimirla. «Estoy muy afectada por ello —escribe al recibir la noticia, a su fiel embajador—, y aún más preocupada por el destino de mi hija, que ha de ser o bien magnífico o bien muy desdichado. La posición del rey, de los ministros, del Estado, no me muestra nada que pueda tranquilizarme, ¡y ella misma es tan joven! Jamás ha conocido una aspiración más seria y difícilmente la conocerá nunca o casi nunca.» Melancólica, responde también a su hija ante su orgulloso anuncio: «No voy a hacerte cumplidos por tu nueva dignidad, que está pagada cara y lo estará todavía más cara si no te

decides a llevar la misma vida tranquila e inocente que has llevado durante estos tres años, gracias a la bondad y la indulgencia de ese buen padre, y que os ha granjeado a los dos la aprobación y el cariño de vuestra nación. Esto supone una gran ventaja para vuestra posición actual; pero ahora hay que saber conservarla y emplearla bien, para el bien del rey y del Estado. Sois los dos tan jóvenes todavía, y la carga es tan grande; por eso estoy inquieta, de verdad inquieta... Todo lo que puedo aconsejaros ahora es que no os precipitéis en nada; mirad todo con vuestros propios ojos, no cambiéis nada, dejad que todo se vaya desarrollando, pues de lo contrario el caos y la intriga serán infinitos, y vosotros, hijos míos queridos, caeríais en tal confusión que apenas podríais salir de ella.» Desde lejos, desde lo alto de su experiencia de decenios, la avezada soberana abarca con su mirada de Casandra la incierta situación de Francia mucho mejor que quienes la tienen delante de los ojos; con insistencia conjura a los dos jóvenes para que preserven, sobre todo, la amistad con Austria y con ella la paz del mundo. «Nuestras dos monarquías solo necesitan tranquilidad para poner en orden sus asuntos. Si seguimos actuando en estrecha inteligencia, nadie perturbará nuestra labor y Europa gozará de dicha y de sosiego. No será feliz solo nuestro pueblo, sino también todos los demás.» Pero lo que con más urgencia advierte a su hija es contra su propia liviandad, contra su afición desmedida a las diversiones. «Es lo que más temo en ti, por encima de todo lo demás. Es absolutamente necesario que te ocupes de cosas serias y que, sobre todo, no te dejes arrastrar a gastos extraordinarios. Todo depende de que este feliz comienzo, que supera todas nuestras esperanzas, perdure y os haga felices a los dos, al hacer felices a vuestros pueblos.»

María Antonieta, conmovida por la inquietud de su madre, promete y promete. Confiesa su flaqueza ante toda ocupación seria y jura enmendarse. Pero la inquietud de la anciana, movida por un impulso profético, no se deja aplacar. No cree en la dicha de esta corona, ni en la de su hija. Y mientras el mundo entero aclama y envidia a María Antonieta, ella escribe a su embajador de confianza

el suspiro maternal: «Creo que sus días más hermosos han pasado ya.»

Retrato de una pareja real

En las primeras semanas que siguen a una subida al trono, los grabadores en cobre, los pintores, los escultores y los acuñadores de medallas tienen siempre y en todas partes las manos ocupadas. También en Francia se retira con apasionado apresuramiento el retrato del rey Luis XV, hace ya tiempo no «muy amado», y se lo sustituye por el del nuevo matrimonio real, festivamente coronado de guirnaldas: Le roi est mort, vive le roi.

No hace falta mucho arte de la lisonja a un grabador de medallas experimentado para imprimir algo cesáreo en el rostro bonachón y llano de Luis XVI. Pues, aparte del cuello corto y recio, no puede decirse en absoluto que la cabeza del nuevo rey carezca de nobleza: una frente que retrocede con armoniosa proporción, una nariz de trazo fuerte, casi audaz, un labio jugoso y sensual, una barbilla carnosa pero bien formada componen, unidos en un conjunto redondeado, un perfil apuesto, un perfil de lo más simpático. Lo que más necesita de un retoque embellecedor es la mirada, pues sin sus impertinentes, el extraordinariamente miope no reconoce a nadie ya a tres pasos de distancia; aquí el buril del grabador ha de trabajar con bastante grano y profundidad para conferir algo de autoridad a esos ojos de párpados pesados y mirada pálida y acuosa, como de vaca. Tampoco le va bien al torpe Luis con el porte; conseguir que aparezca verdaderamente erguido e imponente con las galas de ceremonia supone una ardua tarea para todos los pintores de corte, pues, engordado prematuramente, torpe y, por su miopía, desmañado hasta rozar el ridículo, Luis XVI, aunque mide casi dos

metros y es de talle derecho, hace una figura lamentable en todas las ocasiones oficiales (la plus mauvaise tournure qu'on pût voir). Camina sobre el parqué reluciente de Versalles con pesadez y los hombros bamboleantes, «como un campesino detrás del arado»; no sabe ni bailar ni jugar a la pelota; y si simplemente aprieta el paso, ya tropieza con su propia espada. El pobre hombre es plenamente consciente de esta torpeza física, que lo turba, y esa turbación no hace sino acrecentar su patosería: así, todo el mundo tiene al principio la impresión de tener delante, en el rey de Francia, a un lastimoso zoquete.

Pero Luis XVI no es en modo alguno tonto ni limitado; solo que, del mismo modo que en su porte lo traba la miopía, en lo espiritual lo cohíbe gravemente su timidez —debida en último término, probablemente, a su incapacidad viril de orden sexual—. Sostener una conversación supone, para este soberano enfermizamente huraño, un esfuerzo anímico cada vez que la emprende, pues, sabedor de lo lento y torpe que es su pensamiento, Luis XVI siente un miedo indecible a las personas inteligentes, ingeniosas y agudas, a quienes la palabra les brota rápida a los labios; ante ellas, el hombre honrado siente, avergonzado, su propia torpeza. Pero si se le da tiempo para ordenar sus pensamientos, si no se lo empuja a decisiones y respuestas rápidas, sorprende incluso a interlocutores tan escépticos como José II o Pétion por su sentido común, nunca sobresaliente, mas sí honesto y recto; en cuanto logra vencer felizmente su recelo nervioso, causa una impresión del todo normal. Por lo general, sin embargo, prefiere leer y escribir antes que hablar, pues los libros callan y no acosan; Luis XVI —cueste creerlo— lee con gusto y mucho, posee buenos conocimientos de historia y de geografía, perfecciona sin cesar su inglés y su latín, ayudado en ello por una excelente memoria. En sus papeles y en sus libros de cuentas mantiene un orden intachable; cada noche anota, con letra clara, redonda, casi de una limpieza caligráfica, las mezquinas trivialidades de su vida («maté seis ciervos», «me hice purgar») en un diario que, por su inconsciente omisión de todo lo históricamente importante, resulta sencillamente estremecedor —en conjunto, el

modelo cabal de una inteligencia mediocre e incapaz de valerse por sí misma, destinada por naturaleza, digamos, a inspector de aduanas de confianza o a funcionario de cancillería, a alguna actividad puramente mecánica y subalterna a la sombra de los acontecimientos—, para todo y para todo, menos para una cosa: para ser soberano.

Pero la auténtica fatalidad en el temperamento de Luis XVI es esta: tiene plomo en la sangre. Algo torpe y pesado cuaja, como en gelatina, sus venas; nada le resulta fácil. Este hombre, honradamente esforzado, tiene siempre que vencer una resistencia de la materia, una especie de modorra, para hacer algo, para pensar algo o simplemente para sentir algo. Sus nervios, como gomas que han perdido la tensión, no pueden tensarse, ni estirarse, ni vibrar; no despiden electricidad. Esta embotada sensibilidad nerviosa, innata en él, excluye a Luis XVI de toda intensa manifestación de sentimiento: el amor (tanto en sentido espiritual como fisiológico), la alegría, el placer, la angustia, el dolor, el miedo; todos esos elementos del sentimiento no logran atravesar en él la piel de elefante de su imperturbabilidad, y ni siquiera el peligro inmediato de muerte consigue sacudirlo de su letargo. Mientras los revolucionarios asaltan las Tullerías, su pulso no se acelera ni un segundo; tampoco la noche anterior a la guillotina logra conmover ninguno de los dos pilares de su bienestar: el sueño y el apetito. Este hombre jamás palidecerá, ni siquiera con la pistola apuntándole al pecho, nunca brillará la ira en sus ojos apagados; nada puede asustarlo, pero tampoco nada puede entusiasmarlo. Solo el esfuerzo más tosco, como la cerrajería y la caza, pone en movimiento, al menos externamente, su cuerpo; en cambio, todo lo delicado, lo espiritual, lo grácil —es decir, el arte, la música, la danza— resulta del todo inaccesible a su mundo sentimental; ninguna musa ni ningún dios logran poner en vibración sus sentidos indolentes, ni siquiera Eros. En veinte años, Luis XVI jamás ha deseado a otra mujer que la que su abuelo le destinó por esposa; permanece feliz y satisfecho con ella, como lo está con todo, en su carencia de necesidades, casi irritante de tan absoluta. Por eso fue una diabólica

malevolencia del destino exigir precisamente a una naturaleza así, estancada y de embotada animalidad, las decisiones históricamente más importantes de todo el siglo, poner precisamente a un hombre tan inclinado por entero a la contemplación frente a la más terrible catástrofe universal. Pues justo allí donde comienza la acción, donde el músculo de la voluntad debería tensarse para atacar o para defenderse, este hombre físicamente robusto se muestra lastimosamente débil: cada decisión supone para Luis XVI, siempre, el más espantoso de los apuros. Solo sabe ceder, solo sabe hacer lo que otros quieren, porque él mismo no quiere sino tranquilidad, tranquilidad, tranquilidad. Acosado y sorprendido, promete a cada cual lo que le pide, y con igual flaqueza y buena disposición promete a continuación lo contrario al siguiente; quien logra acercarse a él ya lo ha vencido. Por esta indecible debilidad, Luis XVI se vuelve una y otra vez culpable sin culpa y, con la más honrada de las intenciones, deshonesto, juguete de su esposa, de sus ministros, un rey de habas sin alegría ni compostura, feliz cuando se le deja en paz, y desesperado —hasta desesperar a los demás— en las horas en que de verdad debería gobernar. Si la Revolución, en vez de hundir la cuchilla en su cuello corto y grueso, le hubiera concedido a este hombre inofensivo y obtuso una casita de campesino en cualquier lugar, con un pequeño huerto y una obligación insignificante, lo habría hecho más feliz que el arzobispo de Reims con la corona de Francia, que él llevó con indiferencia durante veinte años, sin orgullo, sin gusto y sin dignidad.

Ni siquiera el más cortesano de todos los bardos de la corte se ha atrevido jamás a ensalzar como a un gran emperador a un hombre tan bonachonamente falto de virilidad. A la reina, en cambio, todos los artistas rivalizan por glorificarla en todas las formas y con todas las palabras, por reproducirla en mármol, en terracota, en porcelana bizcocho, al pastel, en delicadas miniaturas de marfil y en gráciles poemas, pues su rostro y su porte reflejan de manera casi perfecta el ideal de la época. Delicada, esbelta, grácil, encantadora, juguetona y coqueta, la joven de diecinueve años se convierte, desde la primera hora, en la diosa del rococó, en el tipo ejemplar de

la moda y del gusto imperante; si una mujer quiere pasar por bella y atractiva, se esfuerza por parecérsele. Y sin embargo, en realidad María Antonieta no tiene un rostro ni significativo ni particularmente impresionante; su óvalo terso, de rasgos finos, con pequeñas irregularidades picantes, como el pronunciado labio inferior habsbúrguico y una frente algo demasiado plana, no cautiva ni por expresión espiritual ni por ningún rasgo fisonómico personal. De ese rostro de muchacha, aún sin formar del todo y todavía curioso de sí mismo, emana algo frío y vacío, como de un esmalte de color liso, al que solo los años posteriores, ya de mujer, añadirán cierta plenitud majestuosa y cierta resolución. Solo sus ojos, blandos y muy cambiantes en su expresión, que fácilmente se anegan en lágrimas para volver a chispear de inmediato en juego y diversión, delatan una viveza de sentimiento, y su miopía presta a ese azul superficial, no muy profundo, un carácter velado y conmovedor; pero en ninguna parte traza la firmeza de una voluntad una línea dura de carácter en ese óvalo pálido: solo se percibe una naturaleza blanda y dócil, que se deja llevar por el estado de ánimo y que, de un modo enteramente femenino, sigue siempre tan solo las corrientes subterráneas de su sensibilidad. Es precisamente esa ternura llena de gracia lo que todos admiran ante todo en María Antonieta. Lo verdaderamente bello en esta mujer es, en realidad, solo lo esencialmente femenino: el cabello abundante, que del rubio ceniza vira a reflejos rojizos, la blancura de porcelana y la tersura de su cutis, la mórbida suavidad de las formas, las líneas perfectas de sus brazos, lisos como el marfil y suavemente redondeados, la cuidada belleza de sus manos, todo ese florecer y esa fragancia de una feminidad todavía a medio abrir, un encanto, eso sí, demasiado fugaz y sublimado para que pueda intuirse por entero a partir de sus reproducciones.

Pues incluso los pocos retratos verdaderamente magistrales que de ella se conservan nos siguen ocultando lo más esencial de su naturaleza, lo más personal de su efecto. Los retratos casi siempre solo son capaces de fijar la pose forzada y rígida de una persona, y el auténtico encanto de María Antonieta residía, según opinión

unánime, en la inimitable gracia de sus movimientos. Solo en el porte animado revela María Antonieta la musicalidad innata de su cuerpo; cuando, sobre sus finos tobillos, avanza alta y esbelta entre la doble hilera de las galerías de espejos, cuando se recuesta coqueta y dócil en un sillón para conversar, cuando se levanta con ímpetu y corre ligera por las escaleras, cuando con gesto naturalmente grácil tiende la mano, deslumbrante de blancura, para que se la besen, o rodea con ternura la cintura de una amiga con su brazo, su porte resulta, sin el menor esfuerzo, perfecto, por pura intuición corporal femenina. «Cuando permanece erguida», escribe, arrebatado, el inglés Horace Walpole, tan frío por lo demás, «es la estatua de la belleza; cuando se mueve, la gracia en persona». Y en efecto, monta a caballo, juega a la pelota como una amazona; en todo aquello en que entra en juego su cuerpo flexible y dotado, supera a las mujeres más bellas de su corte, no solo en destreza, sino también en atractivo sensual, y el entusiasmado Walpole rechaza con energía la objeción de que en la danza no siempre siga con exactitud el ritmo, con esta bella frase: que entonces era la música la que se equivocaba. Por un instinto sabedor —toda mujer conoce la ley de su propia belleza— ama por ello María Antonieta el movimiento. La inquietud es su verdadero elemento; en cambio, estarse quieta, escuchar, leer, prestar atención, reflexionar y, en cierto sentido, incluso dormir, son para ella pruebas de paciencia insoportables. Solo subir y bajar, ir y venir, empezar algo, siempre algo distinto, y no terminar nada; estar siempre ocupada y que la ocupen a una, sin esforzarse en serio; solo sentir siempre que el tiempo no se detiene, solo perseguirlo, adelantarlo, atropellarlo. No comer despacio, solo picar deprisa un poco de dulce, no dormir mucho, no pensar mucho, ¡solo seguir y seguir en un ocio cambiante! Así, los veinte años de reinado de María Antonieta se convierten en un perpetuo agitarse en torno al propio yo que, sin orientarse hacia ninguna meta exterior ni interior, se traduce, humana y políticamente, en un absoluto girar en el vacío.

Esta falta de arraigo, este no detenerse jamás en sí misma, este derroche de una fuerza grande y solo mal aprovechada es lo que

tanto exaspera a su madre en María Antonieta: la vieja conocedora de los hombres sabe muy bien que esta muchacha, dotada por naturaleza y dotada también de alma, podría sacar de sí misma cien veces más. A María Antonieta le bastaría con querer ser lo que en el fondo es, y tendría un poder verdaderamente regio; pero, fatalidad, por comodidad vive constantemente por debajo de su propio nivel espiritual. Como auténtica austríaca, tiene sin duda mucho talento y para muchas cosas, pero, por desgracia, ni la más mínima voluntad de aprovechar en serio esos dones innatos, y menos aún de profundizar en ellos: dispersa sus talentos con liviandad, para distraerse a sí misma. «Su primer impulso», juzga José II, «es siempre el acertado, y si se atuviera a él, si reflexionara un poco más, sería excelente». Pero precisamente ese reflexionar un poco ya resulta una carga para su temperamento arremolinado; para ella, cualquier pensamiento que no brote de improviso supone un esfuerzo, y su naturaleza, caprichosa y desenvuelta, odia todo tipo de esfuerzo intelectual. Solo quiere juego, solo ligereza en todo y para todo, nada de esfuerzo, ningún trabajo de verdad. María Antonieta charla exclusivamente con la boca, y no con la cabeza. Cuando alguien le habla, escucha de manera saltarina y distraída; en la conversación, que cautiva por su encantadora amabilidad y su brillante ligereza, deja caer de inmediato cada idea apenas esbozada; nada dice hasta el final, nada piensa hasta el final, nada lee hasta el final, en ninguna parte se detiene a fondo para extraer de ello un sentido y la savia de una experiencia verdadera. Por eso tampoco le gustan los libros, ni los documentos de Estado, ni nada serio que exija paciencia y atención, y solo a disgusto, con letra impaciente y garabateada, se despacha de las cartas más imprescindibles; incluso en las que escribe a su madre se nota a menudo, con claridad, las ganas de terminar cuanto antes. ¡Que nada le complique la vida, que nada le oscurezca, entorpezca o entristezca la cabeza! Quien mejor sabe disimularle esa pereza mental pasa a sus ojos por el hombre más inteligente; quien le exige esfuerzo, por un pedante fastidioso, y de un salto se aleja de todos los consejeros razonables para refugiarse junto a sus caballeros y a las amigas de su mismo temple. Solo disfrutar, solo no dejarse

molestar por la reflexión, por las cuentas y por el ahorro: así piensa ella, y así piensan todos en su círculo. Vivir solo para los sentidos y no reflexionar: esa es la moral de toda una generación, la del Dix-huitième, a la que el destino la ha puesto, simbólicamente, como reina, para que viva visiblemente con ella y muera visiblemente con ella.

Ningún poeta podría inventar un contraste caracterológico más crudo que el de esta pareja tan profundamente desigual; hasta el último nervio de sus cuerpos, hasta el ritmo de su sangre, hasta la más extrema oscilación de sus temperamentos, María Antonieta y Luis XVI representan, en todas sus cualidades y peculiaridades, una antítesis prácticamente de manual. Él pesado, ella ligera; él tosco, ella flexible; él estancado, ella efervescente; él de nervios embotados, ella nerviosa y chispeante. Y siguiendo en lo anímico: él indeciso, ella resuelta con excesiva rapidez; él reflexiona despacio, ella dice sí o no de manera espontánea; él estrictamente devoto y beato, ella dichosamente enamorada del mundo; él modesto y humilde, ella coqueta y segura de sí; él pedante, ella distraída; él ahorrativo, ella derrochadora; él sobremanera serio, ella desmedidamente juguetona; él, de calado profundo y andar pesado como la marea; ella, espuma y danza de las olas. Él se siente mejor solo; ella, en compañía ruidosa y numerosa; a él le gusta comer mucho y beber vino recio, con un placer animal y torpe; ella jamás prueba el vino, come poco y deprisa. El elemento de él es el sueño; el de ella, el baile; el mundo de él es el día; el de ella, la noche; así, las agujas horarias de sus relojes vitales avanzan siempre enfrentadas, como el sol y la luna. A las once, cuando Luis XVI se acuesta, María Antonieta empieza recién a encenderse de verdad: hoy en la sala de juego, mañana en un baile, siempre a otro sitio distinto; cuando por la mañana él ya lleva horas cabalgando de caza, ella apenas empieza a levantarse. En ninguna parte, en ningún punto, coinciden sus costumbres, sus inclinaciones, su reparto del tiempo; en realidad, María Antonieta y Luis XVI llevan buena parte de su vida vie à part, igual que (para pesar de María Teresa) hacen casi siempre lit à part.

¿Un matrimonio malo, pues, pendenciero, irritable, sostenido a duras penas? En absoluto. Al contrario: un matrimonio del todo apacible y satisfecho, y de no ser por el fallo inicial de la virilidad, con sus conocidas y penosas consecuencias, incluso plenamente feliz. Pues para que surjan tensiones hace falta, por ambas partes, cierta fuerza; una voluntad debe oponerse a otra voluntad, dureza contra dureza. Pero estos dos, María Antonieta y Luis XVI, eluden todo roce y toda tensión: él, por indolencia física; ella, por indolencia anímica. «Mi gusto no es el mismo que el del rey», comenta despreocupadamente María Antonieta en una carta, «él no se interesa por nada que no sea la caza y el trabajo mecánico… Me concederán ustedes que mi figura en una fragua no sería precisamente de gran gracia: allí yo no sería Vulcano, y el papel de Venus quizá le disgustaría a mi esposo todavía más que mis otras inclinaciones». Luis XVI, por su parte, no encuentra en absoluto de su gusto todo ese modo turbulento y ruidoso de divertirse de su esposa, pero el hombre indolente no tiene ni la voluntad ni la fuerza para intervenir con energía; sonríe bonachonamente ante sus excesos y, en el fondo, se siente orgulloso de tener una esposa tan admirada y tan encantadora. En la medida en que su sentimiento apagado se muestra capaz de alguna vibración, este hombre honrado está, a su manera —es decir, pesada y sincera—, del todo entregado y sumiso a la voluntad de su esposa, hermosa y superior a él en inteligencia; consciente de su propia inferioridad, se aparta a un lado para no hacerle sombra. Ella, por su parte, sonríe un poco ante lo cómodo que resulta su esposo, pero sin malicia, pues también ella le tiene cariño, de una manera un tanto indulgente, como a un gran San Bernardo peludo, al que de vez en cuando se acaricia y se mima porque nunca gruñe ni refunfuña y obedece dócil y tiernamente a la menor señal: a la larga, no puede enfadarse con ese buen animal de piel gruesa, ya solo por gratitud. Pues él la deja hacer y disponer a su antojo, se retira con delicadeza allí donde siente que no lo desean, nunca entra en su habitación sin anunciarse: un esposo ideal que, pese a su ahorro, paga una y otra vez sus deudas y le permite todo, hasta, al final, su amante. Cuanto más tiempo convive María Antonieta con Luis XVI, mayor es el

respeto que llega a sentir por su carácter, tan digno de honor tras toda esa debilidad. Del matrimonio concertado por la diplomacia surge poco a poco una verdadera camaradería, una buena y cordial convivencia, en todo caso más cordial que en la mayoría de los matrimonios principescos de aquella época.

Solo el amor, esta palabra grande y sagrada, es mejor dejarla al margen en esta ocasión. A este Luis tan poco varonil le falta la energía de corazón necesaria para el amor verdadero; el afecto de María Antonieta por él contiene, por su parte, demasiada compasión, demasiada condescendencia, demasiada indulgencia, como para que esa mezcla tibia pueda llamarse todavía amor. Físicamente, esta mujer de nervios finos y delicados pudo y tuvo que entregarse a su esposo por sentido del deber y por razón de Estado, pero suponer que aquel hombre pesado, cómodo, perezoso de sentimientos, aquel Falstaff, despertara o satisficiera en aquella mujer vivaz oleadas de tensión erótica sería sencillamente absurdo. «Amor no siente ninguno por él», comunica José II a Viena tras su visita a París, claro y llano, con serena constatación objetiva, y cuando ella, por su parte, escribe a su madre que de los tres hermanos el más querido es todavía aquel que Dios le dio como esposo, ese «todavía», ese «todavía» que se le ha deslizado traidoramente entre las líneas, dice más de lo que ella quería expresar conscientemente: algo así como que, puesto que no pudo conseguir un marido mejor, este esposo decente y bueno es «todavía» el sustituto más aceptable. En esa sola palabra se mide toda la tibia temperatura de su relación. Ahora bien, María Teresa —que oye cosas mucho peores de su otra hija, la de Parma— se contentaría al fin y al cabo con esa concepción elástica del matrimonio si María Antonieta mostrara tan solo algo más de arte para disimular y de tacto anímico en su conducta, si supiera ocultar mejor ante los demás que considera a su regio esposo, en tanto que hombre, una nulidad, una quantité négligeable. Pero María Antonieta —y esto no se lo perdona María Teresa— olvida guardar las formas, y con ello el honor de su esposo; por fortuna es la madre quien a tiempo intercepta una de esas palabras livianas. Uno de sus amigos de Estado, el conde Rosenberg,

había venido de visita a Versalles; María Antonieta le ha tomado cariño a aquel caballero fino, viejo y galante, y tanta confianza que le escribe a Viena una alegre carta de charla en la que cuenta cómo ha engañado en secreto a su marido cuando el duque de Choiseul le pidió audiencia. «Creerá usted de buen grado que no lo he recibido sin avisar al rey. Pero no podrá imaginarse la habilidad que he empleado para no dar la impresión de estar pidiendo permiso. Dije que me gustaría ver al señor de Choiseul y que solo me faltaba decidir el día, y lo hice tan bien que el pobre hombre ("le pauvre homme") fue él mismo quien encontró la hora más cómoda para que yo pudiera recibirlo. A mi parecer, en este asunto no he hecho más que aprovechar bien mi derecho de mujer.» Con toda soltura le brota a María Antonieta de la pluma la palabra «pauvre homme», y sella la carta despreocupada, pues cree no haber contado más que una divertida anécdota, y la expresión «pauvre homme» significa en el lenguaje de su corazón, con toda honradez y buen humor: el «pobre buen hombre». Pero en Viena se lee esa palabra mixta de simpatía, compasión y desprecio de otro modo. María Teresa comprende al instante qué peligrosa falta de tacto encierra que la reina de Francia llame en una carta privada, públicamente, «pauvre homme» al rey de Francia, al primer señor de la cristiandad, si ni siquiera respeta y honra en su esposo al monarca. ¡En qué tono se mofará ya de viva voz ese cabeza de chorlito, en las fiestas de jardín y en las redoutes, ante sus Lamballe y sus Polignac, ante los jóvenes caballeros, del señor de Francia! En Viena se celebra al instante un severo consejo y se escribe a María Antonieta una carta tan enérgica que durante décadas el archivo imperial no permitió su publicación. «No puedo callarte», reprende la vieja emperatriz a la hija olvidadiza de sus deberes, «que tu carta al conde Rosenberg me ha consternado en extremo. ¡Qué forma de expresarse, qué ligereza! ¿Dónde está el corazón tan bueno, tan tierno, tan entregado de la archiduquesa María Antonieta? No veo en ella más que intriga, odio mezquino, burla y malicia; una intriga en la que habría podido hacer su papel una Pompadour, una Du Barry, pero no una princesa, y además una gran princesa de la casa de Habsburgo-Lorena, llena de bondad y de tacto. Siempre me ha hecho temblar tu rápido éxito y todo lo que te

halaga desde este invierno en que te has lanzado a los placeres y a las modas y atavíos ridículos. Esa caza desenfrenada de placer en placer sin el rey, aunque sabes que a él no le agrada y que solo por pura condescendencia te acompaña o lo tolera, todo eso me hizo expresar en mis cartas anteriores mi legítima inquietud. En esta carta no hago sino verla confirmada. ¡Qué lenguaje! "Le pauvre homme!" ¿Dónde está el respeto y la gratitud por toda su condescendencia? Te dejo esto a tu propia reflexión y no digo más, aunque quedaría mucho por decir... Pero si sigo advirtiendo semejantes inconveniencias, no podré callar, porque te quiero demasiado, y por desgracia las preveo más que nunca, porque sé que eres tan liviana, tan impetuosa y tan falta de toda reflexión. Tu felicidad puede acabarse demasiado deprisa y precipitarte, por tu propia culpa, en la mayor desgracia, y todo ello solo a causa de esa terrible pasión por el placer que no te concede ninguna ocupación seria. ¿Qué libros lees, pues? ¿Y encima te atreves a inmiscuirte en todo, en los asuntos más importantes y en la elección de los ministros?... Parece que el abate y Mercy te han resultado desagradables porque no imitan a esos aduladores rastreros y porque quieren hacerte feliz y no solo divertirte y sacar provecho de tu debilidad. Un día lo comprenderás, pero demasiado tarde. Espero no tener que vivir ese momento, y ruego a Dios que acabe mis días lo antes posible, porque ya no puedo serte útil, porque no podría soportar perder a mi hija y verla desdichada, a ella, a quien amaré tiernamente hasta mi último instante.»

¿No exagera, no pinta el diablo en la pared demasiado pronto por esa única palabra jocosa, dicha solo con insolencia juguetona, «pauvre homme»? Pero a María Teresa, en este caso, no le importa la palabra ocasional, sino un síntoma. Esa expresión le revela como un relámpago cuán poco respeto goza Luis XVI en su propio matrimonio, y cuán poco en toda la corte. Su alma se inquieta. Si en un Estado el desprecio al monarca socava ya las vigas más firmes, la propia familia, ¿cómo van a mantenerse en pie, en la tormenta, los demás soportes y pilares? ¿Cómo puede subsistir una monarquía amenazada sin monarca, un trono sostenido por meros comparsas

que no sienten la idea real ni en la sangre, ni en el cerebro, ni en el corazón? Un hombre débil y una mujer mundana, demasiado pusilánime de pensamiento el uno, demasiado irreflexiva la otra, ¿cómo van a afirmar estos dos frívolos su dinastía frente a una época que se cierne amenazadora? En realidad la vieja emperatriz no está en absoluto encolerizada contra su hija; solo está preocupada por ella.

Y en verdad, ¿cómo enfadarse con estos dos, cómo condenarlos? Incluso a la Convención, su acusadora, le ha resultado amargamente difícil tratar a ese «pobre hombre» de tirano y malvado; en el fondo no había en ninguno de los dos ni un grano de maldad y, como suele ocurrir en las naturalezas medianas, tampoco dureza, ni crueldad, ni siquiera ambición ni una vanidad grosera. Pero, por desgracia, tampoco sus virtudes rebasaron la medida burguesa: honesta bondad, indulgencia laxa, benevolencia templada. Caídos en una época tan mediocre como ellos mismos, habrían salido airosos y hecho un papel razonablemente digno. Pero ni María Antonieta ni Luis supieron oponer, mediante una transformación interior, una igual elevación de corazón a una época dramáticamente exaltada; supieron, más bien, morir dignamente antes que vivir con fuerza y heroísmo. A cada cual le alcanza siempre el destino del que no sabe hacerse dueño —en toda derrota hay un sentido y una culpa—. En el caso de María Antonieta y de Luis XVI, Goethe los midió con sabiduría de juez:

¿Por qué, como con una escoba,
se barre así a un rey hacia fuera?
De haber sido reyes de veras,
todos seguirían aún ilesos.

Reina del rococó

En el instante en que María Antonieta, la hija de su vieja adversaria María Teresa, sube al trono de Francia, Federico el Grande, el enemigo hereditario de Austria, se inquieta. Envía carta tras carta a su embajador en París para que siga con cuidado sus planes políticos. En efecto, el peligro es grande para él. A María Antonieta le bastaría con quererlo, con esforzarse un poquito, para que todos los hilos de la diplomacia francesa pasaran únicamente por su mano, y Europa quedaría gobernada por tres mujeres: María Teresa, María Antonieta y Catalina de Rusia. Pero, por suerte para Prusia y por desgracia para ella misma, María Antonieta no se siente en absoluto atraída por esa tarea grandiosa, de alcance universal; no piensa en comprender su época, sino únicamente en pasar el rato, y toma la corona con desidia, como quien coge un juguete. En lugar de aprovechar el poder que le ha caído en suerte, solo quiere disfrutarlo.

Este fue el error fatal de María Antonieta desde el principio: quiso triunfar como mujer y no como reina; sus pequeños triunfos femeninos contaban para ella más que los grandes y trascendentales de la historia universal, y como su corazón juguetón no supo dar a la idea real ningún contenido espiritual, sino solo una forma perfecta, entre sus manos una gran tarea se le encogió hasta convertirse en un juego pasajero, un alto cargo en un papel de actriz. Ser reina significa para María Antonieta, durante quince años frívolos, exclusivamente esto: ser admirada como la mujer más elegante, más coqueta, mejor vestida, más mimada y, sobre todo, más

divertida de una corte; ser el arbiter elegantiarum, la mundana que marca la pauta de aquel mundo social, refinado y sobrecultivado, que se toma a sí mismo por el mundo entero. Durante veinte años interpreta, en su escenario privado de Versalles —construido, como una pasarela japonesa de flores, sobre un abismo—, enamorada de sí misma, el papel protagonista de la reina perfecta del rococó, con estilo y gracia. Pero qué pobre sigue siendo el repertorio de esa comedia de salón: unas cuantas coqueterías pequeñas y fugaces, unas cuantas intrigas endebles, muy poco ingenio y muchísimo baile. En estos juegos y jugueteos no tiene a su lado, como rey, un compañero digno de tal nombre, ni un verdadero héroe como antagonista, y solo cuenta con un público siempre igual, aburrido y esnob, mientras fuera de las verjas doradas un pueblo de millones aguarda a su soberana. Pero la ofuscada no abandona el papel, no se cansa de seducir su necio corazón con nuevas frivolidades una y otra vez; incluso cuando ya desde París retumba amenazador el trueno sobre los jardines de Versalles, no ceja. Solo cuando la revolución la arranca por la fuerza de ese diminuto escenario rococó y la arroja al grande y trágico de la historia universal, reconoce el enorme error de haber elegido, durante veinte años, un papel demasiado pequeño, el de la soubrette, el de la dama de salón, cuando el destino le había otorgado fuerza y firmeza de alma para uno heroico. Tarde reconoce ese error, y sin embargo no demasiado tarde. Pues justo en el instante en que ya no le queda vivir el papel de reina, sino solo morir en él, en el epílogo trágico de la comedia pastoril, alcanza su verdadera talla. Solo cuando el juego se vuelve serio y le quitan la corona, María Antonieta se convierte de verdad, de corazón, en reina.

Esta culpa de pensamiento, o más bien de irreflexión, de María Antonieta —haber sacrificado durante casi veinte años lo esencial a lo nimio, el deber al goce, lo grave a lo ligero, Francia al pequeño Versalles, el mundo real a su mundo de juego— es una culpa histórica casi inconcebible. Para captarla sensiblemente en su sinsentido, lo mejor es coger, a modo de prueba, un mapa de Francia y trazar en él el minúsculo espacio vital dentro del cual pasó

María Antonieta los veinte años de su reinado. El resultado es asombroso. Pues ese círculo es tan pequeño que en un mapa de tamaño mediano se reduce casi a un puntito. Entre Versalles, Trianón, Marly, Fontainebleau, Saint-Cloud y Rambouillet, seis palacios dentro de un espacio ridículo de pocas horas de camino, gira sin cesar la peonza dorada de su atareado hastío. Ni una sola vez sintió María Antonieta, tan poco en el espacio como en el espíritu, la necesidad de traspasar ese pentagrama dentro del cual la mantenía encerrada el más necio de todos los demonios, el demonio del placer. Ni una sola vez, en casi la quinta parte de un siglo, la soberana de Francia atendió al deseo de conocer su propio reino, de ver las provincias de las que es reina, el mar que baña sus costas, las montañas, las fortalezas, las ciudades y las catedrales, el país ancho y variado. Ni una sola vez roba a su ociosidad una hora de tiempo para visitar a uno de sus súbditos, ni siquiera para pensar en ellos; ni una sola vez pisa una casa burguesa: todo ese mundo verdadero fuera de su círculo de nobles no existía prácticamente para ella. Que en torno a la Ópera de París se extiende una ciudad inmensa, densamente colmada de pobreza y de descontento; que detrás de los estanques de Trianón, con sus patos chinos y sus cisnes y pavos reales bien cebados, detrás de la aldea de gala, el Hameau, diseñada limpia y primorosa por los arquitectos de la corte, las verdaderas casas de labranza se caen a pedazos y los graneros están vacíos; que detrás de las verjas doradas de sus parques un pueblo de millones trabaja, pasa hambre y espera, eso María Antonieta nunca lo supo. Tal vez solo ese no saber y ese no querer saber nada de la tragedia y la tristeza del mundo pudo dar al rococó aquella gracia embelesadora, aquella donosura ligera y despreocupada; solo quien no conoce la gravedad del mundo puede jugar tan dichosamente. Pero una reina que olvida a su pueblo se juega una partida arriesgada. Una pregunta le habría abierto el mundo a María Antonieta, pero ella no quiso preguntar. Una mirada a su época, y lo habría comprendido, pero ella no quiso comprender. Quería seguir siendo, en su apartamiento, alegre, joven y libre de estorbos. Guiada por un fuego fatuo, camina sin cesar en círculo y,

entre sus marionetas cortesanas y en medio de una cultura artificial, deja pasar los años decisivos e irrecuperables de su vida.

Esta es su culpa, su culpa innegable: haberse presentado, con una ligereza sin igual, ante la tarea más formidable de la historia, con un corazón blando ante el enfrentamiento más duro del siglo. Una culpa innegable y, sin embargo, venial, porque se explica por una medida de tentación a la que apenas habría podido resistir tampoco un carácter más fuerte. Sacada del cuarto de los niños directamente al lecho conyugal, llamada de la noche a la mañana, casi todavía en sueños, desde las trastiendas de un palacio hasta el poder más alto, aún sin acabar de formarse, aún sin despertar espiritualmente, esta alma cándida, no especialmente fuerte, no especialmente despierta, se siente de pronto rodeada, como por un sol, de una danza planetaria de admiración; ¡y qué bien adiestrado, con qué astucia, está aquel linaje del Dix-huitième en el arte de seducir a una mujer joven! ¡Qué avezado en la mezcla de venenos de las lisonjas finas, qué ingenioso en la habilidad de encantar con futilidades, qué maestro en la alta escuela de la galantería y en el arte feacio de tomarse la vida a la ligera! Experimentados y sobradamente experimentados en todas las tentaciones y debilitamientos del alma, los cortesanos arrastran desde el primer día a este corazón de muchacha inexperto, aún curioso de sí mismo, a su círculo hechizado. Desde el primer día de su reinado, María Antonieta flota en una nube de incienso de una idolatría desmedida. Lo que dice pasa por sensato, lo que hace por ley, lo que desea se cumple. Tiene un capricho, y al día siguiente ya es moda. Comete una tontería, y toda una corte la imita con entusiasmo. Su cercanía es sol para esa turba vanidosa y ambiciosa, su mirada un regalo, su sonrisa una dicha, su llegada una fiesta; cuando recibe, todas las damas, las más viejas como las más jóvenes, las más distinguidas como las recién admitidas en la corte, hacen los esfuerzos más crispados, más alegres, más ridículos, más pueriles, por atraer sobre sí, por el amor de Dios, aunque solo sea un segundo, su atención, por arrancarle una amabilidad, una palabra, y si no eso, al menos ser notadas y no pasar inadvertidas. En las calles, a su vez, el pueblo la aclama,

agolpado en multitudes, con fervor confiado; en el teatro se levanta, desde la primera fila hasta la última, todo el público congregado, y cuando ella pasa ante los espejos, ve en ellos, espléndidamente vestida y animada por su propio triunfo, a una mujer joven y bella, despreocupada y feliz, tan hermosa como las más hermosas de la corte y, por tanto —pues confunde esa corte con el mundo—, la más hermosa de la tierra. ¿Cómo defenderse, con un corazón infantil, con una fuerza mediana, de un trago tan embriagador de felicidad, mezclado con todas las esencias agudas y dulces del sentimiento: la mirada admirada de los hombres, la envidia admirativa de las mujeres, la entrega del pueblo, el propio orgullo? ¿Cómo no volverse ligera de cascos, si todo es tan fácil? ¿Si el dinero llega flotando en billetes de papel siempre nuevos y una sola palabra, la palabra «payez», escrita al vuelo sobre una hoja, hace rodar ducados a millares y conjura piedras preciosas, jardines y palacios? ¿Si el aire suave de la dicha relaja tan dulce y libremente todos los nervios? ¿Cómo no volverse despreocupada y ligera de corazón, cuando semejantes alas del cielo se prenden a unos hombros jóvenes y radiantes? ¿Cómo no perder pie bajo los propios pasos, cuando una tal seducción arrebata a alguien?

Esta liviandad de su concepción de la vida, culpa suya sin duda desde la perspectiva de la historia, era al mismo tiempo culpa de toda su generación: precisamente por su entrega total al espíritu de su época, María Antonieta se ha convertido en la representante típica del Dix-huitième. El rococó, esa flor sobrecultivada y delicadísima de una cultura milenaria, el siglo de las manos finas y ociosas, del espíritu juguetón y mimado, quiso, antes de hundirse, representarse en una figura. Ningún rey, ningún hombre, habría podido representar este siglo de la dama en el libro de estampas de la historia; solo en la figura de una mujer, de una reina, podía plasmarse sensiblemente, y esta reina del rococó ha sido María Antonieta de manera ejemplar. La más despreocupada entre las despreocupadas, la más pródiga entre las pródigas, entre las mujeres galantes y coquetas la más grácilmente galante, la más conscientemente coqueta, ha expresado en su propia persona, de

manera casi documental, clara e inolvidable, las costumbres y la forma de vida artística del Dix-huitième. «Es imposible», dice de ella Madame de Staël, «poner más gracia y bondad en la cortesía. Posee cierto tipo de trato afable que nunca le permite olvidar que es reina, y siempre finge como si lo olvidara.» María Antonieta jugó con su vida como con un instrumento muy delicado y frágil. En lugar de ser humanamente grande para todos los tiempos, se volvió así característica de su tiempo; y mientras desperdiciaba sin sentido su fuerza interior, cumplió, sin embargo, un sentido: en ella se consuma el Dix-huitième, con ella llega a su fin.

¿Cuál es la primera preocupación de una reina del rococó cuando despierta por la mañana en su palacio de Versalles? ¿Los informes de la ciudad, del Estado? ¿Las cartas de los embajadores, sobre si los ejércitos han vencido, sobre si se declara la guerra a Inglaterra? En absoluto. María Antonieta, como de costumbre, no ha vuelto a casa hasta las cuatro o las cinco de la madrugada; ha dormido solo unas pocas horas, su inquietud no necesita mucho reposo; ahora empieza el día con solemne ceremonial. La doncella mayor, a cuyo cargo está el guardarropa, entra con algunas camisas, pañuelos y toallas para el aseo matinal, y a su lado la primera camarera. Esta hace una reverencia y le presenta un infolio en el que están prendidas con alfileres pequeñas muestras de tela de todos los vestidos que hay en el guardarropa. María Antonieta ha de decidir qué vestidos desea ponerse hoy: elección difícil y llena de responsabilidad, pues para cada temporada están prescritos doce vestidos de gala nuevos, doce vestidos de fantasía, doce vestidos de ceremonia, sin contar los otros cien que se adquieren cada año (imagínese la vergüenza que sería que una reina de la moda llevara los mismos vestidos más de una vez)! A esto se añaden las batas matinales, los corpiños, los pañuelos de encaje y los fichus, las cofias, las capas, los cinturones, los guantes, las medias y la ropa interior de ese arsenal invisible que da trabajo a todo un ejército de costureras y guardarropas. La elección suele durar mucho tiempo: al final se señalan con alfileres las muestras de los vestidos que María Antonieta desea para hoy: el vestido de gala para la recepción, el

déshabillé para la tarde, el gran vestido para la noche. La primera preocupación queda resuelta, y el libro de muestras de tela se retira, mientras se traen los vestidos elegidos en su forma original.

No es de extrañar que, dada la importancia capital del tocador, la modista suprema, la divina Mademoiselle Bertin, llegue a tener más poder sobre María Antonieta que todos los ministros de Estado juntos: estos, al fin y al cabo, reemplazables a docenas; aquella, única e incomparable. De origen apenas una modistilla vulgar salida de lo más bajo del pueblo, ruda, segura de sí misma, con codos de acero y más ordinaria que de finos modales, esta maestra de la alta costura tiene a la reina completamente hechizada. Por su causa se organiza en Versalles, dieciocho años antes de la Revolución propiamente dicha, una revolución palaciega: Mademoiselle Bertin hace saltar por los aires la norma de la etiqueta que niega a una burguesa la entrada en los petits cabinets de la reina; esta artista en su oficio logra lo que jamás consiguieron Voltaire ni todos los poetas y pintores de la época: ser recibida a solas por la reina. Cuando se presenta dos veces por semana con sus últimos diseños, María Antonieta abandona a sus damas de la nobleza y se retira a deliberar en secreto con la venerada artista en gabinetes privados y cerrados a cal y canto, para lanzar juntas una moda nueva, todavía más disparatada que la de ayer. Como es lógico, la avispada modista saca de semejante triunfo el mayor provecho posible para su caja. Después de haber inducido a la propia María Antonieta a los gastos más ruinosos, esquilma a toda la corte y a toda la nobleza: hace poner con letras enormes, sobre su tienda de la rue Saint-Honoré, su título de proveedora oficial de la reina, y declara con altiva desenvoltura a los clientes que hace esperar: «Acabo de trabajar con Su Majestad.» Pronto tiene a su servicio todo un regimiento de costureras y bordadoras, porque cuanto más elegante se viste la reina, con tanto más frenesí se afanan las demás damas por no quedarse atrás. Algunas sobornan con buenas monedas de oro a la infiel hechicera para que les confeccione un modelo que la reina misma aún no ha lucido: el lujo del tocador se propaga como una enfermedad. Los disturbios en el país, los enfrentamientos con el

Parlamento, la guerra con Inglaterra no agitan ni de lejos tanto a esta vanidosa sociedad cortesana como el nuevo color pulga que pone de moda Mademoiselle Bertin, o una curvatura especialmente atrevida del miriñaque, o un matiz de seda producido por primera vez en Lyon. Toda dama que se precie se siente obligada a seguir, paso a paso, la danza simiesca de las exageraciones, y un marido se lamenta suspirando: «Jamás las mujeres de Francia gastaron tanto dinero para ponerse en ridículo.»

Pero ser la reina en esta esfera, María Antonieta lo siente como su obligación más propia. Al cabo de un trimestre de reinado, la pequeña princesa ha ascendido ya a maniquí de moda del mundo elegante, a modelo de todos los trajes y peinados; por todos los salones, por todas las cortes resuena su triunfo. También, claro está, hasta Viena, y de allí llega un eco poco alegre. María Teresa, que para su hija había querido tareas más dignas, devuelve enfadada al embajador un retrato que le muestra a la hija ataviada a la moda y con un lujo exagerado: dice que es el retrato de una actriz y no el de una reina de Francia. Enfadada, amonesta a la hija, aunque en vano, como siempre: «Ya sabes que siempre he opinado que hay que seguir las modas con mesura, pero sin exagerarlas nunca. Una mujer joven y hermosa, una reina llena de gracia, no necesita de todas esas tonterías; al contrario, la sencillez en el vestir le sienta mejor y es más digna del rango de una reina. Como es ella quien marca el tono, todo el mundo se esforzará por seguirla incluso en sus pequeños desatinos. Pero yo, que amo a mi pequeña reina y la observo paso a paso, no debo vacilar en llamarle la atención sobre esta pequeña liviandad.»

Segunda preocupación de cada mañana: el peinado. Por suerte, también aquí hay un gran artista a mano, el señor Léonard, el inagotable e insuperable Fígaro del rococó. Como gran señor, viaja cada mañana de París a Versalles en un coche de seis caballos, para probar en la reina, con peine, aguas capilares y pomadas, su noble arte, distinto cada día. Igual que Mansart, el gran arquitecto, corona las casas con los artificiosos tejados que llevan su nombre, así el señor Léonard levanta sobre la frente de toda dama de rango que se

precie verdaderas torres de cabello, y modela el erizado edificio en ornamentos simbólicos. Con enormes horquillas y un uso generoso de pomada rígida, el cabello se yergue primero, desde la raíz, tieso como una vela sobre la frente, hasta una altura como el doble de un gorro de granadero prusiano; solo entonces, en el espacio aéreo, medio metro por encima del nivel de los ojos, comienza el verdadero reino plástico del artista. Sobre estos «poufs» o «quésacos» (así se llaman por un panfleto de Beaumarchais) no solo se modelan con el peine paisajes y panoramas enteros con frutas, jardines, casas y barcos, con el mar agitado, todo un espectáculo multicolor de lo que ocurre en el mundo, sino que, para que la moda resulte bien variada, estas esculturas reproducen en todo momento, simbólicamente, el suceso del día. Todo lo que ocupa a estos cerebros de colibrí, todo lo que llena estas cabezas femeninas casi siempre huecas, ha de exhibirse en lo alto de la cabeza. Si la ópera de Gluck causa sensación, Léonard inventa al instante un peinado a la Ifigenia con cintas negras de luto y la media luna de Diana. Si al rey lo vacunan contra la viruela, este apasionante suceso del día aparece de inmediato como «poufs de l'inoculation». Si el levantamiento americano se pone de moda, enseguida el peinado de la libertad es el triunfador del día; pero, más ruin y necio todavía: cuando durante la hambruna saquean las panaderías de París, esta frívola sociedad cortesana no encuentra nada más importante que exhibir el suceso en los «bonnets de la révolte». Estos edificios artificiosos sobre cabezas vacías se desbocan cada vez más. Poco a poco, gracias a soportes más voluminosos y a mechones postizos, las torres de cabello se vuelven tan altas que las damas ya no pueden sentarse con ellas en sus carrozas, sino que han de arrodillarse con las faldas recogidas, no sea que el precioso edificio capilar tope con el techo del coche; los marcos de las puertas del palacio se recortan más altos para que las damas de gran gala no tengan que agacharse siempre al atravesarlos, y los techos de los palcos del teatro se abovedan hacia arriba. De qué apuros particulares causan estas cabelleras ultraterrenas incluso a los amantes de estas damas, se encuentra más de una anécdota divertida en las sátiras de la época. Pero, cuando de una moda se

trata, ya se sabe que las mujeres están dispuestas a cualquier sacrificio, y la reina, por su parte, parece imaginarse que no es de verdad la reina si no encabeza o supera todas estas locuras.

Y de nuevo gruñe el eco desde Viena: «No puedo dejar de tocar un punto que encuentro repetido tantas veces en los periódicos, a saber, ¡tus peinados! Dicen que miden, desde la raíz del cabello, casi un metro de altura, y que encima llevan aún plumas y cintas.» Con evasivas responde la hija a la chère Maman que aquí, en Versalles, los ojos están ya tan acostumbrados que todo el mundo —y por «mundo» María Antonieta entiende siempre solo al centenar de damas nobles de la corte— no encontraría nada llamativo en ello. Y el maestro Léonard sigue construyendo, alegre, cada vez más alto, hasta que al todopoderoso señor le place poner freno a la moda, y al año siguiente se desmontan las torres, aunque solo para dejar sitio a una moda todavía más costosa, la de las plumas de avestruz.

Tercera preocupación: ¿se puede ir siempre vestida de manera distinta sin las joyas correspondientes? No: una reina necesita diamantes más grandes, perlas más gruesas que todas las demás. Necesita más anillos, aros, brazaletes, diademas, cadenas para el pelo y piedras preciosas, más hebillas para los zapatos o engastes de diamantes para los abanicos pintados por Fragonard que las esposas de los hermanos menores del rey, que todas las demás damas de la corte. Es verdad que ya trajo de Viena diamantes en abundancia, y que Luis XV le regaló para la boda todo un cofre con las joyas de familia. Pero ¿para qué se es reina, si no para comprar siempre piedras nuevas, más hermosas y más costosas? María Antonieta —todo el mundo lo sabe en Versalles, y pronto se verá que no conviene que todos hablen de ello y lo murmuren— está loca por las joyas. Jamás puede resistirse cuando estos hábiles y untuosos joyeros, estos judíos emigrados de Alemania, Boehmer y Bassenge, le muestran sobre bandejas de terciopelo sus últimas obras de arte, encantadores pendientes, sortijas y broches. Además, estos buenos hombres nunca le ponen difícil la compra. Saben honrar a una reina de Francia cargándole, eso sí, el doble del precio, pero concediéndole crédito y descontándole, en el mejor de los casos, los

diamantes antiguos a la mitad de su valor; sin advertir lo degradante de tales negocios usurarios, María Antonieta contrae deudas por todas partes: en caso de apuro, ella lo sabe, siempre acude en su ayuda el ahorrativo marido.

Pero ahora llega, ya más dura, la amonestación desde Viena: «Todas las noticias de París coinciden en que has vuelto a comprarte brazaletes por doscientas cincuenta mil libras, y que con ello has puesto en desorden tus ingresos y te has endeudado, y que incluso, para remediarlo, vendes tus diamantes a bajo precio... Semejantes noticias me desgarran el corazón, sobre todo cuando pienso en el futuro. ¿Cuándo llegarás a ser tú misma?», le grita la madre desesperada. «Una soberana se degrada cuando se acicala así, y se degrada todavía más cuando, precisamente en un tiempo como este, llega a tales gastos. Conozco demasiado bien este espíritu de derroche, y no puedo callarlo, porque te quiero por ti misma y no para halagarte. Cuídate de no perder, por tales frivolidades, el prestigio que has ganado al comienzo de tu reinado. Todo el mundo sabe que el rey es muy modesto, de modo que toda la culpa recaería solo sobre ti. No deseo vivir para ver semejante cambio, semejante trastorno.»

Los diamantes cuestan dinero, los vestidos cuestan dinero, y aunque nada más subir al trono el bondadoso marido dobló la asignación de su esposa, aquella arca tan generosamente llena debe de tener algún agujero, porque en ella reina siempre una bajamar espantosa.

¿Cómo conseguir entonces dinero? Para los frívolos, por suerte, el diablo ha inventado un paraíso: el juego. Antes de María Antonieta, el juego en la corte real pasaba todavía por un entretenimiento nocturno inocente, algo así como el billar o el baile: se jugaba al inofensivo lansquenete, con apuestas pequeñas. María Antonieta descubre para sí y para los demás el temido faraón, que conocemos por Casanova como el terreno de caza predilecto de todos los tahúres y estafadores. Que una orden expresa y renovada del rey haya puesto bajo pena todo juego de azar les trae sin cuidado a sus

compinches: a los salones de la reina la policía no tiene acceso. Y que él mismo no quiera tolerar esas mesas de juego cargadas de oro, a esta banda frívola no le importa un comino: simplemente se sigue jugando a sus espaldas, y los porteros tienen orden de dar la alarma en cuanto llegue el rey. Entonces las cartas desaparecen bajo la mesa como por arte de magia, no se hace más que charlar, todos ríen del buen hombre honrado, y la partida continúa. Para animar el negocio y aumentar el volumen, la reina concede a cualquiera que traiga dinero al garito el acceso a su mesa verde; arrimadores y traficantes se agolpan, y no pasa mucho tiempo antes de que se corra por la ciudad la vergüenza de que en la sociedad de la reina se hacen trampas al jugar. Solo una no sabe nada de ello, porque, cegada por su propio placer, no quiere saberlo: María Antonieta. Cuando está en plena efervescencia, nadie puede detenerla; juega día tras día hasta las tres, hasta las cuatro, hasta las cinco de la madrugada, y una vez incluso, para escándalo de la corte, toda la noche de la víspera de Todos los Santos.

Y de nuevo el eco desde Viena: «El juego es sin duda uno de los placeres más peligrosos, porque atrae mala compañía y malas hablillas... Encadena demasiado por la pasión de ganar, y si se hacen bien las cuentas, al final se sale burlado, porque a la larga, si se juega honradamente, no se puede ganar. Así que te lo ruego, hija mía muy querida: nada de condescendencia, hay que arrancarse de golpe de semejante pasión.»

Pero los vestidos, los adornos y el juego solo ocupan medio día, media noche. Otra preocupación recorre con la manecilla del reloj el doble círculo de las horas: ¿cómo divertirse? Se sale a caballo, se caza, antiquísimo placer principesco: eso sí, en ello raras veces se acompaña al propio marido —tan mortalmente aburrido que es—, sino que se prefiere al alegre cuñado d'Artois y a otros caballeros. A veces se monta también, por diversión, en burros, lo cual no es tan distinguido, pero permite, cuando uno de esos grises rocines se pone terco, caerse de la manera más encantadora y mostrar a la corte la ropa interior de encaje y las bien formadas piernas de una reina. En invierno se pasea, bien abrigada, en trineo; en verano se

divierte por las noches con fuegos artificiales y bailes campestres, con pequeños conciertos nocturnos en el parque. Basta bajar unos pasos desde la terraza para quedar, con la compañía escogida, completamente protegida por la oscuridad, y allí se puede charlar y bromear alegremente —con todo decoro, desde luego, pero jugando también con el peligro como con todas las demás cosas de la vida. Que después algún cortesano malicioso escriba un folleto en verso sobre las aventuras nocturnas de una reina, «Le lever de l'aurore»: ¿y qué más da? El rey, marido indulgente, no se pone furioso por esos alfilerazos, y uno se lo ha pasado bien. Lo único que no se puede es estar sola, no pasar ninguna noche en casa, con un libro, con el propio marido; solo siempre el ajetreo alegre y el dejarse arrastrar por él. Allí donde una moda nueva cobra impulso, María Antonieta es la primera en rendirle homenaje; apenas el conde de Artois —su único mérito para con Francia— trae de Inglaterra las carreras de caballos, ya se ve a la reina en la tribuna, rodeada de docenas de jóvenes petimetres anglómanos, apostando, jugando y presa de la pasión de esta nueva tensión nerviosa. Por lo común, sin embargo, este fuego de paja de sus entusiasmos no dura mucho; casi siempre le aburre ya al día siguiente lo que ayer todavía la encantaba; solo el cambio constante de diversión logra disimular su inquietud nerviosa, que sin duda tiene su raíz en aquel secreto de la alcoba. Entre cien entretenimientos cambiantes, los más queridos, los únicos por los que sigue perdidamente prendada de manera duradera, son sin embargo también los más peligrosos para su reputación: las redoutes de máscaras. Se convierten en la pasión permanente de María Antonieta, porque allí puede gozar doblemente: el placer de ser reina, y el segundo, gracias al oscuro antifaz de terciopelo que la vuelve irreconocible como reina, el de aventurarse hasta el mismo borde de las aventuras tiernas, no ya solo, como en la mesa de juego, apostando dinero, sino apostándose a sí misma como mujer. Disfrazada de Artemisa o con un coqueto dominó, se puede bajar de la altura glacial de la etiqueta al gentío ajeno y cálido, sentir el aliento de la ternura, la cercanía de la seducción, ese ya-medio-deslizarse hacia el peligro, con un escalofrío que llega hasta la médula; se puede tomar del brazo, protegida por

el antifaz, durante media hora, a un elegante joven gentleman inglés, o mostrar con unas cuantas palabras audaces al hechicero caballero sueco, Hans Axel von Fersen, cuánto le gusta a la mujer que, por desgracia, ay, por desgracia, se ve obligada por la fuerza a la virtud en su condición de reina. Que después estas pequeñas bromas, groseramente erotizadas al instante por los chismes de Versalles, corran de boca en boca por todos los salones; que, cuando una vez se rompe en el camino una rueda del carruaje de corte y María Antonieta toma, para veinte pasos, un simón de alquiler para llegar a la Ópera, los informes de los periódicos secretos conviertan mintiendo estas tonterías en aventuras frívolas, eso María Antonieta no lo sabe, o no quiere saberlo. En vano la amonesta la madre: «Si al menos fuera en compañía del rey, yo callaría, pero siempre sin él, y siempre con la peor y más joven gente de París, siendo además la encantadora reina la mayor de toda la banda. Los periódicos, las gacetas, que antes me significaban un bien porque alababan la generosidad y la bondad de corazón de mi hija, se han transformado de pronto. No se oye hablar más que de carreras de caballos, juegos de azar y noches en vela, tanto que ya ni siquiera quiero verlos; pero, con todo, no puedo evitar que todo el mundo, que conoce mi amor y mi ternura por mis hijos, hable y cuente de ello. A menudo evito incluso ir a sociedad, para no oír nada de eso.»

Pero todas las advertencias no tienen ningún poder sobre la insensata, que ha llegado ya a tal punto que ya ni siquiera entiende que no se la entienda. ¿Por qué no disfrutar de la vida, si no tiene, al fin y al cabo, otro sentido? Y con una franqueza estremecedora, responde ella a las amonestaciones maternas, ante el embajador Mercy: «¿Qué quiere? Tengo miedo de aburrirme.»

«Tengo miedo de aburrirme»: con esta frase, María Antonieta ha pronunciado la palabra clave de su época y de toda su sociedad. El siglo XVIII toca a su fin, ha cumplido su sentido. El reino está fundado, Versalles está construido, la etiqueta está acabada; ahora la corte en realidad ya no tiene nada que hacer: los mariscales, al no haber guerra, se han convertido en simples cabezas de maniquí

vestidas de uniforme; los obispos, como esta generación ya no cree en Dios, en galantes caballeros con sotanas violetas; la reina, como no tiene a su lado a un verdadero rey ni a un heredero al trono que educar, en una alegre mujer de mundo. Aburridos e incapaces de comprender, se quedan todos ante el tiempo que fluye con fuerza arrolladora; con manos curiosas meten a veces la mano en él para sacar unas piedrecillas relucientes; ríen como niños y juegan, porque les chispea tan fácilmente entre los dedos, con el elemento inmenso. Pero ninguno percibe la marea que sube cada vez más rápida; y cuando por fin advierten el peligro, ya es inútil huir, la partida está ya perdida, la vida ya está malgastada.

Trianón

Con su mano ligera y juguetona, María Antonieta empuña la corona como un regalo inesperado; todavía es demasiado joven para saber que la vida no da nada gratis y que en todo lo que se recibe del destino hay inscrito, en secreto, un precio. Ese precio, María Antonieta no piensa pagarlo. Toma solo los derechos de la posición real y queda debiendo los deberes. Quiere reunir dos cosas que humanamente no se pueden conciliar: quiere reinar y, al mismo tiempo, disfrutar. Quiere, como reina, que todo sirva a sus deseos y poder entregarse sin trabas a cada uno de sus caprichos; quiere la plenitud del poder de la soberana y la libertad de la mujer, es decir, disfrutar doblemente, de forma redoblada, su joven y tempestuosa vida.

Pero en Versalles la libertad no es posible. Entre estas iluminadas galerías de espejos no queda un solo paso oculto. Cada movimiento se reglamenta, cada palabra la lleva más lejos un viento delator. Aquí no hay soledad ni intimidad a dos, no hay descanso ni relajación; el rey es el centro de un enorme reloj que avanza implacablemente regular, y cada acto de la vida, desde el nacimiento hasta la muerte, desde el levantarse hasta el acostarse, la propia hora del amor, se convierte en un acto de Estado. El soberano, a quien todo pertenece, pertenece aquí a todos y no a sí mismo. Pero María Antonieta odia todo control; así, apenas se convierte en reina, exige a su esposo, siempre complaciente, un refugio donde no tenga que ser reina. Y Luis XVI, mitad débil, mitad galante, le regala, a modo de regalo nupcial, el pequeño palacio de verano de Trianón,

un segundo reino diminuto, pero enteramente suyo, junto al poderoso reino de Francia.

En sí mismo no es un gran regalo el que María Antonieta recibe de su esposo con Trianón, tan solo un juguete llamado a encantar y a retener su ociosidad durante más de una década. Su constructor nunca pensó este pequeño palacio como residencia permanente de una familia real, sino solo como maison de plaisir, como buen retiro, como casa de citas, y en ese sentido de nido de amor a resguardo de miradas indiscretas lo utilizó abundantemente Luis XV con la Du Barry y otras damas ocasionales. Un hábil mecánico había inventado para las galantes cenas una mesa volante, de modo que los cubiertos servidos ascendían con la máxima discreción desde las cocinas subterráneas hasta el comedor sin que ningún criado pudiera espiar las escenas de sobremesa: por este refinamiento de la comodidad erótica, el excelente Leporello recibió una recompensa especial de doce mil libras, que se sumaron a las setecientas treinta y seis mil que había costado a las arcas del Estado toda la casa de recreo. Todavía cargado del bochorno de tiernas escenas, este apartado palacete del parque de Versalles pasa a manos de María Antonieta. Ahora tiene ella su juguete, y de los más embriagadores que el gusto francés jamás inventara, delicado en sus líneas, perfecto en sus medidas, un auténtico joyero para una reina joven y elegante. Construido en una arquitectura sencilla, ligeramente clasicista, resplandeciente de blanco en el amable verdor de los jardines, del todo apartado y sin embargo próximo a Versalles, este palacio de una favorita y ahora de una reina no es mayor que una vivienda unifamiliar de hoy en día y apenas más cómodo o lujoso: siete u ocho habitaciones en total, una antecámara, un comedor, un salón pequeño, un salón grande, un dormitorio, un baño, una biblioteca en miniatura (lucus a non lucendo, pues según testimonio unánime María Antonieta jamás abrió un libro en toda su vida, salvo alguna novela hojeada a la ligera). Dentro de este pequeño palacio, la reina no cambia gran cosa del mobiliario a lo largo de todos esos años; con gusto seguro, no introduce nada fastuoso, nada pomposo, nada tosco y ostentoso en estas estancias enteramente concebidas

para el efecto íntimo; al contrario, lo dispone todo hacia lo delicado, lo claro y lo comedido, hacia ese estilo nuevo al que se llama Luis XVI tan injustamente como se llama América por Américo Vespucio. Por ella, por esta mujer delicada, ágil y elegante, debería llamarse estilo María Antonieta, pues nada en estas formas de gracia frágil recuerda al hombre corpulento y macizo que era Luis XVI, ni a su tosco gusto, sino que todo recuerda a la figura femenina ligera y grácil cuyo retrato adorna todavía hoy estas estancias; uniforme desde la cama hasta la polvera, desde el clave hasta el abanico de marfil, desde la chaise longue hasta la miniatura, empleando solo el material más exquisito en las formas más discretas, aparentemente frágil y sin embargo duradero, uniendo líneas clásicas y gracia francesa, este estilo, todavía hoy comprensible para nosotros, anuncia como ningún otro antes el reinado triunfante de la dama, de la mujer culta y de gusto en Francia, y sustituye lo dramático y pomposo del Luis XV y del Luis XIV por la intimidad y la musicalidad. El salón, donde se charla y se conversa con desenvuelta ternura, se convierte así en el centro de la casa en lugar de las altivas y resonantes salas de aparato; el revestimiento de madera tallada y dorada sustituye al mármol áspero, la seda que cede y brilla al terciopelo opresivo, al brocado pesado. Los colores pálidos y tiernos, el crema mate, el rosa melocotón, el azul primaveral inician su suave dominio: este arte está pensado para las mujeres y la primavera, para las fêtes galantes y el encuentro despreocupado; no se busca aquí, provocadoramente, la grandiosidad, ni lo teatralmente imponente, sino lo discreto y lo atenuado; no se pretende subrayar el poder de la reina, sino que la gracia de la mujer joven encuentre tierno eco en todos los objetos que la rodean. Solo dentro de este marco precioso y coqueto alcanzan las delicadas estatuillas de Clodion, los cuadros de Watteau y de Pater, la música de plata de Boccherini y todas las demás creaciones exquisitas del Dix-huitième su medida verdadera y justa; este incomparable arte lúdico de una despreocupación dichosa, justo antes de la gran preocupación, no parece en ningún otro lugar tan legítimo y auténtico. Para siempre queda Trianón como el vaso más fino, más delicado y, sin embargo, irrompible de esta flor exquisitamente cultivada: aquí la cultura del

disfrute refinado se convirtió por completo en arte, en una casa, en una figura. Y el cenit y el nadir del rococó, hora a la vez de floración y de agonía, se leen todavía hoy mejor en el pequeño reloj de péndulo sobre la repisa de mármol de las estancias de María Antonieta.

Un mundo en miniatura, un mundo de juego, este Trianón: resulta simbólico que desde sus ventanas no se tenga vista alguna sobre lo vivo, ni sobre la ciudad, ni hacia París, ni hacia el campo. En diez minutos se recorren sus escasas toesas, y sin embargo este espacio diminuto fue para María Antonieta más importante y más decisivo para su vida que Francia entera con sus veinte millones de súbditos. Porque aquí no se sentía obligada hacia nadie, ni hacia la ceremonia, ni hacia la etiqueta, y apenas hacia la costumbre. Para dejar bien claro que sobre este puñado de terrones de tierra solo ella y nadie más gobierna, dicta, para gran disgusto de la corte, que respeta estrictamente la ley sálica, todas las disposiciones no en nombre de su esposo, sino en el suyo propio, «de par la reine»; los criados no visten la librea real, roja, blanca y azul, sino la suya, roja y plata. Hasta su propio esposo aparece aquí solo como invitado —por lo demás, muy discreto y cómodo, que nunca se presenta sin ser convidado ni en momento inoportuno, sino que respeta estrictamente el derecho de casa de su esposa. Pero el hombre sencillo que es viene con gusto, porque aquí se está más a gusto que en el gran palacio; «par ordre de la reine» queda aquí abolida toda rigidez y toda afectación, no se tiene corte, sino que se está sentado sin sombrero, con ropas holgadas y ligeras, al aire libre; los rangos desaparecen en el alegre estar juntos, y con ellos toda tiesura, aunque a veces también la dignidad. Aquí la reina se siente bien, y pronto se acostumbra de tal modo a esta forma de vida más relajada, que por la noche siempre le cuesta volver a Versalles. Cada vez le resulta más ajena la corte, una vez probada esta libertad campestre; cada vez más tediosos le resultan los deberes de representación, y probablemente también los conyugales; cada vez con más frecuencia se retira durante el día a su alegre palomar. Lo que más le gustaría sería quedarse siempre en su Trianón. Y como

María Antonieta siempre hace lo que quiere, se traslada en efecto por completo a su palacio de verano. Se instala un dormitorio, eso sí, con una cama para una sola persona, en la que el corpulento rey apenas habría cabido. Como todo lo demás, también la intimidad conyugal deja de ahora en adelante de depender del deseo del rey; y, como la reina de Saba visitaba a Salomón, así visita María Antonieta a su bondadoso esposo solo cuando le place (y la madre protesta con demasiada vehemencia contra el «lit à part»). En su cama, en cambio, él no es huésped ni una sola vez, pues Trianón es para María Antonieta el reino dichosamente intacto, única Citerea, consagrado solo al placer, y a sus placeres nunca ha sumado los deberes, y menos aún los conyugales. Aquí quiere vivir para sí misma sin trabas, no ser sino la joven mujer mimada, admirada y desmedida que, entre mil ocupaciones ociosas, lo olvida todo: el reino, el esposo, la corte, el tiempo y el mundo, y a veces —quizá sean los minutos más dichosos— hasta a sí misma.

Con Trianón, esta alma ociosa tiene por fin una ocupación, un juguete que se renueva sin cesar. Igual que en la modistilla vestido tras vestido, igual que en el joyero de la corte siempre alhajas distintas, así tiene María Antonieta que encargar siempre novedades para el adorno de su reino; junto a la modistilla, junto al joyero, al maestro de ballet, al profesor de música y al maestro de baile, llenan ahora el arquitecto, el jardinero artista, el pintor, el decorador —todos estos nuevos ministros de su reino en miniatura— el largo, ay, tan terriblemente largo tiempo, y al mismo tiempo vacían con la mayor energía las arcas del Estado. La principal preocupación de María Antonieta es su jardín, pues, naturalmente, este no puede parecerse en nada al histórico jardín de Versalles: tiene que llegar a ser el más moderno, el más a la moda, el más singular, el más coqueto de toda la época, un auténtico y genuino jardín rococó. Una vez más, consciente o inconscientemente, María Antonieta sigue con este deseo el gusto cambiante de su tiempo. Porque se está ya harto de las praderas trazadas a regla por el general de jardines Lenôtre, de los setos recortados como a navaja, de sus ornamentos calculados fríamente sobre la mesa de dibujo, que pretendían

mostrar con jactancia que Luis, el Rey Sol, no solo había forzado el reino, la nobleza, los estados, la nación a una forma exigida por él, sino también el paisaje de Dios. Se ha visto ya con hastío esta geometría verde, se está cansado de esta «masacre de la naturaleza»; y, como para todo el malestar cultural de la época, también aquí encuentra de nuevo el marginado de la «buena sociedad», Jean Jacques Rousseau, la palabra redentora, al reclamar en su «Nueva Eloísa» un «parque natural».

Ahora bien, sin duda María Antonieta nunca leyó la «Nueva Eloísa»; a Jean Jacques Rousseau lo conoce, a lo sumo, como compositor de la bluette musical «Le devin du village». Pero las ideas de Jean Jacques Rousseau flotan entonces en el aire. A marquesas y a duques se les humedecen los ojos si se les habla de este noble abogado de la inocencia (homo perversissimus en su vida privada). Le están agradecidos, pues, después de tantos estimulantes ya probados, les ha inventado todavía, felizmente, un último aliciente: el juego con la ingenuidad, la perversión de la inocencia, el disfraz de lo natural. Naturalmente, también María Antonieta quiere ahora un jardín «natural», un paisaje inocente, y precisamente el más natural de todos los jardines naturales a la moda. Y así convoca a los mejores, a los más refinados artistas de la época, para que le discurran, del modo más artificioso, el jardín más natural de todos.

Porque —¡moda de la época!— en este «jardín anglochino» se quiere representar no solo la naturaleza, sino la naturaleza entera, el cosmos completo reducido, en un microcosmos de un par de kilómetros cuadrados, a proporciones de juguete. Todo debe estar reunido en este diminuto rincón: árboles franceses, indios, africanos, tulipanes holandeses, magnolias meridionales, un estanque y un riachuelo, una montaña y una gruta, una ruina romántica y casas campesinas, templos griegos y perspectivas orientales, molinos de viento holandeses, el norte y el sur, el oeste y el este, lo más natural y lo más peregrino, todo artificial y todo lo más verosímilmente auténtico posible; incluso un volcán en erupción y una pagoda china quiere en un principio el arquitecto estilizar en este palmo de tierra,

pero afortunadamente su presupuesto resulta demasiado caro. Empujados por la impaciencia de la reina, cientos de obreros comienzan, según los planos de los arquitectos y de los pintores, a conjurar rápidamente en el paisaje real un paraje lo más pintoresco posible, deliberadamente suelto y de aspecto natural. Primero se coloca entre los prados un arroyuelo que murmura suave y líricamente, aditamento indispensable de todo auténtico idilio pastoril; cierto es que hay que traer el agua desde Marly mediante tuberías de poco más de seiscientos metros de longitud, y que junto con el agua corre por esas tuberías mucho dinero, pero lo principal es que su curso serpenteante parezca amable y natural. Murmurando suavemente, el arroyo desemboca en el estanque artificial con su isla artificialmente levantada; con gracia se dobla bajo los delicados puentes, con donaire lleva el plumón resplandeciente de los cisnes blancos. Como salida de versos anacreónticos surge la roca con su musgo artificial, su gruta de amor artificiosamente disimulada y su romántico mirador; nada deja adivinar que este paisaje tan conmovedoramente ingenuo había sido dibujado de antemano en innumerables láminas coloreadas, que de todo el conjunto se hicieron veinte modelos de yeso en los que el estanque y el arroyuelo estaban recortados en trozos de espejo, y los prados y los árboles, como en un belén de juguete, quedaban representados con musgo relleno y pintado. ¡Pero adelante, siempre adelante! Cada año la reina tiene un nuevo antojo; cada vez composiciones más escogidas y más naturales deben embellecer su reino; no quiere esperar a que se paguen las viejas facturas; ahora tiene su juego y quiere seguir jugándolo. Esparcidas al parecer al azar, y sin embargo calculadas con exactitud por su romántico arquitecto, se van disponiendo en el jardín pequeñas joyas para aumentar su encanto. Un templete, consagrado al dios de aquella época, el templo del Amor, se eleva sobre una pequeña colina; su rotonda antigua y abierta muestra una de las más bellas esculturas de Bouchardon, un Cupido que se talla, de la clava de Hércules, su arco de largo alcance. Una gruta, la gruta del Amor, se abre con tal habilidad en la roca que una pareja allí retozando puede advertir a tiempo a quien se acerca y no se ve sorprendida en su ternura. A

través del bosquecillo se trazan senderos entrelazados, los prados se bordan con especies raras de flores; pronto brilla también, a través del verdor que lo envuelve, un pequeño pabellón de música, octógono de blancor resplandeciente, y todo ello dispuesto con tanto gusto, uno junto a otro y confundiéndose entre sí, que en verdad ya no se percibe en esta gracia lo artificiosamente buscado.

Pero la moda quiere todavía más autenticidad. Para naturalizar la naturaleza de un modo todavía más artero, para maquillar los decorados con el refinamiento más logrado de verosimilitud, se traen a esta comedia pastoril, la más costosa de todos los tiempos, para aumentar el engaño de autenticidad, verdaderos figurantes: verdaderos campesinos y verdaderas campesinas, verdaderas vaqueras con verdaderas vacas, terneros, cerdos, conejos y ovejas, verdaderos segadores, cosechadores y pastores, cazadores, lavanderas y queseros, para que sieguen y laven y abonen y ordeñen, para que el juego de marionetas se mueva sin cesar y alegremente. Un nuevo, un más profundo saqueo de las arcas, y por orden de María Antonieta se saca de la caja, junto a Trianón, un teatro de muñecas de tamaño natural para estos niños juguetones, con establos, pajares y graneros, con palomares y gallineros: el célebre Hameau. El gran arquitecto Mique y el pintor Hubert Robert dibujan, diseñan, construyen ocho granjas fielmente copiadas de las corrientes, con tejados de paja, con corral de gallinas y montón de estiércol. Y para que estas flamantes imitaciones no parezcan, por el amor de Dios, falsas en medio de esta naturaleza costosamente levantada, se imita por fuera hasta la pobreza y la ruina de las chozas miserables auténticas. A martillazos se abren grietas en los muros, se deja desconcharse la cal románticamente, se arrancan de nuevo algunas tejas de madera; Hubert Robert pinta grietas artificiales en la madera para que todo parezca carcomido y vetustísimo, se ennegrecen las chimeneas con humo. Por dentro, en cambio, muchas de estas casitas en apariencia ruinosas están equipadas con toda comodidad, con espejos y estufas, billares y cómodos canapés. Pues cuando la reina se aburre alguna vez y le apetece jugar a Jean Jacques Rousseau, por ejemplo, fabricar

mantequilla con sus propias manos junto a sus damas de compañía, en ningún caso puede mancharse los dedos al hacerlo. Cuando visita en el establo a sus vacas Brunette y Blanchette, naturalmente una mano invisible ha limpiado antes el suelo como si fuera un parqué, ha almohazado el pelaje hasta dejarlo blanco como la nieve y castaño caoba, y la leche espumosa se sirve no en groseros cubos de campesino, sino en jarrones de porcelana fabricados expresamente en la manufactura de Sèvres y marcados con su monograma. Este Hameau, hoy encantador por su ruina, fue para María Antonieta un teatro a plena luz del día, una comédie champêtre ligera, casi provocadora precisamente por su liviandad. Pues mientras en toda Francia los campesinos ya se amotinan, mientras el pueblo llano real, agobiado por los impuestos, reclama por fin, con desmesurada agitación y de forma sediciosa, la mejora de una situación insostenible, en esta aldea de decorado, potemkiniana, reina un bienestar necio y mentiroso. Con una cinta azul se llevan las ovejas al pasto; bajo la sombrilla que sostiene la dama de compañía, la reina mira cómo, en el arroyo murmurante, las lavanderas enjuagan la ropa blanca: ¡ah, qué magnífica es esta sencillez, tan moral y tan cómoda, todo limpio y encantador en este mundo paradisíaco, tan claro y luminoso aquí la vida como la leche que brota espumeante de las ubres de las vacas! Se visten vestidos de muselina fina, sencillos y campestres (y en ellos se hacen retratar por unos cuantos miles de libras); se entrega uno a placeres inocentes, se rinde culto al «goût de la nature» con toda la frivolidad de la saciedad. Se pesca, se cogen flores, se pasea —muy raramente a solas— por los senderos entrelazados, se corre por los prados, se ve trabajar a los bravos comparsas campesinos, se juega a la pelota, se baila el minué y la gavota sobre las flores en vez de sobre las losas pulidas, se cuelgan columpios entre los árboles, se monta un juego chino de argollas, se pierde y se encuentra uno entre las casitas y los paseos umbríos, se cabalga y se divierte y se hace representar teatro en medio de este teatro natural, y al final se lo representa uno mismo a los demás.

Esta pasión es la última descubierta por la reina María Antonieta. En un principio manda construirse un pequeño teatro privado, todavía conservado hoy y encantador en sus delicadas proporciones —el capricho cuesta solo 141.000 libras— para que en él actúen los cómicos italianos y franceses, pero después, de pronto, con audaz decisión, da ella misma el salto al escenario. El alegre pueblecillo que la rodea se entusiasma igualmente con el arte de representar; su cuñado, el conde de Artois, la Polignac y sus caballeros participan de buen grado; algunas veces viene incluso el rey a admirar a su esposa como *actrice*, y así dura el alegre carnaval de Trianón todo el año. Pronto hay fiestas en honor del esposo, del hermano, o para huéspedes principescos extranjeros a quienes María Antonieta quiere mostrar su reino encantado, fiestas en las que miles de pequeñas llamas ocultas, reflejadas en cristales de colores, centellean en la oscuridad como amatistas, rubíes y topacios, mientras crepitantes ramilletes de fuego surcan el cielo y una música de cercanía invisible se deja oír dulcemente. Se disponen banquetes con centenares de cubiertos, se levantan casetas de feria para el juego y el baile, y el paisaje de la inocencia sirve, dócil, de refinado telón de fondo al lujo. No, no se aburre uno en la «naturaleza». María Antonieta no se ha retirado a Trianón para volverse reflexiva, sino para divertirse mejor y con menos trabas.

La cuenta final de Trianón no se presentó hasta el 31 de agosto de 1791; ascendía a 1.649.529 libras, y en realidad, junto con otras partidas ocultas, a más de dos millones —una gota, ciertamente, en el tonel de las Danaides de la mala gestión real, pero un gasto excesivo, con todo, si se tiene en cuenta el estado ruinoso de las finanzas y la miseria general. Ante el Tribunal Revolucionario, la propia «viuda Capet» tendrá que admitir: «Es posible que el pequeño Trianón haya costado sumas enormes, y quizá más de lo que yo misma deseaba. Uno se veía arrastrado poco a poco a los gastos». Pero también en el sentido político le sale caro a la reina su capricho. Porque, al dejar a toda la camarilla de cortesanos sin ocupación en Versalles, priva a la corte de su razón de ser. La dama que ha de alcanzarle los guantes, aquella que le acerca

respetuosamente la silla de noche, las damas de honor y los caballeros de honor, los mil guardias, criados y aduladores, ¿qué van a hacer ahora sin su cargo? Sin ocupación, pasan el día sentados en el Œil de Bœuf, y así como una máquina, cuando no trabaja, se cubre de herrumbre, así esta corte abandonada con indiferencia se va impregnando cada vez más peligrosamente de hiel y de veneno. Pronto se llega al punto de que la alta sociedad, de común acuerdo secreto, evita las fiestas de la corte: que se divierta sola la altiva «austriaca» en su «petit Schönbrunn», en su «petite Vienne»; esta nobleza, tan antigua como la de los Habsburgo, se considera demasiado buena como para acudir a una recepción con un mero saludo fugaz y frío. Cada vez más abierta se vuelve la fronda de la alta aristocracia francesa contra la reina desde que esta abandonó Versalles, y el duque de Lévis describe la situación de un modo muy elocuente: «En los años de la diversión y de la ligereza, en la embriaguez del poder supremo, a la reina no le gustaba imponerse ninguna coacción. La etiqueta y las ceremonias eran para ella motivo de impaciencia y de tedio. Se le demostraba que en un siglo tan ilustrado, en el que los hombres se liberaban de todos los prejuicios, también los soberanos debían desprenderse de las incómodas cadenas que la costumbre les imponía; en suma, que era ridículo pensar que la obediencia de los pueblos dependiera del mayor o menor número de horas que la familia real pasara en el círculo de cortesanos tediosos y hastiados... Salvo unos pocos favorecidos, que debían su elección a un capricho o a una intriga, todo el mundo quedó excluido de la corte. El rango, los servicios prestados, la reputación, el alto nacimiento ya no eran motivos legítimos para ser incluido en el círculo íntimo de la familia real. Solo los domingos podían aquellos que habían sido presentados ver durante unos instantes a los príncipes. Pero la mayoría de ellos pronto perdió el gusto por esta molestia innecesaria, por la que nadie les agradecía nada; reconocieron a su vez que era necio venir de tan lejos para no ser mejor recibidos, y desistieron... Versalles, escenario del esplendor de Luis XIV, adonde se acudía con alegría desde todos los rincones de Europa para aprender formas refinadas de vida y de cortesía, no era ya más que una pequeña ciudad de provincias, a la

que uno se dirigía solo de mala gana y de la que se alejaba tan pronto como era posible.»

También estos peligros los había previsto María Teresa a tiempo, desde lejos: «Yo misma conozco todo el tedio y todo el vacío de la representación, pero créeme, si se prescinde de ella, se derivan de ahí inconvenientes mucho más graves que estas pequeñas molestias, sobre todo entre vosotros, una nación tan vivaz». Pero donde María Antonieta no quiere entender, no tiene sentido hablarle con razones. ¡Qué alboroto por la media hora de distancia a la que vive de Versalles! En realidad, sin embargo, con esas dos o tres leguas se ha alejado de por vida tanto de la corte como del pueblo. Si María Antonieta hubiera permanecido en Versalles, en medio de la nobleza francesa y de la costumbre tradicional, habría tenido en la hora del peligro a los príncipes, a los nobles, al ejército de la aristocracia a su lado. Si, por otra parte, se hubiera acercado democráticamente al pueblo, como intentó su hermano José, los cientos de miles de habitantes de París, los millones de Francia la habrían idolatrado. Pero María Antonieta, individualista absoluta, no actúa ni por complacer a los aristócratas ni al pueblo, solo piensa en sí misma, y por este único capricho predilecto, Trianón, se vuelve al instante impopular ante el primer, el segundo y el tercer estado; por haber querido estar demasiado tiempo sola en su dicha, estará sola en su desdicha y tendrá que pagar con una corona y con una vida un juguete infantil.

La nueva sociedad

Apenas se instala María Antonieta en su alegre casa, cuando ya la escoba nueva empieza a barrer con fuerza. Fuera, primero, con la gente vieja: la gente vieja es aburrida y fea. No saben bailar, no saben divertirse, siempre están predicando prudencia y cautela, y de este eterno verse refrenada, verse amonestada, la mujer temperamental está ya completamente harta desde su época de Delfina. Fuera, pues, con la rígida camarera mayor, con Madame Etiquette, la condesa de Noailles: ¡una reina no necesita que la eduquen, puede hacer lo que quiera! A distancia prudente el confesor y consejero que le legó su madre, el abate Vermond; ¡fuera, bien lejos, todos aquellos con quienes hay que esforzarse mentalmente! ¡Que se acerque solo la juventud, una generación alegre que no se pierda el juego y la diversión por tomarse la vida en serio como unos necios! Que estos compañeros de diversión sean de alta alcurnia, de las primeras familias, y de carácter honrado e intachable, importa menos; tampoco necesitan ser especialmente inteligentes o cultos —la gente culta es pedante y la inteligente, maligna—; basta con que sean chispeantes e ingeniosos, sepan contar anécdotas picantes y queden bien en las fiestas. Diversión, diversión, diversión: esa es la primera y única exigencia que María Antonieta impone a su círculo íntimo. Así se rodea «avec tout ce qui est de plus mauvais à Paris et de plus jeune», como suspira María Teresa, de una «soi-disante société», como rezonga con enfado su hermano José II: una camarilla en apariencia desenfadada pero en realidad sumamente egoísta, que se hace pagar el cómodo cargo de maître de plaisir de la reina con las prebendas más sustanciosas y

que, en medio del juego galante, desliza a escondidas las pensiones más provechosas en sus bolsillos de arlequín.

Un único caballero aburrido desfigura de vez en cuando, fugazmente, esta sociedad desenfadada. Pero no se le puede echar sin cierta incomodidad, porque —casi se había olvidado— es, al fin y al cabo, el esposo de esta mujer alegre y, además, el soberano de Francia. Sinceramente enamorado de su encantadora esposa, Luis el Indulgente acude a veces a Trianón, tras haber pedido permiso de antemano, y observa cómo se divierten los jóvenes; a veces intenta, tímidamente, hacer algún reproche cuando se pisan con demasiado descuido los límites de la convención o cuando los gastos crecen sin medida; pero entonces la reina se ríe, y con esa risa queda todo zanjado. También los alegres invitados sienten por el rey —que siempre, dócil y obediente, estampa su bonita firma, «Louis», al pie de todos esos decretos con que la reina les otorga los cargos más altos— una especie de simpatía condescendiente. El buen hombre nunca los molesta mucho tiempo: se queda siempre una hora, dos horas, y luego se marcha de vuelta a Versalles, a sus libros o a su cerrajería. Una vez, cuando se entretiene demasiado y la reina ya está impaciente por marcharse a París con su alegre compañía, ella adelanta a escondidas el reloj de péndulo una hora, y el rey, sin notar el pequeño engaño, se va a la cama, manso como un cordero, a las diez en vez de a las once, mientras toda la elegante canalla se troncha de risa.

Ciertamente, estas bromas no realzan el concepto de la dignidad real. Pero ¿qué puede hacer Trianón con un hombre tan torpe y desmañado? No sabe contar anécdotas desenfadadas, no sabe reír. Angustiado y tímido, como si tuviera dolor de tripa, se sienta en medio de la alegre compañía y se queda dormido a fuerza de bostezos, mientras los demás no empiezan a animarse de verdad hasta la medianoche. No va a los bailes de máscaras, no juega a los juegos de azar, no corteja a ninguna mujer: no, no se le puede aprovechar, a este buen hombre aburrido; en la sociedad de Trianón, en el reino del rococó, en estos campos arcádicos de la ligereza y de la insolencia, está fuera de lugar.

El rey, pues, no cuenta en absoluto como participante en la nueva sociedad. También su hermano, el conde de Provenza, que oculta su ambición tras una aparente indiferencia, considera más prudente no estropear su dignidad tratando con estos jóvenes petimetres. Pero, como algún miembro masculino de la corte debe acompañar a la reina en sus diversiones, es el hermano menor de Luis XVI, el conde de Artois, quien asume el puesto de santo patrón. Casquivano, frívolo, insolente, pero flexible y hábil, padece el mismo temor que María Antonieta: el de aburrirse o tener que ocuparse de cosas serias. Cazador de mujeres, acumulador de deudas, elegante divertido, fanfarrón, más descarado que valiente, más chispeante que verdaderamente apasionado, encabeza a la alegre tropa allí donde surge un nuevo deporte, una nueva moda, un nuevo placer, y pronto tiene más deudas que el rey, la reina y toda la corte juntos. Pero, precisamente tal como es, encaja a la perfección con María Antonieta. Ella no tiene en mucha estima a este atrevido calavera, y menos aún lo ama, aunque las malas lenguas lo afirmen enseguida; él solo le cubre las espaldas. Hermano y hermana en el ansia de diversión, pronto forman una pareja inseparable.

El conde de Artois es el comandante elegido de los guardias de corps con los que María Antonieta emprende sus correrías diarias y nocturnas por todas las provincias del alegre ocio; esta tropa es en realidad pequeña y cambia sin cesar de mandos principales. Pues la indulgente reina perdona a sus acólitos todas las faltas —deudas y arrogancia, comportamiento desafiante y en exceso familiar, amoríos y escándalos—, pero cada uno pierde su favor en cuanto empieza a aburrirla. Durante algún tiempo lleva la delantera el barón Besenval, un noble suizo de cincuenta años con la ruidosa brusquedad de un viejo soldado; luego el privilegio recae en el duque de Coigny, «un des plus constamment favorisés et le plus consultés». A estos dos se les asigna, junto con el ambicioso duque de Guines y el conde húngaro Esterházy, la curiosa tarea de atender a la reina durante su enfermedad de la rubéola, lo que en la corte da pie a la maliciosa pregunta de qué cuatro damas de honor elegiría el rey en la misma situación. El conde de Vaudreuil, amante de la favorita de María

Antonieta, la condesa de Polignac, conserva su puesto de manera constante; algo más en segundo plano queda el más inteligente, el más refinado de todos, el príncipe de Ligne, el único que de su posición en Trianón no obtiene ninguna renta estatal provechosa, el único también que, ya anciano, guarda todavía en sus memorias reverencia hacia el recuerdo de su reina. Estrellas fugaces de este cielo arcádico son el «bello» Dillon y el joven y ardiente cabeza loca, el duque de Lauzun, ambos peligrosos durante algún tiempo para la reina, virgen a su pesar. Solo con esfuerzo consigue el embajador Mercy, con enérgicos empeños, apartar a este joven alocado antes de que conquiste algo más que su mera simpatía. El conde de Adhémar, por su parte, canta agradablemente acompañándose del arpa y actúa bien en el teatro: esto le basta para conseguir el puesto de embajador en Bruselas y luego en Londres. Los demás, en cambio, prefieren quedarse en casa y pescar, en el agua artificialmente agitada, los puestos más lucrativos de la corte. Ninguno de estos caballeros, con excepción del príncipe de Ligne, tiene verdadero rango intelectual, ninguno tiene la ambición de aprovechar en sentido político, con amplitud de miras, la posición de poder que ofrece la amistad de la reina; ninguno de estos héroes de máscara de Trianón ha llegado a ser un verdadero héroe de la historia. A ninguno de ellos ha estimado María Antonieta tampoco de verdad en su fuero interno. A alguno la joven y coqueta mujer le ha permitido más familiaridad social de la que hubiera convenido a la posición de una reina, pero a ninguno de ellos —y esto es decisivo— se ha entregado por completo, ni en el alma ni como mujer. El único de todos ellos, él, quien está destinado a ser y será el único, el único que jamás y para siempre alcanza su corazón, permanece todavía oculto en la sombra. Y el abigarrado ajetreo de las comparsas sirve tal vez solo para ocultar mejor su cercanía y su presencia.

Más peligrosas que estos caballeros inconstantes y cambiantes resultan para la reina sus amigas; aquí entran en juego, de manera fatal, fuerzas sentimentales misteriosamente entremezcladas. María Antonieta es, por su carácter, una mujer del todo natural, muy femenina y tierna, llena de necesidad de entrega y de ternura, una

necesidad que en estos primeros años había quedado sin correspondencia por parte de un esposo somnoliento y de sentimientos embotados. De índole sincera, quisiera confiar a alguien sus tensiones anímicas, y como por decoro no puede ser, o todavía no puede ser, un hombre, un amigo, María Antonieta busca instintivamente, desde el principio, una amiga.

Que en las amistades femeninas de María Antonieta resuene un cierto tono de ternura es solo natural. La María Antonieta de dieciséis, de diecisiete, de dieciocho años, aunque casada, o mejor dicho, casada solo de nombre, se encuentra anímicamente en la edad y en la disposición típicas de las amistades de internado. Arrancada de niña, muy pronto, de su madre y de su institutriz, a la que amaba con toda sinceridad, y colocada junto a un hombre torpe y sin ternura, nunca ha podido dejar fluir aquel confiado impulso de entrega hacia alguien que pertenece a la naturaleza de la muchacha joven como el aroma a la flor. Todas esas pequeñeces infantiles —ir de la mano, cogerse del brazo, cuchichear entre risitas por los rincones, corretear por las habitaciones, admirarse mutuamente—, todos esos síntomas ingenuos del «despertar de la primavera» aún no han terminado de fermentar en su cuerpo infantil. A los dieciséis, a los diecisiete, a los dieciocho, a los diecinueve, a los veinte años, María Antonieta no ha podido todavía enamorarse honestamente, de manera joven e ingenua —pues no es en absoluto lo sexual lo que se desahoga en esas tormentosas efervescencias, sino su tímido presentimiento, lo soñador—. Así pues, también las primeras relaciones de María Antonieta con sus amigas tuvieron por fuerza que estar afinadas de la manera más tierna, y esta conducta poco convencional de una reina fue de inmediato interpretada de la manera más maliciosa por la corte galante. Excesivamente refinada y pervertida, esta es incapaz de comprender lo natural, y pronto empiezan los murmullos y habladurías sobre las inclinaciones sáficas de la reina. «Se me ha atribuido, en muy amplia medida, una predilección especial por las mujeres y por los amantes», escribe María Antonieta a su madre, con toda franqueza y alegría, desde la seguridad de su sentimiento; su altiva sinceridad desprecia a la

corte, a la opinión pública, al mundo. Todavía no conoce el poder de las mil lenguas de la calumnia, todavía se entrega sin reservas a la alegría inesperada de poder, por fin, amar y confiar, y sacrifica toda prudencia solo para demostrar a sus amigas hasta qué punto es capaz de amar sin condiciones.

La primera favorita de la reina, Madame de Lamballe, fue una elección relativamente afortunada. Perteneciente a una de las primeras familias de Francia, y por ello no ávida de dinero ni de poder, de naturaleza delicada y sentimental, no muy inteligente pero tampoco intrigante, no muy relevante pero tampoco ambiciosa, corresponde al afecto de la reina con una amistad verdadera. Sus costumbres se tienen por intachables, su influencia se limita al círculo privado de la vida de la reina; no mendiga protecciones para sus amigos ni para su familia, no se inmiscuye en los asuntos de Estado ni en la política. No mantiene ninguna sala de juego, no empuja a María Antonieta más hondo en el remolino de las diversiones, sino que le guarda fidelidad callada y discretamente, y una muerte heroica sella al fin su amistad.

Pero una noche su poder se apaga de repente, como una vela soplada. En un baile de la corte, en el año 1775, la reina repara en una joven a la que aún no conoce, conmovedora en su gracia modesta, angelicalmente puros los ojos azules, de figura delicada como de muchacha; a su pregunta le dicen el nombre: la condesa Jules de Polignac. Esta vez no se trata, como con la princesa de Lamballe, de una simpatía humana que va creciendo poco a poco hasta convertirse en amistad, sino de un súbito interés apasionado, un coup de foudre, una especie de enamoramiento ardiente. María Antonieta se acerca a la desconocida y le pregunta por qué aparece tan pocas veces en la corte. No tiene medios suficientes para presentarse como es debido, confiesa con franqueza la condesa de Polignac, y esta sinceridad encanta a la reina, pues ¡qué alma tan pura debe de esconderse en esta mujer encantadora, para confesar, a la primera palabra y con tan conmovedora naturalidad, la peor vergüenza de la época: no tener dinero! ¿No será esta la amiga ideal, la buscada durante tanto tiempo? Al instante, María Antonieta

atrae a la condesa de Polignac a la corte, la colma de favores tan llamativos que despiertan la envidia general: pasea con ella públicamente del brazo, la aloja en Versalles, la lleva consigo a todas partes, y una vez llega incluso a trasladar toda la casa real a Marly con tal de poder estar cerca del parto de su adorada amiga. En pocos meses, la noble empobrecida se ha convertido en la señora de María Antonieta y de toda la corte.

Por desgracia, este ángel delicado e inocente no procede del cielo, sino de una familia gravemente endeudada que se apresura a sacar el mayor partido posible de tan inesperado favor; pronto los ministros de Hacienda podrán dar fe de ello. Primero se pagan 400.000 libras de deudas; la hija recibe 800.000 como dote; el yerno, un puesto de capitán, y un año más tarde, además, una propiedad que rinde setenta mil ducados de renta; el padre, una pensión, y el complaciente esposo —al que en realidad hace ya tiempo que ha sustituido un amante— el título de duque y una de las prebendas más lucrativas de Francia: la de correos. La cuñada, Diane de Polignac, pese a su reputación deplorable, se convierte en dama de honor de la corte; la propia condesa Jules, en gobernanta de los hijos reales; su padre, además de la pensión, en embajador; toda la familia nada en oro y honores y, encima, derrama favores a manos llenas sobre sus amigos; al final, este único capricho de la reina, esta única familia Polignac, cuesta al Estado medio millón de libras al año. «No hay ejemplo», escribe consternado a Viena el embajador Mercy, «de que en tan poco tiempo se haya asignado una suma tan grande a una sola familia.» Ni siquiera la Maintenon, ni la Pompadour, costaron más que esta favorita de ojos angelicalmente bajos, que la tan modesta, tan bondadosa Polignac.

Quienes no se ven arrastrados ellos mismos al remolino se quedan pasmados y no comprenden la ilimitada condescendencia de la reina, que permite que se abuse de su nombre, de su posición, de su reputación en beneficio de esta camarilla indigna, sin valor y explotadora. Todo el mundo sabe que la reina es, en inteligencia natural, en fuerza interior y en sinceridad, cien veces superior a estas pequeñas criaturas que forman su trato diario. Pero en la

relación de tensión entre caracteres nunca decide la fuerza, sino la habilidad; no la superioridad intelectual, sino la de la voluntad. María Antonieta es indolente y los Polignac son arribistas; ella es voluble y ellos tenaces; ella está sola, mientras que ellos se han aglutinado en una camarilla que aísla metódicamente a la reina de todo el resto de la corte; la retienen entreteniéndola. ¿De qué sirve que el pobre y anciano confesor Vermond amoneste a su antigua discípula: «Os habéis vuelto demasiado indulgente con las costumbres y la reputación de vuestros amigos y amigas»; que le reproche con notable audacia: «La mala conducta, las malas costumbres, una reputación deteriorada o perdida se han convertido casi en un medio para ser admitido en vuestra sociedad»? Pero ¿de qué sirve una palabra frente a esta charla dulce y tierna del brazo entrelazado, qué puede la prudencia frente a esta astucia calculadora de cada día! La Polignac y su camarilla tienen la llave mágica de su corazón: divierten a la reina, alimentan su aburrimiento, y al cabo de unos años María Antonieta está por completo sometida a esta banda fríamente calculadora. En el salón de la Polignac, uno apoya las pretensiones del otro a cargos y puestos; se reparten mutuamente prebendas y pensiones, cada cual aparentando ocuparse solo del bienestar de los demás, y así, de la mano de la reina, que no se da cuenta de nada, fluyen hacia unos pocos los últimos manantiales de oro de las arcas del Estado, ya casi secas. Los ministros no pueden impedir este manejo. «Faites parier la Reine» —«Procurad que la reina hable en vuestro favor»—, responden encogiéndose de hombros a todos los pretendientes, pues en Francia el rango y los títulos, los puestos y las pensiones, solo los otorga la mano de la reina, y esa mano, a su vez, la guía de manera invisible la mujer de ojos de violeta, la bella, la dulce Polignac.

Con estas diversiones constantes, el círculo que rodea a María Antonieta traza una barrera infranqueable. Los demás en la corte lo notan pronto: saben que detrás de ese muro está el paraíso terrenal. Allí florecen los cargos, allí manan las pensiones, allí se cosecha con una broma, con un cumplido desenfadado, un favor que otros llevan decenios persiguiendo con perseverante mérito. En aquel

bienaventurado más allá reinan para siempre la alegría, la despreocupación y el placer, y quien ha logrado penetrar en esos campos elíseos del favor real tiene dispuestas todas las gracias de la tierra. No es de extrañar que se amarguen cada vez más todos aquellos que quedan desterrados a este lado del muro: los linajes de la vieja nobleza, de tanto mérito, a quienes no se admite en Trianón y cuyas manos, igualmente ávidas, jamás moja la lluvia dorada. ¿Acaso valen menos que esos Polignac venidos a menos?, refunfuñan los Orleans, los Rohan, los Noailles, los Marsan. ¿Es que, teniendo por fin un rey joven, modesto y honesto, uno que no es juguete de sus favoritas, hay que volver a mendigar de una favorita, de una mujer privilegiada, lo que tras la Pompadour y la Du Barry le pertenece a uno por pleno derecho? ¿Ha de tolerarse de verdad este descarado dejar de lado, este frío ser ignorado por la joven austriaca, que se rodea de mozalbetes extraños y de mujeres de dudosa reputación en vez de la nobleza propia del país, asentada desde hace siglos? Los excluidos se agrupan cada vez más apretados; cada día, cada año, aumenta sus filas. Y pronto, desde las ventanas desiertas de Versalles, un odio de cien ojos observa hacia el mundo despreocupado e inconsciente del juego de la reina.

El hermano visita a su hermana

En el año 1776 y en el carnaval de 1777, el frenesí de diversiones de María Antonieta alcanza el punto más alto de su curva, empinada en ascenso. La mundana reina no falta a ninguna carrera, a ningún baile de la ópera, a ninguna redoute; nunca vuelve a casa antes del amanecer, evita constantemente el lecho conyugal. Hasta las cuatro de la madrugada permanece sentada ante la mesa de juego; sus pérdidas y sus deudas suscitan ya escándalo público. Desesperado, el embajador Mercy dispara informe tras informe a Viena: «Su Majestad Real olvida por completo su dignidad exterior»; apenas es posible aleccionarla, pues «las diversas clases de diversión se suceden con tal rapidez que solo a duras penas se encuentran unos instantes para hablarle de asuntos serios». Hacía tiempo que no se veía Versalles tan desierto como en este invierno; a lo largo del último mes, las ocupaciones de la reina, o mejor dicho, sus diversiones, no habían cambiado ni disminuido. Es como si un demonio se hubiera apoderado de esta joven mujer: nunca fue su inquietud, su desasosiego, más insensato que en este año decisivo.

A esto se suma ahora, por primera vez, un peligro nuevo. En 1777, María Antonieta ya no es la niña ingenua de quince años que llegó a Francia, sino una mujer de veintidós años, florecida en una belleza exuberante, seductora y ya también seducida; sería más bien antinatural que permaneciese del todo fría e indiferente en medio de la atmósfera erótica, de sensualidad sobreexcitada, de la corte de Versalles. Todas sus parientes de la misma edad, todas sus amigas, tienen ya hijos desde hace tiempo, cada una un marido de verdad o

al menos un amante; solo ella, y solo por la torpeza de su desdichado esposo, queda excluida; solo ella, más hermosa que todas, más deseosa y más deseada que cualquiera de su círculo, no se ha entregado todavía a nadie con su sentimiento. En vano ha desviado hacia sus amigas su fuerte necesidad de ternura, en vano ha ahogado con incesante vida social el vacío interior: de nada sirve, la naturaleza quiere, poco a poco, hacer valer su derecho en toda mujer, también, por tanto, en esta, del todo natural y normal. Cada vez más pierde María Antonieta, en compañía de los jóvenes caballeros, aquella despreocupada seguridad original. Es cierto que todavía teme lo más peligroso. Pero no deja de jugar con el peligro, y en ello no es capaz de dominar su sangre, que la traiciona; se sonroja, palidece, empieza a temblar cerca de estos jóvenes inconscientemente deseados, se turba, se le llenan los ojos de lágrimas y, sin embargo, provoca una y otra vez, de nuevo, los cumplidos galantes de estos caballeros; las memorias de Lauzun, con aquella curiosa escena en que la reina, apenas un instante antes irritada y colérica, lo abraza de pronto en un rápido apretón y, asustada de sí misma, huye enseguida avergonzada, tienen sin duda el acento de la verdad, pues el informe del embajador sueco sobre su pasión manifiesta por el joven conde Fersen refleja el mismo estado de agitación. Es inconfundible: la atormentada mujer de veintidós años, reservada y sacrificada por su torpe esposo, se encuentra al borde de perder el dominio de sí misma. Sus nervios ya no resisten la tensión invisible, aunque María Antonieta se defienda, y acaso precisamente por ello. En efecto, como si quisiera completar el cuadro clínico, el embajador Mercy informa de repentinas «affectations nerveuses», de los llamados «vapeurs». Por el momento salva todavía a María Antonieta de una verdadera falta contra el honor conyugal la temerosa discreción de sus propios caballeros —tanto Lauzun como Fersen abandonan apresuradamente la corte en cuanto notan el interés demasiado manifiesto de la reina hacia ellos—; pero no cabe duda de que, si alguno de los jóvenes favoritos con los que ella juega coquetamente se atreviera, en el momento propicio, a dar el paso, podría fácilmente apoderarse de esa virtud que ya solo débilmente se conserva por dentro. Hasta

ahora, María Antonieta ha logrado, por fortuna, frenarse un paso antes de la caída. Pero con la inquietud interior crece el peligro: cada vez más cerca, cada vez más agitada, revolotea la mariposa en torno a la luz que la atrae; un aleteo torpe, y la que juega se precipita sin remedio en el elemento destructor.

¿Sabe también el vigilante maternal de este peligro? Cabe suponerlo, pues sus advertencias contra Lauzun, contra Dillon, contra Esterházy indican que el viejo y experimentado solterón capta mejor, en su última causa, la tensa situación que la propia reina, quien no sospecha lo reveladoras que son sus arrebatos repentinos, su agitación salvaje e insaciable. Comprende en toda su magnitud la catástrofe que supondría que la reina de Francia, antes de haber dado a su esposo un verdadero heredero, cayera presa de algún amante extraño: eso hay que impedirlo a toda costa. Así pues, envía carta tras carta a Viena para que el emperador José venga por fin a Versalles, a poner orden en las cosas. Pues él lo sabe, el observador silencioso y sereno: ya es la hora suprema de salvar a la reina de sí misma.

El viaje de José II a París tiene un triple propósito. Debe hablar, de hombre a hombre, con el rey, su cuñado, sobre el delicado asunto de los deberes conyugales todavía no consumados. Debe, con la autoridad de hermano mayor, echarle un buen rapapolvo a su hermana, ávida de diversiones, y ponerle ante los ojos los peligros políticos y humanos de su afición al placer. En tercer lugar, debe consolidar humanamente la alianza de Estado entre las casas reinantes de Francia y Austria.

A estas tres tareas que le han sido encomendadas, José II añade voluntariamente una cuarta: quiere aprovechar la ocasión de esta visita, ya de por sí llamativa, para hacerla todavía más llamativa, y cosechar para su propia persona toda la admiración posible. Este hombre, honrado en el fondo, no poco inteligente, aunque tampoco dotado en exceso, y sobre todo vanidoso, sufre desde hace años la típica enfermedad del príncipe heredero: le irrita, siendo ya un hombre adulto, no poder gobernar todavía libre e ilimitadamente,

sino desempeñar, a la sombra de su célebre y aclamada madre, un mero papel secundario en el escenario político o, como él mismo expresa con enfado, ser «la quinta rueda del carro». Precisamente porque sabe que no puede superar en inteligencia ni en autoridad moral a la gran emperatriz, que le hace sombra, busca para ese papel secundario un matiz especialmente destacado. Si ella encarna ya ante Europa la concepción heroica del gobierno, él quiere representar, por su parte, al emperador del pueblo, al padre de la patria moderno, filantrópico, sin prejuicios, ilustrado. Va tras el arado como un labrador, se mezcla entre la multitud con una sencilla levita burguesa, duerme en un simple camastro de soldado, se hace encerrar, a modo de prueba, en el Spielberg, pero al mismo tiempo se cuida de que el mundo entero se entere de esta ostentosa modestia. Hasta ahora, José II solo había podido encarnar este papel de califa afable ante sus propios súbditos; este viaje a París le ofrece por fin la ocasión de actuar en el gran escenario del mundo. Y ya muchas semanas antes, el emperador ensaya su papel de modestia hasta en los últimos detalles imaginables.

A medias ha logrado el emperador José este propósito. Es cierto que no ha conseguido engañar a la historia: esta registra en su libro de cuentas fallo tras fallo, reformas prematuras e introducidas con torpeza, precipitaciones funestas, y acaso solo su temprana muerte ha librado a Austria de la desintegración que ya entonces la amenazaba; pero la leyenda, más crédula que la historia, sí la ha conquistado. Durante mucho tiempo se siguió cantando la canción del buen emperador del pueblo; incontables novelas de cordel narran cómo un noble desconocido, envuelto en una capa sencilla, reparte beneficencias con mano suave y ama a las muchachas del pueblo; célebre es, en estas novelas, el desenlace siempre repetido: el desconocido abre su capa, se contempla asombrado un uniforme suntuoso, y el noble caballero se aleja pronunciando las profundas palabras: «Nunca sabréis mi nombre; soy el emperador José.»

Una ocurrencia necia, y sin embargo, por instinto, más sagaz de lo que parece: caricaturiza, de manera casi genial, aquella peculiaridad histórica del emperador José de representar, por un lado, al hombre

modesto y, al mismo tiempo, hacer todo lo posible para que esa modestia sea también debidamente admirada. Su viaje a París ofrece de ello una prueba elocuente. Pues el emperador José II, naturalmente, no viaja a París como emperador —no quiere llamar la atención—, sino como conde de Falkenstein, y se pone el máximo empeño en que nadie llegue a conocer este incógnito. En largos documentos se establece que nadie ha de dirigirse a él de otro modo que «Monsieur», tampoco el rey de Francia; que no quiere alojarse en palacios y que solo usará sencillos coches de alquiler. Pero, naturalmente, todas las cortes de Europa conocen con exactitud el día y la hora de su llegada; nada más llegar a Stuttgart, el duque de Wurtemberg le gasta una mala pasada y ordena retirar todos los letreros de las posadas, de modo que al emperador del pueblo no le queda más remedio que dormir, después de todo, en el palacio del duque. Pero, con rigidez pedantesca, el nuevo Harún al-Rashid mantiene hasta el último instante su incógnito, ya conocido en el mundo entero. Entra en París en un modesto simón, se aloja en el Hôtel de Tréville, el actual Hôtel Foyot, como el desconocido conde de Falkenstein; en Versalles toma una habitación en una casa modesta, y duerme allí, como si estuviera de vivac, en un catre de campaña, cubierto solo con la capa. Y ha calculado bien. Para el pueblo de París, que solo conoce a sus reyes en medio del lujo, semejante soberano es una sensación: un emperador que prueba las sopas de los pobres en los hospitales, que asiste a las sesiones de las academias, a los debates del Parlamento, o visita a los barqueros, a los comerciantes, el instituto de sordomudos, el jardín botánico, la fábrica de jabón, a los artesanos; José ve mucho en París y, a la vez, se alegra de ser visto; encanta a todos con su afabilidad, y él mismo se siente todavía más encantado por el entusiasmado aplauso que recibe a cambio. En medio de este doble papel entre lo auténtico y lo fingido, este misterioso personaje sigue siendo constantemente consciente de su desdoblamiento, y antes de partir escribe a su hermano: «Tú vales más que yo, pero yo soy más embaucador, y en este país hay que serlo. Soy sencillo por reflexión y por modestia, pero exagero esto a propósito; he suscitado aquí un entusiasmo que ya me resulta realmente violento. Abandono este

reino muy satisfecho, pero sin pesar, pues ya estoy harto de mi papel.»

Junto a este éxito personal, José alcanza también los objetivos políticos previstos; sobre todo, la conversación con su cuñado sobre el conocido asunto delicado transcurre con sorprendente facilidad. Luis XVI, sincero y jovial, recibe a su cuñado con plena confianza. De nada le sirvió a Federico el Grande dar instrucciones a su embajador, el barón de Goltz, para que difundiera por todo París que el emperador José le había dicho: «Tengo tres cuñados, y los tres son lamentables: el de Versalles es un deficiente, el de Nápoles un necio y el de Parma un tonto.» En este caso, el «vecino malintencionado» calentó la caldera en vano, pues Luis XVI no es susceptible en cuestión de vanidad; la flecha rebota en su honrada bondad. Los dos cuñados hablan entre sí con libertad y sinceridad, y, al conocerlo mejor, Luis XVI arranca también a José II un cierto respeto humano. «Este hombre es un débil, pero no un necio. Tiene conocimientos y buen juicio, pero es apático tanto física como espiritualmente. Mantiene conversaciones sensatas, pero no tiene verdadero deseo de instruirse más a fondo, ni verdadera curiosidad; el fiat lux todavía no ha llegado a él, la materia sigue en su estado primitivo.» A los pocos días, José II tiene por completo al rey en su mano; se entienden en todas las cuestiones políticas, y apenas cabe dudar de que consiguió, sin esfuerzo, convencer a su cuñado de aquella discreta operación.

Más difícil, por ser más responsable, es la posición de José respecto de María Antonieta. Con sentimientos encontrados ha esperado la hermana la visita del hermano: feliz de poder por fin, con un pariente de su misma sangre —y además el más íntimo—, hablar con toda sinceridad, pero también llena de temor ante el tono brusco y sentencioso que al emperador le gusta adoptar frente a su hermana menor. Hace poco la había reprendido como a una colegiala: «¿En qué te entrometes?», le había escrito, «haces destituir a ministros, desterrar a otro a sus propiedades, creas nuevos cargos costosos en la corte! ¿Te has preguntado alguna vez con qué derecho te entrometes en los asuntos de la corte y de la

monarquía francesa? ¿Qué conocimientos has adquirido para atreverte a inmiscuirte e imaginarte que tu opinión podría tener alguna importancia, y especialmente en materia de Estado, que requiere unos conocimientos muy particulares y profundos? Tú, una persona joven y amable que todo el día no piensa más que en frivolidades, en sus tocados y en sus diversiones, que no lee nada, que no pasa ni un cuarto de hora al mes en una conversación razonable ni escucha, que no reflexiona, que nunca termina nada y que nunca, estoy seguro de ello, piensa en las consecuencias de lo que dice o hace...» A un tono tan amargo de maestro de escuela no está acostumbrada la mimada y consentida mujer por parte de sus cortesanos en Trianón, y se comprende que le palpitara el corazón cuando de pronto el mariscal de la corte anuncia que el conde de Falkenstein ha llegado a París y que aparecerá mañana en Versalles.

Pero las cosas salen mejor de lo que ella esperaba. José II es diplomático de sobra para no entrar en la casa con truenos; al contrario, le dice cosas amables sobre su aspecto encantador, le asegura que si volviera a casarse su mujer tendría que parecerse a ella, y hace más bien de galán. María Teresa ha vuelto a profetizar acertadamente cuando anunció de antemano a su embajador: «En realidad no temo que sea un juez demasiado severo de su conducta; creo más bien que, siendo bonita y atractiva como es, y sabiendo combinar habilidad, ingenio y buen porte en la conversación, se ganará su aprobación, lo cual a su vez lo halagará a él.» En efecto, la amabilidad de la hermana, encantadoramente hermosa, su alegría sincera al volver a verlo, el respeto con que lo escucha, y por otro lado la afable campechanía del cuñado y el gran triunfo que él cosecha en París con su comedia de modestia, dejan mudo al temido pedante; el severo gruñón se deja apaciguar desde que se le da tanta miel. Su primera impresión es más bien favorable: «Es una mujer amable y decente, todavía algo joven y algo poco reflexiva, pero tiene un buen fondo de decencia y virtud, y además cierto don certero de percepción que a menudo me ha sorprendido. El primer impulso es siempre acertado, y si se abandonara a él y reflexionara un poco más, en vez de ceder a la legión de aduladores que la

rodean, sería perfecta. El gusto por los placeres es muy poderoso en ella, y como se conoce esta debilidad, se aprovecha, y ella siempre escucha sobre todo a quienes saben servirla en eso.»

Pero mientras José II se divierte, en apariencia despreocupado, en todas las fiestas que le ofrece su hermana, este singular espíritu crepuscular observa al mismo tiempo con agudeza y precisión. Ante todo tiene que constatar que María Antonieta «no siente ningún amor por su esposo», que lo trata con negligencia, con indiferencia y con una altanería impropia. Tampoco le cuesta mucho calar la mala compañía de la «cabeza de chorlito», sobre todo la de los Polignac. Solo en un aspecto parece tranquilizarse. José II respira visiblemente aliviado —probablemente había temido algo peor— al comprobar que, pese a todos los coqueteos con jóvenes caballeros, la virtud de su hermana ha resistido hasta ahora; que —añade cuidadosamente la cláusula «al menos hasta ahora»— en medio de esta moral corrompida, su conducta en el terreno moral es mejor que su reputación. Sin embargo, lo que ha oído y visto al respecto no parece haberlo dejado muy tranquilo respecto del futuro; algunas advertencias enérgicas no le parecen superfluas. Algunas veces se enfrenta a su joven hermana, y se producen choques violentos, por ejemplo cuando le reprocha groseramente delante de testigos que «no sirve de nada a su marido», o cuando llama a la sala de juego de su amiga la duquesa de Guémenée «un vrai tripot», una auténtica guarida de tahúres. Semejantes reproches públicos exasperan a María Antonieta: a veces las conversaciones entre los hermanos se ponen muy duras. La terquedad infantil de la joven mujer se rebela contra esa tutela que se arroga su hermano; pero al mismo tiempo su sinceridad interior siente cuánta razón tiene su hermano en todos sus reproches, cuán necesario sería para su propia debilidad de carácter un guardián así a su lado.

No parece que entre ambos llegara a producirse una conversación definitiva y de conjunto. Es cierto que más tarde, en una carta, José II le recuerda a María Antonieta, a modo de advertencia, cierta conversación en un banco de piedra, pero lo más íntimo y lo más importante evidentemente no quiere confiárselo en conversaciones

ocasionales. En dos meses, José II ha visto toda Francia; sabe más de este país que el propio rey, y más de los peligros que corre su hermana que ella misma. Pero también se ha dado cuenta de esto: de que en esa persona voluble toda palabra pronunciada se evapora, de que en la hora siguiente lo olvida todo, sobre todo aquello que quiere olvidar. Así pues, redacta en el mayor silencio una instrucción que reúne todas sus observaciones y reparos, y le entrega ese documento de treinta páginas deliberadamente en el último momento, con el ruego de que no lo lea hasta después de su partida. Scripta manent: la advertencia escrita deberá asistirla en su ausencia.

Esta «instruction» es quizá el documento más revelador que poseemos sobre el carácter de María Antonieta, pues José II la escribe de buena voluntad y con absoluta incorruptibilidad. Un tanto ampulosa en la forma, y para nuestro gusto algo demasiado grandilocuente en su moralismo, muestra al mismo tiempo una gran habilidad diplomática, pues con tacto el emperador de Alemania evita dictar a una reina de Francia normas directas de conducta para su comportamiento. Se limita a encadenar pregunta tras pregunta, una especie de catecismo, para incitar a esa mente perezosa a la reflexión, al autoconocimiento y a la autorrespuesta; pero, sin quererlo, las preguntas se convierten en acusación, y su aparente sucesión desenfadada, en un registro completo de las faltas de María Antonieta. José II recuerda a su hermana, sobre todo, cuánto tiempo se ha malgastado ya inútilmente. «Avanzas en edad, así que ya no tienes la excusa de ser una niña. ¿Qué va a pasar, en qué te convertirás, si sigues demorándote?» Y él mismo responde con espantosa clarividencia: «Una mujer desgraciada y una reina todavía más desgraciada.» Enumera una por una, en forma de pregunta, todas sus negligencias: un destello frío y agudo cae sobre todo en su comportamiento hacia el rey. «¿Buscas de verdad todas las ocasiones? ¿Correspondes a los sentimientos que él te manifiesta? ¿No te muestras fría y distraída cuando te habla? ¿No pareces a veces aburrida o repelida? ¿Cómo quieres que, con semejante comportamiento, un hombre frío por naturaleza se acerque a ti y te

ame de verdad?» Sin piedad le reprocha —siempre en apariencia solo preguntando, pero en realidad acusando con dureza— que, en vez de subordinarse al rey, aprovecha su torpeza y su debilidad para atraer hacia sí todos los éxitos y toda la atención en lugar de él. «¿Sabes hacerte verdaderamente necesaria para él?», pregunta con más severidad. «¿Lo convences de que nadie lo ama más sinceramente ni lleva más en el corazón su gloria y su felicidad que tú? ¿Reprimes alguna vez tu deseo de brillar a costa suya? ¿Te ocupas de las cosas que él descuida, para evitar la apariencia de tener méritos a costa de él? ¿Le haces sacrificios? ¿Y guardas un silencio impenetrable sobre sus defectos y debilidades? ¿Los disculpas, y ordenas de inmediato callar a quienes se atreven a insinuar algo sobre ellos?»

Hoja tras hoja, el emperador José va desplegando después todo el registro de la pasión por las diversiones: «¿Has pensado alguna vez qué mal efecto pueden y deben tener sobre la opinión pública tus relaciones sociales, tus amistades, cuando no se limitan a personas irreprochables en todos los sentidos, porque de ello surge involuntariamente la sospecha de que apruebas esas malas costumbres o incluso participas en ellas? ¿Has sopesado alguna vez las terribles consecuencias que puede acarrear el juego de azar, por la mala compañía y el tono que arrastra consigo? Recuerda las cosas que han ocurrido ante tus propios ojos, recuerda que el rey mismo no juega y que resulta provocador que seas tú, por así decirlo, la única de toda la familia que sostiene esa mala costumbre. Piensa igualmente, aunque solo sea un instante, en todas las situaciones embarazosas ligadas a los bailes de la Ópera, en todas las aventuras desagradables que tú misma me has contado al respecto. No puedo ocultarte que de todas las diversiones esa es sin duda la más impropia, y sobre todo por la manera en que acudes a esos bailes, pues que tu cuñado te acompañe no cambia nada. ¿Qué sentido tiene querer permanecer allí desconocida, hacer de máscara extraña, no comprendes que a pesar de todo te reconocen y te dicen cosas que no conviene que oigas, cosas que se dicen a propósito para divertirte y hacerte creer que se han dicho con toda inocencia? El

lugar mismo tiene ya muy mala fama. ¿Qué buscas allí? La máscara impide una conversación decente, tampoco puedes bailar allí, ¿para qué entonces esas aventuras, esas incorrecciones, para qué codearte con esa chusma de mozos desenfrenados, de rameras y de extraños, oír discursos equívocos y quizá pronunciar otros parecidos? No, eso no se hace. Te confieso que ese es el punto en el que he visto más indignadas a todas las personas que te quieren y que piensan con decencia: el rey se queda solo noches enteras en Versalles, ¡y tú estás en compañía de toda la canalla de París!» José le repite con urgencia las viejas enseñanzas de su madre: que empiece de una vez a dedicarse un poco a la lectura, que dos horas al día no son mucho y la harían más lista y más razonable para las veintidós restantes. Y de pronto, en medio del largo sermón, surge una frase profética que no se puede leer sin escalofrío. Si no le hace caso en esto, dice José II, prevé cosas graves, y escribe literalmente: «Tiemblo ahora por ti, pues así no se puede seguir; la révolution sera cruelle si vous ne la préparez.» —«La revolución será cruel»— la palabra siniestra, aquí queda escrita por primera vez. Aunque dicha en otro sentido, es pronunciada de manera profética. Pero solo una década entera después comprenderá María Antonieta el sentido de esa palabra.

Maternidad

Esta visita del emperador José II parece, vista históricamente, un episodio intrascendente en la vida de María Antonieta; en realidad provoca el cambio más decisivo. Pues ya algunas semanas más tarde se ven los frutos del coloquio del emperador con Luis XVI sobre el delicado tema de la alcoba. Con nuevo ánimo, el fortalecido se dedica a sus deberes conyugales. Todavía el 19 de agosto de 1777 María Antonieta comunica a Viena solo «un petit mieux»: que su «estado» (virginal) sigue sin cambios, que el gran asalto aún no se ha logrado, «pero no por ello dejo de tener confianza, pues hay que anotar una pequeña mejora, a saber, que el rey se muestra más cariñoso que antes, y eso significa mucho en él». El 30 de agosto suena por fin, por fin, la fanfarria de la victoria; por primera vez, tras innumerables derrotas en esta guerra de Eros de siete años, el «nonchalant mari» ha tomado por asalto la fortaleza, que por lo demás no oponía ninguna defensa. «Me encuentro en la mayor felicidad de toda mi vida», se apresura a contar María Antonieta a su madre: «ya hace ocho días que mi matrimonio está completamente consumado; el intento se renovó, y ayer todavía más completo que la primera vez. Al principio pensé en enviar de inmediato un correo a mi querida madre, pero luego me entró miedo de que eso causara demasiado revuelo y habladurías, y además deseaba estar del todo segura de mi caso. Todavía no creo estar encinta, pero al menos tengo ya la esperanza de poder estarlo de un momento a otro.» Por lo demás, este giro glorioso no permanece mucho tiempo en secreto: el embajador español, el mejor informado de todos, sabe comunicar a su gobierno incluso la fecha del día decisivo (el 25 de

agosto), y añade: «Como un acontecimiento así es interesante y de importancia pública, he hablado de ello por separado con los ministros Maurepas y Vergennes, y ambos me han confirmado las mismas circunstancias. Por lo demás, es seguro que el rey le contó el asunto a una de sus tías y dijo con mucha franqueza: "Me gusta mucho esta clase de placer y lamento no haberlo conocido tanto tiempo." Su Majestad está ahora mucho más alegre que antes, y la reina tiene ahora, con más frecuencia de lo que se había observado hasta ahora, ojeras.» El primer júbilo de la joven mujer por su competente marido resulta, por lo demás, todavía prematuro, pues Luis XVI no se entrega ni de lejos a este «nuevo placer» con el mismo celo que a la caza, y ya diez días después María Antonieta tiene que volver a quejarse a su madre: «Al rey no le gusta dormir en compañía. Trato de convencerlo de que al menos no renuncie del todo a esa costumbre. A veces pasa la noche conmigo, y no creo que deba importunarlo para que lo haga más a menudo.» La madre escucha esto con poca alegría, porque considera este punto muy «esencial», pero le da la razón a la hija, tan discreta, en no presionar a su marido; solo que ella, por su parte, debería adaptarse también más de lo habitual a las horas de cama de su esposo. La noticia, ardientemente deseada en Viena, del embarazo tarda pues aún en llegar en este matrimonio poco apasionado; solo en abril cree la impaciente mujer sentir cumplido su más íntimo deseo. Ya ante los primeros indicios, María Antonieta quiere enviar enseguida un correo urgente a su madre, pero el médico de cámara, aunque privadamente dispuesto a apostar mil luises a que la reina tiene razón, aconseja de momento esperar. El 5 de mayo el prudente Mercy comunica la certeza; el 4 de agosto se proclama oficialmente en la corte el embarazo, después de que la reina, el 31 de julio a las diez y media de la noche, sintiera los primeros movimientos del niño. «Desde entonces», escribe a María Teresa, «se mueve a menudo, y eso me da una gran alegría.» A su buen humor le procura especial diversión comunicar, de manera espontánea, su paternidad al tardíamente probado esposo. Se planta ante él, pone cara sombría, se finge ofendida: «Sire, tengo que quejarme de uno de vuestros súbditos, que ha tenido la osadía de darme patadas en el vientre.»

El buen rey no comprende enseguida, luego ríe con orgullosa satisfacción y, del todo asombrado de su propia y sorprendente eficacia, abraza a su esposa.

Inmediatamente comienzan ahora las más diversas ceremonias públicas. En las iglesias se cantan tedeums, el Parlamento envía sus felicitaciones, el arzobispo de París ordena rogativas por el buen desarrollo del embarazo; con enorme esmero se elige a la nodriza para el futuro vástago real, y se reservan cien mil libras para los pobres. Todo el mundo aguarda expectante el gran acontecimiento, y no poco el tocólogo, para quien este parto significa una especie de juego de azar, pues en caso de heredero al trono le esperan cuarenta mil libras de pensión, y solo diez mil en caso de princesa. Pero la corte espera casi con exaltación el espectáculo largamente negado, pues, según costumbre santificada por siglos, el parto de una reina de Francia no representa en modo alguno un mero acontecimiento familiar privado; su hora difícil debe transcurrir, según las reglas ancestrales, ante todos los príncipes y princesas y bajo el control de toda la corte. Todo miembro de la familia real, así como una serie de los más altos dignatarios, tienen derecho a estar presentes en la habitación de la parturienta durante el acto del parto, y por supuesto a ninguno se le ocurre remotamente renunciar a ese privilegio bárbaro y perjudicial para la salud. De todas las provincias, desde los castillos más remotos, llegan en carruaje los curiosos, hasta la más pequeña buhardilla de la diminuta ciudad de Versalles está habitada, y la enorme afluencia de gente triplica los precios de los víveres. Pero la reina hace esperar mucho tiempo el espectáculo a los huéspedes indeseados. Por fin, el 18 de diciembre, suena de noche la campana por toda la casa: han comenzado los dolores. La primera en precipitarse en la habitación de la parturienta es Madame de Lamballe, y tras ella, agitadas, todas las damas de honor. A las tres se despierta al rey, a los príncipes y a las princesas; pajes y guardias montan a caballo y galopan a rienda suelta hacia París y Saint-Cloud para traer a tiempo, como testigos, a todo lo que sea de sangre real o de rango principesco: solo falta que se toquen campanas a rebato o se disparen cañonazos de alarma.

Pocos minutos después de que el médico de cámara anuncie en voz alta que ha llegado la hora difícil de la reina, irrumpe estrepitosamente toda la turba de nobles; apretujados en la estrecha habitación, los espectadores se sientan en sillones dispuestos según el orden jerárquico, en torno al lecho. Los que no encuentran ya sitio en las primeras filas se suben incluso a sillas y bancos, para que, por el amor de Dios, no se les escape ni un movimiento, ni un gemido de la mujer atormentada. El aire se hace cada vez más denso y sofocante en la estancia cerrada, con el aliento de unas cincuenta personas y el olor acre del vinagre y de las esencias. Pero nadie abre una ventana, nadie abandona su puesto, y la escena de tortura pública dura siete horas enteras, hasta que por fin, a las once y media de la mañana, María Antonieta da la vida a una criatura —¡hélas!— una hija. Con reverencia se lleva al vástago real a un gabinete contiguo para bañarlo y entregarlo de inmediato al cuidado de la gobernanta; conmovido de orgullo, el rey sigue para admirar la tardía hazaña de sus lomos, y tras él se agolpa, curiosa como siempre, toda la corte —cuando de pronto resuena una orden estridente del tocólogo—: «¡Aire y agua caliente! Es necesaria una sangría.» A la reina se le ha subido de golpe la sangre a la cabeza; desmayada, medio asfixiada por el aire viciado y quizá también por el esfuerzo de contener sus dolores ante los cincuenta espectadores curiosos, yace inmóvil y con estertores entre los almohadones. Cunde un espanto general, el rey abre él mismo las ventanas de par en par, todo el mundo corre despavorido de un lado a otro. Pero el agua caliente no llega, no llega: los cortesanos han pensado en todas las ceremonias medievales para este parto, pero no en la medida más natural en tal caso: tener agua caliente preparada. Así que el cirujano se arriesga a la sangría sin ninguna preparación previa. Un chorro de sangre brota de la vena abierta del pie, y he aquí que la reina abre los ojos: está salvada. Solo entonces estalla sin freno el júbilo, la gente se abraza, se felicita, llora de alegría, y las campanas hacen resonar la feliz noticia por todo el país.

El tormento de la mujer termina, comienza la felicidad de la madre. Aunque la alegría no es completa —el cañón truena solo

veintiuna veces en honor de una princesa, en vez de las ciento una que saludarían a un heredero al trono recién nacido—, Versalles y París se regocijan igualmente. Se envían correos a todos los países de Europa, se reparten limosnas por todo el país, se libera a presos por deudas y a prisioneros de las cárceles, cien jóvenes prometidos son vestidos de nuevo, casados y dotados a costa del rey. Cuando la reina, ya levantada de su lecho de parturienta, llega a Notre-Dame, la esperan allí, formados en dichosa fila, los cien matrimonios —el ministro de policía ha elegido a propósito a los más agraciados— y saludan entusiasmados a su bienhechora. Para el pueblo de París hay fuegos artificiales, iluminación festiva, vino que brota de fuentes, reparto de pan y embutidos, entrada libre a la Comédie-Française; a los carboneros se les asigna el palco del rey, a las pescaderas el de la reina: también los pobres deben poder celebrar fiestas alguna vez. Todo parece ahora feliz y bueno; ahora Luis XVI podría convertirse en un hombre alegre y seguro de sí, desde que es padre, y María Antonieta en una mujer feliz, seria y concienzuda, desde que es madre: el gran obstáculo ha quedado eliminado, el matrimonio está asegurado y fortalecido. Los padres, la corte y todo el país pueden alegrarse, y de hecho se alegran ampliamente con festejos y diversiones.

Solo una persona no está del todo satisfecha: María Teresa. Con esta nieta, la posición de su hija predilecta le parece ciertamente mejorada, pero todavía no lo bastante consolidada. Como emperatriz, como política, piensa sin cesar, más allá de la dicha familiar privada, ante todo en la conservación de la dinastía. «Necesitamos absolutamente un delfín, un heredero al trono.» Como una letanía repite a su hija la advertencia de que, por ahora, no haga «lit à part», que no se entregue a ninguna liviandad. Cuando últimamente pasan mes tras mes sin embarazo, se vuelve francamente colérica ante lo mal que María Antonieta aprovecha sus noches conyugales. «El rey se retira a hora temprana, se levanta temprano, la reina hace lo contrario, ¿cómo se puede esperar algo bueno así? Si solo se ven de pasada, no cabe esperar ningún éxito verdadero.» Su apremio se vuelve cada vez más vivo. «Hasta ahora

he sido discreta, pero ahora me volveré insistente; sería un crimen no engendrar más hijos de esta sangre.» Solo una cosa quiere vivir todavía: «Tengo impaciencia; a mi edad ya no se puede esperar mucho más.»

Pero esta última alegría, la de ver a un futuro rey de Francia de su sangre habsbúrgica, ya no le es concedida. El siguiente embarazo de María Antonieta queda infructuoso; un movimiento brusco para cerrar la ventanilla de la carroza provoca un aborto, y antes de que el nieto tan largamente anhelado, tan impacientemente deseado, nazca o siquiera pueda esperarse, María Teresa sucumbe el 29 de noviembre de 1780 a una pulmonía. Dos deseos había dirigido todavía a la existencia aquella anciana, hacía tiempo desengañada de la vida. El primero: ver, nacido de su hija, un nieto para el trono de Francia; ese se lo negó el destino. Pero el otro: no tener que presenciar cómo su propia hija más querida cae en la desgracia por necedad e insensatez, ese se lo concedió su Dios a la piadosa mujer.

Solo un año después de la muerte de María Teresa da María Antonieta a luz al ansiado hijo: en vista de los agitados incidentes del primer parto, esta vez se había suprimido el gran espectáculo en la cámara de la parturienta; solo los familiares más cercanos habían recibido acceso. Esta vez el parto transcurre con facilidad. Pero cuando sacan al recién nacido, la reina ya no tiene fuerzas para preguntar si es un varón o de nuevo solo una niña. Mas entonces el rey se acerca a su lecho, las lágrimas corren por las mejillas de ese hombre por lo demás difícil de emocionar, y con su voz atronadora anuncia: «El Delfín desea entrar.» Ahora estalla el júbilo general, ambas puertas se abren solemnemente, y entre las aclamaciones de la corte reunida se devuelve a la madre dichosa el niño ya lavado y fajado —el duque de Normandía—. Ahora puede desplegarse por fin en toda su plenitud el gran ceremonial del nacimiento del Delfín. Es de nuevo el antagonista marcado por el destino de María Antonieta, el cardenal de Rohan, él, que siempre ha de cruzarse en su camino en la hora decisiva, quien celebra el bautizo; se busca una espléndida nodriza que, de forma jocosa, se llama Madame «Poitrine»; los cañones truenan, y pronto París conoce el

acontecimiento. Y de nuevo comienza, muchísimo más grandioso que en el nacimiento de la princesa, el desfile de fiestas. Todos los gremios envían, acompañados de músicos, delegaciones a Versalles; nueve días dura el vistoso desfile de las corporaciones, pues cada estamento quiere saludar a su manera particular al recién nacido futuro rey. Los deshollinadores arrastran en triunfo una chimenea entera, en cuya cima se sientan pequeños deshollinadores que cantan alegres canciones; los carniceros llevan un buey gordo; los porteadores de sillas traen una silla de manos dorada, en la que se sientan como muñecos una nodriza y un pequeño delfín; los zapateros, zapatitos de niño; los sastres, un uniforme en miniatura de su futuro regimiento; los herreros, un yunque que golpean al compás de la música. Los maestros cerrajeros, en cambio, que saben que en el rey tienen a un colega aficionado a su oficio, se han esmerado especialmente: regalan una artística cerradura secreta, y cuando Luis XVI la abre con la curiosidad del entendido, salta de ella un pequeño delfín, maravillosamente labrado en acero. Las damas de Les Halles, por su parte, las mismas que un par de años después escarnecerán a la reina con las burlas más groseras, se visten con nobleza en trajes de seda negra y recitan discursos de La Harpe. En las iglesias se celebran oficios religiosos, en el ayuntamiento de París los comerciantes organizan un gran banquete; la guerra con Inglaterra, la miseria, todo lo desagradable queda olvidado. Por un instante ya no hay discordia ni descontentos, incluso los futuros revolucionarios y republicanos se entregan al realismo más ruidoso y acérrimo. El futuro presidente de los jacobinos, Collot d'Herbois, entonces todavía un simple actor en Lyon, compone una pieza propia en honor de «la alta princesa, cuyas virtudes han conquistado todos los corazones»; él, futuro firmante de la sentencia de muerte de Luis Capet, suplica reverente al cielo:

Pour le bonheur des Français,
Notre bon Louis seize
S'est allié pour jamais
Au sang de Thérèse.
De cette heureuse union

Il sort un beau rejeton.
Pour répandre en notre cœur
Félicité parfaite,
Conserve, o ciel protecteur,
Les jours d'Antoinette.

Todavía el pueblo está unido a sus soberanos, todavía este niño ha nacido para todo el país y su llegada es una fiesta general. En las esquinas aparecen violinistas y trompetistas, se toca, se rasguea el violín, se tañe la gaita, se redobla el tambor, se canta y se baila en todas las ciudades y aldeas. Todos aman, todos alaban al rey y a la reina, que por fin han cumplido tan valerosamente su deber.

Ahora el hechizo fatal está definitivamente roto. Todavía dos veces más será madre María Antonieta: en 1785 trae al mundo un segundo hijo, el futuro Luis XVII, un niño robusto y sano, «un verdadero muchacho campesino»; en el año 1786, su cuarta y última hija, Sofía Beatriz, que sin embargo solo alcanza los once meses de edad. Con la maternidad comienza en María Antonieta la primera transformación, todavía no la decisiva, pero sí el comienzo de una decisión. Los propios embarazos imponen ya siempre una abstinencia de varios meses de sus insensatos entretenimientos; el tierno juego con los niños pronto le resulta más atractivo que el frívolo del tapete verde, su fuerte necesidad de ternura, hasta entonces malgastada en vanas ansias de agradar, ha encontrado por fin un cauce normal. El camino hacia la toma de conciencia está ahora abierto. Solo unos pocos años tranquilos, unos pocos años felices más, y ella misma se volverá tranquila, esta hermosa mujer de ojos tiernos; retirándose del tumulto de las vanidades, contemplará satisfecha a sus hijos mientras crecen lentamente hacia la vida. Pero el destino ya no le concederá ese plazo; justo cuando la inquietud termina en María Antonieta, comienza en el mundo.

La reina se vuelve impopular

La hora del nacimiento del Delfín había significado el punto culminante del poder de María Antonieta. Al regalar al reino un heredero al trono, se había convertido, por así decirlo, en reina por segunda vez. Una vez más, el júbilo estruendoso de la multitud le había mostrado qué inagotable capital de amor y confianza tenía todavía disponible, pese a todas las decepciones, la dinastía en el pueblo francés, y con cuán poco esfuerzo habría podido un soberano atraerse a esta nación. Ahora solo tendría que dar el paso decisivo: de Trianón a Versalles, de vuelta a París; del mundo rococó al mundo real; de su sociedad voluble a la nobleza, al pueblo, y todo estaría ganado. Pero, una vez más, sale de su hora grave y regresa sin cuidado a las horas ligeras y placenteras; tras las fiestas del pueblo, comienzan de nuevo las costosas y funestas fiestas de Trianón. Mas ahora la gran paciencia ha llegado a su fin, se ha alcanzado la divisoria de aguas de la fortuna. De ahora en adelante las aguas fluyen cuesta abajo, hacia las profundidades.

Al principio no ocurre nada visible, nada llamativo. Simplemente en Versalles se hace cada vez más silencio; cada vez acuden menos caballeros y damas a las grandes recepciones, y esos pocos muestran cierta frialdad protocolaria en el saludo. Todavía guardan las formas, pero por la forma misma y no por la reina. Todavía doblan la rodilla, todavía besan cortésmente la mano real, pero ya no rivalizan por el favor de una conversación; las miradas permanecen sombrías y ajenas. Cuando María Antonieta entra en el teatro, el patio de butacas y los palcos ya no se levantan

tumultuosos como antes; en las calles enmudece el ya viejo y familiar «¡Vive la Reine!». Todavía no se agita, es cierto, hostilidad abierta alguna; solo se ha extinguido aquella calidez que antaño animaba, bienhechora, el respeto debido; se obedece aún a la soberana, pero ya no se rinde homenaje a la mujer. Se sirve respetuosamente a la esposa del rey, pero ya nadie se afana por ella. No se contradicen sus deseos abiertamente, sino que se calla; es el silencio duro, malévolo, reservado de una conspiración.

El cuartel general de esta conspiración secreta se reparte entre los cuatro o cinco palacios de la familia real: el Luxembourg, el Palais Royal, el castillo de Bellevue y el propio Versalles; todos ellos están coligados contra Trianón, la residencia de la reina. El coro de la animadversión lo dirigen las tres tías ancianas. Todavía no han olvidado que aquella muchacha se les escapó de la escuela de la malicia y, convertida en reina, las superó con creces; despechadas porque ya no desempeñan ningún papel, se han retirado al castillo de Bellevue. Allí, en los primeros años triunfales de María Antonieta, permanecen bastante abandonadas y aburridas en sus habitaciones; nadie se ocupa de ellas, pues todo el afán revolotea y se ceba en torno a la joven y hechicera soberana, que sostiene todo el poder en sus ligeras manos blancas. Pero cuanto más impopular se vuelve María Antonieta, con tanta mayor frecuencia se abren las puertas del castillo de Bellevue. Todas las damas que no fueron invitadas a Trianón, la destituida «Madame Etiquette», los ministros cesados, las mujeres feas y, por ello, todavía virtuosas, los caballeros postergados, los piratas de sinecuras echados por la borda, todos los que aborrecen el «nuevo rumbo» y añoran con melancolía la vieja tradición francesa, la piedad de la Iglesia y las «buenas» costumbres, se dan cita regularmente en este salón de los postergados. La habitación de las tías en Bellevue se convierte en secreta botica de venenos, donde todo el chismorreo cortesano cargado de odio, las últimas locuras de «la Austriaca», los «on-dit» de sus galanteos, se destilan gota a gota y se embotellan; aquí se establece el gran arsenal de toda intriga malévola, el infame «atelier des calomnies»; aquí se componen, se leen en voz alta y se dan alas

a las coplillas mordaces que luego revolotean alegremente por Versalles; aquí se reúne, con ademanes solapados y traicioneros, todo cuanto querría hacer girar de nuevo hacia atrás la rueda del tiempo, todos los cadáveres vivientes de los decepcionados, de los destronados, de los liquidados, las máscaras y las momias de un mundo pasado, toda la vieja estirpe ya despachada, para vengarse de ser vieja y estar despachada. Pero el veneno de este odio acumulado no se dirige contra el «pobre buen rey», al que compadecen hipócritamente, sino únicamente contra María Antonieta, la joven, la radiante, la feliz reina.

Más peligroso que estos desdentados de ayer y de anteayer, que ya no pueden morder, sino solo escupir baba, es el linaje nuevo, que nunca ha llegado al poder y ya no quiere seguir en la sombra. Versalles, por su actitud exclusivista y desidiosa, se ha desligado de tal modo, sin sospecharlo siquiera, de la Francia real, que no percibe en absoluto las nuevas corrientes que agitan el país. Ha despertado una burguesía inteligente que se ha instruido sobre sus derechos en las obras de Jean-Jacques Rousseau y que ve en la vecina Inglaterra una forma de gobierno democrática; los que regresan de la guerra de la Independencia americana traen la nueva de un país extranjero donde la diferencia de castas y estamentos ha quedado abolida por la idea de la igualdad y la libertad. En Francia, en cambio, no ven más que estancamiento y decadencia por la total incapacidad de la corte. El pueblo había esperado unánimemente, a la muerte de Luis XV, que por fin terminase la vergüenza del gobierno de las favoritas, el desorden de los favores turbios; en vez de eso, gobiernan ahora las mujeres, María Antonieta y, detrás de ella, la Polignac. La burguesía ilustrada advierte, con creciente exasperación, cómo decae la posición de poder político de Francia, cómo aumentan las deudas, se marchitan el ejército y la flota, se pierden las colonias, mientras alrededor todos los demás Estados se despliegan con energía; y en amplios círculos crece la voluntad de poner fin a esta indolente mala gestión.

Este descontento acumulado de quienes sienten sincero patriotismo y espíritu nacional se dirige —y no sin razón— sobre

todo contra María Antonieta. Incapaz y sin voluntad de decisión verdadera, el rey —todo el país lo sabe— no cuenta en absoluto como soberano; solo el influjo de la reina es todopoderoso. Ahora bien, María Antonieta habría tenido dos posibilidades: ocuparse de los asuntos de gobierno con seriedad, actividad y energía, como su madre, o desentenderse de ellos por completo. El grupo austríaco intenta sin descanso empujarla hacia la política, pero en vano, porque para gobernar o cogobernar habría que leer regularmente unas horas de expedientes cada día, y a la reina no le gusta leer. Habría que escuchar y meditar los informes de los ministros, pero a María Antonieta no le gusta pensar. El mero hecho de tener que escuchar supone ya, para su ánimo voluble, un esfuerzo penoso. «Apenas presta atención cuando se le dice algo», se queja el embajador Mercy a Viena, «y casi nunca existe la posibilidad de tratar con ella un asunto importante y serio, ni de concentrar su atención en un objeto de peso. El afán de diversión ejerce sobre ella un poder misterioso». En el mejor de los casos, le responde de vez en cuando, cuando él la apremia con demasiada insistencia en nombre de su madre o de su hermano: «Dígame usted lo que debo hacer, y lo haré», y entonces va, en efecto, a ver al rey. Pero al día siguiente su inconstancia lo ha olvidado todo de nuevo; su injerencia no pasa de «ciertos impulsos impacientes», y Kaunitz acaba por resignarse en la corte vienesa. «No contemos nunca con ella, para nada. Contentémonos con sacarle, como a un mal pagador, al menos lo que se pueda sacar». Hay que resignarse, escribe a Mercy, a que, como en otras cortes, las mujeres no se mezclen en política.

¡Pero si al menos apartara realmente la mano del timón del Estado! ¡Entonces quedaría, al menos, libre de culpa y de responsabilidad! Pero, empujada por su camarilla de los Polignac, se entromete sin cesar en cuanto se trata de proveer un cargo ministerial, un puesto de Estado; hace lo más peligroso que se puede hacer en política: opina de todo sin conocer ni remotamente la materia, diletantea y decide a bulto en las cuestiones más importantes, dilapida su inmenso poder sobre el rey exclusivamente en beneficio de sus favoritos. «Cuando se trata de asuntos serios»,

se queja Mercy, «se vuelve enseguida temerosa e insegura en sus gestiones; pero cuando su sociedad pérfida e intrigante la acosa, hace todo lo posible por imponer sus deseos». «Nada le ha granjeado más odio a la reina», anota el ministro de Estado Saint-Priest, «que estas injerencias caprichosas, estos nombramientos de favor injustificados». Pues como a ojos de la burguesía es ella quien lleva los asuntos de Estado, y como todos esos generales, embajadores y ministros que ella impone no dan la talla, el sistema de esta autocracia caprichosa naufraga por completo y Francia se precipita, con corriente cada vez más rápida, hacia la bancarrota económica, toda la culpa recae sobre la reina, del todo inconsciente de su responsabilidad (¡ay, si ella solo ha ayudado a unas cuantas personas encantadoras y simpáticas a conseguir buenos puestos!). Todo cuanto en Francia quiere progreso, reordenación, justicia y acción creadora, habla, murmura y amenaza contra la despilfarradora y despreocupada, contra la eternamente jovial señora del castillo de Trianón, que sacrifica necia y irreflexivamente el amor y el bienestar de veinte millones de personas a una altiva camarilla de veinte damas y caballeros.

Este gran descontento de todos los que exigen un sistema nuevo, un orden mejor, un reparto más sensato de la responsabilidad, ha carecido durante mucho tiempo de un punto de reunión. Al fin lo encuentra en una casa, en una persona. También este encarnizado adversario lleva sangre real en las venas: así como la reacción se congrega en el castillo de las tías en Bellevue, la revolución se reúne en el Palais Royal del duque de Orleans; desde dos frentes se abre a la vez, en sentidos completamente opuestos, la lucha contra María Antonieta. Por naturaleza más inclinado al goce que a la ambición, amigo de las mujeres, jugador, derrochador y elegante, nada inteligente y, en realidad, tampoco malvado, este aristócrata absolutamente mediocre tiene la debilidad habitual de las naturalezas poco creadoras: una vanidad orientada solo a lo exterior. Y esa vanidad se sintió personalmente herida por María Antonieta cuando esta, bromeando a la ligera —«tomándole el pelo», como se dice y se entiende en Austria—, se pronunció sobre las hazañas

guerreras de su primo e impidió que se le confiara el gran almirantazgo de Francia. El duque de Orleans, gravemente ofendido, recoge el guante; como vástago de una rama tan antigua como la del rey, como hombre riquísimo e independiente, no vacila en oponer al rey una resistencia obstinada en el Parlamento y en tratar abiertamente a la reina como enemiga suya. Con su persona, el descontento ha ganado por fin el caudillo tan anhelado. Quien quiere rebelarse contra los Habsburgo y contra la línea reinante de los Borbones, quien considera la autocracia real ilimitada como algo anticuado y opresivo, quien exige una reordenación razonable y democrática de Francia, se pone desde ahora bajo la protección del duque de Orleans. En el Palais Royal, el primer club de la Revolución, propiamente dicho, todavía protegido por un príncipe, se reúnen todos los innovadores, liberales, constitucionalistas, volterianos, filántropos, masones; a ellos se suman todos los elementos del descontento: los endeudados, los aristócratas postergados, los burgueses cultos que no logran ninguna posición, los abogados sin ocupación, los demagogos y los periodistas, todas esas fuerzas fermentantes y rebosantes de vida que más tarde formarán, juntas, la guardia de asalto de la Revolución. Bajo un caudillo débil y vanidoso se halla, cerrada y dispuesta, la más poderosa fuerza intelectual con la que Francia conquistará su libertad. Todavía no se ha dado la señal de ataque. Pero todos conocen la dirección, todos saben la consigna: ¡Contra el rey! Y sobre todo: ¡Contra la reina!

Entre estos dos grupos de adversarios, el revolucionario y el reaccionario, se alza, como hombre solitario, el enemigo tal vez más peligroso y funesto de la reina: el propio hermano de su marido, «Monsieur», Francisco Javier, conde de Provenza, el futuro rey Luis XVIII. Sigiloso y caminante de las sombras, intrigante y cauto, no se adhiere a ninguno de estos grupos por no comprometerse prematuramente; oscila, a la expectativa, hacia la derecha y hacia la izquierda, hasta que el destino le revele la hora exacta. No ve con disgusto las dificultades crecientes, pero se guarda muy bien de criticarlas en público; como topo negro y mudo, cava bajo tierra sus

galerías y espera a que la posición de su hermano quede suficientemente quebrantada. Pues solo cuando Luis XVI y Luis XVII estén liquidados podrá el conde Francisco Javier de Provenza convertirse por fin en rey, en Luis XVIII —meta secretamente guardada por su ambición desde la infancia—. Ya una vez se había abandonado a una esperanza legítima, la de convertirse en representante, en «regente» y sucesor legal de su hermano; los siete trágicos años en que el matrimonio de Luis XVI permaneció estéril a causa de aquel ominoso impedimento fueron, para su impaciente ambición, los siete años de las vacas gordas de la Biblia. Pero luego llegó el golpe encarnizado contra sus esperanzas de heredero furtivo; cuando María Antonieta da a luz a una hija, se le escapa, en una carta al rey de Suecia, la dolorosa confesión: «No me oculto a mí mismo que esta circunstancia me ha afectado sensiblemente... De cara al exterior he vuelto a ser rápidamente dueño de mí mismo y he mostrado el mismo comportamiento que antes, aunque sin subrayar una alegría que se habría tomado por falsedad, lo que, después de todo, habría sido cierto... Por dentro me ha resultado más difícil seguir venciendo. A veces el sentimiento aún se rebelaba, pero espero mantenerlo a raya, ya que no puedo vencerlo del todo».

El nacimiento del Delfín quiebra por completo entonces sus últimos sueños de sucesión al trono; ahora el camino directo queda cerrado, y ha de recorrer aquellos senderos tortuosos e hipócritas que, al fin —aunque solo treinta años después—, lo condujeron a la meta anhelada. La animadversión del conde de Provenza no es, como la del duque de Orleans, una llama de odio abierta, sino un fuego de envidia que arde soterrado bajo la ceniza del disimulo; mientras María Antonieta y Luis XVI conservan el poder indiscutido en sus manos, el secreto pretendiente al trono se comporta, sin anunciar públicamente pretensión alguna, con frialdad y sigilo; solo con la Revolución comienzan sus sospechosos vaivenes, las extrañas conferencias en el palacio de Luxembourg. Pero apenas puesto a salvo, dichosamente, más allá de la frontera, contribuye con denuedo, mediante sus provocadoras proclamas, a cavar la tumba

de su hermano, de su cuñada, de su sobrino, con la esperanza —de hecho cumplida— de encontrar en su ataúd la corona tan anhelada.

¿Hizo el conde de Provenza algo más? ¿Fue su papel aún más mefistofélico, como tantos afirman? ¿Llegó su ambición de pretendiente realmente tan lejos como para hacer imprimir y difundir él mismo los libelos contra el honor de su cuñada? ¿Arrojó de veras a aquel niño desdichado, Luis XVII, a quien se había salvado en secreto del Temple, de nuevo, mediante el robo de documentos, a un destino oscuro y todavía hoy no del todo esclarecido? Muchos rasgos de su conducta dan pie a la más extrema sospecha. Pues, apenas subió al trono, el rey Luis XVIII se procuró, a fuerza de dinero o por vía violenta, numerosas cartas que el conde de Provenza había escrito antaño, o las hizo destruir. Y el hecho de que no se atreviera a hacer enterrar como Luis XVII el cadáver de aquel niño muerto en el Temple, ¿cómo interpretarlo, sino como que el propio Luis XVIII no creía en la muerte de Luis XVII, sino en la sustitución efectiva por un niño ajeno? Pero este obstinado caminante de las sombras supo callar y esconderse bien; hoy aquellas galerías subterráneas con las que minó su camino hacia el trono de Francia están hace tiempo cegadas. Solo se sabe una cosa: ni entre sus más encarnizados adversarios tuvo jamás María Antonieta un enemigo más peligroso que este hombre insondable e impenetrable.

Tras diez años de gobierno malgastados y perdidos en juegos, María Antonieta se halla ya cercada por todos lados; en 1785 el odio se yergue ya en alta mies. Todos los grupos hostiles a la reina —que abarcan casi toda la nobleza y media burguesía— han ocupado sus posiciones y solo esperan una señal para atacar. Pero la autoridad del poder heredado es todavía demasiado fuerte, y aún no se alberga ningún plan concreto y decidido. Solo un hablar y susurrar quedo, un zumbido y silbido de flechas de finas plumas recorre Versalles; cada una lleva en su punta una gota de veneno aretino, y todas apuntan, pasando de largo por el rey, hacia la reina. Pequeñas hojas impresas o manuscritas pasan por debajo de la mesa de mano en mano y se deslizan a toda prisa bajo la ropa en cuanto se acerca

un paso extraño. En las librerías del Palais Royal, distinguidísimos caballeros de la nobleza, con la cruz de San Luis y hebillas de diamantes en los zapatos, se hacen conducir a la trastienda por el vendedor, que, tras atrancar cuidadosamente la puerta, saca de algún escondrijo polvoriento entre libracos viejos el último libelo contra la reina; supuestamente contrabandeado desde Londres o Ámsterdam, en realidad la impresión resulta curiosamente fresca, aún húmeda; quizá impresa en la misma casa, en el Palais Royal que pertenece al duque de Orleans, o en el Luxembourg. Sin vacilar, los distinguidos clientes pagan a menudo más monedas de oro de las que tiene páginas el folleto; a veces no son más de diez o veinte, pero eso sí, ricamente adornadas con grabados lascivos y sazonadas con chistes maliciosos. Semejante pasquín jugoso se considera ahora el regalo predilecto para una amante de la nobleza, una de esas a quienes María Antonieta no hizo el honor de invitar a Trianón; un obsequio tan pérfido complace más que un anillo o un abanico costosos. Compuestos por autores desconocidos, impresos por manos secretas, difundidos por manos inasibles, estos escritos difamatorios contra la reina revolotean, con alas de murciélago, por las verjas del parque de Versalles hasta los tocadores de las damas y los castillos de provincias; pero, cuando el teniente de policía quiere darles caza, se siente de pronto entorpecido por poderes invisibles. Por doquier se cuelan estas hojas; la reina las encuentra en la mesa, bajo la servilleta; el rey, en su escritorio, en medio de los expedientes; en el palco de la reina, clavado en el terciopelo con una aguja de coser delante de su asiento, hay un poema malicioso, y cuando ella se asoma de noche a su ventana, oye la burlona canción callejera que desde hace tiempo está en boca de todos y que comienza con la pregunta:

Chacun se demande tous bas:
Le Roi peut-il? Ne peut-il pas?
La triste Reine en désespère ...

y termina, tras los detalles eróticos, con la amenaza:

Petite Reine de vingt ans
Qui traitez aussi mal les gens
Vous repasserez en Bavière.

Estos panfletos y «polissonneries» de los primeros tiempos son todavía, en comparación con los posteriores, más comedidos, más maliciosos que malvados. Las puntas de las flechas se mojan aún solo en lejía, no en veneno; están hechas más para molestar que para herir de muerte. Solo a partir del momento en que la reina queda encinta, y este suceso inesperado disgusta en lo más hondo a los distintos aspirantes a la herencia de la corte, se agudiza sensiblemente el tono. Precisamente ahora que ya no es verdad, todos empiezan a burlarse a propósito y en voz alta del rey tildándolo de impotente y de la reina tachándola de adúltera, para presentar así, desde el principio —se adivina en interés de quién— a los eventuales descendientes como bastardos. En especial desde el nacimiento del Delfín, el heredero indiscutiblemente legítimo del trono, se dispara desde aquellos refugios cubiertos y encubiertos contra María Antonieta con «balas rojas». Sus amigas Lamballe y Polignac son puestas en la picota como consumadas maestras del servicio amoroso lésbico; María Antonieta, como erotómana insaciable y perversa; el rey, como pobre cornudo; el Delfín, como bastardo; sirva de muestra el dicho que entonces salta alegre de boca en boca:

Louis, si tu veux voir
Bâtard, cocu, putain,
Regarde ton miroir,
La Reine et le Dauphin.

En 1785, el concierto de la calumnia está ya en pleno auge, el compás marcado, el texto servido. A la Revolución le bastará después con gritar en voz alta por las calles lo que se rimó y se ideó en los salones, para llevar a María Antonieta ante su tribunal. Las verdaderas palabras clave de la acusación se las ha soplado la propia corte. Y el hacha del odio que derriba a la reina se la han puesto en

la mano al verdugo unas finas, estrechas manos aristocráticas cargadas de anillos.

¿Quién redacta estos escritos difamatorios? Es, en realidad, una cuestión secundaria, pues los poetastros que componen esos versillos suelen hacer su trabajo sin sospecha ni intención alguna. Trabajan para fines ajenos y por dinero ajeno. Cuando en tiempos del Renacimiento algún noble caballero quería deshacerse de alguien incómodo, se compraba, por un zurrón lleno de oro, un puñal seguro, o encargaba veneno. El siglo dieciocho, vuelto filantrópico, se sirve de métodos más finos. Ya no se alquilan puñales contra los adversarios políticos, sino una pluma; ya no se hace liquidar físicamente a los enemigos políticos, sino moralmente: se mata mediante el ridículo. Por fortuna, hacia 1780 se pueden alquilar por buen dinero las mejores plumas. El señor Beaumarchais, autor de comedias inmortales; Brissot, el futuro tribuno; Mirabeau, el genio de la libertad; Choderlos de Laclos: todos estos grandes hombres, por haber sido rechazados, están, pese a su genio, en venta a precios módicos. Y detrás de estos geniales libelistas aguardan otros cien, más groseros y más ruines, de uñas sucias y estómago vacío, siempre dispuestos a escribir lo que se les pida, miel o veneno, poema de bodas o libelo infamante, himno o panfleto, largo o corto, mordaz o tierno, político o apolítico, tal como lo encargue el señor. Si además se tiene audacia y habilidad, con este pequeño negocio se gana doble y triple. Primero, se hace uno pagar por el pasquín entregado contra la Pompadour, contra la Du Barry o ahora contra María Antonieta, por el comitente anónimo; luego se avisa en secreto a la corte de que tal libelo infame está ya listo para imprimirse en Ámsterdam o Londres, y se recibe, a cambio de ayudar a suprimir la tirada, dinero del tesorero de la corte o del teniente de policía. Y en tercer lugar, el triplemente astuto gana —así lo hizo Beaumarchais— si, pese al juramento y a la palabra de honor de que la tirada había sido íntegramente destruida, se guarda no obstante uno o dos ejemplares y amenaza con reimprimirlos, modificados o no; una travesura alegre que a su genial inventor le vale en Viena, ante María Teresa, catorce días de cárcel, pero luego,

en el temeroso Versalles, mil florines de oro de indemnización y aún setenta mil libras más. Pronto corre la voz entre los plumíferos: los panfletos contra María Antonieta son en ese momento el negocio más rentable y, además, ni siquiera muy peligroso; así se propaga alegremente esta funesta moda. Silencio y habladuría, negocio y bajeza, odio y codicia trabajan juntos, fiel y eficazmente, en el encargo y la difusión de estos escritos. Y pronto sus esfuerzos conjugados logran el propósito deseado: hacer a María Antonieta, como mujer y como reina, definitivamente odiada en toda Francia.

María Antonieta percibe claramente estas malévolas maquinaciones a sus espaldas; conoce los libelos difamatorios y adivina también a sus autores. Pero su desinvoltura, su orgullo habsbúrgico, innato e incorregible, la lleva a considerar más valiente despreciar los peligros que enfrentarlos con astucia o prudencia. Con desdén, se sacude del vestido estas salpicaduras de barro. «Nos hallamos en una época de canciones satíricas», escribe a su madre con mano rápida, «se hacen sobre todas las personas de la corte, hombres y mujeres, y la liviandad francesa no se ha detenido ni siquiera ante el rey. En cuanto a mí, tampoco he sido respetada». Eso es todo, al parecer, todo su enfado, todo su rencor. ¡Qué daño puede hacerle que unas cuantas moscardas se posen en su vestido! Acorazada en su dignidad real, se cree invulnerable a las flechas de papel. Pero olvida que una sola gota de ese diabólico veneno calumnioso, una vez introducida en el torrente sanguíneo de la opinión pública, puede engendrar una fiebre ante la cual, más tarde, hasta los médicos más sabios se quedan impotentes. Sonriente y ligera, María Antonieta pasa de largo junto al peligro. Las palabras son para ella solo paja al viento. Hace falta que llegue una tormenta para despertarla.

El rayo cae sobre el teatro rococó

Las primeras semanas de agosto de 1785 encuentran a la reina extraordinariamente ocupada, pero no, desde luego, porque la situación política se haya vuelto especialmente difícil y el levantamiento de los Países Bajos someta a la alianza franco-austríaca a la más peligrosa de las pruebas: para María Antonieta, su pequeño teatro rococó de Trianón sigue pareciendo más importante que el escenario dramático del mundo. Su impetuosa agitación se debe esta vez exclusivamente a un nuevo estreno. Ya se está impaciente por representar en el teatro de palacio «El barbero de Sevilla», la comedia del señor de Beaumarchais, ¡y qué reparto tan selecto santifica los papeles profanos! El conde de Artois en persona ha de interpretar a Fígaro, Vaudreuil al conde, y la reina, a la alegre muchacha Rosina.

¿Del señor de Beaumarchais? ¿No será el mismo, el conocido de la policía, el señor Caron, que hace diez años desenterró supuestamente aquel infame panfleto «Avis important à la branche espagnole sur ses droits à la couronne de France», que pregonaba a los cuatro vientos la impotencia de Luis XVI, panfleto que en realidad había escrito él mismo y entregado a la exasperada emperatriz María Teresa? ¿A quien la madre imperial llamó «fripon», granuja, y Luis XVI, necio y «mauvais sujet»? ¿Al que se metió preso en Viena, por orden imperial, como insolente chantajista, y que en la prisión de Saint-Lazare recibió, como bienvenida, la tanda de azotes habitual en la época? ¡Sí, exactamente el mismo! En cuanto se trata de su placer, María Antonieta tiene una memoria terriblemente corta,

y Kaunitz en Viena no exagera cuando dice que sus locuras no hacen sino «crecer y embellecerse cada vez más» (croître et embellir). Pues no solo este aventurero, tan activo como genial, se ha burlado de ella y ha exasperado a su madre, sino que además el nombre de este comediógrafo va unido al más terrible bochorno de la autoridad real. La historia de la literatura, y también la historia universal, todavía saben, ciento cincuenta años después, de aquella lamentable derrota de un rey a manos de un poeta; solo su propia esposa lo ha olvidado por completo al cabo de cuatro años. En 1781 la censura había olfateado, con sagaces narices, que la nueva comedia de este autor, «Las bodas de Fígaro», olía peligrosamente a pólvora y que, prendida por el humor encendido de una noche de teatro escandalizada, podía hacer saltar por los aires todo el antiguo régimen; el Consejo de Ministros prohibió la representación por unanimidad. Pero Beaumarchais, siempre incomparablemente activo cuando está en juego su gloria o, más aún, su dinero, encuentra cien maneras de presentar una y otra vez su obra; al final consigue que se la lean, para una decisión última y definitiva, al propio rey. Por obtuso que fuera por lo demás aquel hombre bondadoso, no lo es tanto como para no reconocer el carácter subversivo de aquella comedia divina. «Este hombre se burla de todo cuanto hay que respetar en un Estado», protesta contrariado. «¿Entonces la obra realmente no se representará?», pregunta decepcionada la reina, para quien un estreno interesante importa más que el bien del Estado. «No, desde luego que no», responde Luis XVI, «de eso puedes estar segura».

Con esto parece dictada la sentencia sobre la obra: el rey Cristianísimo, el soberano absoluto de Francia, no desea ver representadas «Las bodas de Fígaro» en su teatro; no cabe réplica alguna. El asunto está zanjado para el rey. Pero en absoluto para Beaumarchais. Este no piensa arriar las velas; sabe demasiado bien que la cabeza real solo manda en las monedas y en los documentos oficiales, pero que sobre el soberano gobierna, en realidad, la reina, y sobre la reina, a su vez, los Polignac. ¡Así que a por esta instancia suprema! Beaumarchais lee la obra —que gracias a la prohibición se

ha puesto de moda— con el mayor afán en todos los salones, y, con ese misterioso instinto de autodestrucción tan característico de la sociedad degenerada de aquella época, toda la nobleza patrocina entusiasmada la comedia, primero porque se burla de ella misma, y segundo porque a Luis XVI le ha parecido inconveniente. Vaudreuil, el amante de la Polignac, se atreve a hacer representar en el teatro de su finca la obra prohibida por el rey; pero eso no basta: el rey ha de quedar públicamente desautorizado y Beaumarchais públicamente reivindicado; la comedia ha de representarse en la propia casa del rey que la ha prohibido, y precisamente porque la ha prohibido. En secreto, y probablemente con conocimiento de la reina, para quien una sonrisa de su Polignac importa más que el prestigio de su esposo, los actores reciben el encargo de estudiar sus papeles; ya se reparten las entradas, ya se agolpan los carruajes ante la puerta del teatro —cuando el rey, en el último instante, recapacita al fin sobre su dignidad amenazada. Él había prohibido representar la obra; ahora está en juego su autoridad. Una hora antes de que comience, Luis XVI prohíbe la función mediante una lettre de cachet. Se apagan las luces, los carruajes deben regresar a casa.

Una vez más parece zanjado el asunto. Pero a la insolente camarilla de la reina le divierte demostrar ahora, más que nunca, que su poder conjunto es mayor que el de un débil coronado. Se envía por delante al conde de Artois y a María Antonieta para presionar al rey; como siempre, el hombre sin voluntad cede en cuanto su mujer le exige algo. Solo pide, para disimular su derrota, que se cambien los pasajes más provocadores, es decir, precisamente los que en realidad ya todo el mundo se sabe de memoria. Para el 17 de abril de 1784 se fija en el Théâtre Français «Las bodas de Fígaro»: Beaumarchais ha triunfado sobre Luis XVI. Que el rey hubiera querido prohibir la representación y hubiese expresado la esperanza de que la obra fracasara convierte esa noche en una sensación para los nobles frondistas. La afluencia es tan grande que se derriban las puertas, se rompen las rejas de hierro; con aplausos delirantes acoge la vieja sociedad la obra que le asesta

moralmente el golpe de gracia, y ese aplauso es, sin que ellos lo sospechen, el primer gesto público de rebeldía, el relámpago lejano de la Revolución.

El mínimo de decoro, de tacto, de sensatez debería obligar a María Antonieta, dadas las circunstancias, a mantenerse al margen de una comedia de ese señor de Beaumarchais. Precisamente este señor de Beaumarchais, que había manchado con tinta, con insolencia, su honor, y puesto en ridículo al rey ante todo París, no debería poder jactarse de ver personificado uno de sus personajes de teatro por la hija de María Teresa, por la esposa de Luis XVI, quienes lo habían hecho encerrar como a un granuja. Pero —summa lex, instancia suprema para la mundana reina— el señor Beaumarchais, desde su victoria sobre el rey, está de gran moda en París; y la reina obedece a la moda. ¿Qué cuentan entonces el honor y el decoro? Al fin y al cabo, no es más que teatro. Y además, ¡qué papel tan encantador, esta muchacha traviesa! ¿Cómo dice el texto? «Imagínense a la más bonita de las criaturas, dulce, tierna, ágil, fresca y apetitosa, de piececitos huidizos, talle recto y ondulante, brazos torneados, boca fresca como el rocío. ¡Qué manos! ¡Qué dientes! ¡Qué ojos!». ¿Puede realmente otra —¿quién tiene manos tan blancas, brazos tan suaves?— interpretar este papel encantador que no sea la reina de Francia y Navarra? ¡Así que, bajo la mesa todos los escrúpulos y miramientos! ¡Que venga el excelente Dazincourt de la Comédie Française, para enseñar a los distinguidos aficionados la postura grácil adecuada, y que se encarguen los trajes más graciosos a mademoiselle Bertin! Al fin y al cabo, se quiere uno divertir de nuevo, no pensar eternamente en las malevolencias de la corte, en las maldades de los queridos parientes, en las necias contrariedades de la política. Día tras día, María Antonieta está ahora ocupada con esta comedia en su encantador teatrito blanco y oro, sin sospechar que ya se levanta el telón sobre otra comedia distinta, en la que, sin su conocimiento ni su voluntad, está destinada a interpretar el papel principal.

Los ensayos de «El barbero de Sevilla» tocan a su fin. María Antonieta sigue extremadamente inquieta y ocupada. ¿Parecerá de

verdad lo bastante joven, lo bastante bonita en el papel de Rosinita? ¿No volverá a reprocharle el exigente y mimado patio de butacas de amigos invitados que se muestra poco ágil y espontánea, y que, después de todo, es más aficionada que actriz? En verdad, se hace preocupaciones, ¡extrañas preocupaciones para una reina! ¿Y por qué no llega hoy, todavía, Madame Campan, con quien debe repasar el papel? Por fin, por fin aparece, pero ¿qué ocurre? Se muestra extrañamente agitada. Ayer, el joyero de la corte, Boehmer, se presentó ante ella completamente turbado, para pedir audiencia inmediata con la reina, tartamudea al fin. Este judío sajón le había contado una historia disparatada y confusa: la reina le habría hecho comprar en secreto, meses atrás, el famoso y precioso collar de diamantes, y en aquella ocasión se habría acordado el pago a plazos. Pero el plazo del primer pago hacía tiempo que había vencido y no se había abonado ni un ducado. Sus acreedores lo apremiaban, necesitaba su dinero de inmediato.

¿Cómo? ¿Qué? ¿Qué diamantes? ¿Qué collar? ¿Qué dinero? ¿Qué plazos? La reina no entiende al principio. El gran y precioso collar que aquellos dos joyeros, Boehmer y Bassenge, habían fabricado con tanto arte, ese sí lo conoce, desde luego. Se lo habían ofrecido una vez, dos veces, tres veces, por un millón seiscientas mil libras; naturalmente, le habría gustado tener aquella joya magnífica, pero los ministros no sueltan el dinero, siempre hablan del déficit. ¿Cómo pueden entonces esos embaucadores afirmar que ella lo había adquirido, incluso a plazos y en secreto, y que les debía dinero por ello? Tiene que haber una confusión disparatada. Aunque, ahora recuerda también que, hace cosa de una semana, ¿no había llegado ya una carta extraña de esos joyeros, en la que le daban las gracias por algo y hablaban de una joya preciosa? ¿Dónde está la carta? Ah, sí, quemada. Ella no suele leer las cartas a fondo, y también entonces destruyó de inmediato aquella cháchara reverente e incomprensible. Pero, en realidad, ¿qué quieren de ella? De inmediato, María Antonieta hace que su secretario escriba una nota a Boehmer. Aunque no lo cita para mañana mismo, sino para el 9 de agosto; Dios mío, este asunto con el tonto no tiene tanta urgencia, y

hace falta tener la cabeza despejada para los ensayos de «El barbero de Sevilla».

El 9 de agosto, agitado y pálido, se presenta Boehmer, el joyero. La historia que cuenta resulta del todo incomprensible. Al principio la reina cree tener ante sí a un demente. Una condesa de Valois, íntima amiga de la reina —«¿Cómo? ¿Amiga mía? ¡Si nunca he recibido a ninguna dama de ese nombre!»—, habría examinado en su casa aquella joya y declarado que la reina deseaba comprarla en secreto. Y Su Eminencia, el señor cardenal de Rohan —«¿Cómo, ese individuo repugnante con quien nunca he cruzado una palabra?»—, la habría recibido y tomado a su cargo por encargo de Su Majestad.

Por disparatado que suene todo esto, algo de verdad debe de haber en el asunto, pues el sudor perla la frente de este pobre hombre, que tiembla de manos y pies. También la reina tiembla de rabia ante el vil abuso de su nombre por parte de granujas desconocidos. Ordena al joyero que redacte de inmediato una relación exacta y por escrito de todo el caso. El doce de agosto tiene en sus manos ese fantástico documento, que todavía hoy se conserva en los archivos. María Antonieta cree estar soñando. Lee y lee; su furia, su cólera crecen línea tras línea: un fraude semejante no tiene precedente. Aquí hay que dar un escarmiento ejemplar. Por el momento no informa aún a los ministros ni se aconseja con ninguno de sus amigos; solo al rey confía, el 14 de agosto, todo el asunto, y le exige que defienda su honor.

Más tarde sabrá María Antonieta que habría hecho mejor en reflexionar detenidamente sobre un asunto tan confuso y turbio. Pero la reflexión profunda, la prudencia ponderada, jamás han figurado entre las virtudes de esta naturaleza autoritaria e impaciente, y menos aún cuando ya estaba excitado el nervio decisivo de su ser: su orgullo, que arranca impulsivo.

En su falta de dominio, la reina lee y ve en este escrito de acusación, primero y siempre, un solo nombre, el del cardenal Louis de Rohan, a quien odia con encono desde hace años, con toda la vehemencia de su corazón indómito, y al que cree capaz sin vacilar

de cualquier liviandad y bajeza. En sí mismo, este noble eclesiástico mundano nunca le ha hecho ningún mal; es más, fue él quien, a su entrada en Francia, le dio la bienvenida del modo más efusivo ante el portal de la catedral de Estrasburgo. Ha sostenido a sus hijos en la pila bautismal y ha buscado toda ocasión de acercarse a ella con amistad. En el fondo no existe ninguna oposición entre sus naturalezas; al contrario, este cardenal de Rohan es en realidad un reflejo masculino de María Antonieta, igual de liviano, igual de superficial y derrochador, y tan negligente con sus deberes eclesiásticos como ella con los suyos reales; un sacerdote mundano, como ella una soberana mundana, obispo del rococó, como ella reina del rococó. Habría encajado a la perfección en Trianón, con sus modales cuidados, su ingeniosa ociosidad, su generosidad sin límites, y probablemente se habrían entendido a las mil maravillas el cardenal elegante, apuesto, liviano, agradablemente frívolo, y la reina coqueta, bonita, aficionada al juego, amante de la vida. Solo el azar convirtió a los dos en adversarios. Pero ¡cuán a menudo no se vuelven los enemigos más encarnizados aquellos que en el fondo más se parecen!

La auténtica cuña entre Rohan y María Antonieta la clavó María Teresa; el odio de la reina es un odio heredado de su madre, un odio adoptado, un odio inculcado. Antes de ser cardenal de Estrasburgo, Louis de Rohan había sido embajador en Viena: allí supo atraerse la ira desmedida de la vieja emperatriz. Ella esperaba un diplomático y encontró un charlatán presuntuoso. Su mediocridad intelectual, María Teresa la habría aceptado de buen grado, pues un embajador simplón de una potencia extranjera es un golpe de suerte para la propia política. También le habría perdonado su boato, aunque le disgustó enormemente que este vanidoso siervo de Jesús hubiese entrado en Viena con dos carrozas de gala, cada una de las cuales costaba cuarenta mil ducados, con toda una caballeriza de caballos, con gentileshombres de cámara y ayudas de cámara, heiduques y lectores, mayordomos y jefes de la casa, con un abigarrado bosque de penachos y criados galoneados de seda verde, con un despliegue que eclipsaba descaradamente a la propia corte imperial. Pero en

dos puntos la vieja emperatriz se mantiene inflexible: cuando se trata de religión o de moralidad, no se anda con bromas. Ver a un siervo de Dios despojarse del hábito sagrado para, rodeado de damas embelesadas y vestido de casaca parda, abatir en un solo día ciento treinta piezas de caza, provoca en la mujer beata una indignación desmedida, que se convierte en auténtica furia en cuanto ve que esa conducta liviana, derrochadora y frívola, lejos de escandalizar, encuentra en Viena aplauso general, en su Viena de los jesuitas y las comisiones de moralidad. Toda la nobleza, a la que la austera severidad de la corte de Schönbrunn le aprieta como una gorguera, respira aliviada en compañía de este noble y elegante calavera; sobre todo las damas, a quienes el rigor moral de la viuda puritana amarga la vida, se agolpan en sus alegres cenas. «Nuestras mujeres —tiene que confesar la irritada emperatriz—, jóvenes o viejas, hermosas o feas, están hechizadas por él. Es su ídolo, están locas por él, tan a gusto se siente aquí que asegura querer quedarse incluso después de la muerte de su tío, el obispo de Estrasburgo.» Pero hay más aún: la emperatriz ofendida tiene que ver incluso cómo su fiel hombre de confianza, Kaunitz, llama a Rohan su querido amigo, y cómo su propio hijo José, al que siempre le divierte decir «sí» donde la madre dice «no», traba amistad con el caballero-obispo; tiene que presenciar cómo este elegante seduce a la familia, a toda la corte, a toda la ciudad hacia su desenfadado arte de vivir. Pero María Teresa no quiere convertir su Viena estrictamente católica en un Versalles frívolo, en un Trianón, ni dejar que el adulterio y el libertinaje se propaguen entre su nobleza: esa peste no puede arraigar en Viena, y por eso Rohan tiene que marcharse. Carta tras carta va dirigida a María Antonieta para que haga todo lo posible por alejar de su lado a «este individuo despreciable», a este «vilain évèque», a este «espíritu incorregible», a este «volume farci de bien de mauvais propos», a este «mauvais sujet», a este «vrai panier percé» —se ve a qué palabras tan feroces empuja la ira a la mujer sensata—. Gime, casi grita desesperada, pide que la «liberen» de una vez de ese enviado del Anticristo. Y en cuanto María Antonieta se convierte en reina, obediente a su madre, consigue de hecho que se destituya a Louis de Rohan de su puesto de embajador en Viena.

Pero cuando un Rohan cae, cae hacia arriba. A cambio del puesto de embajador perdido, lo elevan a obispo y, poco después, a gran limosnero, el más alto dignatario eclesiástico de la corte, de cuyas manos se reparten todas las dádivas benéficas del rey. Sus ingresos son inconmensurables; pues es obispo de Estrasburgo y además landgrave de Alsacia, abad de la muy lucrativa abadía de Saint-Vaast, superintendente del Hospital Real, provisor de la Sorbona y, por añadidura —no se sabe por qué méritos—, miembro de la Academia Francesa. Pero por mucho que se acumulen sus ingresos, siempre los superan los gastos, pues Rohan derrocha el dinero a manos llenas, con la mejor voluntad, con ligereza y sin tino. Reconstruye por millones el palacio de los obispos en Estrasburgo, ofrece las fiestas más lujosas, no escatima con las mujeres, y sobre todo el señor Cagliostro es una de sus debilidades: él solo le cuesta más que siete amantes. Pronto deja de ser un secreto que las finanzas del obispo están en un estado lamentable; al siervo de Cristo se le encuentra más a menudo en casa de prestamistas judíos que en la casa de Dios, y más a menudo en compañía de damas que en la de doctos teólogos. El Parlamento acaba de ocuparse, además, de la administración de deudas del hospital dirigido por Rohan: ¿es de extrañar entonces que la reina esté convencida, a primera vista, de que este hermano de vida ligera ha urdido todo el fraude para procurarse crédito valiéndose de su nombre? «El cardenal ha abusado de mi nombre —escribe a su hermano en el primer arrebato de cólera—, como un falsificador vil y torpe. Probablemente esperaba, en su apremiante necesidad de dinero, poder pagar a los joyeros para el plazo fijado sin que nada saliera a la luz.» Se comprende su error, se comprende su encono, el que precisamente a este hombre no quiera perdonarlo. Pues durante quince años, desde aquel primer encuentro ante la catedral de Estrasburgo, María Antonieta, fiel a la orden de su madre, no le ha dirigido ni una sola vez la palabra a este hombre, sino que lo ha desairado abiertamente ante toda la corte. Así que tiene que sentir como un acto de venganza infame que sea precisamente este hombre quien mezcle su nombre en un negocio fraudulento; de todos los desafíos a su honor que ha sufrido por parte de la alta nobleza francesa, este le

parece el más descarado y el más pérfido. Y con palabras apasionadas, con lágrimas en los ojos, ordena al rey castigar sin piedad y de forma ejemplar ante toda la opinión pública a este estafador —así llama, por error, al que en realidad ha sido él mismo el estafado.

El rey, sumiso sin voluntad propia a su esposa, no reflexiona más cuando la reina exige algo, ella que jamás, en ninguna de sus acciones ni de sus deseos, sopesa las consecuencias. Sin comprobar la acusación, sin exigir los documentos, sin interrogar al joyero ni al cardenal, se convierte, dócil como un esclavo, en instrumento de una cólera femenina irreflexiva. El 15 de agosto el rey sorprende a su consejo de ministros con la intención de hacer arrestar de inmediato al cardenal. ¿Al cardenal? ¿Al cardenal Rohan? Los ministros se sobresaltan, se asustan, se miran unos a otros desconcertados. Al fin, uno se atreve a preguntar con cautela si no resultará demasiado embarazoso hacer detener públicamente, como a un vulgar delincuente, a un dignatario tan encumbrado y además eclesiástico. Pero es justamente eso, precisamente la afrenta pública, lo que María Antonieta exige como castigo. Se quiere dar por fin un escarmiento bien visible, para que quede claro que el nombre de la reina no está en venta para cualquier bajeza. Por eso insiste, inquebrantable, en el procedimiento público. Muy a su pesar, muy inquietos y con malos presagios, los ministros acaban cediendo. Pocas horas después se desarrolla el espectáculo inesperado. Como la Asunción de María coincide con el santo de la reina, toda la corte se presenta en Versalles para la ceremonia de felicitación; el Œil-de-Bœuf y las galerías están abarrotados de cortesanos y altos dignatarios. También el inconsciente protagonista, Rohan, a quien corresponde la tarea de celebrar la solemne misa pontifical en este día festivo, aguarda con su sotana escarlata, ya con el roquete puesto, en la sala reservada para los grandes personajes, las «grandes entrées», ante la cámara del rey.

Pero en vez de que Luis XVI aparezca solemnemente para ir con su esposa a misa, un criado se acerca a Rohan: el rey le ruega que pase a su gabinete privado. Allí está, con los labios apretados y la

mirada apartada, la reina, sin devolverle el saludo, y también, tan formal, glacial y descortés, el ministro barón de Breteuil, su enemigo personal. Antes de que Rohan pueda siquiera pensar bien qué es lo que se quiere de él, el rey empieza directo y brusco: —Querido primo, ¿qué hay de ese collar de diamantes que ha comprado usted en nombre de la reina?

Rohan palidece. No estaba preparado para eso. —Señor, ya veo que he sido engañado, pero yo mismo no he engañado a nadie —balbucea.

—Si eso es así, querido primo, no tenga usted cuidado. Pero, por favor, aclare todo esto.

Rohan no logra responder. Ve a María Antonieta, muda y amenazadora, frente a él. Las palabras le fallan. Su turbación despierta compasión en el rey, que busca una salida. —Escriba por escrito lo que tiene que contarme —dice el rey, y sale de la habitación con María Antonieta y Breteuil. El cardenal, ya solo, redacta unas quince líneas y entrega su declaración al rey cuando este vuelve a entrar. Una mujer llamada Valois lo había convencido de adquirir ese collar para la reina. Ahora comprende que ha sido engañado por esa persona.

—¿Dónde está esa mujer? —pregunta el rey.

—Señor, no lo sé.

—¿Tiene usted el collar?

—Está en manos de esa mujer.

El rey manda entonces llamar a la reina, a Breteuil y al guardasellos, y hace leer el memorial de los dos joyeros. Pregunta por los poderes que supuestamente habían sido redactados de puño y letra de la reina.

Completamente abatido, el cardenal tiene que admitir: —Señor, están en mi poder. Son evidentemente falsos.

—En efecto, lo son —responde el rey. Y aunque el cardenal se ofrece ahora a pagar el collar, él concluye con severidad: —Señor mío, dadas las circunstancias, no puedo dejar de mandar precintar su casa y detener su persona. El nombre de la reina me es muy querido. Ha sido comprometido, y no puedo permitirme incurrir en negligencia alguna.

Rohan suplica con insistencia que le ahorren semejante afrenta, y precisamente en la hora en que debe presentarse ante el rostro de Dios y celebrar la misa pontifical para toda la corte. El rey, blando y bondadoso, vacila ante la desesperación evidente de aquel hombre, también él engañado. Pero ahora María Antonieta ya no puede contenerse más; con lágrimas de ira en los ojos, increpa a Rohan, le espeta cómo ha podido creer que ella, que durante ocho años no lo ha honrado con una sola palabra, lo escogería a él como intermediario para concertar tratos secretos a espaldas del rey. Ante este reproche el cardenal no encuentra respuesta: él mismo ya no comprende cómo pudo dejarse enredar de forma tan insensata en esta alocada aventura. El rey lo lamenta, pero decide: —¡Deseo que pueda usted justificarse! Pero debo hacer lo que me obliga a hacer mi condición de rey y de esposo.

La entrevista ha terminado. Fuera, en la abarrotada antecámara, aguarda ya, impaciente y curiosa, toda la nobleza. La misa debería haber empezado hace rato, ¿por qué se demoran tanto, qué está pasando ahí dentro? Los cristales tintinean levemente de lo fuerte que algunos van y vienen, impacientes; otros se han sentado y cuchichean: se percibe que alguna tormenta flota en el aire.

De pronto se abre de par en par la puerta de dos hojas de la cámara del rey. El primero en aparecer es el cardenal Rohan, con su sotana purpúrea, pálido y los labios apretados; detrás de él, Breteuil, el viejo soldado, con su tosco rostro de labriego vinatero enrojecido, los ojos centelleantes de excitación. En medio de la sala, de pronto, grita a voz en cuello, deliberadamente, al capitán de la Guardia de Corps:

—¡Arresten al señor cardenal!

Todos se estremecen. Todos quedan paralizados. ¡Un cardenal arrestado! ¡Un Rohan! ¡Y en la antecámara del rey! ¿Está borracho el viejo espadachín de Breteuil? Pero no, Rohan no opone resistencia, no se indigna; con los ojos bajos avanza dócil al encuentro de la guardia. Estremecidos, los cortesanos se apartan a un lado, y a través de ese pasillo de miradas escrutadoras, humillantes, encarnizadas, avanza de sala en sala, hasta bajar la escalera, el príncipe de Rohan, gran limosnero del rey, cardenal de la única Iglesia verdadera, príncipe del imperio en Alsacia, miembro de la Academia y portador de incontables dignidades, y, como detrás de un presidiario de galeras, el duro soldado a modo de guardián. Mientras entregan a Rohan en una habitación apartada del cuerpo de guardia, él, ya despierto de su aturdimiento, aprovecha la confusión general para garabatear a toda prisa unas líneas a lápiz en un papel, ordenando a su abate doméstico que queme cuanto antes todos los documentos que se encuentran en una cartera roja —son, como se sabrá después en el proceso, las cartas falsificadas de la reina—. Abajo, uno de los heiduques de Rohan salta rápidamente a caballo y galopa con el papel hasta el Hôtel de Strasbourg, antes de que lleguen los más lentos agentes de policía a precintar los documentos, y antes de que —afrenta sin precedentes— el gran limosnero de Francia sea conducido a la Bastilla en el mismo instante en que debía celebrar la misa ante el rey y toda la corte. Al mismo tiempo se da la orden de arrestar a todos sus cómplices en este asunto todavía oscuro. Ese día ya no se dice misa en Versalles, ¿y para qué, además? Nadie habría podido escucharla con devoción; toda la corte, toda la ciudad, todo el país permanecen aturdidos ante la noticia, como ante un rayo caído en cielo sereno.

Tras la puerta cerrada queda la reina, agitada, con los nervios todavía temblando de ira; la escena la ha turbado a ella misma terriblemente —pero al fin, al menos, se ha atrapado a uno de los calumniadores, de los pérfidos asesinos a traición de su honra. ¿No acudirán ahora presurosos todos sus partidarios a felicitarla por el arresto de ese canalla? ¿No alabará toda la corte la energía del rey, a quien tanto tiempo se tuvo por débil, y que ha reducido con mano

firme al más indigno de todos los sacerdotes? Pero, cosa extraña: no viene nadie. Con miradas turbadas, hasta sus propias amigas la esquivan; hoy reina un gran silencio en Trianón y en Versalles. La nobleza no se toma ni la molestia de disimular su indignación porque se haya tratado de forma tan deshonrosa a uno de los suyos, de su clase privilegiada, y el cardenal de Rohan, a quien el rey había ofrecido clemencia si se sometía a su fallo personal, repuesto ya de su primer sobresalto, rechaza fríamente la gracia y elige al Parlamento como su juez. Un malestar se apodera de la precipitada reina. María Antonieta no llega a alegrarse de su éxito: por la noche sus camareras la encuentran llorando.

Pero pronto vuelve a aflorar su vieja ligereza. «En cuanto a mí —escribe con necio autoengaño a su hermano José—, estoy encantada de que no volvamos a oír hablar de este asunto repugnante.» Estamos en agosto, y el proceso ante el Parlamento no tendrá lugar, en el mejor de los casos, hasta diciembre, quizá incluso hasta el año siguiente: ¿para qué seguir cargando la cabeza con semejante lastre? ¡Que la gente charlotee o murmure, qué más da! Así que, rápido, el tarro de maquillaje y los trajes nuevos: no va a cancelar una comedia tan encantadora por una nimiedad semejante. Los ensayos siguen su curso, la reina estudia —en lugar de los expedientes de la policía sobre aquel gran proceso, que quizá todavía podría detenerse— el papel de la alegre Rosina en «El barbero de Sevilla». Pero, según parece, también este papel lo ha ensayado con demasiado descuido. Pues de otro modo habría tenido que detenerse a pensar ante las palabras de su compañero de escena Basilio, que describe de forma tan profética el poder de la calumnia. «¡La calumnia! No se imagina usted a quién desprecia en ella. He visto sucumbir ante ella a las gentes más honradas. Créame, no hay maldad por vulgar que sea, ni bajeza, ni historia absurda que no se le pueda inocular a los ociosos de una gran ciudad, si se sabe manejar bien el asunto, y aquí tenemos gente de una habilidad... Al principio no es más que un rumor leve, que roza de pasada como la golondrina antes de la tormenta, pianissimo, apenas murmura y se desvanece, pero al vuelo va sembrando su semilla envenenada. Una

boca lo recoge y lo susurra piano, piano, con la mayor destreza, al oído. Ya está ahí el mal, crece, se yergue, se pone en marcha rinforzando de boca en boca, corre como el diablo. Y de pronto, Dios sabe cómo, la calumnia se alza, silba e hincha a ojos vistas, se remonta, se arremolina, gira, arrastra tras de sí, estalla como un trueno y se convierte, gracias al cielo, en un clamor general, en un crescendo público, en un coro general de odio y de execración. ¿Qué diablo podría resistírsele?»

Pero María Antonieta, como siempre, ha escuchado mal a su compañero de escena. De otro modo habría tenido que comprender que aquí, bajo la apariencia de un juego liviano, se le estaba revelando su propio destino. La comedia del rococó llega a su fin definitivo con esta última representación, el 19 de agosto de 1785: incipit tragoedia.

El asunto del collar

¿Qué ocurrió en realidad? No es fácil exponerlo de manera creíble, pues tal y como sucedió de verdad el asunto del collar, es la más inverosímil de todas las inverosimilitudes, algo que en una novela nadie se creería. Pero cuando la realidad tiene, por una vez, una ocurrencia sublime y al mismo tiempo un día de inspiración poética, supera en fantasía, en arte de enredo, al poeta más fecundo en invenciones. Entonces lo mejor que pueden hacer todos los poetas es retirar la mano de su juego y no intentar sobrecombinar aún más su genial arte combinatorio: hasta el propio Goethe, que en su «Großkophta» intenta dramatizar la historia del collar, la endurece hasta convertirla en una broma correosa, cuando en realidad fue una de las farsas más descaradas, centelleantes y emocionantes de la historia. En todas las comedias de Molière juntas no se encuentra un ramillete de granujas, de estafadores y estafados, de necios y de deliciosamente embaucados, tan pintorescamente y con tanta lógica jocosa entrelazado como en esta alegre olla podrida, en la que una urraca ladrona, un zorro untado con todas las pomadas de la charlatanería y un oso torpemente crédulo cuecen juntos la más disparatada comedia de monos de toda la historia universal.

En el centro de toda comedia auténtica y como es debido hay siempre una mujer. La de este asunto del collar crece como hija de un noble arruinado y de una criada de mala vida, convertida en una mendiga sucia y desamparada que roba patatas descalza en el campo y guarda las vacas de los campesinos a cambio de un pedazo de pan. Tras la muerte del padre, la madre se entrega a la

prostitución, y la pequeña, al vagabundeo; a los siete años habría acabado en la miseria de no ser por el afortunado azar de mendigar en la calle, precisamente, a la marquesa de Boulainvilliers con el asombroso grito lastimero: «¡Caridad para una pobre huérfana de la sangre de los Valois!» ¿Cómo? ¿Semejante niña piojosa y medio muerta de hambre, descendiente de sangre real? ¿De la sangre santa del piadoso Luis? Imposible, piensa la marquesa. Pero, con todo, manda detener su carroza e interroga a la pequeña mendiga.

En el asunto del collar hay que acostumbrarse desde el principio a tomar lo más inverosímil por lo verdadero; en él, lo más asombroso se convierte en hecho. Esta Jeanne es en verdad hija legítima de Jacques de Saint-Rémy, cazador furtivo, borracho y azote de los campesinos de oficio, pero no por ello menos descendiente directa y en línea recta de los Valois, que en rango y antigüedad no tienen nada que envidiar a los Borbones. La marquesa de Boulainvilliers, conmovida por semejante caída fantástica de un vástago real en tal miseria, se lleva de inmediato a la muchacha junto con su hermana menor y hace que ambas se eduquen, a sus expensas, en un internado.

A los catorce años, Jeanne entra de aprendiza con una costurera, es lavandera, planchadora, aguadora, costurera de ropa blanca, y por fin la instalan en un convento para muchachas de la nobleza.

Pero para monja, pronto se verá, la pequeña Jeanne tiene poco talento. La sangre vagabunda de su padre le hierve en las venas, y a los veintidós años salta decidida, junto con su hermana, la tapia del convento. Sin un céntimo en el bolsillo, con la cabeza llena de aventuras, aparecen en Bar-sur-Aube. Allí Jeanne, tan bonita como es, encuentra a un pequeño oficial de gendarmería de baja nobleza, Nicolas de La Motte, que poco después se casa con ella, y a última hora, por cierto, pues la bendición sacerdotal se adelanta apenas un mes a una pareja de gemelos ya en camino. Con un marido tan moralmente laxo —él nunca ha sido celoso—, madame de La Motte podría en realidad llevar tranquilamente una modesta vida de pequeña burguesa. Pero «la sangre de los Valois» reclama sus

derechos; desde el principio esta pequeña Jeanne solo conoce un pensamiento: ¡hacia arriba!, sin importar cómo ni por qué caminos. Primero se cuelga del cuello de su bienhechora, la marquesa de Boulainvilliers, y tiene la suerte de ser recibida por ella, precisamente en Saverne, en el castillo del cardenal Rohan. Bonita y hábil como es, aprovecha de inmediato la amable debilidad del cardenal, galante y bondadoso. Gracias a su mediación, su marido obtiene enseguida —probablemente al precio de una cornamenta invisible— la patente de capitán en un regimiento de dragones, y el pago de las deudas acumuladas hasta entonces.

De nuevo podría Jeanne darse por satisfecha. Pero también este hermoso salto hacia arriba lo considera solo un peldaño. A su La Motte lo ha nombrado el rey capitán; ahora él mismo se nombra, por propia y plena autoridad y sin pagar impuesto alguno, conde. ¿Es que una, pudiendo engalanarse con un nombre tan sonoro como «condesa Valois de La Motte», va a pudrirse de veras en la provincia con una pensión de gracia y un modesto sueldo de oficial? ¡Tonterías! Un nombre así vale cien mil libras al año para una mujer bonita y sin escrúpulos, decidida a desplumar a fondo a todos los vanidosos y a todos los necios. Con este fin, los dos compinches alquilan en París toda una casa en la rue Neuve-Saint-Gilles, les cuentan a los usureros historias de inmensas propiedades a las que la condesa, como descendiente de los Valois, tendría derecho, y con objetos prestados se organiza gran sociedad —la vajilla de plata siempre se toma prestada de la tienda cercana por solo tres horas—. Cuando, por fin, en París los acreedores les aprietan demasiado el cuello, la condesa Valois de La Motte declara que se marcha a Versalles para hacer valer allí, en la corte, sus derechos.

Como es lógico, en la corte no conoce a nadie, y podría cansarse las piernas, tan bonitas, semanas enteras sin ser recibida siquiera en la antecámara de la reina. Pero la astuta embaucadora ya ha ideado su golpe. Se coloca con los demás solicitantes en la antesala de Madame Isabel y, de pronto, se desmaya. Todo el mundo acude corriendo; su marido pronuncia el altisonante nombre y cuenta, con lágrimas en los ojos, que años de hambre y el consiguiente

agotamiento son la causa del desvanecimiento. Movida a compasión, la gente lleva a casa en camilla a la enferma, en perfecto estado de salud,; le envían después doscientas libras y le suben la pensión de ochocientas a mil quinientas libras. Pero ¿no es eso una limosna para una Valois? Así que se sigue insistiendo con fuerza en el mismo filón: un segundo desmayo en la antesala de la condesa de Artois, un tercero en la Galería de los Espejos, por la que la reina tiene que pasar. Por desgracia, María Antonieta, en cuya generosidad la audaz mendiga había puesto especiales esperanzas, no se entera de este incidente, y un cuarto desmayo en Versalles ya resultaría sospechoso; así que los dos regresan a París con un botín escaso. Están lejos de haber conseguido lo que querían. Como es lógico, se guardan muy bien de irlo pregonando; al contrario, se ufanan alegremente de lo benévola, de lo cordial que ha sido la reina al recibirlos como a queridos parientes. Y como abundan las personas para quienes una condesa Valois muy honrada en la sociedad de la reina parece una amistad importante, pronto llegan unas cuantas ovejas bien gordas a las que esquilar, y el crédito queda restablecido durante algún tiempo. La pareja de mendigos endeudados se procura —mundus vult decipi— toda una casa señorial, encabezada por un llamado primer secretario, de nombre Rétaux de Villette, que en realidad no solo comparte sin escrúpulos las trapacerías, sino también el lecho de la noble condesa; un segundo secretario, Loth, es incluso de condición eclesiástica. Además se contratan cocheros, lacayos, doncellitas de compañía, y pronto la vida en la rue Neuve-Saint-Gilles se vuelve muy animada. Allí se organizan divertidas partidas de juego, poco lucrativas, es cierto, para los papanatas que se dejan atrapar en el anzuelo, pero de todos modos amenizadas por un mundillo femenino de dudosa reputación. Por desgracia, empiezan a entrometerse esas gentes tan importunas, acreedores y ujieres de oficio, que plantean la pretensión indebida de que, tras semanas y meses, se les pague por fin. Una vez más la honorable pareja se queda sin recursos, y las pequeñas artimañas ya no bastan. Pronto llega el momento de dar un gran golpe.

Para un golpe de granujas de gran envergadura siempre hacen falta dos cosas: un gran granuja y un gran necio. Por suerte, ese necio ya está a mano: y no es otro que el ilustre miembro de la Academia Francesa, Su Eminencia el obispo de Estrasburgo, gran limosnero de Francia, el cardenal Rohan. Hombre por entero de su tiempo, ni más listo ni más tonto que los demás, este príncipe de la Iglesia, exteriormente encantador, padece también la enfermedad de su siglo: la credulidad. La humanidad nunca es capaz de vivir de forma duradera sin una fe; como el ídolo del siglo, Voltaire, ha hecho pasar de moda la fe eclesiástica, en su lugar se cuela la superstición en los salones del Dix-huitième. Para alquimistas, cabalistas, rosacruces, charlatanes, nigromantes y curanderos milagrosos comienza una edad de oro. Ningún hombre de la nobleza, ninguna dama de mundo dejará de haber estado en la logia de Cagliostro, a la mesa del conde de Saint-Germain, en el barreño magnético de Mesmer. Precisamente porque son tan lúcidos, tan ingeniosamente frívolos, precisamente porque los generales ya no toman en serio su servicio, la reina su dignidad, los sacerdotes a su Dios, esta gente mundana «ilustrada» necesita, para llenar su espantoso vacío, algún juego con lo metafísico, lo místico, lo suprasensible y lo incomprensible, y caen, pese a toda su lucidez, a todo su ingenio, en las redes de los estafadores más burdos de la manera más necia. Entre estos pobres de espíritu, el más crédulo de todos, Su Eminencia el cardenal Rohan, ha ido a topar precisamente con el más astuto de los embaucadores, con el papa de todos los timadores, con el «divino» Cagliostro. Este se ha instalado en el castillo de Saverne y hace desaparecer con maestría, como por arte de magia, camino de su propio bolsillo, el dinero y el juicio de su anfitrión. Ahora bien, los augures y los granujas siempre se reconocen entre sí a la primera mirada, y así ocurre aquí entre Cagliostro y la La Motte; a través de él, confidente de todos los deseos secretos del cardenal, ella se entera del deseo más íntimo de Rohan, llegar a ser primer ministro de Francia, y averigua también el único obstáculo que él teme: la conocida, pero para él mismo inexplicable, aversión de la reina María Antonieta hacia su persona. Conocer la debilidad de un hombre significa, para una mujer astuta,

tanto como tenerlo ya en sus manos; en un santiamén la embaucadora teje una cuerda para hacer bailar al oso episcopal hasta que sude oro. En abril de 1784, la La Motte empieza a deslizar de vez en cuando algún comentario sobre lo tiernamente que su «querida amiga», la reina, se confía a ella; inventa episodios cada vez más fantasiosos, que despiertan en el cándido cardenal la idea de que esta mujer pequeña y bonita podría convertirse en una intercesora ideal ante la reina. En efecto, confiesa él abiertamente, le duele que desde hace años Su Majestad no lo honre con una sola mirada, cuando él no conoce mayor dicha que poder servirla con reverencia. ¡Ay, si al menos alguien pudiera por fin hacer ver a la reina cuáles son en realidad sus sentimientos hacia ella! Compasiva y conmovida, la «íntima» amiga le promete hablar en su favor ante María Antonieta, y qué peso, se asombra Rohan, debió de tener su intercesión, pues en mayo ella ya le anuncia que la reina ha cambiado de parecer y que pronto dará al cardenal una señal discreta de su nueva disposición, aunque todavía no manifiesta: durante la próxima recepción de corte le hará, de cierta manera, un disimulado gesto de asentimiento con la cabeza. Cuando uno quiere creer algo, lo cree con gusto. Cuando uno quiere ver algo, lo ve con facilidad. En efecto, el buen cardenal cree haber notado, en la siguiente presentación, un cierto «matiz» en la inclinación de cabeza durante la recepción, y paga a la conmovedora intermediaria buenos ducados.

Pero, para la La Motte, la vena de oro dista mucho de haber sido explotada lo bastante durante todo este tiempo. Para coser al cardenal aún más firmemente dentro del saco de necios, hay que mostrarle algo tangible del favor real. ¿Qué tal con unas cartas? ¿Para qué se tiene, si no, un secretario sin escrúpulos en casa y en la cama? Rétaux redacta, en efecto, sin vacilar, cartas de la mano de María Antonieta dirigidas a su amiga Valois. Y ya que el necio las contempla admirado como auténticas, ¿por qué no dar un paso más por este camino tan lucrativo? ¿Por qué no escenificar de una vez una correspondencia secreta entre Rohan y la reina, para vaciarle la caja hasta el fondo? Por consejo de la La Motte, el cardenal,

ofuscado, redacta una extensa justificación de su conducta hasta entonces, la corrige durante días y entrega por fin la copia en limpio a esta mujer, inestimable en el sentido más literal de la palabra. Y he aquí — ¿no es en verdad una hechicera y la amiga más íntima de la reina? Pocos días después, la La Motte trae ya una cartita de formato pequeño, con cantos dorados, sobre papel blanco verjurado, con la flor de lis francesa en una esquina. La reina, por lo demás inaccesible y esquiva, la orgullosa reina de la casa de Habsburgo, escribe al hasta ahora menospreciado: «Me alegro mucho de no tener que seguir considerándolo culpable; todavía no puedo concederle la audiencia solicitada. En cuanto las circunstancias lo permitan, se lo haré saber. ¡Sea discreto!». El embaucado apenas puede contenerse de alegría; da las gracias, por consejo de la La Motte, a la reina, vuelve a recibir cartas y a escribir cartas, y cuanto más se le llena el corazón de orgullo y anhelo de gozar del máximo favor de María Antonieta, más le alivia la La Motte los bolsillos. El osado juego está en pleno apogeo.

Lástima solo que una persona importante todavía no se haya avenido a intervenir realmente en esta comedia, y precisamente la figura principal: la reina. Pero esta peligrosa partida no puede sostenerse mucho tiempo sin su intervención, pues no se puede engañar eternamente ni al más crédulo haciéndole creer que la reina lo ha saludado, cuando en realidad ella pasa de largo con la mirada fija junto al hombre odiado y jamás le dirige la palabra. Cada vez es mayor el peligro de que el pobre necio acabe oliéndose la trampa. Hay que idear, pues, una jugada de lo más audaz. Puesto que, naturalmente, está descartado que la reina hable jamás personalmente con el cardenal, ¿no basta con hacer creer al zoquete que ha hablado con la reina? ¿Qué tal si se eligiera el momento predilecto de todo golpe de granujas, la oscuridad, y el lugar apropiado, alguna umbría avenida del parque de Versalles, y se llevara ante Rohan, en lugar de la reina, a una doble a la que se le enseñan un par de palabras? De noche todos los gatos son pardos, y, exaltado y prendado como está, el buen cardenal se dejará

engañar de este modo no menos que por las patrañas de Cagliostro y las cartas de cantos dorados de mano de un escribiente inculto.

Pero ¿dónde encontrar a toda prisa a una figurante, un «doble», como se dice hoy en el cine? Pues allí donde damas y damitas muy complacientes, de toda clase y talla, esbeltas y rollizas, delgadas y rellenitas, rubias y morenas, pasean a todas horas con fines comerciales: en el jardín del Palais-Royal, el paraíso de la prostitución de París. El «conde» de La Motte se encarga del delicado encargo; no tarda mucho, y ya ha encontrado a la doble de la reina, una joven llamada Nicole — más tarde llamada baronesa d'Oliva —, supuestamente modistilla, aunque en realidad más ocupada en servir a caballeros que a clientas. No cuesta mucho esfuerzo convencerla para el sencillo papel, «porque», según explica la señora de La Motte ante sus jueces, «era muy tonta». El 11 de agosto llevan a la complaciente servidora del amor a Versalles, a un piso alquilado; con sus propias manos la condesa Valois la viste con una bata de muselina moteada de blanco, imitación exacta de la que lleva la reina en el retrato de Madame Vigée-Lebrun. Ahora, un sombrero de ala ancha que le ensombrezca el rostro, calado sobre el cabello cuidadosamente empolvado, ¡y luego, rápida y descarada, en marcha con la pequeña, ligeramente asustada, que durante diez minutos deberá representar a la reina de Francia ante el gran limosnero del reino, en el parque oscurecido por el atardecer! El golpe de granujas más audaz de todos los tiempos está en marcha.

Muy sigilosamente, la pareja se desliza con su pseudorreina disfrazada por la terraza de Versalles. El cielo, como siempre con los granujas, les es propicio y derrama una oscuridad sin luna. Bajan hasta el bosquecillo de Venus, que, densamente sombreado por abetos, cedros y piceas, apenas deja distinguir de una figura algo más que el contorno: mágicamente apto, pues, para los amores, y más aún para esta fantástica farsa de necios. La pobre putilla empieza a temblar. ¿En qué aventura se ha dejado arrastrar aquí por gente extraña? Lo que más querría es echar a correr. Llena de miedo, sostiene en la mano la rosa y el billete que, según lo prescrito, debe entregar a un caballero distinguido que la abordará

allí. Ya cruje la grava. Surge el contorno de un hombre: es Rétaux, el secretario, que, en el papel de un criado real, conduce a Rohan hasta allí. De pronto, Nicole se siente empujada con energía hacia delante — como arrastrados por la oscuridad, los dos alcahuetes desaparecen a su lado. Se queda sola, o mejor dicho, ya no del todo sola, pues alto y esbelto, con el sombrero calado hasta la frente, viene ahora hacia ella un hombre desconocido: es el cardenal.

Es curioso lo necio que se comporta este desconocido. Se inclina reverentemente hasta el suelo, besa a la pequeña ramera el bajo del vestido. Ahora Nicole debía entregarle la rosa y la carta que llevaba preparada. Pero, en su turbación, deja caer la rosa y olvida la carta. Así que solo balbucea con voz ahogada las pocas palabras que a duras penas le han hecho aprender: «Puede usted esperar que todo lo pasado ha sido olvidado». Y estas palabras parecen colmar de dicha desmedida al desconocido caballero; se inclina una y otra vez, tartamudea, con visible embeleso, las gracias más rendidas, sin que ella sepa por qué, la pobre modistilla. Solo siente miedo, un miedo mortal a decir algo y delatarse con ello. Pero, gracias a Dios, vuelve a crujir en la grava un paso apresurado, alguien exclama en voz baja y agitada: «¡Rápido, rápido, fuera de aquí! Madame y la condesa de Artois están muy cerca». La consigna surte efecto: el cardenal se asusta y se aleja a toda prisa en compañía de la La Motte, mientras el noble esposo conduce de vuelta a la pequeña Nicole; con el corazón palpitante, la pseudorreina de esta comedia pasa sigilosamente junto al palacio, donde, tras los cristales oscurecidos por la noche, la reina verdadera duerme sin sospechar nada.

La treta aristofanesca ha salido a las mil maravillas. Ahora el pobre buey, el cardenal, tiene un golpe en el cráneo que le arrebata por completo el sentido. Hasta ahora había que cloroformizar una y otra vez su desconfianza; el supuesto asentimiento con la cabeza no era más que media prueba, y lo mismo las cartas; pero ahora, como el embaucado cree haber hablado en persona con la reina y haber oído de su propia boca que le ha perdonado, cada palabra de la condesa de La Motte se le vuelve más verdadera que el Evangelio. Ahora la sigue de la mano, ciegamente, contra viento y marea. Esa noche no

hay hombre más feliz en toda Francia. Rohan ya se ve a sí mismo como primer ministro, como favorito de la reina.

Algunos días después, la La Motte anuncia ya al cardenal una nueva prueba del favor de la reina. Su Majestad —Rohan bien conoce su corazón caritativo— desearía hacer llegar cincuenta mil libras a una familia noble caída en la miseria, pero en este momento se ve impedida de pagar. ¿No querría el cardenal asumir por ella este piadoso servicio? Rohan, colmado de dicha, no se extraña ni un instante de que la reina, pese a sus enormes ingresos, ande escasa de dinero. Todo París sabe, al fin y al cabo, que vive perpetuamente endeudada. De inmediato hace venir a un judío alsaciano llamado Cerf-Beer, le pide prestadas las cincuenta mil libras, y dos días después el oro tintinea sobre la mesa de la La Motte. Ahora tienen por fin el hilo en la mano para hacer bailar al pelele. Tres meses después tiran del hilo con más fuerza aún; de nuevo la reina desea dinero, y Rohan empeña solícito muebles y vajilla de plata, con tal de complacer, rápida y generosamente, a su protectora.

Ahora llegan tiempos celestiales para el conde y la condesa de La Motte. El cardenal está lejos, en Alsacia, pero su dinero tintinea alegremente en los bolsillos de ellos. Ya no tienen de qué preocuparse: han encontrado a un necio y pagador. De vez en cuando le escribirán una carta en nombre de la reina, y él sudará nuevos ducados. ¡Hasta entonces, a vivir espléndida y alegremente, sin pensar en el mañana! No solo los soberanos, los príncipes, los cardenales son frívolos en estos tiempos disolutos, también lo son los granujas. Se compra a toda prisa una casa de campo en Bar-sur-Aube, con un magnífico jardín y una rica hacienda; se come en platos de oro, se bebe en cristal reluciente, se juega y se hace música en este noble palacio; la mejor sociedad se apiña por el honor de poder frecuentar a la condesa Valois de La Motte. ¡Qué hermoso es el mundo en el que existen semejantes primos!

Quien ha sacado tres veces la carta más alta en el juego, se atreverá sin reparo a arriesgar también a la cuarta la apuesta más audaz de todas. Un azar imprevisto pone en manos de la La Motte el

as de triunfo. En una de sus reuniones, alguien cuenta que los pobres joyeros de la corte, Boehmer y Bassenge, están sumidos en graves preocupaciones. Habían invertido todo su capital, y una buena parte de deudas, en el collar de diamantes más magnífico que se hubiera visto sobre la tierra. En realidad estaba destinado a la Du Barry, que sin duda lo habría comprado si, por desgracia, la viruela no se hubiese llevado a Luis XV; después lo habían ofrecido a la corte española, y tres veces a la reina María Antonieta, que, sin embargo, está loca por las joyas y suele comprar tan a la ligera, sin preguntar mucho por el precio. Pero Luis, el fastidioso maestro del ahorro, no había querido soltar el millón seiscientas mil libras; ahora el agua les llegaba a los joyeros hasta el cuello, los intereses roían las hermosas piedras; probablemente tendrían que volver a desmontar el maravilloso collar, y con él todo su dinero. ¿No podría ella, la condesa Valois, que gozaba de tan íntima confianza con la reina María Antonieta, convencer a su regia amiga de comprar la joya, a plazos por supuesto, en las mejores condiciones? Había en ello un jugoso bocado de dinero que ganar. La La Motte, afanosa por mantener viva la leyenda de su influencia, promete generosamente su intercesión, y el 29 de diciembre los dos joyeros llevan el precioso cofre a la Rue Neuve-Saint-Gilles, para enseñárselo.

¡Qué espectáculo! A la La Motte se le corta el aliento. Igual que estos diamantes centellean y despiden destellos a la luz del sol, así centellean y cruzan por su astuta cabeza pensamientos descarados: ¿y si se pudiera inducir también al gran asno del cardenal a comprar en secreto el collar para la reina? Apenas ha regresado de Alsacia, la La Motte lo somete a una fuerte presión. Le aguarda un nuevo favor. La reina desea comprar, naturalmente sin que su esposo lo sepa, una joya costosa, y para ello necesita un intermediario discreto; esta tarea secreta y honrosa se la ha reservado a Rohan como muestra de su confianza. En efecto, pocos días después la La Motte puede comunicar triunfalmente al dichoso Boehmer que se ha encontrado un comprador: el cardenal de Rohan. El 29 de enero se cierra la compra en el palacio del cardenal, el Hôtel de Strasbourg: un millón seiscientas mil libras, pagaderas en el plazo de dos años, en cuatro

cuotas semestrales. La joya debía entregarse el 1 de febrero, y el primer pago se efectuaría el 1 de agosto de 1785. El cardenal rubrica las condiciones de su puño y letra y se las entrega a la La Motte, para que esta someta el contrato a su «amiga», la reina; sin demora, el 30 de enero, la estafadora trae la respuesta: Su Majestad está de acuerdo con todo.

Pero —a un paso de la puerta del establo, el asno, hasta entonces tan dócil, se planta. Al fin y al cabo, se trata de un millón seiscientas mil libras, ¡ni siquiera para el príncipe más derrochador es cosa de poca monta! Ante una fianza tan enorme, hay que tener en las manos, por lo menos, algo así como un pagaré, un documento firmado por la reina, así vaya en ello la vida. ¿Algo por escrito? ¡Con mucho gusto! ¿Para qué se tiene un secretario? Al día siguiente, la La Motte trae de nuevo el contrato, y he aquí que junto a cada cláusula figura, al margen, manu propria, la palabra «¡Aprobado!», y al final del contrato la firma «autógrafa»: «Marie Antoinette de France». Con un poco de sesera, cualquier gran limosnero de la corte, miembro de la Academia, antiguo embajador y, en sus sueños, futuro ministro de Estado, tendría que haber objetado de inmediato que en Francia una reina jamás firma un documento sino con su nombre de pila, de modo que una rúbrica como «Marie Antoinette de France» delata a primera vista, no ya a un falsificador hábil, sino a uno de la más ínfima e inculta categoría. Pero ¿cómo dudar, si la reina lo ha recibido en persona, en secreto, en el bosquecillo de Venus? El ofuscado jura solemnemente a la embaucadora no soltar jamás ese pagaré de las manos ni mostrárselo a nadie. A la mañana siguiente, el 1 de febrero, el joyero entrega la joya al cardenal, quien esa misma noche la lleva personalmente a casa de la La Motte, para cerciorarse por sí mismo de que pasa a buenas manos, las de la reina. No tiene que esperar mucho en la Rue Neuve-Saint-Gilles: pronto se oye subir por la escalera un paso de hombre. La La Motte pide al cardenal que pase a una habitación contigua, desde donde, a través de la puerta de cristal, pueda observar y confirmar la entrega en regla. En efecto, aparece un joven vestido enteramente de negro —naturalmente, de

nuevo Rétaux, el buen secretario— que se anuncia con estas palabras: «De parte de la reina». ¡Qué mujer tan admirable esta condesa de La Motte-Valois, debe de pensar el cardenal, qué discreta, fiel y hábil es en todo lo que hace llegar a su amiga! Tranquilizado, entrega el cofrecillo a la La Motte, y esta se lo pone en las manos al misterioso mensajero; este desaparece con la buena carga tan deprisa como ha venido, y con él el collar, hasta el día del Juicio Final. Emocionado, el cardenal se despide: ¡ahora, después de semejante servicio de amistad, ¡ya no puede tardar mucho, y él, el ayudante secreto de la reina, pronto tendrá que ser el primer servidor del rey, el ministro de Estado de Francia!

Pocos días después, un joyero judío se presenta en la policía de París para quejarse, en nombre de sus colegas de gremio perjudicados, de que un tal Rétaux de Villette ofrece diamantes de la más rica calidad a precios tan bajos que hay que suponer un robo. El ministro de policía manda llamar a Rétaux. Este declara que ha recibido los diamantes para su venta de una pariente del rey, la condesa de La Motte-Valois. El nombre de condesa Valois, tan noble, obra al instante sobre el funcionario como un laxante: sin demora deja marchar al muerto de miedo Rétaux. Pero, en cualquier caso, la condesa se ha dado cuenta ya de lo arriesgado que sería seguir deshaciéndose en el propio París de las piedras sueltas —pues de inmediato han destripado y despedazado la preciosa pieza tan largamente cazada—: así que le llena los bolsillos de brillantes a su bravo esposo y lo envía a Londres; los joyeros de New Bond Street y Piccadilly no tardan en verse colmados de una oferta abundante y barata.

¡Hala! Ahora hay de golpe dinero, mil veces más del que la más audaz de las granujas se hubiera atrevido a soñar. Envalentonada sin pudor por su descomunal éxito, no vacila en exhibir con ostentación esta nueva riqueza. Se adquieren carruajes tirados por cuatro yeguas inglesas, lacayos con espléndidos uniformes, un negro galoneado de plata de pies a cabeza, alfombras, tapices, bronces y sombreros de plumas, una cama de terciopelo escarlata. Cuando después la digna pareja se traslada a su ilustre residencia de Bar-

sur-Aube, no hacen falta menos de cuarenta y dos carros para transportar las numerosas y flamantes riquezas adquiridas a toda prisa. Bar-sur-Aube vive una fiesta inolvidable, digna de las Mil y una noches. Correos fastuosos cabalgan por delante de la comitiva del nuevo gran mogol, y luego llega la berlina inglesa, lacada en gris perla, tapizada de paño blanco. Las mantas de raso que abrigan las piernas de la pareja (que mejor harían en usarlas para huir cuanto antes al extranjero) llevan el escudo de los Valois: «Rege ab avo sanguinem, nomen et lilia» —«Del rey, mi antepasado, tengo la sangre, el nombre y las lilas». El antiguo oficial de gendarmería se ha acicalado espléndidamente: lleva anillos en todos los dedos, hebillas de diamantes en los zapatos, brillan tres o cuatro leontinas sobre su pecho de héroe, y el inventario de su guardarropa —puede comprobarse en el expediente judicial posterior— registra nada menos que dieciocho trajes flamantes, de seda o brocado, guarnecidos con encajes de Malinas, con botones de oro cincelado y los más costosos cordones. Su esposa, a su lado, no le va a la zaga en lujo; centellea y resplandece de joyas como un ídolo indio. Nunca se había visto tal riqueza en la pequeña Bar-sur-Aube, y no tarda en ejercer su poder magnético. Toda la nobleza de los alrededores acude en tropel a la casa y se regala con las fiestas lucúlicas que allí se dan; tropeles de lacayos sirven en vajilla de plata de gran valor los manjares más exquisitos, músicos amenizan la mesa, y el conde, cual nuevo Creso, recorre sus salones principescos esparciendo con manos llenas el dinero entre la gente.

También en este punto la historia del collar vuelve a resultar tan absurda y fantástica que parece inverosímil. ¿Acaso el fraude no tiene que salir a la luz a más tardar en tres, en cinco, en ocho, en diez semanas? ¿Cómo pueden —se pregunta instintivamente la razón normal— estos dos granujas alardear de su riqueza con tanta despreocupada desfachatez, como si no existiera la policía? Pero la La Motte calcula, en realidad, con toda exactitud: piensa que, si de verdad llega un golpe adverso, tienen un buen hombre por delante. ¡Si el asunto estalla, bueno, ya lo arreglará él, el señor cardenal de Rohan! Se guardará muy bien de dejar que un escándalo se dispare,

él, el gran limosnero de Francia, que quedaría cubierto de ridículo para siempre. Antes preferirá, muy calladamente y sin pestañear, pagar el collar de su propio bolsillo. ¿Para qué angustiarse, entonces? Con semejante socio en el negocio, se puede dormir tranquilo en la cama de damasco. Y en verdad no se inquietan, ni la brava La Motte, ni su honorable esposo, ni el hábil secretario, sino que disfrutan a placer de la renta que con mano tan diestra han sacado del inagotable capital de la estupidez humana. Entretanto, algo empieza a extrañar al buen cardenal Rohan. Había esperado ver a la reina, en la próxima recepción oficial, ya adornada con el precioso collar, y probablemente también había confiado en una palabra o en un gesto confidencial de asentimiento, en un signo de gratitud impenetrable para los demás y solo inteligible para él. ¡Pero nada! Fría como siempre, María Antonieta pasa de largo ante él, y el collar no brilla sobre su blanca nuca. «¿Por qué no lleva la reina mi joya?», pregunta por fin, muy extrañado, a la La Motte. La astuta nunca anda escasa de respuesta: a la reina le repugna ponerse el collar mientras no esté pagado del todo. Solo entonces querrá sorprender con él a su esposo. De nuevo el paciente asno mete la cabeza en el heno y se da por satisfecho. Pero de abril se pasa lentamente a mayo, de mayo a junio, y cada vez se acerca más el 1 de agosto, el fatídico plazo de las primeras cuatrocientas mil libras. Para ganar tiempo, la estafadora inventa una nueva treta. La reina se lo ha pensado mejor, cuenta, y el precio le parece, después de todo, demasiado alto; si los joyeros no le conceden un descuento de doscientas mil libras, está decidida a devolver la joya. La taimada cuenta con que los joyeros se enredarán en negociaciones, y con eso ganará tiempo. Pero se equivoca. Los joyeros, que habían fijado el precio muy por encima de lo debido y a quienes ya el fuego les quema las uñas, se declaran de inmediato de acuerdo. Bassenge redacta un escrito destinado a comunicar a la reina su aceptación, y Boehmer lo entrega, con la aprobación de Rohan, el 12 de julio, día en que de todos modos tiene que hacer llegar a María Antonieta otra joya. Esta carta dice así: «Majestad, nos sentimos sumamente dichosos de poder aceptar que las últimas condiciones de pago que se nos han propuesto, y a las que nos sometemos con todo celo y

reverencia, sean consideradas como una nueva prueba de nuestra devoción y de nuestra obediencia a las órdenes de Vuestra Majestad. Nos produce verdadera satisfacción pensar que la más hermosa joya de diamantes que existe pueda estar al servicio de la más sublime y la mejor de las reinas».

Esta carta, por su forma enrevesada, resulta a primera vista incomprensible para quien no está al tanto. Y, sin embargo, si la reina la leyera con atención y reflexionara un poco, debería preguntarse asombrada: ¿qué condiciones de pago? ¿qué joya de diamantes? Pero se sabe por cien ocasiones distintas que María Antonieta rara vez lee de principio a fin, con atención, algo escrito o impreso; le aburre demasiado; la reflexión seria nunca fue lo suyo. Así que no abre la carta hasta que Boehmer ya se ha despedido. Como no tiene la menor idea de lo que en realidad está ocurriendo, y no entiende el sentido de esas frases devotamente enrevesadas, ordena a su camarera que haga volver a Boehmer para que se lo aclare. Pero, por desgracia, el joyero ya ha salido del palacio. Bueno, ¡ya se aclarará qué quiere decir ese necio de Boehmer! La próxima vez, entonces, piensa la reina, y arroja el billete al fuego sin más. Este destruir la carta, este no volver a preguntar por parte de la reina, resulta también —como todo en el asunto del collar— inverosímil a primera vista, y hasta historiadores tan honrados como Louis Blanc han querido ver en esta rápida manera de deshacerse de ella un indicio sospechoso, como si la reina hubiera sabido algo, después de todo, del turbio asunto. En realidad, este apresurado quemar no significa nada llamativo en una mujer que, durante toda su vida, destruía de inmediato cualquier línea que le dirigían, por miedo a su propio descuido y al espionaje de la corte: incluso después del asalto a las Tullerías no se encontró en su escritorio ni un solo documento destinado a ella. Solo que, en este caso, lo que de ordinario servía a la prudencia se convirtió en imprudencia.

Tuvo que confluir, pues, toda una cadena de casualidades para que el fraude no saliera a la luz antes. Pero ahora ya no sirve de nada tanta prestidigitación: se acerca el 1 de agosto y Boehmer quiere su dinero. La La Motte intenta todavía un último golpe

defensivo: de pronto muestra sus cartas ante los joyeros y declara con descaro: «Han sido ustedes engañados. La garantía que posee el cardenal lleva una firma falsa. Pero el príncipe es rico, él mismo puede pagar». Con ello espera desviar el golpe; espera —razonando en realidad con toda lógica— que los joyeros corran ahora furiosos hacia el cardenal, se lo cuenten todo, y que él, por miedo a hacer el ridículo eterno ante toda la corte y la sociedad, se calle avergonzado y prefiera pagar en silencio el millón seiscientas mil libras. Pero Boehmer y Bassenge no piensan ni lógica ni psicológicamente; solo tiemblan por su dinero. No quieren saber nada del cardenal endeudado. La reina —ambos siguen creyendo que María Antonieta está metida en el asunto, pues, al fin y al cabo, guardó silencio ante aquella carta— representa para ellos un deudor más solvente que ese fanfarrón de cardenal. Y además: en el peor de los casos —vuelven a pensar, equivocados una vez más— ella tiene, al fin y al cabo, el collar, la preciosa prenda.

Ahora se ha llegado al punto en que la cuerda de los necios ya no puede tensarse más. Y de un solo golpe estruendoso se derrumba esta babilónica torre de mentiras y engaños recíprocos, cuando Boehmer llega a Versalles y pide audiencia con la reina. Al cabo de un minuto, los joyeros saben, y la reina sabe, que aquí se ha cometido un fraude vergonzoso; pero quién ha sido el verdadero estafador, eso deberá demostrarlo ahora el proceso.

A la luz de todas las actas y declaraciones de que hoy se dispone sobre este, el más intrincado de todos los procesos, hay algo hoy incontrovertiblemente cierto: María Antonieta no tuvo la más leve sospecha del infame juego que se jugó con su nombre, su persona, su honor. Fue, en sentido jurídico, tan inocente como cabe imaginar, exclusivamente víctima y no cómplice sabedora, y menos aún coautora, de este, el más audaz golpe de granujas de toda la historia universal. Jamás recibió al cardenal, jamás conoció a la embaucadora La Motte, jamás tuvo en sus manos una sola piedra del collar. Solo una malevolencia decididamente hostil, solo una calumnia consciente pudieron atribuir a María Antonieta connivencia con esta estafadora, con este cardenal de cabeza débil; una y otra

vez hay que repetirlo: la reina fue arrastrada, del todo ajena a lo que ocurría, a este infame asunto por una banda de granujas, falsificadores, ladrones y necios.

Y, sin embargo —en sentido moral, no se puede absolver del todo a María Antonieta. Pues todo este fraude solo pudo tramarse porque su fama, mala y conocida en toda la ciudad, dio ánimos a los estafadores, porque a los engañados les resultaba de antemano creíble cualquier ligereza por parte de la reina. Sin los años de frivolidades y locuras de Trianón, a esta comedia de mentiras le habría faltado todo fundamento. Ningún hombre de sano juicio se habría atrevido a atribuir a una María Teresa, a una monarca de verdad, correspondencias secretas a espaldas de su marido, y menos aún una cita a solas en oscuros bosquecillos de un parque. Jamás habría caído un Rohan, jamás habrían caído los dos joyeros, en el burdo engaño de que la reina andaba escasa de dinero y quería comprar a escondidas, sin conocimiento de su esposo, costosas galas de diamantes a plazos y por medio de intermediarios, si antes no se hubiera murmurado ya por todo Versalles acerca de paseos nocturnos por el parque, de joyas cambiadas a escondidas, de deudas sin pagar. Jamás habría podido la La Motte levantar semejante edificio de mentiras si la ligereza de la reina no hubiera puesto ella misma la primera piedra, y su mala fama no le hubiera sostenido la escalera. Una y otra vez hay que repetirlo: en todas las fantásticas maquinaciones del asunto del collar, María Antonieta fue tan inocente como cabe imaginar; pero que semejante fraude pudiera siquiera intentarse y resultar creíble bajo su nombre, fue y sigue siendo su culpa histórica.

Proceso y sentencia

Con su mirada de halcón, Napoleón detectó el error de cálculo decisivo de María Antonieta en el proceso del collar. «La reina era inocente, y para que su inocencia se conociera públicamente, quiso que el Parlamento fuera el juez. El resultado fue que se tuvo a la reina por culpable.» En efecto: en esta ocasión María Antonieta pierde por primera vez su seguridad en sí misma. Mientras que, de ordinario, pasaba de largo desdeñosa, sin volver la mirada, junto al fango maloliente de habladurías y calumnias, esta vez busca refugio en una instancia a la que hasta entonces había despreciado: la opinión pública. Durante años había fingido no oír ni advertir el zumbido de las flechas envenenadas. Al exigir ahora, en un arrebato de cólera súbito, casi histérico, que se haga justicia, delata cuánto tiempo y con qué violencia llevaba ya herido su orgullo: ahora ese cardenal de Rohan, que se ha atrevido más lejos que nadie, deberá pagar por todos como el más visible. Pero, fatalmente, es ella la única que sigue creyendo en una intención hostil por parte del pobre necio. Hasta en Viena José II menea la cabeza con incredulidad cuando su hermana le pinta a Rohan como un archicriminal: «He conocido al gran limosnero como al hombre más liviano y más derrochador que quepa imaginar, pero confieso que jamás lo habría creído capaz de una granujada o de una bajeza tan negra como la que ahora se le imputa.» Todavía menos cree Versalles en la culpa de Rohan, y pronto surge un extraño rumor: que con este arresto brutal la reina no quería sino librarse de un testigo incómodo. El odio que su madre le inculcó ha hecho que María Antonieta actuara sin suficiente reflexión. Y con ese movimiento, torpe y violento, se le

cae de los hombros el manto protector de la soberana; ella misma se expone desnuda al odio general.

Porque ahora, por fin, todos los adversarios secretos pueden reunirse en torno a una causa común. María Antonieta ha metido, imprudente, la mano en todo un nido de serpientes de vanidades heridas. Luis, cardenal de Rohan, es —¡cómo pudo olvidarlo!— portador de uno de los nombres más antiguos y gloriosos de Francia, y está unido por lazos de sangre a otras familias feudales, sobre todo a los Soubise, los Marsan y los Condé; todas estas familias se sienten, como es lógico, mortalmente ofendidas de que uno de los suyos haya sido detenido en el palacio del rey como un vulgar carterista. Indignado está, además, el alto clero. ¡Hacer prender a un cardenal, a una eminencia, pocos minutos antes de que celebre misa ante el rostro del Señor, revestido con los grandes ornamentos de la Iglesia, por un rudo espadachín! Se eleva queja hasta Roma: tanto la nobleza como el clero se sienten ultrajados en todo su estamento. Con ánimo combativo entra además en liza el poderoso grupo de la francmasonería, pues los gendarmes no solo han llevado a la Bastilla a su protector, el cardenal, sino también al dios de los impíos, a su venerable maestro, a Cagliostro; ahora se presenta, por fin, la ocasión de arrojar unas cuantas piedras contundentes contra los cristales de la magnificencia del trono y el altar. Entusiasmado, en cambio, con todo el asunto está el pueblo, excluido de ordinario de todas las fiestas y de los picantes escándalos del mundo cortesano. Por fin se le regala un gran espectáculo: ¡un cardenal en carne y hueso como acusado público, y a la sombra purpúrea de la toga episcopal, toda una muestra de granujas, estafadores, alcahuetes y falsificadores, y por si fuera poco, al fondo —¡qué gran chiste!— la orgullosa, la altiva austriaca! No se le podía regalar a los caballeros de fortuna de la pluma y el buril, a los libelistas, a los caricaturistas, a los pregoneros de periódicos, un asunto más divertido que el escándalo de la «bella eminencia». Ni siquiera el ascenso de los Montgolfier, que conquistó una nueva esfera para toda la humanidad, causó en París —no, en el mundo entero— tal sensación como este proceso de una reina, que

poco a poco se convierte en el proceso contra la reina. Como la ley permite que los alegatos de la defensa aparezcan impresos, libres de censura, ya antes de la vista, las librerías son asaltadas y la policía debe intervenir. Ni las obras inmortales de Voltaire, ni las de Jean-Jacques Rousseau, ni las de Beaumarchais, conocen en decenios tiradas tan colosales como estos alegatos en una sola semana. Siete mil, diez mil, veinte mil ejemplares son arrancados de las manos de los vendedores ambulantes todavía húmedos de tinta; en las embajadas extranjeras los enviados pasan el día entero atando paquetes para enviar sin pérdida de tiempo a sus príncipes, camaradas en curiosidad, los últimos libelos sobre el escándalo de la corte de Versalles. Todo el mundo quiere leerlo todo y presumir de haberlo leído; durante semanas no hay otro tema de conversación, y se cree a ciegas en las conjeturas más disparatadas. Al proceso mismo llegan caravanas enteras de provincias, hidalgos, burgueses, abogados; en París los artesanos abandonan sus tiendas durante horas. Inconscientemente, el infalible instinto del pueblo presiente que aquí no se va a juzgar solo una falta particular, sino que de este pequeño ovillo sucio se irán desenrollando por sí solos todos los hilos que llevan hasta Versalles: el abuso de las lettres de cachet, esas arbitrarias órdenes de detención, el derroche de la corte, la mala gestión de las finanzas; todo puede ahora ponerse en el punto de mira, y por primera vez toda la nación puede espiar, a través de una tabla arrancada por azar, en el mundo secreto de los intocables. En este proceso se juega algo más que un collar, se juega el sistema de gobierno existente, pues esta acusación, bien manejada, puede rebotar contra toda la clase dominante, contra la reina y, con ella, contra la monarquía. «¡Qué acontecimiento tan grande y tan prometedor!», exclama uno de los frondistas secretos del Parlamento. «¡Un cardenal desenmascarado como granuja! ¡La reina envuelta en un proceso escandaloso! ¡Qué mancha sobre el báculo episcopal y sobre el cetro! ¡Qué triunfo para la idea de la libertad!»

La reina todavía no sospecha la desgracia que ha desencadenado con un solo gesto precipitado. Pero allí donde un edificio está

carcomido y minado desde hace tiempo, basta con arrancar un solo clavo de la pared para que toda la casa se derrumbe.

Ante el tribunal se abre despacio la misteriosa caja de Pandora. Su contenido despide un olor poco agradable. Lo único favorable para la ladrona resulta ser la circunstancia de que su noble esposo, La Motte, pudo huir a tiempo a Londres con los restos del collar; falta así la prueba material, y cada cual puede endosar al otro el robo y la posesión del objeto invisible, dejando siempre traslucir subterráneamente la posibilidad de que el collar se encuentre acaso todavía en manos de la reina. La Motte, que presiente que los nobles señores van a resolver el asunto a su costa, acusa del robo, para ridiculizar a Rohan y desviar de sí las sospechas, al del todo inocente Cagliostro, y lo arrastra por la fuerza al proceso. No retrocede ante ningún medio. Explica su súbita riqueza con desvergüenza y desparpajo, diciendo que ha sido la amante de Su Eminencia —¡y todo el mundo conoce la generosidad de ese tierno sacerdote!—. El asunto empieza a resultar, cuando menos, embarazoso para el cardenal, cuando por fin se logra echar mano a los cómplices, Rétaux y la «baronesa d'Oliva», la modistilla, y sus declaraciones lo aclaran todo.

Pero hay un nombre que tanto la acusación como la defensa esquivan siempre con timidez: el de la reina. Todos los acusados se guardan cuidadosamente de comprometer a María Antonieta ni en lo más mínimo; hasta la La Motte —más tarde hablará de otro modo— rechaza como calumnia criminal la idea de que la reina hubiera recibido el collar. Pero precisamente esta circunstancia, que todos, como si se hubieran puesto de acuerdo, hablen de la reina con tan profundas reverencias y con tanta veneración, produce en la desconfiada opinión pública el efecto contrario: cada vez se difunde más el rumor de que se ha dado la consigna de «no tocar» a la reina. Ya se murmura que el cardenal ha asumido generosamente la culpa; y las cartas que hizo quemar con tanta prisa y tanto sigilo, ¿fueron de verdad todas falsificaciones? ¿No habrá, después de todo, algo —no se sabe bien qué, pero algo, algo, algo— comprometedor en este asunto para la reina? De nada sirve que los

hechos se aclaren por completo, semper aliquid haeret; precisamente porque en el juicio no se pronuncia su nombre, María Antonieta comparece, invisible, ante el tribunal.

El 31 de mayo se dictará por fin la sentencia. Desde las cinco de la madrugada se apiña ante el Palacio de Justicia una multitud incontable; solo la orilla izquierda no basta para contenerla, y también el Pont-Neuf y la orilla derecha del Sena hierven de gente impaciente; a duras penas logra la policía montada mantener el orden. Ya de camino, los sesenta y cuatro jueces sienten, en las miradas excitadas, en los apasionados gritos de los espectadores, la importancia que su fallo tiene para toda Francia; pero la advertencia decisiva los aguarda en la antesala de la gran sala de deliberaciones, la «grande chambre». Allí, vestidos de luto, diecinueve representantes de las familias Rohan, Soubise y Lorena forman valla a su llegada y se inclinan ante los jueces que pasan. Ninguno dice palabra, ninguno da un paso adelante. Su atuendo, su compostura lo dicen todo. Y esta muda conjura, para que el tribunal devuelva con su fallo el honor amenazado a la familia Rohan, obra poderosamente sobre los consejeros, que en su mayoría pertenecen ellos mismos a la alta nobleza de Francia; antes de empezar la deliberación ya lo saben: el pueblo y la nobleza, el país entero, esperan la absolución del cardenal.

Y sin embargo, la deliberación dura dieciséis horas; los Rohan y los diez mil que aguardan en la calle deben esperar diecisiete, desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche. Pues los jueces se hallan ante una decisión de vasto alcance. Sobre la estafadora la sentencia está dictada de antemano, y lo mismo sobre sus cómplices; y a la modistilla la dejan ir de buena gana, porque ha caído, tan bonita e inocente, en el bosquecillo de Venus sin saber lo que hacía. La decisión verdadera gira exclusivamente en torno al cardenal. Todos están de acuerdo en absolverlo, puesto que consta que él mismo fue engañado y no es un embaucador; el desacuerdo reina solo sobre la forma de esta absolución, pues de ella depende un gran asunto político. El partido de la corte exige —y no sin razón — que esta absolución vaya unida a una reprimenda por «temeridad

punible», pues nada distinto había sido, por parte del cardenal, creer que una reina de Francia iba a concederle en secreto una cita en un oscuro bosquecillo. Por esa falta de respeto hacia la persona sagrada de la reina, el representante de la acusación exige su humilde y pública disculpa ante la grande chambre, así como la renuncia a sus cargos. El partido contrario, el partido antirreina, desea en cambio el sobreseimiento de la causa. El cardenal habría sido engañado, y por tanto está libre de mancha y de culpa. Semejante absolución total lleva una flecha envenenada en el carcaj. Pues si se concede al cardenal que, a partir de la conducta bien conocida de la reina, pudiera considerar verosímiles tales secretos y libertades, con ello se pone en la picota, públicamente, la ligereza de la reina. Un peso grave se posa en la balanza: si se considera la conducta de Rohan al menos como una falta de respeto hacia la monarca, entonces María Antonieta queda resarcida del abuso sufrido de su nombre; si se le absuelve por completo, se condena al mismo tiempo, moralmente, a la reina.

Esto lo saben los jueces del Parlamento, lo saben ambos partidos, lo sabe el pueblo, ávido e impaciente: esta decisión decide algo más que un caso particular sin importancia. Aquí no se dirime un asunto privado, sino la cuestión de actualidad política de si el Parlamento de Francia sigue considerando a la persona de la reina «sagrada», intocable, o sometida a las leyes exactamente igual que cualquier otro ciudadano francés; por primera vez, la revolución que se avecina arroja un resplandor de amanecer sobre las ventanas de ese mismo edificio que alberga también la Conciergerie, esa cárcel siniestra desde donde María Antonieta será conducida al cadalso. En la misma casa comienza lo que en la misma casa terminará. En la misma sala que la La Motte tendrá la reina, más tarde, que responder de sus actos.

Dieciséis horas deliberan los jueces; las opiniones se enfrentan con encono, y no menos los intereses. Pues ambos partidos, el realista y el antirrealista, han hecho estallar todas sus minas, no en último término las de oro; desde hace semanas todos los miembros

del Parlamento han sido influidos, amenazados, trabajados, sobornados y comprados, y ya se canta en las calles:

Si cet arrêt du cardinal
Vous paraissait trop illégal
Sachez que la finance
Eh bien
Dirige tout en France,
Vous m'entendez bien!

Al final se cobra su precio la larga indiferencia del rey y la reina hacia el Parlamento; son demasiados, entre los jueces, los que piensan que ha llegado la hora de dar a la autocracia una lección severa e inequívoca. Por veintiséis votos contra veintidós —la partida se decide por poco— el cardenal es absuelto «sin tacha alguna», y con él su amigo Cagliostro y la modistilla del Palais-Royal. También con los cómplices se muestra clemencia: se libran con la simple expulsión del país. Quien paga los platos rotos es la La Motte, condenada por unanimidad a ser azotada con varas por el verdugo, marcada con una «V» («voleuse») y a desaparecer después de por vida en la Salpêtrière.

Pero también hay alguien que, sin haber estado sentado en el banquillo, resulta condenado con la absolución del cardenal, y también de por vida: María Antonieta. A partir de esta hora queda entregada, sin defensa, a la calumnia y al odio desenfrenado de sus enemigos.

Un primero sale corriendo de la sala con la sentencia, centenares lo siguen y proclaman, extáticos, la absolución en plena calle. El júbilo crece con tal fuerza que su clamor llega hasta la otra orilla. «¡Viva el Parlamento!» —un grito nuevo en lugar del acostumbrado «¡Viva el rey!»— retumba por toda la ciudad. A los jueces les cuesta trabajo defenderse de tan agradecido entusiasmo. La gente los abraza, las damas de Les Halles los besan, se esparcen flores a su paso; comienza así, magnífico, el desfile triunfal de los absueltos. Diez mil personas siguen, como a un general victorioso, al cardenal —de nuevo vestido de púrpura— hasta la Bastilla, donde habrá de

pasar todavía esta noche; hasta el amanecer aguardan y aclaman allí muchedumbres siempre renovadas. No menos se diviniza a Cagliostro, y solo una orden de la policía impide que la ciudad se ilumine en su honor. Así celebra —signo inquietante— todo un pueblo a dos hombres que no han hecho ni logrado nada por Francia salvo dañar de manera mortal el prestigio de la reina y de la monarquía.

En vano se esfuerza la reina por ocultar su desesperación; este latigazo en pleno rostro ha caído demasiado fuerte, demasiado a la vista de todos. Su camarera la encuentra deshecha en lágrimas; Mercy informa a Viena de que su dolor es «mayor de lo que la ocasión parece razonablemente justificar». Más fuerte siempre en el instinto que en la reflexión consciente, María Antonieta ha reconocido de inmediato lo irreparable de esta derrota; por primera vez desde que lleva la corona, se ha alzado ante ella un poder más fuerte que su voluntad.

Pero el rey aún tiene en sus manos la decisión última. Todavía podría, con una medida enérgica, salvar el honor ofendido de su esposa y acallar a tiempo la resistencia sorda. Un rey fuerte, una reina resuelta, tendrían que echar a un Parlamento tan sedicioso; así habría actuado Luis XIV, y acaso también Luis XV. Pero Luis XVI solo tiene un valor desmayado. No se atreve con el Parlamento, sino que se limita a enviar, para dar a su esposa una especie de satisfacción, al cardenal al destierro y a Cagliostro fuera del país —una media medida que irrita al Parlamento sin llegar a alcanzarlo de verdad, y que ofende a la justicia sin restablecer el honor de su esposa. Indeciso como siempre, hace lo intermedio, que en política se revela siempre como lo más errado. Con ello se ha entrado en la pendiente resbaladiza, y pronto se cumple, en el destino compartido de los dos esposos, la vieja maldición de los Habsburgo, que Grillparzer plasmó de forma tan inolvidable en estos versos:

Ésta es la maldición de nuestra noble casa:
tender, vacilantes, a medio camino
y a media obra, con medios a medias.

Para el rey, una gran decisión ha quedado irremisiblemente desaprovechada. Con la sentencia del Parlamento contra la reina ha comenzado una nueva época.

También contra la La Motte aplica la corte el mismo procedimiento fatal de la medida a medias. También aquí existían dos posibilidades: o bien perdonar generosamente a la criminal el castigo cruel —lo que habría causado una impresión excelente—, o bien hacer ejecutar el castigo del modo más público posible. Pero, de nuevo, el apuro interior se refugia en una medida intermedia. Se levanta solemnemente el cadalso, prometiendo así a todo el pueblo el bárbaro espectáculo del marcado público a fuego; ya se alquilan las ventanas de las casas vecinas a precios fantásticos; pero en el último instante la corte se asusta de su propio arrojo. A las cinco de la madrugada, es decir, deliberadamente a una hora en que no cabe temer testigos, catorce verdugos arrastran hasta la escalinata del Palacio de Justicia a la mujer, que grita estridentemente y se debate furiosa, y allí se le lee la sentencia: ser azotada y marcada. Pero han apresado a una leona enloquecida: la mujer, presa de un ataque de histeria, lanza un aullido agudo; sus blasfemias contra el rey, el cardenal y el Parlamento despiertan a los que dormían en toda la vecindad; muerde, forcejea, patea; al final se ven obligados a arrancarle la ropa del cuerpo para poder aplicarle el hierro candente. Pero en el segundo en que el sello ardiente toca su hombro, la torturada se arquea convulsivamente hacia arriba, dejando al descubierto toda su desnudez para regocijo de los espectadores, y la «V» ardiente cae, en vez de sobre el hombro, sobre su pecho. Aullando, la fiera enloquecida muerde al verdugo atravesándole el jubón, y luego la atormentada se desploma sin sentido. Como a un cadáver arrastran a la desmayada hasta la Salpêtrière, donde, conforme a la sentencia, deberá trabajar de por vida vestida de lienzo gris de saco y zuecos de madera, alimentada solo de pan negro y lentejas.

Apenas se conocen los detalles horrendos de este castigo, toda la simpatía se vuelca de golpe hacia la La Motte. Mientras que cincuenta años antes —puede leerse en Casanova— toda la nobleza,

con sus damas, asistió cuatro horas durante la tortura del débil mental Damiens, que había arañado a Luis XV con una minúscula navajita, y se recreó viendo cómo aquel desdichado pedazo de hombre era pellizcado con tenazas al rojo, escaldado con aceite hirviendo y, tras una agonía interminable —mientras el cabello, encanecido de repente, se le erizaba en la cabeza—, trenzado sobre la rueda, esa misma sociedad, hecha filantrópica por moda, se deshace de pronto en conmovida compasión por la «inocente» La Motte. Porque ahora se ha hallado, con fortuna, una forma nueva y nada peligrosa de hacer frente a la reina: exhibir una simpatía manifiesta por la «víctima», por la «pobre desdichada». El duque de Orleans organiza una colecta pública, toda la nobleza envía regalos a la prisión, día tras día llegan carrozas distinguidas ante la Salpêtrière. Visitar a la ladrona castigada se convierte en el «dernier cri» de la sociedad parisina. Pero un día la abadesa reconoce, con asombro, entre las emocionadas visitantes, a una de las mejores amigas de la reina, la princesa de Lamballe. ¿Ha venido por iniciativa propia o, como enseguida murmura la gente, por encargo secreto de María Antonieta? En cualquier caso, esta compasión fuera de lugar arroja una sombra penosa sobre la causa de la reina: ¿qué significa esta llamativa solicitud?, se pregunta todo el mundo. ¿Le pesa la conciencia a la reina? ¿Busca en secreto un entendimiento con su «víctima»? El murmullo no cesa. Y cuando, pocas semanas después, la La Motte huye a Inglaterra de manera misteriosa —manos desconocidas le han abierto de noche las puertas de la prisión—, en todo París no hay más que una sola voz: la reina ha salvado a su «amiga» en agradecimiento por haber callado generosamente, ante el tribunal, su culpa o complicidad en el asunto del collar.

En realidad, facilitar la fuga de la La Motte fue la jugada más pérfida que el clan conjurado pudo asestar por la espalda. Pues ahora no solo quedan abiertas de par en par las puertas al misterioso rumor de una connivencia entre la reina y la ladrona, sino que además la castigada La Motte puede, desde Londres, erigirse en acusadora, hacer imprimir impunemente las mentiras y calumnias más desvergonzadas y, más aún, puesto que innumerables personas

en Francia y en Europa aguardan «revelaciones» de ese género, volver por fin a ganar mucho dinero. El mismo día de su llegada, un impresor londinense le ofrece grandes sumas; en vano intenta la corte, que ahora ha comprendido el alcance de las calumnias, atajar la flecha envenenada: se envía a la favorita de la reina, la Polignac, para comprar el silencio de la ladrona por doscientas mil libras; pero la astuta granuja engaña por segunda vez a la corte: toma el dinero, pero no vacila en hacer aparecer, sin demora, una vez, dos, tres, en formas siempre cambiantes y con nuevas invenciones sensacionalistas cada vez, sus «Memorias». En estas Memorias figura todo lo que un público ávido de escándalo espera oír, y algo más aún: que el proceso ante el Parlamento fue pura farsa, que a la pobre La Motte se la sacrificó de la manera más infame. Naturalmente, nadie sino la reina había encargado el collar y lo había recibido de manos de Rohan; ella, la La Motte, pura inocencia, solo por amistad se había echado el crimen a sus espaldas, para proteger el honor calumniado de la reina. Y de qué manera se hizo tan amiga de María Antonieta, también lo explica la desvergonzada embustera exactamente como quiere que lo entienda esa banda lasciva: more lesbico, intimidad de alcoba. De nada sirve que la mayoría de estas mentiras se delaten a cualquier mirada imparcial por su tosquedad, como cuando la La Motte afirma que María Antonieta ya mantenía relaciones amorosas con el cardenal Rohan siendo archiduquesa, en la época de su embajada en Viena, pues cualquier persona de buena voluntad puede contar con los dedos que, en tiempos de la embajada vienesa de Rohan, María Antonieta llevaba ya mucho tiempo siendo Delfina en Versalles. Pero las personas de buena voluntad se han vuelto escasas. El gran público, en cambio, lee encantado las docenas de cartas de amor perfumadas de almizcle que, supuestamente de la reina a Rohan, la La Motte falsifica e intercala en sus Memorias, y cuantas más perversidades sabe contar de ella, más se quiere saber. Ahora un libelo sigue a otro libelo, cada uno supera al anterior en lascivia y bajeza; pronto aparece una «Lista de todas las personas con las que la reina ha mantenido relaciones disolutas», que no contiene menos de treinta y cuatro nombres de ambos sexos: duques, actores,

lacayos, el hermano del rey junto a su ayuda de cámara, la Polignac, la Lamballe, y, por último, sin más, «toutes les tribades de Paris», incluidas las rameras callejeras azotadas. Pero esos treinta y cuatro nombres están muy lejos de agotar a todos los amantes que la opinión artificialmente exaltada de los salones y de la calle atribuye a María Antonieta; en cuanto la fantasía eróticamente desbocada de toda una ciudad, de toda una nación, se apodera de una mujer —sea emperatriz o estrella de cine, reina o cantante de ópera—, le inventa, hoy como entonces, en avalancha, todos los excesos y perversiones imaginables, para gozar en orgasmo anónimo, y con aparente indignación, de sus propios placeres soñados. Otro libelo, «La vie scandaleuse de Marie Antoinette», sabe contar la historia de un fornido pandur que ya en la corte imperial de Austria habría aplacado los insaciables «fureurs utérines» (título de gusto exquisito de un tercer panfleto) de la niña de trece años; con todo detalle se describe a los lectores extasiados el «Bordel Royal» (título de otro panfleto) con sus «mignons et mignonnes», por medio de numerosos grabados pornográficos que muestran a la reina desnuda con sus diversos compañeros en posturas amorosas dignas de Aretino. Cada vez salpica más alto la inmundicia, cada vez las mentiras son más rencorosas, y cada una se cree, porque de esta «criminal» se quiere creer cualquier cosa. Dos, tres años después del proceso del collar, María Antonieta es ya, sin remedio, tenida por toda Francia por la mujer más lasciva, más depravada, más taimada y más tiránica; la astuta y marcada La Motte, en cambio, pasa por víctima inocente. Y apenas comienza la Revolución, los clubes intentan traer de vuelta a París, bajo su protección, a la La Motte fugitiva, para hacer revivir artificialmente todo el proceso del collar, esta vez ante su Tribunal Revolucionario, con la La Motte como acusadora y María Antonieta en el banquillo de los reos: solo la muerte repentina de la La Motte —se arroja por una ventana en 1791, presa de un ataque de manía persecutoria— impidió que esta magnífica embaucadora fuera paseada en triunfo por París y se le concediera el decreto de que «se había hecho merecedora de la República». Sin esta intervención del destino, el mundo habría presenciado una comedia judicial todavía más grotesca que el

proceso del collar: la La Motte como espectadora aclamada en la ejecución de la reina a la que ella misma había calumniado.

El pueblo despierta, la reina despierta

La importancia histórico-universal del proceso del collar radica en que enfoca el reflector de la opinión pública, agudo y deslumbrante, sobre la persona de la reina y sobre las ventanas de Versalles; pero en tiempos convulsos, ser visible es siempre peligroso. Pues para volverse combativo, para convertirse en acción, el descontento —de por sí un estado todavía pasivo— necesita siempre una figura humana, ya sea como abanderado de una idea, ya sea como blanco del odio acumulado: el chivo expiatorio bíblico. Al misterioso ser llamado «pueblo» solo le es dado pensar de forma antropomórfica, únicamente a partir del hombre; los conceptos nunca resultan del todo claros para su capacidad de comprensión, solo las figuras; por eso, allí donde siente una culpa, siempre quiere ver a un culpable. El pueblo francés siente ya desde hace tiempo, sordamente, una injusticia que le llega de algún lugar. Durante largo tiempo se ha agachado obediente y ha esperado con fe tiempos mejores; con cada nuevo Luis ha agitado una y otra vez, entusiasmado, las banderas, ha pagado siempre, piadoso, tributo y prestación al señor feudal y a la Iglesia; pero cuanto más se doblegaba, más dura se hacía la presión, cada vez más ávidamente le chupaban la sangre los impuestos. En la rica Francia los graneros están vacíos, los arrendatarios se empobrecen, sobre la tierra más feraz, bajo el cielo más hermoso de Europa, falta el pan. Alguien tiene que tener la culpa; si unos tienen demasiado poco pan, será porque otros devoran demasiado; si a unos los estrangulan sus deberes, tiene que haber otros que se hayan arrogado demasiados derechos. Aquella inquietud sorda va naciendo poco a poco en todo el país, esa que

siempre precede, de forma creadora, a todo pensamiento y búsqueda claros. La burguesía, a la que un Voltaire, un Jean-Jacques Rousseau han abierto los ojos, empieza a juzgar, a censurar, a leer, a escribir, a entenderse entre sí por su cuenta; a veces ya destella un relámpago que anuncia la gran tormenta, se saquean granjas y se amenaza a los señores feudales. Un gran descontento pesa, como una nube negra, desde hace tiempo sobre todo el país.

Entonces caen, uno tras otro, dos rayos deslumbrantes que iluminan al pueblo toda la situación: el proceso del collar es el uno, las revelaciones de Calonne sobre el déficit son el otro. Frenado en sus reformas, y acaso también por hostilidad secreta hacia la corte, el ministro de Hacienda ha dado por primera vez cifras claras. Ahora se sabe lo que durante tanto tiempo se había callado: en los doce años del reinado de Luis XVI se han pedido prestados mil doscientos cincuenta millones. Todo el pueblo palidece bajo este rayo. Mil doscientos cincuenta millones, cifra astronómica, gastados, ¿en qué y por quién? El proceso del collar da la respuesta; aquí se enteran los pobres diablos, que se desloman diez horas por unos pocos sueldos, de que en ciertos círculos unos diamantes por valor de millón y medio se consideran un regalo amoroso ocasional, de que se compran castillos por diez y por veinte millones mientras el pueblo pasa hambre. Y como todos saben que el rey, ese pobre bobo, ese pequeñoburgués de espíritu, no tiene parte en ese gasto fantástico, todo el descontento se precipita, catarático, contra la reina deslumbrante, derrochadora, liviana. Se ha encontrado a la culpable de la deuda del Estado. Ahora se sabe por qué los papeles moneda pierden valor día tras día, por qué el pan es cada vez más caro y los impuestos cada vez más altos: porque esa fulana manda forrar de brillantes, con derroche, toda una habitación de su Trianón, porque envía en secreto a Austria cien millones de oro a su hermano José para su guerra, porque colma de pensiones, cargos y prebendas a sus amantes de alcoba y a sus gatitas de amor. La desgracia tiene de pronto una causa, la bancarrota su autora, la reina un nombre nuevo. «Madame Déficit» la llaman de un extremo

a otro de Francia: la palabra le quema en la espalda como un hierro de marcar.

Ahora la nube sombría ha estallado: cae un granizo de folletos, de libelos de combate, una avalancha de escritos, propuestas, peticiones; nunca se ha hablado, escrito y predicado tanto en Francia; el pueblo empieza a despertar. Los voluntarios y soldados que vuelven de la guerra americana cuentan, hasta en las aldeas más paletas, la existencia de un país democrático donde no hay ni corte ni rey ni nobleza, sino solo ciudadanos y ciudadanos, igualdad y libertad plenas. ¿Y no está ya escrito con claridad en el «Contrat social» de Jean-Jacques Rousseau y, de forma más sutil, más velada, en los escritos de Voltaire y de Diderot, que el orden monárquico no es en modo alguno el único querido por Dios ni el mejor de los mundos posibles? La vieja reverencia, muda y encorvada, levanta por primera vez la cabeza con curiosidad, y con ello se apodera de la nobleza, del pueblo y de la burguesía una seguridad nueva; el murmullo quedo de las logias masónicas, de las asambleas provinciales, se intensifica poco a poco hasta convertirse en un rumor y un rodar de trueno audibles a lo lejos; una tensión eléctrica flota en el aire, una atmósfera cargada de fuego: «Lo que hace crecer el mal hasta proporciones desmesuradas», informa a Viena el embajador Mercy, «es la creciente excitación de los ánimos. Puede decirse que la agitación ha ido ganando poco a poco a todas las clases de la sociedad, y esa inquietud febril da al Parlamento la fuerza para mantenerse en su oposición. No se creería con qué audacia se habla, incluso en lugares públicos, del rey, de los príncipes y de los ministros; se critican sus gastos, se pinta con los colores más negros el derroche de la corte y se subraya la necesidad de convocar los Estados Generales, como si el país estuviera sin gobierno. Ya es imposible sofocar con medidas punitivas esta libertad de palabra, pues la fiebre se ha vuelto tan general que, aunque se echara a millares a la gente en prisión, no se atajaría ya el mal, sino que solo se llevaría la cólera del pueblo a tal grado que un levantamiento sería inevitable.»

Ahora el descontento general ya no necesita máscara ni cautela, sale a la luz abiertamente y dice lo que quiere decir: ni siquiera se guardan ya las formas exteriores del respeto. Cuando la reina, poco después del proceso del collar, entra por primera vez de nuevo en su palco, es recibida con silbidos tan violentos que a partir de entonces evita el teatro. Cuando Madame Vigée-Lebrun quiere exponer públicamente en el «Salon» su retrato de María Antonieta, la probabilidad de que se agreda a gritos a la pintada «Madame Déficit» es ya tan grande que se prefiere retirar apresuradamente el retrato de la reina. En los tocadores, en las galerías de espejos de Versalles, en todas partes siente María Antonieta la fría hostilidad, ya no solo a su espalda, sino abiertamente, mirada contra mirada, frente contra frente. Por fin sufre todavía la última humillación: el teniente de policía informa, con rodeos, de que sería aconsejable que la reina no visitara París por el momento, pues ya no se puede garantizar su protección frente a incidentes desagradables. Toda la excitación acumulada de un país entero se abate ahora, desatada y salvaje, sobre una sola persona; y, sobresaltada de pronto de su despreocupación, la reina, azotada y golpeada hasta despertar por estas baquetas de odio, gime desesperada a sus últimos fieles: «¿Qué quieren de mí?... ¿Qué les he hecho yo?»

Hizo falta que estallara un trueno para sobresaltar a María Antonieta y sacarla de su altivo e indiferente «laisser-aller». Ahora está despierta; ahora la mal aconsejada, la que se cerraba a todo consejo oportuno, empieza a comprender lo que ha descuidado, y con esa brusquedad nerviosa que le es propia se apresura a reparar visiblemente los más provocadores de sus errores. De un plumazo restringe primero su costoso tren de vida. Se despide a Mademoiselle Bertin, se hacen recortes en el guardarropa, en la casa y en las caballerizas que ahorran más de un millón al año, los juegos de azar desaparecen de los salones junto con sus banqueros, se interrumpen las obras nuevas del castillo de Saint-Cloud, se venden lo antes posible otros castillos, se suprime una serie de cargos innecesarios, en primer lugar los de sus favoritos de Trianón. Por primera vez María Antonieta vive con el oído atento, por primera vez

ya no obedece al viejo poder, la moda de la sociedad, sino al nuevo: la opinión pública. Ya este primer intento le trae toda clase de revelaciones sobre la verdadera disposición de ánimo de sus antiguos amigos, a quienes durante décadas, en perjuicio de su propia reputación, ha colmado de favores, pues esos explotadores muestran poca comprensión por unas reformas del Estado que se hacen a su costa. Es insoportable, murmura públicamente uno de esos cortesanos desvergonzados, vivir en un país donde uno no puede estar seguro de conservar mañana lo que tenía ayer. Pero María Antonieta se mantiene firme. Desde que ve con los ojos despiertos, comprende muchas cosas mejor. Se aparta de forma notoria de la funesta compañía de los Polignac y se acerca de nuevo a los viejos consejeros, Mercy y el ya largo tiempo despedido Vermond: es como si su tardío conocimiento quisiera dar, a posteriori, la razón a María Teresa por sus vanas advertencias.

Pero «demasiado tarde» —esta palabra fatídica será ahora la respuesta a cada uno de sus esfuerzos. Todas estas pequeñas renuncias pasan inadvertidas en el tumulto general, los apresurados ahorros se filtran como gotas en el inmenso tonel de las Danaides que es el déficit. Con medidas aisladas y ocasionales, reconoce ahora, asustada, la corte, ya no se puede salvar nada; hace falta un Hércules que aparte, por fin, la enorme roca del déficit. Un ayudante, un ministro tras otro es llamado a la obra del saneamiento financiero, pero todos aplican solo aquellos remedios calculados para el momento que nosotros mismos recordamos bien, de ayer y de hoy (la historia se repite siempre): empréstitos gigantescos que hacen desaparecer aparentemente los anteriores, una fiscalidad y una sobrecarga tributaria sin miramientos, emisión de asignados y refundición de la moneda de oro en forma devaluada, es decir, inflación encubierta. Pero como el mal reside en realidad más hondo, en una circulación defectuosa, en un reparto económico nacional insano de la riqueza, acumulada por entero en manos de unas pocas docenas de linajes feudales, y como los médicos de las finanzas no se atreven a practicar aquí la necesaria intervención quirúrgica, el agotamiento del tesoro público sigue siendo crónico. «Cuando el

derroche y la liviandad han agotado el tesoro real», escribe Mercy, «se alza un grito de desesperación y de angustia. Entonces los ministros de Hacienda aplican siempre remedios mortíferos, como últimamente la refundición de la moneda de oro bajo formas fraudulentas o la creación de nuevos impuestos. Estos remedios momentáneos apaciguan por un instante las dificultades, y se pasa de inmediato, con una ligereza incomprensible, de la desesperación al mayor descuido. En definitiva, es seguro que el gobierno actual supera al anterior en desorden y explotación, y que es moralmente imposible que este estado de cosas pueda prolongarse mucho más sin acarrear una catástrofe.» Pero cuanto más deprisa se siente venir el hundimiento, más inquietud cunde en la corte. Por fin, por fin, por fin se empieza a comprender: no basta con cambiar de ministros, hay que cambiar de sistema. A las puertas mismas de la bancarrota, se exige por primera vez al salvador anhelado, no ya que proceda de una familia distinguida, sino sobre todo que sea —concepto nuevo en la corte francesa— popular, y que inspire confianza a ese ser desconocido y peligroso llamado «pueblo».

Ese hombre existe, en la corte se le conoce, incluso en la penuria ya se ha dejado aconsejar por él, aunque fuera de origen burgués, extranjero, suizo, y mil veces peor todavía: un hereje en carne y hueso, un calvinista. Pero los ministros no se habían mostrado muy entusiasmados con ese intruso y, porque en su «Compte rendu» dejaba que la nación mirara demasiado dentro de su cocina de brujas, lo habían desmontado a toda prisa. En un papel de carta cuadrado, ofensivamente pequeño, había enviado entonces el ofendido su dimisión al rey; esta descortés falta de respeto no pudo olvidarla Luis XVI, y durante mucho tiempo declara expresamente —o incluso jura— no volver a llamar jamás a Necker.

Pero ahora o nunca es Necker el hombre del momento; la reina comprende por fin cuán necesario sería precisamente para ella un ministro capaz de aplacar a esa fiera salvaje y rugiente que es la opinión pública. También ella ha de vencer una resistencia interior para imponer su nombramiento, pues también el ministro anterior, el tan rápidamente impopular Loménie de Brienne, había sido llamado

únicamente por influencia suya. ¿Debe hacerse responsable de nuevo en caso de un nuevo fracaso? Pero como ve a su marido, eternamente indeciso, seguir vacilando, recurre resuelta a ese hombre peligroso como quien recurre a un veneno. En agosto de 1785 llama a Necker a su gabinete privado y despliega todo su arte de persuasión para ganarse al resentido. Necker vive en ese instante un doble triunfo: no ser llamado por una reina, sino rogado, y al mismo tiempo ser reclamado por todo un pueblo. «¡Viva Necker!» «¡Viva el rey!» truena esa noche por las galerías de Versalles, por las calles de París, en cuanto se conoce su nombramiento.

Solo la reina no tiene ánimo para sumarse al júbilo; demasiado la angustia la responsabilidad de haber intervenido con sus manos inexpertas en la rueda del destino. Y además: un presentimiento inexplicable la turba sombríamente ante ese nombre, no sabe por qué, y una vez más su instinto se revela más fuerte que su razón. «Tiemblo al pensar —escribe ese mismo día a Mercy— que fui yo quien lo hizo volver. Mi destino es traer la desgracia, y si de nuevo unas maquinaciones diabólicas lo hacen fracasar o él reprime la autoridad del rey, se me odiará todavía más que hasta ahora.»

«Tiemblo al pensar» — «Perdóneme esta debilidad» — «Mi destino es traer la desgracia» — «Tengo mucha necesidad de que un amigo tan bueno y fiel como usted me apoye en este momento» — palabras así nunca se habían leído ni oído de la antigua María Antonieta. Es un tono nuevo, la voz de un ser conmocionado, removido en sus profundidades, ya no la voz ligera y alada por la risa de la joven mujer mimada. María Antonieta ha probado la amarga manzana del conocimiento, ahora se ha desvanecido su sonámbula seguridad, pues solo es siempre intrépido quien no reconoce el peligro. Ahora empieza a comprender el enorme precio con que está gravada una posición encumbrada: la responsabilidad; por primera vez le pesa la corona que hasta entonces había llevado con la ligereza de un sombrero de moda de mademoiselle Bertin. Qué tímido se vuelve ahora su paso, desde que siente el sordo retumbo volcánico bajo la tierra quebradiza: ¡no seguir adelante ahora, mejor retroceder! Mejor quedarse al margen de toda

decisión, alejarse para siempre de la política y de sus turbios asuntos, no volver a inmiscuirse en resoluciones que antes le parecían tan fáciles y que ahora reconoce tan peligrosas. Se produce en la actitud de María Antonieta una transformación completa. Ella, que hasta entonces había sido feliz en el ruido y el bullicio, busca ahora el silencio y el apartamiento. Evita el teatro, las redoutes y las mascaradas, ya no quiere asistir al Consejo de Estado del rey; solo en el círculo de sus hijos puede respirar todavía. En esa habitación llena de risas no penetra la pestilencia del odio y la envidia. Como madre se siente más segura que como reina. También otro secreto ha descubierto tardíamente la mujer decepcionada: por primera vez un hombre, un amigo verdadero y amigo del alma, conmueve, sosiega y hace feliz su sentimiento. Ahora todavía podría salir todo bien; vivir ahora tranquila y en el círculo más estrecho y natural, no desafiar más al destino, ese adversario misterioso cuya violencia y perfidia comprende por primera vez.

Pero justo ahora, cuando todo en su corazón anhela silencio, el barómetro de la época marca tormenta. Justo en la hora en que María Antonieta cobra conciencia de sus errores y quiere retirarse para volverse invisible, una voluntad despiadada la empuja hacia delante, hacia los episodios más apasionantes de la Historia.

El verano decisivo

Necker, el hombre a quien la reina, en la más amarga zozobra, ha puesto al timón del Estado, toma sin rodeos un rumbo decidido contra la tormenta. No recoge velas con miedo, no navega de bolina largo tiempo, las medias medidas ya no sirven, sino solo la única decisiva y poderosa: el vuelco total de la confianza. En estos últimos años el centro de gravedad de la confianza nacional se ha alejado de Versalles. La nación ya no cree en las promesas del rey, ni en sus pagarés y asignados, ya no espera nada del parlamento de la nobleza ni de la Asamblea de Notables; hay que crear —al menos por un tiempo— una nueva autoridad para afianzar el crédito y contener la anarquía, pues un invierno duro ha endurecido también los puños del pueblo; en cualquier momento puede estallar la desesperación de las hordas que, huidas del campo, pasan ahora hambre en las ciudades. Así decide el rey, tras las vacilaciones habituales, convocar en el último momento a los Estados Generales, por primera vez en dos siglos verdaderamente a todo el pueblo. Para quitar de entrada la superioridad a aquellos en cuyas manos aún están los derechos y la riqueza, el primer y el segundo estado, la nobleza y el clero, el rey, por consejo de Necker, ha duplicado el número del tercer estado. Así se equilibran ambas fuerzas, y con ello se preserva para el monarca la última potestad de decisión. La convocatoria de la Asamblea Nacional aliviará la responsabilidad del rey y reforzará su autoridad: así piensa la corte.

Pero el pueblo piensa de otro modo; por primera vez se siente convocado y sabe: los reyes solo piden consejo a su pueblo por

desesperación, nunca por bondad. Con ello se le da a la nación una tarea inmensa, pero también una ocasión que no volverá; el pueblo está decidido a aprovecharla. Una embriaguez de entusiasmo se propaga de ciudad a aldea, las elecciones se convierten en fiesta, las asambleas en lugares de exaltación casi religiosa de la nación —como siempre antes de los grandes huracanes, la naturaleza crea los amaneceres más coloridos y engañosos—. Por fin puede comenzar la obra: el 5 de mayo de 1789, día de la apertura de los Estados Generales, Versalles deja de ser por primera vez la mera residencia de un rey para convertirse en capital, cerebro, corazón y alma de todo el reino francés.

Nunca ha visto la pequeña ciudad de Versalles a tanta gente reunida como en esos radiantes días primaverales del año 1789. La casa real comprende, como siempre, cuatro mil personas, Francia ha enviado casi dos mil diputados, a lo que se suman los innumerables curiosos venidos de París y de un centenar de lugares más que quieren asistir al espectáculo de trascendencia histórica universal. Con pesados sacos de oro se consigue a duras penas una habitación, con un puñado de ducados un jergón de paja; centenares que no han encontrado alojamiento duermen bajo los arcos de los portales y en los zaguanes, muchos se apostan ya de noche, a pesar de la lluvia torrencial, formando cola, con tal de no perderse el gran espectáculo. Los precios de los alimentos suben al triple y al cuádruple, poco a poco la afluencia de gente se vuelve insoportable. Ya se manifiesta de forma simbólica: esta estrecha ciudad de provincias solo tiene espacio para *un* soberano de Francia, no para dos. A la larga, uno de los dos tendrá que ceder el sitio: la monarquía o la Asamblea Nacional.

Pero la primera hora no ha de consagrarse a la disputa, sino a la gran reconciliación entre el rey y el pueblo. El cuatro de mayo repican las campanas desde primera hora de la mañana: antes de que los hombres deliberen, en lugar sagrado ha de invocarse la bendición de Dios para la alta empresa. Todo París ha peregrinado a Versalles para poder contarles a sus hijos y a los hijos de sus hijos este día con que se inicia una nueva era. En las ventanas, de las que

cuelgan valiosos tapices, se apiña cabeza con cabeza; en las chimeneas se agarran, indiferentes al peligro de muerte, densos racimos de gente, nadie quiere perderse un solo detalle de la gran procesión. Y en verdad, resulta magnífica esta exhibición de los estados; por última vez despliega la corte de Versalles todo su esplendor para manifestarse ante el pueblo, de forma imponente, como la verdadera majestad, como el señor nato y jurado. A las diez de la mañana el cortejo real abandona el palacio: delante cabalgan los pajes con sus libreas llameantes, los halconeros con el halcón en el puño en alto, luego avanza, majestuoso y lento, tirado por caballos magníficamente enjaezados con penachos de plumas de colores que oscilan sobre sus cabezas, el carruaje de gala dorado y acristalado del rey. A su derecha va sentado su hermano mayor, en el pescante su hermano menor, en el asiento trasero los jóvenes duques de Angulema, Berry y Borbón. Gritos de júbilo: «¡Viva el rey!» saludan tumultuosamente esta primera carroza y crean un penoso contraste con el silencio duro y obstinado en medio del cual pasa la segunda carroza, con la reina y las princesas. Ya en esa hora matinal el juicio público traza claramente una línea divisoria tajante entre el rey y la reina. El mismo silencio recibe a los carruajes siguientes, en los que los demás miembros de la familia avanzan al paso lento y solemne hacia la iglesia de Notre-Dame, donde los tres estados, dos mil hombres, cada uno con una vela encendida en la mano, esperan a la corte para recorrer juntos la ciudad en procesión común.

Las carrozas se detienen ante la iglesia. El rey, la reina y la corte descienden todos, y les espera una visión inusitada. A los representantes de los estados nobiliarios, a esos sí los conocen de fiestas y bailes, espléndidos en sus mantos de seda con galones de oro, los sombreros con audaces plumas blancas erguidas; y lo mismo el fasto multicolor del clero, el rojo llameante de los cardenales, las sotanas violetas de los obispos: estos dos estados, el primero y el segundo, rodean fielmente el trono desde hace cien años, adornan sus fiestas desde siempre. Pero ¿quién es esa masa oscura, con levitas negras deliberadamente sencillas, sobre las que

solo brillan de blanco las corbatas, quiénes son esos hombres extraños con sus sencillos sombreros de tres picos, quiénes son esos desconocidos, hoy todavía anónimos uno por uno, que aguardan ante la iglesia formando un bloque negro y compacto? ¿Qué pensamientos esconden esos rostros extraños, nunca vistos, de miradas audaces, claras y hasta severas? El rey y la reina escrutan a sus adversarios, que, fuertes por estar juntos, ni se inclinan servilmente ni prorrumpen en entusiastas vítores, sino que aguardan, viriles y callados, para emprender en pie de igualdad con esos orgullosos y engalanados, con los privilegiados y los célebres, la obra de la renovación. ¿No parecen, en su negro sombrío, en su ser grave e impenetrable, más jueces que consejeros obedientes? Quizá ya en este primer encuentro un presentimiento de su destino haya rozado, estremeciéndolos, al rey y a la reina.

Pero este primer encuentro no es un combate: antes de la lucha inevitable ha de haber una hora de concordia. En una procesión inmensa, grave y serena, cada uno con una vela encendida en la mano, los dos mil recorren el corto trayecto de iglesia a iglesia, de Notre-Dame de Versalles a la catedral de Saint-Louis, entre el resplandeciente cordón de la Guardia Francesa y la Guardia Suiza. Sobre ellos retumban las campanas, junto a ellos redoblan los tambores, centellean los uniformes, y solo el canto litúrgico de los sacerdotes atempera el aire marcial en una solemnidad más elevada.

A la cabeza del largo cortejo marchan —los últimos serán los primeros— los representantes del tercer estado, en dos filas paralelas; detrás de ellos, el estado de la nobleza, luego el del clero. Cuando pasan los últimos diputados del tercer estado, se produce entre el pueblo un movimiento (no casual), los espectadores prorrumpen en tumultuosos vítores. Ese entusiasmo va dirigido al duque de Orleans, el renegado de la corte, que por cálculo demagógico ha preferido, en vez de ir en medio de la familia real, sumarse a los diputados del tercer estado. Ni siquiera al rey, que avanza tras el palio con el Santísimo Sacramento —lo porta el arzobispo de París, con ornamentos sembrados de diamantes—, se le colma de un aplauso semejante al que recibe quien se declara

públicamente ante el pueblo a favor de la nación y en contra de la autoridad real. Para hacer todavía más patente esa hostilidad secreta hacia la corte, algunos eligen el momento en que se acerca María Antonieta para gritar en voz alta, en lugar de «Vive la Reine!», deliberadamente el nombre de su enemigo: «¡Viva el duque de Orleans!». María Antonieta siente el insulto, se turba y palidece; solo a duras penas logra dominar su compostura sin que se note y recorrer erguida, hasta el final, el camino de la humillación. Pero ya al día siguiente, en la apertura de la Asamblea Nacional, le espera una nueva humillación. Mientras al rey se le aclama con vivo aplauso al entrar en la sala, a su llegada no se mueve un labio, ni una mano: un silencio glacial y manifiesto sopla contra ella como una corriente de aire cortante. «Voilà la victime», murmura Mirabeau a un vecino, y hasta un observador del todo ajeno, el norteamericano Gouverneur Morris, se esfuerza por animar a sus amigos franceses a hacer menos ofensivo ese silencio insultante con alguna exclamación. Pero sin éxito. «La reina lloraba —escribe en su diario ese hijo de una nación libre— y no se alzó ni una sola voz por ella. Yo levantaría la mano, pero no tengo derecho aquí a expresar mis sentimientos, y en vano pedí a mis vecinos que lo hicieran.» Durante tres horas ha de permanecer sentada la reina de Francia, como en un banquillo de acusados, ante los representantes del pueblo, sin un solo saludo ni la menor atención; solo cuando se levanta, tras el interminable discurso de Necker, para abandonar la sala con el rey, algunos diputados se animan, por compasión, a un tímido «Vive la Reine!». Conmovida, María Antonieta agradece con una inclinación de cabeza a esos pocos, y con ese gesto se enciende por fin el aplauso de todo el auditorio. Pero María Antonieta, de regreso a su palacio, no se hace ilusiones; siente con demasiada claridad la diferencia entre ese saludo vacilante y compasivo y el gran clamor cálido y torrencial del amor popular que en otro tiempo, sin ser convocado, atronaba su corazón todavía infantil a su primera llegada. Ya sabe que está excluida de la gran reconciliación y que comienza una lucha a muerte.

A todos los espectadores les llama la atención en estos días el talante inquieto y turbado de María Antonieta. Incluso en la apertura de la Asamblea Nacional, cuando aparece con esplendor real, en un vestido violeta, blanco y plata, la cabeza adornada con una espléndida pluma de avestruz, majestuosa y hermosa, Madame de Staël advierte en su porte una expresión de tristeza y abatimiento que en esa mujer, por lo demás despreocupada, alegre y coqueta, le resulta completamente nueva y ajena. Y en efecto, solo a duras penas y con un esfuerzo extremo de voluntad se ha obligado María Antonieta a subir a ese estrado; en estos días su mente y su preocupación están en otra parte. Pues sabe que, mientras ella tiene que desfilar durante horas ante el pueblo con esplendor real y la majestad que el deber le impone, en su pequeña cama de Meudon sufre y agoniza su hijo mayor, el Delfín de seis años. Ya el año anterior había tenido el dolor de perder a uno de sus cuatro hijos, la princesa Sophie-Beatrix, de solo once meses; ahora, por segunda vez, la muerte ronda la habitación de los niños tras una víctima. Los primeros indicios de una predisposición raquítica se habían mostrado ya en 1788 en su primogénito. «Mi hijo mayor me tiene muy preocupada», escribió entonces a José II. «Está un poco deforme, tiene una cadera más alta que la otra, y en la espalda las vértebras están algo desviadas y salientes. Desde hace algún tiempo tiene siempre fiebre y está flaco y debilitado.» Luego volvieron mejorías engañosas, pero pronto no le queda ya ninguna esperanza a la madre puesta a prueba. La solemne procesión de la apertura de los Estados Generales, ese espectáculo colorido y extraño, es el último placer del pobre muchacho enfermo: envuelto en mantos, tendido sobre cojines, ya demasiado débil para caminar, aún puede ver desde el balcón de las caballerizas reales, con sus ojos apagados y febriles, pasar a su padre, a su madre y el cortejo centelleante; un mes después es enterrado. Esta muerte próxima, esta muerte inevitable de su hijo la lleva María Antonieta consigo, en sus pensamientos, durante todos estos días; toda su preocupación es para su hijo: nada, por tanto, más disparatado que la leyenda una y otra vez recalentada según la cual María Antonieta, en esas semanas de sus más graves preocupaciones maternales y humanas, habría

urdido de la mañana a la noche intrigas solapadas contra la Asamblea. En esos días su voluntad de lucha está por completo quebrantada por el dolor vivido, por el odio padecido; solo más tarde, completamente sola y luchando como una desesperada por la vida desnuda y por el trono de su marido y de su segundo hijo, volverá a rearmarse para una última resistencia. Pero ahora sus fuerzas se han desvanecido, y precisamente en esos días haría falta la fuerza de un dios, no la de un ser humano desdichado y trastornado, para detener el destino que avanza imparable.

Pues los acontecimientos se suceden ahora con la rapidez de un torrente. A los pocos días, los dos estados privilegiados, la nobleza y el clero, están ya enzarzados con el tercer estado en una enconada rivalidad; rechazado, el tercer estado se declara por su propia autoridad Asamblea Nacional y presta en el Juego de Pelota el juramento de no disolverse hasta que se haya cumplido la voluntad del pueblo, la Constitución. La corte se asusta ante el demonio Pueblo que ella misma se ha traído a casa; zarandeado entre todos sus consejeros, llamados y no llamados, dando hoy la razón al tercer estado, mañana al primero y al segundo, oscilando fatalmente justo en la hora que exige la máxima claridad y firmeza, el rey se inclina tan pronto hacia los fanfarrones militares que, a la antigua usanza soberbia, exigen que se eche a la chusma a casa a punta de espada, como hacia Necker, que insiste una y otra vez en aconsejar transigencia. Hoy cierra al tercer estado la sala de deliberaciones, luego retrocede de nuevo, temeroso, en cuanto Mirabeau declara que «la Asamblea Nacional solo cederá ante el poder de las bayonetas». Pero en la misma medida en que crece la indecisión en la corte, crece la determinación en la nación. De la noche a la mañana, ese ser mudo llamado «el pueblo» ha obtenido una voz gracias a la libertad de prensa; en cien folletos grita por su derecho, en encendidos artículos periodísticos descarga su cólera sediciosa. En el Palais Royal se reúnen a diario, bajo la protección del duque de Orleans, diez mil personas que hablan, gritan, agitan, se incitan sin cesar unas a otras. Desconocidos a quienes la boca había permanecido cerrada toda la vida descubren de pronto el placer de

hablar, de escribir; centenares de ambiciosos y de desocupados sienten llegada su hora propicia, todo se politiza, se agita, se lee, se discute, se alega. «Cada hora —escribe el inglés Arthur Young— produce su folleto: trece han aparecido hoy, dieciséis ayer, veintidós la semana pasada, y diecinueve de cada veinte son a favor de la libertad» —es decir, a favor de la abolición de los privilegios, también de los monárquicos—. Cada día, casi cada hora arrastra consigo un trozo de la autoridad real; las palabras «pueblo» y «nación» se convierten, en el plazo de dos o tres semanas, para cientos de miles de personas, de frías letras en un concepto religioso de omnipotencia y de suprema justicia. Ya se van sumando los oficiales, los soldados al movimiento irresistible, ya notan, sobresaltados, los funcionarios de la ciudad y del Estado cómo se les escapan las riendas de las manos ante ese embravecimiento de la fuerza popular; incluso la Asamblea Nacional queda atrapada en la estela de esa corriente, pierde el rumbo dinástico y empieza a vacilar. Cada vez más temerosos se vuelven los consejeros del palacio real, y, como suele ocurrir, la inseguridad anímica intenta salvarse de su propio miedo con un gesto ostentoso de fuerza: el rey hace acercarse, para amenazar, a los últimos regimientos que le siguen siendo fieles y de confianza, ordena mantener en alerta a la Bastilla y, finalmente, para fingir ante sí mismo una fortaleza que íntimamente le falta, arroja el guante a la nación al destituir, el 11 de julio, al único ministro popular, Necker, y desterrarlo como a un criminal.

Los días siguientes quedan grabados con letra imperecedera en la historia universal; eso sí, no conviene intentar leerlos en un único libro, a saber, en el diario manuscrito del infortunado e ignorante rey. Allí, el 11 de julio, solo consta: «Nada. Marcha del señor Necker», y el 14 de julio, día del asalto a la Bastilla, que destroza definitivamente su poder, de nuevo la misma palabra trágica: «Rien» —es decir: sin caza ese día, ningún ciervo cobrado, luego ningún acontecimiento importante. En París se piensa de otro modo sobre ese día, que hoy todavía toda una nación celebra como el día en que nació su conciencia de libertad. A primera hora de la tarde del 12 de

julio llega a París la noticia del despido de Necker, la chispa cae en el polvorín. En el Palais Royal, Camille Desmoulins, uno de los amigos de club del duque de Orleans, salta sobre una silla, blande una pistola, grita que el rey prepara una noche de San Bartolomé, llama a las armas. En un minuto se encuentra un símbolo de la insurrección, la escarapela, el estandarte tricolor de la república; pocas horas después el ejército es atacado por todas partes, se saquean los arsenales, se bloquean las calles. El 14 de julio, veinte mil personas marchan desde el Palais Royal contra la odiada fortaleza tiránica de París, la Bastilla; unas horas más tarde ha sido tomada, y la cabeza del gobernador, que había querido defenderla, baila lívida en la punta de una pica: por primera vez brilla ese farol sangriento de la Revolución. Nadie se atreve ya a oponer resistencia a ese estallido elemental de la ira popular, las tropas, que no reciben de Versalles ninguna orden clara, se retiran; por la noche, con mil velas, París se prepara para la fiesta de la victoria.

Pero a diez leguas de este acontecimiento universal, en Versalles, nadie sospecha nada. Se ha despedido al incómodo ministro, ahora habrá paz, pronto se podrá volver a cazar, ojalá ya mañana. Pero llegan mensajero tras mensajero desde la Asamblea Nacional: en París reina la agitación, se saquean los arsenales, se avanza contra la Bastilla. El rey se hace informar, pero no toma ninguna decisión clara; al fin y al cabo, ¿para qué se tiene esa molesta Asamblea Nacional? Que ella aporte consejo. Como siempre, tampoco ese día se altera el sagrado horario; como siempre, el hombre cómodo, flemático y sin curiosidad por nada (ya se enterará mañana a tiempo de todo) se acuesta a las diez y duerme su sueño pesado, denso, al que ningún suceso del mundo puede perturbar. ¡Pero qué época tan insolente, tan atrevida, tan anárquica! Se ha vuelto tan irrespetuosa que hasta se atreve a turbar el sueño de un monarca. El duque de Liancourt galopa hacia Versalles a lomos de un caballo cubierto de espuma para traer noticia de lo ocurrido en París. Le dicen que el rey ya duerme. Él insiste en que se despierte al rey; al final lo dejan entrar en el sagrado dormitorio. Anuncia: «¡La Bastilla, tomada! ¡El

gobernador, asesinado! ¡Su cabeza, paseada en una pica por toda la ciudad!»

—Pero esto es una revuelta —balbucea, aterrado, el infortunado soberano.

Pero el aciago mensajero corrige sin piedad: —No, Sire, esto es una revolución.

Los amigos huyen

Se ha hecho mucha mofa de Luis XVI. porque, sobresaltado en su sueño el 14 de julio de 1789 al recibir la noticia de la caída de la Bastilla, no comprendiera de inmediato, en toda su trascendencia, esa palabra —«revolución»— que acababa justo de entrar en el mundo. Pero «es demasiado fácil», recuerda Maurice Maeterlinck a los sabios a posteriori en el célebre capítulo de *La sabiduría y el destino*, «comprender lo que se debería haber hecho en un momento en que ya se tiene conocimiento de todo lo que ha ocurrido». Sin duda, ni el rey ni la reina alcanzaron a abarcar, ante las primeras señales de la tormenta, ni siquiera aproximadamente el alcance destructor de esta sacudida sísmica; pero, otra pregunta: ¿quién, entre todos los contemporáneos, sintió ya en esa primera hora lo monstruoso que aquí comenzaba, quién, incluso entre los que encendieron y avivaron la revolución? Todos los dirigentes del nuevo movimiento popular, Mirabeau, Bailly, Lafayette, no sospechan siquiera remotamente hasta dónde esta fuerza desencadenada habrá de llevarlos más allá de su meta y arrastrarlos contra su propia voluntad, pues en 1789 hasta los más feroces de los revolucionarios futuros, Robespierre, Marat, Danton, siguen siendo convencidos realistas. Solo a través de la Revolución francesa misma adquirió el concepto de «revolución» ese sentido amplio, salvaje y de trascendencia universal con que lo empleamos hoy en el lenguaje. Solo el tiempo lo acuñó en sangre y en espíritu, y no ya la primera hora. Curiosa paradoja, por cierto: lo que resultó fatal para el rey Luis XVI. no fue que no pudiera comprender la revolución, sino precisamente lo contrario: que este hombre de dotes medianas se

esforzara, de la manera más conmovedora, por comprenderla. A Luis XVI. le gustaba leer historia, y nada había impresionado más hondamente al tímido muchacho que el que en cierta ocasión le presentaran personalmente al célebre señor David Hume, autor de la *Historia de Inglaterra*, pues ese libro era su libro favorito. En él había leído ya, siendo Delfín, con especial interés aquel capítulo que relataba cómo se hizo la revolución contra otro rey, el rey Carlos de Inglaterra, y cómo este acabó siendo ejecutado: ese ejemplo obró como poderosa advertencia sobre el temeroso candidato al trono. Y cuando luego comenzó en su propio país un movimiento de descontento semejante, Luis XVI. creyó ponerse a salvo del mejor modo estudiando una y otra vez ese libro, para aprender a tiempo, de los errores de su desdichado predecesor, cómo *no* debía comportarse un rey en un tumulto de esa índole: donde aquel había sido violento, él quiso ser transigente, con la esperanza de escapar así al mal final. Pero precisamente esta voluntad de comprender la Revolución francesa a partir de la analogía con otra de índole completamente distinta fue lo que resultó fatal para el rey. Pues no según recetas resecas, según modelos siempre caducos, debe un gobernante tomar sus decisiones en los segundos de trascendencia universal: solo el instante vidente del genio puede reconocer en el presente lo salvador y lo justo, solo el acto que se abre paso heroicamente puede domeñar las fuerzas salvajes y confusamente pujantes de lo elemental. Pero jamás se conjura una tormenta arriando las velas; por eso sigue desatándose con fuerza intacta hasta que se agota y se aplaca por sí misma.

Esta es la tragedia de Luis XVI.: quiso comprender lo que le resultaba incomprensible consultando la historia como quien consulta un libro de texto, y quiso protegerse de la revolución despojando temerosamente su actitud de todo lo que en ella hubiera de regio. Muy distinta María Antonieta: ella no pidió consejo a los libros, y apenas a persona alguna. Mirar atrás y prever no era, ni siquiera en los momentos de mayor peligro, su manera de ser; todo cálculo y toda combinación eran ajenos a su carácter espontáneo. Su fuerza humana se apoyaba únicamente en el instinto. Y este instinto

dice, desde el primer momento, un no rotundo a la revolución. Nacida en un palacio real, educada en la idea de la gracia divina, convencida de que sus derechos de soberana eran un don divino, considera de entrada toda reivindicación de derechos por parte de la nación como una insubordinación indebida del populacho: siempre es quien reclama para sí todas las libertades y todos los derechos el menos dispuesto a concedérselos también a los demás. María Antonieta no se presta, ni por dentro ni por fuera, a discusión alguna; como su hermano José, dice: «Mon métier est d'être royaliste.» «Mi único oficio es defender la causa del rey.» Su lugar está arriba, el del pueblo abajo: ella no quiere bajar, el pueblo no puede subir. Desde la toma de la Bastilla hasta el cadalso, se siente en cada segundo inquebrantablemente en su derecho. Ni un instante pacta interiormente con el nuevo movimiento: todo lo revolucionario no significa para ella sino una palabra embellecedora de la rebelión. Pero esta actitud altiva y dura, esta postura inquebrantablemente rígida de María Antonieta frente a la revolución no encierra (al menos al principio) la menor hostilidad hacia el pueblo. Criada en la más apacible Viena, María Antonieta ve al pueblo, «le bon peuple», como un ser sin duda bondadoso, poco razonable; cree a pies juntillas que un día ese buen rebaño, decepcionado, se apartará por sí mismo de esos agitadores y charlatanes y volverá a encontrar el camino hacia el buen pesebre, hacia la casa reinante ancestral. Todo su odio se dirige por eso contra los «factieux», contra esos conspiradores, instigadores, clubistas, demagogos, oradores, arribistas y ateos que, en nombre de confusas ideologías o por intereses ambiciosos, quieren inculcar al pueblo llano reivindicaciones contra el trono y el altar. «Un amas de fous, de scélérats», una acumulación de locos, granujas y criminales, llama ella a los diputados de veinte millones de franceses, y quien haya pertenecido una sola hora a esa banda de Coré está para ella acabado, y quien tan solo hable con esos frenéticos de novedades es ya sospechoso. Ni una palabra de agradecimiento oye Lafayette, que por tres veces salva la vida de su esposo y de sus hijos arriesgando la propia: ¡antes perecer que dejarse salvar por ese vanidoso pretendiente al favor del pueblo! Nunca, ni siquiera en prisión,

concederá a sus jueces, a quienes no reconoce y llama verdugos, ni a uno solo de los diputados, el honor de una súplica; con toda la fuerza desafiante de su carácter persiste en su inquebrantable rechazo a todo compromiso. Desde el primer momento hasta el último, María Antonieta consideró la revolución únicamente como una impura ola de fango removida por los instintos más bajos y ruines de la humanidad; nada comprendió de su derecho histórico universal, de su voluntad constructiva, porque estaba decidida a comprender y defender solo su propio derecho de reina.

Esta negativa a querer comprender fue el error histórico de María Antonieta: que no se niegue. La visión de conjunto de los contextos intelectuales, la mirada profunda del alma, no le fueron dadas a esta mujer del todo mediana y políticamente estrecha de miras, ni por educación ni por voluntad interior; solo lo humano, lo próximo, lo sensible era para ella asequible. Pero visto de cerca, desde lo humano, todo movimiento político se enturbia, la imagen de una idea se deforma siempre en cuanto se realiza terrenalmente. María Antonieta juzga —¿cómo podría hacerlo de otro modo?— la revolución por los hombres que la dirigen; y como siempre en tiempos de trastorno, los más ruidosos no eran aquí los más honrados ni los mejores. ¿Acaso no ha de hacer desconfiar a la reina que sean precisamente los endeudados y de mala fama entre los aristócratas, los moralmente más corrompidos, como Mirabeau y Talleyrand, quienes primero descubren su corazón para la libertad? ¿Cómo va a pensar María Antonieta que la causa de la revolución es honrada y ética, cuando ve al avaro y codicioso duque de Orleans, dispuesto a cualquier negocio turbio, entusiasmarse por la nueva fraternidad? ¿Y cuando la Asamblea Nacional elige como a su favorito a Mirabeau, ese discípulo de Aretino tanto en la venalidad como en la escritura obscena, esa hez de la nobleza que ha estado preso en todas las cárceles de Francia por rapto y otras historias turbias, y que después se ganó la vida como espía? ¿Puede ser divina una causa que erige altares a semejantes hombres? ¿Ha de considerar de veras a la turbia inmundicia de pescaderas y rameras callejeras, que como signo caníbal de su victoria llevan cabezas

cortadas en picas ensangrentadas, la vanguardia de una nueva humanidad? Porque de entrada solo ve violencia, María Antonieta no cree en la libertad; porque solo mira a los hombres, no presiente la idea que, invisible, se alza detrás de este movimiento salvaje y que conmueve al mundo; no advirtió ni comprendió nada de las grandes conquistas humanas de un movimiento que nos ha legado los principios más magníficos de las relaciones humanas: la libertad de creencia, la libertad de opinión, la libertad de prensa, la libertad de industria, la libertad de reunión, que fue el primero en grabar la igualdad de clases, razas y confesiones en la tabla de leyes de la Edad Moderna, y que abolió los vergonzosos restos de la Edad Media, la tortura, la servidumbre y la esclavitud; jamás comprendió, ni siquiera lo más mínimo, ni trató de comprender estos objetivos espirituales tras el tumulto brutal de la calle. Solo ve el caos en ese tumulto inabarcable, y no el contorno de un orden nuevo que quiere nacer de estas luchas y convulsiones horrendas; por eso, desde el primer día hasta el último, odió a jefes y dirigidos con toda la decisión de su corazón desafiante. Y así llegó lo que tenía que llegar. Como María Antonieta fue injusta con la revolución, la revolución se volvió dura e injusta con ella.

La revolución es el enemigo: este es el punto de vista de la reina. La reina es el obstáculo: esta es la convicción fundamental de la revolución. Con su instinto infalible, la masa del pueblo percibe en la reina a la única adversaria elemental; desde el principio, toda la furia del combate se vuelve contra su persona. Luis XVI. no cuenta ni para bien ni para mal, y eso lo sabe ya hasta el último campesino de la aldea, hasta el niño más pequeño de la calle. A este hombre temeroso y retraído se le puede asustar con un par de disparos de fusil hasta que diga amén a cualquier exigencia; se le puede poner el gorro rojo, y se lo pondrá, y si se le ordenara con energía que gritara: «¡Abajo el rey! ¡Abajo el tirano!», él, aunque fuese el propio rey, obedecería como un pelele. Una única voluntad defiende en Francia el trono y sus derechos, y ese «único hombre que tiene el rey» es, según la expresión de Mirabeau, «su mujer». Quien está a favor de la revolución tiene, por tanto, que estar contra la reina;

desde el principio se convierte en el parapeto de las balas, y para hacer de ella un blanco bien reconocible y trazar una separación limpia, todos los escritos revolucionarios empiezan a presentar a Luis XVI. como el verdadero padre del pueblo, como un hombre bueno, virtuoso, noble, aunque por desgracia demasiado débil y «seducido». Si de este filántropo dependiera, reinaría la más espléndida paz entre el rey y la nación. Pero esta extranjera, esta austríaca, sometida a su hermano, enredada en el círculo de sus amantes de uno y otro sexo, ávida de dominio y tiránica, es ella, y solo ella, quien no quiere este entendimiento; sin cesar urde nuevas conjuras para reducir a escombros el París libre con tropas extranjeras traídas a propósito. Con astucia infernal seduce a los oficiales para que apunten los cañones contra el pueblo indefenso; sedienta de sangre, incita a los soldados con vino y regalos a una noche de San Bartolomé; ¡en verdad, ya sería hora de abrirle los ojos al pobre y desdichado rey acerca de ella! En el fondo, ambos bandos comparten la misma orientación de pensamiento: para María Antonieta, el pueblo es bueno, pero está seducido por los «factieux». Para el pueblo, el rey es bueno y solo está azuzado y cegado por su mujer. Así, la lucha se libra en realidad solo entre los revolucionarios y la reina. Pero cuanto más odio se vuelve contra ella, cuanto más injustos y calumniosos se hacen los insultos, tanto más se tensa en María Antonieta el desafío. Quien dirige con decisión un gran movimiento, o lo combate con decisión, crece con la resistencia por encima de su propia medida: desde que un mundo entero se le enfrenta, la altivez infantil de María Antonieta se convierte en orgullo, y su fuerza dispersa se concentra en un carácter verdadero.

Pero esta fuerza tardía de María Antonieta solo puede demostrar su valía en la defensa; con un peso de plomo atado al pie no se puede salir al encuentro del adversario. Y ese peso de plomo es el pobre y pusilánime rey. Golpeado en la mejilla derecha por la conquista de su Bastilla, a la mañana siguiente pone, humilde y cristianamente, la izquierda; en lugar de encolerizarse, en lugar de censurar y castigar, promete en la Asamblea Nacional retirar de París

sus tropas, que quizá todavía habrían estado dispuestas a luchar por él, y reniega así de los defensores que han caído por su causa. Al no atreverse a pronunciar una palabra dura contra los asesinos del gobernador de la Bastilla, reconoce al terror como poder legítimo en Francia, legaliza con su retroceso el levantamiento. Como agradecimiento por semejante humillación, París se muestra dispuesto de buen grado a coronar a este complaciente soberano y a otorgarle —aunque solo por un breve plazo— el título de «Restaurateur de la liberté française». A las puertas de la ciudad lo recibe el alcalde con las ambiguas palabras de que la nación ha reconquistado a su rey; dócilmente, Luis XVI. se prende la escarapela que el pueblo ha elegido como insignia de asalto contra su autoridad, y no advierte que, en realidad, la multitud no lo aclama a él, sino su propia fuerza, la que ha vuelto tan sumiso a su soberano. El 14 de julio, Luis XVI. ha perdido la Bastilla; el 17, le arroja además su dignidad, y se inclina ante sus adversarios tan profundamente que la corona rueda de su cabeza.

Puesto que el rey ha hecho su sacrificio, María Antonieta no puede negar el suyo. También ella debe dar una prueba de buena voluntad, renunciando públicamente a aquellos a quienes el nuevo señor, la nación, odia con más justificación: sus compañeros de juego, los Polignac y el conde de Artois; para siempre deberán evitar Francia como proscritos. En sí, la despedida apenas le costaría a la reina, de no ser forzada, pues por dentro hace ya tiempo que se ha alejado de ese enjambre frívolo. Solo ahora, en la hora de la despedida, se agita una vez más la amistad ya hace tiempo enfriada hacia esos compañeros de sus años más hermosos y despreocupados. Habían sido insensatos con sus insensateces; la Polignac ha compartido todos sus secretos, ha criado a sus hijos y los ha visto nacer y crecer. Ahora ha de marcharse: ¿cómo no reconocer que esta despedida es al mismo tiempo una despedida de su propia juventud despreocupada? Pues ahora se habrán acabado para siempre las horas despreocupadas; hecho añicos por los puños de la revolución yace el mundo, claro como la porcelana y terso como el alabastro, del Dix-huitième; acabado para siempre el placer de los goces

delicados y sutiles. Se aproxima una época quizá grande, pero tosca; poderosa, pero asesina. El reloj musical de plata del rococó ha apagado ya su melodía, pasaron los días de Trianón. Luchando contra las lágrimas, María Antonieta no logra decidirse a acompañar a sus antiguos amigos en este último trayecto: permanece en su habitación, tanto teme su propia emoción. Pero luego, al anochecer, cuando abajo, en el patio, ya esperan los carruajes para el conde de Artois y sus hijos, para el duque de Condé, el duque de Borbón, para la Polignac, los ministros y el abate Vermond, para todos aquellos que rodearon su juventud, arranca todavía deprisa una hoja de papel de la mesa y escribe a la Polignac estas palabras conmovidas: «¡Adieu, queridísima amiga! La palabra es terrible, pero tiene que ser. Aquí la orden para los caballos. Solo me quedan fuerzas para abrazarla.»

Este tono sonoro y grave resuena desde ahora en cada carta de la reina: una melancolía presaga empieza a envolver como con un velo todas sus palabras. «No puedo expresarle todo mi pesar —escribe días después a la señora de Polignac— por estar separada de usted, y solo espero que sienta usted lo mismo. Mi salud es bastante buena, aunque algo debilitada por las continuas conmociones a que está expuesta. No estamos rodeados más que de necesidad y de desgracia y de desdichados, sin contar a los que ya no están. Todo el mundo huye, y todavía me siento feliz al pensar que quienes me son cercanos están ahora lejos de mí.» Pero como si no quisiera dejarse sorprender en una flaqueza ni siquiera por su fiel amiga, como si supiera que de su antiguo poder como reina solo le queda ya una cosa —el porte real—, añade enseguida: «Pero cuente con que estas adversidades no quebrantarán ni mi fuerza ni mi valor; nada de eso cederé, al contrario, estas adversidades no harán sino enseñarme más prudencia. Precisamente en momentos como estos se conoce a las personas y se aprende a distinguir quiénes están de verdad afectos a una y quiénes no.»

Ahora se hace el silencio en torno a la reina, que había vivido gustosa, y más que gustosa, en el bullicio. Ha comenzado la gran huida. ¿Dónde están los amigos de antaño? Todos desaparecidos

como la nieve del año pasado. Los que antes alborotaban como niños ávidos en torno a la mesa de los regalos, Lauzun, Esterházy, Vaudreuil, ¿dónde están, los compañeros de la mesa de juego, los bailarines y galanes? A caballo y en carruaje —«sauve qui peut»— han abandonado Versalles disfrazados, pero esta vez no enmascarados para un baile, sino embozados para no ser linchados por el pueblo. Cada noche rueda otro carruaje a través de las verjas doradas para no volver; cada vez más silenciosos se vuelven los salones, hechos ya demasiado vastos; ni teatro, ni bailes ya, ni desfiles ni recepciones, solo la misa aún por la mañana, y luego, en el pequeño gabinete, las largas y vanas conversaciones con los ministros, que tampoco ellos saben qué aconsejar. Versalles se ha convertido en un Escorial: quien es prudente, se retira.

Pero justo ahora, cuando la abandonan todos aquellos que ante el mundo pasaban por sus amigos más cercanos, sale de la sombra quien de verdad lo fue: Hans Axel von Fersen. Mientras pasar por favorito de María Antonieta traía brillo, este amante ejemplar se mantuvo tímidamente oculto, para preservar el honor de la mujer amada, y guardó así el secreto más profundo de su vida a salvo de la curiosidad y la murmuración. Pero ahora, cuando ser amigo de la proscrita no reporta ventaja, ni honor, ni respeto, ni envidia, sino que exige valor y una voluntad de sacrificio sin reservas, ahora este único amante y único amado se pone, libre y decidido, al lado de María Antonieta, y con ello entra en la historia.

Aparece el amigo

El nombre y la figura de Hans Axel von Fersen estuvieron largo tiempo envueltos en el misterio. No se le menciona en aquella lista de amantes impresa y difundida, ni en las cartas de los embajadores, ni en los relatos de los contemporáneos; Fersen no figura entre los invitados conocidos del salón de la Polignac; dondequiera que hay claridad y luz, falta su figura alta y grave. Gracias a esta reserva prudente y calculada, escapa a las malintencionadas habladurías de la camarilla cortesana, pero también la historia lo pasa por alto durante mucho tiempo, y acaso el secreto más profundo de la vida de la reina María Antonieta habría quedado para siempre en la oscuridad; entonces, en la segunda mitad del siglo pasado, se difunde de pronto un rumor romántico. En un castillo sueco, inaccesible y precintado, se guardarían pilas enteras de cartas íntimas de María Antonieta. Al principio nadie da crédito a ese rumor inverosímil, hasta que de pronto aparece una edición de esa correspondencia secreta que, pese a la más despiadada mutilación de todos los detalles íntimos, coloca de golpe a este desconocido noble nórdico en el primer puesto, el puesto privilegiado, entre todos los amigos de María Antonieta. Esta publicación desplaza de raíz toda la imagen de carácter de aquella mujer tenida hasta entonces por liviana; se revela un drama del alma, magnífico y lleno de peligro, un idilio a medias a la sombra del trono, a medias ya a la de la guillotina, una de esas novelas conmovedoras que, tan inverosímiles, solo la historia misma se atreve a inventar: dos seres entregados el uno al otro en un amor ardiente, obligados por el deber y la prudencia a ocultar su secreto

con la más ansiosa cautela, separados una y otra vez y una y otra vez tendiendo el uno hacia el otro desde sus mundos distantes como astros, ella una reina de Francia, él un pequeño hidalgo extranjero del norte. Y tras este destino de dos seres, un mundo que se derrumba, un tiempo apocalíptico: una página de historia en llamas, tanto más apasionante cuanto que solo poco a poco, a partir de cifras y signos medio borrados y mutilados, se puede descifrar toda la verdad de lo sucedido.

Este gran drama de amor histórico no empieza en absoluto de manera pomposa, sino por completo al estilo rococó de la época; su preludio parece copiado del Faublas. Un joven sueco, hijo de un senador, heredero de un nombre de alta nobleza, es enviado a los quince años, en compañía de un preceptor, a viajar durante tres años; método educativo que, aún hoy, no es el peor para llegar a ser un hombre de mundo. Hans Axel estudia en Alemania la alta escuela de equitación y el oficio de las armas; en Italia, medicina y música; en Ginebra hace la visita entonces indispensable a la pitonisa de toda sabiduría, el señor Voltaire, que lo recibe con benevolencia, envuelto su cuerpo reseco y liviano como una pluma en una bata bordada. Con ello, Fersen ha conquistado su bachillerato espiritual. Ahora al joven de dieciocho años solo le falta el último pulido: París, el tono fino de la conversación, el arte de los buenos modales; entonces quedará completo el itinerario formativo típico de un joven noble del Dix-huitième. Ya puede el caballero perfecto llegar a embajador, ministro o general; el mundo de las alturas se le abre.

A la nobleza, a la corrección personal, a una prudencia comedida y objetiva, a una gran fortuna y al aura del extranjero, el joven Hans Axel von Fersen añade todavía una carta de presentación muy particular: es un hombre bellísimo. Erguido, ancho de hombros, de fuerte musculatura, produce, como la mayoría de los escandinavos, una impresión viril, sin por ello resultar tosco ni macizo; en los retratos se contempla con simpatía sin reservas su rostro abierto y regular, de ojos claros y firmes, sobre los que se arquean, curvas como cimitarras turcas, dos cejas llamativamente negras. Una frente despejada, una boca cálida y sensual que, como se demostraría

admirablemente, sabe callar a la perfección: se comprende, viendo los retratos, que una mujer de verdad ame a un hombre así, y más aún, que confíe en él humanamente. Como conversador, como homme d'esprit, como acompañante especialmente ameno, en verdad pocos elogian a Fersen; pero a su inteligencia algo seca y casera se unen una franqueza humana y un tacto natural; ya en 1774 el embajador puede informar con orgullo al rey Gustavo: «De todos los suecos que en mi época se han hallado aquí, fue él quien mejor fue acogido en la gran sociedad.»

Con todo, este joven caballero no es un cascarrabias ni un desdeñador de placeres; las damas le atribuyen un «cœur de feu» bajo una envoltura de hielo; en Francia no olvida divertirse, y frecuenta con asiduidad en París todos los bailes de la corte y de la alta sociedad. Y ahí le sale al encuentro una aventura asombrosa. Una noche, el 30 de enero de 1774, en el baile de la Ópera, punto de encuentro del mundo elegante y también del mundo dudoso, una joven esbelta, vestida con llamativa distinción, de cintura estrecha y paso singularmente airoso, se dirige hacia él y, protegida por el antifaz de terciopelo, entabla una conversación galante. Fersen, halagado por esta distinción, se presta con gusto al tono animado, encuentra a su desenvuelta interlocutora picante y divertida, y acaso ya se hace toda clase de esperanzas para la noche. Pero entonces advierte que poco a poco algunos otros caballeros y damas se agrupan a su alrededor, cuchicheando con curiosidad; se ve a sí mismo, y a aquella dama enmascarada, convertirse en el centro de una atención cada vez más viva. Por fin, cuando la situación ya se ha vuelto embarazosa, la galante intrigante se quita la máscara: es María Antonieta —caso inaudito en los anales de la corte—, la heredera del trono de Francia, que una vez más ha escapado del triste lecho conyugal de su somnoliento esposo y ha acudido a la redoute de la Ópera para buscarse un caballero desconocido con quien charlar. Las damas de la corte impiden que el escándalo sea demasiado grande. Al instante rodean a la extravagante fugitiva y la conducen de vuelta a su palco. Pero ¿qué permanece en secreto en este Versalles tan hablador? Todos murmuran y se asombran ante el

favor de la Delfina, contrario a toda etiqueta; ya mañana, probablemente, el embajador Mercy presentará, molesto, su queja ante María Teresa, y desde Schönbrunn se enviará por correo urgente una de esas cartas amargas a la «tête à vent», la cabeza de chorlito de su hija, para que de una vez deje esas «dissipations» tan inconvenientes y no se dé que hablar mezclándose con cualquiera en esas malditas redoutes. Pero María Antonieta se ha salido con la suya: el joven le ha gustado, y ella se lo ha demostrado. Desde aquella noche, el joven caballero, que ni por su rango ni por su posición destacaba especialmente, es recibido con particular amabilidad en los bailes de Versalles. ¿Se desarrolló ya entonces, tras un comienzo tan prometedor, cierta inclinación entre ambos? No se sabe. En todo caso, un gran acontecimiento interrumpe pronto este flirteo —sin duda inocente—, pues la pequeña princesa se convierte de la noche a la mañana, por la muerte de Luis XV., en reina de Francia. Dos días después —¿se le dio a entender algo?— Hans Axel von Fersen regresa a Suecia.

El primer acto ha terminado. No fue más que una introducción galante, un preludio del verdadero juego. Dos jóvenes de dieciocho años se han encontrado y se han gustado mutuamente, voilà tout; traducido a términos de hoy: una amistad de clase de baile, un amorío de colegiales. Todavía no ha ocurrido nada esencial, todavía no se ha tocado la profundidad del sentimiento.

Segundo acto: cuatro años después, en 1778, Fersen viaja de nuevo a Francia; el padre ha enviado al joven de veintidós años a pescarse una esposa rica, ya sea a la señorita de Reyel en Londres, ya a la señorita Necker, la hija del banquero ginebrino, que más tarde, como Madame de Staël, se haría célebre en el mundo entero. Pero Axel Fersen no muestra especial inclinación al matrimonio, y pronto se comprende por qué. Apenas llegado, el joven noble se presenta en la corte vestido de gala. ¿Lo recuerdan todavía? ¿Se acordará alguien aún de él? El rey saluda con un gesto huraño, los demás miran con indiferencia al insignificante extranjero, nadie le dirige una palabra cortés. Solo la reina, apenas lo ve, exclama impetuosa: «Ah, c'est une vieille connaissance», «Ah, si nos

conocemos ya de hace tiempo.» No, no lo ha olvidado, a su apuesto caballero nórdico; al instante se reaviva —no era, pues, fuego de paja— su interés. Invita a Fersen a sus reuniones, lo colma de atenciones; exactamente igual que al comienzo de su trato en el baile de la Ópera, es María Antonieta quien da el primer paso. Pronto puede Fersen informar a su padre: «La reina, la princesa más amable que conozco, ha tenido la bondad de interesarse por mí. Le preguntó a Creutz por qué no acudía a su partida de juego de los domingos, y cuando supo que yo había venido un día en que la recepción estaba cancelada, se disculpó conmigo, por así decirlo.» «Terrible favor al muchacho», se siente uno tentado de decir con Goethe, cuando esta altiva mujer, que ni siquiera devuelve el saludo a las duquesas, que durante siete años no concedió un solo gesto de cabeza a un cardenal de Rohan ni durante cuatro a una Du Barry, se disculpa ante un pequeño hidalgo recién llegado porque este se ha molestado en vano en acudir a Versalles. «Cada vez que le presento mis respetos en su reunión de juego, me dirige la palabra», comunica pocos días después el joven caballero a su padre. En contra de toda etiqueta, la «princesa más amable» pide al joven sueco que vaya alguna vez a Versalles con su uniforme nacional; quiere sin falta —capricho de una enamorada— ver cómo le sienta ese atuendo extranjero. Naturalmente, el «beau Axel» cumple ese deseo. El viejo juego ha vuelto a comenzar.

Solo que esta vez es ya un juego peligroso para una reina a quien la corte vigila con mil ojos de Argos. María Antonieta debería ser ahora más prudente, pues ya no es la pequeña princesa de dieciocho años de antaño, disculpada por su niñez y su juventud, sino la reina de Francia. Pero su sangre se ha despertado. Por fin, tras siete años espantosos, el torpe esposo Luis XVI. ha logrado su cometido conyugal: ha hecho de la reina verdaderamente su esposa. Pero, con todo, ¡qué ha de sentir esta mujer tan sensible cuando, florecida ya en una belleza plena y casi exuberante, compara a este barrigudo con su joven y radiante predilecto! Sin que ella misma sea consciente de ello, la que por primera vez está apasionadamente enamorada empieza a delatar, ante todos los curiosos, su

sentimiento por Fersen, con atenciones acumuladas y, más aún, con cierta turbación sonrojada. De nuevo, como tantas veces, se vuelve peligrosa para María Antonieta su cualidad humanamente más simpática: que no sabe disimular su inclinación ni su aversión. Una dama de la corte asegura haber notado con claridad que, cuando en cierta ocasión Fersen entró de improviso, la reina se puso a temblar de dulce sobresalto; otra vez, sentada al piano cantando el aria de Dido, le sucede que, ante toda la corte, en las palabras «Ah que je fus bien inspirée, quand je vous reçus dans ma cour», dirige sus ojos azules, por lo demás tan fríos, con arrobo tierno hacia el elegido secreto —y ya no tan secreto— de su corazón; ya empiezan a correr los rumores. Pronto toda la sociedad cortesana, para la que las intimidades reales son el acontecimiento más importante del mundo, sigue la situación con apasionada lascivia: ¿lo tomará por amante, y cómo, y cuándo? Pues su sentimiento se ha manifestado ya de manera demasiado evidente como para que todos no adviertan lo único que ella misma ignora: que Fersen podría obtener de la joven reina todo favor, hasta el último, si tuviera el valor o la ligereza de echar mano a su presa.

Pero Fersen es sueco, hombre cabal y de carácter: en los nórdicos, una fuerte disposición romántica puede ir de la mano, sin estorbo, con un entendimiento sereno y casi sobrio. Advierte de inmediato lo insostenible de la situación. La reina tiene debilidad por él, nadie lo sabe mejor que él mismo; pero por mucho que él, a su vez, ame y venere a esta joven y encantadora mujer, repugna a su rectitud abusar frívolamente de semejante flaqueza de los sentidos y exponer a la reina inútilmente a las habladurías. Un amorío declarado provocaría un escándalo sin precedentes: ya con sus muestras platónicas de favor se ha comprometido bastante María Antonieta. Por otra parte, para representar el papel de José y rechazar casta y fríamente las muestras de favor de una mujer joven, hermosa y amada, Fersen se siente, después de todo, demasiado ardiente y demasiado joven. Así, este hombre magnífico hace lo más noble que un hombre puede hacer en una situación tan delicada: pone mil millas entre él y la mujer en peligro, se alista con

presteza en el ejército de América como ayudante de campo de Lafayette. Corta el hilo antes de enredarse en él de manera irremediable y trágica.

Sobre esta despedida de los amantes poseemos un documento indiscutible, aquella carta oficial del embajador sueco al rey Gustavo, que atestigua históricamente la apasionada inclinación de la reina hacia Fersen. El embajador escribe: «Debo comunicar a Vuestra Majestad que el joven Fersen era visto con tan buenos ojos por la reina, que ello despertó sospechas en algunas personas. Debo confesar que yo mismo creo que ella siente inclinación por él; he percibido indicios demasiado claros como para poder dudarlo. El joven conde Fersen ha dado en esta ocasión pruebas de una conducta ejemplar, por su modestia, su reserva y, sobre todo, por haberse decidido a partir hacia América. Al marcharse, ha eliminado todos los peligros; resistir a semejante tentación exigía sin duda una firmeza superior a su edad. Durante los últimos días, la reina no podía apartar de él la mirada, y cuando lo miraba, tenía los ojos llenos de lágrimas. Ruego a Vuestra Majestad que guarde este secreto solo para sí y para el senador Fersen. Cuando los favoritos de la corte se enteraron de la partida del conde, se mostraron todos encantados, y la duquesa de Fitz-James le dijo: "¿Cómo, caballero, abandona usted a su conquista?". "Si hubiera hecho una, no la abandonaría. Parto libre y sin pesar." Vuestra Majestad admitirá que esta respuesta denotaba una prudencia y una reserva superiores a sus años. Por lo demás, la reina muestra ahora mucho más dominio de sí misma y prudencia que antes.»

Este documento lo enarbolan desde entonces sin descanso los defensores de la «virtud» de María Antonieta como bandera de su inmaculada inocencia. Fersen se sustrajo en el último instante a una inclinación adúltera, en una admirable renuncia los dos amantes renunciaron el uno al otro, la gran pasión permaneció «pura», argumentan así. Pero esta prueba no demuestra nada definitivo, sino solo el hecho provisional de que entonces, en 1779, entre María Antonieta y Fersen aún no se había llegado a las últimas confidencias. Solo los años siguientes serán los decisivamente

peligrosos de esta pasión. Estamos apenas al final del segundo acto y todavía lejos de su enredo más profundo.

Tercer acto: nuevo regreso de Fersen. Directamente desde Brest, donde desembarca en junio de 1783 con el cuerpo auxiliar americano tras cuatro años de exilio voluntario, se apresura hacia Versalles. Por carta había permanecido en contacto con la reina desde América, pero el amor quiere presencia viva. ¡No tener ya que separarse de nuevo, arraigarse por fin cerca de ella, que ninguna distancia medie ya entre mirada y mirada! Al parecer por deseo de la reina, Fersen solicita de inmediato el mando de un regimiento francés; por qué: este enigma no logra resolverlo el viejo y ahorrativo padre senador en Suecia. ¿Por qué quiere Hans Axel quedarse a toda costa en Francia? Como soldado curtido, como heredero de un antiguo nombre nobiliario, como favorito del romántico rey Gustavo, tiene en su patria a su disposición cualquier cargo que desee. ¿Por qué a toda costa en Francia?, pregunta una y otra vez, contrariado, el decepcionado senador. Para casarse con una rica heredera, la señorita Necker y sus millones suizos, miente apresuradamente el hijo al padre incrédulo. Pero que en realidad piensa en todo menos en un matrimonio lo revela la carta íntima que envía por las mismas fechas a su hermana, en la que deja al descubierto, sin reservas, la llave de su corazón. «He tomado la decisión de no contraer jamás un vínculo conyugal, sería antinatural... A la única a quien querría pertenecer y que me ama, no puedo pertenecer. Así pues, no quiero pertenecer a nadie.»

¿Es esto bastante claro? ¿Hace falta aún preguntar quién era esa «única» que lo ama y a la que él nunca podrá pertenecer por matrimonio —ella, «elle», como llama brevemente a la reina en sus diarios—? Deben de haber ocurrido cosas decisivas para que ose confesar a sí mismo, y a su hermana, con tanta certeza, con tanta franqueza, el afecto de María Antonieta. Y cuando escribe a su padre de «mil motivos personales que no puede confiar al papel» y que lo retienen en Francia, tras esos mil motivos no hay más que uno solo, el que no quiere revelar: a saber, el deseo o la orden de María Antonieta de tener siempre cerca al amigo elegido. Pues apenas

solicita Fersen ahora su mando de regimiento, ¿quién tiene ya de nuevo «la bondad de mezclarse en el asunto»? María Antonieta, que por lo demás nunca se ocupaba de los nombramientos militares. ¿Y quién comunica —contra toda costumbre— al rey de Suecia el nombramiento, pronto conseguido, para ese cargo? No el jefe supremo del ejército, la única instancia competente, sino, en una carta de su puño y letra, su esposa, la reina.

Es en este año o en los siguientes cuando, con suma probabilidad, hay que situar el comienzo de aquella relación íntima, o mejor dicho intimísima, entre María Antonieta y Fersen. Dos años más, ciertamente, debe Fersen —muy a su pesar— acompañar al rey Gustavo como ayudante de campo en sus viajes, pero luego, en 1785, se queda definitivamente en Francia. Y estos años han transformado decisivamente a María Antonieta. El asunto del collar ha dejado sola a la que confiaba demasiado en el mundo y le ha abierto el sentido de lo esencial. Se ha apartado del vertiginoso círculo de los ingeniosos e informales, de los divertidos y traicioneros, de los galantes y frívolos; en lugar de los muchos sin valor, su corazón, hasta entonces decepcionado, ve ahora a un amigo de verdad. Bajo el odio general, su necesidad de ternura, de fidelidad, de amor ha crecido desmesuradamente; ahora está madura para no seguir malgastándose, vana y necia, en el reflejo especular de la admiración general, sino para entregarse a un hombre de alma abierta y resuelta. Y Fersen, por su parte, naturaleza espléndidamente caballeresca, no ama en realidad a esta mujer con toda la plenitud de su sentimiento hasta que la sabe calumniada, vilipendiada, perseguida y amenazada; él, que se retraía ante su favor mientras el mundo la endiosaba y mil aduladores la rodeaban, no se atreve a amarla hasta que ella queda necesitada de ayuda y sola. «Es muy desdichada —escribe a su hermana—, y su valor, que es admirable sobre todo lo demás, la hace aún más atractiva. Mi único pesar es no poder compensarla del todo por todos sus sufrimientos ni hacerla tan feliz como merecería.» Cuanto más desdichada se vuelve, cuanto más abandonada y desasosegada, tanto más poderosamente crece la voluntad varonil de él de

resarcirla de todo con su amor: «elle pleure souvent avec moi, jugéz, si je dois l'aimer». Y cuanto más se acerca la catástrofe, tanto más tempestuosa, más trágicamente se estrechan el uno con el otro: ella, para hallar en él, una vez más, tras tanta desmesurada decepción, una última felicidad; él, para reemplazarle con su amor caballeresco, con su entrega sin reservas, un reino perdido.

Ahora que esta inclinación en otro tiempo superficial se ha vuelto un vínculo del alma, ahora que el flirteo se ha hecho amor, ambos hacen cuanto es imaginable por mantener oculta su relación ante el mundo. Para disipar toda sospecha, María Antonieta no hace destinar al joven oficial a París como guarnición, sino a Valenciennes, cerca de la frontera. Y cuando «se» lo llama al castillo (así se dice, con reserva, en el diario de Fersen), él oculta con todo su arte el verdadero destino de su viaje ante todos sus amigos, para que nadie pueda sacar conclusiones fáciles de su presencia en Trianón. «No le digas a nadie que te escribo desde aquí —advierte a su hermana desde Versalles—, pues fecho todas las demás cartas en París. Adiós, ahora tengo que ir a ver a la reina.» Fersen no frecuenta jamás la sociedad de los Polignac, no se deja ver nunca en el círculo íntimo de Trianón, no participa nunca en los paseos en trineo, los bailes, las partidas de juego: allí deben seguir desfilando, todo lo llamativamente posible, los falsos favoritos de la reina, pues precisamente con sus galanteos ayudan, sin sospecharlo, a ensombrecer ante la corte el verdadero secreto. Ellos reinan de día, el reino de Fersen es la noche. Ellos rinden homenaje y hablan, Fersen es amado y calla. Saint-Priest, el bien informado, que lo sabía todo salvo que su propia esposa estaba prendada de Fersen y le escribía ardientes cartas de amor, relata con esa seguridad que hace sus afirmaciones más fiables que las de todos los demás: «Fersen se dirigía a Trianón tres o cuatro veces por semana. La reina, sin ningún séquito, hacía lo mismo, y estas citas provocaban comentarios públicos pese a la discreción y la reserva del favorito, que nunca hacía valer exteriormente su posición y era el más discreto de todos los amigos de la reina.» Sin embargo, en el curso de cinco años, no son sino horas de encuentro robadas, breves,

fugaces, las únicas que se conceden a los amantes, pues, pese a su valor personal y a la fidelidad de sus camareras, María Antonieta no puede arriesgar demasiado; solo en 1790, poco antes de la despedida, puede Fersen relatar, en enamorada dicha, que por fin ha podido pasar un día entero «con ella», «avec elle». Solo entre la noche y la mañana, en la sombra del parque, quizá en una de las casitas de aldea del Hameau diseminadas de manera confusa por Trianón, puede la reina esperar a su querubín; la escena del jardín de «Fígaro», con su música tierna y romántica, se representa hasta el final, misteriosamente, en los bosquecillos de Versalles y los senderos serpenteantes de Trianón. Pero ya retumba, magníficamente preludiado con los duros acordes de la música de Don Juan, ante la puerta el paso pétreo y aplastante del Comendador; el tercer acto pasa de la ternura rococó al gran estilo de la tragedia revolucionaria. Solo el último acto, elevado con fuerza por el estremecimiento de la sangre y de la violencia, traerá el crescendo: la desesperación de la despedida, el éxtasis de la ruina.

Solo ahora, en el peligro extremo, cuando todos los demás se desvanecen, avanza el que en los tiempos felices se ocultaba discretamente, el verdadero, el único amigo, dispuesto a morir con ella y por ella; la figura de Fersen, hasta entonces en la sombra, se recorta ahora, espléndidamente varonil, contra el cielo lívido y tormentoso de la época. Cuanto más amenazada está la amada, tanto más crece su determinación; sin reparo alguno, ambos pasan por encima de los límites convencionales que hasta entonces separaban a una princesa habsburguesa, una reina de Francia, de un joven noble sueco extranjero. Cada día se presenta Fersen en el palacio, todas las cartas pasan por sus manos, cada decisión se delibera con él, se le confían las tareas más difíciles, los secretos más peligrosos; él, y solo él, conoce todas las intenciones de María Antonieta, todas sus inquietudes y esperanzas, él solo también sus lágrimas, sus desalientos y su duelo amargo. Precisamente en el instante en que todo la abandona, en que lo pierde todo, encuentra la reina lo que había buscado en vano toda una vida: el amigo honesto, el íntegro, el varonilmente valeroso.

¿Fue él o no fue él?

(Una pregunta intercalada)

Se sabe ya, y se sabe de manera irrefutable, que Hans Axel von Fersen no fue, como durante tanto tiempo sin fin se creyó, una figura secundaria, sino el protagonista de la novela del alma de María Antonieta; se sabe que su relación con la reina no fue en absoluto un mero juego galante, un flirteo romántico, un aire caballeresco de trovador, sino un amor templado y probado a lo largo de veinte años, con todas las insignias de su poder: el manto color de fuego de la pasión, la majestad de cetro del valor, la generosidad desbordante del sentimiento. Solo una última incertidumbre ronda todavía la forma de este amor. ¿Fue —como gustaba decirse literariamente en el siglo pasado— un amor «puro», expresión con la que innoblemente se designaba siempre aquel en que una mujer que ama y es amada apasionadamente niega con mojigatería al hombre que la ama y es amado la entrega última? ¿O fue, en ese mismo sentido, «culpable», es decir, en el nuestro, un amor entero, libre, que se entrega con generosidad y audacia, un amor que lo entrega todo? ¿Fue Hans Axel von Fersen solo el cavaliere servente, el adorador romántico de María Antonieta, o realmente y en cuerpo su amante —fue él o no fue él?

«¡No!» «¡De ningún modo!», gritan enseguida —con una curiosa irritabilidad y una sospechosa precipitación— ciertos biógrafos monárquico-reaccionarios que quieren a toda costa ver a la reina, a «su» reina, «pura» y a salvo de cualquier «rebajamiento». «Amó a la reina apasionadamente —afirma Werner von Heidenstam con una seguridad envidiable—, sin que jamás un pensamiento carnal

manchara este amor, digno de los trovadores y los caballeros de la Tabla Redonda. María Antonieta lo amó sin olvidar ni un instante sus deberes de esposa, su dignidad de reina.» Para esta clase de fanáticos de la veneración es impensable —es decir: protestan de que alguien lo piense siquiera— que «la última reina de Francia hubiera podido traicionar el "dépôt d'honneur" que le legaron todas, o casi todas, las madres de nuestros reyes». Por el amor de Dios, pues, ni investigaciones, ni discusión alguna sobre esta «affreuse calomnie» (Goncourt), ningún «acharnement sournois ou cynique» para sacar a la luz los hechos verdaderos. Los defensores incondicionales de la «pureza» de María Antonieta hacen sonar de inmediato, nerviosos, la campanilla en cuanto uno se acerca siquiera a la pregunta.

¿Hay que someterse de verdad a esta orden y pasar de largo, con labios silenciosos, ante la pregunta de si Fersen vio a María Antonieta toda su vida solo «con la aureola en la frente» o también con mirada varonil y humana? ¿No pasa más bien de largo, ante el verdadero problema, quien elude castamente esta pregunta? Pues no se conoce a una persona mientras no se conoce su último secreto, y menos aún el carácter de una mujer mientras no se ha comprendido la forma esencial de su amor. En una relación de trascendencia histórica universal como esta, donde una pasión contenida durante años no roza una vida por mero azar, sino que llena y desborda fatalmente el espacio del alma, la pregunta por la forma última de este amor no es ociosa ni cínica, sino decisiva para el retrato espiritual de una mujer. Para dibujar bien hay que abrir bien los ojos. Así pues: acerquémonos, examinemos la situación y los documentos. Investiguemos: quizá la pregunta dé, después de todo, respuesta.

Primera pregunta: suponiendo que se considere, en el sentido de la moral burguesa, como una falta que María Antonieta se hubiera entregado sin reservas a Fersen —¿quién la acusa de esa entrega total? De los contemporáneos, solo tres, si bien tres hombres de la mayor talla, no fisgones de trastienda, sino iniciados a quienes cabe atribuir un conocimiento seguro de la situación: Napoleón,

Talleyrand y el ministro de Luis XVI, Saint-Priest, testigo presencial cotidiano de todos los sucesos. Los tres afirman sin reservas que María Antonieta fue la amante de Fersen, y lo hacen de un modo que a su vez excluye toda duda. Saint-Priest, como el más al tanto de la situación, es el más preciso en los detalles. Sin hostilidad hacia la reina, con total objetividad, cuenta las visitas nocturnas y secretas de Fersen a Trianón, a Saint-Cloud y a las Tullerías, a las que Lafayette le había permitido, a él solo, un acceso secreto. Informa también de la complicidad de la Polignac, que parecía muy conforme con que el favor de la reina hubiera recaído precisamente en un extranjero que no quería sacar ningún provecho de su posición de favorito. Apartar tres testimonios así, como hacen los rabiosos defensores de la virtud, y tachar a Napoleón y Talleyrand de calumniadores, exige en realidad más audacia que una investigación desapasionada. Pero segunda pregunta: ¿cuál de los contemporáneos o testigos presenciales declara calumnia la acusación de que Fersen fue el amante de María Antonieta? Ni uno solo. Y llama la atención que sean precisamente los más íntimos quienes, con extraña unanimidad, evitan pronunciar siquiera el nombre de Fersen: Mercy, que sin embargo examina tres veces cada alfiler que la reina se prende en el pelo, no menciona ni una sola vez su nombre en sus despachos oficiales; los fieles de la corte escriben siempre solo de «una cierta persona», a la que se habrían entregado cartas. Pero nadie pronuncia su nombre; durante un siglo reina una sospechosa conjura de silencio, y las primeras biografías oficiales se olvidan deliberadamente de mencionarlo siquiera. No se puede, pues, evitar la impresión de que, con posterioridad, se dio una especie de «mot d'ordre» para hacer olvidar del modo más completo posible a este aguafiestas de la leyenda romántica de la virtud.

Así, la investigación histórica se enfrentó durante mucho tiempo a una cuestión difícil. Por todas partes tropezaba con indicios apremiantes de sospecha, y por todas partes la prueba documental decisiva había sido hecha desaparecer por manos diligentes. Sobre la base del material conservado —el ya no conservado contenía las verdaderas pruebas incriminatorias— no pudo constatar un auténtico

in fraganti. Forse che sì, forse che no, quizá, quizá también no, decía, mientras faltaran aún las últimas pruebas concluyentes, la ciencia histórica en el caso Fersen, y cerraba el legajo con el suspiro: no tenemos nada escrito, nada impreso, es decir, no tenemos la única prueba definitiva en nuestro ámbito.

Pero donde termina la investigación estrictamente atada a la evidencia visible, comienza el arte libre y alado de la contemplación del alma; donde falla la paleografía, ha de acreditarse la psicología, cuyas probabilidades conquistadas por la lógica son a menudo más verdaderas que la verdad desnuda de los expedientes y los hechos. ¡Si no tuviéramos más que documentos, qué estrecha, qué pobre, qué llena de lagunas sería la historia! Lo unívoco, lo manifiesto, es el dominio de la ciencia; lo equívoco, lo que aún hay que interpretar y esclarecer, es el territorio propio del arte del alma; donde el material no basta para la prueba escrita, quedan todavía posibilidades inmensas para el psicólogo. El sentimiento sabe de una persona siempre más que todos los documentos.

Pero examinemos primero, una vez más, los documentos. Hans Axel von Fersen, aunque de corazón romántico, era un hombre de orden. Lleva su diario con exactitud pedante; cada mañana anota cuidadosamente el tiempo, la presión atmosférica y, junto a los datos atmosféricos, los sucesos políticos y personales. Lleva además —hombre sumamente metódico— un libro de correspondencia en el que registra por su fecha las cartas recibidas y enviadas. Se toma además notas para sus apuntes, conserva su correspondencia con método: un hombre ideal, en fin, para los investigadores de la historia; pues cuando muere en 1810, deja un registro de toda su vida impecablemente ordenado, un tesoro documental sin igual.

¿Y qué ocurre ahora con ese tesoro? Nada. Ya esto resulta extraño. Su existencia es silenciada cuidadosamente por los herederos —o digamos mejor: con temor—, nadie obtiene acceso a los archivos, nadie se entera de que existen. Por fin, medio siglo después de la muerte de Fersen, un descendiente, un barón Klinckowström, publica la correspondencia y una parte de los diarios.

Pero, curiosamente, ya no está completa. Ha desaparecido una serie de cartas de María Antonieta que el libro de correspondencia registra como cartas de «Josefina», así como el diario de Fersen de los años decisivos, y —lo más curioso de todo— en las cartas, a su vez, líneas enteras han sido sustituidas por puntos suspensivos. Alguna mano ha intervenido con violencia en ese legado. Y siempre que un material epistolar en su día completo es mutilado o destruido por los descendientes, no logramos librarnos de la sospecha de que se han querido oscurecer los hechos con fines de pálida idealización. Pero guardémonos de las ideas preconcebidas. Mantengámonos fríos y justos.

Faltan, pues, pasajes en las cartas, sustituidos por puntos. ¿Por qué? Fueron hechos ilegibles en el original, afirma Klinckowström. ¿Por quién? Probablemente por el propio Fersen. «¡Probablemente!» Pero ¿por qué? A esto responde Klinckowström (en una carta), bastante turbado, que probablemente aquellas líneas contenían secretos políticos u observaciones desagradables de María Antonieta sobre el rey Gustavo de Suecia. Y como Fersen mostraba todas esas cartas —¿todas?— al rey, probablemente —¡probablemente!— habría suprimido de ellas esos pasajes. ¡Curioso! Las cartas estaban en su mayor parte cifradas, de modo que Fersen solo podía presentar al rey copias. ¿Para qué, entonces, mutilar y hacer ilegibles los originales? Ya esto resulta sospechoso. Pero, como se ha dicho, nada de prejuicios.

¡Investiguemos! Examinemos más de cerca esos pasajes hechos ilegibles y sustituidos por puntos. ¿Qué llama la atención? Ante todo, esto: los sospechosos puntos aparecen casi siempre únicamente donde la carta empieza o termina, en el encabezamiento o tras la palabra «Adieu». «Je vais finir», se dice, por ejemplo, es decir: he terminado con los asuntos político-comerciales, ahora viene... no, en la edición mutilada ahora no viene nada, solo puntos, puntos, puntos. Pero si las omisiones están en medio de una carta, se encuentran, curiosamente, siempre en aquellos pasajes que nada tienen que ver con la política. Otro ejemplo: «Comment va votre santé? Je parie que vous ne vous soignez pas et vous avez tort...

pour moi je me soutiens mieux que je ne devrais» —¿podrá algún ser humano en su sano juicio inventarse ahí, en medio, un asunto político? O cuando la reina escribe sobre sus hijos: «Cette occupation fait mon seul bonheur... et quand je suis bien triste, je prends mon petit garçon», novecientas noventa y nueve personas de cada mil rellenarían aquí el hueco, como algo evidente, con «desde que te fuiste de aquí», y no con una observación irónica sobre el rey de Suecia. Las turbadas afirmaciones de Klinckowström no deben, pues, tomarse en serio; aquí se ha suprimido algo distinto de secretos políticos: un secreto humano. Por fortuna, hay un medio de descubrirlo: la microfotografía puede hacer visibles de nuevo, sin dificultad, esas líneas de carta tachadas. ¡Así que vengan los originales!

Pero —¡sorpresa!— los originales ya no existen: hasta hacia 1900, es decir, más de un siglo, las cartas permanecieron bien conservadas y ordenadas en el castillo hereditario de los Fersen. De pronto, desaparecen y son destruidas. Pues la posibilidad técnica de descubrir esos pasajes emborronados debió de ser una pesadilla para el pudibundo barón Klinckowström; así que, sin más, quemó las cartas de María Antonieta a Fersen antes de morir —un acto herostrático sin igual, insensato y, como se verá, además inútil. Pero Klinckowström quería a toda costa mantener, en el caso Fersen, la penumbra en vez de la luz, la leyenda en vez de la verdad clara e incontrovertible. Ahora creía poder morir tranquilo, pues la «honra» de Fersen, el honor de la reina, quedaban a salvo con la eliminación de las pruebas epistolares.

Pero este autodafé fue, según el viejo dicho, más que un crimen: fue una torpeza. En primer lugar, la destrucción de pruebas constituye ya en sí misma una prueba de sentimiento de culpa, y además: una inquietante ley de la criminología quiere que, en toda eliminación apresurada de material probatorio, quede siempre alguna prueba. Y así, Alma Söderhjelm, la excelente investigadora, encontró, al revisar los papeles supervivientes, una copia autógrafa hecha por el propio Fersen de una de aquellas cartas de María Antonieta, que los editores habían pasado por alto en su momento

porque solo se conservaba en copia de Fersen (y la «mano desconocida» probablemente quemó el original). Gracias a este hallazgo tenemos por primera vez un billete íntimo de la reina in extenso, y con él, en nuestras manos, la clave, o mejor dicho el diapasón erótico, de todas las demás cartas. Ahora podemos adivinar lo que el remilgado editor sustituyó por puntos en las otras. Pues también en esta carta figura al final un «Adieu», un adiós; pero luego no vienen tachaduras ni puntos suspensivos, sino que se lee: «Adieu, le plus aimant et le plus aimé des hommes», es decir, en español: «Adiós, el más amante y el más amado de los hombres.»

¡Qué diferente efecto produce en nosotros esta señal! ¿Se entiende ahora por qué los Klinckowström, los Heidenstam y todos los demás juramentados de la «pureza», que probablemente tuvieron en sus manos más documentos de este tipo de los que la posteridad llegará jamás a conocer, se pusieron y se ponen tan visiblemente nerviosos en cuanto se quiere examinar sin prejuicios el caso Fersen? Pues para quien sabe entender los tonos del corazón, no puede haber duda de que una reina que se dirige a un hombre con tanto valor y por encima de toda convención le ha dado ya, desde hacía tiempo, la última prueba de ternura: esta única línea salvada sustituye a todas las demás destruidas. Aunque la destrucción misma no fuera ya una prueba, con esta única palabra salvada queda aportada para quien sabe ver.

¡Pero hay más, y va más lejos! Además de esta carta salvada, hay también en la vida de Fersen una escena que resulta decisiva desde el punto de vista del carácter. Sucede seis años después de la muerte de la reina. Fersen debe representar al gobierno sueco en el Congreso de Rastatt. Entonces Bonaparte declara bruscamente al barón Edelsheim que no negociará con Fersen, cuyas ideas monárquicas conoce, y que además se había acostado con la reina. No dice: que había mantenido relaciones con ella. Sino que dice, desafiante, la palabra casi grosera «se había acostado con la reina». Al barón Edelsheim ni se le ocurre defender a Fersen; también a él le parece el hecho de lo más natural. Así que solo responde, riendo, que creía que esas historias del «ancien régime» estaban ya

liquidadas hacía tiempo, que eso no tenía nada que ver con la política. Y luego va y le cuenta a Fersen toda la conversación. ¿Y Fersen, qué hace? O, mejor dicho, ¿qué debería hacer si la palabra de Bonaparte hubiera sido una mentira? ¿No debería defender de inmediato a la reina muerta contra la acusación —de haber sido injusta—? ¿No gritar: calumnia? ¿No exigir al instante un duelo a espada a ese pequeño general corso recién ascendido, que además elige para su acusación la palabra más grosera y directa? ¿Puede un carácter honrado y recto dejar que se acuse a una mujer de haber sido su amante, si no lo fue realmente? Ahora o nunca tiene Fersen la ocasión, e incluso el deber, de aplastar con la espada desnuda una afirmación que corre en secreto desde hace tiempo, de disipar de una vez por todas el rumor.

Pero ¿qué hace Fersen? Ay, calla. Toma la pluma y anota cuidadosamente en su diario toda la conversación de Edelsheim con Bonaparte, incluida la acusación de que se había «acostado» con la reina. Ni con una sola palabra rebate, ni siquiera en la más profunda intimidad consigo mismo, esa afirmación, esa acusación que, según opinan sus biógrafos, es «infame y cínica». Inclina la cabeza y con ello dice: sí. Cuando, días después, las gacetas inglesas divulgan este incidente y «hablan a este respecto de él y de la desdichada reina», añade «ce qui me choqua», es decir, en español, «lo cual me molestó». Esa es toda la protesta de Fersen, o más bien su no protesta. También aquí un silencio dice más que todas las palabras.

Se ve, pues, que lo que descendientes temerosos trataron de ocultar tan convulsivamente —a saber, que Fersen fue el amante de María Antonieta— nunca lo negó el propio amante. A docenas resultan, de una abundancia de hechos y documentos, otros detalles probatorios: que su hermana le suplica, cuando en Bruselas se muestra públicamente con otra amante, que procure que ella («elle») no se entere de nada, pues se ofendería —con qué derecho, cabe preguntar, si no hubiera sido su amante—; que en el diario está borrado el pasaje donde Fersen anota haber pasado la noche en las Tullerías, en las habitaciones de la reina; que ante el Tribunal Revolucionario declara una doncella que alguien salía con frecuencia

de noche, a escondidas, de la habitación de la reina. Son detalles que solo cobran gravedad porque todos concuerdan de un modo tan inquietantemente unánime; con todo, la prueba extraída de elementos tan dispersos no sería convincente si le faltara la última, la decisiva vinculación con el carácter. Solo desde la totalidad de una individualidad se explica siempre su modo de obrar, pues cada acto de voluntad de una persona reside en la causalidad cerrada de su naturaleza. La cuestión de la probabilidad de una relación apasionada e íntima, o meramente respetuosa y convencional, entre Fersen y María Antonieta se decide, por tanto, en última instancia en la actitud espiritual global de la mujer, y hay que preguntarse, ante todo, más allá de todos los detalles incriminatorios: ¿qué conducta —la entrega libre y apasionada o la negación temerosa— correspondía lógica y caracterológicamente al carácter de la reina? Quien mira desde esta perspectiva no vacila mucho tiempo. Pues frente a todas sus debilidades, María Antonieta opone una gran fuerza: su valor desenfrenado, temerario, verdaderamente soberano. Sincera hasta lo más hondo, incapaz de todo fingimiento, esta mujer se saltó cientos de veces, en ocasiones mucho más nimias, todas las barreras de la convención, indiferente a las habladurías a su espalda. Si solo alcanza verdadera grandeza en los momentos decisivos y culminantes de su destino, nunca fue María Antonieta mezquina, nunca timorata, nunca antepuso ninguna otra forma de honor y moralidad, de moral social o cortesana, a su propia voluntad. ¿Y precisamente con el único hombre al que amó de verdad habría esta mujer valiente hecho de pronto de mojigata, de esposa temerosa y honesta de su Luis, con quien solo la unía la razón de Estado y jamás el amor? ¿Habría sacrificado una pasión al prejuicio social en pleno tiempo apocalíptico, cuando se disuelven todos los lazos de la disciplina y el orden, en el arrebato embriagado y salvaje de la cercanía de la muerte, en medio de todos los horrores de la ruina? ¿Habría ella, a quien nadie pudo contener ni domar, obligado a retroceder de la forma más natural, más femenina, del sentimiento, en nombre de un fantasma, de un matrimonio que nunca fue sino la caricatura de uno real, en nombre de un hombre al que nunca sintió como hombre, en nombre de una costumbre que, con todo el

instinto de libertad de su naturaleza indómita, siempre había odiado? A quien quiera creer esto tan increíble, no se le puede negar el derecho a hacerlo. Pero no desfiguran su imagen quienes atribuyen a María Antonieta audacia y desenfado pleno y libre en su única vivencia de amor apasionado, sino aquellos que quieren imputar a esta mujer intrépida un alma apagada, cobarde, atemorizada por los miramientos y la prudencia, un alma que no se atreve a lo último y sofoca en sí misma lo natural. Para quien, en cambio, es capaz de comprender un carácter solo como unidad, resulta del todo indudable que María Antonieta, así como con toda su alma decepcionada, también con su cuerpo, largo tiempo maltratado y decepcionado, fue la amante de Hans Axel von Fersen.

¿Pero el rey? En todo adulterio, el tercero engañado representa la figura delicada, penosa, ridícula, y bien pudo ser en interés de Luis XVI como se produjo buena parte de los oscurecimientos posteriores de aquella relación triangular. En realidad, Luis XVI no fue en absoluto el cornudo ridículo, pues sin duda tuvo conocimiento de esta relación íntima de Fersen con su esposa. Saint-Priest afirma expresamente: «Ella había encontrado medios y maneras de llevarlo a que tomara conocimiento de su relación con el conde Fersen.»

Esta concepción encaja por completo en el cuadro de la situación. Nada era más ajeno a María Antonieta que la hipocresía y el fingimiento; un engaño solapado a su esposo no corresponde a su actitud espiritual, y tampoco entra en cuestión, dado su carácter, esa mezcla impura tan habitual, esa fea comunidad simultánea entre esposo y amante. No cabe duda de que, en cuanto —relativamente tarde, probablemente solo entre el año quince y el veinte de matrimonio— comenzó por fin su relación íntima con Fersen, María Antonieta puso fin a la relación física con su esposo; esta conjetura, meramente caracterológica, se ve sorprendentemente confirmada por una carta de su hermano el emperador, que en Viena había oído de algún modo que su hermana quería, tras el nacimiento del cuarto hijo, apartarse de Luis XVI: la fecha coincide exactamente con el comienzo de las relaciones más íntimas con Fersen. Quien gusta de ver con claridad, ve, pues, la situación con claridad. María Antonieta,

casada por razón de Estado con un hombre al que no amaba en absoluto y que en modo alguno resultaba atractivo, reprime durante años su necesidad espiritual de amor en favor de esa obligación conyugal. Pero en cuanto ha dado a luz a dos hijos varones, es decir, herederos al trono de sangre borbónica indudable para la dinastía, siente cumplido su deber moral para con el Estado, la ley y su familia, y se siente por fin libre. Tras veinte años sacrificados a la política, en la hora última y trágicamente conmovida, esta mujer tan probada recobra su derecho puro y natural a no seguir negándose al hombre que ama desde hace tiempo, que es para ella todo en uno: amigo y amante, confidente y compañero, valiente como ella misma y dispuesto a corresponder con su propio espíritu de sacrificio al de ella. ¡Qué pobres resultan todas las hipótesis artificiosas sobre la reina dulzonamente virtuosa frente a la clara realidad de su comportamiento, y cuánto rebajan su coraje humano y su dignidad espiritual precisamente quienes quieren defender a toda costa el «honor» regio de esta mujer! Pues nunca es una mujer más honesta y más noble que cuando sigue plena y libremente sus sentimientos infalibles, puestos a prueba durante años, y nunca una reina más regia que cuando actúa de la manera más humana.

La última noche en Versalles

Jamás en la Francia milenaria ha madurado tan deprisa la semilla como en este verano de 1789. Alto crece el trigo en sus tallos, pero más deprisa aún, una vez abonada con sangre, la impaciente semilla de la revolución. Un solo plumazo borra los descuidos de decenios, las injusticias de siglos; ahora se derriba la otra Bastilla invisible en la que sus reyes tenían encarcelados los derechos del pueblo francés. El 4 de agosto se derrumba, entre un júbilo interminable, la vetusta fortaleza opresora del feudalismo: los nobles renuncian a las corveas y los diezmos, los príncipes de la Iglesia al censo y al impuesto de la sal, libres se declaran los campesinos, libres los ciudadanos, libre la prensa, se proclaman los derechos del hombre; este verano ha hecho realidad todos los sueños de Jean-Jacques Rousseau. Los cristales tiemblan, ora de júbilo, ora de disputa, en esta sala de los «Menus Plaisirs» (destinada por los reyes a sus diversiones, y ahora por el pueblo a su derecho): a cien pasos de distancia se oye ya el zumbido incesante de este enjambre humano. Pero mil pasos más allá, en el gran palacio de Versalles, reina un silencio consternado. Espantada, la corte mira por las ventanas hacia ese huésped ruidoso que, aunque solo ha sido convocado para deliberar, ya se dispone a hacer de amo de su señor. ¿Cómo devolver a su casa a este aprendiz de brujo? Sin saber qué hacer, el rey se aconseja con sus ministros, que se contradicen unos a otros; lo mejor, piensan la reina y el rey, es esperar a que esta tormenta se calme por sí sola. Por ahora, solo estarse quieto y mantenerse en un segundo plano. Solo ganar tiempo: entonces todo estará ganado.

Pero la revolución quiere avanzar, tiene que avanzar si no quiere embarrancarse, pues la revolución es movimiento en marea. Detenerse sería para ella la perdición; retroceder, su fin; tiene que exigir, exigir cada vez más para afirmarse, tiene que conquistar para no ser vencida. Quienes tocan los tambores de este avance incesante son los periódicos; estos niños, estos golfillos de la revolución corren, alborotados y sin freno, por delante del verdadero ejército. Un solo plumazo ha dado libertad a la palabra escrita y a la hablada, esa libertad que en su primer arrebato siempre degenera en desmesura y en violencia. Surgen diez, veinte, treinta, cincuenta periódicos. Mirabeau funda uno, Desmoulins, Brissot, Loustalot, Marat también, y como cada cual quiere atraerse lectores a tambor batiente y superar al otro en patriotismo cívico, se desatan sin ningún miramiento; en todo el país no se oye más que a ellos. ¡Cuanto más alto, cuanto más salvaje, mejor, y que se acumule todo el odio contra la corte! Que el rey trama una traición, que el gobierno entorpece el abastecimiento de trigo, que ya se acercan regimientos extranjeros para disolver las asambleas, que amenaza una nueva noche de San Bartolomé. ¡Despertad, ciudadanos! ¡Despertad, patriotas! ¡Rataplán, rataplán, rataplán!, tamborilean los periódicos día y noche, metiendo miedo, desconfianza, rabia y amargura en millones de corazones. Y detrás de los tambores se alza ya, armado de picas y sables y, sobre todo, de una cólera inconmensurable, el ejército hasta ahora invisible del pueblo francés.

Para el rey todo va demasiado deprisa; para la revolución, demasiado despacio: el hombre prudente y corpulento no puede seguir el paso del avance apasionado de ideas tan jóvenes. Versalles vacila y demora: ¡pues adelante, París! Acaba de una vez con este parlamentar interminable, con este insoportable regateo entre el rey y el pueblo, tamborilean los periódicos. Tú tienes cien mil, doscientos mil puños, y en los arsenales aguardan los fusiles, esperan los cañones: sácalos y ve a buscar al rey, a la reina, a Versalles, tómalos y con ellos toma tu destino firmemente en tus manos. En el cuartel general de la revolución, en el palacio del duque de Orleans, el Palais-Royal, se da la consigna: todo está ya

preparado, y uno de los desertores de la corte, el marqués de Huruge, maniobra ya en secreto los preparativos de la expedición.

Pero entre el palacio y la ciudad discurren oscuros pasadizos subterráneos. Los patriotas de los clubes se enteran, por criados sobornados, de todo lo que ocurre en el palacio, y el palacio, a su vez, sabe por sus agentes del ataque que se prepara. En Versalles se decide actuar, y, como los soldados franceses ya no son lo bastante fiables para actuar contra sus propios conciudadanos, se hace venir un regimiento flamenco para proteger el palacio. El primero de octubre las tropas marchan desde sus acuartelamientos hacia Versalles, y para ganarse su afecto la corte les prepara un recibimiento solemne. Se vacía la gran sala de la ópera para dar un banquete, y sin reparar en que en París reina una feroz escasez de alimentos, no se escatiman ni el vino ni los buenos manjares: también la fidelidad, como el amor, pasa a menudo por el estómago. Para entusiasmar aún más a las tropas por su rey, se dirigen a la sala de fiestas —honor jamás visto hasta entonces— el rey y la reina con el Delfín en brazos.

María Antonieta nunca ha entendido el útil arte de ganarse a la gente mediante la astucia consciente, el cálculo o la lisonja. Pero por naturaleza hay impresa en su cuerpo, en su alma, cierta majestad que actúa de forma cautivadora sobre todo el que la ve por primera vez: ni un solo individuo ni la masa han podido sustraerse jamás a esa extraña magia de la primera impresión (que luego se disipa con el trato más cercano). También esta vez, ante la entrada, majestuosa y a la par afable, de esta bella mujer joven, oficiales y soldados saltan de sus asientos, entusiasmados vuelan las espadas fuera de sus vainas, un «vivat» atronador se alza para el soberano y la soberana, y con ello se olvida probablemente aquel otro, el reglamentario, dedicado a la nación. La reina pasa entre las filas. Sabe sonreír de manera encantadora, ser amable con una gracia maravillosamente distante; sabe, como su autocrática madre, como sus hermanos, como casi todos los Habsburgo (y este arte se ha transmitido en la aristocracia austríaca), ser cortés y cercana del modo más natural precisamente con la gente más humilde, sin dejar

por ello de albergar en su interior una soberbia inconmovible, y sin resultar por eso condescendiente. Con una sonrisa de sincera dicha —pues hacía tanto que no oía este «Vive la Reine!»—, recorre con sus hijos la mesa del banquete, y la visión de esta mujer bondadosa y llena de gracia, esta mujer verdaderamente regia que viene a ellos, a los rudos soldados, como invitada, sume a oficiales y tropa en un éxtasis de fidelidad a la corona: en esta hora, cada uno de ellos está dispuesto a morir por María Antonieta. Pero también la reina se siente dichosa al abandonar este bullicioso corro; con el brindis de bienvenida que le ofrecen ha vuelto a beber también el vino dorado de la confianza: todavía hay fidelidad, todavía hay seguridad para el trono en Francia.

Pero al día siguiente ya redoblan los tambores de los periódicos patrióticos: rataplán, rataplán, rataplán, la reina y la corte han contratado asesinos contra el pueblo. Se ha embriagado a los soldados con vino tinto para que derramen dócilmente la roja sangre de sus conciudadanos, oficiales serviles han pisoteado y escarnecido la escarapela tricolor, se han cantado canciones serviles —y todo esto bajo la sonrisa desafiante de la reina—. ¿Todavía no os dais cuenta, patriotas? Se quiere asaltar París, los regimientos ya marchan. ¡Así que en pie, ciudadanos, en pie para el último combate, en pie para la decisión! ¡Reuníos, patriotas! —rataplán, rataplán, rataplán…

Dos días después, el 5 de octubre, estalla el tumulto en París. Estalla, y esto forma parte de los muchos secretos impenetrables de la Revolución francesa, sin que se sepa bien cómo llegó a estallar. Pues este tumulto, en apariencia elemental, se revela organizado con una previsión admirable, empleado con una habilidad política insuperable; el tiro sale tan derecho y tan certero desde el punto exacto hacia el blanco exacto, que tienen que haberlo disparado manos muy hábiles, muy expertas, muy diestras y muy avezadas. Ya fue esta una idea maestra, digna de un psicólogo como Choderlos de Laclos —que dirige precisamente en el Palais-Royal, para el duque de Orleans, la campaña por la corona—: sacar al rey de Versalles por la fuerza, no con un ejército de hombres, sino con una tropa de

mujeres. A los hombres se los puede llamar amotinados y rebeldes; contra los hombres dispara, obediente, un soldado bien mandado. Pero las mujeres, en los levantamientos populares, siempre parecen solo desesperadas; ante su pecho tierno retrocede la bayoneta más afilada, y además, los instigadores lo saben bien, un hombre tan medroso y sentimental como el rey jamás dará orden de apuntar los cañones contra mujeres. Así que primero se tensa al máximo la excitación, haciendo que —de nuevo no se sabe por qué manos ni mediante qué maquinaciones— se retenga artificialmente durante dos días el abastecimiento de pan a París, para que surja el hambre, ese resorte único de la cólera popular. Y luego, en cuanto el remolino se pone en marcha, ¡que vengan rápido las mujeres, que las mujeres pasen a la primera fila!

En efecto, es una mujer joven —se afirma que llevaba las manos cargadas de anillos— quien, la mañana del 5 de octubre, irrumpe en un cuerpo de guardia y se apodera de un tambor. Tras ella se congrega en un instante una columna de mujeres que afluyen a toda prisa, gritando a voces que quieren pan. El tumulto ya está ahí; pronto se mezclan hombres disfrazados entre el gentío y dan a la corriente bramante la dirección predeterminada hacia el Ayuntamiento. Media hora después está tomado, se roban pistolas y picas e incluso dos cañones, y de pronto —¿quién lo encargó, quién lo influyó?— aparece un jefe, de nombre Maillard, que ordena esta masa arremolinada sin orden en un ejército y la incita a marchar hacia Versalles, en apariencia por pan, en realidad para ir a buscar al rey a París. Demasiado tarde, como siempre —es la fatalidad de este hombre de noble fe y honradamente torpe, ir siempre una hora por detrás de los acontecimientos—, llega Lafayette, el comandante de la Guardia Nacional, sobre su caballo blanco. Su tarea sería, naturalmente —y él querría cumplirla lealmente—, impedir la marcha, pero sus soldados no lo siguen. Así que no le queda más remedio que marchar con su Guardia Nacional detrás del ejército de mujeres, para revestir a posteriori la revuelta abierta con una apariencia de legalidad. No es un cargo honroso, bien lo sabe el viejo entusiasta de la libertad, y no se alegra de su misión. Sobre su

célebre caballo tordo, Lafayette trota sombrío detrás del ejército revolucionario de las mujeres, símbolo de la razón humana, fría, calculadora, lógica pero impotente, que se esfuerza en vano por dar alcance a la magnífica pasión ilógica de los elementos.

La corte de Versalles no sospecha nada, hasta el mediodía, del peligro que avanza con mil cabezas. Como todos los días, el rey ha hecho ensillar su caballo de caza y ha ido a cabalgar por los bosques de Meudon; la reina, por su parte, ha ido sola a pie a Trianón muy de mañana. ¿Qué va a hacer en Versalles, ese palacio inmenso del que hace tiempo han huido la corte y los mejores amigos, y donde, al lado, en la Asamblea Nacional, los «factieux» presentan cada día nuevas mociones llenas de encono contra ella? Ay, está cansada de todo este encono, de esta lucha en el vacío, cansada de la gente, cansada incluso de ser reina. Solo descansar ahora, solo sentarse en silencio unas horas, sin gente, lejos de toda política, en el parque otoñal al que el sol de octubre cubre de cobre las hojas! Solo coger en silencio las últimas flores de los arriates antes de que llegue el invierno, el terrible invierno, y quizá todavía dar de comer a las gallinas y a los peces de colores chinos del pequeño estanque. Y luego descansar, descansar por fin de tantas agitaciones y perturbaciones; no hacer nada, no querer nada, solo estar sentada ahí, con las manos sueltas, en la gruta, con su sencillo vestido matinal, un libro abierto sobre el banco sin leerlo, sentir la gran fatiga de la naturaleza y el otoño en su propio corazón.

Así está sentada la reina en la gruta, en el banco de piedra —hace tiempo que ha olvidado que en otro tiempo la llamaban la «gruta del amor»—, cuando ve venir por el camino a un paje con una carta en la mano. Se levanta y va a su encuentro. La carta es del ministro Saint-Priest y anuncia que el populacho marcha hacia Versalles, que la reina debe volver sin demora al palacio. Recoge deprisa su sombrero y su capa y se apresura hacia allá con su paso, aún juvenil y ligero, tan deprisa probablemente que ya ni vuelve la mirada hacia el pequeño palacio amado ni hacia el paisaje construido artificialmente con tanto esmero y juego. Pues ¿cómo va a sospechar que ha visto por última vez en su vida estos prados

tiernos, esta colina delicada con el templo del amor y el estanque otoñal, su Hameau, su Trianón, que esta ha sido ya la despedida para siempre?

En el palacio, María Antonieta encuentra a los nobles y a los ministros presa de una agitación desorientada. Solo llegan rumores inciertos de la marcha desde París, traídos por un criado que se ha adelantado; a todos los mensajeros posteriores las mujeres los han retenido por el camino. Entonces, por fin, un jinete llega a todo galope, salta de su caballo cubierto de espuma y sube presuroso la escalera de mármol: es Fersen. Al primer indicio del peligro, él, siempre dispuesto al sacrificio, ha saltado a la silla y se ha adelantado al galope tendido al ejército de mujeres, a las «ocho mil Judiths», como las llama grandilocuentemente Camille Desmoulins, para estar junto a la reina en el momento del peligro. Por fin aparece también el rey en el consejo. Lo han encontrado en el bosque, cerca de la Porte de Châtillon, y han tenido que interrumpirle en su placer favorito. Esa noche, contrariado, su diario registrará un pobre resultado de caza, con la anotación: «Interrumpido por los acontecimientos».

Ahora está ahí, consternado, con sus ojos temerosos, y ahora, cuando ya todo se ha dejado pasar, cuando en la confusión general se ha olvidado cortar el puente de Sèvres a la vanguardia de la rebelión, se empieza a deliberar. Todavía quedan dos horas, todavía habría tiempo de sobra para una decisión enérgica. Un ministro propone que el rey monte a caballo y salga al encuentro de la masa indisciplinada al frente de los dragones y de los regimientos flamencos: su sola aparición obligaría a la horda de mujeres a retirarse. Los más prudentes, por su parte, aconsejan que el rey y la reina abandonen de inmediato el palacio y se dirijan a Rambouillet, de modo que el golpe artero planeado contra el trono se quede en el vacío. Pero Luis, eterno indeciso, vacila. Una vez más deja que los acontecimientos le alcancen por incapacidad de decidirse, en lugar de salirles al paso.

La reina permanece de pie, con los labios apretados, en medio de estos hombres desorientados, ninguno de los cuales es un verdadero hombre. Por instinto sabe que toda violencia tiene que triunfar, porque desde que se derramó la primera sangre todos se tienen miedo unos a otros: «Toute cette révolution n'est qu'une suite de la peur». Pero ¡cómo va a asumir ella sola la responsabilidad de todo y de todos! Abajo, en el patio, están enganchadas las carrozas; en una hora la familia real, con los ministros y la Asamblea Nacional —que ha jurado seguir al rey adondequiera que vaya—, podría estar en Rambouillet. Pero el rey sigue sin dar la señal de partida. Los ministros insisten cada vez con más ahínco, sobre todo Saint-Priest: «Si mañana lo llevan a París, Sire, la corona está perdida». Necker, por su parte, a quien le importa más su popularidad que la conservación de todos los reinos, se opone, y entre dos opiniones el rey sigue siendo, como siempre, un péndulo que oscila sin voluntad propia. Va cayendo la tarde poco a poco, y abajo, en la tormenta que entretanto ha estallado, los caballos siguen piafando impacientes, los lacayos llevan horas esperando junto a la portezuela del carruaje, y se sigue y se sigue deliberando.

Pero entonces ya resuena, confuso y con cien voces, un estruendo que sube por la Avenue de Paris. Ya están aquí. Con los delantales echados sobre la cabeza para protegerse de la lluvia torrencial, masa de mil cabezas en la oscuridad de la noche, avanzan pisando fuerte las amazonas de Les Halles. La guardia de la revolución está ante Versalles. Es demasiado tarde.

Caladas hasta los huesos, hambrientas y ateridas, con los zapatos llenos del barro reblandecido de la calzada, marchan ya las mujeres hacia allí. Estas seis horas no han sido un paseo de placer, aunque por el camino hayan visitado a la fuerza las tabernas de aguardiente y hayan calentado un poco su estómago que ruge de hambre. Las voces de las mujeres berrean roncas y destempladas, y lo que gritan suena poco amistoso para la reina. Su primera visita es para la Asamblea Nacional. Esta lleva reunida desde primera hora de la mañana, y a algunos de sus miembros, los precursores del duque de

Orleans, esta marcha de amazonas no les coge del todo por sorpresa.

De momento las mujeres solo piden pan a la Asamblea Nacional: según lo previsto, por ahora ni una palabra de ir a buscar al rey a París! Así que se decide enviar al palacio una diputación de mujeres, acompañada por el presidente de Mounier y algunos diputados. Las seis mujeres elegidas se dirigen al palacio; los lacayos abren cortésmente las puertas a estas modistillas, pescaderas y ninfas de la calle; con todos los honores, la extraña delegación es conducida por la gran escalera de mármol hasta unas salas en las que antes solo podía entrar una nobleza de sangre azul y siete veces cribada. Entre los diputados que acompañan al presidente de la Asamblea Nacional hay también un señor apuesto, corpulento y de aspecto jovial, que no llama demasiado la atención. Pero su nombre da a este primer encuentro con el rey un peso simbólico. Pues con el doctor Guillotin, diputado de París, la guillotina hace el 5 de octubre su primera visita de cortesía a la corte.

El bondadoso Luis recibe a las damas con tanta amabilidad que la portavoz, una muchacha joven que a los habituales del Palais-Royal les ofrece flores y probablemente también algo más, cae desmayada de puro apuro. Se la reanima con esmero, el buen padre de la patria abraza a la muchacha asustada, promete a las mujeres entusiasmadas pan y todo lo que quieran, e incluso pone a su disposición sus propias carrozas para el regreso. Todo parece haber salido de maravilla, pero abajo, azuzada por los agentes secretos, la tropa de mujeres recibe a su propia diputación con gritos de rabia: que se habría dejado sobornar con dinero, contentar con mentiras. No habían caminado seis horas desde París bajo el aguacero para volver luego trotando a casa con el estómago vacío y promesas huecas. No: se quedarían allí y no se marcharían hasta llevarse a París al rey, a la reina y a toda la banda, donde ya se les quitaría el vicio de la doblez y las dilaciones. Sin ningún miramiento, las mujeres irrumpen en la Asamblea Nacional para dormir allí, mientras las profesionales entre ellas, sobre todo Théroigne de Méricourt, se ganan la complacencia de los soldados del regimiento flamenco.

Rezagados de mal cariz han venido a aumentar el número de los amotinados, y figuras peligrosas rondan las verjas a la luz incierta y escasa de los faroles de aceite.

Arriba, la corte todavía no se ha decidido. ¿No convendría, después de todo, huir? Pero ¿cómo aventurarse con las pesadas carrozas a través de esta multitud enardecida? Es demasiado tarde. Por fin, por fin, hacia la medianoche se oyen tambores a lo lejos: Lafayette se acerca. Su primera visita es para la Asamblea Nacional; la segunda, para el rey. Aunque se inclina con sincera devoción y dice: «Sire, he venido dispuesto a jugarme la vida para salvar la de Vuestra Majestad», nadie se lo agradece, y menos que nadie María Antonieta. El rey declara que ya no tiene intención de partir ni de alejarse de la Asamblea Nacional. Ahora todo parece resuelto. El rey ha dado su palabra, Lafayette y el poder armado del pueblo están allí para protegerlo, así que los diputados se van a casa, las guardias nacionales y los insurgentes buscan refugio de la lluvia que cala hasta los huesos en los cuarteles y las iglesias, incluso bajo los arcos de los portales y en escalinatas abovedadas. Poco a poco se apagan las últimas luces, y, después de pasar revista a todos los puestos una vez más, Lafayette, aunque ha prometido velar por la seguridad del rey, se acuesta a las cuatro de la madrugada en el Hôtel de Noailles. También la reina y el rey se retiran a sus aposentos; no sospechan que se han ido a descansar por última vez en el palacio de Versalles.

El coche fúnebre de la monarquía

El viejo poder, la monarquía, y sus guardianes, los aristócratas, se han ido a dormir. Pero la revolución es joven, tiene la sangre ardiente e indómita, no necesita descanso, espera impaciente el día y la acción. En torno a las hogueras, en mitad de las calles, se agrupan los soldados del levantamiento parisino que no han encontrado alojamiento; nadie sabe explicar por qué siguen en Versalles y no en sus casas, en sus camas, ya que el rey ha prometido y aceptado obedientemente todo. Pero una voluntad subterránea sostiene y domina a este enjambre inquieto. De puerta en puerta se deslizan sombras de figuras que dan órdenes secretas, y a las cinco de la madrugada, cuando el palacio yace todavía en la oscuridad y el sueño, algunos grupos, guiados por una mano que sabe, se cuelan dando rodeos por el patio de la capilla hasta debajo de las ventanas del palacio. ¿Qué quieren? ¿Y quién guía a estas figuras equívocas, quién las empuja hacia allí, quién las impulsa hacia un fin todavía no reconocible pero bien calculado? Los instigadores permanecen en la sombra; el duque de Orleans y el hermano del rey, el conde de Provenza, han preferido —y quizá saben por qué— no estar esta noche en el palacio junto a su legítimo rey. Sea como sea: de pronto restalla un disparo, uno de esos tiros provocadores siempre necesarios para un choque deliberado. De inmediato afluyen amotinados por todas partes, decenas, cientos, miles, armados con picas y azadas y fusiles, los regimientos de mujeres y los hombres disfrazados de mujeres. El asalto lleva una dirección recta como una vela: ¡hacia los aposentos de la reina! Pero ¿cómo es que las pescaderas de París, las mujeres

de Les Halles, que nunca han puesto los pies en Versalles, encuentran de un modo tan extrañamente seguro, en este palacio completamente enrevesado, con sus decenas de escaleras y sus cientos de habitaciones, la escalera correcta al instante? De un solo empujón, la ola de mujeres y hombres disfrazados anega la escalera hacia los aposentos de la reina. Unos pocos guardias de corps intentan cerrarles el paso; dos son derribados y asesinados con barbarie; un hombre grande y barbudo, a la vista de todos, decapita los cadáveres, cuyas cabezas, pocos minutos después, bailan chorreando sangre en la punta de picas enormes.

Pero los sacrificados han cumplido su deber. Su grito de muerte, agudo, ha despertado a tiempo el palacio. Uno de los tres guardias de corps ha logrado zafarse; sube herido corriendo por la escalera y grita con voz estridente en la hueca caracola de mármol de la casa: «¡Salvad a la reina!».

Ese grito la salva, en efecto. Una camarera se sobresalta, corre a la alcoba para avisar a la reina. Ya retumban fuera, bajo hachas y hachuelas, las puertas que los guardias de corps han cerrado a toda prisa. No queda tiempo ya para ponerse medias y zapatos; María Antonieta solo se echa una falda encima de la camisa, un chal sobre los hombros. Así, descalza, las medias en la mano, corre con el corazón desbocado por el pasillo que lleva al Œil-de-Bœuf y, a través de esta amplia sala, a los aposentos del rey. Pero ¡qué espanto! La puerta está cerrada con llave. La reina y sus camareras golpean desesperadas con los puños, golpean y golpean, pero la puerta implacable permanece cerrada. Durante cinco minutos, cinco minutos terriblemente largos, mientras al lado aquellos asesinos a sueldo ya están forzando las habitaciones, revolviendo camas y armarios, la reina tiene que esperar hasta que por fin un criado, al otro lado de la puerta, oye los golpes y la libera; solo entonces puede María Antonieta huir a los aposentos de su esposo, y al mismo tiempo la gobernanta trae al Delfín y a la hija de la reina. La familia está reunida, la vida está a salvo. Pero nada más que la vida.

Por fin también se despierta el durmiente, a quien no debería haberse entregado a Morfeo esta noche, y a quien por eso desde esa hora se le cuelga, con desprecio, el apodo de «Général Morphée»: Lafayette; ve lo que ha causado su liviana credulidad. Ya solo con ruegos y conjuros, no ya con la autoridad de quien manda, logra salvar de la matanza a los guardias de corps apresados, y solo a costa de un esfuerzo extremo consigue expulsar de nuevo al populacho de los aposentos. Ahora, en cuanto pasa el peligro, aparecen también, bien afeitados y empolvados, el conde de Provenza, hermano del rey, y el duque de Orleans; curiosamente, muy curiosamente, la muchedumbre exaltada les concede a ambos respetuoso espacio. Ahora puede comenzar el Consejo de la Corona. Pero ¿qué queda ya por deliberar? La muchedumbre, diez mil personas, tiene el palacio como una cáscara de nuez pequeña, delgada y quebradiza, apretada en su puño negro y manchado de sangre; de este abrazo ya no hay huida ni escapatoria posible. Se acabaron las negociaciones y los pactos del vencedor con el vencido; con un grito de mil voces, la masa truena ante las ventanas la exigencia que ayer y hoy le han susurrado en secreto los agentes de los clubes: «¡El rey a París! ¡El rey a París!». Los cristales retumban con el embate de estas voces amenazadoras, y los retratos de los antepasados reales se estremecen, espantados, en las paredes del viejo palacio.

Ante este grito imperioso, el rey dirige una mirada interrogante a Lafayette. ¿Debe obedecer, o mejor dicho: tiene ya que obedecer? Lafayette baja los ojos. Desde ayer, este dios del pueblo sabe de su propia caída del pedestal. El rey aún espera poder demorarlo: para entretener a esta muchedumbre furiosa, para arrojarle al menos un bocado a su hambre desatada de triunfo, decide salir al balcón. Apenas aparece el buen hombre, la multitud estalla en vivos aplausos: siempre aclama al rey cuando lo ha vencido. ¿Y por qué no aclamarlo, si un soberano se presenta ante ella con la cabeza descubierta y saluda amablemente con la cabeza hacia el patio, donde acaban de cortar la cabeza a dos de sus defensores como a terneros degollados y clavarla en picas? Pero a este hombre

flemático, tampoco arrebatado en materia de honor, ningún sacrificio moral le cuesta verdaderamente caro; y si tras esta autohumillación suya el pueblo se hubiera vuelto tranquilamente a casa, probablemente una hora después se habría montado a caballo para ir de caza con toda calma, a fin de recuperar lo que ayer se había visto obligado a perderse por los «acontecimientos». Sin embargo, el pueblo no se contenta con este único triunfo; en la embriaguez de su propia exaltación quiere un vino todavía más ardiente, todavía más fogoso. ¡Que salga también ella, la reina, la orgullosa, la dura, la insolente, la inflexible austríaca! Que salga también ella, y precisamente ella, la arrogante, que doble la cabeza bajo el yugo invisible. Los gritos se hacen cada vez más salvajes, los pies patean cada vez más enloquecidos, el clamor resuena cada vez más ronco: «¡La reina, la reina al balcón!». María Antonieta, pálida de ira, los labios apretados, no mueve un pie. Lo que le paraliza el paso y le descolora la mejilla no es en absoluto el miedo a los fusiles quizá ya apuntados, a las piedras y los insultos, sino el orgullo, el sentimiento de dignidad heredado e indestructible de esta cabeza, de esta nuca, que jamás se han doblado ante nadie. Todos la miran, azorados. Por fin, cuando los cristales ya tiemblan de tanto furor y de un momento a otro van a silbar las piedras, Lafayette se acerca a ella: «Madame, es necesario, para calmar al pueblo». «Entonces no vacilo», responde María Antonieta, y toma a sus dos hijos de la mano, uno a cada lado. Con la cabeza erguida, el labio fuertemente apretado, sale al balcón. Pero no como una suplicante que pide clemencia, sino como un soldado que marcha al ataque, con la voluntad resuelta de morir bien y sin pestañear. Se muestra, pero no se doblega. Y precisamente esta actitud erguida resulta sobrecogedora. Dos corrientes de fuerza se encuentran en estas dos miradas, la de la reina y la del pueblo, y la tensión vibra con tal intensidad que, durante un minuto, en la inmensa plaza reina un silencio de muerte absoluto. Nadie sabe cómo se romperá este primer silencio, tenso hasta desgarrarse, de asombro y de espanto; si en un aullido de furia, en un disparo de fusil o en una granizada de piedras. Entonces Lafayette, siempre audaz en los grandes momentos, se acerca a su

lado, se inclina ante la reina con gesto caballeresco y le besa la mano.

Este gesto rompe de golpe la tensión. Ocurre lo más sorprendente: «¡Viva la reina! ¡Viva la reina!», retumba con mil voces sobre la plaza. Sin quererlo, ese mismo pueblo que hacía un instante se deleitaba con la debilidad del rey aclama ahora el orgullo, el desafío inquebrantable de esta mujer que ha demostrado que no corteja su favor con ninguna sonrisa forzada ni ningún saludo cobarde.

En la sala, todos rodean a María Antonieta cuando se retira del balcón y la felicitan, como si hubiera escapado de un peligro de muerte. Pero ella, ya una vez decepcionada, no se deja engañar por este tardío grito de júbilo del pueblo: «¡Viva la reina!». Tiene lágrimas en los ojos cuando le dice a Madame Necker: «Sé que nos obligarán, al rey y a mí, a ir a París, y que llevarán delante las cabezas de nuestros guardias de corps clavadas en sus picas».

María Antonieta ha sentido bien las cosas. El pueblo ya no se conforma con una reverencia. Antes destrozará esta casa piedra a piedra y cristal a cristal que renunciar a su voluntad. No en vano han puesto en marcha los clubes esta máquina enorme, no en vano han marchado estos miles durante seis horas bajo la lluvia. El murmullo empieza de nuevo a hincharse peligrosamente, y la Guardia Nacional, acudida para proteger el palacio, ya se muestra sinceramente inclinada a asaltarlo junto con las masas. Entonces la corte cede por fin. Desde el balcón y por las ventanas se arrojan papeles escritos anunciando que el rey está decidido a trasladarse a París con su familia. El pueblo no ha querido más. Ahora los soldados apoyan sus fusiles, los oficiales se mezclan con el pueblo, la gente se abraza, aclama, grita, las banderas ondean sobre la muchedumbre, y a toda prisa se envían por delante hacia París las picas con las cabezas ensangrentadas. Esta amenaza ya no es necesaria.

A las dos de la tarde se abren las grandes verjas doradas del palacio. Una enorme calesa tirada por seis caballos arrastra al rey, a

la reina y a toda la familia sobre el empedrado desigual, sacándolos para siempre de Versalles. Un capítulo de la historia universal, un milenio de autocracia real, ha terminado en Francia.

Bajo una lluvia torrencial, azotada por el viento, había partido la revolución al combate el 5 de octubre para ir a buscar a su rey. A su victoria del 6 de octubre la saluda un día radiante. El aire, límpido de otoño; el cielo, de seda azul; ningún viento agita las hojas doradas de los árboles; es como si la naturaleza contuviera el aliento, curiosa, para contemplar este espectáculo único en siglos: un pueblo que rapta a su rey. ¡Pues qué espectáculo, este regreso de Luis XVI y María Antonieta a su capital! Mitad cortejo fúnebre, mitad farsa de carnaval, entierro de la monarquía y carnaval del pueblo. Y sobre todo, ¡qué nueva y extravagante etiqueta a la moda! Ya no corren delante del carruaje del rey, como antes, los lacayos galoneados; ya no cabalgan a derecha e izquierda los halconeros sobre sus tordos ni la guardia de corps con sus casacas entorchadas; ya no rodea la nobleza en ropajes de gala la carroza festiva, sino que una corriente sucia y desordenada arrastra en su seno la triste calesa como un pecio naufragado. Delante, la Guardia Nacional con uniformes desastrados, no en filas ordenadas sino del brazo, la pipa en la boca, riendo y cantando, cada uno con una hogaza de pan clavada en la punta de la bayoneta. Entre medias, las mujeres, sentadas a horcajadas sobre los cañones, compartiendo la silla con dragones complacientes, o marchando a pie, del brazo con obreros y soldados, como si fueran a un baile. Detrás de ellos traquetean los carros con harina de las reservas reales, custodiados por dragones, y sin cesar la cabalgata galopa de un lado a otro, aclamando con voz clara a los curiosos, sable en alto y fanática, la caudilla de las amazonas, Théroigne de Méricourt. En medio de este bullicio espumeante flota, gris de polvo, la mísera y lúgubre carroza en la que, apretujados, van Luis XVI, el descendiente pusilánime de Luis XIV, y María Antonieta, hija trágica de María Teresa, sus hijos y la gobernanta, con las cortinillas medio bajadas. Les siguen, al mismo paso de duelo, las carrozas con los príncipes reales, la corte, los diputados y unos pocos amigos que han seguido siendo fieles: el viejo poder de

Francia, arrastrado por el nuevo, que hoy pone a prueba por primera vez su fuerza irresistible.

Seis horas dura este cortejo fúnebre desde Versalles hasta París. De todas las casas sale gente en tropel a su paso. Pero los espectadores no se descubren respetuosamente ante los vencidos con tal ignominia, solo se apiñan curiosos y en silencio, todos quieren haber visto al rey y a la reina en su humillación. Con gritos de triunfo muestran las mujeres su presa: «Los traemos de vuelta, al panadero, a la panadera y al pequeño aprendiz de panadero. Ahora se acabó el hambre.» María Antonieta oye todos esos gritos de odio y de escarnio y se hunde en el fondo de la carroza, para no ver nada y no ser vista. Tiene los ojos velados. Quizá recuerde, en este largo trayecto de seis horas interminables, los innumerables otros, los alegres y ligeros trayectos por esta misma carretera, a solas con la Polignac en el cabriolé camino del baile de máscaras, de la ópera, de las cenas, y de vuelta al alba grisácea. Quizá busque también con la mirada, entre los guardias, a aquel que, disfrazado, acompaña a caballo el cortejo: Fersen, el único amigo verdadero. Quizá no piense en nada y esté solo cansada, solo exhausta, pues lenta, lentamente ruedan las ruedas, y avanzan, ella lo sabe, inexorablemente al encuentro de la fatalidad.

Por fin se detiene el coche fúnebre de la monarquía ante las puertas de París: aquí aguarda todavía al político difunto la solemne unción. A la luz vacilante de las antorchas, el alcalde Bailly recibe al rey y a la reina y ensalza este 6 de octubre, que convierte a Luis para siempre en súbdito de sus súbditos, como un «hermoso día». «Qué hermoso día», dice con énfasis, «pues los parisinos pueden poseer en su ciudad a Su Majestad y a la familia real.» Hasta el insensible rey siente este aguijón atravesar su piel de elefante, y se defiende brevemente: «Espero, señor, que mi estancia traiga la paz, la concordia y la sumisión a las leyes.» Pero aún no se deja descansar a los mortalmente extenuados. Todavía tienen que ir al ayuntamiento, para que todo París pueda contemplar su presa. Bailly transmite las palabras del rey: «Siempre me veo con placer y confianza en medio de los habitantes de mi buena ciudad de París»,

pero al hacerlo olvida repetir la palabra «confianza». Con sorprendente presencia de ánimo, la reina advierte el olvido. Comprende lo importante que es, con esa palabra «confianza», imponer también una obligación al pueblo sublevado. En voz alta recuerda que el rey también ha expresado su confianza. «Ya lo oyen, señores», dice Bailly, recobrándose con rapidez, «esto es aún mejor de lo que yo mismo hubiera dicho.»

Por último, se lleva a los forzados hasta las ventanas. Se acercan antorchas a derecha e izquierda, muy cerca de sus rostros, para que el pueblo pueda cerciorarse de que no son muñecos disfrazados, sino de verdad el rey y la reina a quienes se ha traído de Versalles. Y el pueblo está entusiasmado, embriagado por completo con su inesperada victoria: ¿por qué no ser magnánimo ahora? El grito, largo tiempo enmudecido, «¡Viva el rey, viva la reina!» retumba una y otra vez sobre la plaza de Grève, y, como recompensa, se permite ahora a Luis XVI y a María Antonieta dirigirse a las Tullerías sin escolta militar, para descansar por fin de este día terrible y para medir hasta qué abismo los ha precipitado.

Los coches, cubiertos de polvo y todavía ardientes, se detienen ante un palacio oscuro y abandonado. Desde Luis XIV, desde hace ciento cincuenta años, la corte no ha habitado ya la antigua residencia de los reyes, las Tullerías; las habitaciones están desiertas, los muebles retirados, faltan camas y luces, las puertas no cierran, el aire frío entra por los cristales rotos de las ventanas. Apresuradamente se intenta improvisar, a la luz de velas prestadas, un lecho medianamente digno para la familia real, caída del cielo como un meteoro. «Qué feo es todo aquí, mamá», dice al entrar el Delfín, de cuatro años y medio, criado en el esplendor de Versalles y Trianón, acostumbrado a candelabros resplandecientes y espejos centelleantes, a la riqueza y al fasto. «Hijo mío», responde la reina, «aquí vivió Luis XIV y se encontraba bien. No debemos ser más exigentes que él.» Sin queja alguna, en cambio, Luis el Indiferente se acomoda en su incómodo lecho nocturno. Bosteza y dice con indolencia a los demás: «Que cada cual se instale como pueda. Por mi parte, estoy satisfecho.»

María Antonieta, en cambio, no está satisfecha. Nunca considerará esta casa, que no ha elegido libremente, sino como una prisión, nunca olvidará de qué manera tan humillante la han arrastrado hasta aquí. «Nunca se podrá creer», escribe con mano presurosa al fiel Mercy, «lo que ha ocurrido en las últimas veinticuatro horas. Se diga lo que se diga, nada será exagerado y, al contrario, quedará muy por debajo de lo que hemos visto y padecido.»

Toma de conciencia

En 1789 la revolución no es en absoluto consciente de su propia fuerza, e incluso se asusta a veces de su propio arrojo: también esta vez ocurre así; la Asamblea Nacional, los concejales de París, toda la ciudadanía, en el fondo del corazón todavía lealmente monárquica, se muestran más bien horrorizados ante el golpe de mano de la horda de amazonas que ha entregado al rey, indefenso, en sus propias manos. Por vergüenza hacen todo lo imaginable para difuminar la ilegalidad de este brutal acto de violencia, y se esfuerzan unánimemente por convertir, a posteriori, el secuestro de la familia real en un mentiroso traslado «voluntario». Compiten conmovedoramente por esparcir las rosas más hermosas sobre la tumba de la autoridad real, con la secreta esperanza de ocultar así que la monarquía, en realidad, está desde el 6 de octubre para siempre muerta y amortajada. Delegación sigue a delegación para asegurar al rey una fidelidad más profunda. El Parlamento envía treinta miembros, el municipio de París le presenta sus respetuosos homenajes, el alcalde se inclina ante María Antonieta con estas palabras: «La ciudad es feliz de ver a Vuestra Majestad en el palacio de sus reyes, y desea que el rey y Vuestra Majestad tengan a bien concederle la gracia de elegirla como residencia permanente.» Con igual reverencia se presentan la Grande Chambre, la Universidad, la Cámara de Cuentas, el Consejo de la Corona y, por fin, el 20 de octubre, la Asamblea Nacional entera, y ante las ventanas se agolpan a diario grandes masas de pueblo gritando: «¡Viva el rey! ¡Viva la reina!» Todo el mundo hace todo lo posible por manifestar al monarca su alegría por el «traslado voluntario».

Pero María Antonieta, siempre incapaz de disimular, y el rey, dócil a ella, se resisten con una obstinación humanamente comprensible, pero políticamente del todo insensata, a este maquillaje rosado de los hechos. «Podríamos estar bastante satisfechos si pudiéramos olvidar de qué manera hemos llegado aquí», escribe la reina al embajador Mercy. Pero en realidad no puede ni quiere olvidarlo en absoluto. Ha sufrido demasiada afrenta: la han arrastrado a la fuerza hasta París, han asaltado su palacio de Versalles, han asesinado a sus guardias de corps, sin que la Asamblea Nacional, sin que la Guardia Nacional movieran un dedo. La han encerrado por la fuerza en las Tullerías, y el mundo entero debe conocer esta profanación de los derechos sagrados de un monarca. Ambos subrayan sin cesar, y de manera deliberada, su propia derrota: el rey renuncia a la caza, la reina no acude al teatro, no se dejan ver por las calles, no salen a pasear, y desaprovechan así la importante ocasión de hacerse de nuevo populares en París. Pero este obstinado enclaustramiento crea un precedente peligroso. Pues al declararse la corte violentada, convence al pueblo de su propia fuerza; al proclamar el rey constantemente que es el más débil, acaba siéndolo de verdad. No es el pueblo, no es la Asamblea Nacional, sino el rey y la reina quienes han cavado el invisible foso de fortaleza en torno a las Tullerías; son ellos mismos quienes, por una necia obstinación, convierten en cautiverio la libertad que todavía nadie les disputaba.

Pero si la corte considera las Tullerías tan grandilocuentemente como una prisión, que sea al menos una prisión real. Ya en los días siguientes, enormes carros traen los muebles de Versalles, y carpinteros y tapiceros martillean hasta bien entrada la noche en las habitaciones. Pronto se reúnen en la nueva residencia los antiguos funcionarios de la corte, salvo aquellos que han preferido emigrar, y todo el séquito de camareros, lacayos, cocheros y cocineros llena las dependencias de la servidumbre. Las antiguas libreas vuelven a relucir en los pasillos, todo refleja Versalles, y también el ceremonial se ha trasladado intacto; como única diferencia se advierte, a lo sumo, que ante las puertas, en lugar de los licenciados guardias de

corps nobles, montan ahora guardia las compañías burguesas de Lafayette.

De la enorme sucesión de salas de las Tullerías y del Louvre, la familia real solo habita muy pocas estancias, pues ya no se quieren fiestas, ni bailes ni *redoutes*, ni ostentación ni brillo innecesario. Únicamente se acondiciona para la familia real la parte de las Tullerías orientada hacia el jardín (incendiada en 1870 durante la Comuna y nunca reconstruida): en el piso superior, el dormitorio y la sala de recepción del rey, un dormitorio para su hermana, uno para cada uno de los niños y un pequeño salón. En la planta baja, el dormitorio de María Antonieta con una sala de recepción y un gabinete de aseo, una sala de billar y el comedor. Además de la escalera principal, los dos pisos están unidos por una pequeña escalera de nueva construcción. Sube desde las habitaciones de la reina en la planta baja hasta el cuarto del Delfín y del rey; y únicamente la reina y la gobernanta de los niños poseen la llave de esta puerta de comunicación.

Si se observa el plano de esta distribución, salta a la vista un detalle: el aislamiento de María Antonieta respecto al resto de la familia, dispuesto sin duda por ella misma. Duerme y vive sola, y su dormitorio, su sala de recepción están situados de tal modo que la reina puede recibir visitas en cualquier momento sin ser vista, sin que estas tengan que utilizar la escalera pública ni la entrada principal. Pronto se manifestará el propósito buscado con estas disposiciones, así como la ventaja de que la reina pueda subir en cualquier momento al piso superior, mientras que ella misma queda a salvo de toda sorpresa por parte de la servidumbre, de espías y de guardias nacionales (y quizá incluso del propio rey). Incluso en el cautiverio, su «desinvoltura» defenderá hasta el último aliento el resto de libertad personal que le queda.

El viejo palacio, con sus sombríos corredores apenas iluminados de día y de noche por lámparas de aceite humeantes, con sus retorcidas escaleras de caracol, sus atestadas dependencias de servicio y, sobre todo, con los testigos permanentes de la

omnipotencia popular, los guardias nacionales de vigilancia, no es en sí mismo una residencia agradable; y sin embargo, forzada por el destino, la familia real lleva aquí una vida más tranquila, más íntima y quizá incluso más cómoda que en el pomposo caserón de piedra de Versalles. Después del desayuno, la reina hace que le bajen a los niños, luego va a misa y permanece sola en su cuarto hasta la comida en común. Después juega con su esposo una partida de billar, para él un pálido sustituto gimnástico de la caza que tanto añora. Luego María Antonieta, mientras el rey lee o duerme, se retira de nuevo a sus habitaciones para deliberar con amigos íntimos, con Fersen, la princesa de Lamballe u otros. Después de la cena se reúne en el gran salón toda la familia: el hermano del rey, el conde de Provenza con su esposa, que habitan el palacio de Luxemburgo, las viejas tías y unos pocos fieles. A las once se apagan las luces, y el rey y la reina se retiran a sus dormitorios. Esta tranquila y reglada distribución del día, de cuño pequeñoburgués, no conoce variación alguna, ni fiestas ni pompa de ningún tipo. A Mademoiselle Bertin, la artista de la moda, casi ya no se la manda llamar nunca; el tiempo de los joyeros ha pasado, pues Luis XVI debe ahorrar ahora su dinero para fines más importantes, para sobornos y servicios políticos secretos. Desde las ventanas la vista se pierde en el jardín y muestra el otoño y la caída temprana de las hojas: ahora corre deprisa el tiempo que antes se le hacía tan lento a la reina. Ahora hay por fin en torno a ella el silencio que hasta entonces había temido, ahora, por primera vez, ocasión de una reflexión seria y clara.

El sosiego es un elemento creador. Recoge, purifica, ordena las fuerzas interiores, vuelve a reunir lo que el movimiento salvaje había dispersado. Como en una botella agitada, cuando se la deja reposar, lo pesado se separa de lo ligero, así en una naturaleza mixta la quietud y la reflexión cristalizan más claramente el carácter. Arrojada brutalmente sobre sí misma, María Antonieta empieza a encontrarse. Solo ahora se hace patente que nada había sido tan funesto para esta naturaleza ligera, liviana y frívola como la facilidad con que el destino le había dado todo; precisamente esos dones inmerecidos de

la vida la habían empobrecido por dentro. Demasiado pronto y con demasiada largueza la había mimado la fortuna, un alto nacimiento y una posición todavía más alta le habían caído sin esfuerzo alguno; así creía ella no tener que esforzarse, le bastaba con dejarse vivir a su antojo, y todo le parecía justo. Los ministros pensaban, el pueblo trabajaba, los banqueros pagaban por su comodidad, y la mimada lo aceptaba todo sin pensar y sin agradecer. Solo ahora, retada por la enorme exigencia de tener que defender todo esto, su corona, sus hijos, su propia vida, contra el más grandioso motín de la historia, busca en sí misma fuerzas de resistencia y extrae de pronto de su interior reservas no utilizadas de inteligencia y de energía. El vuelco decisivo se ha producido por fin. «Solo en la desgracia se sabe quién se es», esta frase hermosa, conmovida y conmovedora, brilla ahora de pronto en una de sus cartas. Los que la amonestaban, la madre, los amigos, no habían tenido durante decenios poder alguno sobre esta alma obstinada. Era demasiado pronto para la indócil. El dolor es el primer verdadero maestro de María Antonieta, el único del que la indócil ha aprendido algo.

Una nueva época comienza, con la desgracia, en la vida interior de esta mujer singular. Pero la desgracia, en realidad, nunca transforma un carácter, no le inyecta elementos nuevos; solo desarrolla disposiciones que ya existían desde hacía tiempo. María Antonieta no se vuelve —sería un error verlo así— de pronto inteligente, activa, enérgica y vital en estos años de la lucha final: todo eso lo era ya por naturaleza desde siempre, solo que, por una misteriosa indolencia del alma, por una pueril frivolidad de los sentidos, no había puesto en juego esa mitad de su personalidad; hasta entonces solo había jugado con la vida —eso no exige fuerza alguna— y jamás había luchado con ella; solo ahora, desde el gran desafío, todas esas energías se afilan hasta convertirse en armas. María Antonieta piensa y reflexiona solo desde que se ve obligada a pensar. Trabaja porque está forzada a trabajar. Se eleva porque el destino la obliga a ser grande, para no verse aplastada miserablemente por la fuerza superior. Un cambio completo de su vida externa e interna comienza ahora en las Tullerías. La misma

mujer que durante veinte años no fue capaz de escuchar atentamente hasta el final el informe de un embajador, que jamás leía una carta sino apresuradamente y nunca un libro, que no se preocupaba de nada más que del juego, del deporte, de la moda y otras futilidades semejantes, convierte su escritorio en una cancillería de Estado, su cuarto en un gabinete diplomático. Negocia —en lugar de su esposo, a quien todos apartan ahora con enfado como un caso incurable de debilidad— con todos los ministros y embajadores, supervisa sus disposiciones, redacta sus cartas. Aprende a cifrar e imagina las técnicas más singulares de comunicación secreta para poder aconsejarse por vía diplomática con sus amigos en el extranjero; unas veces se escribe con tinta simpática, otras se introducen a escondidas las noticias, burlando la vigilancia, con un sistema numérico en revistas y cajas de bombones; cada palabra debe estar cuidadosísimamente calculada para resultar clara a los iniciados e incomprensible a los intrusos. Y todo esto ella sola, sin un solo ayudante, sin un secretario a su lado, con espías en la puerta y en su propio cuarto: una sola carta interceptada y su marido, sus hijos estarían perdidos. Hasta el agotamiento físico trabaja esta mujer nunca acostumbrada a semejante labor. «Ya estoy completamente rendida de tanto escribir», se lamenta una vez en una carta, y otra vez: «Ya no veo lo que escribo.»

Y otro cambio anímico muy significativo: María Antonieta aprende por fin a reconocer la importancia de los consejeros leales, renuncia a la necia presunción de decidir por sí sola, a golpe de pulso nervioso, a primera vista, sobre asuntos políticos. Mientras que antes recibía siempre con un bostezo contenido al callado y canoso embajador Mercy, y respiraba visiblemente aliviada cuando el fastidioso pedante cerraba la puerta tras de sí, ahora corteja avergonzada a este hombre leal y experimentado, tan largo tiempo menospreciado: «Cuanto más desdichada soy, más profundamente me siento obligada hacia mis verdaderos amigos», escribe ahora, con este tono humano, al viejo amigo de su madre, o bien: «Ya estoy impaciente por encontrar un momento en que pueda volver a

hablar con usted y verlo con libertad, y asegurarle todos los sentimientos que con tanta razón le he consagrado para toda mi vida.» A sus treinta y cinco años se ha percatado por fin de para qué la había destinado un sino singular: no para disputar a otras mujeres bonitas, coquetas y de mediana inteligencia los efímeros triunfos de la moda, sino para acreditarse ante la mirada perdurable e imperecedera, ante la inflexible mirada de la posteridad, y acreditarse doblemente: como reina y como hija de María Teresa. Su orgullo, que hasta ahora no había sido más que el mezquino orgullo infantil de una muchacha mimada, se vuelca ahora decidido hacia la tarea de mostrarse, en una época grande, grande y audaz ante el mundo. Ya no lucha por lo personal, ni por el poder ni por la felicidad privada: «En cuanto a nuestras personas, sé que toda idea de felicidad ha quedado atrás, pase lo que pase. Pero este es el deber de un rey, sufrir por los demás, y nosotros lo cumplimos bien. Ojalá se reconozca algún día.» Tarde, pero hasta lo más íntimo del alma, ha comprendido María Antonieta que está destinada a convertirse en una figura histórica, y esta pretensión que trasciende el tiempo acrecienta magníficamente sus fuerzas. Pues cuando un ser humano se aproxima a su propia profundidad, cuando está resuelto a excavar lo más íntimo de su personalidad, remueve en su propia sangre los poderes umbríos de todos sus antepasados. El que sea una Habsburgo, nieta y heredera de un antiquísimo honor imperial, hija de María Teresa, eleva de pronto mágicamente a esta mujer débil e insegura por encima de sí misma. Se siente obligada a ser «digne de Marie Thérèse», digna de su madre, y esta palabra, «valor», se convierte en el leitmotiv de su sinfonía de muerte. Repite sin cesar que «nada puede quebrar su valor»; y cuando desde Viena le llega la noticia de que su hermano José, en su terrible agonía, ha conservado viril y resueltamente su compostura hasta el último instante, se siente ella misma como proféticamente interpelada, y responde con la palabra más segura de sí misma de toda su vida: «Me atrevo a decir que ha muerto digno de mí.»

Este orgullo, izado como una bandera ante el mundo, le cuesta sin embargo a María Antonieta más de lo que los demás pueden

sospechar. Pues en el fondo más íntimo esta mujer no es ni soberbia ni fuerte, no es ninguna heroína, sino una mujer muy femenina, nacida para la entrega y la ternura, no para el combate. El valor que muestra solo pretende infundir valor a los demás; ella misma, en el fondo, ya no cree en absoluto en días mejores. Apenas regresa a su cuarto, le caen, exhaustos, los brazos con que sostiene ante el mundo la bandera del orgullo, y casi siempre encuentra a Fersen en lágrimas; estas horas de amor con el amigo infinitamente amado y por fin hallado no se parecen en nada a juegos galantes, sino que este hombre, él mismo arrebatado, debe reunir todas sus fuerzas para sustraer a la mujer amada de sus fatigas y melancolías, y precisamente esto, su desdicha, despierta en el amante el sentimiento más profundo. «Llora a menudo», escribe a su hermana, «y es muy desdichada. ¡Cómo tengo que amarla!» Los últimos años habían sido demasiado duros para este corazón crédulo. «Hemos visto demasiadas cosas horribles y demasiada sangre para poder ser felices alguna vez.» Pero una y otra vez se alza el odio contra la indefensa, y ella no tiene ya más defensor que su conciencia. «Reto al mundo entero a demostrarme alguna injusticia real», escribe, o bien: «El juicio justo lo espero del futuro, y eso me ayuda a soportar todos mis sufrimientos. A quienes me lo niegan los desprecio demasiado para ocuparme de ellos.» Y sin embargo se lamenta: «¡Cómo vivir con semejante corazón en semejante mundo!», y se percibe que en algunas horas la desesperada ya no tiene más que un deseo: que todo termine pronto. «¡Ojalá lo que ahora hacemos y sufrimos pueda al menos hacer felices algún día a nuestros hijos! Este es todavía el único deseo que me permito.»

Este pensamiento en sus hijos es el único que María Antonieta se atreve todavía a asociar con la palabra «felicidad». «Si todavía pudiera ser feliz de algún modo, lo sería por mis dos hijos», suspira una vez, y otra vez: «Cuando estoy muy triste, tomo en brazos a mi niño pequeño», y otra vez más: «Estoy sola todo el día, y mis hijos son mi único consuelo. Los tengo conmigo todo lo posible.» Dos de los cuatro a quienes ha dado la vida se le han muerto, y ahora el amor, antes derrochado con ligereza sobre el mundo entero, se

concentra reprimido y desesperadamente apasionado en estos dos que le quedan. Sobre todo el Delfín le proporciona mucha alegría, porque ha crecido robusto, es alegre, inteligente y cariñoso, un «chou d'amour», como dice enamorada de él; pero, como todos sus sentimientos, también las inclinaciones y las ternuras se han vuelto poco a poco clarividentes en esta mujer tan probada. Aunque adora al niño, no lo malcría. «Nuestra ternura por este niño debe ser severa», escribe a su gobernanta. «No debemos olvidar que en él estamos formando a un rey.» Y cuando, en lugar de Madame de Polignac, confía a su hijo a una nueva aya, Madame de Tourzel, redacta para su orientación una descripción psicológica en la que se muestran de pronto, deslumbrantes, todas sus hasta entonces ocultas facultades de juicio sobre las personas y de instinto anímico. «Mi hijo tiene cuatro años, cuatro meses menos dos días», escribe. «No hablo de su estatura ni de su aspecto, eso lo verá usted misma. Su salud ha sido siempre buena, pero ya en la cuna llamaba la atención que sus nervios eran extraordinariamente sensibles y que el menor ruido especial le producía efecto. Sus primeros dientes le salieron tarde, pero sin enfermedad ni contratiempos; solo con el último, creo que el sexto, tuvo una convulsión. Desde entonces esas convulsiones solo se han presentado dos veces, una en el invierno de 1787 a 1788, la otra con motivo de su vacunación; pero esta segunda vez fue muy leve. La fina sensibilidad de sus nervios hace que cualquier ruido al que no está acostumbrado le dé miedo; así, por ejemplo, tiene miedo a los perros porque los ha oído ladrar cerca de él. Nunca lo he obligado a mirar a los perros, porque creo que, a medida que se desarrolle su razón, ese miedo desaparecerá por sí solo. Como todos los niños fuertes y robustos, es muy vivaz y muy violento en sus repentinos arrebatos de cólera; sin embargo, es un niño bueno, delicado y cariñoso cuando no le domina la terquedad. Tiene un amor propio muy grande que, bien encauzado, podrá volverse un día en su provecho. Antes de haber cobrado confianza con alguien, sabe contenerse y ocultar incluso su impaciencia y su cólera, para parecer dulce y amable. Es de gran formalidad cuando ha prometido algo, pero es parlanchín, le gusta repetir lo que ha oído decir, y añade a menudo, sin querer mentir, algo que su

imaginación le ha hecho creer. Este es su mayor defecto y el punto en que hay que corregirlo sin falta. Por lo demás, repito, es un buen niño, y con delicadeza y al mismo tiempo con energía se le podrá guiar fácilmente, sin ser demasiado severo, y obtener siempre de él todo lo que se quiera. La severidad lo exasperaría, porque tiene mucho carácter para su edad. Solo quiero dar un ejemplo: desde su más tierna infancia, la palabra «perdón» siempre lo ha exasperado. Hará y dirá todo lo que se le pida en cuanto sepa que ha faltado, pero las palabras «pido perdón» solo las pronunciará entre lágrimas y con una angustia increíble. Se ha educado a mis hijos, desde el principio, para que tengan gran confianza en mí, y para que, cuando cometan alguna falta, me lo digan. Esto se debe a que, incluso cuando los riño, nunca finjo estar enfadada, sino solo herida y afligida por lo que han hecho. Los he acostumbrado a que todo lo que una vez he dicho, cada sí o no, es irrevocable; pero siempre les doy para mis decisiones una razón comprensible para ellos y para su edad, para que no puedan creer que se trata solo de un capricho mío. Mi hijo todavía no sabe leer y aprende muy mal; está demasiado distraído para esforzarse. No tiene la menor idea de su alta posición, y deseo mucho que siga siendo así. Nuestros hijos aprenderán bastante pronto quiénes son. Quiere mucho a su hermana y de todo corazón; siempre que algo le produce placer, ya sea ir a algún sitio o recibir un regalo, lo primero que hace es pedir lo mismo para su hermana. Por naturaleza es alegre, y para su salud es necesario que esté mucho al aire libre...»

Si se pone este documento de la madre junto a las cartas anteriores de la mujer, apenas se podría creer que una misma mano las hubiera escrito, tan lejos está la nueva María Antonieta de la otra, tan lejos como la desgracia de la felicidad, la desesperación de la insolencia alegre. Es en las almas blandas, en las inacabadas y dóciles, donde la desgracia imprime su sello con mayor claridad: ahora surge, de contorno nítido, un carácter que hasta entonces había sido, como agua corriente, inquieto y difuso. «¿Cuándo llegarás por fin a ser tú misma?», se había lamentado siempre,

desesperada, la madre. Ahora, con las primeras canas en las sienes, María Antonieta se ha convertido por fin en ella misma.

Esta transformación completa la atestigua también un cuadro, el único y el último que la reina mandó hacer en las Tullerías. Kucharski, un pintor polaco, lo esbozó en trazos sueltos; la huida a Varennes le impidió terminarlo, pero, aun así, es el más acabado que poseemos. Los cuadros de aparato de Wertmüller, los cuadros de salón de Madame Vigée-Lebrun se afanan sin descanso en recordar al espectador, mediante costosos trajes y decorados, que esta mujer es la reina de Francia. Con un sombrero fastuoso de espléndidas plumas de avestruz sobre la cabeza, el vestido de brocado centelleante de diamantes, se yergue ante su sillón de trono aterciopelado, y hasta los que la retratan con atuendo mitológico o campestre incluyen siempre en algún lugar un signo visible que da a entender que esta dama es una mujer encumbrada, no, la más encumbrada del país, la reina. Este cuadro de Kucharski deja de lado todos esos ostentosos ropajes: una mujer hermosa y en la plenitud de sus formas se ha sentado en un sillón y mira ante sí, ensimismada. Parece un poco cansada y fatigada. No se ha puesto un gran atavío, ninguna joya, ninguna piedra preciosa centellea en su cuello, no se ha compuesto — atrás quedan las artimañas de comedianta, ya no hay tiempo para eso; lo que cortejaba ha cedido el paso al reposo, la vanidad a la sencillez. Suelto y natural cae el cabello, peinado sin artificio, en el que ya brillan los primeros mechones plateados; el vestido resbala sin esfuerzo de los hombros, todavía llenos y luminosos, pero nada en su compostura está calculado para producir un efecto de coquetería. La boca ya no sonríe, los ojos ya no seducen; en una suerte de luz otoñal, todavía hermosa, pero ya de una belleza más suave, maternal, en el crepúsculo entre el deseo y la renuncia, como *femme entre deux âges*, ya no joven y todavía no vieja, ya sin desear y sin embargo aún deseable, así sueña ante sí esta mujer. Mientras que en todos los demás cuadros se tiene la impresión de que una mujer enamorada de su propia belleza, en medio de la carrera, del baile, de la risa, se hubiera vuelto apenas un instante hacia el pintor para

en seguida seguir revoloteando, aquí se percibe algo distinto: esta mujer se ha vuelto silenciosa y ama el silencio. Después de los mil ídolos en preciosos marcos de mármol y marfil, esta única hoja a medio terminar muestra por fin al ser humano; ella sola, entre todas, deja entrever por primera vez que esta reina tiene también algo así como un alma.

Mirabeau

En la agotadora lucha contra la Revolución, la reina solo había recurrido hasta ahora a un único aliado: el tiempo. «Solo la condescendencia y la paciencia pueden ayudarnos.» Pero el tiempo es un aliado poco fiable y oportunista: se pone regularmente del lado del fuerte y abandona con desdén a quien confía en él sin hacer nada. La Revolución sigue avanzando; cada semana le suma mil reclutas nuevos en la ciudad, entre el campesinado, en el ejército; y el recién fundado club de los jacobinos aprieta cada día más la palanca para acabar arrancando la monarquía de sus goznes. Al fin, la reina y el rey comprenden el peligro de su aislado retraimiento y empiezan a buscar aliados.

Un aliado importante se había ofrecido ya varias veces a la corte con palabras veladas — este valioso secreto se guarda, impenetrable, en el círculo más estrecho. Desde los días de septiembre se sabe en las Tullerías que el jefe de la Asamblea Nacional, el muy temido y muy admirado conde de Mirabeau, ese león de la Revolución, está dispuesto a tomar el pienso de oro de la mano del rey. «Procure usted», dijo entonces a un intermediario, «que se sepa en palacio que estoy más de su lado que en contra.» Pero mientras se sintió a salvo en Versalles, la corte se sentía todavía demasiado firme en la silla, y la reina aún no había reconocido la importancia de este hombre, capaz como ningún otro de dirigir la Revolución, porque él mismo era el genio de la revuelta, encarnación hecha carne de la voluntad de libertad, fuerza subversiva hecha hombre, anarquía viva. Los demás miembros de la

Asamblea Nacional, honrados y bienintencionados eruditos, sagaces juristas, demócratas honestos, soñaban idealistamente con el orden y con un nuevo orden; solo para este único hombre el caos del Estado se convierte en salvación frente a su propio caos interior. Su fuerza volcánica — él mismo la llama con orgullo, en una ocasión, la fuerza de diez hombres — necesita una tormenta universal para desplegarse en su verdadera medida; arruinado él mismo en lo moral, lo material y lo familiar, necesita un Estado en ruinas para alzarse por encima de los escombros. Todos los estallidos anteriores de su naturaleza elemental — los pequeños panfletos, las seducciones de mujeres, los duelos y los escándalos — no fueron sino válvulas insuficientes para su temperamento desbordante, al que no lograron domar todas las cárceles de Francia. Esta alma salvaje necesita más espacio, este espíritu ingente, tareas más poderosas: como un toro furioso, encerrado demasiado tiempo en un establo estrecho, irrumpe, aguijoneado hasta la rabia por las ardientes puntas de banderilla del desprecio, en la arena de la Revolución, y derriba de la primera embestida la carcomida barrera de los estados. La Asamblea Nacional se sobresalta cuando esta voz atronadora se alza por primera vez, pero se doblega bajo su yugo imperioso; espíritu fuerte tanto como gran escritor, Mirabeau, ese poderoso herrero, forja en pocos minutos las leyes más difíciles, las formulaciones más audaces, en tablas de bronce. Con su ardiente pathos arrebata la voluntad a toda la Asamblea, y de no ser por la desconfianza hacia su pasado turbio, por la inconsciente defensa instintiva del principio de orden frente a este mensajero del caos, la Asamblea Nacional francesa habría tenido desde el primer día, en lugar de mil doscientas cabezas, una sola cabeza, un único señor absoluto.

Pero este Estentor de la libertad no es libre él mismo: las deudas le doblan la espalda, una red de procesos sucios le ata las manos. Un Mirabeau solo puede vivir, solo puede actuar, cuando se prodiga sin medida. Necesita despreocupación, boato, los bolsillos llenos, oro que tintinee, mesa abierta, secretarios, mujeres, ayudantes y criados: solo desde la abundancia puede desplegar su plenitud. Para

ser libre en este, su único sentido, el hombre acosado por todos los perros acreedores se ofrece a cualquiera: a Necker, al duque de Orleans, al hermano del rey y, por fin, a la propia corte. Pero María Antonieta, que a nadie odia más que a los tránsfugas de la nobleza, se cree todavía en Versalles lo bastante fuerte para prescindir del favor comprable de ese «monstre». «Espero», responde al intermediario, el conde de La Marck, «que nunca seremos tan desdichados como para tener que recurrir a este último bochorno, buscar ayuda en un Mirabeau.»

Ahora han llegado a ese punto. Cinco meses después — un lapso interminable dentro de una revolución —, el conde de La Marck recibe, por medio del embajador Mercy, la noticia de que la reina está dispuesta a negociar con Mirabeau, es decir: a comprarlo. Por fortuna, todavía no es demasiado tarde: a la primera oferta, Mirabeau muerde el anzuelo dorado. Oye con avidez que Luis XVI tiene preparados cuatro pagarés firmados de su puño y letra, de doscientas cincuenta mil libras cada uno, un millón en total, que se le pagarán una vez concluida la sesión de la Asamblea Nacional — «siempre que me preste buenos servicios», añade cautamente el ahorrativo rey. Y apenas ve el tribuno que sus deudas quedan saldadas de un solo plumazo y que puede contar con seis mil libras al mes, el hombre, acosado durante años por alguaciles y ujieres, prorrumpe en un «júbilo ebrio cuyo exceso me sorprendió al principio» (conde de La Marck). Con la misma pasión probada con que siempre convence a los demás, se convence a sí mismo de que él solo puede y quiere salvar al mismo tiempo al rey, a la Revolución y al país. De pronto, desde que el dinero le rueda por los bolsillos, Mirabeau recuerda que él, el león rugiente de la Revolución, había sido en realidad siempre un ardiente monárquico. El 10 de mayo firma el recibo de su autoventa con estas palabras: se compromete a servir al rey «con lealtad, celo y valor»... «Ya he dado a conocer mis principios monárquicos, incluso cuando en la corte no veía más que debilidad, cuando ignoraba el alma y el pensamiento de la hija de María Teresa, y cuando todavía no podía contar con una aliada tan excelsa. He servido incluso al monarca cuando creía no poder

obtener ni justicia ni recompensa de un rey justo, sí, pero mal aconsejado. ¿Qué no podré lograr ahora que la confianza fortalece mi ánimo y que la gratitud por la aceptación de mis principios me llena de fuerza? Seré siempre lo que he sido: defensor del poder monárquico en el sentido en que la ley lo determina, y apóstol de la libertad en la medida en que el poder real la confirma. Mi corazón seguirá el camino que ya le ha trazado la razón.»

A pesar de este énfasis, ambas partes saben bien que este pacto no es un asunto muy honorable, sino más bien turbio. Por eso se acuerda que Mirabeau no debe presentarse jamás en persona en palacio, sino transmitir sus consejos al rey solo por escrito. De cara a la calle, Mirabeau ha de ser revolucionario; en la Asamblea Nacional, trabajar para la causa del rey — un negocio turbio en el que nadie gana y nadie confía en el otro. Mirabeau se pone manos a la obra de inmediato y escribe carta tras carta con consejos al monarca; pero el verdadero destinatario es la reina. Su esperanza — pronto sabrá que el rey no cuenta — es ser comprendido por María Antonieta. «El rey», escribe ya en su segunda nota, «no dispone más que de un hombre, y ese es su esposa. Para ella no hay seguridad mientras no se restablezca la autoridad real. Sospecho que ella no querría vivir sin la corona, pero estoy del todo seguro de que no podrá conservar la vida si no conserva también el trono. Llegará el momento, y probablemente pronto, en que habrá que mostrar lo que puede una mujer y un niño a caballo. Esto ya está probado en su familia, pero hasta entonces hay que prepararlo todo y no creer que, ya sea con la ayuda del azar o de pequeñas combinaciones, se sale de una crisis extraordinaria con hombres y medios ordinarios.» Como ese hombre insólito, como ese hombre extraordinario, se ofrece Mirabeau a sí mismo con una transparencia absoluta. Con el tridente de la palabra espera poder aplacar las olas embravecidas con la misma facilidad con que las agitó; en su desbordamiento de sí mismo, en su exaltado sentimiento de sí, se ve por un lado ya como presidente de la Asamblea Nacional y, por otro, como primer ministro del rey y de la reina. Pero Mirabeau se engaña. Ni por un instante piensa María Antonieta en dar poder real a ese «mauvais

sujet». El hombre demoníaco siempre resulta instintivamente sospechoso al hombre mediano, y María Antonieta no comprende en absoluto la magnífica amoralidad de ese genio, el primero y el último que encuentra en su vida. Solo siente inquietud ante los giros audaces de su carácter; ese apasionado titánico la asusta más de lo que la conquista. Su pensamiento más secreto es, por tanto, pagar rápidamente y despachar a este hombre salvaje, violento, desmesurado, imprevisible, en cuanto ya no se le necesite. Se le ha comprado; por lo pronto, que trabaje con ahínco por ese dinero tan caro, que dé consejos, pues es listo y hábil. Se leerán sus consejos, se hará propio lo que no esté pensado con demasiada excentricidad ni demasiada osadía, y con eso basta. Se necesitará a este buen agitador en la Asamblea Nacional para las votaciones, como informador, como mediador de paz para la «buena causa»; a él, el sobornado, se le usará también, llegado el caso, para sobornar a otros. El león ha de rugir en la Asamblea Nacional y, al mismo tiempo, dejarse llevar de la corte con andador. Así piensa María Antonieta de este espíritu desmedido, pero no le concede ni un grano de confianza real a este hombre cuya utilidad a veces valora, cuya «moralidad» siempre desprecia y cuyo genio desconoce por completo de principio a fin.

Pronto pasa la luna de miel del primer entusiasmo. Mirabeau advierte que sus cartas no hacen más que alimentar la papelera real, en vez de encender un fuego de espíritu. Pero, ya sea por vanidad, ya sea por codicia del millón prometido, Mirabeau no ceja en asediar a la corte. Y al ver que sus propuestas por escrito no dan fruto, intenta el último esfuerzo. Sabe, por experiencia política, por incontables aventuras con mujeres, que su fuerza más poderosa, la más propiamente suya, no reside en la escritura, sino en la palabra hablada; que su poder electrizante emana con más fuerza y más directamente de su propia persona. Así que asedia sin descanso al intermediario, el conde de La Marck, para que le procure por fin ocasión de hablar a solas con la reina. Una hora de conversación, y su desconfianza, como la de otras cien mujeres, se transformará al instante en admiración. ¡Una audiencia, una sola! Pues su amor

propio se embriaga con la idea de que no será la última. Quien lo ha conocido una vez ya no puede sustraerse a él.

María Antonieta se resiste largo tiempo, pero al fin cede y se declara dispuesta a recibir a Mirabeau el 3 de julio en el palacio de Saint-Cloud.

Naturalmente, este encuentro ha de ser absolutamente secreto; por una extraña ironía del destino, a Mirabeau le toca en suerte lo que el cardenal de Rohan, engañado y necio, había soñado: una escena de jardín al abrigo de un bosquecillo. El parque de Saint-Cloud — esto lo descubrirá también Hans Axel von Fersen ese mismo verano — tiene toda clase de escondrijos secretos. «He encontrado uno», escribe la reina a Mercy, «que, aunque no es cómodo, resulta bastante adecuado para reunirme allí con él y mantener alejado de la casa y del jardín todo lo indeseable.»

Se fija como hora las ocho de la mañana de un domingo, momento en que la corte todavía duerme y las guardias no sospechan visitas. Mirabeau pasa la noche, sin duda agitado, en casa de su hermana en Passy. Un coche lo lleva de madrugada a Saint-Cloud; le sirve de cochero su sobrino, disfrazado para la ocasión. En un lugar apartado deja esperando el coche; luego Mirabeau se hunde el sombrero hasta el rostro, se sube el cuello del abrigo como un conspirador y entra en el parque real por una puerta lateral señalada de antemano y dejada abierta a propósito.

Pronto oye pasos ligeros sobre la grava. La reina aparece sin escolta alguna. Mirabeau se dispone a hacer una reverencia, pero en el instante en que ella ve el rostro de este aristócrata plebeyo, devastado por las pasiones, corroído por la viruela, revuelto de cabellos alborotados, violento y sin embargo poderoso, un escalofrío recorre involuntariamente su figura. Mirabeau advierte ese sobresalto; lo conoce desde hace tiempo. Siempre — lo sabe bien — todas las mujeres, incluso la dulce Sophie Voland, se habían echado atrás así al verlo por primera vez. Pero la fuerza medusea de su fealdad, que despierta espanto, sabe también retener; siempre había

logrado transformar ese primer sobresalto en asombro, en admiración y, ¡cuántas veces incluso! en pasión arrebatada.

Lo que la reina habló con Mirabeau en aquella hora sigue siendo un secreto. Como estuvieron sin testigos, todos los relatos — como el de la camarera Madame Campan, empeñada en saberlo todo — no son más que fábula y conjetura. Solo se sabe esto: que no fue Mirabeau quien sometió a su voluntad a la reina, sino la reina quien sometió a Mirabeau. Su majestad heredada, reforzada por el nimbo siempre eficaz de la realeza, la dignidad natural y la inteligencia repentina que hacían que María Antonieta pareciera, en la primera conversación, más sagaz, más enérgica y más decidida de lo que en realidad era esta mujer voluble, actúan con hechizo invencible sobre la naturaleza rápidamente inflamable y magnífica de Mirabeau. Donde siente valor, siente simpatía. Todavía muy conmovido, al salir del parque, coge del brazo a su sobrino y le dice con la vehemencia que le es propia: «Es ya una mujer admirable, muy noble y muy desdichada. Pero yo la salvaré.» En una sola hora, María Antonieta ha convertido al venal vacilante en un hombre decidido. «Nada me detendrá, antes moriré que dejar de cumplir mi promesa», escribe Mirabeau al negociador de La Marck.

De la reina no se tiene ningún relato sobre este encuentro. Ni una palabra de gratitud o de confianza salió jamás de su labio de Habsburgo. Nunca quiso volver a ver a Mirabeau, nunca le dirigió una línea. Tampoco en aquel encuentro concertó con él ninguna alianza; se limitó a aceptar la seguridad de su entrega. Solo le permitió sacrificarse por ella.

Mirabeau ha dado una promesa, o mejor dicho: ha dado dos. Ha jurado fidelidad al rey y a la nación; en plena lucha, es al mismo tiempo jefe de estado mayor de uno y otro bando. Jamás político alguno asumió una tarea más peligrosa que ese doble papel, ni nadie lo interpretó jamás con mayor genio hasta el final (Wallenstein era un chapucero en comparación). Ya en el plano puramente físico, la actuación de Mirabeau en aquellas dramáticas semanas y meses es incomparable. Pronuncia discursos en la Asamblea y en los

clubes, agita, negocia, recibe visitas, lee, trabaja, redacta al mediodía los informes y las mociones para la Asamblea y por la noche los informes secretos para el rey. Tres, cuatro secretarios trabajan a la vez y apenas pueden seguir la premura volandera de su palabra, pero todo esto no basta aún a su fuerza inagotable. Quiere aún más trabajo, más peligro, más responsabilidad, y al mismo tiempo, además, vivir y disfrutar. Como un funámbulo, busca mantener el equilibrio, ora hacia la derecha, ora hacia la izquierda; pone por entero las dos fuerzas fundamentales de su naturaleza extraordinaria al servicio de ambas causas, su espíritu político clarividente, su pasión ardiente e irresistible, y cambia de golpe y parada con tal rapidez, hace girar la espada con tal celeridad, que nadie sabe contra quién apunta, si contra el rey o contra el pueblo, si contra el poder nuevo o contra el viejo, y quizá ni él mismo lo sabe en los instantes de su propio entusiasmo. Pero semejante contradicción no puede sostenerse indefinidamente. Ya se agita la sospecha. Marat lo llama comprado, Fréron lo amenaza con la farola. «Más virtud y menos talento», le gritan en la Asamblea Nacional, pero él, un hombre verdaderamente ebrio de sí mismo, no conoce angustia ni temor; despreocupado, derrocha su nueva riqueza, él, cuyas deudas conoce todo París. ¿Qué le importa que todo el mundo se asombre, murmure y se pregunte con qué medios puede de pronto mantener una casa principesca, dar banquetes espléndidos, comprar la biblioteca de Buffon, cubrir de diamantes a cantantes de ópera y rameras? Camina intrépido como Zeus a través de la tormenta, porque se sabe señor de todas las tempestades. Si alguien lo ataca, golpea con la maza de su ira, con el rayo de su burla, como otro Sansón, a los filisteos. Con el abismo bajo sus pies, la sospecha en torno suyo, el peligro mortal a la espalda, su fuerza gigantesca se siente por fin en su verdadero y adecuado elemento; una única llama descomunal, que se alza gigantesca justo antes de apagarse, agota su incomparable fuerza de diez hombres en estos días decisivos. Por fin se le concede a este hombre inverosímil una medida a la altura de su genio: detener lo inevitable, ordenar un alto al destino; con todo el ímpetu de su ser se arroja a los acontecimientos y trata, un solo hombre contra millones, de hacer

girar en sentido contrario la enorme rueda de la Revolución que él mismo había puesto en marcha.

Comprender la maravillosa audacia de esta lucha en dos frentes, lo grandioso de esta doble posición, rebasa la capacidad política de una naturaleza tan rectilínea como la de María Antonieta. Cuanto más audaces se vuelven los memorandos que él presenta, cuanto más diabólicos los consejos que da, tanto más violentamente se espanta su entendimiento, en el fondo sensato. El pensamiento de Mirabeau es: quiere expulsar al diablo por Belcebú, aniquilar la Revolución por su propio exceso, la anarquía. Puesto que no se puede mejorar la situación, hay que empeorarla lo más rápidamente posible — su famosa «politique du pire» —, al modo de un médico que provoca la crisis con revulsivos para acelerar así la curación. No rechazar el movimiento popular, sino apoderarse de él; no combatir a la Asamblea Nacional desde arriba, sino excitar secretamente al pueblo para que sea él mismo quien mande a la Asamblea Nacional al diablo; no confiar en la calma y en la paz, sino, al contrario, llevar la injusticia y la discordia del país hasta el máximo grado de exaltación y provocar así una fuerte necesidad de orden, del antiguo orden; no retroceder ante nada, ni siquiera ante la guerra civil: tales son las propuestas amorales, pero políticamente clarividentes, de Mirabeau. Pero ante semejante audacia, que proclama a modo de fanfarria: «Cuatro enemigos avanzan a marchas forzadas: los impuestos, la bancarrota, el ejército y el invierno; hay que tomar una decisión y prepararse para los acontecimientos tomándolos en la propia mano. En resumen, la guerra civil es segura y acaso necesaria» — ante tales audaces vaticinios, a la reina le tiembla el corazón. «¿Cómo puede Mirabeau, o cualquier ser pensante, creer que jamás, y menos aún ahora, ha llegado el momento de conjurar una guerra civil?», responde ella, espantada, y llama a ese plan «disparatado de principio a fin». Su desconfianza hacia ese inmoralista, dispuesto a recurrir a cualquier medio, incluso al más terrible, se vuelve poco a poco insuperable. En vano intenta Mirabeau «sacudir con truenos esta terrible letargia»; no se le escucha, y poco a poco, a su cólera por esa desidia anímica de la

familia real se mezcla un cierto desprecio hacia el «royal bétail», hacia esa naturaleza ovejuna y real que espera pacientemente a que llegue el matarife. Hace tiempo que sabe que lucha en vano por esta corte, apenas dispuesta con desgana al bien y del todo incapaz de actuar de verdad. Pero la lucha es su elemento. Aun siendo ya un hombre perdido, lucha por una causa perdida, y ya arrastrado por la ola negra, lanza una vez más a ambos su desesperada profecía: «¡Buen rey, pero débil! ¡Reina desdichada! ¡Mirad el abismo espantoso hacia el que os empuja esa oscilación entre una confianza demasiado ciega y una desconfianza demasiado exagerada! A ambos os queda reservado todavía un esfuerzo, pero será el último. Si se renuncia a él, o si fracasa, un velo de duelo cubrirá este reino. ¿Qué será de él? ¿Adónde irá a la deriva el barco, alcanzado por el rayo y zarandeado por la tormenta? No lo sé. Pero si yo mismo escapo al naufragio público, siempre podré decirme con orgullo, en mi retiro: me he expuesto a mi propia ruina para salvarlos a todos. Pero ellos no lo han querido.»

Ellos no lo han querido; ya la Biblia prohíbe uncir al mismo yugo al buey y al caballo. La forma de pensar pesada y conservadora de la corte no puede seguir el paso del temperamento del gran tribuno, que avanza con fuego arrollador y tira con encono del freno y las riendas. Mujer del mundo antiguo, María Antonieta no comprende la naturaleza revolucionaria de Mirabeau; solo entiende lo rectilíneo, no el audaz todo o nada de este genial aventurero de la política. Pero hasta la última hora, Mirabeau sigue luchando por el gusto de la lucha, por orgullo de su desmesurada audacia. Solo contra todos, sospechoso para el pueblo, sospechoso para la corte, sospechoso para la Asamblea Nacional, juega con todos y contra todos a la vez. Con el cuerpo devastado, con la sangre febril, se arrastra una y otra vez hasta la arena para imponer una vez más su voluntad a los mil doscientos, y entonces, en marzo de 1791 — ocho meses lleva sirviendo al mismo tiempo al rey y a la Revolución —, la muerte se abate sobre él. Todavía pronuncia un discurso, todavía dicta hasta el último instante a sus secretarios, todavía duerme con dos cantantes de ópera la última noche; solo entonces se quiebra la fuerza de este

hombre desmesurado. La gente se agolpa a las puertas de su casa para escuchar si aún late el corazón de la Revolución, y al féretro del muerto lo siguen trescientas mil personas. Por primera vez el Panteón abre sus puertas para que el féretro repose allí por toda la eternidad.

¡Pero qué mísera resulta la palabra «eternidad» en un tiempo que corre tan precipitado! Dos años después, descubierta ya la relación de Mirabeau con el rey, otro decreto arranca de la tumba su cuerpo, todavía no descompuesto, y lo arroja al muladar.

Solo la corte guarda silencio ante la muerte de Mirabeau, y sabe por qué calla. Bien se puede descartar sin más la necia anécdota de Madame Campan, según la cual, al recibir la noticia, se habría visto brillar una lágrima en los ojos de María Antonieta. Nada resulta menos creíble, pues lo más probable es que la reina acogiera con un suspiro de alivio la disolución de aquella sociedad: este hombre era demasiado grande para servir, demasiado audaz para ser obediente; la corte había temido al vivo, y teme incluso al muerto. Todavía mientras Mirabeau agoniza estertoroso en su lecho, se envía desde palacio a un agente de confianza a su casa para que retire cuanto antes las cartas comprometedoras de su escritorio, y así permanezca secreta aquella alianza de la que ambos se avergonzaban: Mirabeau, por haber servido a la corte; la reina, por haberse servido de él. Pero con él cae el último hombre que quizá habría podido mediar entre la monarquía y el pueblo. Ahora quedan frente a frente, cara a cara, María Antonieta y la Revolución.

Se prepara la huida

Con Mirabeau muere para la monarquía el único padrino en la lucha contra la Revolución. De nuevo la corte se queda sola. Existen dos posibilidades: combatir la Revolución o capitular ante ella. Como siempre, la corte elige entre las dos decisiones la más desdichada, el camino intermedio: la huida.

Ya Mirabeau había sopesado la idea de que el rey, para restablecer su autoridad, debía sustraerse a la indefensión que le imponía París, pues los prisioneros no pueden hacer la guerra. Para poder combatir bien, hace falta tener los brazos libres y tierra firme bajo los pies. Solo que Mirabeau había exigido que el rey no escapara a hurtadillas, pues eso contradiría su dignidad. «Un rey no huye de su pueblo», dijo, y aún con más urgencia: «Un rey solo puede partir a plena luz del día, y únicamente para convertirse así en rey de verdad.» Había propuesto que Luis XVI hiciera una salida en carroza por los alrededores, que allí lo esperara un regimiento de caballería que le hubiera permanecido fiel y que, en medio de él, a caballo, a la luz del día, se dirigiera hacia su ejército y negociara como hombre libre con la Asamblea Nacional. Ahora bien, semejante conducta requiere un hombre, y nunca una llamada a la osadía encontró a nadie más indeciso que Luis XVI. Juguetea, en efecto, con la idea, delibera una y otra vez, pero al final ama más su comodidad que su vida. Ahora, sin embargo, muerto Mirabeau, María Antonieta, cansada de las humillaciones cotidianas, retoma la idea con energía. No la asusta el peligro de la huida, sino solo lo indigno que para una reina se asocia con la idea de escapar. Pero la situación, que

empeora día a día, no admite elección: «Solo quedan dos posibilidades», escribe a Mercy, «perecer bajo la espada de los sublevados, si vencen, y no significar entonces ya nada en absoluto, o seguir encadenados al despotismo de gentes que dicen querer nuestro bien, pero que en realidad no nos han hecho más que mal y siempre nos lo harán. Ese es nuestro futuro, y acaso el instante que nos aguarda esté más cerca de lo que se piensa, si nosotros mismos no tomamos una resolución y no dirigimos la opinión pública con nuestra propia fuerza y nuestra compostura. Créame que lo que le digo no nace de un pensamiento exaltado, ni del horror a nuestra situación, ni de la impaciencia por actuar; conozco bien el peligro y las distintas posibilidades que se nos abren en este momento; pero por todas partes no veo ante nosotros sino cosas tan terribles que sigue siendo mejor perecer buscando un medio de salvarse que dejarse aniquilar en la más completa inacción.»

Y como Mercy, el sensato y prudente, no cesa de expresar desde Bruselas sus reparos, ella le escribe una carta todavía más vehemente y clarividente, que muestra con qué implacable lucidez reconoce ya su propia caída aquella mujer antes tan crédula: «Nuestra situación es terrible, y hasta tal punto que nadie que no tenga ocasión directa de verla puede hacerse una idea de ella. Solo nos queda una alternativa: obedecer ciegamente lo que exigen los "factieux", o perecer bajo la espada que pende sin cesar sobre nuestras cabezas. Créame que no exagero el peligro. Usted sabe que mi principio fue siempre, en la medida de lo posible, la condescendencia, la esperanza en el tiempo y en el cambio de la opinión pública. Pero hoy todo ha cambiado; hemos de perecer o emprender el único camino que aún nos queda. No estamos, en absoluto, tan ciegos como para creer que este camino esté libre de peligro, pero si hemos de perecer, que sea al menos con gloria, habiendo hecho por el honor y por la religión todo cuanto nuestro deber ordena... Creo que la provincia está menos corrompida que la capital, pero es París quien marca el tono para todo el reino. Los clubes y las sociedades secretas dirigen el país entero; las personas honradas y los descontentos, aunque numerosos, huyen del país o

se ocultan, porque no son los más fuertes o porque les falta unión. Solo cuando el rey pueda mostrarse libre en una ciudad fortificada se verá con asombro cuántos descontentos salen a la luz, los que hasta ahora callan y gimen. Pero cuanto más se tarde, menos apoyo se encontrará, pues el espíritu republicano avanza cada día en todas las clases, las tropas están más apremiadas que nunca, y ya no se podría contar con ellas si se tardara más tiempo.»

Pero, además de la Revolución, amenaza todavía un segundo peligro. Los príncipes franceses, el conde de Artois, el príncipe de Condé y los demás emigrados, malos héroes pero fanfarrones ruidosos, arman estrépito con sables que, prudentemente, llevan envainados, merodeando por la frontera. Intrigan en todas las cortes; para disimular lo penoso de su huida, se empeñan en hacer de héroes mientras no haya peligro; viajan de corte en corte, tratan de azuzar a emperadores y reyes contra Francia, sin pararse a pensar, ni preocuparse lo más mínimo, en que con estas huecas manifestaciones aumentan el peligro de muerte que corren el rey y la reina. «Él (d'Artois) se preocupa poco de su hermano y de mi hermana», escribe el emperador Leopoldo II, «gli importa un frutto, así se expresa cuando habla del rey, y no piensa en absoluto en el peligro que hace correr al rey y a mi hermana con sus planes y sus intentos.» Los grandes héroes se sientan a comer en Coblenza y Turín, celebran opíparos banquetes y aseguran, mientras tanto, estar sedientos de sangre jacobina; a la reina le cuesta el mayor de los esfuerzos impedirles, al menos, las mayores insensateces. A ellos también hay que quitarles el viento de las velas. El rey debe estar libre para contener a ambos, a los ultrarrevolucionarios y a los ultrarreaccionarios, a los desmedidos de dentro de París y a los de las fronteras. El rey debe estar libre, y para lograrlo hay que elegir incluso el rodeo más penoso: la huida.

La ejecución de la huida está en manos de la reina, y así se explica que confíe los preparativos prácticos, como es natural, a aquel ante quien no tiene nada que ocultar y en quien confía sin reservas: Fersen. A él, que le ha dicho: «Solo vivo para serviros», a él, «el» amigo, le confía una empresa que solo puede llevarse a cabo

con la entrega total de todas las fuerzas y, más aún, con la entrega de la propia vida. Las dificultades son inconmensurables. Para salir del palacio vigilado por guardias nacionales, donde casi todos los criados son espías, para atravesar toda la ciudad, hostil y ajena, hay que tomar con cautela medidas de índole especial, y para el trayecto por el propio territorio, llegar a acuerdos con el único jefe de tropas de confianza, el general Bouillé. Este debe, según el plan, enviar al encuentro, a lo largo de medio camino hasta la fortaleza de Montmédy, es decir, más o menos hasta Châlons, destacamentos sueltos de caballería, de modo que, en caso de ser reconocidos o perseguidos, el carruaje del rey con toda la familia real quede protegido de inmediato. Nueva dificultad ahora: para justificar este llamativo movimiento militar en la zona fronteriza hay que encontrar un pretexto; el gobierno austríaco debe concentrar en la frontera un cuerpo de ejército, para dar al general Bouillé motivo de llevar a cabo sus movimientos de tropas. Todo esto debe discutirse en secreto por medio de innumerables cartas y con la mayor cautela, porque la mayoría de las misivas se abren y, como dice el propio Fersen, «todo se perdería si se advirtieran las más mínimas medidas». Además —nueva dificultad— esta huida exige sumas considerables de dinero, y el propio rey y la propia reina están completamente sin recursos. Todos los intentos de obtener algunos millones en préstamo de su hermano, de los demás príncipes de Inglaterra, España o Nápoles, o del banquero de la corte, han fracasado. También de esto, como de todo lo demás, ha de ocuparse Fersen, ese pequeño gentilhombre extranjero.

Pero Fersen saca fuerzas de su pasión. Trabaja como si tuviera diez cabezas, diez manos, y un único corazón entregado por entero. Durante horas delibera con la reina todos los detalles, colándose de noche o por la tarde por el pasadizo secreto. Lleva la correspondencia con los príncipes extranjeros y con el general Bouillé; elige a los gentileshombres más fiables, que, disfrazados de correos, deben acompañar la huida, y a aquellos que llevan y traen las cartas y las devuelven a la frontera. Encarga la carroza a su propio nombre, procura los pasaportes falsos, consigue dinero

pidiendo prestadas, sobre su propia fortuna, trescientas mil libras a una dama rusa y otras tantas a una dama sueca, y hasta llega a pedir prestadas tres mil a su propio administrador. Introduce, pieza por pieza, los disfraces necesarios en las Tullerías y, a su vez, saca de contrabando los diamantes de la reina. Día y noche, semana tras semana, escribe, negocia, planea y viaja en tensión incesante, y todo ello en peligro constante de muerte, pues basta con que una sola malla se suelte en esta red tendida sobre toda Francia, un solo abuso de confianza de algún iniciado, una sola palabra sorprendida, una carta interceptada, para que su vida esté perdida. Pero audaz y a la vez lúcidamente sereno, infatigable porque lo mueve la pasión, cumple, héroe silencioso del segundo plano, su deber en uno de los grandes dramas de la historia universal.

Pero todavía se vacila, todavía espera el rey, siempre indeciso, que algún feliz acontecimiento le ahorre lo penoso y el esfuerzo de esta huida. Pero en vano: la carroza está encargada, reunido a duras penas el dinero imprescindible, y cerrado el acuerdo de la escolta con el general Bouillé. Ahora solo falta una cosa: un motivo bien manifiesto, una cobertura moral para esta huida que, a pesar de todo, no es muy caballeresca. Hay que encontrar todavía algo que demuestre visiblemente ante el mundo que el rey y la reina no han huido por mero temor, sino que el terror mismo los ha obligado a ello. Para procurarse este pretexto, el rey anuncia a la Asamblea Nacional y al ayuntamiento que desea pasar la Semana Santa en Saint-Cloud. Y al punto, tal como se había deseado y calculado en secreto, la prensa jacobina reacciona: la corte no quiere ir a Saint-Cloud sino para recibir allí misa y absolución de un sacerdote no juramentado, y además existe el peligro inminente de que el rey se disponga a huir de allí con su familia. Los artículos incendiarios surten efecto. El 19 de abril, cuando el rey se dispone a subir a los vistosos carruajes de gala que le tienen preparados, ya se han congregado allí enormes multitudes, los ejércitos de Marat y de los clubes, dispuestos a impedir por la fuerza la partida.

Pero es precisamente un escándalo público como este lo que la reina y sus consejeros han deseado ardientemente. Ha de

demostrarse a la vista de todo el mundo que Luis XVI es el único en toda Francia que ya no goza de la libertad de recorrer diez leguas en su carruaje para respirar aire fresco. Así pues, toda la familia real sube ostensiblemente al carruaje y espera a que enganchen los caballos. Pero la multitud, y con ella la Guardia Nacional, se planta ante las puertas de las caballerizas. Por fin llega el eterno «salvador», Lafayette, y ordena, como comandante de la Guardia Nacional, que se le franquee el paso al rey. Pero nadie le obedece. El alcalde, a quien exhorta a desplegar la bandera roja de aviso, le ríe en la cara. Lafayette quiere hablar al pueblo, y lo acallan a gritos. La anarquía se declara abiertamente en su derecho a la injusticia.

Mientras tanto, mientras el afligido comandante suplica en vano a sus tropas que le obedezcan, el rey, la reina y Madame Isabel permanecen tranquilamente sentados en el carruaje, en medio de la multitud vociferante. El bullicio salvaje, los groseros insultos no arredran a María Antonieta; al contrario, contempla con silenciosa satisfacción cómo Lafayette, el apóstol de la libertad, el favorito del pueblo, se convierte en un débil ante la muchedumbre enardecida. No se inmiscuye en esta disputa entre los dos poderes, que le son igualmente odiosos; tranquila e inquebrantable, deja que el tumulto retumbe a su alrededor, pues aporta, manifiesta y visible ante el mundo, la prueba de que la autoridad de la Guardia Nacional ya no existe, de que en Francia reina la anarquía total, de que la chusma puede insultar impunemente a la familia real, y de que, por tanto, el rey está en su derecho moral si huye. Durante dos horas y cuarto dejan al pueblo salirse con la suya; solo entonces da el rey la orden de devolver los carruajes a las caballerizas y declara que renuncia a la excursión a Saint-Cloud. Como siempre que ha triunfado, la multitud que hasta hacía un momento bramaba, gritaba y se enfurecía se muestra de pronto entusiasmada, todos vitorean a la pareja real, y en un brusco cambio de humor la Guardia Nacional promete a la reina protegerla. Pero María Antonieta sabe lo que vale esa protección, y responde en voz alta: «Sí, contamos con ello. Pero ahora tendréis que admitir que no somos libres.» Dice estas palabras

en voz alta a propósito. En apariencia van dirigidas a la Guardia Nacional; en realidad, a toda Europa.

Si aquella misma noche del veinte de abril el propósito hubiera sido seguido por el hecho, causa y efecto, ofensa e indignación, golpe y contragolpe se habrían complementado en una secuencia lógica e inmediata. Dos carruajes sencillos, ligeros, discretos, en uno el rey con su hijo, en el otro la reina y la hija, y a lo sumo Madame Isabel, y nadie habría reparado en unos cabriolés tan corrientes con dos personas dentro; sin llamar la atención, la familia real habría alcanzado la frontera: prueba de ello es la fuga simultánea del hermano del rey, el conde de Provenza, que gracias a esa misma discreción escapó sin incidentes.

Pero ni siquiera al filo entre la vida y la muerte quiere la familia real infringir las sagradas leyes de la casa; hasta en el viaje más peligroso debe acompañarla la inmortal etiqueta. Primer error: se decide que las cinco personas viajen juntas en un solo carruaje, es decir, la familia entera, padre, madre, hermana y los dos hijos, exactamente como se la conoce, hasta en la última aldea de Francia, por un centenar de grabados. Pero no basta con esto: Madame de Tourzel recuerda su juramento, según el cual no puede abandonar a los hijos reales ni un instante, de modo que, segundo error, debe sumarse como sexta persona. Con esta carga innecesaria se retrasa, naturalmente, el ritmo de un viaje en el que quizá cada cuarto de hora, cada minuto, sea decisivo. Tercer error: es impensable que una reina se sirva ella misma. Así que deben ir también dos camareras en un segundo coche; ya se cuentan ocho personas. Pero como los puestos de cochero, batidor, postillón y lacayos deben ocuparlos personas de confianza que, aunque no conozcan el camino, han de ser de noble cuna, se llega felizmente a las doce personas, y con Fersen y su cochero, a catorce: un número más que sobrado para un secreto. Cuarto, quinto, sexto y séptimo error: hay que llevar vestidos de gala, para que la reina y el rey se presenten en Montmédy de gala y no en traje de viaje; así pues, se apilan sobre el coche unos cuantos cientos de libras de peso, empaquetadas en baúles flamantes: nuevo retraso del ritmo, nuevo aumento de lo

llamativo. Poco a poco, lo que debía ser una fuga clandestina se convierte en una expedición pomposa.

Pero el error de todos los errores: si el rey y la reina han de viajar veinticuatro horas, aunque sea huyendo del mismísimo infierno, deben viajar cómodamente. Así que se encarga un carruaje nuevo, especialmente ancho, de muelles especialmente buenos, un carruaje que huele a laca fresca y a riqueza, que en cada posta ha de despertar la curiosidad especial de todo cochero, todo postillón, todo maestro de postas, todo mozo de cuadra. Pero Fersen —los amantes nunca piensan a largo plazo— quiere que todo sea, para María Antonieta, tan magnífico, tan hermoso y tan lujoso como sea posible. Siguiendo sus indicaciones precisas se fabrica (supuestamente para una baronesa de Korff) un armatoste enorme, una pequeña nave de guerra sobre cuatro ruedas, que no solo ha de transportar a las seis personas de la familia real, además de aya, cochero y criados, sino que también debe tener sitio para todas las comodidades imaginables: vajilla de plata, guardarropa, provisiones e incluso sillas retretes para las pequeñas necesidades, también habituales en los reyes. Se instala y se guarda toda una bodega de vinos, pues se conoce bien la sed del monarca; para colmo de desatino, el interior se tapiza de damasco claro, y casi asombra que se haya renunciado a colocar también, bien visible, el escudo de las flores de lis en la portezuela. Con este pesado equipo, para avanzar a un ritmo tolerable, este monstruoso carruaje de lujo necesita como mínimo ocho caballos, y por lo común doce, es decir: mientras que una ligera silla de posta con dos caballos se engancha de nuevo en cinco minutos, aquí el cambio de tiro exige regularmente media hora, lo que supone, en total, de cuatro a cinco horas de retraso en un viaje en el que cada cuarto de hora decide entre la vida y la muerte. Para compensar a los guardias nobles por tener que llevar durante veinticuatro horas humildes ropas de criado, se los viste con libreas relucientes, flamantes y, por ello, llamativas, que contrastan de manera curiosa con el disfraz modesto que se había previsto para el rey y la reina. Esta visibilidad por parte de la familia real se ve aún más reforzada por el hecho de que en cada uno de esos pequeños

pueblos del trayecto entran de pronto, en plena paz, escuadrones de dragones, so pretexto de esperar un «transporte de fondos», y por que, como última necedad, verdaderamente histórica, el duque de Choiseul escoge como oficial de enlace entre los distintos destacamentos a la persona más imposible, a Fígaro en persona, el peluquero de la reina, el divino Léonard, muy dotado para peinar pero no para diplomatizar, que permanece fiel, más que al rey, a su eterno papel de Fígaro, y enreda todavía más por completo una situación ya de por sí enrevesada.

Única disculpa para todo esto: el ceremonial de Estado de Francia no tenía en la historia ningún precedente para la huida de un rey. Cómo se acude a un bautizo, cómo a una coronación, cómo al teatro y cómo a la caza, qué vestido, qué zapatos y qué broches se llevan para una recepción grande o pequeña, para la misa, la caza y el juego: para todo eso está rodado el ceremonial hasta en cien detalles. Pero de cómo un rey y una reina huyen disfrazados del palacio de sus antepasados no hay normas; aquí habría que actuar con audacia y libertad, improvisando una solución y aprovechando el instante. Por hallarse por completo ajena al mundo, la corte, en este primer contacto con la realidad, había de sucumbir impotente. En el instante en que el rey de Francia se puso la librea de un criado para huir, ya no pudo volver a ser dueño de su destino.

Tras interminables dilaciones, se fija el 19 de junio como día de la huida: ya es hora, la más alta hora, pues una red de secreto tendida entre tantas manos puede rasgarse en cualquier momento por algún punto. Como un latigazo cae de pronto sobre este suave murmurar y cuchichear un artículo de Marat que anuncia un complot para raptar al rey. «Quieren arrastrarlo a toda costa a los Países Bajos, con el pretexto de que su causa es la de todos los reyes, y vosotros sois lo bastante necios para no impedir esta huida. Parisinos, parisinos privados de razón, ya estoy cansado de repetíroslo una y otra vez: retened al rey y al Delfín tras vuestros muros y guardadlos bien, encerrad a la austríaca y a su cuñado, y al resto de la familia; la pérdida de un solo día puede ser funesta para toda la nación.» Extraña profecía de este hombre, curiosamente perspicaz a través de

las lentes de su enfermiza desconfianza; solo que la «pérdida de ese único día» no será funesta para la nación, sino para el rey y la reina. Pues, una vez más, María Antonieta aplaza en la última hora la huida ya fijada hasta el último detalle. En vano ha trabajado Fersen hasta el agotamiento para tenerlo todo dispuesto para el 19 de junio. Día y noche, desde hace semanas y meses, su pasión sirve únicamente a esta empresa. Con sus propias manos saca, noche tras noche, escondidas bajo la capa, prendas de vestir de sus visitas a la reina; en innumerables cartas ha convenido con el general Bouillé en qué punto han de esperar los dragones y los húsares al carruaje del rey; llevando él mismo las riendas, prueba en el camino de Vincennes los caballos de posta que ha encargado. Todos los hombres de confianza están al tanto, el mecanismo está engranado hasta la última ruedecilla. Pero en el último instante la reina da contraorden. Una de sus camareras, que mantiene relaciones con un revolucionario, le resulta gravemente sospechosa. Ahora bien, está dispuesto que precisamente a la mañana siguiente, el 20 de junio, esta mujer tenga el día libre, y hay que esperar a ese día. Así pues, otras veinticuatro horas de fatal demora, contraorden al general, orden de desensillar a los húsares ya dispuestos a partir, nueva tensión de nervios para el ya extenuado Fersen y para la reina, que apenas puede dominar su inquietud. Pero, por fin, también pasa este último día. Para disipar cualquier sospecha, la reina lleva por la tarde a sus dos hijos y a su cuñada Isabel a un jardín de recreo, a Tivoli. A su regreso, comunica al comandante, con su acostumbrada majestad y seguridad, las disposiciones para el día siguiente. No se le nota el menor asomo de agitación, y todavía menos al rey, pues este hombre de nervios impasibles es del todo incapaz de agitarse. Por la noche, a las ocho, María Antonieta se retira a sus aposentos y despide a sus damas. Acuestan a los niños y, tras la cena, toda la familia se reúne, en apariencia despreocupada, en el gran salón. Y solo una cosa podría, tal vez, percibir un observador especialmente sutil: que la reina se levanta de cuando en cuando y mira el reloj, como si estuviera cansada. Pero, en realidad, nunca estuvo más tensa, más despierta y más dispuesta a su destino que aquella noche.

La huida a Varennes

En la noche de este 20 de junio de 1791, ni siquiera el observador más desconfiado habría podido advertir nada sospechoso en las Tullerías: como siempre, los guardias nacionales están en sus puestos, como siempre las camareras y los criados se han retirado después de la cena, y en el gran salón están sentados, como cada día, el rey, su hermano el conde de Provenza, y los demás miembros de la familia, tranquilamente, jugando al backgammon o conversando con calma. ¿Resulta llamativo que la reina, hacia las diez, se levante en mitad de la conversación y se ausente un rato? En absoluto. Quizá tenga que hacer un pequeño recado o escribir una carta; ninguno de los criados la sigue, y cuando sale al pasillo, lo encuentra completamente vacío. Pero esta vez María Antonieta se detiene tensa, aguza el oído conteniendo el aliento al paso marcial de los guardias, y luego corre escaleras arriba hasta la puerta del cuarto de su hija y llama suavemente. La pequeña princesa se despierta, llama asustada a la (segunda, suplente) gobernanta, Madame Brunier; esta acude, se sorprende ante la incomprensible orden de la reina de vestir deprisa a la niña, pero no se atreve a oponer resistencia. Entre tanto, la reina ha despertado también al Delfín, apartando las cortinas del dosel de damasco y susurrándole con ternura: «Ven, levántate, nos vamos de viaje. Vamos a una fortaleza donde hay muchos soldados.» Adormilado, el pequeño príncipe balbucea algo, pide su sable y su uniforme, ya que va a ir con los soldados. Pero «deprisa, deprisa, nos vamos», ordena María Antonieta a la primera aya, Madame de Tourzel, que hace tiempo está al tanto del secreto y, con el pretexto de que se trata de un

baile de máscaras, disfraza al príncipe de niña. Ambos niños son conducidos sin ruido, escaleras abajo, hasta el cuarto de la reina. Allí les aguarda una divertida sorpresa. Pues cuando la reina abre el armario empotrado, sale de él un oficial de la guardia, un tal señor de Malden, a quien el infatigable Fersen había escondido allí previsoramente. Los cuatro se dirigen ahora deprisa hacia la salida sin vigilancia.

El patio está casi por completo a oscuras. Hay carruajes alineados en larga fila, unos cuantos cocheros y lacayos vagan ociosos o charlan con los guardias nacionales que, con los fusiles pesados ya depuestos —qué hermosa es la templada noche de verano—, no piensan ni en su deber ni en el peligro. La reina abre personalmente la puerta y mira hacia fuera: en momentos decisivos como este, su aplomo no la abandona ni un instante. Y ya se acerca, deslizándose desde la sombra de los carruajes, un hombre disfrazado de cochero, que sin decir palabra toma de la mano al Delfín: Fersen, el infatigable, que desde primera hora de la mañana viene rindiendo un esfuerzo sobrehumano. Ha dispuesto a los postillones, ha disfrazado de correos a los tres guardias de corps y ha apostado a cada uno en su lugar correspondiente. Ha sacado de contrabando del palacio las ropas de noche, ha preparado el carruaje y, todavía por la tarde, ha consolado a la reina, que estaba conmovida hasta las lágrimas. Tres, cuatro, cinco veces ha cruzado y recruzado París a toda prisa, disfrazado una vez, con su atuendo habitual las demás, para dejarlo todo en orden. Ahora se juega la vida al sacar al Delfín de Francia del palacio del rey, y no quiere otra recompensa que la mirada agradecida de la amada, que a él, y solo a él, confía a sus hijos.

Las cuatro sombras se deslizan de nuevo hacia la oscuridad, la reina cierra silenciosamente la puerta. Sin llamar la atención, con pasos ligeros y despreocupados, vuelve a entrar en el salón, como si solo hubiera ido a buscar una carta, y sigue charlando con aparente indiferencia, mientras los niños, conducidos felizmente por Fersen a través de la gran plaza, son acomodados en un fiacre a la antigua, donde enseguida se quedan dormidos; al mismo tiempo, las dos doncellas de la reina son enviadas por delante, en otro coche, hacia

Claye. A las once comienza entonces la hora crítica. El conde de Provenza y su esposa, que por su parte también huirán esta noche, abandonan el palacio como de costumbre; la reina y Madame Isabel se retiran a sus habitaciones. Para no despertar ninguna sospecha, la reina se deja desvestir por su camarera y encarga los carruajes para una salida a la mañana siguiente. A las once y media, cuando ya debe de haber terminado la inevitable visita de Lafayette al rey, da la orden de apagar las luces, señal para que la servidumbre se retire. Pero apenas se ha cerrado la puerta tras las camareras, la reina se levanta de un salto, se viste con rapidez, eligiendo un vestido discreto de seda gris y un sombrero negro con velo violeta que le hace irreconocible el rostro. Ahora solo queda bajar silenciosamente la pequeña escalera hasta la puerta, donde la aguarda un hombre de confianza, y cruzar la oscura plaza del Carrousel; todo marcha a la perfección. Pero, penosa casualidad, justo entonces se acercan unas luces llameantes, un coche con corredores y portadores de antorchas: el carruaje de Lafayette, que se ha cerciorado de que todo está, como siempre, magníficamente en orden. La reina se aprieta apresuradamente contra la oscuridad del arco de la puerta, huyendo de la luz, y la carroza de Lafayette pasa tan cerca que podría rozar las ruedas. Nadie la ha visto. Unos pasos más, y llega al coche de alquiler que contiene lo que más ama en el mundo: a Fersen y a sus hijos.

Más difícil resulta la fuga para el rey. Primero ha de soportar todavía la visita nocturna de cada noche de Lafayette, que se prolonga tanto que, esta vez, incluso a este hombre de piel dura le cuesta permanecer tranquilo. Una y otra vez se levanta de su sillón y se acerca a la ventana, como si quisiera contemplar el cielo. Por fin, a las once y media, el molesto huésped se despide. Luis XVI se retira a su dormitorio, y aquí empieza la última lucha desesperada con la etiqueta, que lo protege con excesivo celo. Según antiquísima costumbre, el ayuda de cámara del rey debe dormir en la misma habitación, con un cordón enrollado en la muñeca, de modo que un tirón de la mano del monarca baste para despertar al instante al que se ha dormido. Así pues, si Luis XVI quiere escapar ahora, el pobre

debe, ante todo, huir de su propio ayuda de cámara. Luis XVI se deja, pues, desvestir con la calma de costumbre, se acuesta y baja el dosel por ambos lados, como si fuera a dormir. En realidad, solo espera el minuto en que el criado se retira al gabinete contiguo para desvestirse, y ahora, en ese breve instante —la escena sería digna de un Beaumarchais—, el rey se escurre rápidamente por detrás del dosel y, descalzo y en camisón, escapa por la otra puerta hasta el cuarto vacío de su hijo, donde le han dejado preparados un traje sencillo, una peluca basta y —¡nueva afrenta!— un sombrero de lacayo. Entre tanto, el fiel criado vuelve a entrar en el dormitorio con toda, toda la cautela, conteniendo ansiosamente la respiración para no despertar a su amado rey, que reposa tras el dosel, y se enrolla en la muñeca, como cada noche, la punta del cordón. En la escalera, entre tanto, se desliza en camisa Luis XVI, descendiente y heredero de San Luis, rey de Francia y de Navarra, con la levita gris, la peluca y el sombrero de lacayo sobre el brazo, hacia el piso de abajo, y allí lo espera, escondido en el armario empotrado, el guardia de corps, el señor de Malden, para mostrarle el camino. Irreconocible bajo un sobretodo verde botella y el sombrero de lacayo sobre su egregia cabeza, el rey cruza con calma el patio desierto de su palacio; los guardias nacionales, no demasiado celosos en la vigilancia, lo dejan pasar sin reconocerlo. Con esto parece haberse logrado lo más difícil, y a medianoche la familia está reunida en el fiacre; Fersen, disfrazado de cochero, sube al pescante y conduce, a través de París, al rey disfrazado de lacayo y a su familia.

¡A través de París, fatalmente a través de París! Pues Fersen, el gentilhombre, está acostumbrado a que lo lleven cocheros, no a conducir él mismo, y no conoce el interminable laberinto de la intrincada ciudad. Además, por precaución —¡fatal precaución!—, en lugar de salir de inmediato de la ciudad, quiere pasar todavía una vez por la rue Matignon, para asegurarse de la partida de la gran carroza. No es hasta las dos, en vez de a medianoche, cuando conduce su preciosa carga hasta la puerta de la ciudad: dos horas, dos horas irreparables, se han perdido.

Tras la barrera de peaje debía esperar la imponente carroza; primera sorpresa: no está allí. Se pierde de nuevo tiempo, hasta que por fin la descubren, enganchada con cuatro caballos y con las luces apagadas. Solo entonces acerca el fiacre al otro carruaje, para que la familia real pueda trasbordar sin mancharse —¡sería espantoso!— los zapatos con el barro de las calles de Francia. Son las dos y media de la madrugada, en vez de las doce de la noche, cuando los caballos por fin tiran. Ahora Fersen no escatima el látigo; en media hora están en Bondy, donde uno de los oficiales de la guardia los espera ya con ocho caballos de posta nuevos y bien descansados. Aquí hay que despedirse. No es fácil. A María Antonieta le duele ver alejarse al único hombre de confianza, pero el rey ha declarado expresamente que no desea que Fersen los siga acompañando. Por qué motivo, no se sabe. Quizá para no presentarse ante sus fieles precisamente en compañía de este amigo demasiado íntimo de su esposa, quizá por consideración hacia él; en todo caso, Fersen anota: «il n'a pas voulu». Y además, está convenido que Fersen se reunirá enseguida con ellos, una vez definitivamente libres: una despedida breve, por tanto. Así, Fersen —ya asoma un pálido resplandor de luz sobre el horizonte, anunciando un caluroso día de verano— se acerca a caballo una vez más al carruaje y exclama, a propósito y en voz alta, para engañar a los postillones desconocidos: «¡Adiós, Madame de Korff!»

Ocho caballos tiran mejor que cuatro, y al trote vivo se balancea la imponente carroza sobre el gris cauce del camino real. Todo respira buen humor, los niños han dormido bien, el rey está más alegre que de costumbre. Se bromea con los nombres falsos que se han puesto: la señora de Tourzel pasa por la distinguida dama Madame de Korff, la reina, por gobernanta de los niños, y se llama Madame Rochet; el rey, con su sombrero de lacayo, es su mayordomo Durand; Madame Isabel, su camarera, y el Delfín se ha convertido en una niña. En realidad, en el cómodo carruaje la familia se siente más libre, reunida, que en casa, en su propio palacio, espiada por cien lacayos y seiscientos guardias nacionales; pronto se manifiesta el fiel amigo de Luis XVI, que nunca lo abandona: el apetito. Se sacan las

copiosas provisiones, se come con abundancia en el servicio de plata, ya vuelan huesos de pollo y botellas de vino por la ventanilla del carruaje, y tampoco se olvida a los buenos guardias de corps. Los niños, encantados con la aventura, juegan en el coche, la reina charla con todos, y el rey aprovecha esta ocasión inesperada para conocer su propio reino: saca el mapa y sigue, con honesto interés, de pueblo en pueblo, de aldea en aldea, el avance del viaje. Poco a poco se apodera de todos ellos una sensación de seguridad. En la primera posta, a las seis de la mañana, los ciudadanos siguen aún en la cama, nadie pregunta por los pasaportes de la baronesa de Korff; ahora solo falta cruzar felizmente la gran ciudad de Châlons, y todo estará ganado, pues, cuatro leguas más allá de este último obstáculo, en Pont-de-Somme-Vesle, los espera ya la primera avanzadilla de caballería, al mando del joven duque de Choiseul.

Por fin Châlons, las cuatro de la tarde. No es en absoluto mala voluntad que tanta gente se congregue ante la posta. Cuando llega una diligencia rápida, uno quiere oír cuanto antes de boca de los postillones las últimas noticias de París, encargarles quizá una carta o un paquetito para la próxima estación, y además, se charla a gusto en una pequeña y aburrida ciudad de provincias, hoy como entonces; a uno le gusta mirar a los forasteros y un hermoso carruaje: ¡Dios mío, qué otra cosa mejor se puede hacer en un caluroso día de verano! Los entendidos examinan el carruaje con ojo experto. Flamante, constatan primero con respeto, y de una nobleza fuera de lo común, tapizado de damasco, artesonado a las mil maravillas, equipaje espléndido: sin duda son nobles, probablemente emigrados. En realidad, a uno le gustaría verlos, charlar con ellos, pero es extraño: ¿por qué permanecen las seis personas obstinadamente sentadas en el carruaje, en un día tan hermoso y caluroso, después de un viaje tan largo, en lugar de desentumecer un poco las piernas agarrotadas o de beber conversando un fresco vaso de vino? ¿Por qué se muestran estos lacayos galoneados tan insolentemente distinguidos, como si fueran algo especial? ¡Extraño, extraño! Empieza un murmullo apagado, alguien se acerca al maestro de postas y le susurra algo al oído. Este parece

desconcertado, muy desconcertado. Pero no se inmiscuye más y deja que el coche siga tranquilamente su camino; sin embargo —nadie sabe cómo— media hora después toda la ciudad murmura y comenta que el rey y la familia real han pasado por Châlons.

Pero ellos no saben ni sospechan nada; al contrario, pese a todo el cansancio, están de buen humor, pues en la próxima estación ya les espera Choiseul con sus húsares: entonces se acabará el disimulo y el disfraz, se tirará el sombrero de lacayo y se romperán los pasaportes falsos, se volverá a oír por fin el «¡Vive le Roi! ¡Vive la Reine!» que tanto tiempo había enmudecido. Llena de impaciencia, Madame Isabel mira una y otra vez por la ventanilla para ser la primera en saludar a Choiseul; los correos alzan la mano contra el sol poniente para divisar ya de lejos el destello de los sables de los húsares. Pero nada. Nada. Por fin un jinete, pero solo uno, un oficial de la guardia que se ha adelantado al galope.

—¿Dónde está Choiseul? —le gritan.

—Se ha ido.

—¿Y los demás húsares?

—No hay ni uno.

De pronto se corta el buen humor. Algo no anda bien. Y además, oscurece, cae la noche. Es inquietante viajar ahora hacia lo desconocido, hacia lo incierto. Pero no hay vuelta atrás ni posibilidad de detenerse: un fugitivo solo tiene un camino, seguir y seguir adelante. La reina consuela a los demás. Si faltan aquí los húsares, se encuentran dragones en Sainte-Menehould, que está a solo dos horas: entonces se está a salvo. Esas dos horas se dilatan más que el día entero. Pero —nueva sorpresa— tampoco en Sainte-Menehould hay escolta. Los jinetes han esperado largo rato, han pasado el día sentados en las tabernas y allí, de puro aburrimiento, han bebido y alborotado tanto que toda la población se ha percatado. Al final, el comandante, engañado por un confuso aviso del peluquero de la corte, ha creído más prudente sacarlos de la ciudad y hacerlos esperar más atrás, en el camino; solo él se ha

quedado. Por fin llega pomposamente rodando el carruaje de ocho caballos, y tras él el cabriolé de dos, para los honrados pequeñoburgueses ya el segundo suceso inexplicable y misterioso de aquel día. Primero esos dragones, que llegaron y se sentaron por ahí sin que nadie supiera para qué ni por qué; ahora los dos coches con postillones de librea distinguida; ¡y mirad qué devoto, qué respetuoso saluda el comandante de los dragones a estos extraños huéspedes! No, no solo respetuoso, sino sumiso: todo el tiempo que habla con ellos mantiene la mano en la gorra. El maestro de postas Drouet, miembro del club jacobino y republicano furibundo, observa con ojo penetrante. Deben de ser grandes aristócratas o emigrados, piensa, gentuza distinguida, distinguidísima; a esos habría que echarles el guante. En todo caso, da primero en voz baja a sus postillones la orden de no darse demasiada prisa con estos misteriosos pasajeros, y el carruaje sigue traqueteando somnoliento con sus somnolientos ocupantes.

Pero apenas se ha alejado diez minutos cuando se propaga —¿trajo alguien la noticia desde Châlons, o acertó el instinto del pueblo?— de pronto el rumor de que la familia real iba en el coche. Todo se alborota y se agita; el comandante de los dragones percibe enseguida el peligro y quiere lanzar a sus soldados al galope tras el coche como escolta. Pero ya es tarde: la multitud enfurecida protesta, y los dragones, bien caldeados de vino, se confraternizan con el pueblo y dejan de obedecer. Unos cuantos resueltos hacen tocar a rebato general, y mientras todo se precipita en el tumulto, un único hombre toma una decisión: el maestro de postas Drouet, buen jinete de su época de servicio militar, hace ensillar un caballo y galopa, acompañado de un camarada, por un camino más corto, adelantándose al pesado carruaje camino de Varennes. Allí puede mantener con estos sospechosos pasajeros una conversación más detenida y, si de verdad se trata del rey, ¡que Dios se apiade de él y de su corona! Como ya mil veces antes, también esta vez un único acto enérgico de un hombre enérgico cambia la historia del mundo.

Mientras tanto, el enorme coche del rey sigue rodando y rodando por el sinuoso camino que baja hacia Varennes. Veinticuatro horas

de viaje bajo un techo abrasado por el sol, apretujados unos contra otros, han rendido de cansancio a los viajeros; los niños llevan ya mucho rato dormidos, el rey ha guardado los naipes, la reina calla. Solo falta una hora, una última hora, y están bajo escolta segura. Pero de nuevo una sorpresa: en el relevo convenido a las afueras de la ciudad de Varennes no hay caballos. Andan a tientas en la oscuridad, llaman a las ventanas y encuentran voces hostiles. A los dos oficiales que tenían orden de esperar aquí —no hay que elegir a Fígaro como mensajero— el peluquero Léonard, enviado por delante, les ha hecho creer con sus discursos confusos que el rey ya no vendría. Se han acostado a dormir, y ese sueño resulta tan fatal para el rey como aquel otro, el de Lafayette, el 6 de octubre. Así que hay que seguir con los caballos agotados hasta dentro de Varennes; quizá allí encuentren relevo. Pero segunda sorpresa: bajo el arco de la puerta, unos jóvenes se abalanzan sobre el postillón delantero y ordenan: «¡Alto!». En un instante los dos coches quedan rodeados y escoltados por una banda de mozos. Drouet y los suyos, que han llegado diez minutos antes, han sacado de la cama o de las tabernas a toda la juventud revolucionaria de Varennes. «¡Los pasaportes!», ordena alguien. «Tenemos prisa, debemos llegar pronto», responde desde el coche una voz de mujer. Es la de la supuesta «Madame Rochet», en realidad la de la reina, la única que conserva la energía en el momento peligroso. Pero la resistencia de nada sirve: han de detenerse en la próxima posada que —¡qué malicia puede tener la historia del mundo!— se llama «Al Gran Monarca», y allí está ya el alcalde, tendero de oficio, que atiende por el sabroso nombre de «Sauce», y quiere ver los pasaportes. El pequeño tendero, en el fondo fiel al rey y lleno de miedo a verse metido en un mal asunto, echa un vistazo rápido a los pasaportes y dice: «En regla». Por su parte, dejaría que los coches siguieran tranquilamente su camino. Pero el joven Drouet, que huele el pez ya en el anzuelo, golpea la mesa y grita a voces: «Es el rey y su familia, y si lo deja pasar a tierra extranjera, usted será culpable de alta traición». Semejante amenaza cala hondo en los huesos de un buen padre de familia, y al mismo tiempo retumba la campana de alarma que hacen tocar los camaradas de Drouet; las luces se encienden en todas las ventanas,

toda la ciudad está sobre aviso. En torno al coche se congrega una multitud cada vez más numerosa: proseguir el viaje sin violencia es impensable, pues los caballos frescos aún no están enganchados. Para salir del apuro, el bravo tendero-alcalde propone que, al fin y al cabo, ya es demasiado tarde para continuar el viaje; que la señora baronesa de Korff y los suyos pasen la noche en su casa. Para mañana por la mañana, piensa el astuto para sus adentros, todo se habrá aclarado, para bien o para mal, y yo me habré librado de esta responsabilidad que se me ha venido encima. Vacilante, sin nada mejor que hacer, y pensando además que los dragones ya llegarán, el rey acepta la invitación. Dentro de una o dos horas, Choiseul o Bouillé tienen que estar aquí. Así entra Luis XVI tranquilamente en la casa con su peluca falsa, y su primer acto de rey es pedir una botella de vino y un trozo de queso. ¿Es el rey? ¿Es la reina? —así susurran, inquietos y agitados, las viejas y los campesinos que han acudido corriendo—. Porque en aquellos tiempos una pequeña ciudad francesa está tan alejada, a leguas de distancia, de la gran corte inescrutable, que ninguno de todos estos súbditos suyos ha visto jamás el rostro del rey sino en las monedas, y hay que enviar expresamente un mensajero en busca de algún noble para poder averiguar por fin si ese viajero desconocido es en verdad tan solo el lacayo de una baronesa de Korff, o Luis XVI, el Rey Cristianísimo de Francia y Navarra.

La noche de Varennes

En este 21 de junio de 1791, María Antonieta, en el trigésimo sexto año de su vida y el decimoséptimo como reina de Francia, entra por primera vez en la casa de un burgués francés. Es la única interrupción entre palacio y palacio y prisión y prisión. El camino pasa primero por la tienda del tendero, que huele rancio a aceite pasado, a embutido seco y a especias fuertes. Por una escalera de gallinero que cruje suben uno tras otro, al piso de arriba, el rey —o más bien el desconocido caballero de la peluca falsa— y aquella aya de la supuesta baronesa de Korff; dos habitaciones, una sala y un dormitorio, bajos, pobres y sucios. Ante la puerta se apostan de inmediato, guardia de nuevo cuño, muy distinta de la reluciente de Versalles, dos campesinos con horcas en las manos. Los ocho, la reina, el rey, Madame Isabel, los dos niños, el aya y las dos camareras, están de pie o sentados en esta estancia estrecha. Los niños, muertos de cansancio, son llevados a una cama y se duermen al instante, custodiados por Madame de Tourzel. La reina se ha sentado en un sillón y se ha cubierto el rostro con el velo; nadie podrá jactarse de haber visto su cólera, su amargura. Solo el rey empieza enseguida a instalarse como en su casa, se sienta tranquilamente a la mesa y corta con el cuchillo gruesos trozos de queso. Nadie dice palabra.

Por fin resuenan cascos en la calle, pero al mismo tiempo estalla también el grito, que salta de boca en boca enfebrecido, de centenares de gargantas: «¡Los húsares! ¡Los húsares!». Choiseul, también él engañado por noticias falsas, ha llegado por fin, se abre

paso a golpes de sable y reúne a sus soldados en torno a la casa. La arenga que les dirige no la entienden los buenos húsares alemanes; no saben de qué se trata, no han comprendido más que las dos palabras alemanas «El rey y la reina». Pero, con todo, obedecen y arremeten contra la multitud con tal energía que el coche queda libre por un instante de la tenaza humana.

El duque de Choiseul sube las escaleras a toda prisa, con estrépito, y expone su propuesta. Está dispuesto a disponer de siete caballos. El rey, la reina y el séquito deberán montarlos y salir a galope veloz de la localidad en medio de su tropa, antes de que la Guardia Nacional de los alrededores se haya reunido. Tras su informe, el oficial hace una reverencia marcial: «Majestad, espero vuestras órdenes».

Pero dar órdenes, tomar decisiones rápidas nunca fue cosa de Luis XVI. Que si Choiseul puede comprometerse a que, en esa salida forzada, ninguna bala alcance a su esposa, a su hermana, a alguno de sus hijos; que si no sería más aconsejable esperar a que se reunieran también los demás dragones dispersos por las tabernas... Con este vaivén pasan los minutos, minutos preciosos. En las sillas de paja de la pequeña y sombría estancia se sienta la familia, se sienta el viejo tiempo, y vacila y delibera. Pero la Revolución, la nueva generación, no espera. De las aldeas, despertadas y sobresaltadas por las campanas a rebato, llegan las milicias; la Guardia Nacional está reunida en pleno; de las murallas se ha bajado el viejo cañón y se han levantado barricadas en las calles. Los soldados dispersos, por su parte, arrastrados sin sentido a caballo durante veinticuatro horas, se dejan servir vino de buena gana y se confraternizan con la población. Cada vez más gente llena las calles. Como si el presentimiento común de que se viven horas decisivas calara hasta el fondo del subconsciente de las masas, en toda la comarca los campesinos, los jornaleros, los pastores, los braceros se levantan del sueño y marchan hacia Varennes; ancianísimas mujeres cogen por curiosidad sus bastones, para ver al rey de una vez, y ahora que el rey debe darse a conocer abiertamente, todos están decididos a no dejarlo salir de sus

murallas. Cualquier intento de enganchar caballos frescos al coche es frustrado. «¡A París, o disparamos, lo matamos a tiros dentro de su coche!», braman voces salvajes contra el postillón, y en medio de ese tumulto vuelve a sonar la campana de alarma. Nueva alarma en esta noche dramática: un coche ha llegado desde la dirección de París; dos de los comisarios que la Asamblea Nacional había enviado a la buena de Dios en todas direcciones del país para dar con el rey han encontrado por fortuna el rastro. Un júbilo sin límites acoge a los enviados del poder común. Ahora se libra a Varennes de la responsabilidad, ahora ya no tienen los pequeños panaderos, zapateros, sastres y carniceros de esta pobre ciudad que decidir el destino del mundo: han llegado los emisarios de la Asamblea Nacional, la única autoridad que el pueblo reconoce como suya. En triunfo se conduce a los dos mensajeros a la casa del bravo tendero Sauce y escaleras arriba, hasta el rey.

Mientras tanto, la terrible noche ha ido tocando poco a poco a su fin; son ya las seis y media de la mañana. De los dos enviados, uno, Romeuf, está pálido, cohibido y poco contento de su misión. Como ayudante de campo de Lafayette, ha hecho a menudo el servicio de guardia en las Tullerías junto a la reina; María Antonieta, que trata a todos sus subordinados con su natural y bondadosa cordialidad, siempre le había mostrado buena disposición, y a menudo ella, y también el rey, habían hablado con él casi con amistad; en lo más hondo de su corazón, este ayudante de Lafayette no tiene más que un deseo: salvarlos a los dos. Pero el destino, que trabaja invisible contra el rey, quiere que le hayan dado como acompañante en esta misión a un segundo hombre, muy ambicioso y del todo fiel a la Revolución, de nombre Bayon. En secreto, apenas encontrado el rastro, Romeuf ha intentado retrasar su marcha para dar ventaja al rey, pero Bayon, el implacable vigilante, le pisa los talones, y así se encuentra ahora, sonrojado, lleno de temor de entregar a la reina el fatal decreto de la Asamblea Nacional que ordena detener a la familia real. María Antonieta no puede reprimir su sorpresa: «¿Cómo? ¿Usted, caballero? No, eso no lo habría pensado». En su turbación, Romeuf balbucea que todo París está agitado, que el

interés del Estado exige que el rey regrese. La reina se impacienta y se aparta; detrás de aquella cháchara confusa presiente algo maligno. Por fin el rey pide el decreto y lee que sus derechos han sido suspendidos por la Asamblea Nacional y que todo correo que encuentre a la familia real debe tomar todas las medidas para impedir que prosiga el viaje. Las palabras «huida», «detención», «encarcelamiento» han sido hábilmente evitadas. Pero por primera vez, con este decreto, la Asamblea Nacional manifiesta que el rey no es libre, sino súbdito de su voluntad. Hasta el torpe Luis capta ese vuelco de trascendencia histórica universal.

Pero él no se resiste. «Ya no hay rey de Francia», dice con su voz somnolienta, como si el asunto no fuera mucho con él, y deja distraídamente el decreto sobre la cama en la que duermen los niños exhaustos. Pero entonces María Antonieta se yergue de pronto. Cuando su orgullo se ve tocado, cuando su honor está amenazado, siempre crece en esta mujer —mezquina en todas las pequeñeces, superficial en todo lo externo— una dignidad repentina. Estruja el decreto de la Asamblea Nacional, que se arroga el derecho de disponer de ella y de su familia, y lo arroja con desprecio al suelo: «No quiero que este papel manche a mis hijos».

Un escalofrío recorre a los pequeños funcionarios ante este desafío. Para evitar una escena, Choiseul recoge deprisa el papel. Todos en esta habitación quedan igualmente turbados, el rey por la audacia de su esposa, los dos enviados por lo embarazoso de su posición; en todos el ánimo queda en suspenso. Ahora el rey hace una propuesta en apariencia conciliadora, en realidad taimada. Que le dejen descansar aquí solo dos o tres horas, y luego partirá de vuelta a París. Ellos mismos deben de ver lo cansados que están los niños; tras dos días y noches tan terribles, hace falta un poco de descanso. Romeuf comprende enseguida lo que el rey pretende. En dos horas estará aquí toda la caballería de Bouillé, y tras ella la infantería y los cañones. Como en su fuero interno quiere salvar al rey, no pone objeción: al fin y al cabo, su misión no contiene otra cosa que la orden de detener el viaje. Y eso ya lo ha cumplido. Pero el otro comisario, Bayon, se percata enseguida del juego que se está

jugando y decide responder a la doblez con doblez. Finge dar su conformidad, baja las escaleras con paso indolente, y cuando la multitud, excitada, lo rodea y le pregunta qué se ha decidido, suspira con hipocresía: «Ah, no quieren partir... Bouillé está ya cerca, lo esperan». Estas pocas palabras echan aceite al fuego ya encendido. ¡Eso no puede ser! ¡No dejarse engañar más! «¡A París! ¡A París!». Las ventanas tiemblan con el estruendo; desesperados, los funcionarios municipales, sobre todo el desdichado tendero Sauce, insisten ante el rey en que debe marcharse, o ya no podrán responder de su seguridad. Los húsares están, impotentes, encajonados entre la masa o pasados al bando del pueblo; en triunfo se arrastra el coche hasta la puerta y se engancha, para impedir cualquier demora. Y ahora comienza un juego humillante, porque ya solo se trata de cuartos de hora. Los húsares de Bouillé deben de estar ya muy cerca; cada minuto que se gane puede salvar la monarquía: así que ahora solo cabe, con todos los medios, incluso los más indignos, retrasar la partida hacia París. Hasta María Antonieta ha de doblegarse y suplicar por primera vez en su vida. Se dirige a la esposa del tendero y le ruega que la ayude. Pero esta pobre mujer teme por su marido. Con lágrimas en los ojos, se lamenta de que le resulte terrible negarle la hospitalidad de su casa a un rey, a una reina de Francia, pero que ella también tiene hijos, y que su marido lo pagará con su vida —y la pobre mujer tiene razón en su presentimiento, pues le costó la cabeza al desdichado tendero haber ayudado al rey aquella noche a quemar unos papeles secretos. Una y otra vez el rey y la reina vacilan con los pretextos más desdichados, pero el tiempo corre y se escapa, y los húsares de Bouillé no aparecen. Ya está todo listo, cuando Luis XVI declara —¡hasta qué punto ha caído, para tener que representar semejantes comedias!— que desea aún tomar algo. ¿Se le puede negar a un rey una pequeña comida? No, pero se apresuran a traérsela, solo para no causar más demora. Luis XVI picotea unos bocados, María Antonieta aparta el plato con desprecio. Ya no hay más pretexto posible. Entonces surge un nuevo incidente, el último: la familia está ya en la puerta cuando una de las camareras, Madame Neuveville, cae al suelo con convulsiones fingidas. De inmediato María Antonieta

declara, imperiosa, que no abandonará a su camarera. No se irá hasta que se traiga a un médico. Pero también el médico —todo Varennes está en pie— llega antes que las tropas de Bouillé. Le da a la simuladora unas gotas calmantes; ya no es posible seguir prolongando el triste juego. El rey suspira y baja el primero la estrecha escalera de gallinero. Le sigue, con los labios apretados, del brazo del duque de Choiseul, María Antonieta. Presiente lo que a todos les espera en este viaje de regreso. Pero, en medio de sus propias inquietudes, aún piensa en el amigo: su primera palabra a Choiseul, al llegar este, había sido: «¿Cree usted que Fersen se ha salvado?». Con un hombre de verdad al lado, también este viaje infernal podría soportarse; solo es difícil mantenerse fuerte, sola, rodeada solo de débiles y pusilánimes.

La familia real sube al coche. Todavía esperan a Bouillé y a sus húsares. Pero nada. Solo el estruendo atronador de las masas a su alrededor. Por fin el gran carruaje se pone en marcha. Seis mil personas lo rodean, todo Varennes desfila con su presa, y ahora la ira y el miedo se disuelven en un triunfo ruidoso. Envuelto en el bramido de las canciones de la Revolución, cercado por el ejército proletario, el navío desdichado de la monarquía se aparta del escollo en que había encallado.

Pero solo veinte minutos después, cuando aún se eleva como una columna en el cielo abrasado la nube de polvo sobre la carretera, tras Varennes, ya llega galopando a rienda suelta desde el otro extremo de la ciudad, caballería, escuadrones enteros. ¡Por fin están aquí, los húsares de Bouillé, los tan en vano esperados! Media hora antes, si el rey se hubiera mantenido firme, lo habrían tomado en medio de su ejército; consternados habrían regresado los que hoy vitorean. Pero cuando Bouillé se entera de que el rey ha cedido sin ánimo, retira sus tropas. ¿Para qué un derramamiento de sangre inútil? También él sabe que el destino de la monarquía ha quedado decidido por la debilidad del monarca: Luis XVI ya no es rey, ni María Antonieta reina de Francia.

El regreso

Un barco navega más deprisa con mar en calma que con tormenta. El viaje de París a Varennes lo había recorrido la carroza en veinte horas; el regreso durará tres días. Gota a gota y hasta el último poso deben el rey y la reina beber el amargo cáliz de la humillación. Rendidos tras dos noches sin dormir, con la ropa sin mudar — la camisa del rey está tan sucia de sudor que ha de pedir prestada otra a un soldado —, van sentados los seis en el horno al rojo vivo del coche. Sin piedad golpea el sol vertical de junio el techo ya abrasador, el aire sabe a polvo ardiente, y una escolta cada vez mayor rodea con sorna feroz el triste regreso a casa de los avergonzados. Aquel viaje de seis horas de Versalles a París fue el paraíso comparado con este. Palabras groseras y groserísimas entran a raudales, todos quieren regodearse en la vergüenza de los que vuelven forzados. Prefieren, pues, cerrar las ventanillas y consumirse de sed en el vapor hirviente de esta caldera rodante antes que dejarse tocar por las miradas burlonas de fuera y dejarse insultar por los denuestos. Ya los rostros de los infortunados viajeros están como cubiertos de harina gris, los ojos irritados por el desvelo y el polvo, pero no se les permite bajar las cortinillas de manera permanente, pues en cada parada algún alcaldillo se siente en la obligación de dirigir al rey un discurso aleccionador, y cada vez ha de asegurar que no había sido su intención abandonar Francia. En tales momentos, de todos, es la reina quien mejor conserva la compostura. Cuando en una parada les traen por fin algo de comer y bajan las cortinillas para saciar el hambre, el pueblo arma alboroto fuera y exige que suban las cortinillas. Madame Isabel ya está a punto de ceder, pero

la reina dice enérgicamente que no. Deja tranquilamente que la gente alborote, y solo pasado un cuarto de hora, cuando ya no parece que obedezca aquella orden, alza ella misma las cortinillas, arroja los huesos de pollo y dice con firmeza: «Hay que conservar la compostura hasta el final.»

Por fin un atisbo de esperanza: descanso, al anochecer, en Châlons. Allí espera el vecindario tras un arco de triunfo de piedra que es — ironía de la historia — el mismo que se erigió veintiún años antes en honor de María Antonieta, cuando ella venía de Austria, en la carroza de gala de cristales, aclamada por el pueblo, al encuentro de su futuro esposo, y en cuyo friso de piedra está grabado: «Perstet aeterna ut amor», «Que este monumento dure eternamente como nuestro amor.» Pero el amor es más perecedero que el buen mármol y la piedra labrada. A María Antonieta le parece un sueño que bajo ese mismo arco la recibiera en su día la nobleza en traje de gala, que la calle estuviera sembrada de luces y de gente y que de las fuentes manara vino en su honor. Ahora solo la espera una cortesía fría, en el mejor de los casos compasiva, pero que aun así es un alivio tras el odio ruidoso e insolente que la ha acosado. Se puede dormir, cambiarse de ropa; pero a la mañana siguiente, otra vez hostil el sol abrasador, deben proseguir el camino de su tormento. Cuanto más se acercan a París, más hostil se vuelve la población; si el rey pide una esponja mojada para lavarse el polvo y la suciedad de la cara, un funcionario se burla: «Eso es lo que le pasa a uno por viajar.» Si la reina, tras un breve descanso, retrocede en los escalones del coche, sisea tras ella, como mordedura de serpiente, la voz de una mujer: «Ten cuidado, pequeña, pronto conocerás otros escalones.» A un noble que los saluda lo arrancan del caballo y lo derriban a golpes de pistola y cuchillo. Solo ahora comprenden la reina y el rey que no es solo París el que ha caído en el «error» de la Revolución, sino que en todos los campos de su país la nueva semilla florece con el mayor vigor; pero acaso ya no les quedan fuerzas para sentirlo todo hasta el fondo: poco a poco el cansancio los vuelve del todo insensibles. Van sentados, lánguidos, en el coche, ya indiferentes a su destino; entonces, por fin, por fin,

por fin, llegan a caballo unos correos y anuncian que tres miembros de la Asamblea Nacional salen a su encuentro para proteger el viaje de la familia real. Ahora la vida está a salvo, pero nada más.

El coche se detiene en pleno camino real: los tres diputados, Maubourg, un realista, Barnave, el abogado burgués, Pétion, el jacobino, salen a su encuentro. La reina abre ella misma la portezuela del coche: «Ah, caballeros,» dice, agitada, y tiende rápidamente la mano a los tres, «velen por que no ocurra ninguna desgracia, por que la gente que nos ha acompañado no sea sacrificada, sino que se respete su vida.» Su infalible tacto en los grandes momentos ha dado de inmediato con lo justo: no para sí misma puede una reina pedir protección, sino solo para quienes le han servido con lealtad.

La enérgica majestad de la reina desarma desde el primer momento la actitud condescendiente de los enviados; incluso Pétion, el jacobino, ha de confesar a su pesar en sus apuntes que aquellas palabras dichas con viveza le causaron una fuerte impresión. De inmediato impone silencio a los que alborotan y propone luego al rey que sería mejor que dos de los enviados de la Asamblea Nacional ocuparan asiento en el coche, para proteger con su presencia a la familia real de todo peligro. Que suban entonces Madame de Tourzel y Madame Isabel al otro coche. Pero el rey responde que también se puede arreglar así, que basta con apretujarse un poco para hacer sitio. Se dispone entonces a toda prisa la siguiente distribución: Barnave se sienta entre el rey y la reina, la cual, por su parte, toma en el regazo al Delfín. Pétion se sienta entre Madame de Tourzel y Madame Isabel, mientras Madame de Tourzel aprieta a la princesa entre las rodillas. Ocho personas en vez de seis, muslo contra muslo apretujados, van ahora en un mismo coche los representantes de la monarquía y los del pueblo, y bien puede decirse: nunca estuvieron la familia real y los diputados de la Asamblea Nacional tan cerca unos de otros como en aquellas horas.

Lo que ocurre ahora en ese coche es tan inesperado como natural. Al principio reina la tensión más hostil entre los dos polos, entre los

cinco miembros de la familia real y los dos representantes de la Asamblea Nacional, entre los presos y sus carceleros. Ambas partes están firmemente decididas a mantener tirante su autoridad frente a la otra. María Antonieta, precisamente por verse protegida por esos «factieux» y entregada a su merced, mira con obstinación más allá de los dos y no abre la boca: que no vayan a pensar que ella, la reina, busca su favor. Los diputados, por su parte, no quieren de ningún modo que se confunda cortesía con servilismo: se trata, en este viaje, de dar al rey una lección, de que los miembros de la Asamblea Nacional, como hombres libres e incorruptibles, yerguen la frente de otro modo que su rastrera cohorte de cortesanos. ¡Así que distancia, distancia, distancia!

En ese ambiente, Pétion, el jacobino, llega incluso al ataque abierto. Desde el primer momento quiere darle a la reina, por ser la más orgullosa, una pequeña lección para hacerla perder la compostura. Está perfectamente informado, declara, de que la familia real, cerca del palacio, había subido a un simón corriente, que conducía un sueco, llamado... un sueco llamado... Entonces Pétion se detiene, como si no lograra recordar el nombre, y pregunta a la reina cómo se llamaba ese sueco. Es una puñalada con daga envenenada la que asesta contra la reina, al preguntarle en presencia del rey por su amante. Pero María Antonieta para el golpe con firmeza: «No suelo ocuparme de los nombres de los cocheros de mis caballerizas.» Tras esta primera escaramuza, la hostilidad y la tensión llenan siniestramente el reducido espacio.

Luego un pequeño incidente distiende el ambiente penoso. El principito ha saltado del regazo de su madre. Los dos caballeros desconocidos despiertan mucho su curiosidad. Coge con sus deditos un botón de latón del traje de gala de Barnave y deletrea con esfuerzo la inscripción: «Vivre libre ou mourir.» Esto divierte, naturalmente, mucho a los dos comisarios: que el futuro rey de Francia tenga que aprender precisamente así las máximas fundamentales de la Revolución. Poco a poco se traba una conversación. Y entonces ocurre lo singular: Balaam, que había salido para maldecir, se ve obligado a bendecir. Ambas partes

empiezan a encontrarse en realidad mucho más simpáticas de lo que podían sospechar de lejos. Pétion, el pequeño burgués y jacobino, Barnave, el joven abogado de provincias, se habían imaginado a los «tiranos» en su vida privada como inaccesibles, engreídos, soberbios, necios e insolentes, y creían que aquella nube de incienso cortesano ahogaba toda humanidad. Ahora se sorprenden, el jacobino y el revolucionario burgués, ante las maneras naturales que reinan dentro de la familia real. Hasta Pétion, que quería hacer de Catón, ha de dejar constancia: «Encuentro en ellos una especie de sencillez y familiaridad que me agrada; ni rastro de aparato real, sino una desenvoltura y una bonhomía doméstica. La reina llama a Madame Isabel "Mi hermanita", y Madame Isabel le responde de igual modo. Madame Isabel se dirige al rey llamándolo "Hermano mío". La reina hace bailar al príncipe sobre sus rodillas, la joven princesa juega con su hermano, y el rey lo contempla todo con mirada satisfecha, aunque poco animado y como aletargado.» Los dos revolucionarios ven, asombrados, que los hijos reales juegan exactamente igual que los suyos en casa; llega incluso a incomodarles el que ellos mismos vayan vestidos con mucha más elegancia que el soberano de Francia, que hasta lleva la ropa interior sucia. La resistencia inicial se afloja cada vez más. Cuando el rey bebe, ofrece cortésmente a Pétion su propia copa, y como un suceso de índole sobrenatural le parece al jacobino, atónito, que el rey de Francia y de Navarra, cuando el Delfín manifiesta una pequeña necesidad, le desabroche él mismo, con sus propias manos, el calzón al hijo y le sostenga durante el acto la bacinilla de plata. Estos «tiranos» son en realidad exactamente iguales a nosotros, reconoce, asombrado, el hosco revolucionario. E igual de sorprendida está la reina. En realidad son gente muy agradable y cortés, esos «scélérats», esos «monstres» de la Asamblea Nacional. Nada sanguinarios, nada incultos, y sobre todo nada necios; al contrario, se charla con ellos mucho más ingeniosamente que con el conde de Artois y sus compinches. Aún no llevan tres horas de camino juntos en el coche y ya ambas partes, que querían imponerse mutuamente por dureza y altivez — maravillosa y sin embargo profundamente humana transformación —, empiezan a buscar el favor la una de la

otra. La reina saca a colación problemas políticos para demostrar a los dos revolucionarios que en su círculo no se es en absoluto tan cerrado y malintencionado como cree el pueblo, extraviado por los malos periódicos. Los dos diputados, por su parte, se esfuerzan en hacerle ver a la reina que no debe confundir los objetivos de la Asamblea Nacional con la algarabía desatada del señor Marat; y cuando la conversación llega a la república, hasta Pétion elude con cautela el tema. Pronto se demuestra — experiencia antiquísima — que el aire de la corte confunde incluso a los revolucionarios más enérgicos, y en ningún sitio queda tan divertidamente probado hasta qué grado de necedad puede llevar a un hombre vanidoso la cercanía de la majestad heredada como en los apuntes de Pétion. Tras tres noches de espanto, tras tres días de viaje asesino y caluroso en el incómodo coche, tras toda esa agitación anímica y esas humillaciones, las mujeres, y los niños por supuesto, están terriblemente cansados. Sin querer, Madame Isabel se recuesta, al quedarse dormida, sobre su vecino Pétion. Esto entusiasma de inmediato al vanidoso necio con la ilusión de haber hecho una conquista galante, y así escribe en su informe aquellas palabras que entregan al pobre hombre, aturdido por el aire cortesano, al ridículo durante cientos de años: «Madame Isabel dirigió hacia mí sus ojos, vueltos tiernos, con esa expresión de entrega que da el momento y que despierta tanto interés. Nuestras miradas se encontraron a veces en una especie de entendimiento y atracción mutua, la noche caía, y la luz de la luna empezó a difundir una claridad igualmente suave. Madame Isabel tomó a la princesa en su regazo, la sentó mitad sobre mis rodillas, mitad sobre las suyas. La princesa se durmió, yo extendí un brazo y Madame Isabel el suyo sobre el mío. Nuestros brazos quedaron así entrelazados, y el mío la rozaba bajo la axila. Sentí el movimiento y un calor que traspasaba la ropa. Las miradas de Madame Isabel me parecieron más conmovedoras, noté cierto abandono en su actitud, sus ojos se humedecieron, y en su melancolía se mezclaba cierta especie de voluptuosidad. Puede que me engañe, quizá se confunden las formas que adopta la desgracia con las del placer, pero creo que, de haber estado solos, se habría

dejado deslizar entre mis brazos y habría cedido a los impulsos de la naturaleza.»

Mucho más serio que esta ridícula fantasía erótica del «bello Pétion» es el efecto del peligroso hechizo de la majestad sobre su compañero Barnave. Muy joven, recién llegado a París como flamante abogado desde su ciudad de provincias, este idealista revolucionario se siente del todo hechizado cuando una reina, la reina de Francia, se hace explicar por él, con modestia, las ideas fundamentales de la Revolución, las ideas de sus amigos de club. Qué ocasión, piensa este marqués de Posa sin poder evitarlo, para infundir en la monarca reverencia y respeto por los sagrados principios, para ganarla acaso a las ideas constitucionales. El fogoso joven abogado habla y se escucha hablar, y he aquí — nunca lo habría creído — que esa mujer supuestamente superficial (¡Dios sabe que la han calumniado!) escucha con toda atención, con toda comprensión, ¡y qué inteligentes son sus objeciones! Con su amabilidad austríaca, con su aparente buena disposición a acoger sus sugerencias, María Antonieta atrae por completo a ese hombre de fe ingenua a su hechizo. Qué injustamente han tratado a esta noble mujer, qué mal le han hecho, siente él, sorprendido. Ella solo quiere lo mejor, y si hubiera alguien que le diera las indicaciones adecuadas, todo podría ir bien en Francia. La reina no le deja ninguna duda de que busca a un consejero así, y también de que le estaría agradecida si en el futuro él quisiera aclarar debidamente su inexperiencia. Sí, esa será su tarea: transmitir de ahora en adelante a esta mujer tan inesperadamente perspicaz los verdaderos deseos del pueblo, y a su vez convencer a la Asamblea Nacional de la pureza de las intenciones democráticas de la reina. En las largas conversaciones en el palacio arzobispal de Meaux, donde hacen un alto, María Antonieta sabe envolver a Barnave con tal amabilidad que él se pone a su disposición para cualquier servicio; así, en el más absoluto secreto — nadie habría podido sospechar semejante desenlace —, la reina se trae del viaje a Varennes un éxito político enorme. Y mientras los demás no hacen más que sudar, comer,

cansarse y fracasar, ella logra en ese carromato rodante convertido en cárcel una última victoria más para la causa real.

El tercer y último día de viaje se convierte en el más terrible. También el cielo de Francia está a favor de la nación y en contra del rey. Sin piedad, de la mañana a la noche, el sol calienta el horno de cuatro ruedas, espeso de polvo y abarrotado, de la carroza; ni una sola nube posa fugazmente su mano fresca un solo minuto de sombra sobre el techo abrasado. Por fin el cortejo se detiene ante las puertas de París, pero los cientos de miles que quieren ver al rey traído a casa como en una galera han de salir ganando: así, el rey y la reina no pueden entrar por la Porte Saint-Denis directamente a su palacio, sino que dan el enorme rodeo de los interminables bulevares. En todo el trayecto no se alza un solo grito en su honor, ni tampoco una sola palabra de injuria, pues unos carteles han condenado al desprecio a cualquiera que salude al rey, y amenazado con una paliza a quien vilipendie al prisionero de la nación. Pero un júbilo sin fin asalta el coche que sigue al real: allí se muestra, vanidoso, el hombre a quien el pueblo debe únicamente ese triunfo, Drouet, el maestro de postas, el cazador audaz que con astucia y encono ha abatido la pieza real.

El último instante de este viaje resulta el más peligroso: los dos metros que van del coche a la puerta de entrada del palacio. Como la familia real está protegida por los diputados y la furia quiere a toda costa una víctima, la multitud se lanza sobre los tres inocentes guardias de corps que habían ayudado a «raptar» al rey. Ya los arrancan del pescante, y por un instante parece que la reina vaya a ver una vez más las cabezas ensangrentadas balanceándose en picas ante la entrada de su palacio, cuando la Guardia Nacional se interpone y despeja a bayonetazos el umbral de la puerta. Solo entonces se abre la puerta del horno; sucio, sudoroso y cansado, el rey baja el primero del coche con su paso pesado, y la reina lo sigue. De inmediato se alza un murmullo peligroso contra la «Autrichienne», pero con paso rápido ella recorre el pequeño trecho entre el coche y la puerta, los niños la siguen; el cruel viaje ha terminado.

Dentro esperan los lacayos en fila solemne: la mesa está puesta exactamente igual que siempre, se respeta el orden de precedencia; los que regresan podrían creer que solo lo han soñado. Pero en realidad estos cinco días han sacudido los cimientos de la monarquía más que los cinco años de reformas, pues unos presos ya no son unos coronados. Una vez más el rey ha descendido un escalón, una vez más la Revolución ha subido otro.

Pero esto no parece conmover mucho al hombre agotado. Indiferente a todo, lo es también a su propia suerte. Con su mano imperturbable anota en su diario nada más que esto: «Salida de Meaux a las seis y media. Llegada a París a las ocho, sin detenerse.» Eso es todo lo que un Luis XVI tiene que decir sobre la humillación más honda de su vida. Y Pétion relata asimismo: «Estaba tan tranquilo como si nada hubiera ocurrido. Se podía creer que volvía de una partida de caza.»

María Antonieta, en cambio, sabe que todo está perdido. Todo el suplicio de este viaje inútil debió de ser para su orgullo una conmoción casi mortal. Pero, mujer verdadera y enamorada de verdad, con toda la entrega de una pasión tardía e irrevocablemente última, piensa también en este infierno únicamente en aquel que ha logrado escapar; teme que Fersen, el amigo, se preocupe demasiado por ella. Acosada por los peligros más espantosos, lo que más la inquieta en medio de su sufrimiento es la compasión de él, su desasosiego. «Esté tranquilo por nosotros,» escribe deprisa en una hoja, «vivimos.» Y, a la mañana siguiente, aún más apremiante, aún más cariñosa (los pasajes verdaderamente íntimos los ha suprimido el descendiente de Fersen, pero aun así se siente, en la vibración de las palabras, el aliento de la ternura): «Sigo con vida... pero estoy preocupada por usted, ¡y cuánto lamento que sufra por no tener noticias nuestras! Quiera el cielo que esta le llegue; no me escriba, sería exponernos a un peligro, y sobre todo no venga ahora bajo ningún pretexto. Se sabe que fue usted quien nos ayudó a salir de aquí. Todo estaría perdido si usted regresara. Aquí nos vigilan día y noche, pero eso me da igual... No se preocupe, no me pasará nada.

La Asamblea quiere tratarnos con indulgencia. Adiós... ya no podré escribirle más...»

Y, sin embargo, no puede soportar quedarse justo ahora sin una sola palabra de Fersen. Y de nuevo, al día siguiente, escribe la carta más ardiente, la más tierna, que exige noticias, sosiego, amor: «Solo puedo decirle que lo quiero, y apenas tengo tiempo ni para eso. A mí me va bien, no se preocupe por mí, solo quisiera saber lo mismo de usted. Escríbame en cifra, haga que su ayuda de cámara escriba la dirección... Y dígame solamente a quién debo dirigir mis cartas para usted, porque no puedo vivir sin eso. Adiós, el más amante y el más amado de todos los hombres. Lo abrazo con todo mi corazón.»

«No puedo vivir sin eso»: nunca se había oído de labios de la reina un grito de pasión semejante. Pero reina, ¡qué poco lo es ya!, cuánto le han arrebatado de aquel antiguo poder; solo a la mujer le queda lo que nadie puede arrancarle: su amor. Y ese sentimiento le da fuerzas para defender su vida con grandeza y decisión.

Cada cual engaña al otro

La huida a Varennes abre un nuevo capítulo en la historia de la Revolución; con este día nace un nuevo partido, el republicano. Hasta ahora, hasta el 21 de julio de 1791, la Asamblea Nacional había sido unánimemente realista, porque estaba compuesta exclusivamente de nobles y burgueses, pero ya empuja hacia delante, de cara a las próximas elecciones, tras el tercer estado, el burgués, el cuarto estado, el proletariado, la masa grande, tempestuosa, elemental, ante la cual la burguesía se asusta tanto como el rey se había asustado ante la burguesía. Llena de miedo y con tardío pesar, toda la amplia clase poseedora reconoce qué fuerzas demoníacas y primigenias ha desencadenado, y por eso querría aún, deprisa, deslindar mediante una constitución el poder del rey y el del pueblo. Para ganar para ello el asentimiento de Luis XVI, es preciso tratarlo con miramiento personal; así, los partidos moderados logran que no se le haga al rey reproche alguno por la huida de Varennes; no voluntariamente, no por su propia voluntad había abandonado París, hacen valer hipócritamente, sino que había sido «raptado». Y cuando después los jacobinos organizan, en protesta, una manifestación en el Campo de Marte para pedir la deposición del rey, los jefes de la burguesía, Bailly y Lafayette, hacen dispersar por primera vez enérgicamente a la multitud con caballería y descargas de fusilería. Pero la reina, estrechamente vigilada en su propia casa —desde la huida a Varennes ya no puede cerrar sus puertas, y los guardias nacionales vigilan con rigor cada uno de sus pasos—, hace tiempo que en su fuero interno no se engaña ya sobre el valor real de esos intentos tardíos de salvarla. Demasiado a

menudo oye bajo sus ventanas, en vez del antiguo «¡Viva el rey!», el nuevo grito de «¡Viva la República!» Y sabe que esa república solo puede nacer si antes sucumben ella, su esposo y sus hijos.

La auténtica fatalidad de la noche de Varennes —también esto lo reconoce pronto la reina— no fue tanto el fracaso de su propia huida cuanto el éxito simultáneo de la del hermano menor de Luis, el conde de Provenza. Apenas llegado a Bruselas, se despoja de la subordinación fraterna que tan larga y penosamente había soportado, se proclama regente, representante legítimo de la corona mientras el verdadero rey, Luis XVI, sea prisionero en París, y hace en secreto todo lo posible por prolongar ese período cuanto se pueda. «Aquí se ha manifestado, del modo más inoportuno, alegría por la captura del rey», informa Fersen desde Bruselas, «el conde de Artois estaba sencillamente radiante». Ahora sí que, por fin, se sientan erguidos en la silla los que durante tanto tiempo tuvieron que cabalgar humildemente en el séquito de su hermano; ahora pueden hacer sonar el sable y provocar la guerra sin ningún miramiento; si en esta ocasión perecen Luis XVI, María Antonieta y —ojalá— también Luis XVII, mejor que mejor, pues así se salvan de un salto dos escalones hacia el trono, y por fin «Monsieur», el conde de Provenza, podrá llamarse Luis XVIII. Fatídicamente, también los príncipes extranjeros se suman a esta manera de ver las cosas: para la idea monárquica es del todo indiferente qué Luis se siente en el trono francés; lo principal sigue siendo que el veneno revolucionario, el veneno republicano, sea extirpado de Europa, que la «epidemia francesa» sea sofocada en germen. Con espantosa frialdad escribe Gustavo III de Suecia: «Por grande que sea el interés que tomo en la suerte de la familia real, más pesa en la balanza la dificultad de la situación general del equilibrio europeo, de los intereses particulares de Suecia y de la causa de los soberanos. Todo depende de si se puede restablecer la monarquía en Francia, y nos puede ser indiferente que en ese trono se siente ahora Luis XVI, Luis XVII o Carlos X, siempre que se restablezca el trono mismo y que el monstruo del picadero (la Asamblea Nacional) sea aplastado.» No cabe expresarse con mayor claridad ni mayor cinismo. Para los

monarcas solo existe «la causa de los monarcas», es decir, su propio poder intacto; «les puede ser indiferente», dice Gustavo III, qué Luis ocupe el trono francés. En efecto, les es y les seguirá siendo indiferente. Y esa indiferencia le cuesta la vida a María Antonieta y a Luis XVI.

Contra este doble peligro, de dentro y de fuera, contra el republicanismo del país y el belicismo de los príncipes en la frontera, debe luchar ahora María Antonieta a la vez: tarea sobrehumana esta, y del todo irresoluble para una sola mujer débil, desconcertada y abandonada por todos sus amigos. Aquí haría falta un genio, a la vez Odiseo y Aquiles, astuto y audaz, un nuevo Mirabeau; pero en esta gran necesidad solo tiene cerca ayudantes menores, y a ellos se dirige la reina. En el viaje de regreso de Varennes, María Antonieta ha reconocido con su mirada rápida con cuánta facilidad se deja atrapar el pequeño abogado provinciano Barnave —que lleva la voz cantante en la Asamblea— por palabras aduladoras en cuanto se las dirige una reina; esta debilidad decide ahora aprovecharla.

Así se dirige, en una carta secreta, directamente a Barnave: desde su regreso de Varennes había «reflexionado mucho sobre la inteligencia y el espíritu de aquel con quien tanto había hablado, y sentido que ahora podría ganar mucho si mantuviera con él una especie de conversación epistolar». Podía contar con su discreción como con su carácter, siempre dispuesto, cuando se tratase del bien general, a someterse a las necesidades. Tras este preámbulo se vuelve más explícita: «No se puede permanecer en el estado actual. Es cierto que algo debe suceder. Pero ¿qué? No lo sé. Me dirijo a él para averiguarlo. Debe de haber advertido en nuestras conversaciones cuán buena es mi intención. Lo seguirá siendo siempre. Es el único bien que nos queda y que jamás podrán arrebatarme. Creo haber percibido en él el deseo de justicia; nosotros lo abrigamos igualmente y lo hemos abrigado siempre, digan lo que digan en contra. Que nos ponga ahora en situación de realizar juntos nuestros deseos. Si encuentra un medio de comunicarme sus pensamientos, le responderé con franqueza lo que yo podría conseguir. Estoy dispuesta a cualquier sacrificio si veo de

verdad el bien general.» Barnave enseña esta carta a sus amigos, que se alegran y se asustan a la vez, pero acaban decidiendo asumir de ahora en adelante, en común, la orientación secreta de la reina —Luis XVI no cuenta en absoluto—. Lo primero que exigen a la reina es que induzca a los príncipes a regresar y mueva a su hermano el emperador a reconocer la constitución francesa. Aparentemente dócil, la reina accede a todas estas propuestas. Envía a su hermano cartas dictadas por sus consejeros, actúa según sus indicaciones; solo «en el punto en que están en juego el honor y la gratitud» se niega a ceder. Y los nuevos maestros políticos ya creen haber encontrado en María Antonieta una alumna atenta y agradecida.

¡Pero cuán enormemente se engañan esas buenas gentes! En realidad, María Antonieta no piensa ni por un instante en entregarse a esos «factieux»; todas estas negociaciones no deben servir sino, de nuevo, para facilitar el viejo «temporiser», la dilación, hasta que su hermano convoque ese ansiado «congreso armado». Como Penélope, deshace de noche la tela que de día ha tejido con sus nuevos amigos. Mientras envía, aparentemente dócil, las cartas predictadas a su hermano, el emperador Leopoldo, hace saber al mismo tiempo a Mercy: «El día 29 le escribí una carta en la que usted habrá notado sin esfuerzo que no responde a mi estilo. Pero creí que debía ceder a la exigencia del partido de aquí, que me entregó incluso el borrador de esa carta. Ayer escribí otra carta semejante al emperador y me sentiría humillada si no esperase que mi hermano comprenderá que en mi situación actual me veo obligada a hacer y escribir todo lo que se me exige.» Subraya que «es importante que el emperador esté convencido de que ni una palabra de esa carta es mía ni de mi manera de ver las cosas». Así, cada carta se convierte en una carta de Urías. Aunque «debe reconocer, con justicia, que en sus consejeros, pese a que estos se aferran siempre a sus opiniones, ha hallado gran sinceridad, y una gran voluntad honrada de restablecer el orden y con él la monarquía y la autoridad real», se niega, sin embargo, a seguir con honradez a sus ayudantes, pues «aunque crea en su buena intención, sus ideas son exageradas y jamás podrán convenirnos».

Es un inquietante doble juego el que emprende María Antonieta con esta duplicidad, y no muy honroso para ella, pues por primera vez desde que hace política —o mejor dicho, porque hace política— se ve obligada a mentir, y lo hace del modo más audaz. Mientras asegura hipócritamente a sus ayudantes que ninguna segunda intención acompaña sus pasos, escribe al mismo tiempo a Fersen: «No tenga miedo, no me dejo atrapar por los "Enragés". Si veo a algunos de ellos o tengo relaciones con ellos, es solo para servirme de ellos; pero siento demasiada repugnancia por todos ellos como para hacer jamás causa común con ellos.» En el fondo tiene perfecta conciencia de la indignidad de este engaño hacia gentes bienintencionadas que llevan por ella la cabeza al patíbulo; siente con claridad la culpa moral, pero, resuelta, carga la responsabilidad sobre la época, sobre las circunstancias que la han forzado a un papel tan lamentable. «A veces», escribe desesperada al fiel Fersen, «ya no me entiendo a mí misma y me veo obligada a preguntarme si de verdad soy yo quien habla. Pero ¿qué quiere usted? Todo esto es necesario, y créame, habríamos caído aún mucho más bajo de lo que ya hemos caído si no hubiera recurrido enseguida a este medio. Al menos ganaremos tiempo con ello, y eso es todo cuanto necesitamos. ¡Qué dicha, si un día pudiera volver a ser yo misma y demostrar a todos estos pordioseros (gueux) que no me dejé embaucar por ellos!» Solo esto sueña y ansía su orgullo indomable: poder volver a ser libre, no verse ya obligada a hacer política, a diplomatizar, a mentir. Y como siente, en tanto reina coronada, que esa libertad ilimitada es su derecho concedido por Dios, se cree con razón para engañar del modo más despiadado a todos los que quieren limitarle ese rango.

Pero no es solo la reina quien engaña, sino que en esta crisis previa a la decisión todos los actores del gran juego se engañan unos a otros —rara vez puede reconocerse de modo más plástico la inmoralidad de toda política llevada en secreto que siguiendo las interminables correspondencias de los gobiernos, príncipes, embajadores y ministros de la época. Todos trabajan subterráneamente contra todos, y cada uno solo por su interés

particular. Luis XVI engaña a la Asamblea Nacional, que por su parte solo espera a que la idea republicana se haya extendido lo suficiente para deponer al rey. Los constitucionales hacen creer a María Antonieta en un poder que hace tiempo ya no poseen, y son burlados por ella del modo más despreciable, pues negocia a sus espaldas con su hermano Leopoldo. Este, a su vez, entretiene a su hermana con largas, pues está íntimamente decidido a no comprometer ni un soldado ni un tálero por su causa, y mientras tanto pacta con Rusia y Prusia un segundo reparto de Polonia. Pero mientras el rey de Prusia delibera con él desde Berlín sobre el «congreso armado» contra Francia, su propio embajador financia al mismo tiempo en París a los jacobinos y come a la misma mesa que Pétion. Los príncipes emigrados, por su parte, incitan a la guerra, no ya para conservar el trono a su hermano Luis XVI, sino para subir a él ellos mismos cuanto antes, y en medio de estos torneos de papel gesticula el Quijote de la monarquía, Gustavo de Suecia, a quien en el fondo nada de esto atañe y que solo quiere interpretar el papel de Gustavo Adolfo, el salvador de Europa. El duque de Brunswick, que ha de mandar el ejército de la coalición contra Francia, negocia al mismo tiempo con los jacobinos, que le ofrecen el trono de Francia; Danton, a su vez, y Dumouriez, juegan un doble juego. Los príncipes están tan poco de acuerdo entre sí como los revolucionarios: el hermano engaña a la hermana, el rey a su pueblo, la Asamblea Nacional al rey, un monarca a otro, todos se mienten mutuamente con tal de ganar algo de tiempo para su propia causa. Cada cual quiere sacar algo de la confusión y aumenta con sus amenazas la inseguridad general. Nadie quiere quemarse los dedos, todos juegan con fuego, pero todos —los emperadores, los reyes, los príncipes, los revolucionarios— crean, con este continuo pactar y confundir, una atmósfera de desconfianza (semejante a la que hoy envenena el mundo) y arrastran finalmente, sin proponérselo en realidad, a veinticinco millones de personas a la catarata de una guerra de veinticinco años.

Entretanto, sin importarle estas pequeñas artimañas, el tiempo sigue corriendo tempestuosamente; el ritmo de la Revolución no se

pliega al «temporiser» de la vieja diplomacia. Hay que tomar una decisión. La Asamblea Nacional ha terminado por fin el proyecto de constitución y se lo ha presentado a Luis XVI para su aceptación. Ahora hay que dar una respuesta. María Antonieta sabe que esta constitución «monstrueuse» —como escribe a la emperatriz Catalina de Rusia— «significa una muerte moral mil veces peor que la muerte física, que libera de todos los males»; sabe también que en Coblenza y en las cortes se censurará la aceptación como una claudicación, quizá incluso como cobardía personal, pero tan hondo ha caído ya el poder real que hasta ella, la más orgullosa, debe aconsejar la sumisión.

«Con el viaje hemos demostrado sobradamente», escribe, «que no rehuimos exponer nuestra persona al peligro cuando se trata del bien general. Pero, dada la situación actual, el rey ya no puede negarse por más tiempo a la aceptación. Créame que lo que digo es verdad. Conoce usted bastante bien mi carácter para saber que más bien me empujaría a un acto noble y valeroso. Pero no tiene sentido exponerse sin razón, a sabiendas, a un peligro.» Pero mientras la pluma está ya dispuesta para firmar la capitulación, María Antonieta comunica al mismo tiempo a sus confidentes que en lo más íntimo de su corazón el rey no piensa en absoluto —uno engaña al otro y es a su vez engañado— en cumplir su palabra ante el pueblo. «En cuanto a la aceptación, me parece imposible que cualquier ser pensante no comprenda que todo cuanto hacemos ocurre solo porque no somos libres. Lo único importante es que ahora no despertemos ninguna sospecha en los «monstres» que nos rodean. En todo caso, solo las potencias extranjeras pueden salvarnos; el ejército está perdido, el dinero ya no existe, ningún freno, ningún dique puede contener al populacho armado. Ni siquiera a los jefes de la Revolución se les escucha ya cuando predican el orden: ese es el triste estado en que nos hallamos. Añada usted que no tenemos un solo amigo, que todo el mundo nos traiciona, unos por miedo, otros por debilidad o ambición, y que hasta tal punto he caído que temo el día en que se nos vuelva a conceder una especie de libertad. Al menos ahora, en el estado de impotencia en que nos

hallamos, no tenemos nada que reprocharnos.» Y prosigue con admirable sinceridad: «Encontrará usted toda mi alma en esta carta. Quizá me equivoque, pero es el único medio que veo para salir adelante. He escuchado, en la medida de lo posible, a la gente de ambos bandos y he formado la mía a partir de sus opiniones; no sé si se seguirá. Usted conoce a la persona con quien trato; en el momento mismo en que se cree haberla persuadido, una palabra o la opinión de otro puede hacerle cambiar de idea sin que ella misma lo advierta, y ya solo por eso mil cosas resultan impracticables; en cualquier caso, pase lo que pase, consérveme su amistad y su afecto. Los necesito tanto, y créame, cualquiera que sea la desgracia que caiga sobre mí: puede que me adapte a las circunstancias, pero jamás consentiré en ninguna medida indigna de mí. Solo en la desgracia se siente uno de verdad quién es. Mi sangre corre por las venas de mi hijo, y espero que un día se muestre digno de ser nieto de María Teresa.»

Son palabras grandes y conmovedoras, pero no ocultan la vergüenza íntima que siente esta mujer de voluntad sincera ante el juego de engaño que se le impone. En lo más hondo de su corazón sabe que, con este proceder deshonesto, actúa de un modo menos regio que si hubiera renunciado voluntariamente al trono. Pero ya no le queda elección. «Negarse habría sido más noble», escribe a su amado Fersen, «pero era imposible dadas las circunstancias. Habría deseado que la aceptación fuese mucho más escueta, pero, por desgracia, una está siempre rodeada de gente malintencionada; le aseguro, no obstante, que fue la redacción menos mala la que se impuso. También la insensatez de los príncipes y de los emigrados ha determinado nuestro modo de actuar. Así fue necesario suprimir de la aceptación toda línea que pudiera interpretarse como si no asintiéramos con la mejor de las intenciones.»

Con esta aceptación fingida, deshonesta y por ello impolítica de la constitución, la familia real ha ganado un respiro: esa es toda la ganancia —y, como pronto se verá, cruel— de este doble juego. Todos, aliviados, hacen como si de verdad creyeran la mentira del otro. Por un instante se rasga el nublado, el tormentoso, y se disipa.

Una vez más brilla engañoso el sol del favor popular sobre las cabezas de los Borbones. Apenas ha comunicado el rey, el 13 de septiembre, que al día siguiente jurará la constitución ante la Asamblea, se retiran las guardias que hasta entonces vigilaban el palacio real y se abren al público los jardines de las Tullerías. El cautiverio ha terminado y —como cree precipitadamente la mayoría — también la Revolución. Por primera vez desde semanas y meses inmemoriales, pero también por última vez, María Antonieta oye, con diez mil voces, el grito ya del todo olvidado: «¡Viva el rey! ¡Viva la reina!»

Pero hace ya mucho que todos, amigos y enemigos, a un lado y otro de las fronteras, se han conjurado para no dejarla con vida mucho más tiempo.

El amigo aparece por última vez

Las horas verdaderamente trágicas en el hundimiento de María Antonieta no fueron nunca las de las grandes tormentas, sino las de los días, siempre intercalados, de engañosa belleza. Si la Revolución se hubiera abatido como un desprendimiento de montaña, aplastando de golpe la monarquía, si su caída se hubiera consumado de forma más avalanchesca, sin pausas para respirar, para reflexionar, para esperar y resistir, no habría resultado tan terriblemente destructora para los nervios de la reina como lo fue esta lenta agonía. Pero entre las tormentas siempre sobrevienen súbitas calmas: cinco veces, diez veces, durante la Revolución, pudo creer la familia real que la paz estaba ya definitivamente restablecida, la lucha zanjada. Pero la Revolución es un elemento natural, como el mar; semejante marea de tormenta no irrumpe en la tierra de un solo salto, sino que, tras cada embate encarnizado, la ola retrocede, aparentemente agotada, pero en realidad solo para tomar nuevo impulso, aún más destructor. Y los amenazados nunca saben si la última ola ha sido ya la más fuerte, la decisiva.

Tras la aceptación de la constitución, la crisis parece superada. La Revolución se ha convertido en ley, la agitación se ha cuajado en forma fija. Llegan unos días, unas semanas de engañoso bienestar, semanas de una euforia ilusoria; el júbilo llena las calles, el entusiasmo la Asamblea, los teatros truenan de tempestades de aplausos. Pero María Antonieta hace tiempo que ha perdido la fe ingenua y despreocupada de su juventud. «Qué lástima», suspira a la aya de sus hijos al regresar de la ciudad festivamente iluminada

hacia el palacio, «que algo tan hermoso solo pueda despertar en nuestros corazones un sentimiento de tristeza e inquietud.» No; demasiadas veces decepcionada, ya no quiere dejarse engañar. «Todo está tranquilo por el momento», escribe a Fersen, el amigo de su corazón, «pero esta tranquilidad pende de un hilo, y el pueblo sigue siendo exactamente igual que siempre, dispuesto en cualquier instante a todos los horrores. Nos aseguran que está de nuestra parte. No creo nada de eso, al menos en lo que a mí respecta. Sé lo que hay que pensar de todo esto. En la mayoría de los casos es cosa pagada, y el pueblo solo nos quiere en la medida en que hacemos lo que exige. Es imposible que esto siga así mucho más tiempo. Hay incluso menos seguridad en París que antes, pues se han acostumbrado a vernos humillados.» En efecto, la Asamblea Nacional recién elegida resulta una decepción; a juicio de la reina es «mil veces peor que la anterior», y uno de sus primeros acuerdos priva al rey del tratamiento de «Majestad». Al cabo de pocas semanas la dirección ha pasado a los girondinos, que manifiestan sus simpatías por la república del modo más abierto, y el sagrado arco iris de la reconciliación se desvanece con rapidez tras nuevas nubes que se levantan. De nuevo comienza el combate.

El rápido empeoramiento de su situación no lo deben el rey y la reina a la Revolución, sino, en primer lugar, a sus propios parientes. El conde de Provenza y el conde de Artois han establecido su cuartel general en Coblenza, desde donde libran una guerra abierta contra las Tullerías. Que el rey haya aceptado la constitución en amarga necesidad les sirve espléndidamente para hacer que periodistas pagados ridiculicen a María Antonieta y a Luis XVI como cobardes, y para presentarse ellos mismos, cómodamente instalados en lugar seguro, como los verdaderos y únicos defensores dignos de la idea monárquica: que su hermano pague con su vida los gastos de este juego les resulta indiferente. En vano ruega y suplica Luis XVI a sus hermanos, e incluso les ordena que vuelvan y disipen así la justificada desconfianza del pueblo. Los pretendientes al trono afirman con sorna que esa no es la verdadera expresión de la voluntad del rey cautivo; permanecen en Coblenza, lejos del peligro,

y representan sin riesgo el papel de héroes. María Antonieta tiembla de rabia ante la cobardía de los emigrados, esa «raza despreciable que siempre declaró estarnos afecta y que nunca nos ha hecho sino mal». Acusa abiertamente a los parientes de su marido de que solo «su conducta los ha colocado en la posición en que ahora se encuentran». «Pero», escribe airada, «¿qué quiere usted? Para sustraerse a nuestros deseos, han adoptado el tono y la manera de decir que no somos libres (lo cual, ciertamente, es cierto), pero que en consecuencia no podemos decir lo que pensamos, y que ellos deben actuar siempre en sentido contrario al nuestro.» En vano suplica al emperador que retenga a los príncipes y a los demás franceses que se hallan fuera del país, pero el conde de Provenza se adelanta a sus enviados, presenta todas las órdenes de la reina como «arrancadas por la fuerza» y encuentra en todas partes el asentimiento de los partidos belicistas. Gustavo de Suecia le devuelve a Luis XVI, sin abrir, la carta en la que este le comunica la aceptación de la constitución; con desprecio aún mayor se burla Catalina de Rusia de María Antonieta, diciendo que es triste cuando ya no se tiene otra esperanza que un rosario. Su propio hermano en Viena deja pasar semanas antes de dar una respuesta evasiva; en el fondo, las potencias esperan a que se les presente la ocasión propicia para sacar alguna ventaja del estado anárquico de Francia. Nadie ofrece verdadera ayuda, nadie hace una propuesta clara, y nadie pregunta con honradez qué desean y qué quieren los angustiados de las Tullerías: todos juegan, cada vez con más ardor —a costa de los infortunados prisioneros—, su doble juego.

Pero ¿qué quiere y qué desea la propia María Antonieta que ocurra? La Revolución Francesa, que como casi todo movimiento político sospecha siempre en el adversario planes profundos y misteriosos, cree que María Antonieta, que el «comité autrichien» de las Tullerías, elabora una gran cruzada contra el pueblo francés, y no pocos historiadores lo han repetido. En realidad, María Antonieta, diplomática por desesperación, nunca tuvo una idea clara, un plan verdadero. Escribe, con una admirable abnegación, con una aplicación sorprendente en ella, cartas y más cartas en todas

direcciones; redacta y corrige memorandos y propuestas, negocia y delibera, pero cuanto más escribe, menos se comprende en realidad qué pensamiento político abriga. Vislumbra vagamente un congreso armado de las potencias, una medida a medias, ni demasiado violenta ni demasiado blanda, que por un lado intimide a los revolucionarios con la amenaza y por otro no desafíe el sentimiento nacional francés; pero el cómo y el cuándo son oscuros hasta para ella misma; actúa, no piensa con lógica, sino que sus movimientos y gritos bruscos recuerdan a los de quien se ahoga y se hunde cada vez más en el agua. En una ocasión declara que el único camino posible para ella es ganarse la confianza del pueblo, y en el mismo aliento, en la misma carta, escribe: «Ya no hay posibilidad alguna de reconciliación.» No quiere la guerra y prevé con gran acierto y claridad: «Por un lado estaríamos obligados a luchar contra ellos, eso sería inevitable, y por otro seríamos sospechosos aquí de estar de acuerdo con las tropas extranjeras.» Y unos días más tarde vuelve a escribir que «solo la fuerza armada puede restablecerlo todo» y que «sin ayuda del exterior no podemos hacer nada». Por un lado azuza a su hermano para que el emperador sienta por fin la ofensa que se le inflige. «Que no se ocupen más de nuestra seguridad; es este país el que provoca la guerra.» Pero luego vuelve a contenerlo. «Un ataque desde fuera nos pondría bajo el cuchillo.» Al final ya nadie se aclara realmente sobre sus intenciones. Las cancillerías diplomáticas, que no piensan malgastar su dinero solo en un «congreso armado», y que, si envían costosos ejércitos a la frontera, ya quieren tener una guerra en toda regla, con anexiones e indemnizaciones, se encogen de hombros ante la pretensión de que dejen a sus soldados con el arma al pie únicamente «pour le roi de France». «¿Qué se puede pensar», escribe Catalina de Rusia, «de gente que negocia constantemente de dos maneras del todo opuestas?», y hasta el propio Fersen, el más fiel, que cree conocer los pensamientos más íntimos de María Antonieta, acaba por no entender ya qué quiere realmente la reina, si guerra o paz, si se ha reconciliado interiormente con la constitución o solo entretiene a los constitucionales, si engaña a la Revolución o a los príncipes, mientras que la mujer atormentada en realidad solo quiere una

cosa: vivir, vivir, vivir, y no seguir humillada. En su interior sufre más de lo que nadie sospecha por este doble juego insoportable para su naturaleza franca; una y otra vez este asco por el papel que se le impone se resuelve en un grito hondamente humano: «Ya no sé qué compostura ni qué tono adoptar. El mundo entero me acusa de disimulo, de falsedad, y nadie puede creer —y con razón— que mi hermano tenga tan poco interés por la terrible situación de su hermana que la exponga sin cesar al peligro sin decirle una palabra. Sí, me expone a él, y mil veces más de lo que lo haría si de verdad actuara. El odio, la desconfianza y el descaro son las tres fuerzas que en este momento agitan el país. La gente es descarada por un exceso de miedo y porque al mismo tiempo cree que desde fuera no se hará nada... no hay nada peor que seguir como estamos, pues ya no podemos esperar ayuda alguna ni del tiempo ni del interior de Francia.»

Uno solo comprende, al fin, que todo este vaivén, este dar órdenes y contraórdenes, no son sino señales de una desesperación sin salida, y que esta mujer, sola, no puede salvarse. Sabe que no tiene a nadie a su lado, pues Luis XVI no cuenta a causa de su indecisión. Tampoco la cuñada, Madame Isabel, es del todo la compañera de ideas celestial, fiel y entregada a Dios que ensalza la leyenda realista: «Mi hermana es tan indiscreta, está tan rodeada de intrigantes y, sobre todo, tan dominada por sus hermanos de fuera, que no se puede hablar con ella; de lo contrario habría que discutir todo el día.» Y aún más duro, más feroz, desde el fondo mismo de la sinceridad: «Nuestra vida familiar es un infierno; ni con la mejor voluntad del mundo se puede decir otra cosa.» Fersen, en la distancia, siente cada vez con mayor claridad que solo uno podría ayudarla ahora, y que ese único que goza de su confianza no es su esposo, ni su hermano, ni ninguno de sus parientes, sino él mismo. Hace pocas semanas ella le había enviado, por vía secreta, a través del conde Esterházy, un mensaje de amor inquebrantable: «Si le escribe, dígale que ni las leguas ni los países pueden separar los corazones, y que siento esta verdad cada día con más fuerza», y una segunda vez: «No sé dónde está. Es para mí un tormento espantoso

no tener noticias y ni siquiera saber dónde se hallan aquellos a quienes se ama.» Estas últimas palabras de amor ardiente habían ido acompañadas de un regalo, un pequeño anillo de oro en cuya cara delantera había grabadas tres flores de lis con la inscripción: «Cobarde quien la abandone.» Este anillo, escribe la propia María Antonieta a Esterházy, lo había mandado hacer expresamente a la medida de su dedo; lo llevó dos días en su propia mano antes de enviarlo, como para que el calor de la sangre aún viva penetrase en el oro frío. Fersen lleva en el dedo este anillo de la amada, y este anillo con la inscripción «Cobarde quien la abandone» se convierte en un llamamiento diario a su conciencia para arriesgarlo todo por esta mujer; como el tono de desesperación irrumpe con tanta fuerza en sus cartas, como advierte la confusión salvaje que empieza a apoderarse de la mujer amada al verse abandonada de todos, se siente impelido a una acción verdaderamente heroica: decide, ya que ambos no pueden entenderse de forma decisiva por escrito, ir a buscar a María Antonieta a París, ese mismo París donde su vida está proscrita y donde su presencia significa para él poco menos que la muerte segura.

María Antonieta se sobresalta ante este anuncio. No, un sacrificio tan desmesurado y verdaderamente heroico no lo quiere de su amigo. Como quien ama de verdad, ama la vida de él más que la propia, y más también que el indecible sosiego y la dicha que su cercanía podría darle. Por eso le responde apresuradamente el 7 de diciembre: «Es completamente imposible que venga usted aquí en el momento presente. Esto equivaldría a jugarnos nuestra felicidad. Cuando le digo esto, puede creerme, pues tengo el más vivo deseo de verle.» Pero Fersen no ceja. Él sabe: «Es absolutamente necesario arrancarla a usted de la situación actual.» Ha elaborado con el rey de Suecia un nuevo plan de fuga; sabe, pese a la resistencia de ella, con la fina sensibilidad de un corazón que se siente convocado, cuánto lo anhela ella y cuánto debería aliviar el alma de esta mujer completamente aislada poder, una vez, una vez más, tras todas aquellas cartas de precaución y disimulo, expresarse de nuevo libre y sin trabas. A principios de febrero, Fersen toma la

decisión de no esperar más y viajar a Francia, junto a María Antonieta.

Esta decisión es en realidad suicida. Cien probabilidades contra una hablan en favor de que no regresará de este viaje, pues ninguna cabeza tiene en Francia, en este momento, tan alto precio como la suya. Ningún nombre ha sido pronunciado con tanta frecuencia, con tanto odio; Fersen está proscrito públicamente en París, su cartel de busca y captura corre de mano en mano, basta con que uno solo lo reconozca por el camino o en París para que su cadáver quede despedazado sobre el empedrado. Pero Fersen —y esto multiplica aún mil veces más su heroísmo— no quiere solamente ir a París y esconderse allí en algún rincón oculto, sino dirigirse derecho a la inaccesible guarida del Minotauro, a las Tullerías, vigiladas día y noche por mil doscientos guardias nacionales, al palacio donde cada criado, cada camarera, cada cochero, dentro de la inmensa servidumbre, lo conoce personalmente. Pero esta vez o nunca se le ofrece a este gentilhombre la ocasión de confirmar su voto de amor. «Solo vivo para servirla.» El 11 de febrero cumple esta palabra y emprende una de las empresas más audaces de toda la historia de la Revolución. Fersen viaja con peluca, con un pasaporte falso en el que falsifica con audacia la firma necesaria del rey de Suecia, en aparente misión diplomática a Lisboa, acompañado únicamente de su oficial de órdenes, del que pasa por criado. Por un milagro, los papeles y las personas no son en realidad examinados de cerca, y sin ser molestado llega a París el 13 de febrero, a las cinco y media. Aunque allí tiene una amiga fiel, o más bien una amante, dispuesta a esconderlo arriesgando su propia vida, Fersen se dirige derecho, desde la diligencia, a las Tullerías. En los meses de invierno la oscuridad cae temprano, y su amparo protege al temerario. La puerta secreta, de la que aún conserva la llave, no está vigilada tampoco esta vez —sorprendente golpe de fortuna—. La llave, fielmente guardada, cumple su función, y Fersen entra: tras ocho meses del más cruel alejamiento y de sucesos indecibles —un mundo entero ha cambiado desde entonces—, el amado vuelve a

estar junto a la amada; Fersen, una vez más y por última vez, junto a María Antonieta.

Sobre esta memorable visita existen dos relatos de puño y letra de Fersen, que difieren sensiblemente entre sí, uno oficial y otro íntimo; y precisamente su discrepancia resulta infinitamente reveladora de la forma real de la relación que une a Fersen y a María Antonieta. Pues en la carta oficial informa a su monarca de que llegó a París el 13 de febrero a las seis de la tarde y de que había visto y hablado esa misma noche con Sus Majestades —expresamente en plural, es decir, con el rey Luis y con María Antonieta—, y por segunda vez la noche siguiente. Pero a esta comunicación, destinada al rey de Suecia, a quien Fersen conoce como muy indiscreto y a quien no quiere confiar el honor femenino de María Antonieta, la contradice la elocuente anotación íntima de su diario. Allí se lee primero: «Fui a verla; tomé mi camino habitual. Inquietud por los guardias nacionales, su vivienda maravillosa.» Se dice, pues, expresamente «a verla» y no «a verlos». Después siguen en el diario dos palabras que más tarde aquella tristemente célebre mano remilgada tachó con tinta hasta hacerlas ilegibles. Pero, por fortuna, se logró descubrirlas de nuevo, y esas dos palabras tan cargadas de sentido son «resté là», en español «me quedé allí».

Con estas dos palabras queda clara toda la situación de aquella noche tristaniana: Fersen no fue recibido aquella noche por ambas Majestades, como hizo creer al rey de Suecia, sino por María Antonieta a solas, y —tampoco esto admite duda alguna— pasó esa noche en las habitaciones de la reina. Salir de noche, volver y abandonar de nuevo las Tullerías habría supuesto una multiplicación absurda del peligro, pues por los pasillos patrullaban día y noche los guardias nacionales. Las habitaciones de María Antonieta, situadas a ras de suelo, no contenían, como es sabido, más que un dormitorio y un minúsculo gabinete de aseo: no hay, pues, otra explicación —por penosa que resulte a los defensores de su virtud— que la de que Fersen pasara aquella noche, y el día siguiente hasta la medianoche, escondido en el dormitorio de la reina, la única estancia de todo el

palacio a salvo de la vigilancia de la Guardia Nacional y de la mirada de la servidumbre.

Sobre aquellas horas de soledad compartida calla Fersen, que siempre supo callar admirablemente, incluso en su diario íntimo: también a cualquier otro le corresponde este deber, el más noble de todos. A nadie se le puede negar el creer que también esta noche estuvo consagrada exclusivamente al romántico servicio caballeresco y a la conversación política. Pero quien siente con el corazón y con los sentidos despejados, quien cree en el poder de la sangre como en la ley eterna, tiene la certeza: aunque Fersen no hubiera sido ya desde hacía tiempo el amante de María Antonieta, lo habría llegado a ser en esta noche del destino, en esta noche arrancada con el más extremo empeño humano de valor, en esta noche irrevocablemente última.

La primera noche perteneció por entero a los amantes; solo la noche siguiente, a la política. A las seis, es decir, exactamente veinticuatro horas después de la llegada de Fersen, el discreto esposo entra en la habitación de la reina para conversar con el heroico mensajero. Luis XVI rechaza el plan de fuga presentado por Fersen, en primer lugar porque lo considera prácticamente imposible, y también por sentido del honor, pues ha prometido públicamente a la Asamblea Nacional permanecer en París y no quiere convertirse en traidor a su palabra. (Fersen anota al respecto en su diario, respetuosamente: «Pues es un hombre honorable».) De hombre a hombre y con plena confianza, el rey expone entonces al fiel amigo su situación. «Estamos entre nosotros —dice—, y podemos hablar. Sé que se me acusa de debilidad e incapacidad de decisión, pero nadie se ha encontrado jamás en una situación como la mía. Sé que dejé pasar el momento oportuno (para la huida), el 14 de julio, y desde entonces no lo he vuelto a encontrar. El mundo entero me ha abandonado.» Tanto la reina como el rey ya no albergan esperanza de salvarse por sí mismos. Las potencias deberían intentar todo lo pensable, sin preocuparse por sus personas. Solo que no debían extrañarse si él daba aquí su conformidad a ciertas cosas; en su situación actual quizá tuvieran

que hacer lo que no fuera de su agrado. Solo podrían ganar tiempo para sí; la salvación misma tendría que venir de fuera.

Fersen permanece en el palacio hasta la medianoche. Todo lo que había que hablar queda hablado. Luego llega lo más duro de estas treinta horas: tienen que despedirse. Ninguno de los dos quiere admitirlo, y sin embargo ambos lo presienten con certeza infalible: ¡nunca más! ¡Nunca más en esta vida! Para consolar a la mujer conmovida, él le promete volver si le fuera posible de algún modo, y siente con dicha cuánto la ha tranquilizado con su presencia. Por el pasillo oscuro, felizmente desierto, la reina acompaña a Fersen hasta la puerta. Aún no se han dicho las últimas palabras, aún no han intercambiado los últimos abrazos, cuando se acercan pasos extraños: ¡peligro de muerte! Fersen, envuelto en la capa, la peluca calada, se escabulle hacia fuera; María Antonieta huye de vuelta a su habitación: los amantes se han visto por última vez.

La huida hacia la guerra

Receta viejísima: cuando los Estados y los gobiernos ya no saben resolver las crisis internas, buscan desviar la tensión hacia el exterior; conforme a esta ley eterna, los portavoces de la Revolución, para escapar a la casi inevitable guerra civil, reclaman desde hace meses la guerra contra Austria. Con la aceptación de la Constitución, Luis XVI ha visto disminuido su rango real, pero también asegurado. Para siempre —y también lo creían así los ingenuos, como Lafayette— debía ahora terminar la Revolución. Pero el partido de los girondinos, que domina la recién elegida Asamblea Nacional, es republicano en el fondo. Quiere eliminar la monarquía, y para ello no hay mejor medio que una guerra, porque inevitablemente ha de poner a la familia real en conflicto con la nación. Pues la vanguardia de los ejércitos extranjeros la forman precisamente los dos ruidosos hermanos del rey, y los estados mayores enemigos están bajo el mando del hermano de la reina.

Que una guerra abierta no puede ayudar a su causa, sino solo perjudicarla, lo sabe María Antonieta. Cualquiera que sea el resultado militar, ha de serles desfavorable. Si vencen los ejércitos de la Revolución sobre los emigrados y los emperadores y reyes, es seguro que Francia ya no tolerará por más tiempo a un «tirano». Si, por el contrario, las tropas nacionales son derrotadas por los parientes del rey y de la reina, sin duda el populacho parisino, exaltado o excitado por otros, hará responsables a los prisioneros de las Tullerías. Si vence Francia, pierden el trono; si vencen las potencias extranjeras, pierden la vida. Por esta razón, María

Antonieta ha conjurado en innumerables cartas a su hermano Leopoldo y a los emigrados para que se mantengan quietos, y este soberano prudente, vacilante, fríamente calculador e íntimamente contrario a la guerra había, en efecto, sacudido de encima a los príncipes y emigrados que hacían sonar el sable, y evitado todo lo que pudiera interpretarse como un desafío.

Pero la estrella de la fortuna de María Antonieta hace tiempo que está oscurecida. Todo cuanto el destino tiene preparado en sorpresas se vuelve contra ella. Justo ahora, el 1 de marzo, una enfermedad repentina se lleva a su hermano Leopoldo, el guardián de la paz, y catorce días después el disparo de pistola de un conspirador mata al mejor defensor de la idea monárquica que ella tiene entre los soberanos de Europa, Gustavo III de Suecia. Con ello la guerra se ha vuelto inevitable. Pues el sucesor de Gustavo ya no piensa en sostener la causa de los monarcas, y el sucesor de Leopoldo II no se preocupa por su parienta de sangre, sino que considera exclusivamente sus propios intereses. En este emperador Francisco II, de veinticuatro años, simple, frío, completamente insensible, en cuya alma ya no arde ni una chispa del espíritu de María Teresa, María Antonieta no encuentra ni comprensión ni voluntad de comprender. Recibe con frialdad a sus emisarios, con indiferencia sus cartas; que su parienta de sangre caiga en el más terrible conflicto interior, que su vida se vea puesta en peligro por sus decisiones, no le importa. Solo ve la buena ocasión de acrecentar su poder, y rechaza todos los deseos y exigencias de la Asamblea Nacional con frialdad e insolencia.

Ahora los girondinos han logrado por fin la ventaja. El 20 de abril, Luis XVI se ve obligado, tras larga resistencia y —según se afirma— con lágrimas en los ojos, a declarar la guerra al «rey de Hungría». Los ejércitos se ponen en marcha, y el destino sigue su curso.

¿De qué lado está el corazón de la reina en esta guerra? ¿Del de su antigua patria o del de la nueva? ¿Del de los ejércitos franceses o del de los extranjeros? En torno a esta pregunta decisiva se han andado con rodeos, temerosos, los defensores realistas, sus

incondicionales apologistas y panegiristas; incluso han falsificado párrafos enteros en las memorias y las cartas para ensombrecer el hecho claro e inequívoco de que, en esta guerra, María Antonieta anhelaba con toda el alma el triunfo de las tropas de los soberanos aliados y la derrota de las francesas. Esta toma de postura es inconfundible; quien la calla, falsea. Quien la niega, miente. Pues más aún: María Antonieta, que se siente ante todo reina y solo después reina de Francia, no solo está contra quienes le han limitado el poder real y con quienes quieren fortalecerla en sentido dinástico, sino que hace incluso todo lo lícito y lo ilícito por acelerar la derrota de Francia y favorecer la victoria del extranjero. «Quiera Dios que un día se venguen todos los desafíos que hemos recibido de este país», escribe a Fersen, y aunque hace tiempo que ha olvidado su lengua materna y se ve obligada a hacerse traducir las cartas en alemán, escribe: «Nunca he sentido mayor orgullo que ahora de haber nacido alemana.» Cuatro días antes de que se declare la guerra, comunica —o, más claramente, traiciona— al embajador austríaco el plan de campaña de los ejércitos revolucionarios, en la medida en que lo conocía. Su actitud es completamente inequívoca: para María Antonieta, las banderas austríacas y prusianas son las amigas, y la tricolor de su propio país, el estandarte del enemigo.

Sin duda —la palabra acude enseguida a los labios— esto es traición manifiesta a la patria, y el tribunal de cualquier país llamaría hoy crimen a semejante conducta. Pero no hay que olvidar que en el siglo XVIII aún no se había descubierto el concepto de lo nacional y de la nación; solo la Revolución Francesa emprende la tarea de forjarlo para Europa. El siglo XVIII, en cuyas concepciones está indisolublemente anclada María Antonieta, no conoce otro punto de vista que el puramente dinástico: el país pertenece al rey; donde está el rey, allí está el derecho; quien lucha por el rey y por la monarquía defiende sin duda la causa justa. Quien está contra la monarquía es un sublevado y un rebelde, aunque defienda su propio país. La total falta de formación de la idea patriótica produce, sorprendentemente, en esta guerra, una actitud sentimental antipatriótica en el bando contrario: los mejores alemanes,

Klopstock, Schiller, Fichte, Hölderlin, anhelan, en nombre de la idea de la libertad, la derrota de las tropas alemanas, que precisamente todavía no son tropas del pueblo, sino los ejércitos de la causa despótica. Se alegran de la retirada de las fuerzas prusianas, mientras que en Francia el rey y la reina, a su vez, saludan la derrota de sus propias tropas como una ventaja personal. De un lado y de otro, la guerra no gira en torno a los intereses del país, sino en torno a una idea espiritual, la de la soberanía o la de la libertad. Y nada señala mejor la extraña penumbra entre la concepción del siglo viejo y del nuevo que el hecho de que el jefe de los ejércitos alemanes unidos, el duque de Brunswick, un mes antes todavía consideraba seriamente si no le convendría más bien asumir el mando de las tropas francesas contra las alemanas. Se ve, pues: el concepto de patria y de nación aún no está esclarecido en 1791 en las almas del siglo XVIII. Solo esta guerra, que crea los ejércitos populares, la conciencia nacional y con ello la terrible lucha fratricida de naciones enteras, dará origen a la idea del patriotismo nacional y la legará al siglo siguiente.

De que María Antonieta desea la victoria de las potencias extranjeras, así como del hecho de su traición a la patria, no se tiene en París ninguna prueba. Pero aunque el pueblo, como masa, nunca piensa de manera lógica ni planificada, posee sin embargo una capacidad de olfato más elemental, más animal, que el individuo aislado; en vez de con razonamientos, trabaja con instintos, y estos instintos son casi siempre infalibles. Desde el primer momento, el pueblo francés siente atmosféricamente aquella hostilidad en las Tullerías; sin ningún indicio exterior, husmea la traición militar —efectivamente cometida— de María Antonieta contra su ejército y su causa; y a cien pasos del palacio real, uno de los girondinos, Vergniaud, grita la acusación abiertamente en la sala de la Asamblea Nacional: «Desde esta tribuna, desde donde os hablo, se puede divisar el palacio donde consejeros degenerados seducen y engañan al rey que nos ha dado la Constitución, donde forjan las cadenas con que quieren aherrojarnos, y preparan las maniobras que han de entregarnos a la Casa de Austria. Veo las ventanas del palacio donde

se prepara la contrarrevolución y se piensan todos los medios para arrojarnos de nuevo a los límites de la servidumbre.» Y para que se reconozca con toda claridad a María Antonieta como la verdadera instigadora de estas supuestas conjuras, añade amenazador: «Sepan todos los que habitan este palacio que nuestra Constitución concede la inviolabilidad exclusivamente al rey. Sepan que la ley alcanzará sin excepción a todos los culpables y que ninguna cabeza declarada culpable escapará a la espada.» La Revolución empieza a comprender que solo puede vencer al enemigo exterior si se libra también del interior. Para poder ganar ante el mundo la gran partida, hay que hacer jaque mate en casa a la influencia del rey. Todos los verdaderos revolucionarios presionan ahora enérgicamente hacia el conflicto; de nuevo marchan al frente los periódicos y exigen la deposición del rey; nuevas ediciones del infame libelo «La vie scandaleuse de Marie-Antoinette» se reparten por las calles para reavivar el viejo odio con nuevo brío. En la Asamblea Nacional se presentan a propósito mociones con las que se espera que el rey se vea obligado a hacer uso de su derecho constitucional de veto, sobre todo aquella a la que Luis XVI, católico creyente, jamás podrá dar su asentimiento, a saber, la de expulsar por la fuerza a los sacerdotes que se niegan a prestar juramento a la Constitución: se busca, se provoca la ruptura abierta. En efecto, el rey se sobrepone por primera vez y pone su veto. Mientras fue fuerte, no hizo uso de ninguno de sus derechos; ahora, a un paso del hundimiento, este hombre infortunado intenta, en el instante más infortunado, mostrar valor por primera vez. Pero el pueblo ya no está dispuesto a tolerar la oposición de este muñeco de cera. Este veto habrá de ser la última palabra del rey contra su pueblo y dirigida a él.

Para dar al rey, y sobre todo a ella, a esta inflexible y altiva austríaca, una lección a fondo, los jacobinos, la tropa de choque de la Revolución, eligen un día simbólico, el 20 de junio. En ese día, hace tres años, los diputados del pueblo se reunieron por primera vez en el Juego de Pelota de Versalles en solemne juramento de no ceder ante el poder de las bayonetas y dar a Francia, por sus propias fuerzas, forma y ley. En ese mismo día, hace un año, el rey,

disfrazado de lacayo, se escabulló de noche por la pequeña puerta de su palacio para escapar al dictado del pueblo. En este aniversario ha de recordársele ahora para siempre que él no es nada y el pueblo lo es todo. Como en 1789 el asalto a Versalles, en 1792 se prepara metódicamente el asalto a las Tullerías. Pero entonces todavía había que reclutar, de manera subterránea e ilegal, bajo el amparo de la oscuridad, aquel ejército de amazonas; hoy marchan a plena luz del día, al tañido de las campanas de rebato, mandados por el cervecero Santerre, quince mil hombres; el municipio los acompaña con banderas desplegadas, la Asamblea Nacional les abre las puertas, y el alcalde Pétion, que debería velar por el orden, se hace el ciego y el sordo para favorecer el pleno éxito de esta humillación del rey.

El desfile de la columna revolucionaria comienza como un simple cortejo festivo ante la Asamblea Nacional. En filas y en orden marchan los quince mil hombres con grandes pancartas: «¡Abajo el veto!» y «¡La libertad o la muerte!», al compás del «Ça ira», pasando junto al picadero donde se reúne la Asamblea Nacional; hacia las tres y media parece que el gran espectáculo llega a su fin, y comienza la retirada. Pero solo entonces empieza la verdadera manifestación. Pues, en lugar de retirarse pacíficamente, toda la enorme masa popular se lanza, sin orden alguna y sin embargo como guiada invisiblemente, contra la entrada del palacio. Allí están, cierto, los guardias nacionales y los gendarmes con las bayonetas caladas, pero la corte, con su habitual indecisión, no ha dado ninguna orden para este caso, claramente previsible; los soldados no oponen resistencia, y las masas se derraman de un solo golpe por el estrecho embudo de la puerta. Tan fuerte es la presión de esta multitud que, como por sí misma, penetra escaleras arriba hasta el primer piso. Y ya no hay quien la detenga: las puertas son derribadas o las cerraduras destrozadas, y antes de que se pueda tomar ninguna medida de protección, los primeros intrusos ya están ante el rey, al que solo protege insuficientemente del peor trance un grupo de guardias nacionales. Ahora Luis XVI tiene que pasar revista, en su propia casa, al desfile del pueblo sublevado, y solo su imperturbable y flemática ecuanimidad evita un choque. Paciente, da

a todos los desafíos respuestas corteses; dócil, se pone el gorro rojo que uno de los sans-culottes se quita de la cabeza. Durante tres horas y media soporta, en un calor abrasador, sin negarse, sin resistirse, la curiosidad morbosa y el escarnio de estos huéspedes hostiles.

Al mismo tiempo, otro grupo de insurgentes ha penetrado en las habitaciones de la reina; la escena de terror del 5 de octubre en Versalles parece querer repetirse. Pero como la reina está más expuesta al peligro que el rey, los oficiales han hecho acudir rápidamente a los soldados, han empujado a María Antonieta a un rincón y han colocado delante, para protegerla, una gran mesa, a fin de que estuviera al menos a salvo de los malos tratos físicos; además, los guardias nacionales montan guardia ante esa mesa en tres filas. Las mujeres y los hombres que irrumpen con violencia no pueden llegar hasta el cuerpo de María Antonieta, pero sí lo bastante cerca para contemplar desafiantes al «monstruo» como una pieza de exhibición, lo bastante cerca para que María Antonieta tenga que oír uno por uno los insultos y las amenazas. Santerre, que con su empresa solo busca una humillación amplia y una intimidación a fondo de la reina, pero que se esfuerza por evitar actos de violencia reales, ordena a los granaderos que se aparten, para que el pueblo tenga lo que quiere y pueda contemplar a su víctima, a la reina vencida; al mismo tiempo, trata de tranquilizar a María Antonieta: «Madame, la engañan a usted, el pueblo no tiene nada malo contra usted. Si usted quisiera, todos la amarían como a este niño» (y al decirlo señala al Delfín, que, asustado y tembloroso, se aprieta contra su madre). «Por lo demás, no tenga miedo, no le harán nada.» Pero cada vez que uno de los «factieux» ofrece su ayuda a la reina, el orgullo de esta se yergue. «No me han engañado ni extraviado —responde la reina con dureza—, y no tengo miedo. Entre gente decente nunca hace falta tener miedo.» Fría y altiva, la reina resiste las miradas hostiles y los discursos más insolentes. Solo cuando quieren obligarla a poner a su hijo el gorro rojo, se aparta y dice a los oficiales: «Esto es demasiado, esto rebasa la paciencia humana.» Pero resiste, sin traicionar ni por un segundo miedo o

inseguridad. Solo después de que ya no está realmente amenazada por los intrusos, aparece el alcalde Pétion y ruega a la multitud que se vaya a casa, «para no dar ocasión de que se sospeche de la honorable intención del pueblo». Pero aún pasa hasta bien entrada la noche antes de que el palacio quede despejado, y solo entonces siente la reina, la mujer humillada, todo el tormento de su indefensión. Ahora sabe que todo está perdido. «Sigo con vida, pero es un milagro», escribe apresuradamente a su confidente, Hans Axel von Fersen. «Este día ha sido espantoso.»

Los últimos gritos

Desde que ha sentido el aliento del odio en pleno rostro, desde que ha visto las picas de la Revolución en su propia habitación, en las Tullerías, y ha experimentado la impotencia de la Asamblea Nacional y la mala fe del alcalde, María Antonieta sabe que ella y su familia están irremediablemente perdidas si no llega pronto ayuda del exterior. Solo una victoria arrolladora de los prusianos, de los austríacos, podría salvarlos todavía. Es verdad que, en esta hora última, en esta hora ya postrera, viejos amigos y otros recién ganados se afanan por organizar una huida. El general Lafayette quiere sacar personalmente, a la cabeza de un destacamento de caballería, al rey y a su familia el 14 de julio, de en medio de los festejos del Campo de Marte, y llevarlos fuera de la ciudad con el sable desenvainado. Pero María Antonieta, que sigue viendo en Lafayette al causante de toda la desgracia, prefiere perecer antes que confiar a sus hijos, a su marido y a sí misma a ese hombre tan crédulo.

Por un motivo más noble rechaza también otra propuesta, la de la landgravina de Hesse-Darmstadt, que quería salvarla a ella, como la más amenazada, sacándola del palacio, pues esa posibilidad de huida está concebida solo para ella sola. «No, princesa —responde María Antonieta—, aunque comprendo todo el valor de vuestro ofrecimiento, no puedo aceptarlo. He consagrado mi vida al deber para con las personas que me son queridas, cuya desgracia comparto, y que, dígase de ellas lo que se diga, merecen toda la estima por el valor con que sobrellevan su destino... Ojalá que algún

día todo cuanto hacemos y padecemos haga al menos más felices a nuestros hijos: es el único deseo que me permito. ¡Adiós, princesa! Se me ha quitado todo salvo mi corazón, que siempre me quedará para amaros; no lo dudéis jamás, sería la única desgracia que no podría soportar.»

Esta es una de las primeras cartas que María Antonieta escribe ya no por sí misma, sino para la posteridad. En lo más hondo sabe ya: si la desgracia no puede detenerse, solo le queda cumplir el último deber, sucumbir con compostura y la cabeza alta. Acaso anhela ya, inconscientemente, una muerte rápida y, a ser posible, heroica, en lugar de este lento hundimiento en el fango, en lugar de este descenso que se hace más profundo hora tras hora. El 14 de julio, fiesta popular de la toma de la Bastilla, cuando debe asistir —por última vez— a la gran ceremonia del Campo de Marte, se niega a ponerse bajo el vestido una cota de malla, como la que lleva su prudente esposo; por la noche duerme sola, aunque en una ocasión aparece en su habitación una figura sospechosa. Ya no sale de casa, pues hace tiempo que no puede entrar en su propio jardín sin oír cantar al pueblo: «Madame Veto avait promis De faire égorger tout Paris.» Se acabó el dormir por las noches; cada vez que suena una campana en alguna torre, se estremecen ya en el palacio, pues podría ser la campana de alarma para el asalto final, planeado desde hace tiempo, a las Tullerías. Informada a diario, casi a cada hora, por mensajeros y espías sobre los clubes secretos y las secciones de los arrabales, la corte sabe que ya solo quedan días, tres, ocho, diez, acaso catorce, para que los jacobinos le pongan un final violento, y esos espías no revelan ningún secreto en absoluto. Pues con voz cada vez más estridente los periódicos de Marat y de Hébert exigen ya la destitución. Solo un milagro —María Antonieta lo sabe— podría salvarlos, o un avance arrollador y rápido de los ejércitos prusiano y austríaco.

El espanto, el horror, la angustia de aquellos días de espera última y de la impaciencia más extrema se reflejan en las cartas de la reina a su amigo más fiel. En realidad ya no son cartas, sino gritos, alaridos de angustia salvajes y convulsos, a la vez confusos y agudos

como los de quien es perseguido y estrangulado. Solo con la máxima prudencia y con medios audaces pueden sacarse ya noticias de contrabando de las Tullerías, pues la servidumbre ya no es de fiar, hay espías ante las ventanas y detrás de las puertas. Escondidas en paquetes de chocolate, enrolladas bajo las alas de un sombrero, escritas con tinta simpática y en clave (casi nunca ya de su propia mano), las cartas de María Antonieta están redactadas de modo que, en caso de ser interceptadas, resulten del todo inofensivas. Aparentemente solo hablan de toda suerte de asuntos generales, de negocios y romances inventados; lo que la reina quiere decir en realidad va escrito casi siempre en tercera persona y, además, cifrado. Cada vez más deprisa se suceden ahora estos gritos en la más extrema necesidad; antes del 20 de junio escribe todavía la reina: «Sus amigos consideran imposible el restablecimiento, o al menos muy lejano. Por eso tranquilícelos, si es posible; lo necesitan, su situación se vuelve cada día más terrible.» El 23 de junio la advertencia se hace ya más apremiante. «Su amigo está en el mayor peligro, su enfermedad hace progresos terribles, los médicos ya no conocen remedio... Si quiere volver a verlo, dese prisa, comunique su estado desesperado a los padres.» El termómetro de la fiebre sube cada vez más (26 de junio): «Es necesaria una crisis rápida para traerle la salvación; estamos desesperados de que aún no se presente. Comunique su situación a todos los que están en contacto con él, para que tomen sus medidas. El tiempo apremia...» En medio de sus gritos de alarma, la mujer trastornada se asusta a veces, sensible como toda mujer que verdaderamente ama, de inquietar tanto al ser que le es más querido que nada; incluso en su angustia y necesidad más extremas, María Antonieta piensa, antes que en su propio destino, en la conmoción del ánimo que sus gritos de angustia han de causar al amado: «Nuestra situación es terrible, pero no se inquiete usted demasiado; siento valor y noto en mí algo que me dice que pronto seremos felices y estaremos a salvo. Solo ese pensamiento me sostiene... ¡Adiós! ¡Cuándo volveremos a vernos en paz!» (3 de julio). Y otra vez: «No se inquiete demasiado por mi causa. Créame que el valor siempre acaba imponiéndose... Adiós, y procure únicamente, si es posible, acelerar la ayuda

prometida para nuestra salvación... Cuídese por nosotros y no se inquiete por nuestra causa.» Pero luego una carta se precipita tras otra. «Mañana llegan ochocientos hombres de Marsella, y se dice que en ocho días tendrán fuerzas suficientes para llevar a cabo su plan.» (21 de julio). Y tres días más tarde: «Diga al señor de Mercy que la vida del rey y de la reina corre el mayor de los peligros, que la pérdida de un solo día puede acarrear una desgracia incalculable... La banda de los asesinos crece sin cesar, de día en día.» Y la última carta, del 1 de agosto, la última de todas que Fersen recibe de la reina, describe con la clarividencia de la desesperación extrema todo el peligro. «La vida del rey, lo mismo que la de la reina, está en realidad amenazada desde hace tiempo. La llegada de unos seiscientos marselleses y de otros varios procedentes de todos los clubes de los jacobinos aumenta nuestra inquietud, por desgracia demasiado fundada. Se toman, es cierto, todas las precauciones para la seguridad de la familia real, pero los asesinos rondan todo el tiempo en torno al palacio: se subleva al pueblo, en una parte de la Asamblea Nacional reina la mala disposición, en la otra la debilidad y la cobardía... Ahora hay que pensar en escapar a los puñales y en frustrar el juego de los conjurados que ya revolotean en torno al trono para derribarlo. Hace tiempo que los "factieux" ni siquiera se molestan en ocultar su intención de eliminar a la familia real. En las dos últimas reuniones nocturnas todavía no se habían puesto de acuerdo más que sobre los medios de ejecución. Ya sabe usted por mi carta anterior lo importante que es ganar aunque solo sean veinticuatro horas; hoy solo puedo repetirlo y añadir que, si no se acude ahora en nuestra ayuda, únicamente la Providencia podrá salvar al rey y a la reina.»

El amante recibe estas cartas de la amada en Bruselas; cabe imaginar con qué desesperación. De la mañana a la noche lucha contra la inercia, la indecisión de los reyes, de los jefes militares, de los embajadores; escribe cartas tras cartas, hace visitas tras visitas, apremia con toda la fuerza de una impaciencia enfebrecida un avance rápido, una acción militar. Pero el comandante del ejército, el duque de Brunswick, es un soldado de aquella vieja escuela de

guerra que creía necesario calcular con meses de antelación, día por día, un avance. Despacio, cuidadoso, sistemático, según las leyes ya hace tiempo superadas del arte militar aprendido con Federico el Grande, Brunswick dispone sus tropas y, con la eterna soberbia propia de todo general, no se deja mover ni por los políticos ni, menos aún, por gente ajena a apartarse ni un dedo de sus planes de movilización escritos. Declara que no puede cruzar la frontera antes de mediados de agosto, pero promete después, con arreglo al plan —el paseo militar es el eterno sueño favorito de todos los generales —, avanzar de un tirón hasta París.

Pero Fersen, a quien los gritos de angustia salidos de las Tullerías trastornan el alma, sabe que ya no queda tanto tiempo. Algo hay que hacer para salvar a la reina. Y en la confusión de su pasión, el amante hace justo aquello que debía perder a la amada. Pues precisamente con la medida con la que quiere frenar el ataque de la chusma contra las Tullerías, lo precipita. Hacía tiempo que María Antonieta había pedido un manifiesto de los aliados. Su idea —muy acertada— era que en ese manifiesto se procurase separar de forma visible la causa de los republicanos, de los jacobinos, de la causa de la nación francesa, y así dar ánimo a los elementos bien dispuestos (es decir, bien dispuestos según su criterio) de Francia y meter miedo a los «gueux», a los «pordioseros». Sobre todo había deseado que en ese manifiesto no se interviniese en los asuntos internos de Francia y se «evitase hablar demasiado del rey, así como dejar sentir en exceso que en realidad se le quería sostener». Soñaba con una declaración de amistad hacia el pueblo francés y, al mismo tiempo, con una amenaza contra los terroristas. Pero el desdichado Fersen, con el espanto en el alma, sabiendo que hasta la verdadera ayuda militar por parte de los aliados aún ha de pasar una eternidad, exige que aquel manifiesto se redacte en el tono más duro posible; él mismo escribe un borrador, lo hace llegar por medio de un amigo, ¡y, fatalmente, es precisamente ese borrador el que se acepta! El infame manifiesto de las tropas aliadas a las francesas está redactado en una forma tan imperiosa como si los regimientos del duque de Brunswick estuviesen ya victoriosos ante París;

contiene todo lo que la reina, mejor conocedora de la situación, había querido evitar. Se habla en él sin cesar de la sagrada persona del Rey Cristianísimo, se acusa a la Asamblea Nacional de haberse apoderado ilegítimamente de las riendas de la administración, se exhorta a los soldados franceses a someterse de inmediato al rey, su monarca legítimo, y se amenaza a la ciudad de París, para el caso de que el palacio de las Tullerías sea tomado por la fuerza, con una «venganza ejemplar y memorable para toda la eternidad», con ejecuciones militares y una destrucción total: los pensamientos de un Tamerlán son pronunciados, antes del primer disparo de fusil, por un general pusilánime.

El efecto de esta amenaza de papel es terrible. Incluso quienes hasta entonces se habían mantenido leales al rey se vuelven republicanos de golpe en cuanto se enteran de cuán caro es su rey para los enemigos de Francia, en cuanto comprenden que una victoria de las tropas extranjeras destruiría todas las conquistas de la Revolución, que entonces la Bastilla habría sido tomada en vano, el juramento del Juego de Pelota prestado inútilmente, y nulo cuanto innumerables franceses habían jurado en el Campo de Marte. La mano de Fersen, la mano del amado, ha arrojado con esa necia amenaza una bomba al fuego que ya humeaba. Y la cólera de veinte millones estalla ante ese desafío insensato.

En los últimos días de julio se conoce en París el texto del funesto manifiesto de Brunswick. La amenaza de los aliados de arrasar París si el pueblo atacaba las Tullerías es considerada por el pueblo poco menos que un desafío al ataque. Se toman de inmediato los preparativos, y si no se entra en acción enseguida es solo porque se quiere esperar todavía a que llegue la tropa de choque, los seiscientos republicanos escogidos de Marsella. El seis de agosto marchan hacia aquí, figuras bronceadas por el sol del sur, salvajes y resueltas, y al compás de sus pasos cantan una canción nueva cuyo ritmo, en pocas semanas, sacudirá al país entero: la Marsellesa, el himno de la Revolución, que en una hora de gracia asaltó a un oficial por lo demás del todo carente de ella. Ahora todo está preparado

para el último golpe contra la monarquía carcomida. El ataque puede comenzar: «Allons, enfants de la patrie...»

El diez de agosto

La noche del 9 al 10 de agosto anuncia un día caluroso. Ni una nube en el cielo, que mil estrellas atraviesan con su luz; ni un soplo de viento; las calles yacen en perfecto silencio, los tejados brillan bajo la blanca luz de la luna estival.

Pero esa calma no engaña a nadie. Y si las calles están así de insólitamente desiertas, ello no hace sino confirmar que se está preparando algo extraordinario y singular. La Revolución no duerme. En las secciones, en los clubes, en sus propias casas, están reunidos los cabecillas; mensajeros con órdenes corren, sospechosamente silenciosos, de un distrito a otro; los estados mayores de la insurrección, Danton, Robespierre y los girondinos, permaneciendo ellos mismos invisibles, arman para el ataque al ejército ilegal, al pueblo de París.

Pero tampoco en el palacio duerme nadie. Desde hace días se espera un levantamiento. Se sabe que los marselleses no han venido a París en vano, y las últimas noticias dicen que a la mañana siguiente cabe esperar su avance. Las ventanas están abiertas en la sofocante noche estival, y la reina y Madame Isabel escuchan hacia fuera. Pero todavía no se oye nada. Del cerrado parque de las Tullerías llega una calma tranquila; en los patios solo se percibe el paso de los centinelas, y de vez en cuando resuena un sable o piafa un caballo, pues más de dos mil soldados acampan en el palacio, y las galerías están llenas de oficiales y de nobles armados.

Por fin, a la una menos cuarto de la madrugada —todos corren a las ventanas—, una campana que, lejos, en el arrabal, toca a rebato; luego una segunda, una tercera, una cuarta. Y, desde muy lejos, redobles de tambor. Ya no cabe ninguna duda: el levantamiento se está congregando. Unas horas más, y caerá la decisión. Agitada, la reina corre una y otra vez a la ventana, para escuchar si los indicios amenazadores se intensifican. Esta noche no conoce el sueño. Por fin, a las cuatro de la madrugada, el sol se alza, rojo como la sangre, en un cielo sin nubes. Va a ser un día caluroso.

En el palacio todo está preparado. En la última hora ha entrado el regimiento más fiel de la Corona, novecientos hombres de fuerza, los suizos, hombres duros e inquebrantables, educados en una disciplina de hierro, fieles al deber como el bronce. Desde las seis de la tarde, además, dieciséis batallones escogidos de la Guardia Nacional y la caballería vigilan las Tullerías; los puentes levadizos están bajados, los centinelas triplicados, y una docena de cañones cierran la entrada con sus bocas mudas y amenazadoras. Se ha enviado además aviso a dos mil nobles, y se han dejado las puertas abiertas hasta medianoche, aunque en vano; solo ha acudido un pequeño grupo de unos ciento cincuenta, en su mayoría nobles ya entrados en años y de cabello cano. De la disciplina se ocupa Mandat, un oficial valiente y enérgico, decidido a no retroceder ante ninguna amenaza. Pero eso también lo saben los revolucionarios, y a las cuatro de la madrugada se le manda llamar de pronto para que acuda al ayuntamiento. Insensatamente, el rey le deja marchar, y aunque Mandat sabe lo que le amenaza y lo que le espera, obedece la citación. Una nueva Comuna revolucionaria, que se ha apoderado del poder sin mandato del ayuntamiento, lo recibe y despacha el asunto sin dilación; dos horas más tarde flota, asesinado a traición, cadáver, con el cráneo destrozado, en el Sena. A las tropas de protección se les ha arrebatado su jefe, el corazón decidido, la mano enérgica.

Pues el rey no es un jefe. Indeciso, el hombre trastornado, con la casaca violeta y la peluca deshecha por el sueño, va tropezando de un cuarto a otro con su mirada pobre y vacía, y espera, y espera.

Ayer mismo se había acordado defender las Tullerías hasta la última gota de sangre, y con energía retadora se las había transformado en una fortaleza, en un campamento militar. Pero ya ahora, antes incluso de que el enemigo se haya dejado ver, se empieza de nuevo a vacilar, y esa inseguridad parte de Luis XVI. Cada vez que hay que tomar una decisión, este hombre, que en el fondo no es cobarde para sí mismo, pero que se siente aturdido ante cualquier responsabilidad, se pone como enfermo; ¿y cómo esperar valor de los soldados cuando ven temblar a su jefe? El regimiento suizo, mantenido en tensión por sus oficiales, se sostiene firme, pero entre los guardias nacionales empiezan a notarse indicios sospechosos, desde que oyen una y otra vez la pregunta: «¿Se va a luchar? ¿No se va a luchar?»

La reina apenas puede ocultar ya su indignación ante la debilidad de su esposo. María Antonieta quiere ahora una decisión definitiva. Sus nervios extenuados ya no soportan esta tensión eterna, ni su orgullo el estar siempre amenazada y el indigno agacharse. En estos dos años ha aprendido de sobra que la condescendencia y el repliegue no debilitan las exigencias de una revolución, sino que solo refuerzan su seguridad en sí misma. Pero ahora la monarquía se encuentra en el último peldaño, en el más bajo, tras el cual solo amenaza el abismo; un paso más, y todo está perdido, también el honor. Lo que más querría esta mujer, que tiembla de orgullo, es bajar ella misma hasta los desanimados guardias nacionales, para transmitirles resolución con su propia resolución y exhortarlos a cumplir con su deber. Inconscientemente, en esta hora ha despertado quizá en ella el recuerdo de su madre, de cómo esta, en la mayor de las necesidades, con el heredero del trono en brazos, se presentó ante los nobles húngaros, igualmente vacilantes, y con ese único gesto los arrastró entusiasmados hacia sí. Pero sabe también que, en una hora así, una mujer no puede representar a su marido, ni una reina al rey. Así que persuade a Luis XVI de celebrar todavía, antes del combate, un último desfile y de quebrar con una arenga la inconstancia de los defensores.

La idea era acertada: en María Antonieta el instinto es siempre infalible. Unas cuantas palabras encendidas, como las que Napoleón encontraba en los momentos peligrosos por convicción más íntima, un juramento del rey de morir con sus soldados, un gesto enérgico y contundente, y esos batallones aún vacilantes se habrían fundido en un muro de bronce. Pero entonces baja tropezando por la gran escalera, corto de vista y torpe, un hombre pesado y nada guerrero, con el sombrero encajado bajo el brazo, y balbucea unas cuantas palabras entrecortadas y desmañadas: «Dicen que vienen... Mi causa es la de todos los buenos ciudadanos... ¿verdad que lucharemos con valor?...» El tono vacilante, la actitud cohibida acrecientan la inseguridad en vez de disminuirla. Con desprecio ven los guardias nacionales cómo ese hombre débil se acerca a sus filas con pasos inseguros; en lugar de los gritos esperados de «¡Viva el rey!», responde primero el silencio, y luego un grito ambiguo: «¡Viva la nación!»; y cuando el rey se aventura después hasta la verja, donde las tropas ya empiezan a confraternizar con el pueblo, oye gritos abiertamente sediciosos: «¡Abajo el veto! ¡Abajo el cerdo gordo!» Sus propios partidarios y ministros rodean ahora, horrorizados, al rey y lo llevan de vuelta al palacio. «¡Por Dios, se burlan del rey!», grita desde el primer piso el ministro de Marina, y María Antonieta, que con los ojos enrojecidos e inflamados por las lágrimas y el insomnio ha estado contemplando fijamente aquel lamentable espectáculo, se aparta con amargura. «Todo está perdido», dice, conmovida, a su camarera. «El rey no ha mostrado ninguna energía, y este desfile ha causado más mal que bien.» Antes de que el combate haya empezado, ya ha terminado.

Esta mañana del combate decisivo y definitivo entre la monarquía y la república, entre la multitud reunida ante las Tullerías se encuentra también un joven teniente, un oficial sin destino venido de Córcega, Napoleón Bonaparte, que trataría de necio a cualquiera que le dijese que algún día habitaría ese palacio como sucesor de Luis XVI. Precisamente no está de servicio, y así mide, con su infalible mirada de soldado, las posibilidades de un ataque y las de la defensa. Unos cuantos cañonazos, un empuje enérgico, y esa

canaille (como llamará más tarde, despectivamente, en Santa Elena, a las tropas de los arrabales) habría sido barrida con escoba de hierro. Si el rey tuviera a mano a ese pequeño teniente de artillería, se impondría contra todo París. Pero no hay uno solo en ese palacio que tenga el corazón de hierro y la mirada rápida y certera de ese pequeño teniente. «No atacar, buena compostura, fuerte defensa», esa es toda la orden que se da a los soldados —una media medida y, por ello, ya la derrota entera. Mientras tanto, se acercan las siete de la mañana, y la vanguardia de los sublevados ha avanzado, un enjambre desordenado y mal armado, amenazador no por su capacidad militar, sino solo por su inquebrantable determinación. Ya empiezan a reunirse algunos ante el puente levadizo. La decisión ya no puede aplazarse más. Roederer, el procurador general, siente su responsabilidad. Ya hace una hora que ha aconsejado al rey trasladarse a la Asamblea Nacional y ponerse bajo su protección. Pero entonces María Antonieta se había alterado: «Caballero, aquí tenemos fuerzas suficientes, y ya es hora de determinar de una vez quién ha de prevalecer, el rey o los sublevados, la Constitución o los revolucionarios.» Pero el propio rey no encuentra ahora ninguna palabra enérgica. Respirando con dificultad, con la mirada extraviada, permanece sentado en su sillón y espera, y espera, sin saber él mismo qué; solo quiere ganar tiempo, solo no decidirse. Entonces vuelve Roederer, una vez más, con su banda, que le franquea el paso en todas partes; le acompañan algunos concejales. «Sire —le dice enérgicamente a Luis XVI—, Vuestra Majestad ya no tiene ni cinco minutos que perder; no hay otra seguridad para vos que en la Asamblea Nacional.» «Pero todavía no veo mucha gente en la plaza del Carrousel», responde Luis XVI, temeroso, que solo quiere siempre ganar tiempo. «Sire, una multitud inmensa, con doce cañones, avanza desde los arrabales.»

Un funcionario municipal, comerciante de encajes, a quien la reina había comprado a menudo en otro tiempo, se suma a la advertencia de Roederer. Pero «Callad, caballero» —lo ataja de inmediato María Antonieta (siempre la misma cólera cuando alguien a quien no estima quiere salvarla)—, «dejad hablar al procurador general».

Ahora se dirige ella misma a Roederer: «Pero, caballero, tenemos aquí una fuerza armada.» «Señora, todo París avanza hacia aquí, toda resistencia es imposible.»

María Antonieta ya no puede contener su agitación, la sangre le sube a las mejillas; tiene que dominarse para no arremeter, en toda su debilidad, contra esos hombres, ninguno de los cuales piensa con hombría. Pero la responsabilidad es enorme; en presencia de un rey de Francia, una mujer no puede dar la orden de combatir. Así que espera la decisión de aquel eterno indeciso. Este alza por fin su pesada cabeza, mira a Roederer unos segundos, suspira después y dice, feliz de haberse decidido: «¡Vamos!»

Y a través de la doble hilera de nobles, que lo miran sin ningún respeto, pasando junto a los soldados suizos, a quienes se olvida decir una sola palabra sobre si deben luchar o no, a través de la multitud del pueblo, cada vez más densa, que escarnece abiertamente e incluso amenaza al rey, a su esposa y a los pocos fieles, Luis XVI sale, sin combatir, sin siquiera intentar resistencia, del palacio que construyeron sus antepasados y que ya nunca volverá a pisar. Atraviesan el jardín; delante va el rey con Roederer, detrás la reina del brazo del ministro de Marina, con su hijo a su lado. Se apresuran, con indigna precipitación, hacia el picadero cubierto, donde en otro tiempo la corte se divertía, alegre y despreocupada, con las cabalgadas, y donde ahora la Asamblea Nacional del pueblo vive con orgullo cómo su rey, temblando por su vida, busca refugio en ella sin haber combatido. Son unos doscientos pasos. Pero con esos doscientos pasos, María Antonieta y Luis XVI han descendido, de manera irrecuperable, de su poder. La monarquía ha terminado.

La Asamblea Nacional ve con sentimientos encontrados que el antiguo señor, al que sigue estando ligada por juramento y por honor, le pida asilo. En la generosidad de la primera sorpresa, Vergniaud, como presidente, declara: «Podéis contar, Sire, con la firmeza de la Asamblea Nacional. Sus miembros han jurado morir por la defensa de los derechos del pueblo y de la autoridad

constituida.» Es una gran promesa, pues, según la Constitución, el rey sigue siendo aún una de las dos autoridades legalmente instituidas, y en medio del caos la Asamblea Nacional finge que todavía existe un orden legal. Se remite pedantescamente al artículo de la Constitución que prohíbe al rey estar presente en la sala mientras la Asamblea delibera. Pero como se quiere seguir deliberando, se le destina como asilo el palco contiguo, donde normalmente se sientan los taquígrafos. Este palco es un recinto bajo, tan bajo que no se puede estar de pie en él, con unos pocos sillones delante y un banco de paja al fondo; hasta entonces una reja de hierro lo separaba de la sala propiamente dicha de la Asamblea. Esta reja se retira ahora apresuradamente, con limas y martillos, con la ayuda personal de los diputados, pues se sigue contando con la posibilidad de que la chusma callejera intente sacar por la fuerza a la familia real; para ese caso extremo está previsto que los diputados interrumpan todas las deliberaciones y rodeen a la familia real en medio de ellos. En esta jaula, sofocante de calor en el abrasador día de agosto, María Antonieta y Luis XVI deben permanecer ahora dieciocho horas con sus hijos, expuestos a las miradas curiosas, malévolas y compasivas de la Asamblea. Pero lo que hace su humillación aún más cruel que cualquier hostilidad expresa o ruidosa es la indiferencia absoluta con que, durante esas dieciocho horas, la Asamblea Nacional pasa por alto la presencia de la familia real. Se les presta tan poca atención como si fueran porteros o espectadores de la tribuna; ningún diputado se levanta para ir a saludarlos, a nadie se le ocurre hacerles más soportable, con alguna comodidad, la estancia en ese corral. Solo pueden escuchar cómo se habla por encima de ellos: escena fantasmal, como si alguien contemplara desde una ventana su propio entierro.

De pronto un estremecimiento recorre la Asamblea. Algunos diputados se ponen en pie de un salto y aguzan el oído, se abre violentamente la puerta, y ya se oyen desde las Tullerías, contiguas, disparos de fusil, y ahora, mientras las ventanas tiemblan por el golpe sordo: cañonazos. Los sublevados, al irrumpir en el palacio, han topado con la Guardia Suiza. En el lamentable atropello de su

huida, el rey se había olvidado por completo de dar una orden, o bien, como siempre, no había tenido la fuerza de decidirse por un sí o un no claros. Fieles a la orden anterior, nunca revocada, de mantenerse a la defensiva, las Guardias Suizas defienden el envoltorio vacío de la monarquía, las Tullerías, y disparan, por orden de sus oficiales, algunas salvas. Ya han despejado el patio, capturado los cañones que habían arrastrado hasta allí, y demostrado con ello que un soberano decidido habría podido defenderse honrosamente en medio de sus fieles. Pero ahora el rey, el soberano sin cabeza —pronto no tendrá ya, en efecto, cabeza alguna—, se acuerda de su deber de no exigir de los demás valor y sangre allí donde él mismo se ha mostrado pusilánime, y envía la orden a los suizos de cesar toda defensa del palacio. Pero eterna palabra del destino de su reinado: ¡demasiado tarde! Su indecisión o su olvido ya ha costado la vida a más de mil personas. Sin obstáculo, la masa enfurecida irrumpe en el palacio indefenso. De nuevo brilla el farol sangriento de la Revolución: en picas se pasean las cabezas de los realistas asesinados, y la carnicería no termina hasta las once de la mañana. Ese día no cae ya ninguna cabeza más, solo una corona.

Apiñada en el bochornoso palco, la familia real, sin poder pronunciar palabra, tiene que presenciar todo lo que sucede en esa Asamblea. Primero ve entrar precipitadamente a sus fieles suizos, ennegrecidos por la pólvora, cubiertos de sangre, y tras ellos a los sublevados victoriosos, que querrían arrancarlos por la fuerza de la protección de la Asamblea. Después se depositan sobre la mesa del presidente los objetos saqueados del palacio: vajilla de plata, joyas, cartas, cofres y asignados. María Antonieta tiene que escuchar con la boca cerrada cómo se elogia a los jefes de la revuelta. Tiene que oír, indefensa, muda, cómo los diputados de las distintas secciones se acercan ahora a la barra y exigen con las palabras más violentas la destitución del rey, cómo se falsean en los informes los hechos más evidentes, por ejemplo, que por orden del palacio se había hecho tocar a rebato, que el palacio había sitiado a la nación y no la nación al palacio. Y puede comprobar una vez más el eterno

espectáculo, siempre repetido, de que los políticos se vuelven cobardes en cuanto sienten que el viento cambia de rumbo. El mismo Vergniaud que dos horas antes había prometido, en nombre de la Asamblea, morir antes que dejar tocar los derechos de la autoridad constituida, capitula ahora precipitadamente y presenta la moción de suspender de inmediato al titular del poder ejecutivo, es decir, al rey, y pide el traslado de la familia real al palacio del Luxemburgo «bajo la protección de los ciudadanos y de la ley», es decir: al cautiverio. Para suavizar algo la transición a los diputados de sentimientos monárquicos, se pide, como pura apariencia, el nombramiento de un preceptor para el Delfín, pero en realidad ya nadie piensa en la corona ni en un rey. Se le retira su veto, su único derecho, y la Asamblea Nacional pone en vigor, por su propia autoridad, esas mismas leyes que él había rechazado; ni una sola mirada pregunta por el asentimiento de aquel hombre indefenso, sentado, cansado y sudoroso en su butaca, en el palco de los cronistas, quien tal vez en el fondo se alegra de que ya no se le pregunte nada. A partir de ahora Luis XVI ya no necesita tomar decisiones. A partir de ahora se decide sobre él.

La sesión dura ocho horas, doce horas, catorce horas. Y las cinco personas hacinadas en el palco no han dormido en esa noche de horror y llevan viviendo desde esa mañana una eternidad entera. Los niños, que no entienden nada de todo aquello, se han quedado dormidos de cansancio; al rey y a la reina les brota el sudor en la frente, María Antonieta tiene que hacer que le humedezcan una y otra vez el pañuelo con agua, y una o dos veces bebe un vaso de agua helada que una mano compasiva les alcanza. Con los ojos ardientes, cansada y terriblemente despierta a la vez, mira fijamente hacia esa sala recalentada como una caldera, donde desde hace horas y horas gira sobre su destino la máquina de las palabras. No prueba bocado, muy al contrario que su esposo. Sin preocuparse por los espectadores, Luis XVI se hace traer varias comidas y mastica y mastica en ese palco, con sus pesadas y lentas mandíbulas, con la misma calma que ante la mesa cubierta de plata de Versalles. Ni siquiera el peligro extremo puede desactivar en ese cuerpo tan poco

regio el hambre y la somnolencia; los párpados pesados van cayendo poco a poco, y en medio de la lucha que le cuesta la corona, Luis XVI dormita durante una horita. María Antonieta se ha apartado de su lado, hacia la oscuridad. En horas como esas siempre siente vergüenza de la debilidad terriblemente indigna de ese hombre, más preocupado por su estómago que por su honor, capaz de embutirse tranquilamente la comida y de dormitar incluso en medio de la más espantosa humillación. Con los ojos encendidos aparta la mirada, para no delatar su indignación; también se aparta la reina de la Asamblea y querría, más que nada, taparse los oídos con los puños. Solo ella siente toda la humillación de ese día y ya nota en la garganta oprimida el sabor amargo de todo lo que aún ha de venir; pero ni por un instante pierde la compostura, siempre grande en las horas en que se siente desafiada; que estos rebeldes no vean una lágrima ni oigan un suspiro, y solo se hunde cada vez más, cada vez más hondo, en la oscuridad del palco.

Por fin, tras dieciocho horas atroces en esa jaula abrasadora, el rey y la reina pueden retirarse al antiguo convento de los Feuillants, donde en una de las celdas desnudas y abandonadas se les prepara apresuradamente un lecho. Unas mujeres desconocidas le prestan a la reina de Francia una camisa y algo de ropa interior; de una de sus propias doncellas tiene que pedir prestadas unas monedas de oro, pues ha perdido su dinero o lo ha olvidado en el tumulto. Ahora por fin, ya a solas, María Antonieta toma algunos bocados. Pero ante las ventanas enrejadas todavía no reina el silencio, aún desfilan sin cesar —pues la ciudad tiene fiebre— tropeles de gente, y desde las Tullerías se oye el rodar sordo de carros. Son las carretas que retiran los cadáveres de los mil caídos: fea tarea de la noche. El cadáver de la monarquía se retirará a plena luz del día.

A la mañana siguiente y a la otra, la familia real tiene que asistir de nuevo a las deliberaciones de la Asamblea Nacional en el mismo corral espantoso; de hora en hora pueden sentir cómo su poder se funde en ese horno ardiente. Ayer todavía se hablaba del rey; hoy Danton habla ya de los «opresores del pueblo», y Cloots de los «individuos llamados reyes». Ayer todavía se elegía el palacio del

Luxemburgo como «residencia» para la corte y se pedía nombrar un preceptor para el Delfín; hoy la fórmula suena ya más dura: poner al rey bajo la «sauvegarde de la nation», una palabra más hermosa para el cautiverio; además, la Comuna, la nueva administración municipal revolucionaria que se ha formado en la noche del diez de agosto, se niega a aceptar el Luxemburgo o el Ministerio de Justicia como futura residencia, y da claramente el motivo: sería demasiado fácil escapar de esos dos edificios. Solo en el «Temple» podría responder ella de la seguridad de los «détenus» —cada vez se perfila más desnudo el concepto de cautiverio—. La Asamblea Nacional, secretamente contenta de descargarse de la decisión, confía el cuidado del rey a la Comuna. Esta promete conducir a la familia real al Temple «con todo el respeto que se debe a la desgracia»; con eso queda todo resuelto, y sigue y sigue girando, todo el día hasta las dos de la madrugada, el molino de las palabras, pero ni una sola habla en favor de los humillados, que permanecen encorvados en la oscuridad del palco como en la sombra del destino.

Por fin, el 13 de agosto, el Temple está listo. En esos tres días se ha recorrido un camino inmenso. De la monarquía absoluta a la Asamblea Nacional habían hecho falta siglos; de la Asamblea Nacional a la Constitución, dos años; de la Constitución al asalto de las Tullerías, unos meses; del asalto de las Tullerías al encarcelamiento, solo tres días. Ahora solo quedan ya unas pocas semanas de plazo hasta el cadalso, y después basta un único empujón para caer al ataúd.

A las seis de la tarde del 13 de agosto, la familia real es conducida al Temple bajo la dirección de Pétion —a las seis de la tarde, antes de que caiga el crepúsculo, y no ya de noche, pues se quiere que el pueblo victorioso pueda contemplar a su antiguo señor, y sobre todo a ella, la altiva reina, en el trayecto hacia la cárcel—. Durante dos horas se hace rodar el coche, deliberadamente despacio, a través de media ciudad; se da expresamente el rodeo por la Place Vendôme, para que Luis XVI pueda contemplar la estatua de su bisabuelo Luis XIV, destrozada por orden de la Asamblea Nacional y derribada de su

pedestal, y no le quede ya ninguna duda interior de que no solo su reinado, sino también el de todo su linaje, ha llegado a su fin.

Pero esa misma noche en que el antiguo señor de Francia cambia el castillo de sus antepasados por una prisión, el nuevo señor en París cambia también de residencia. Esa misma noche se saca la guillotina del patio de la Conciergerie y se la instala, amenazadora, en la plaza del Carrousel. Francia debe saber que, desde el 13 de agosto, ya no gobierna Francia Luis XVI, sino el Terror.

El Temple

Ya es de noche cuando la familia real llega ante el antiguo castillo de los Templarios, el «Temple». Las ventanas del edificio principal —al fin y al cabo se celebra una fiesta popular— están iluminadas por innumerables farolillos. María Antonieta conoce este pequeño palacio. Aquí vivió, en los felices y ligeros años del rococó, el hermano del rey, el conde de Artois, su compañero de baile y de diversiones. Con cascabeles tintineantes, envuelta en preciosas pieles, ella misma había llegado allí un invierno, hace catorce años, en su trineo ricamente pintado, para cenar rápidamente en casa de su cuñado. Hoy la invitan a residir allí de forma permanente unos anfitriones bastante menos amables, los miembros de la Comuna, y en lugar de lacayos hay ante las puertas, como guardianes precavidos, guardias nacionales y gendarmes. La gran sala en la que se sirve la cena a los prisioneros la conocemos por un célebre cuadro, «Un té en casa del príncipe de Conti». El muchacho y la joven que allí entretienen con un concierto a una sociedad ilustre no son otros que el joven Wolfgang Amadeus Mozart, de ocho años, y su hermana: música y alegría han resonado en esas estancias, en las que por última vez habitaron señores nobles, felices y amantes del placer.

Pero no es este elegante palacio, en cuyos revestimientos de madera dorada quizá aún resuene, muy suavemente, un temblor de aquella plateada ligereza mozartiana, el que la Comuna destina como residencia a María Antonieta y a Luis XVI, sino, al lado, las dos antiquísimas torres de la fortaleza, redondas y de tejado en punta.

Construidas en la Edad Media por los Templarios como una plaza inexpugnable de pesados sillares, grises y sombrías, despiertan de entrada, como la Bastilla, un estremecimiento fantasmal. Con sus pesadas puertas guarnecidas de hierro, sus ventanas bajas, sus patios amurallados y lúgubres, recuerdan baladas olvidadas de tiempos pasados, la Fema, la Inquisición, mazmorras de brujas y salas de tortura. Con desagrado, con miradas huidizas, alzan los parisinos los ojos hacia esos restos de una época violenta que han quedado en pie, sin uso y por ello doblemente misteriosos, en medio de un animado barrio de pequeña burguesía: era un símbolo de cruel elocuencia destinar aquel viejo caserón, ya inútil, a prisión de una monarquía igualmente vieja e inútil.

Las semanas siguientes se dedican a asegurar este amplio calabozo. Se derriba una hilera de casas pequeñas en torno a las torres, se talan todos los árboles del patio para no estorbar la vigilancia por ningún lado, y además se separan de los demás edificios, mediante un muro de piedra, los dos patios rasos y desnudos que rodean las torres, de modo que hay que atravesar primero tres murallas antes de llegar a la ciudadela propiamente dicha. Se levantan garitas de guardia junto a todas las salidas, y ante cada puerta interior, en los pasillos de cada piso, se instala cuidadosamente una barrera que obliga a todo el que entra o sale a identificarse ante siete u ocho guardias distintos. Como personas de vigilancia, el ayuntamiento, que responde de los prisioneros, nombra cada día por sorteo a cuatro comisarios distintos, que deben vigilar por turnos, de día y de noche, todas las estancias, y están obligados a recoger por la noche todas las llaves de todas las puertas. Aparte de ellos y de los concejales, nadie puede entrar en todo el recinto fortificado del Temple sin una tarjeta especial de autorización del magistrado: ningún Fersen y ningún amigo complaciente puede ya acercarse a la familia real; la posibilidad de cartas y de comunicación ha llegado —o así lo parece— irrevocablemente a su fin.

Más duramente aún golpea a la familia real otra medida de precaución. En la noche del 19 de agosto se presentan dos funcionarios del magistrado con la orden de sacar de allí a todas las

personas que no pertenezcan a la familia real. Especialmente doloroso resulta para la reina la despedida de Madame de Lamballe, quien, ya a salvo, había regresado voluntariamente desde Londres una vez más para demostrar su amistad precisamente en la hora del peligro. Ambas presienten que no volverán a verse; en esa despedida, de la que no hubo testigo alguno, debió de ser cuando María Antonieta regaló a su amiga, como última prenda de cariño, aquel mechón de cabello claro encerrado en un anillo, con la trágica inscripción «Han encanecido por la desgracia», que más tarde se encontró junto al cadáver descuartizado de la princesa asesinada. También la aya, Madame de Tourzel, y su hija tienen que trasladarse de esta prisión común a otra, la Force, al igual que los acompañantes del rey: solo se le deja un ayuda de cámara para su servicio personal. Con ello se destruye la última apariencia, el último destello de una casa real, y la familia real —Luis XVI, María Antonieta, sus dos hijos y Madame Isabel— queda completamente sola consigo misma.

El miedo a un suceso suele ser más insoportable que el suceso mismo. Por más que el cautiverio signifique una humillación para el rey y la reina, a sus personas les ofrece, de momento, cierta seguridad. Los gruesos muros que los encierran, los patios barricados, los centinelas con los fusiles siempre cargados, impiden cualquier intento de fuga, pero al mismo tiempo protegen también de cualquier asalto. Ya no tiene la familia real, como en las Tullerías, que estar escuchando a diario y a cada hora las campanas de rebato y los tambores de alarma, para saber si hoy o mañana hay que esperar un ataque; en esta torre solitaria se mantiene hoy como mañana la misma rutina, el mismo encierro seguro y sin viento, la misma lejanía de todas las agitaciones del mundo. La administración municipal hace en un principio todo lo posible por procurar el bienestar puramente físico de la familia real prisionera: implacable en la lucha, la Revolución no es, en su voluntad íntima, inhumana. Después de cada golpe duro concede siempre un instante de tregua, sin sospechar que precisamente esas pausas, esas aparentes distensiones, hacen sentir aún más la derrota a los vencidos. Los

primeros días tras el traslado al Temple, la administración municipal se esfuerza por hacer lo más llevadera posible la prisión de los cautivos. Se empapela de nuevo la torre grande, se la equipa con muebles, y se destina todo un piso, con cuatro habitaciones, al rey, cuatro habitaciones a la reina, a la cuñada de la reina, Madame Isabel, y a los niños. Pueden salir en cualquier momento de la torre sombría y mohosa, pasear por el jardín, y sobre todo la Comuna cuida de lo que, para el bienestar del rey, es por desgracia lo más importante: una comida buena y abundante. Nada menos que trece empleados se ocupan de su mesa; cada mediodía hay al menos tres sopas, cuatro entrantes, dos asados, cuatro platos ligeros, compotas, frutas, vino de malvasía, burdeos, champán, de modo que en tres meses y medio los gastos de cocina ascienden a no menos de treinta y cinco mil libras. También se provee con largueza de ropa blanca, de vestido, de mobiliario, mientras a Luis XVI aún no se le trata como a un delincuente. Recibe, a petición propia, toda una biblioteca de doscientos cincuenta y siete libros —en su mayoría clásicos latinos— para pasar el tiempo: en esta primera época, muy breve, el internamiento de la familia real no tiene en absoluto el carácter de un castigo, y así, aparte de la angustia del alma, el rey y la reina podrían llevar una vida tranquila y casi apacible. Por las mañanas María Antonieta hace venir a sus hijos y los instruye o juega con ellos; al mediodía se come en común; después de la comida se juega una partida de backgammon o de ajedrez. Mientras el rey saca luego a pasear al Delfín por el jardín y hace volar con él una cometa, la reina, demasiado orgullosa para pasear en público bajo vigilancia, se ocupa la mayor parte del tiempo, en su cuarto, de labores de aguja. Por las noches lleva ella misma a los niños a la cama, se charla todavía un poco o se juega a las cartas, a veces intenta tocar el clavecín, como en otros tiempos, o cantar un poco, pero, aislada del gran mundo, de sus amigas, le falta aquella ligereza de corazón para siempre perdida. Habla poco y prefiere estar con los niños o a solas. Le falta ese consuelo de la gran piedad que les da, a Luis XVI y a su hermana, que rezan mucho y observan estrictamente todos los días de ayuno, una serenidad de resignación. Su voluntad de vivir no se deja quebrar tan fácilmente como la de esos dos seres

sin temperamento: incluso entre estos muros cerrados, su ánimo sigue vuelto hacia el mundo; su alma, acostumbrada a la victoria, se niega todavía a renunciar, todavía no quiere abandonar la esperanza —hacia dentro se concentra ahora esta fuerza contenida—. Solo ella no se da por vencida en el cautiverio; los demás apenas lo sienten, y si no fuera por la vigilancia, por el eterno miedo al mañana, se habría cumplido en realidad, para el pequeñoburgués Luis XVI y la monja de convento Madame Isabel, la forma de vida que inconscientemente habían anhelado desde hacía años y años: la pasividad irreflexiva e irresponsable.

Pero los guardias están ahí. Sin cesar se recuerda a los encerrados que otro poder dispone de su destino. En el comedor, la Comuna ha colgado de la pared, en gran formato de folio, el texto de la «Declaración de los Derechos del Hombre», con la fecha de impresión, dolorosa para un rey, «En el primer año de la República». En las placas de latón de su estufa tiene que leer la inscripción «Libertad, Igualdad»; en la comida aparece, como huésped no invitado, un comisario o el comandante de la guarnición. Cada trozo de pan es precortado por manos ajenas y examinado, por si contuviera algún mensaje secreto; ningún periódico puede penetrar en el recinto del Temple; asimismo, todo el que entra en la torre o sale de ella es cacheado con la mayor minuciosidad por los guardias, por si lleva papeles consigo, y además las puertas de las habitaciones se cierran desde fuera. Ni un paso puede dar el rey o la reina sin que, a su espalda, con el fusil cargado al brazo, les siga la sombra de un guardián, ni mantener una conversación sin testigos, ni leer nada impreso sin censura. Solo en sus dormitorios separados conocen la dicha y la gracia de estar a solas consigo mismos.

Pero esta vigilancia, ¿fue realmente premeditadamente cruel? ¿Eran los guardianes e inspectores del cautiverio real, en verdad, unos verdugos tan sádicos como los pinta la historiografía martirológica realista? ¿Se humilló de veras a María Antonieta y a los suyos sin cesar con vejaciones innecesarias, y se eligió a propósito a los sans-culottes más rudos para esa tarea? Los informes de la Comuna lo contradicen, pero también ellos son parte interesada.

Para juzgar con justicia esta cuestión decisiva —si la Revolución llegó realmente a ofender y maltratar a conciencia al rey vencido— hace falta la máxima cautela. Pues el concepto de revolución es de por sí una palabra muy amplia: se extiende, en una escala de transiciones incesantes, desde el idealismo más elevado hasta la brutalidad más real, de la grandeza a la crueldad, del espíritu hasta su antagonista, la violencia; cambia de matiz y se transforma, porque toma siempre su color de los hombres y de las circunstancias. En la Revolución francesa —como en cualquier revolución— se distinguen claramente dos tipos de revolucionarios: los revolucionarios por idealismo y los revolucionarios por resentimiento; los unos, que vivían mejor que la masa, quieren elevarla hasta ellos, aumentar su educación, su cultura, su libertad, sus formas de vida. Los otros, que ellos mismos lo habían pasado mal durante mucho tiempo, quieren vengarse de los que vivían mejor, buscan desahogar su nuevo poder contra los que antes fueron poderosos. Esta actitud, arraigada en la dualidad de la naturaleza humana, vale para todos los tiempos. En la Revolución francesa el idealismo llevó al principio la delantera: la Asamblea Nacional, formada por nobles y burgueses, por los notables del país, quiso ayudar al pueblo, liberar a las masas; pero la masa liberada, la violencia desatada, pronto se vuelve contra sus libertadores: en la segunda fase toman la delantera los elementos radicales, los revolucionarios del resentimiento, y a estos el poder les resulta demasiado nuevo para que puedan resistirse al placer de disfrutarlo a fondo. Suben entonces al timón esas figuras de pequeña espiritualidad y de opresión por fin liberada, cuya ambición consiste en rebajar la Revolución a su propia medida, a su propia mediocridad de alma.

De entre estos revolucionarios de resentimiento, es precisamente Hébert, a quien se confía el cuidado de la familia real, la figura más típica y más repugnante. Los más nobles, los más elevados en espíritu de la Revolución —Robespierre, Camille Desmoulins, Saint-Just— reconocieron enseguida en este sucísimo libelista, en este chillón desaforado, lo que en verdad era: una llaga en el honor de la Revolución, y Robespierre la cauterizó —aunque demasiado tarde—

con el hierro candente. De pasado sospechoso, abiertamente acusado de desfalco en la taquilla de un teatro, sin empleo y sin escrúpulos, se lanza a la Revolución como una fiera acosada se lanza al río, y la corriente lo arrastra, porque, como dice Saint-Just, «cambia de color, hábil como un reptil, según el humor del momento y el peligro»; cuanto más se mancha de sangre la República, más roja se vuelve su pluma en el «Père Duchesne», que él escribe, o mejor dicho, embadurna, el más bajo periodicucho de bulevar de la Revolución. En el tono más ordinario —«como si el Sena fuera el desagüe de una cloaca de París», dice Camille Desmoulins— halaga allí los instintos más repugnantes de las clases más bajas, de las ínfimas de todas, y con ello priva a la Revolución de todo prestigio en el extranjero; pero él, personalmente, debe a esta popularidad de la chusma, además de pingües ingresos, su puesto en el ayuntamiento y un poder cada vez mayor: en sus manos se pone, fatalmente, el destino de María Antonieta.

Un hombre así, puesto como señor y guardián de la familia real, disfruta, como es natural, con toda la satisfacción de un alma mezquina, de la posibilidad de humillar y de tratar con superioridad a una archiduquesa de Austria, a una reina de Francia. En el trato personal, deliberadamente frío y cortés, y siempre atento a mostrar que es el verdadero y legítimo representante de la nueva justicia, Hébert descarga su ira, con insultos groseros, en el «Père Duchesne», por el hecho de que la reina rechace toda conversación con él; era la voz del «Père Duchesne» la que reclamaba sin cesar el «salto del lucio» y el «rasoir national» para el «borracho y su ramera», es decir, contra las mismas personas a las que el señor procurador municipal Hébert visita todas las semanas con la mayor cortesía. Su lengua era sin duda más violenta que su corazón, pero ya en eso residía una humillación innecesaria de los vencidos: nombrar precisamente al más miserable y al más falso de los patriotas como jefe de la prisión. Pues el miedo a Hébert influye, naturalmente, en los soldados de guardia y en los funcionarios. Por temor a que los tengan por poco fiables, tienen que mostrarse más zafios de lo que en el fondo querrían; pero, por otra parte, sus gritos

de odio han ayudado, de forma sorprendente, a los encerrados, porque los honrados e ingenuos artesanos y pequeñoburgueses que Hébert designa para la vigilancia habían leído siempre en su «Père Duchesne» que se trataba del «tirano sanguinario» y de la austríaca lujuriosa y despilfarradora. Ahora, destinados al servicio de guardia, ¿qué ven? A un pequeñoburgués grueso e inofensivo que pasea por el jardín llevando de la mano a su hijito y mide con él cuántas pulgadas y pies cuadrados tiene el patio; lo ven comer y dormir mucho y con gusto, y sentarse con sus libros. Pronto reconocen que ese padre de familia obtuso y bonachón no es capaz de hacer daño a una mosca; en verdad es difícil odiar a semejante tirano, y si Hébert no vigilara con tanto rigor, los soldados de guardia probablemente charlarían, bromearían o jugarían a las cartas con ese señor tan afable como con un compañero salido del pueblo. Mayor distancia impone, desde luego, la reina. María Antonieta no dirige ni una sola vez la palabra a ninguno de los vigilantes durante las comidas, y cuando llega una comisión a preguntarle por sus posibles deseos o quejas, responde invariablemente que no desea ni pide nada. Prefiere soportarlo todo antes que pedir un favor a uno de sus carceleros. Pero precisamente esa dignidad en la desgracia conmueve a esa gente sencilla, y, como siempre, una mujer que sufre visiblemente despierta una compasión particular. Poco a poco los guardianes, que en realidad son compañeros de cautiverio de sus prisioneros, sienten una cierta inclinación hacia la reina y hacia la familia real, y solo esto explica la posibilidad de los distintos intentos de fuga; así, si los soldados de guardia, como se describe en las memorias realistas, se mostraron por fuera rudos y marcadamente republicanos, si de vez en cuando se permitían alguna palabrota o cantaban o silbaban más fuerte de lo necesario, todo eso ocurría en realidad solo para ocultar, bajo la vigilancia, su compasión interior. Mejor que los ideólogos de la Convención comprendió el pueblo sencillo que al caído se le debe respeto en su desgracia, y de los soldados del Temple, supuestamente tan groseros, ha recibido la reina mucho menos odio y fealdad que en su día en los salones de Versalles.

Pero el tiempo no se detiene, y aunque no se lo perciba en ese recinto amurallado, fuera bate sus alas enormes. Desde las fronteras llegan malas noticias: por fin los prusianos, los austríacos se han puesto en movimiento y, al primer choque, han dispersado a las tropas revolucionarias. En la Vendée el campesinado está en rebelión, comienza la guerra civil, el gobierno inglés ha retirado a su embajador, Lafayette, indignado por el radicalismo de la revolución que él mismo había conjurado, abandona el ejército; los víveres escasean, el pueblo se inquieta. La más peligrosa de todas las palabras, traición, salta, con mil lenguas, como después de cada derrota, y turba a toda la ciudad. En esa hora, Danton, el hombre más enérgico y menos escrupuloso de la Revolución, empuña la bandera sangrienta del Terror y toma la terrible decisión de hacer degollar, en tres días y tres noches de septiembre, a todos los sospechosos, sean quienes sean, en las prisiones. Entre esos dos mil cae también la amiga de la reina, la princesa de Lamballe.

De estos horrendos sucesos no sabe nada la familia real en el Temple, pues, incomunicada, vive apartada de las voces vivas, de la palabra impresa. Solo oyen de pronto tocar a rebato, y María Antonieta conoce bien esas aves de bronce de la desgracia. Sabe ya que, cuando sus sonidos aleteantes retumban sobre la ciudad, es que estalla una tormenta, que se acerca volando alguna desgracia. Los encerrados susurran, agitados, en la torre. ¿Estará ya el duque de Brunswick con sus tropas ante las puertas? ¿Habrá estallado una revolución contra la Revolución?

Pero abajo, junto a la entrada cerrada del Temple, deliberan con la mayor agitación los guardias y los funcionarios municipales: ellos saben más. Mensajeros que se han adelantado corriendo han anunciado que se acerca desde los arrabales una muchedumbre inmensa que lleva en una pica, con los cabellos ondeando al viento, la cabeza lívida de la princesa de Lamballe degollada, y arrastra tras de sí su torso desnudo, despedazado, mutilado; no hay duda de que esa banda de asesinos deshumanizada, embriagada de sangre y de vino, quiere darse ahora el último triunfo caníbal: mostrarle a María Antonieta la cabeza pálida de su amiga muerta y el cuerpo desnudo

y profanado con el que, según la convicción general, la reina había practicado durante tanto tiempo la lujuria. Desesperada, la guardia pide a la Comuna refuerzos militares, pues por sí sola no podría resistir a semejantes masas enfurecidas, pero el ladino Pétion, como siempre que la cosa se pone peligrosa, se vuelve invisible; no llega ningún refuerzo, y ya se agita la turba con su terrible botín ante la puerta principal. Para no enfurecer aún más a la multitud y evitar una irrupción que sin duda resultaría mortal para la familia real, el comandante intenta entretener a la horda; deja entrar al cortejo báquico, primero, en el patio exterior del recinto del Temple, y, como un torrente turbio y desbordado, la muchedumbre se derrama espumeante por la puerta.

Dos de los caníbales arrastran el torso desnudo por las piernas, otro sostiene en alto, con la mano, las entrañas ensangrentadas, un tercero alza en una pica la cabeza verdosa, pálida y ensangrentada de la princesa. Con esos trofeos quieren subir a la torre para obligar, según anuncian, a la reina a besar la cabeza de su ramera. La fuerza nada puede lograr contra esos energúmenos; así que uno de los comisarios de la Comuna lo intenta con astucia. Distinguido por la banda oficial de diputado, pide silencio y pronuncia un discurso. Para engatusarlos, elogia primero a la multitud por su hazaña grandiosa y propone, mejor aún, pasear la cabeza por todo París, para que el pueblo entero pueda admirar ese «trofeo» como «monumento eterno de la victoria». Por fortuna la lisonja surte efecto, y entre gritos salvajes se retiran los borrachos, para seguir arrastrando por las calles, hasta el Palais Royal, el cuerpo desnudo y profanado.

Entretanto, los encerrados en la torre se han impacientado. Oyen abajo los gritos confusos de una multitud enfurecida, sin comprender qué quiere ni qué exige. Pero conocen ya ese bramido sombrío por los días del asalto a Versalles y a las Tullerías, y notan cómo los soldados de guardia corren, pálidos y alterados, a sus puestos, para conjurar algún peligro. Inquieto, el rey pregunta a uno de los guardias nacionales. «Bueno, caballero», responde este con brusquedad, «si de verdad quiere saberlo: quieren mostrarle la

cabeza de Madame de Lamballe. Solo puedo aconsejarle que se asome a la ventana, si no quiere que el pueblo suba.»

Al oír estas palabras se escucha un grito sordo: María Antonieta se ha desplomado desvanecida. «Fue el único momento», dice su hija en un relato posterior, «en que su energía la abandonó.»

Tres semanas más tarde, el 21 de septiembre, retumban de nuevo las calles. Otra vez escuchan, inquietos, los prisioneros hacia fuera. Pero esta vez no gruñe la ira del pueblo, esta vez brama su alegría; oyen cómo abajo, con voces deliberadamente altas, los vendedores de periódicos pregonan que la Convención ha decretado la abolición de la monarquía. Al día siguiente se presentan los diputados para comunicar al rey, que ya no es rey, su destitución. Luis el Último —así se le llamará de ahora en adelante, antes de que se le designe con desprecio como Luis Capet— recibe esta noticia con la misma serenidad que el rey Ricardo II de Shakespeare.

¿Qué ha de hacer el rey? ¿Ha de someterse?
El rey lo hará. ¿Ha de ser destronado?
El rey se aviene. ¿Ha de perderse
el nombre de rey? ¡Que se pierda, en nombre de Dios!

A una sombra ya no se le puede quitar luz, a quien hace tiempo que ha perdido todo poder ya no se le puede quitar poder alguno. Ni una palabra de protesta encuentra ese hombre, embotado desde hacía tiempo ante todas las humillaciones, ni tampoco María Antonieta; tal vez incluso se sienten ambos aliviados. Pues a partir de ahora ya no tienen responsabilidad alguna por su propio destino ni por el del Estado, ya no pueden hacer nada mal ni descuidar nada, y no necesitan preocuparse ya de nada más que de ese pequeño trozo de vida que quizá se les deje. Lo mejor ahora es alegrarse con pequeñas cosas humanas: ayudar a la hija en sus labores de costura o al clavecín, corregir al niño las tareas escolares que escribe con su letra grande, tiesa e infantil (aunque ahora siempre tienen que romper deprisa la hoja, cuando el niño escribe todavía en el papel —¿cómo iba a comprender un niño de seis años lo sucedido?— su trabajosamente aprendido «Louis Charles

Dauphin»). Se resuelven acertijos de un nuevo número del «Mercure de France», se baja al jardín y se vuelve a subir, se sigue en la chimenea la marcha de las agujas del viejo reloj, demasiado lento, se ve rizarse el humo sobre los tejados lejanos, se ve cómo las nubes de otoño traen el invierno. Y sobre todo: se intenta olvidar lo que se fue, y se procura pensar en lo que viene y que, inevitablemente, ha de venir.

Ahora, según parece, la revolución habría alcanzado su meta. El rey ha sido depuesto, ha renunciado sin oponer resistencia y vive apaciblemente con su esposa y sus hijos en su torre. Pero toda revolución es una bola que rueda hacia delante. Quien la dirige y quiere seguir dirigiéndola debe, como el equilibrista que camina sobre una bola, correr con ella sin pausa para mantenerse en equilibrio: no existe el detenerse en un desarrollo que fluye. Cada partido lo sabe, y por eso teme quedarse rezagado tras el otro. La derecha teme a los moderados, los moderados a la izquierda, la izquierda a su ala más extrema, los girondinos, los girondinos a su vez a los maratistas, los dirigentes al pueblo, los generales a los soldados, la Convención a la Comuna, la Comuna a las secciones, y es precisamente este miedo contagioso de todos los grupos entre sí lo que empuja su fuerza interior a una carrera tan enfebrecida; el temor de todos a pasar por moderados —solo él— ha llevado a la Revolución Francesa mucho más allá de su meta verdadera y le ha dado a la vez ese impulso torrencial, que se atropella a sí mismo. Su destino es derribar todos los puntos de reposo que se ha fijado, superar sus objetivos en cuanto los alcanza. Al principio la revolución creyó haber cumplido su tarea con la neutralización, luego con la deposición del rey. Pero, depuesto y sin corona, este hombre desdichado e inofensivo sigue siendo un símbolo, y si la propia República arranca de sus tumbas los huesos de reyes muertos hace siglos para volver a quemar lo que ya hace tiempo se convirtió en polvo y ceniza, ¿cómo va a tolerar siquiera la sombra de un rey vivo? Así creen los dirigentes tener que ejecutar también físicamente la muerte política de Luis XVI, para quedar a salvo de toda recaída. Para un republicano radical, el edificio de la República solo puede

sostenerse si está cimentado con sangre real; pronto los demás, los menos radicales, se suman también a esta exigencia por miedo a quedarse atrás en la carrera por el favor popular, y para diciembre se fija el proceso contra Luis Capet.

En el Temple se enteran de esta decisión amenazadora por la repentina aparición de una comisión que exige «todos los objetos cortantes», es decir, cuchillos, tijeras y tenedores: con ello queda señalado como acusado el «détenu», el que hasta entonces solo estaba bajo vigilancia. Además, separan a Luis XVI de su familia. Aunque vive en la misma torre, solo un piso por debajo de los suyos —lo que agrava la crueldad de esta medida—, desde ese día no puede ver ni a su esposa ni a sus hijos. Durante todas estas semanas fatídicas, su propia esposa no puede hablar con su marido ni una sola vez, no puede saber cómo avanza el proceso, cómo se decide. No le permiten leer ningún periódico, no puede preguntar a los defensores de su marido; en una incertidumbre y una agitación terribles, la desdichada debe pasar sola todas esas horas de espantosa tensión. Un piso más abajo, separada de él solo por una pared, oye los pasos pesados de su esposo y no puede verlo, no puede hablarle: un tormento indecible por una medida completamente absurda. Y cuando el 20 de enero un funcionario municipal se presenta ante María Antonieta y le comunica, con la voz algo apagada, que hoy se le permite excepcionalmente bajar con su familia hasta donde está su esposo, comprende de inmediato lo terrible de esa gracia: Luis XVI está condenado a muerte, ella y sus hijos ven al esposo, al padre, por última vez. Por consideración al trágico momento —quien mañana sube al cadalso ya no es peligroso —, los cuatro funcionarios municipales dejan por primera vez solos, en este último encuentro familiar, a la esposa, al esposo, a la hermana y a los hijos en la habitación; solo vigilan la despedida a través de una puerta de cristal.

A esa hora tan solemne, de reencuentro con el rey condenado y a la vez ya de despedida eterna, no ha asistido nadie; todos los relatos impresos son invenciones libres y románticas, y lo mismo esos grabados de sentimentalismo impostado que, en el estilo almibarado

de la época, rebajan lo trágico de una hora así con una ternura llorona. Que esta despedida del padre de sus hijos fuera uno de los instantes más dolorosos en la vida de María Antonieta, ¿cómo dudarlo, y para qué buscar exagerar aún más lo conmovedor? Ya solo esto, ver a un hombre condenado a muerte, sentenciado a morir, aunque fuera el más extraño de los desconocidos, antes de su último trayecto, es un tormento desgarrador para cualquier persona de sensibilidad humana; pero a este hombre, aunque María Antonieta nunca lo amó con pasión y hacía tiempo que había entregado su corazón a otro, con él, sin embargo, ha vivido veinte años, día tras día, le ha dado cuatro hijos; en todo este tiempo agitado nunca lo ha conocido sino bondadoso y entregado a ella. Más íntimamente unidos que nunca en los años luminosos, los dos, que en principio solo la razón de Estado había juntado para toda una vida, se habían acercado humanamente en estas sombrías horas de la torre por el exceso de desdicha sufrida en común. Y además: la reina sabe que pronto tendrá que seguirlo por ese último peldaño. Él solo se le adelanta por un breve plazo.

En esta hora extrema, en esta hora última, lo que había sido la fatalidad del rey durante toda su vida —su total falta de nervios— se convierte en ganancia para el hombre puesto a prueba; su firmeza, tan insoportable en otras ocasiones, le da a Luis XVI en este instante decisivo cierta grandeza moral. No muestra ni miedo ni agitación; los cuatro comisarios en la habitación de al lado no lo oyen ni una sola vez alzar la voz, sollozando: en esta despedida de los suyos, este hombre lastimosamente débil, este rey indigno, demuestra más fuerza y más dignidad que en toda su vida. Tranquilo como cualquier otra noche, el condenado se levanta a las diez y da así a la familia la señal de que lo dejen. Ante su voluntad claramente manifestada, María Antonieta no se atreve a contradecirlo, tanto más cuanto que él, con piadoso engaño, le dice que mañana a las siete volverá a subir a verla.

Luego se hace el silencio. La reina queda sola en la habitación de arriba; llega una noche larga y sin sueño. Por fin amanece, y con el alba despiertan los ruidos espantosos de los preparativos. Oye llegar

una carroza de ruedas pesadas, oye —los escalones arriba, los escalones abajo— pasos y más pasos una y otra vez: ¿es el confesor primero, son los concejales, o es ya el verdugo? A lo lejos redobla el tambor de los regimientos que se despliegan, cada vez hay más luz, se hace de día, cada vez está más cerca la hora que a sus hijos les quitará al padre y a ella misma al compañero honorable, atento y bondadoso de tantos años. Encerrada en su habitación, con los guardianes inflexibles ante la puerta, la mujer puesta a prueba no puede bajar los pocos escalones, no puede oír ni ver nada de cuanto sucede, y por eso quizá lo vive por dentro mil veces más horrible de lo que en realidad ocurre. Luego, un momento, se hace un silencio espantoso en el piso de abajo. El rey ha salido de la casa, la pesada carroza lo lleva rodando hacia el patíbulo. Y una hora después, la guillotina le ha dado a María Antonieta —en otro tiempo archiduquesa de Austria, luego Delfina y por fin reina de Francia— un nombre nuevo: la viuda Capet.

María Antonieta sola

Al golpe seco de la cuchilla le sigue un cierto silencio incómodo. Con la ejecución de Luis XVI, la Convención solo quería trazar una línea divisoria de sangre entre la monarquía y la república. Ninguno de los diputados, la mayoría de los cuales solo con secreto pesar habían empujado bajo la cuchilla a ese hombre débil y bondadoso, piensa por el momento en acusar también a María Antonieta. Sin deliberación, la Comuna concede a la viuda las ropas de luto que ha solicitado, la vigilancia se relaja notablemente, y si de todos modos siguen reteniendo a la Habsburgo y a sus hijos, es porque piensan tener en su persona una valiosa prenda que ha de hacer dócil a Austria.

Pero las cuentas no salen: la Convención francesa sobrestima enormemente el sentimiento familiar de los Habsburgo. El emperador Francisco II, completamente obtuso e incapaz de sentimientos, codicioso y sin ninguna grandeza interior, no piensa en sacar de la arca imperial —donde, junto al Florentino, yacen incontables joyas y objetos preciosos más— ni una sola piedra para rescatar a su parienta de sangre; además, el partido militar austríaco mueve todos los resortes para hacer fracasar las negociaciones. Es cierto que Viena había declarado solemnemente al principio que emprendía esta guerra solo por una idea y en modo alguno por afán de conquistas ni de compensaciones, pero —la Revolución Francesa desmentirá pronto su palabra de igual manera— está en la naturaleza de toda guerra convertirse inevitablemente en guerra de anexión. En todo tiempo, a los generales no les gusta que los

interrumpan mientras hacen la guerra; con demasiada poca frecuencia para su gusto les brindan los pueblos esta buena ocasión, así que cuanto más dure, mejor. De nada sirve que el viejo Mercy, urgido una y otra vez por Fersen, recuerde a la corte de Viena que, al haberle quitado el título de reina de Francia, María Antonieta ha vuelto a ser archiduquesa de Austria y miembro de la familia imperial, y que el emperador tiene por tanto el deber moral de reclamarla. ¡Pero qué insignificante es una mujer prisionera en medio de una guerra mundial, un ser humano vivo en el juego cínico de la política! En todas partes los corazones siguen fríos y las puertas cerradas. Cada uno de los monarcas asegura estar profundamente conmovido; ninguno mueve un dedo. Y María Antonieta podría repetir la frase que Luis XVI dijo a Fersen: «El mundo entero me ha abandonado.»

El mundo entero la ha abandonado, María Antonieta lo siente hasta en su solitaria y cerrada habitación. Pero la voluntad de vivir de esta mujer aún no está quebrada, y de esa voluntad nace la determinación de ayudarse a sí misma. La corona se la pudieron quitar, pero algo ha conservado esta mujer, aunque ya de rostro cansado y envejecido: el extraño poder y la magia de ganarse a las personas de su entorno. Todas las medidas de precaución que Hébert y los demás miembros de la administración municipal han tomado resultan ineficaces frente a la misteriosa fuerza magnética que, para todos esos guardianes y funcionarios pequeñoburgueses, sigue irradiando la cercanía y el aura de una reina de verdad. Ya a las pocas semanas, todos o casi todos los sans-culottes juramentados que debían vigilarla se han convertido, de guardianes, en ayudantes secretos, y pese a las estrictas disposiciones de la Comuna, se rompe el muro invisible que separa a María Antonieta del mundo. Gracias a la ayuda de los guardianes ganados para su causa, se pasan de contrabando sin cesar mensajes y noticias fuera de la casa y dentro de ella, escritos en parte con zumo de limón o con tinta invisible en pequeños papelitos, que luego se transportan escondidos en el corcho de la botella de agua o en el conducto de aire de la estufa. Se inventa un lenguaje de manos y gestos para, a

pesar de los vigilantes comisarios, hacer saber a la reina los sucesos cotidianos de la política y de la guerra; además se acuerda que un pregonero contratado exprofeso anuncie a voz en grito, delante del Temple, las noticias más importantes. Poco a poco se amplía este círculo secreto de colaboradores entre los guardianes. Y ahora que Luis XVI, que con su eterna indecisión paralizaba cualquier acción verdadera, ya no está a su lado, María Antonieta, abandonada por todos, se atreve ella misma, decidida, a intentar su liberación.

El peligro es agua fuerte. Lo que en los estados tibios y mediocres de la vida se mezcla confusamente —el valor y la cobardía de los hombres—, eso se separa en esta prueba. Los desanimados de la vieja sociedad, los egoístas de la nobleza, en cuanto trasladaron al rey a París, huyeron todos como emigrados. Solo se quedaron los verdaderamente fieles, y cada uno de los que no huyeron puede considerarse absolutamente digno de confianza, pues para cualquier antiguo servidor del rey permanecer en París es un peligro mortal. Entre estos valientes se cuenta en primer lugar el antiguo general Jarjayes, cuya esposa había sido dama de honor de María Antonieta. Para poder estar en todo momento al lado de la reina, ha regresado expresamente desde la segura Coblenza y ha hecho saber que está dispuesto a cualquier sacrificio. El 2 de febrero de 1793, catorce días después de la ejecución del rey, se presenta ante Jarjayes un hombre completamente desconocido y le hace la sorprendente propuesta de liberar a María Antonieta del Temple. Jarjayes lanza una mirada desconfiada al desconocido, que tiene el aspecto de un auténtico y cabal sans-culotte. Enseguida sospecha que es un espía. Pero entonces el desconocido le entrega un papelito minúsculo, inconfundiblemente escrito de puño y letra de la reina: «Puede usted tener confianza en el hombre que le habla en mi nombre y le entrega este billete. Conozco sus sentimientos, y en cinco meses no han cambiado.» Es Toulan, uno de los guardianes permanentes del Temple, un caso psicológico singular. El 10 de agosto, cuando se trataba de aplastar la monarquía, había sido uno de los primeros voluntarios en el asalto a las Tullerías; la medalla de honor por esa hazaña adorna con orgullo su pecho. A esta convicción republicana

abiertamente demostrada le debe Toulan que el municipio le confíe, como a alguien especialmente fiable e insobornable, la vigilancia de la reina. Pero de Saulo se hace Pablo; conmovido por la desgracia de la mujer a la que debe vigilar, Toulan se convierte en el amigo más entregado de aquella contra quien había llevado las armas al asalto, y demuestra a la reina tanta abnegación que María Antonieta, en sus mensajes secretos, siempre lo designa con el nombre en clave de «fidèle», «el fiel». De todos los implicados en la conjura de la liberación, este extraño Toulan es el único que arriesga la cabeza no por codicia de dinero, sino por una especie de pasión humana, acaso también por gusto de la aventura temeraria: los valientes siempre aman el peligro, y está enteramente en la lógica de los hechos que los demás, que solo buscaban su propio provecho, supieran salvarse hábilmente en cuanto el asunto se descubrió, mientras que solo Toulan pagó con la vida su temeridad.

Jarjayes confía en el desconocido, pero no confía en él del todo. Al fin y al cabo, una carta puede ser falsificada, toda correspondencia supone un peligro. Así que Jarjayes exige a Toulan que le facilite el modo de introducirse en el Temple para hablarlo todo personalmente con la reina. Eso parece al principio irrealizable: hacer entrar a un desconocido, a un noble, en esa torre tan estrechamente vigilada. Pero entretanto la reina ya ha ganado, mediante promesas de dinero, nuevos ayudantes entre la guardia, y pocos días después Toulan le lleva ya un nuevo papelito: «Ahora que está usted decidido a venir aquí, sería mejor que fuese pronto; pero por Dios, tenga cuidado de que no lo reconozcan, sobre todo la mujer que está encerrada aquí con nosotros.» Esa mujer se llama Tison, y el instinto de la reina, de que es una espía, acierta: por su vigilancia astuta todo acabará fracasando. Pero de momento todo sale bien: Jarjayes es introducido de contrabando en el Temple, y de un modo que recuerda a una comedia policiaca. Cada noche llega, en efecto, un farolero al recinto de la prisión; por orden de los concejales, todo el perímetro debe estar especialmente bien iluminado, pues la oscuridad podría favorecer una fuga. A este farolero, Toulan le ha hecho creer que un amigo suyo quería ver el Temple por diversión,

por lo que debía prestarle su ropa y sus utensilios por una noche. El farolero se ríe y, con el dinero recibido, se va gustoso a beber vino. Así disfrazado, Jarjayes llega sin contratiempos hasta la reina y acuerda con ella un audaz plan de fuga: ella y Madame Isabel, disfrazadas de hombre, con uniformes de concejales y provistas de documentos de identidad robados, debían abandonar la torre como si fueran funcionarios municipales que acabaran de pasar una inspección. Más difícil resulta sacar a los niños. Pero entonces una feliz casualidad quiere que aquel farolero suela llevar consigo en su ronda a sus hijos ya crecidos. Así que se hará que interprete su papel un noble decidido, que conduzca a los dos niños, como si fueran los que solía llevar, vestidos con ropas pobres, tranquilamente a través del control después de encender las luces. Cerca deberán esperar entonces tres coches ligeros: uno para la reina, su hijo y Jarjayes; el segundo para su hija y el segundo conjurado, Lepitre; el tercero para Madame Isabel y Toulan. Con cinco horas de ventaja antes de que se descubra la fuga, esperan escapar de cualquier persecución en esos coches ligeros. A la reina no la asusta lo temerario del plan. Da su conformidad, y Jarjayes se declara dispuesto a ponerse en contacto con el segundo conjurado, Lepitre.

Este segundo conjurado, Lepitre, antiguo maestro de escuela, charlatán, bajo y cojo —la reina misma escribe: «Verá usted al hombre nuevo, su aspecto no juega a su favor, pero es absolutamente necesario, y hay que ganárselo»—, desempeña en esta conjura un papel singular. No lo mueve a participar la humanidad, y menos aún el afán de aventura, sino la gran suma que Jarjayes le promete —desgraciadamente sin tenerla lista, pues, por extraño que parezca, el caballero Jarjayes no tiene ninguna relación con el auténtico hombre del dinero de la contrarrevolución en París, el barón de Batz; sus dos conjuras avanzan casi al mismo tiempo, una junto a la otra, sin tocarse nunca, y ninguno sabe de la otra. Así se pierde tiempo, un tiempo importante, porque primero hay que poner al corriente al antiguo banquero de la reina. Por fin, tras muchas idas y venidas, el dinero está reunido y listo. Pero entretanto a Lepitre, que como miembro del ayuntamiento ya había conseguido

los pasaportes falsos deseados, le ha faltado el valor. Ha corrido el rumor de que las barreras de París van a cerrarse y de que todos los coches serán registrados con el mayor cuidado: al hombre prudente le entra miedo. Quizá también haya notado, por algún indicio, que la espía Tison está al acecho; sea como fuere, se niega a prestar su ayuda, y con ello resulta imposible sacar del Temple a las cuatro personas a la vez. Solo la reina podría ser salvada. Jarjayes y Toulan tratan de convencerla. Pero con verdadera nobleza, María Antonieta rechaza la propuesta de dejarse liberar sola. ¡Antes renunciar que abandonar a sus hijos! Con emoción palpable, expone a Jarjayes esta decisión inquebrantable: «Hemos acariciado un hermoso sueño, eso es todo. Pero ha sido una gran ganancia recibir, con esta ocasión, una nueva prueba de su entrega hacia mí. Mi confianza en usted es ilimitada. Usted encontrará en mí, en cualquier ocasión, carácter y valor, pero el interés de mi hijo es lo único que debe guiarme, y por mucha felicidad que para mí significara salir de aquí, no puedo consentir en separarme de él. Reconozco muy bien su afecto en lo que ayer me dijo, y crea que siento tanto cuánto sirven sus razones a mi propio interés, como que jamás volverá a presentarse una ocasión semejante. Pero nada podría disfrutar si tuviera que dejar aquí a mis hijos.»

Jarjayes ha cumplido su deber caballeresco; ahora ya no puede seguir siendo útil a la reina en París. Pero el fiel puede prestarle todavía un servicio más: gracias a él se presenta la ocasión segura de hacer llegar a los amigos y parientes del extranjero una última señal de amor y de vida. Poco antes de su ejecución, Luis XVI había querido enviar a su familia, por medio de su ayuda de cámara, su sello de anillo y un pequeño mechón de cabello como recuerdo, pero los concejales, que detrás de este regalo de un condenado a muerte seguían sospechando alguna misteriosa señal de conjura, habían confiscado esas reliquias y las habían hecho precintar. Ese precinto lo rompe Toulan, siempre temerario por la reina, que le lleva los recuerdos a María Antonieta. Pero ella siente que junto a ella no estarán ya seguros por mucho tiempo, y como por fin cuenta con un mensajero de confianza, envía el anillo y el cabello a los hermanos

del rey para que los guarden con seguridad. A este propósito escribe al conde de Provenza: «Como cuento con una persona fiel, en quien podemos confiar, aprovecho la ocasión para enviarle a usted, mi hermano y amigo, este legado, que sin duda estará mejor guardado en sus manos. El portador le dirá de qué manera tan maravillosa hemos podido hacernos con este precioso recuerdo. Me reservo comunicarle el nombre de quien nos resulta ahora tan útil. La imposibilidad en que hasta ahora me he encontrado de darle noticias nuestras, y el exceso de nuestra desgracia, nos hacen sentir aún con más fuerza esta cruel separación. ¡Ojalá no dure ya mucho tiempo! Hasta entonces, le abrazo y le quiero, y usted sabe que lo hago de todo corazón.» Una carta parecida dirige al conde de Artois. Pero Jarjayes sigue todavía dudando en abandonar París; el valiente aún espera poder ser útil a María Antonieta con su presencia. Por fin, sin embargo, quedarse se vuelve un peligro sin sentido. Poco antes de partir, recibe por medio de Toulan una última carta de la reina: «Adiós; ya que ahora está usted decidido a partir, creo mejor que sea de inmediato. ¡Dios mío, cómo compadezco a su pobre esposa! Y qué feliz seré cuando podamos estar pronto reunidos. Nunca podré estarle suficientemente agradecida por todo lo que ha hecho por nosotros. ¡Adieu! ¡Qué palabra tan cruel!»

María Antonieta lo presiente, lo sabe: esta es la última vez que puede enviar un mensaje de confianza a la distancia; se le ofrece una única, una última oportunidad. ¿No tiene ya ninguna otra palabra que decir, ninguna otra señal de amor que transmitir, sino a estos dos, el conde de Provenza y el de Artois, a quienes tan poco tiene que agradecer y a quienes solo la sangre destina a ser guardianes de ese legado fraternal? ¿No tiene de verdad ningún saludo para aquel que fue lo más querido en la tierra después de sus hijos, para él, para Fersen, de quien ha dicho que sin noticias suyas «no puede vivir», a quien todavía, desde el círculo infernal de las Tullerías sitiadas, le envió aquel anillo para que se acordara de ella para siempre? ¿Y ahora, en esta última, en esta última de las últimas ocasiones, no debería su corazón elevarse una vez más hacia él? Pues no: las memorias de Goguelat, que publican aquella despedida

de Jarjayes con exactitud documental, junto con las reproducciones de las cartas, no contienen ni una palabra sobre Fersen, ningún saludo; nuestro sentimiento, que aquí esperaba, por una especie de íntima necesidad del alma, un último mensaje, se queda decepcionado.

Y sin embargo, el sentimiento tiene siempre razón al final. En efecto, María Antonieta —¡cómo podría ser de otro modo!— tampoco en su última soledad ha olvidado al amado, y aquel mensaje del deber a los hermanos fue quizá solo un pretexto para encubrir el verdadero, el que Jarjayes cumplió con la mayor fidelidad. Solo que en 1823, cuando aparecieron aquellas memorias, ya había comenzado esa conjura del silencio en torno a Fersen que debía ocultar ante la posteridad la relación íntima. También aquí el pasaje epistolar más importante para nosotros había sido suprimido (como suele ocurrir en el caso de María Antonieta) por editores bizantinos. Solo al cabo de un siglo sale a la luz, y muestra que nunca fue más fuerte el sentimiento apasionado de la reina que en estos instantes previos al hundimiento. Para permanecer sin cesar unida en la sangre al recuerdo consolador del amado, María Antonieta se había hecho fabricar un anillo que, en lugar de las flores de lis reales (un anillo así se lo había enviado a Fersen), llevaba el escudo de armas de Fersen: así como él llevaba en su dedo la divisa de la reina, ella llevaba en el suyo, en aquellos días de lejanía, el escudo del noble sueco; cada mirada a su propia mano debía recordar al ausente a la reina de Francia. Y como ahora se le presenta por fin la posibilidad de enviarle todavía una señal de amor —presiente que la última—, quiere mostrarle que con este anillo conserva también el sentimiento que le ha consagrado. Imprime el escudo con su leyenda en cera caliente y envía la impronta a Fersen por medio de Jarjayes: ya no hace falta ni una palabra, en ese signo está dicho todo. «La impronta que aquí adjunto», escribe a Jarjayes, «tenga la bondad de hacérsela llegar a la persona que ya sabe, la que vino a verme el invierno pasado desde Bruselas. Dígale al interesado que esta divisa nunca fue más válida que ahora.»

Pero ¿qué proclama esa inscripción en el anillo de sello que María Antonieta había hecho fabricar expresamente y que «nunca fue más válida que ahora»? ¿Ese anillo de sello en el que una reina de Francia había hecho grabar el escudo de un pequeño noble sueco y que, único entre sus antiguas joyas de valor incalculable, conserva todavía en la cárcel en su dedo?

Cinco palabras italianas forman la divisa, y dicen, estas palabras que a dos dedos de la muerte son más verdaderas que nunca: «Tutto a te mi guida», «Todo me conduce a ti».

Todo el fervor de la muerte, todo el ardor del «nunca más» brota una vez más, poderoso, de este saludo mudo de una condenada a muerte, antes de que el cuerpo vivo se convierta en polvo, y el ausente sabe que este corazón late de amor por él hasta la última hora. En este saludo de despedida se invoca la idea de la eternidad, se conjura una vez más la imperecedera permanencia del sentimiento en lo perecedero. Se ha dicho la última palabra de esta gran e incomparable tragedia de amor a la sombra de la guillotina: ahora puede caer el telón.

La última soledad

Alivio: lo último está dicho, una vez más ha podido desahogarse libremente el sentimiento. Ahora es más fácil esperar tranquila y serena lo que ha de venir. María Antonieta se ha despedido del mundo. Ya no espera nada, ya no intenta nada. Ya no se puede contar con la corte de Viena, ni con la victoria de las tropas francesas, y en la ciudad sabe que, desde que Jarjayes la abandonó y el fiel Toulan fue apartado por orden de la Comuna, ya no le quedan salvadores. Gracias a la espía Tison, la administración municipal ha vuelto la atención hacia los vigilantes; si antes ya era peligroso intentar una liberación, ahora sería insensato y suicida.

Pero hay naturalezas a las que el peligro atrae misteriosamente, jugadores de va banque de la vida, que solo sienten la plenitud de su fuerza cuando se atreven con lo imposible, y para quienes la aventura temeraria es la única forma de existencia que les es propia. En tiempos medianos, esos hombres no pueden respirar; la vida se les vuelve demasiado aburrida, toda acción demasiado estrecha, demasiado cobarde; necesitan empresas descabelladas para su temeridad, metas salvajes e insensatas, y su pasión más honda es intentar lo absurdo, lo imposible. Un hombre así vive entonces en París: se llama el barón de Batz. Mientras la monarquía se mantuvo en todo su esplendor y honor, este rico noble se mantuvo altivamente en segundo plano; ¿para qué doblar la cerviz por un cargo, por una prebenda? Solo el peligro hace salir al aventurero que lleva dentro. Solo cuando todos dan ya por perdido al rey condenado, se lanza este Don Quijote de la lealtad monárquica,

insensata y heroicamente, a la lucha por salvarlo. Como es lógico, este cabeza loca permanece durante toda la Revolución en el puesto más peligroso de todos: escondido en París bajo docenas de nombres ajenos, combate la Revolución como un solo individuo anónimo. Sacrifica toda su fortuna en incontables empresas, de las cuales la más disparatada hasta entonces ha sido esta: cuando llevaban a Luis XVI a la ejecución, se adelanta de pronto en medio de los ochenta mil hombres armados, blande el sable y grita en voz alta: «¡A mí, quien quiera salvar al rey!» Pero nadie se le une. En toda Francia no hay nadie que posea tanto valor temerario como para intentar arrebatar, a plena luz del día, a una ciudad entera, a todo un ejército, un solo hombre. Y así, antes de que los guardias puedan reponerse de su sorpresa, el barón de Batz vuelve a sumergirse en la multitud. Pero este fracaso no le ha desanimado, y se dispone a superar su propia hazaña poniendo en marcha, apenas ejecutado el rey, un plan fantásticamente audaz para salvar a la reina.

El barón de Batz ha reconocido con mirada experta el punto débil de la Revolución, su germen venenoso más íntimo y secreto, el que Robespierre trata de cauterizar con hierro candente: la corrupción incipiente. Con el poder político, los revolucionarios han obtenido cargos del Estado, y a todo cargo del Estado se pega el dinero, ese corrosivo peligroso que se adhiere a las almas como el óxido al acero. Existencias proletarias, gente humilde que nunca había tenido que ver con grandes sumas, artesanos, escribientes y agitadores hasta entonces sin oficio administran ahora de pronto, sin control alguno, sumas ingentes en la adjudicación de suministros de guerra, en las requisas, en la venta de los bienes de los emigrados, y no son muchos los que poseen la severidad catoniana necesaria para resistir esta tentación desmesurada. Entre la convicción y el negocio se forman oscuras alianzas; tras haberse hecho méritos con la República, algunos de los revolucionarios más furibundos quieren ahora sacar de ella, con la misma furia, su provecho. En ese vivero de corruptos, que se disputan encarnizadamente su presa, el barón de Batz arroja resuelto su anzuelo susurrando una palabra mágica

que hoy nubla los sentidos no menos que entonces, la palabra: un millón. ¡Un millón para todos los que ayuden a sacar a la reina del Temple! Con una suma así se pueden volar hasta los muros de prisión más gruesos, pues el barón de Batz no trabaja, como Jarjayes, con ayudantes subalternos, con faroleros y soldados sueltos; va, audaz y resuelto, a por el todo: no compra a los funcionarios subalternos, sino a los órganos principales del sistema de vigilancia, sobre todo al hombre más importante del municipio, el antiguo vendedor de limonada Michonis, de quien depende la inspección de todas las prisiones, también, por tanto, del Temple. Su segunda ficha en el tablero es el jefe militar de toda la sección, Cortey. Con esto, este realista al que día y noche buscan con orden de captura todas las autoridades y la policía tiene en su mano tanto la autoridad civil como la vigilancia militar del Temple, y puede, mientras en la Convención y en el Comité de Seguridad General se truena en voz alta contra el «infame Batz», ponerse manos a la obra bien protegido.

Pero a esa frialdad de nervios de acero en el cálculo y el soborno, este maestro conspirador, el barón de Batz, une al mismo tiempo un ardiente valor personal. Él, tras quien centenares de espías y agentes corren desesperadamente por todo el país —el Comité de Seguridad General sabe ya que urde plan tras plan para la caída de la República—, se alista como simple soldado en la compañía de guardia del Temple bajo el nombre de Forguet, para reconocer personalmente el terreno. Con el fusil en la mano, con el uniforme sucio y desastrado de un guardia nacional, el aristócrata millonario y mimado hace, como todos los demás soldados, el rudo servicio de cuartel ante las puertas de la reina. No se sabe si logró llegar hasta la propia María Antonieta, y para el plan propiamente dicho tampoco era necesario, pues Michonis, que había de recibir su generosa parte del millón, sin duda había informado él mismo a la reina. Al mismo tiempo, gracias a la connivencia comprada del comandante militar Cortey, se van infiltrando cada vez más cómplices del barón entre la tropa de las compañías de guardia. Así resulta, finalmente, una de las situaciones más asombrosas e inverosímiles de la historia

universal: en un día determinado de 1793, en pleno París revolucionario, todo el recinto del Temple, que ningún extraño puede pisar sin permiso de la administración municipal, y en él María Antonieta, la proscrita y cautiva reina de Francia, está custodiado exclusivamente por enemigos de la República, por un batallón de realistas disfrazados, y su jefe no es otro que el barón de Batz, a quien la Convención y el Comité de Seguridad General persiguen con cien decretos y órdenes de busca y captura: jamás poeta alguno imaginó una situación más disparatada ni más audaz.

Por fin, a Batz le parece llegada la hora del golpe decisivo. Ha llegado la noche que, si la empresa sale bien, podría convertirse en una de las inolvidables y transformadoras del destino en la historia universal, pues en ella el nuevo rey de Francia, Luis XVII, ha de ser sacado para siempre del ámbito de poder de la Revolución. En esa noche, el barón de Batz y el destino se juegan la prosperidad o la ruina de la República. Cae la tarde, oscurece, todo está preparado hasta el más mínimo detalle. En el patio entra marchando el sobornado Cortey con su destacamento, y con él el jefe del complot, el barón de Batz. Cortey distribuye a la tropa de tal modo que precisamente las salidas decisivas quedan exclusivamente en manos de los realistas reclutados por el barón de Batz. Al mismo tiempo, el otro sobornado, Michonis, se ha hecho cargo del servicio en las habitaciones y ya ha provisto de capotes de uniforme a María Antonieta, a Madame Isabel y a la hija de María Antonieta. A medianoche, las tres, con gorros militares calados y el fusil al hombro, deben salir marchando del Temple como una patrulla cualquiera, junto con algunos otros de los falsos guardias nacionales, a las órdenes de Cortey, llevando en medio al pequeño Delfín. Todo parece seguro, el plan funciona hasta el más mínimo detalle. Como Cortey, en su calidad de comandante de la guardia, tiene derecho a hacer abrir en cualquier momento las grandes puertas para sus patrullas, es prácticamente seguro que la tropa dirigida personalmente por él llegará a la calle sin ser molestada. De todo lo demás se ha ocupado el maestro conspirador Batz, que posee bajo nombre falso una casa de campo propia cerca de París, en la que

jamás ha entrado la policía: allí se ocultará primero a la familia real durante algunas semanas, para llevarla luego, a la primera ocasión segura, al otro lado de la frontera. Además hay apostados en la calle unos cuantos jóvenes realistas capaces y decididos, cada uno con dos pistolas en el bolsillo, para detener a los perseguidores en caso de alarma. Por más disparatadamente audaz que parezca, el plan está pensado hasta en el más mínimo detalle y, en realidad, ya está ejecutado.

Son cerca de las once. María Antonieta y los suyos están listos para seguir a sus libertadores en cualquier momento. Abajo oyen a la patrulla marchar de un lado a otro con pasos recios, pero esa vigilancia no les asusta, porque saben que bajo ese uniforme de sans-culotte laten corazones amigos. Michonis solo espera la señal del barón de Batz. De pronto —¿qué ha pasado? se sobresaltan asustados— llaman con fuertes golpes a la puerta de la prisión. Para evitar cualquier sospecha, se deja entrar de inmediato al recién llegado. Es el zapatero Simon, el honrado e incorruptible revolucionario, miembro de la administración municipal, que irrumpe agitado para cerciorarse de que la reina no haya sido ya raptada. Unas horas antes, un gendarme le había entregado una nota según la cual Michonis planeaba una traición para esa noche, y de inmediato había transmitido la importante noticia a los concejales. Estos no creen del todo en una historia tan novelesca; sobre su mesa llueven a diario centenares de denuncias. Y además, ¿cómo va a ser posible? ¿No está el Temple custodiado por doscientos ochenta hombres y controlado por los comisarios más fiables? Pero, en todo caso —¿qué más da?—, encargan a Simon que esa noche, en lugar de Michonis, se haga cargo del control de las estancias interiores del Temple. En cuanto Cortey lo ve llegar, sabe que todo está perdido. Afortunadamente, Simon ni remotamente sospecha en él al cómplice. «Como estás tú aquí, me quedo tranquilo», le dice camaradamente, y sube a la torre, donde está Michonis.

El barón de Batz, que ve fracasar todo su plan por culpa de este único hombre desconfiado, reflexiona un instante: ¿no debería correr tras Simon y, a tiempo, destrozarle el cráneo de un pistoletazo? Pero

eso tendría poco sentido. Pues el disparo haría acudir a todo el resto de la guardia, y además: entre ellos ya tiene que haber, de todos modos, un traidor. Ya no se puede salvar a la reina: cualquier acto de violencia pondría innecesariamente en peligro su vida. Ahora se trata al menos de sacar sanos y salvos del Temple a los que se han deslizado dentro disfrazados. Rápidamente, Cortey, a quien también se le ha puesto la situación muy sofocante, forma una patrulla con los conjurados. Esta marcha, con el barón de Batz entre ellos, tranquilamente desde el patio del Temple hasta la calle: los conjurados están a salvo, la reina queda abandonada a su suerte.

Entretanto, Simon ha increpado colérico a Michonis; este debe rendir cuentas de inmediato ante la administración municipal. Michonis, que ha hecho desaparecer rápidamente los disfraces, permanece impasible. Sin oponer resistencia, sigue a ese hombre peligroso ante el peligroso tribunal. Pero, cosa extraña, allí despachan a Simon con bastante frialdad. Le alaban, es cierto, su patriotismo, su buena voluntad y su vigilancia, pero dan claramente a entender al bueno de Simon que ha visto fantasmas. Al parecer, el municipio no se toma en serio toda esa conspiración.

En realidad —y esto permite echar una mirada profunda a los vericuetos serpenteantes de la política— los concejales se habían tomado muy en serio este intento de fuga, y solo se habían cuidado de no dejar traslucir nada al respecto. Así lo demuestra un acta muy curiosa, en la que el Comité de Salvación Pública instruye expresamente al acusador público, en el proceso de María Antonieta, para que suprima todos los detalles del gran plan frustrado por Simon, en el que intervinieron Batz y sus cómplices. Solo se debía hablar del hecho del intento de fuga, sin mencionar los detalles: el municipio temía que el mundo supiera hasta qué punto la corrupción había envenenado ya a sus mejores hombres, y así, durante años y años, quedó silenciado uno de los episodios más dramáticos e inverosímiles de la historia universal.

Pero si el municipio, consternado por la venalidad de sus funcionarios en apariencia más fiables, no se atreve a procesar

públicamente a los cómplices de la fuga, decide en cambio actuar de ahora en adelante con mano más dura, y hacer imposibles nuevos intentos de esa mujer audaz que, en vez de resignarse, lucha una y otra vez por su libertad con la tozudez de su corazón indomable. En primer lugar, se destituye de su cargo a los comisarios sospechosos, sobre todo a Toulan y a Lepitre, y se vigila a María Antonieta como a una delincuente. A las once de la noche se presenta Hébert, el más despiadado de los concejales, ante María Antonieta y Madame Isabel, que, ajenas a todo, hace tiempo que se han acostado, y hace el uso más minucioso de una orden de la Comuna para registrar «a discreción» las habitaciones y las personas. Hasta las cuatro de la madrugada se registra cada habitación, cada vestido, cada cajón y cada mueble.

Pero el resultado de esta investigación resulta irritantemente escaso: una cartera de cuero rojo con algunas señas sin importancia, un portalápices sin lápiz, un trozo de lacre, dos miniaturas y otros recuerdos, un viejo sombrero de Luis XVI. Los registros se repiten, pero siempre sin resultado incriminatorio. María Antonieta, que durante todo el tiempo de la Revolución, para no comprometer innecesariamente a sus amigos y ayudantes, ha quemado con tesón cualquier documento de inmediato, tampoco esta vez da a los funcionarios investigadores el menor pretexto para una acusación. Irritado por no poder sorprender en ninguna infracción demostrable a esa luchadora tan presente de ánimo, y sin embargo convencido de que no ceja en sus turbios manejos, el municipio decide herir a la mujer allí donde es más vulnerable: en su sentimiento maternal. Esta vez el golpe le da de lleno en el corazón. El 1 de julio, pocos días después del descubrimiento de la conjura, el Comité de Salvación Pública, por encargo del municipio, dicta el decreto de que el joven Delfín, Luis Capet, sea separado de su madre y, sin posibilidad alguna de comunicarse con ella, alojado en la estancia más segura del Temple o, dicho más clara y cruelmente: sea arrebatado a su madre. La elección del preceptor queda reservada al municipio, y este se decide, evidentemente en agradecimiento por su vigilancia, por aquel zapatero Simon, como el

sans-culotte más fiable y probado, al que ni el dinero ni la sensiblería y el sentimentalismo pueden hacer flaquear. Ahora bien, Simon era un hombre sencillo, llano, tosco, salido del pueblo, un proletario auténtico y cabal, en absoluto aquel borracho desastrado y sádico asesino en que lo han convertido las mentiras de los realistas; pero, aun así, ¡qué elección tan aviesa de preceptor! Pues este hombre probablemente no ha leído un libro en su vida; no domina, como demuestra la única carta suya que se conoce, ni remotamente las reglas más elementales de la ortografía: es un sans-culotte honrado, y eso parece bastar en 1793 como cualificación suficiente para cualquier cargo. En una curva pronunciada se ha ido inclinando hacia abajo la línea espiritual de la Revolución desde los seis meses en que todavía se pensaba, en la Asamblea Nacional, en Condorcet, el gran y distinguido escritor, autor del «Progrès de l'esprit humain», como preceptor del heredero del trono de Francia. Terrible es esta diferencia frente al zapatero Simon. Pero de las tres palabras «libertad, igualdad, fraternidad», el concepto de libertad, desde el Comité de Vigilancia, y el de fraternidad, desde la guillotina, han sufrido casi tanta devaluación como los asignados; solo la idea de igualdad, o más bien de nivelación forzosa, domina la última fase, la radical y violenta, de la Revolución. Con ello se da a conocer conscientemente el propósito de que el joven Delfín no sea educado como un hombre instruido, ni siquiera como un hombre culto, sino que permanezca espiritualmente en la clase más baja e inculta del pueblo. Debe desaprender y olvidar por completo de dónde viene, y con ello facilitar a los demás el olvidarlo.

De esta decisión de la Convención de arrancar al niño de su cuidado materno, María Antonieta no sospecha lo más mínimo cuando, a las nueve y media de la noche, seis delegados municipales llaman a las puertas del Temple. El método de las sorpresas crueles y repentinas forma parte del sistema de castigo de Hébert. Sus inspecciones se producen siempre como asaltos súbitos, entrada la noche y sin previo aviso. El niño hace ya rato que está acostado; la reina y Madame Isabel siguen despiertas. Entran los funcionarios municipales; con recelo se levanta la reina: ninguna de esas visitas

nocturnas le ha traído hasta ahora otra cosa que humillación o malas noticias. Esta vez, los propios funcionarios municipales parecen algo turbados. Es un deber penoso para ellos, la mayoría padres de familia también, comunicar a una madre que el Comité de Salvación Pública ha ordenado que entregue de inmediato, sin ningún motivo aparente y sin poder despedirse de él como es debido, a su único hijo, para siempre, al cuidado de manos extrañas.

Sobre las escenas que tuvieron lugar aquella noche entre la madre desesperada y los funcionarios municipales no tenemos otro relato que el sumamente poco fiable de la única testigo presencial, la hija de María Antonieta. ¿Es verdad que, tal como lo describe la que después sería duquesa de Angulema, María Antonieta suplicó entre lágrimas a esos funcionarios, que al fin y al cabo no hacían sino cumplir con su misión oficial, que le dejaran al niño? ¿Que les gritó que la mataran antes a ella que arrancarle a su hijo? ¿Que los funcionarios (suena inverosímil, pues para ello no tenían orden alguna) amenazaron con matar al niño y a la pequeña princesa si se prolongaba la negativa, y que finalmente, tras horas de lucha cuerpo a cuerpo, se llevaron a rastras, con brutal violencia, al niño que gritaba y sollozaba? El informe oficial nada sabe de esto; por su parte, los funcionarios, dados a embellecer las cosas, comunican: «La separación se produjo con todas las manifestaciones de sentimiento que cabía esperar de un momento así. Los representantes del pueblo han mostrado todas las consideraciones que podían conciliarse con el rigor de su deber.» Aquí, pues, un relato se opone a otro relato, un bando a otro bando, y donde habla el interés de partido, rara vez habla la verdad. Pero una cosa no admite duda: esta separación violenta e innecesariamente cruel de su hijo fue quizá el momento más duro en la vida de María Antonieta. A este niño rubio, vivaracho y precoz se había aferrado la madre de un modo especial; este muchacho, en quien quería formar a un rey, era el único que, con su charla animada y su curiosidad preguntona, le hacía todavía soportables las horas en la torre solitaria. Sin duda había estado más cerca de su corazón que la hija, un carácter huraño, sombrío y poco afable, mentalmente perezosa e

insignificante en todos los aspectos, que no ofrecía tanto cauce a la ternura eternamente viva de María Antonieta como este niño hermoso, delicado y extrañamente despierto, al que ahora, de un modo tan insensata como brutalmente aviesa, le arrebatan para siempre. Pues aunque al Delfín se le permite seguir habitando el recinto del Temple, a solo unos metros de la torre de María Antonieta, un formalismo inexcusable del municipio no permite a la madre cambiar con su hijo ni una sola palabra; incluso cuando se entera de que está enfermo, se le prohíbe visitarlo: como si fuera una apestada, se la mantiene alejada de todo encuentro. Incluso —otra crueldad más, tan absurda— se le prohíbe hablar con su singular preceptor, el zapatero Simon; se le niega toda información sobre su hijo; muda e impotente, la madre ha de saber a su hijo cerca, respirando el mismo aire, sin poder saludarlo, sin poder tener con él más contacto que el del sentimiento interior, que ningún decreto puede prohibir.

Por fin —¡pequeño e insuficiente consuelo!— María Antonieta descubre que, por una única y diminuta ventana de la escalera de la torre, se puede espiar desde el tercer piso hacia aquella parte del patio en la que el Delfín juega a veces. Y allí se queda ahora, horas enteras y en incontables ocasiones en vano, la mujer probada por el sufrimiento que una vez fue reina de todo el reino, esperando poder descubrir, a hurtadillas (los guardias son indulgentes), en el patio de su prisión, siquiera fugazmente, el contorno de la amada sombra clara. El niño, que no sospecha que desde una lucera enrejada, con la mirada a menudo empañada de lágrimas, su madre sigue cada uno de sus movimientos, juega alegre y despreocupado (¿qué sabe un niño de nueve años de su destino?). El muchacho se ha adaptado rápido, demasiado rápido, al nuevo entorno; ha olvidado, en su alegre discurrir, de quién es hijo, de qué sangre y de qué nombre. Canta valiente y a voz en grito, sin sospechar su sentido, la «Carmagnole» y el «Ça ira», que Simon y sus compañeros le han enseñado; lleva el gorro rojo de los sans-culottes y le parece divertido, bromea con los soldados que vigilan a su madre; no solo por el muro de piedra, sino por todo un mundo, este niño está ya

interiormente separado de ella. Y sin embargo, el corazón de la madre late una y otra vez fuerte y luminoso cuando ve a su hijo, al que ya solo puede abrazar con la mirada y no con los brazos, jugar tan feliz y despreocupado, pues ¿qué será del pobre niño? ¿Acaso no ha escrito ya Hébert, en cuyas miserables manos la Convención la entrega sin compasión, en su libelo infame, el «Père Duchesne», estas amenazadoras palabras: «Pobre nación, este mocoso te será fatal tarde o temprano; cuanto más gracioso es ahora, más peligroso es. A esta serpientecilla y a su hermana habría que abandonarlas en una isla desierta; hay que deshacerse de él a toda costa. Además, ¿qué importa un niño cuando está en juego el bien de la República?»

¿Qué importa un niño? Para Hébert, no mucho; la madre lo sabe. Por eso se estremece cada día en que no logra divisar en el patio a su pequeño querido. Por eso también tiembla siempre de indefensa rabia cuando entra a verla ese enemigo de su corazón, por cuyo consejo le fue arrebatado el niño, y que con ello ha cometido el crimen más despreciable dentro del mundo moral: la crueldad innecesaria con una vencida. Que la Revolución haya puesto a la reina precisamente en manos de Hébert, su Tersites particular, es una página sombría de su historia que es mejor pasar por alto. Pues hasta la idea más pura se vuelve baja y mezquina en cuanto da poder a hombres pequeños para cometer, en su nombre, inhumanidades.

Largas son ahora las horas, y más oscuras parecen las estancias enrejadas de la torre desde que la risa del niño ya no las ilumina. Ningún ruido, ninguna noticia llega ya de fuera; los últimos ayudantes han desaparecido, los amigos están lejos, inalcanzables. Tres mujeres solitarias permanecen juntas, día tras día: María Antonieta, su pequeña hija y Madame Isabel; hace tiempo que no tienen ya nada que contarse, han olvidado esperar, y quizá también, ya, temer. Aunque es primavera y ya casi verano, apenas bajan al pequeño jardín; un gran cansancio les entorpece los miembros. Algo se apaga también, en estas semanas de prueba extrema, en el rostro de la reina. Si se contempla ese último retrato de María

Antonieta que algún pintor desconocido hizo aquel verano, apenas se reconocería en él a la antigua reina de los juegos pastoriles, a la diosa del rococó, ni tampoco a la mujer majestuosa que luchaba orgullosa y erguida, la que María Antonieta había sido todavía en las Tullerías. La mujer de ese cuadro torpe, con el velo de viuda sobre el cabello encanecido, es ya, a pesar de sus treinta y ocho años —ha sufrido demasiado—, una mujer vieja. El brillo y la vivacidad de aquellos ojos antaño tan vivaces se han apagado; con las manos caídas lánguidamente, sentada en un gran cansancio, está dispuesta a seguir cualquier llamada, aunque sea la del final, dócil y sin resistencia. La antigua gracia de su rostro ha cedido el paso a una tristeza serena, la inquietud a una gran indiferencia. Visto de lejos, se tomaría este último retrato de María Antonieta por el de una priora, una abadesa, una mujer que ya no tiene pensamientos terrenales, que ya no tiene deseos que pedirle al mundo, que ya no vive esta vida, sino otra. Ya no se percibe en él belleza, ni valor, ni fuerza: nada salvo una gran indiferencia, silenciosa y resignada. La reina ha abdicado, la mujer ha renunciado; solo una matrona cansada y mustia alza una mirada azul y clara a la que ya nada puede asombrar ni asustar.

Tampoco se asusta María Antonieta cuando, pocos días después, a las dos de la madrugada, un fuerte golpe vuelve a resonar en su puerta. Después de haberle quitado al esposo, al hijo, al amante, la corona, el honor, la libertad, ¿qué más puede hacerle todavía el mundo? Se levanta tranquila, se viste y deja entrar a los comisarios. Le leen el decreto de la Convención, que exige que la viuda Capet, por haberse presentado acusación contra ella, sea trasladada a la Conciergerie. María Antonieta escucha tranquila y no responde. Sabe que una acusación del Tribunal Revolucionario equivale a una condena, y la Conciergerie, a la casa de los muertos. Pero no suplica, no discute, no pide aplazamiento. Ni una palabra responde a esos hombres que, como asesinos, la asaltan en plena noche con semejante mensaje. Impasible, deja que registren sus ropas y que le quiten todo lo que lleva encima. Solo puede conservar un pañuelo y un frasquito de tónico para el corazón. Después tiene que despedirse

una vez más —¡cuántas veces lo ha hecho ya!—, esta vez de su cuñada y de su hija. Sabe que es la última. Pero el mundo ya la ha acostumbrado a despedirse.

Sin volverse, erguida y firme, María Antonieta se dirige a la puerta de la estancia y baja muy deprisa la escalera. Rechaza toda ayuda; fue superfluo dejarle el frasquito de esencias fuertes por si le fallaban las fuerzas: ya se ha vuelto fuerte por sí misma, desde dentro. Lo más duro hace tiempo que lo ha soportado: nada puede ser ya peor que la vida de estos últimos meses. Ahora llega lo más fácil: morir. Casi se precipita a su encuentro. Se aleja tan aprisa de esa torre de recuerdos terribles que —quizá le nublan las lágrimas los ojos— olvida agacharse en la baja puerta de salida y se golpea con fuerza la frente contra el duro travesaño. Los acompañantes acuden preocupados y le preguntan si se ha hecho daño. «No», responde ella tranquila, «ahora ya nada puede hacerme daño».

La Conciergerie

También esta noche despiertan a otra mujer, Madame Richard, la esposa del conserje de la Conciergerie. Ya entrada la noche le llega de pronto la orden de preparar una celda para María Antonieta; tras duques, príncipes, condes, obispos, ciudadanos, tras víctimas de todos los estamentos, ahora también la reina de Francia debe entrar en la casa de la muerte. Madame Richard se sobresalta. Porque para una mujer del pueblo la palabra «reina» resuena todavía en el corazón, como el tañido de una campana poderosa, con reverencia. ¡Una reina, la reina bajo su techo! Madame Richard busca enseguida en su ropa de cama el lino más fino y más blanco; el general Custine, el conquistador de Maguncia, sobre quien pende asimismo el hacha, tiene que abandonar la celda enrejada que sirvió hace incontables años como sala del consejo; a toda prisa se dispone la lúgubre estancia para la reina. Una cama de hierro plegable, dos colchones, dos sillas de paja, una almohada, una manta ligera, y además un jarro de agua y, contra la pared húmeda, una vieja alfombra: más no se atreve ella a darle a la reina. Y luego todos esperan en aquella casa vetusta, de piedra, medio subterránea.

A las tres de la madrugada llegan traqueteando varios coches. Primero entran gendarmes con antorchas en el oscuro corredor, luego aparece —el hábil personaje ha logrado salir a salvo del asunto Batz y ha conservado su cargo de inspector general de las prisiones— el limonadero Michonis, y tras él, a la luz vacilante, la reina, seguida de su perrito, el único ser vivo al que se le permite acompañarla hasta el calabozo. Dado lo avanzado de la hora, y

porque sería una comedia fingir que en la Conciergerie no se sabe quién es María Antonieta, la reina de Francia, se le ahorra la formalidad habitual del ingreso en la cancillería y se le permite retirarse enseguida a descansar a su celda. La criada de la conserje, una joven pobre venida del campo, Rosalie Lamorlière, que no sabe escribir y a quien, sin embargo, debemos los relatos más veraces y conmovedores sobre los últimos setenta y siete días de la reina, se acerca sigilosa, del todo conmovida, tras la mujer pálida vestida de negro, y se ofrece a ayudarla a desvestirse. «Te lo agradezco, hija mía» —responde la reina—; «desde que ya no tengo a nadie, me sirvo yo misma». Primero cuelga aún su reloj de un clavo en la pared, para poder medir el tiempo, ese tiempo breve que le queda asignado y, sin embargo, infinito. Luego se desviste y se acuesta. Entra un gendarme con el fusil cargado, y la puerta se cierra. Ha comenzado el último acto de la gran tragedia.

La Conciergerie es, se sabe en París y en el mundo entero, la prisión escogida para los más peligrosos entre los delincuentes políticos; la inscripción de un nombre en su registro de ingreso puede considerarse tranquilamente como partida de defunción. De Saint-Lazare, de los Carmes, de la Abbaye, de todas las demás cárceles se vuelve todavía una vez al mundo; de la Conciergerie, nunca, o solo en casos por completo excepcionales. María Antonieta y la opinión pública deben (y así conviene) creer, pues, que el traslado a la casa de la muerte es ya el primer golpe de arco para la danza macabra. En realidad, la Convención no piensa en absoluto en hacerle el proceso tan precipitadamente a la reina, esa preciosa rehén. Este desafiante traslado a la Conciergerie no pretende ser más que un latigazo para las negociaciones de canje con Austria, que se arrastran perezosas, un gesto amenazador de «daos prisa», un instrumento de presión política; pero de hecho se deja dormir tranquilamente la acusación que tan a voces se pregonó en la Convención. Todavía tres semanas después de aquel grandilocuente traslado a la «antesala de la muerte» —que, como es lógico, se responde en todos los periódicos extranjeros (y eso era precisamente lo que quería el Comité de Salvación Pública) con un

grito de espanto—, al acusador público del Tribunal Revolucionario, Fouquier-Tinville, no se le ha entregado todavía ni una sola pieza del sumario, y tras aquel gran toque de trompeta ya no se vuelve a hablar de María Antonieta en ningún debate público, ni de la Convención ni de la Comuna. En su Père Duchesne, es cierto, Hébert, el sucio chucho de la revolución, ladra de vez en cuando que la «puta» (grue) debería por fin «probarse la corbata de Sanson» y que el verdugo debería «jugar a los bolos con la cabeza de la loba». Pero el Comité de Salvación Pública, que piensa más allá, le deja preguntar tranquilamente por qué se hacen «tantos remilgos para condenar a la tigresa austríaca, y se buscan pruebas para su condena, cuando, si se quisiera ser justos con ella, habría que hacerla picadillo por toda la sangre que tiene sobre la conciencia» —, toda esta cháchara y este griterío soez no influyen ni un ápice en los planes secretos del Comité de Salvación Pública, que solo tiene los ojos puestos en el mapa de la guerra. Quién sabe para qué puede servir todavía esta hija de los Habsburgo, tal vez incluso muy pronto, pues las jornadas de julio han resultado funestas para el ejército francés. En cualquier momento pueden marchar sobre París las tropas aliadas; ¡para qué malgastar inútilmente una sangre tan preciosa! Se deja, pues, que Hébert grite y se desate tranquilamente, porque eso refuerza la apariencia de que se planea su pronta ejecución: en realidad, la Convención mantiene su destino en suspenso. A María Antonieta no se la pone en libertad, pero tampoco se la condena. Solo se sostiene, muy visiblemente, la espada sobre su cabeza, y de vez en cuando se muestra su filo reluciente, porque se espera asustar a la casa de Habsburgo y hacerla por fin, por fin, dócil para las negociaciones.

Pero, fatalmente, la noticia del traslado de María Antonieta a la Conciergerie no asusta lo más mínimo a sus parientes de sangre: para Kaunitz, María Antonieta solo contaba como activo de la política de los Habsburgo mientras fue soberana de Francia; una reina depuesta, una mujer desdichada y privada, resulta del todo indiferente a ministros, generales, emperadores; la diplomacia no conoce sentimentalismos. A uno solo, a un hombre por completo

impotente, le llega la noticia como fuego al corazón: a Fersen. Desesperado, escribe a su hermana: «Mi querida Sofía, mi única y sola amiga, sin duda ya sabes en este momento la terrible desgracia del traslado de la reina a la cárcel de la Conciergerie y el decreto de esa infame Convención que la entrega al Tribunal Revolucionario. Desde ese instante ya no vivo, pues no es vivir existir como yo existo, y sufrir todos los dolores que siento. Si al menos pudiera hacer algo por su liberación, creo que sufriría menos. Pero no poder hacer nada más que ir suplicando de un lado a otro me resulta terrible. Solo tú puedes comprender lo que sufro; todo está perdido para mí, mi pesar será eterno, y solo la muerte hará que lo olvide. No puedo ocuparme de nada, no puedo pensar en otra cosa que en la desgracia de esta digna princesa tan duramente probada. Ni siquiera tengo fuerzas para expresar lo que siento. Daría mi vida por salvarla, y sin embargo no puedo; mi mayor dicha sería morir por ella, para salvarla». Y pocos días después: «A menudo me reprocho el aire que respiro cuando pienso que ella está encerrada en una cárcel espantosa. Este pensamiento me desgarra el corazón, envenena mi vida, y me veo sin cesar desgarrado entre el dolor y la ira». Pero ¿qué significa este pequeño e insignificante señor de Fersen para un todopoderoso estado mayor, qué para la sabia y elevada gran política? ¿Qué otra cosa puede hacer sino descargar una y otra vez, en súplicas inútiles, su cólera, su amargura, su desesperación, todo el fuego infernal que se enfurece dentro de él y le abrasa el alma, recorrer las antesalas y conjurar uno tras otro a los militares, a los estadistas, a los príncipes, a los emigrados, para que no consientan tan vergonzosa y fríamente que se humille y se asesine a una reina de Francia, a una princesa de la casa de Habsburgo? Pero en todas partes se topa con una evasiva indiferencia cortés; hasta al fiel Eckart de María Antonieta, el conde de Mercy, lo encuentra «helado» («de glace»). Mercy rechaza toda intervención de Fersen con respeto, pero con firmeza, y deja desdichadamente que, precisamente en esta ocasión, se manifieste su rencor personal: Mercy nunca perdonó a Fersen que estuviera más cerca de la reina de lo que las costumbres permitían, y

precisamente del amante de la reina —el único que la ama a ella y a su vida— no quiere dejarse imponer normas.

Pero Fersen no ceja. Este frío glacial de todos los hombres, que contrasta tan terriblemente con su propio ardor, lo lleva al frenesí. Como Mercy le falla, se dirige al otro fiel amigo de la familia real, el conde de La Marck, que en su día llevó las negociaciones con Mirabeau. Aquí encuentra una comprensión más humana. El conde de La Marck acude a ver a Mercy y le recuerda al anciano la promesa que hizo hace un cuarto de siglo a María Teresa: proteger a su hija hasta el último instante. En su propia mesa redactan una enérgica carta al príncipe de Coburgo, comandante en jefe de las tropas austríacas: «Mientras la reina no estuviera directamente amenazada, se podía guardar silencio por temor a despertar la furia de los salvajes que la rodean. Hoy, que se la entrega a un tribunal de sangre, cualquier medida para salvarla les parecerá a ustedes un deber». Mercy exige, azuzado por de La Marck, un avance rápido e inmediato sobre París para sembrar allí el terror; cualquier otra operación militar debe quedar subordinada a esta, la más urgente de todas. «Permítame», advierte Mercy, «hablarle del pesar que todos habríamos de sentir algún día por haber permanecido inactivos en un momento así. La posteridad no creerá que un crimen tan grande pudiera cometerse a pocas horas de los ejércitos victoriosos sin que estos hicieran el menor intento de impedirlo».

Este llamamiento a salvar a tiempo a María Antonieta va dirigido, por desgracia, a un hombre pusilánime y, sobre todo, terriblemente necio, a un cerebro de cuartel yermo. La respuesta del comandante en jefe, el príncipe de Coburgo, resulta acorde con ello. Como si en 1793 se viviera todavía en tiempos del Martillo de las Brujas y la Inquisición, este príncipe, conocido por su «nullité», propone que, «en caso de que se ejerza la menor violencia contra la persona de Su Majestad la reina, se haga romper vivos de inmediato en la rueda a los cuatro miembros de la Convención recientemente detenidos». Mercy y de La Marck, ambos nobles distinguidos y cultos, se quedan sinceramente espantados ante semejante necedad y comprenden que negociar con un zopenco así carece de sentido; por eso de La

Marck conjura a Mercy para que escriba sin demora a la corte de Viena: «Envíe de inmediato a otro correo, procure que allí se reconozca todo el peligro, exprese las mayores inquietudes, que por desgracia están más que justificadas. Es preciso que en Viena se comprenda por fin lo penoso, más aún, me atrevo a decir lo funesto que sería para el gobierno imperial que la historia pudiera decir algún día: a cuarenta leguas de la poderosa y victoriosa Austria, la excelsa hija de María Teresa acabó en el cadalso sin que se hiciera intento alguno por salvarla. Sería una mancha imborrable en el escudo de nuestro emperador». Y para avivar aún más el fuego en aquel anciano señor de movimientos tan pesados, añade además una advertencia personal para Mercy: «Permítame la observación de que el juicio humano, siempre injusto, no valoraría correctamente su verdadero sentimiento, que todos sus amigos respetan, si en las presentes y lamentables circunstancias no se esforzara usted, desde el principio y con renovado empeño, en sacudir a nuestra corte del funesto embotamiento en que se encuentra».

Removido por esta advertencia, el anciano Mercy se pone por fin enérgicamente en movimiento y escribe a Viena: «Me pregunto si es compatible con la dignidad del emperador y con sus intereses que permanezca como mero espectador del destino que amenaza a su augusta tía, sin intentar sustraerla a ese destino o incluso arrancarla de él... ¿No tiene el emperador, en tales circunstancias, deberes particulares que cumplir?... No hay que olvidar que la actitud de nuestro gobierno será juzgada algún día por la posteridad; ¿y no hay que temer el rigor de ese juicio si Su Majestad el emperador no ha hecho ni intentos ni sacrificios para salvarla?»

Esta carta, bastante audaz para tratarse de un embajador, se archiva fríamente en algún legajo de la cancillería de la corte, donde se la deja acumular polvo sin respuesta. El emperador Francisco II no piensa en absoluto en mover un dedo; tranquilo, se pasea por Schönbrunn; tranquilo, Coburgo aguarda en su cuartel de invierno y hace que sus soldados practiquen ejercicios hasta que desertan más de los que él habría perdido en la más sangrienta de las batallas. Todos los monarcas permanecen tranquilos, indiferentes y

despreocupados. ¡Pues qué importa en la vetusta casa de Habsburgo un poco más o un poco menos de honor! Nadie mueve un dedo por salvar a María Antonieta, y Mercy, en un arrebato repentino de ira, dice con amargura: «No la habrían salvado ni aunque la hubieran visto con sus propios ojos subir a la guillotina».

No hay que contar con Coburgo, ni con Austria, ni con los príncipes, ni con los emigrados y los parientes; así que Mercy y Fersen intentan por su cuenta el último recurso: el soborno. A través del maestro de baile Noverre, a través de un oscuro hombre de finanzas, se envía dinero a París: nadie sabe en qué manos se filtra. Primero se intenta llegar hasta Danton, a quien —Robespierre lo ha olfateado con acierto— se tiene generalmente por accesible; curiosamente también se abren caminos hacia Hébert, y aunque, como suele ocurrir con los sobornos, falte la prueba, resulta asombroso que, de repente, este gran vociferador, que desde hace meses se agita como un epiléptico gritando que la «grue» debería por fin «dar el salto del lucio», exija ahora, de pronto, que se la devuelva al Temple. ¿Hasta qué punto tuvieron éxito estas negociaciones tenebrosas, o lo habrían tenido? ¿Quién puede decirlo? En todo caso, las balas de oro se dispararon demasiado tarde. Pues mientras estos hábiles amigos intentan salvarla, alguien demasiado torpe ya ha empujado a María Antonieta al abismo: como siempre en su vida, sus amigos han resultado más funestos para ella que sus enemigos.

El último intento

La Conciergerie, esta «antesala de la muerte», tiene entre todas las cárceles de la Revolución las normas más severas. Edificio vetusto, de piedra, de muros impenetrables y puertas guarnecidas de hierro gruesas como un puño, con cada ventana enrejada, cada pasillo protegido por una cancela, rodeada por compañías enteras de guardia, bien podría llevar grabada en sus sillares la sentencia de Dante: «Perded toda esperanza...». Un sistema de vigilancia probado desde hace siglos, y desde las entregas masivas del Terror reforzado siete veces, hace imposible cualquier comunicación con el mundo exterior. No puede hacerse llegar ninguna carta, no puede recibirse ninguna visita, porque aquí el personal de vigilancia no se recluta entre carceleros aficionados como en el Temple, sino entre profesionales de la prisión, curtidos contra toda artimaña; además, por precaución, se mezclan entre los acusados los llamados «moutons», soplones profesionales, que denunciarían de antemano a las autoridades cualquier intento de fuga. Allí donde un sistema ha tenido años y decenios para ponerse a prueba, resistirse parece, para un solo individuo, cosa perdida de antemano. Pero, misterioso consuelo frente a toda violencia colectivista: el hombre solo, cuando es inquebrantable y resuelto, acaba casi siempre mostrándose más fuerte que cualquier sistema. Siempre, mientras su voluntad permanezca intacta, lo humano deshará la orden de papel; así también en el caso de María Antonieta. Ya a los pocos días, también en la Conciergerie, gracias a esa extraña magia que irradia en parte de su nombre y en parte de la fuerza personal y soberana de su porte, ha convertido en amigos, en ayudantes, en servidores a todos

aquellos que debían vigilarla. La mujer del conserje no tendría, por obligación, otra tarea que barrer la habitación y proveer de comida basta. Pero cocina para la reina, con conmovedor esmero, los platos más exquisitos; se ofrece a peinarla; hace traer expresamente cada día, desde otro barrio de la ciudad, una botella de esa agua potable que María Antonieta prefiere. La criada de la conserje, a su vez, aprovecha cada instante para deslizarse rápidamente hasta la prisionera y preguntarle si puede servirla en algo. ¿Y los severos gendarmes, de barbas retorcidas en las puntas, de anchos sables entrechocantes, de fusiles siempre cargados, ellos, que en realidad deberían prohibir todo esto, qué hacen? Traen —así lo atestigua el acta de un interrogatorio— por propia voluntad, cada día, flores frescas a la reina, compradas en el mercado con su propio dinero, para su desolada habitación. Precisamente en el pueblo bajo, que vive más cerca de la desgracia que la burguesía, habita una conmovedora fuerza de compasión hacia aquella princesa tan odiada en sus días de fortuna. Cuando, cerca de la Conciergerie, las verduleras del mercado se enteran por Madame Richard de que el pollo o las verduras están destinados a la reina, escogen con esmero lo mejor, y Fouquier-Tinville, con enojoso asombro, tiene que constatar en el proceso que la reina gozó en la Conciergerie de considerablemente más comodidades que en el Temple. Precisamente allí donde la muerte reina con mayor crueldad, se acrecienta, como resistencia inconsciente, la humanidad en los hombres.

Que incluso tratándose de una prisionera de Estado tan importante como María Antonieta la vigilancia se llevara con tanta laxitud resulta, al principio, sorprendente, si se consideran sus anteriores intentos de fuga. Pero se comprenden muchas cosas en cuanto se recuerda que el inspector supremo de esta cárcel no es otro que el limonadero Michonis, que ya había tenido su mano metida, ayudando, en la conjura del Temple. También a través de los gruesos sillares de la Conciergerie brilla y tienta el fuego fatuo del millón del barón de Batz, y Michonis sigue todavía jugando su audaz doble papel. Cada día se presenta, cumplidor y severo, en la

habitación de la reina, sacude los barrotes de hierro, comprueba las puertas y comunica con meticuloso cuidado estas visitas a la Comuna, que se felicita de haber nombrado inspector, guardián, a un republicano tan de fiar. En realidad, Michonis espera siempre a que los gendarmes hayan salido de la habitación para charlar con la reina de manera casi amistosa, para llevarle las ansiadas noticias de sus hijos desde el Temple; de vez en cuando incluso cuela, ya sea por codicia o por bondad, a algún curioso cuando le toca hacer inspección en la Conciergerie: una vez a un inglés o una inglesa, quizá aquella excéntrica Mrs. Atkins; una vez a un sacerdote refractario que, según se dice, tomó a la reina la última confesión; una vez a aquel pintor al que debemos el cuadro del Musée Carnavalet. Y, por último, y fatídicamente, también al audaz insensato que, con su excesivo celo, echa por tierra de un solo golpe todas estas libertades y favores.

Esta infame «affaire de l'œillet», esta conjura del clavel, que más tarde Alejandro Dumas convirtió en una gran novela, es una historia oscura; desentrañarla del todo probablemente ya nunca se logrará, porque lo que refieren las actas judiciales resulta insuficiente, y lo que cuenta su propio protagonista huele sospechosamente a fanfarronada. Si se creyera al municipio y a Michonis, inspector supremo de las prisiones, todo el incidente habría sido un episodio del todo intrascendente. Según él, una vez, en una cena con amigos, habló de la reina, a quien estaba obligado a visitar a diario en la prisión. Entonces aquel caballero desconocido, cuyo nombre dice no saber, se mostró muy curioso y preguntó si no podría acompañarlo alguna vez. De buen humor, no indagó más y llevó una vez a aquel señor en su ronda de inspección, por supuesto con la obligación de no dirigir una sola palabra a la reina.

Pero ¿es Michonis, el confidente del barón de Batz, realmente tan ingenuo como se pinta? ¿De verdad no se tomó la molestia de preguntar quién era ese caballero desconocido al que iba a colar en la celda de la reina? De haberlo hecho, habría sabido que aquel hombre era buen conocido de María Antonieta, el caballero de Rougeville, uno de aquellos nobles que el 20 de junio habían

defendido a la reina arriesgando la vida. Pero, a todas luces, Michonis, que le había sostenido la escalera a un barón de Batz, tenía buenas y, sobre todo, contundentes razones para no indagar demasiado sobre las intenciones de aquel caballero desconocido; probablemente la conjura estaba mucho más madura de lo que hoy dejan adivinar sus huellas borrosas.

El caso es que, el 28 de agosto, tintinea el manojo de llaves en la puerta de la celda. La reina y el gendarme se levantan. Siempre se sobresalta en el primer instante cuando se abre la puerta del calabozo, porque casi toda visita inesperada de la autoridad le ha traído, desde hace semanas y meses, malas noticias. Pero no, es solo Michonis, el amigo secreto, esta vez acompañado de algún caballero desconocido en quien la prisionera ni siquiera repara. María Antonieta respira aliviada, charla con Michonis y pregunta por sus hijos: siempre es esa la primera y más urgente pregunta de la madre. Michonis responde amablemente, y la reina casi se anima: estos pocos minutos, en que se quiebra la gris campana de cristal del silencio, en que puede pronunciar ante alguien los nombres de sus hijos, significan siempre para ella una especie de felicidad.

Pero de pronto María Antonieta se queda pálida como la muerte. Pálida durante un segundo. Luego la sangre le sube de golpe a las mejillas. Empieza a temblar y le cuesta mantenerse en pie. La sorpresa es demasiado grande: ha reconocido a Rougeville, el hombre que cien veces había estado a su lado en el palacio y del que sabe que es capaz de cualquier audacia. ¿Qué significa —el tiempo corre demasiado deprisa para pensarlo todo bien— qué puede significar que este amigo seguro y de fiar aparezca de pronto aquí, en su celda? ¿Quieren salvarla? ¿Quieren decirle algo? ¿Transmitirle algo? No se atreve a hablar con Rougeville, ni siquiera se atreve, por miedo a los gendarmes y a la mujer de servicio, a mirarlo de un modo demasiado llamativo, y sin embargo advierte que él le hace una y otra vez señas que ella no entiende. Es a la vez angustiosamente excitante y dichoso saberse, desde hace meses, cerca de un mensajero sin poder entender su mensaje; la mujer, sobresaltada, se inquieta cada vez más, y cada vez teme más

delatarse. Quizá Michonis nota algo de esta turbación; en todo caso, recuerda que debe visitar todavía otras dependencias de la cárcel, y sale a toda prisa de la celda con el desconocido, aunque declara expresamente que volverá otra vez.

María Antonieta, que se ha quedado sola —las rodillas le tiemblan —, se sienta y trata de serenarse. Decide que, cuando ambos regresen, prestará atención a cada señal y a cada gesto con más cuidado y más dominio de sus nervios que en aquella primera sorpresa. Y en efecto, vuelven una vez más; de nuevo tintinean las llaves, de nuevo entra Michonis con Rougeville. Ahora María Antonieta es de nuevo por completo dueña de sí. Más aguda, más alerta, más serena, observa a Rougeville mientras habla con Michonis, y de pronto advierte, por una rápida seña, que Rougeville ha arrojado algo al rincón, detrás de la estufa. El corazón le late con fuerza; ya no puede esperar a leer el mensaje; apenas Michonis y Rougeville han salido de la habitación, ella, con presencia de ánimo, envía tras ellos al gendarme con cualquier pretexto. Aprovecha ese único minuto sin vigilancia para apoderarse, de un solo gesto, de lo escondido. ¿Cómo? ¿Nada más que un clavel? Pero no: dentro del clavel hay doblado un billete. Lo abre y lee: «Mi protectora, no la olvidaré jamás, buscaré siempre todos los medios para demostrarle mi voluntad de sacrificio. Si necesita trescientos o cuatrocientos luises de oro para su entorno, se los traeré el próximo viernes».

Se puede imaginar el sentimiento de esta desdichada mujer al vivir este milagro de esperanza. Una vez más se abre la bóveda oscura, como bajo la espada de un ángel. En lo terrible e inaccesible de la casa de la muerte, a través de siete u ocho puertas cerradas con cerrojo, a pesar de toda prohibición, para burla de todas las medidas de la Comuna, ha logrado penetrar uno de los suyos, un caballero de la Orden de San Luis, un realista fiel y de confianza; ahora la salvación tiene que estar cerca. Sin duda las manos amadas de Fersen han tejido estos hilos, sin duda intervienen ahora poderosos ayudantes desconocidos para salvar su vida un paso antes del abismo. De golpe, esta mujer ya del todo resignada, de cabellos blancos, recobra el valor y la voluntad de vivir.

Tiene valor, y fatalmente hasta demasiado valor. Tiene confianza, y por desgracia demasiada confianza. Los trescientos o cuatrocientos ducados, lo comprende enseguida, deben servir para sobornar al gendarme de su habitación; esa es su única tarea, de todo lo demás se ocuparán después los amigos. En su optimismo, encendido con demasiada rapidez, se pone manos a la obra de inmediato. Rompe el billete delator en minúsculos pedacitos y prepara ella misma una respuesta. Le han quitado pluma, lápiz, tinta; solo le queda un trocito de papel. Pero lo toma y, con su aguja de coser —la necesidad agudiza el ingenio—, va pinchando las letras de la respuesta en la pequeña hoja de carta, que hoy se conserva como reliquia, aunque otros pinchazos posteriores la hayan hecho ilegible. Este papelito se lo entrega, con la promesa de una alta recompensa, al gendarme Gilbert, para que se lo diera a aquel desconocido cuando volviera.

Ahora la sombra se cierne sobre el asunto. Parece que el gendarme Gilbert vaciló en su interior. Trescientos luises de oro, cuatrocientos luises de oro relumbran de forma tentadora para un pobre diablo como él; pero también el hacha de la guillotina tiene un fulgor inquietante. Siente compasión por la pobre mujer, pero también teme por su puesto. ¿Qué hacer? Cumplir el encargo equivaldría a traicionar a la República, hacer de delator equivaldría a abusar de la confianza de esta pobre mujer desdichada. Así que este honrado gendarme opta primero por el término medio: se confía a la mujer del conserje, la todopoderosa Madame Richard. Y he aquí que Madame Richard comparte su apuro. Tampoco ella se atreve a callar, tampoco se atreve a hablar abiertamente, y menos aún a implicarse en una conjura tan peligrosa; probablemente también a sus oídos había llegado ya el tañido secreto del millón.

Al final, Madame Richard hace lo mismo que el gendarme: no presenta denuncia, pero tampoco calla del todo. Igual que el gendarme, traslada la responsabilidad a otro y comunica confidencialmente la historia del billete secreto a su superior, Michonis, que palidece al oír la noticia. De nuevo se enturbia el asunto. ¿Se había dado cuenta Michonis, ya antes, de que había

traído consigo, en la persona de Rougeville, a un cómplice de la reina, o lo supo solo en ese instante? ¿Estaba al corriente del complot, o le engañó Rougeville? En cualquier caso, le resulta desagradable tener de golpe dos cómplices más. Con apariencia de gran severidad, quita a la buena de Madame Richard el papel sospechoso, se lo guarda en el bolsillo y le ordena que no hable de ello. Con eso espera haber reparado la imprudencia de la reina y dado feliz solución al enojoso asunto. Naturalmente, no presenta ningún otro parte; igual que en el primer complot con de Batz, se aparta sigilosamente del asunto en cuanto se vuelve peligroso.

Ahora todo estaría en orden. Pero, fatalmente, el asunto no deja tranquilo al gendarme. Un puñado de monedas de oro quizá podría hacerle callar, pero María Antonieta no tiene dinero, y poco a poco empieza a temer por su cabeza. Después de guardar valientemente silencio durante cinco días (esto es lo sospechoso e inescrutable del caso) ante sus camaradas y ante las autoridades, el 3 de septiembre acaba por informar a sus superiores; dos horas después, los comisarios del ayuntamiento irrumpen ya agitados en la Conciergerie e interrogan a todos los implicados.

La reina lo niega en un principio. Dice que no ha reconocido a nadie, y cuando le preguntan si había escrito algo unos días antes, responde con frialdad que no posee nada con qué escribir. Michonis también se hace al principio el desentendido, y confía en el silencio de Madame Richard, probablemente ya sobornada también. Pero ella asegura haberle entregado el papel, así que ahora tiene que presentarlo (aunque, astutamente, ya lo había vuelto ilegible con nuevos pinchazos de aguja). En el segundo interrogatorio, al día siguiente, la reina abandona la resistencia. Declara que es cierto que conoce a aquel hombre de las Tullerías y que ha recibido y contestado de él un billete escondido en el clavel; ya no niega su participación ni su culpa. Pero con total abnegación protege al hombre que quiso sacrificarse por ella: no pronuncia el nombre de Rougeville, sino que afirma no recordar cómo se llama aquel oficial de la guardia; encubre generosamente a Michonis y con ello le salva la vida. Pero veinticuatro horas después, el ayuntamiento y el Comité

de Seguridad General conocen ya el nombre de Rougeville, y en vano persiguen los policías por todo París al hombre que quiso salvar a la reina y que en realidad no ha hecho sino sellar su perdición.

Porque esta conjura, iniciada torpemente, acelera de manera siniestra el destino de la reina. El trato considerado que hasta entonces se le había concedido tácitamente cesa de golpe. Le quitan todas sus pertenencias, los últimos anillos, incluso el pequeño reloj de oro que se había traído de Austria como último recuerdo de su madre, así como el pequeño medallón con los cabellos de sus hijos, tan tiernamente guardados. Naturalmente le confiscan las agujas con que había escrito ingeniosamente el billete a Rougeville, y se le prohíbe tener luz por la noche. Apartan del servicio al indulgente Michonis, y lo mismo a Madame Richard, sustituida por una nueva carcelera, Madame Bault. Al mismo tiempo, el municipio ordena, en un decreto del 11 de septiembre, que se le asigne a esta reincidente en la fuga una celda todavía más segura que la anterior; y como en toda la Conciergerie no encuentran ninguna que le parezca suficientemente fiable al atemorizado municipio, vacían la habitación del boticario y la dotan de dobles puertas de hierro. La ventana que da al patio de las mujeres se tapia con obra hasta media altura de la reja; dos centinelas apostados bajo las ventanas, y los gendarmes que se turnan día y noche en la habitación contigua, responden con su vida por la prisionera. Según todo cálculo humano, ya no puede entrar en la celda ningún intruso, solo aquel a quien llaman por razón de su cargo: el verdugo.

Ahora María Antonieta se halla en el último, el más bajo peldaño de su soledad. Los nuevos carceleros, aunque bien dispuestos hacia ella, ya no se atreven a decir palabra con esta mujer peligrosa, y otro tanto les ocurre a los gendarmes. El pequeño reloj ha desaparecido, aquel que con su tenue tictac dividía el tiempo infinito; le han quitado la labor de costura; no le han dejado nada, salvo el perrito. Ahora, después de veinticinco años, y solo en este abandono total, María Antonieta se acuerda del consuelo que tantas veces le recomendara su madre; por primera vez en su vida pide libros y los lee, uno tras otro, con sus ojos apagados e inflamados;

nunca son suficientes los que le llevan. No quiere novelas, ni obras de teatro, nada alegre, nada sentimental, nada de amor —podría recordarle demasiado los tiempos pasados—, solo aventuras muy salvajes, los viajes del capitán Cook, historias de náufragos y travesías audaces, libros que atrapan y arrastran, que excitan y mantienen en vilo, libros ante los cuales se olvida el tiempo y el mundo. Personajes inventados, soñados, son los únicos compañeros de su soledad. Ya nadie viene a visitarla; durante días no oye más que las campanas de la Sainte-Chapelle vecina y el chirrido de las llaves en la cerradura, y luego de nuevo el silencio, el silencio eterno en aquella habitación baja, estrecha, húmeda y oscura como un ataúd. La falta de movimiento y de aire debilita su cuerpo, y graves hemorragias la fatigan. Y cuando por fin la llaman a juicio, es una anciana de cabellos blancos la que sale de esta larga noche a la luz del cielo, ya desacostumbrada a ella.

La gran infamia

Ahora se ha alcanzado el peldaño más bajo, el camino toca a su fin. Se ha cumplido la tensión extrema del contraste que el destino pudo inventar. Ella, que nació en un palacio imperial y tuvo a su disposición centenares de habitaciones en su palacio real, habita ahora un aposento estrecho, enrejado, medio subterráneo, húmedo y en penumbra. Ella, que amaba el lujo y las mil preciosidades artísticas y artificiosas de la riqueza que rodeaban su vida, ya no tiene ni siquiera un armario, un espejo, un sillón; solo lo estrictamente necesario: una mesa, una silla, una cama de hierro. Ella, que reunía en torno a sí, para su servicio, un vanidoso séquito de innumerables criados —una intendenta mayor, una dama de honor, la dame d'atours, dos camareras para el día y dos para la noche, un lector, médico, cirujano, secretario, maestresalas, lacayos, chambelanes, peluqueros, cocineros y pajes—, ahora se peina ella misma el cabello, ya encanecido. Ella, que necesitaba trescientos vestidos nuevos al año, ahora remienda con ojos casi ciegos el dobladillo de su deshilachado vestido de presa. Ella, que había sido fuerte, se ha vuelto una mujer cansada; la que en otro tiempo fue tan hermosa y tan deseada es ahora pálida y matronal. Ella, que amaba la vida social desde el mediodía hasta bien pasada la medianoche, ahora medita sola y aguarda toda la noche en vela hasta que la mañana asoma tras las ventanas enrejadas. Cuanto más avanza el verano hacia su ocaso, más se ensombrece la lóbrega celda hasta parecer un ataúd, pues la oscuridad cae cada vez más temprano, y desde aquel endurecimiento de las normas, a María Antonieta ya no le está permitido encender luz; solo desde el pasillo,

a través de un tragaluz superior, cae compasivo sobre las tinieblas completas el tenue y pobre resplandor de una lámpara de aceite. Se nota que llega el otoño; el frío sube de las baldosas desnudas, desde el cercano Sena penetra por los muros una humedad neblinosa, toda la madera se siente mojada y esponjosa; huele a moho y a podredumbre, huele cada vez con más fuerza a muerte. La ropa se deshace, los vestidos se vuelven quebradizos, el frío húmedo se cuela hasta los huesos como un dolor reumático que muerde. Cada vez más cansada se va quedando la que se hiela por dentro, la que una vez —hace mil años, según su sentir— fue reina de este país y la mujer más amante de la vida de toda Francia; cada vez más frío el silencio, cada vez más vacío el tiempo en torno a ella. Ya no se asustará cuando la llamen a la muerte, porque en esta celda ha vivido en carne propia lo que es estar ya en el ataúd.

En esta tumba habitada, en pleno centro de París, no penetra ningún eco de la tormenta descomunal que en aquel otoño recorre el mundo. Nunca estuvo la Revolución Francesa más amenazada que en este momento. Dos de sus fortalezas más fuertes, Maguncia y Valenciennes, han caído; los ingleses se han apoderado del puerto de guerra más importante; la segunda ciudad de Francia, Lyon, está sublevada; las colonias se han perdido; en la Convención reina la discordia, en París el hambre y el abatimiento: la República está a dos dedos de la ruina. Solo una cosa puede salvarla ahora: una audacia desesperada, un desafío suicida; la República solo puede vencer el miedo infundiendo ella misma miedo. «Pongamos el terror en el orden del día» —esta palabra terrible resuena espantosa por la sala de la Convención, y el hecho confirma sin miramientos esta amenaza. Los girondinos son declarados fuera de la ley, el duque de Orleans e innumerables otros son remitidos al Tribunal Revolucionario. El hacha está ya en pleno impulso, cuando se levanta Billaud-Varennes y exige: «La Convención acaba de dar un gran ejemplo de severidad contra los traidores que preparaban la ruina de su patria. Pero le incumbe todavía el deber de una resolución importante. Una mujer, oprobio de la humanidad y de su sexo, debe expiar por fin sus crímenes en el patíbulo. Ya se rumorea

por todas partes que la han vuelto a llevar al Temple, que la han juzgado en secreto y que el Tribunal Revolucionario la ha lavado de culpa, como si una mujer que tiene sobre su conciencia la sangre de millares pudiera jamás ser absuelta por la justicia francesa, por un jurado francés. Exijo que el Tribunal Revolucionario decida sobre ella esta misma semana.»

Aunque esta moción no solo exige que se juzgue a María Antonieta, sino que reclama ya sin disimulo su ejecución, se aprueba sin oposición. Pero, cosa extraña, Fouquier-Tinville, el fiscal público, que por lo demás trabaja golpe tras golpe, frío y rápido como una máquina, también ahora vacila de manera sospechosa. Ni esta semana, ni la siguiente, ni la otra presenta su requisitoria contra la reina; no se sabe si alguien le detiene secretamente la mano, o si este hombre de corazón de cuero, que por lo demás convierte el papel en sangre y la sangre en papel con rapidez de prestidigitador, no tiene realmente todavía en sus manos ningún documento probatorio de peso. En cualquier caso, titubea, va aplazando la acusación una y otra vez. Escribe al Comité de Seguridad General pidiendo que le envíen material, y, cosa curiosa, también el Comité de Seguridad General desarrolla por su parte esa misma y llamativa lentitud. Al final reúne unos cuantos papeles de poca importancia: el interrogatorio sobre el asunto del clavel, una lista de testigos, los autos del proceso del rey. Pero Fouquier-Tinville sigue sin decidirse a actuar. Le falta todavía algo, ya sea la orden secreta de emprender definitivamente el proceso, ya un documento especialmente contundente, un hecho manifiesto que pudiera dar a su escrito de acusación el brillo y el fuego de una auténtica indignación republicana, alguna falta del todo provocadora y excitante, ya de la mujer, ya de la reina. Una vez más parece que la acusación grandilocuentemente reclamada vaya a quedar en agua de borrajas. Entonces, en la última hora, Hébert —el enemigo más encarnizado y decidido de la reina— pone de pronto en manos de Fouquier-Tinville un documento, el más espantoso e infame de toda la Revolución Francesa. Y este poderoso impulso lo decide todo: de un tirón se pone en marcha el proceso.

¿Qué había ocurrido? El 30 de septiembre, Hébert recibe inesperadamente una carta del Temple, del maestro zapatero Simon, el preceptor del Delfín. La primera parte está escrita por mano ajena y dice, en una ortografía decentemente legible: «¡Salud! Ven pronto, amigo mío, tengo cosas que decirte y tendría mucho gusto en verte; procura venir hoy mismo, encontrarás en mí a un republicano sincero y valeroso.» El resto de la carta, en cambio, está de puño y letra del propio Simon y muestra, con su ortografía monstruosamente grotesca, el nivel de instrucción de este «preceptor»: «Je te coitte bien le bon jour moi e mon est pousse Jean Brasse tas cher est pousse et mas petiste bon amis la petist e fils cent ou blier ta cher soeur que jan Brasse. Je tan prie de nes pas manquer a mas demande pout te voir ce las presse pour mois. Simon, ton amis pour la vis.» Hébert, cumplidor y enérgico, acude sin vacilar a ver a Simon. Lo que oye le parece tan siniestro incluso a este hombre curtido, que no quiere intervenir personalmente en el asunto, sino que convoca a una comisión de todo el ayuntamiento presidida por el alcalde, la cual se traslada en pleno al Temple para recoger allí, en tres actas de interrogatorio escritas (que se conservan aún hoy), el material de acusación decisivo contra la reina.

Ahora nos acercamos a lo que durante mucho tiempo pareció increíble, a lo anímicamente inconcebible, a aquel episodio de la historia de María Antonieta que solo resulta medianamente comprensible por la inquietante sobreexcitación de la época, por el envenenamiento sistemático de la opinión pública practicado durante años. El pequeño Delfín, un niño muy precoz y travieso, se había lastimado unas semanas antes, cuando aún se hallaba bajo el cuidado de su madre, un testículo jugando con un palo; un cirujano llamado al efecto le había confeccionado una especie de braguero para el niño. Con esto pareció zanjado y olvidado el incidente, ocurrido todavía durante la estancia de María Antonieta en el Temple. Pero un día Simon, o su mujer, descubre que el niño, precoz y malcriado, se entrega a ciertas malas costumbres propias de muchachos, los conocidos «plaisirs solitaires». Sorprendido, el niño

no puede negarlo. Apremiado por Simon para que diga quién le enseñó ese mal hábito, el desdichado muchacho dice, o se deja convencer de decir, que su madre y su tía lo habían inducido a esa mala costumbre. Simon, para quien de esta «tigresa» resulta creíble cualquier cosa, incluso lo más diabólico, sigue y sigue preguntando y, sinceramente indignado por semejante vicio de una madre, acaba llevando al niño hasta el punto de afirmar que las dos mujeres solían tomarlo con ellas en la cama, en el Temple, y que su madre había cometido incesto con él.

Ante una declaración tan monstruosa de un niño que aún no cumplía los nueve años, una persona sensata, una época normal, habría reaccionado como es lógico con la más extrema desconfianza. Pero la convicción de la insaciabilidad erótica de María Antonieta ha calado tan hondo en la sangre gracias a los innumerables libelos difamatorios de la Revolución, que ni siquiera esta acusación disparatada —que la propia madre hubiera abusado sexualmente de su hijo de ocho años y medio— despierta la menor duda en Hébert y en Simon. Al contrario, a estos sans-culottes fanáticos y además cegados por su fanatismo, el asunto les parece del todo lógico y claro. María Antonieta, la gran ramera babilónica, esa tríbada infame, está acostumbrada, desde su Trianón, a consumir cada día unos cuantos hombres y unas cuantas mujeres. ¿Qué hay, pues, más natural —concluyen ellos— que esa loba, encerrada en el Temple, donde no encuentra pareja para su infernal ninfomanía, se abalance sobre su propio hijo, indefenso e inocente? Ni por un instante dudan Hébert y sus tristes amigos, del todo ofuscados por su odio, de la veracidad de la mentirosa acusación del niño contra su propia madre. Ahora solo importa dejar constancia por escrito de esta vergüenza de la reina, para que toda Francia conozca esta suprema depravación de la infame austríaca, para cuya sed de sangre y cuya vileza la guillotina pueda entonces parecer todavía un castigo escaso. Así se celebran tres interrogatorios: con un niño que aún no ha cumplido los nueve años, con una muchacha de quince y con Madame Isabel —una escena tan horrenda y desvergonzada que se la podría tener por irreal, de no conservarse aún hoy, amarillentas

pero perfectamente legibles y firmadas de puño y letra, con la torpe rúbrica de los niños menores de edad, estas actas ignominiosas en el Archivo Nacional de París.

Al primer interrogatorio, el 6 de octubre, asisten el alcalde Pache, el síndico Chaumette, Hébert y otros concejales; en el segundo, el 7 de octubre, se lee entre las firmas también el nombre de un pintor célebre y a la vez uno de los hombres más faltos de escrúpulos de la Revolución: David. Primero se llama como testigo principal al niño de ocho años y medio: se le pregunta primero sobre otros sucesos del Temple, y el charlatán muchacho delata, sin comprender el alcance de sus declaraciones, a los ayudantes secretos de su madre, sobre todo a Toulan. Luego se aborda el asunto delicado, y aquí dice el acta: «Habiendo sido sorprendido varias veces en la cama de Simon y su mujer en costumbres inconvenientes y perjudiciales para su salud, les habría dicho que había sido instruido en estas prácticas peligrosas por su madre y su tía, y que ellas se habrían divertido a menudo viéndole ejercer estas prácticas delante de ellas. Esto habría sucedido a menudo cuando le dejaban dormir entre ambas. Por la manera de expresarse el niño, nos ha hecho entender que en una ocasión su madre provocó un acercamiento hacia ella que llevó a una cópula, de donde procedería también la hinchazón de uno de sus testículos, por la que aún lleva un vendaje. Su madre le habría prohibido hablar de ello, y desde entonces este acto se habría repetido varias veces. Además, acusa también a Michonis y a algunos otros de haber hablado de manera especialmente confidencial con su madre.»

Negro sobre blanco, con siete y ocho firmas, queda registrada esta monstruosidad: la autenticidad del acta, el hecho de que el niño ofuscado hiciera realmente esta declaración espantosa, no admite discusión; a lo sumo cabría objetar que precisamente el pasaje que contiene la acusación de incesto con el niño de ocho años y medio no figura en el texto mismo, sino que fue añadido después al margen —al parecer, los propios inquisidores tuvieron reparos en dejar constancia documental de esta infamia—. Pero hay algo que no se puede borrar: la firma «Louis Charles Capet» figura al pie de

la declaración con letras enormes, trazadas con esfuerzo, torpes e infantiles. El propio hijo elevó, en efecto, ante aquellos extraños, la más ruin de todas las acusaciones contra su madre.

Pero esta locura no basta: los jueces instructores quieren dejar zanjada del todo su acusación. Después del niño que aún no ha cumplido nueve años, hacen comparecer a la muchacha de quince, su hermana. Chaumette le pregunta «si, cuando jugaba con su hermano, él no la había tocado allí donde no debía tocarla, y si su madre y su tía no le habían dejado dormir entre ellas». Ella responde que «No». Ahora se enfrenta a los dos niños —escena horrenda—, el de nueve años y la de quince, para que discutan, ante los inquisidores, sobre el honor de su madre. El pequeño Delfín se mantiene en su afirmación; la de quince años, intimidada por la presencia de aquellos hombres severos y confundida por preguntas tan indecorosas, se refugia una y otra vez en que no sabe nada, en que no ha visto nada de todo eso. Ahora se llama como tercera testigo a Madame Isabel, la hermana del rey; con esta joven de veintinueve años, enérgica, los interrogadores ya no lo tienen tan fácil como con los niños, cándidos o atemorizados. Pues apenas le han presentado el acta levantada con el Delfín, cuando el rubor sube a las mejillas de la muchacha ofendida, que arroja el papel con desprecio y dice que semejante infamia está demasiado por debajo de ella como para siquiera responder a eso. Ahora se la enfrenta —nueva escena infernal— al niño. Este sostiene con valentía y descaro que ella y su madre lo habían inducido a esas indecencias: Madame Isabel ya no puede contenerse: «Ah, le monstre», exclama, en una cólera desesperada y con razón, indignada de que ese mocoso, tan desvergonzado y mentiroso, la acuse de semejante infamia. Pero los comisarios ya han oído todo lo que querían oír. Con esmero se firma también esta acta, y triunfante, Hébert lleva los tres expedientes al juez instructor, con la esperanza de que la reina quede ahora desenmascarada y puesta en la picota ante sus contemporáneos y ante la posteridad, para siempre jamás. Patriótico, con el pecho henchido, se ofrece a comparecer, con esta acusación, como testigo

ante el estrado del tribunal, de la depravación incestuosa de María Antonieta.

Esta declaración de un niño contra su propia madre, tal vez sin precedentes en los anales de la historia, ha pertenecido siempre, para los biógrafos de María Antonieta, a los grandes enigmas; para sortear este penoso escollo, los apasionados defensores de la reina se refugiaron en las explicaciones y tergiversaciones más rebuscadas. Hébert y Simon, a quienes describen constantemente como demonios encarnados, se habrían confabulado para este complot y habrían sometido al pobre e inocente muchacho a la más violenta coacción para arrancarle esta acusación infame. Lo habrían —primera versión realista— sometido en parte con dulzura, en parte con el látigo, o bien habrían —segunda versión, igualmente falta de psicología— emborrachado antes al niño con aguardiente. Su declaración habría sido hecha en estado de embriaguez y sería, por tanto, nula. A estas dos afirmaciones sin probar se opone, sobre todo, el relato claro y en absoluto parcial de un testigo presencial de esta escena, el secretario Danjou, de cuya mano está redactada el acta: «El joven príncipe, cuyos pies no llegaban al suelo, estaba sentado en un sillón y balanceaba sus piernecitas de un lado a otro. Preguntado sobre las cosas ya conocidas, respondió que eran ciertas...» Todo el comportamiento del Delfín revela más bien un descaro retador y juguetón. Del mismo modo, se desprende inequívocamente del texto de las otras dos actas que el niño no actuó en absoluto bajo coacción externa, sino que, al contrario, con una tozudez infantil —se percibe incluso cierta malicia y afán de venganza— repitió por propia voluntad la monstruosa acusación contra su tía.

¿Cómo explicar esto? No resulta excesivamente difícil para nuestra generación, instruida científica y psicológico-forensemente, mucho más a fondo que las épocas anteriores, sobre la falsedad de las declaraciones infantiles en materia sexual, y acostumbrada a acercarse con más comprensión a tales desviaciones anímicas en los menores. Ante todo, debemos dejar de lado la interpretación sentimental según la cual el Delfín habría sentido su entrega al

zapatero Simon como una terrible humillación y habría añorado especialmente a su madre; los niños se adaptan con sorprendente rapidez a un entorno extraño, y por muy chocante que suene a la primera palabra: es probable que el niño de ocho años y medio se sintiera más a gusto con el tosco pero jovial Simon que en la torre del Temple, junto a aquellas dos mujeres perpetuamente afligidas y con los ojos llorosos, que le daban clases todo el día, lo obligaban a estudiar e intentaban imponer sin descanso al niño, ya como futuro Roi de France, dignidad y compostura. Con el zapatero Simon, en cambio, el pequeño Delfín es del todo libre; Dios sabe que no lo agobian mucho con el estudio; puede jugar y corretear a su antojo, sin preocuparse ni tener que comportarse; es muy probable que le resultara más divertido cantar la Carmañola con los soldados que rezar el rosario con la piadosa y aburrida Madame Isabel. Porque todo niño lleva instintivamente en sí la propensión a lo bajo, una resistencia frente a la cultura y las buenas maneras que se le imponen; se siente más a gusto entre personas espontáneas e incultas que bajo la coacción de la educación; donde reina más libertad, más espontaneidad y se exige menos autodominio, puede desplegarse con más fuerza lo propiamente anárquico de su naturaleza. El deseo de ascenso social no aparece hasta que despierta la inteligencia; hasta los diez años, y a menudo hasta los quince, en realidad todo niño de buena familia envidia a sus compañeros de escuela proletarios, a quienes se les permite todo lo que a él le prohíbe su educación tan cuidada. Con esa rápida reconversión del sentimiento, tan natural en los niños, el Delfín parece —y esto, tan natural, es lo que a ningún precio quisieron admitir los biógrafos sentimentales— haberse desprendido muy pronto de aquella esfera materna y melancólica y haberse acomodado a la más desenfadada, aunque más baja, pero para él más entretenida, del zapatero Simon; la propia hermana reconoce que cantaba en voz muy alta canciones revolucionarias; otro testigo insospechable recoge una expresión del Delfín sobre su madre y su tía tan grosera que ni siquiera se atreve uno a repetirla. Pero hay un testimonio aún más irrefutable de la especial predisposición del niño a las declaraciones fantasiosas; nada menos que su propia madre

había escrito ya años antes, sobre él, cuando tenía cuatro años y medio, en aquellas instrucciones a la aya: «Es hablador, le gusta repetir lo que ha oído decir, y a menudo añade, sin querer mentir, algo que su imaginación le ha hecho creer. Ese es su mayor defecto, y el punto en el que hay que corregirlo sin falta.»

Con este retrato de carácter, María Antonieta ofrece la clave decisiva para resolver el enigma. Y esta se completa lógicamente con una declaración de Madame Isabel. Se sabe: casi siempre los niños, sorprendidos en una acción prohibida, intentan desviar la culpa hacia otra persona. Por una especie de instintiva medida de protección (porque intuyen que no se suele hacer responsables de buen grado a los niños) se declaran casi siempre «inducidos» por alguien. En el caso presente, el acta con Madame Isabel aclara por completo la situación. Pues ella declara —y este hecho fue, neciamente, silenciado casi siempre— que su sobrino se entregaba en efecto desde hacía tiempo a ese vicio infantil, y que recordaba con exactitud que tanto ella misma como su madre lo habían reñido con severidad varias veces por ello. Aquí se vislumbra la pista correcta. El niño había sido, pues, ya antes sorprendido por su madre, por su tía, y probablemente castigado con más o menos rigor. Preguntado por Simon quién le había enseñado esa mala costumbre, el niño, en una asociación de recuerdos del todo natural con el propio acto, piensa a la vez en la primera vez que lo sorprendieron; piensa casi de manera forzosa, en primer lugar, en quienes lo castigaron por ello. Inconscientemente se venga del castigo, y sin sospechar las consecuencias de semejante declaración, da los nombres de quienes lo castigaron como si fueran los de quienes lo instigaron, o asiente sin la menor vacilación a una pregunta sugestiva en ese sentido, es decir, con toda la apariencia de la más extrema veracidad. Y a partir de ahí, el camino se vuelve del todo claro. Una vez enredado en la mentira, el niño ya no puede volver atrás; y en cuanto percibe, además, como en el presente caso, que se cree su afirmación de buen grado, incluso con alegría, se siente del todo seguro en su mentira y sigue admitiendo alegremente todo lo que le preguntan los comisarios. Por instinto de

autoprotección se aferra a esa versión desde que advierte que le evita el castigo. Incluso psicólogos más expertos que estos maestros zapateros, ex actores, pintores de brocha gorda y escribientes de actas habrían tenido dificultades, ante una declaración registrada de manera tan clara e inequívoca, para no dejarse engañar en un primer momento. Pero en este caso concreto, los instructores estaban además bajo el influjo de una sugestión colectiva; para ellos, lectores diarios del «Père Duchesne», esta terrible acusación del niño encajaba a la perfección con el carácter infernal de la madre, a quien los libelos pornográficos habían convertido, en toda Francia, mediante la mentira, en el colmo de todos los vicios. Ningún crimen, ni siquiera el más absurdo, puede sorprender a estos sugestionados tratándose de una María Antonieta. Así que no se asombraron mucho tiempo, ni reflexionaron a fondo, sino que estamparon sus firmas, con la misma despreocupación que el niño de nueve años, bajo una de las mayores infamias jamás urdidas contra una madre.

El aislamiento impenetrable de la Conciergerie protegió afortunadamente a María Antonieta de conocer de inmediato esta monstruosa declaración de su hijo. Solo el penúltimo día de su vida se entera, por el escrito de acusación, de esta humillación extrema. Durante décadas había soportado todos los ataques contra su honor, las calumnias más infames, sin abrir jamás los labios. Pero esto: verse tan terriblemente calumniada por su propio hijo, esta angustia inconcebible ha debido de conmoverla hasta lo más hondo de su alma. Este pensamiento torturador la acompaña hasta el umbral de la muerte; todavía tres horas antes de la guillotina, ella, por lo demás siempre serena, escribe a Madame Isabel, coacusada con ella: «Sé cuánto tormento ha debido de causarte este niño, pero perdónale, hermana mía, piensa en su corta edad, y en lo fácil que resulta poner en boca de un niño lo que se quiere oír de él, e incluso lo que él mismo no comprende. Espero que llegará un día en que sepa apreciar mejor el valor de tu amor y tu ternura.»

Hébert no consiguió lo que se proponía: deshonrar a la reina ante el mundo con esta acusación pregonada a los cuatro vientos; al

contrario, durante el proceso, el hacha que blandía se le escapa de la mano y va a caer sobre su propia nuca. Pero una cosa sí consiguió: herir mortalmente su alma, envenenar las últimas horas de una mujer ya entregada a la muerte.

Comienza el proceso

Ya hay bastante mantequilla en la sartén: ahora el fiscal público puede rematar el asado. El 12 de octubre convocan a María Antonieta a su primer interrogatorio en la gran sala de deliberaciones. Frente a ella se sientan Fouquier-Tinville, Herman, su asesor, y algunos escribientes; a su lado, nadie. Ningún defensor, ningún ayudante, solo el gendarme que la vigila. Pero en las largas semanas de soledad, María Antonieta ha reunido sus fuerzas. El peligro le ha enseñado a concentrar sus pensamientos, a hablar bien y a callar todavía mejor: cada una de sus respuestas resulta sorprendentemente contundente y, al mismo tiempo, prudente e inteligente. Ni un instante pierde la calma; ni siquiera las preguntas más necias o más pérfidas logran hacerla perder la compostura. Ahora, en el último, en el mismísimo último minuto, María Antonieta ha comprendido la responsabilidad de su nombre; sabe que aquí, en esta sala de interrogatorio en penumbra, debe convertirse en la reina que no llegó a ser del todo en los salones fastuosos de Versalles. No responde aquí a un pequeño abogado que, huyendo del hambre, se refugió en la Revolución y ahora cree hacer de fiscal, ni a esos oficiales y escribientes disfrazados de jueces, sino al único juez real y verdadero: la Historia. «¿Cuándo llegarás por fin a ser la que eres?», había escrito desesperada, veinte años atrás, su madre María Teresa. Ahora, a un paso de la muerte, María Antonieta empieza a conquistar por sí misma esa majestad que hasta entonces solo había llevado por fuera. A la pregunta protocolaria de cómo se llama, responde alta y claramente: —María Antonieta de Austria-Lorena, de treinta y ocho años, viuda del rey de Francia. Empeñado

escrupulosamente en guardar en todos sus detalles externos la forma de un proceso judicial ordinario, Fouquier-Tinville se atiene con exactitud a las formalidades del interrogatorio y sigue preguntando, como si no lo supiera, dónde vivía en el momento de su detención. Sin mostrar ironía alguna, María Antonieta instruye a su fiscal: nunca fue detenida, sino que la recogieron de la Asamblea Nacional para trasladarla al Temple. Entonces empiezan las verdaderas preguntas y acusaciones, con la ampulosa grandilocuencia de papel propia de la época: que antes de la Revolución había mantenido relaciones políticas con el «rey de Bohemia y Hungría»; que había derrochado, de «manera espantosa», las finanzas de Francia, «fruto del sudor del pueblo, en sus placeres e intrigas, de acuerdo con ministros infames»; y que había hecho llegar al emperador «millones, para que sirvieran contra el pueblo que la alimentaba». Que desde la Revolución había conspirado contra Francia, negociado con agentes extranjeros, e inducido a su esposo, el rey, a ejercer el veto. María Antonieta rechaza todas estas acusaciones con serenidad y energía. Solo con una afirmación de Herman particularmente torpe cobra vida el diálogo.

—Fue usted quien enseñó a Capet el arte del más profundo disimulo, con el que engañó durante tanto tiempo a los buenos ciudadanos franceses, a ese buen pueblo que no sospechaba hasta qué punto se puede llevar la infamia y la perfidia. A esta vacía diatriba, María Antonieta responde con calma:

—En efecto, al pueblo se le ha engañado, y de la manera más cruel, pero no por mi esposo ni por mí.

—¿Quién ha engañado entonces al pueblo?

—Quienes tenían interés en ello. Nosotros mismos no teníamos el menor interés en engañarlo. Ante esta respuesta ambigua, Herman se lanza de inmediato. Espera arrinconar ahora a la reina hasta arrancarle una palabra que pueda interpretarse como hostil a la República.

—¿Quiénes son, entonces, en su opinión, los que tenían interés en engañar al pueblo?

Pero María Antonieta esquiva la pregunta con habilidad. Eso no lo sabe. Su propio interés, dice, era ilustrar al pueblo, no engañarlo.

Herman percibe la ironía de esta respuesta y la reprende: —No ha respondido con claridad a mi pregunta.

Pero la reina no se deja sacar de su posición defensiva: —Respondería sin rodeos si conociera los nombres de esas personas. Tras esta primera escaramuza, el interrogatorio vuelve a hacerse más objetivo. La interrogan sobre las circunstancias de la huida a Varennes; ella responde con cautela, cubriendo a todos aquellos amigos secretos suyos a los que el fiscal quiere arrastrar al proceso. Solo ante la siguiente acusación necia de Herman vuelve a contraatacar con fuerza.

—Usted no ha dejado ni por un instante sus intentos de destruir Francia. Quería, al precio que fuese, gobernar y volver a subir al trono por encima de los cadáveres de los patriotas. A este ampuloso galimatías responde la reina, orgullosa y cortante (¡ay, por qué le habrán puesto delante a semejante necio como interrogador!): ella y su marido no tenían necesidad alguna de subir al trono, puesto que ya lo ocupaban, y no podían desear otra cosa que la felicidad de Francia.

Herman se vuelve entonces más agresivo; cuanto más percibe que María Antonieta no se deja sacar de su actitud cautelosa y segura ni le proporciona «material» alguno para el proceso público, con tanta más saña acumula las acusaciones: que había embriagado a los regimientos flamencos, que había mantenido correspondencia con cortes extranjeras, que había provocado la guerra y que había influido en el tratado de Pillnitz. Pero María Antonieta rectifica, ajustándose a los hechos: fue la Convención Nacional, y no su esposo, quien decidió la guerra; ella, en el banquete, solo había cruzado el salón dos veces.

Pero Herman se ha reservado para el final las preguntas más peligrosas, aquellas con las que la reina debe negar su propio sentimiento o enredarse en alguna declaración contraria a la República. Le exigen una especie de catecismo de derecho político.
—¿Qué interés tiene usted en la suerte de las armas de la República?

—Es la felicidad de Francia lo que deseo por encima de todo.

—¿Cree usted que los reyes son necesarios para la felicidad del pueblo?

—Una sola persona no puede decidir sobre cosas así.

—¿Sin duda lamenta usted que su hijo haya perdido un trono al que habría podido subir si el pueblo, instruido por fin sobre sus derechos, no hubiera destrozado ese trono?

—Nunca lamentaré nada por mi hijo si ello redunda en beneficio de su país.

Se ve que el juez instructor no tiene suerte. María Antonieta no habría podido expresarse de manera más sutil ni más jesuítica que diciendo que no lamentaba nada por su hijo si ello redundaba «en beneficio de su país», pues con esa única palabra posesiva, «su», la reina, sin declarar abiertamente incompetente a la República, le ha dicho a la cara al juez instructor de esa misma República que sigue considerando Francia como «suya», como el país y la propiedad legítima de su hijo; no ha renunciado, ni siquiera en el peligro, a lo que para ella es más sagrado: el derecho de su hijo a la corona. Tras esta última escaramuza, el interrogatorio se acerca rápidamente a su fin. Le preguntan si ella misma designará un defensor para la vista principal. María Antonieta declara no conocer a ningún abogado y accede a que se le asignen de oficio uno o dos que le sean personalmente desconocidos. En el fondo, ella lo sabe, todo eso da lo mismo, sea amigo o desconocido, porque ya no hay en toda Francia un solo hombre lo bastante valeroso para defender de verdad a la antigua reina. Quien pronunciara una sola palabra

abierta en su favor pasaría de inmediato del banquillo de la defensa al de los acusados.

Ahora —salvada la apariencia externa de una investigación jurídica — el consumado formalista Fouquier-Tinville puede ponerse manos a la obra y redactar el decreto de acusación. Su pluma corre rápida y ágil sobre el papel: quien tiene que fabricar acusaciones a montones cada día adquiere mano ligera. Con todo, el pequeño jurista de provincias se cree obligado, para este caso particular, a cierto vuelo poético: si se acusa a una reina, ha de hacerse en un tono más solemne y más grandilocuente que cuando se agarra por el cuello a cualquier costurera que haya gritado «Vive le roi!». Así comienza su escrito, sumamente ampuloso: «Examinadas las pruebas remitidas por el fiscal público, se comprueba que, al igual que Mesalina, Brunilda, Fredegunda y Catalina de Médici, a quienes en su día se llamó reinas de Francia y cuyos nombres, para siempre despreciables, no se pueden borrar de la Historia, María Antonieta, viuda de Luis Capet, ha sido, desde su llegada a Francia, el azote y la chupasangre de los franceses.» Tras este pequeño desliz histórico —pues en tiempos de Fredegunda y Brunilda todavía no existía ningún reino de Francia—, siguen las conocidas acusaciones: que María Antonieta había mantenido relaciones políticas con un hombre llamado «rey de Bohemia y Hungría», que había hecho llegar millones al emperador, que había participado en la «orgía» del cuerpo de guardia, que había desencadenado la guerra civil, que había provocado la matanza de los patriotas, que había transmitido al extranjero los planes de guerra. En forma algo más velada se recoge la acusación de Hébert: «que ella, así de antinatural y familiarizada con todos los crímenes, burlándose de su condición de madre y de la ley de la naturaleza, no había retrocedido ante cometer con Louis Charles Capet, su hijo, inmoralidades cuya sola idea o mención ya hace estremecer de horror». Nueva y sorprendente resulta, en cambio, únicamente la acusación de que había llevado la infamia y el disimulo hasta el extremo de hacer imprimir y distribuir obras en las que ella misma aparecía retratada de manera desfavorable, para convencer a las potencias extranjeras

de lo maltratada que era por los franceses. María Antonieta, según la interpretación de Fouquier-Tinville, habría difundido ella misma los panfletos tribádicos de la La Motte y de innumerables otros. En virtud de todas estas acusaciones, María Antonieta pasa del estado de simple vigilada al de acusada.

Ese documento, que no es precisamente una obra maestra del arte forense, se entrega aún con la tinta fresca, el 13 de octubre, al defensor Chauveau-Lagarde, quien acude sin demora con él a la prisión, junto a María Antonieta. Juntos leen la acusada y su abogado el escrito de acusación. Pero solo el abogado se muestra sorprendido y conmovido por el tono rencoroso. María Antonieta, que tras su interrogatorio no esperaba nada mejor, permanece completamente serena. Pero el escrupuloso jurista se desespera una y otra vez. No, no es posible estudiar en una sola noche semejante maraña de acusaciones y documentos; solo podrá defenderla con eficacia si consigue examinar de verdad ese caos de papeles. Así pues, insta a la reina a que solicite un aplazamiento de tres días, para poder preparar a fondo su alegato de defensa a partir del material examinado y de las pruebas verificadas.

—¿A quién debo dirigirme para eso? —pregunta María Antonieta.

—A la Convención.

—No, no… eso nunca.

—Pero —insiste Chauveau-Lagarde—, no debería usted renunciar a su ventaja por un sentimiento de orgullo aquí inútil. Tiene usted la obligación de conservar su vida, no solo por usted, sino por sus hijos. Ante esta apelación a sus hijos, la reina cede. Escribe al presidente de la Asamblea: «Ciudadano presidente, los ciudadanos Tronson y Chauveau, que el tribunal me ha asignado para mi defensa, me advierten que su nombramiento se les ha comunicado hoy mismo. Debo ser juzgada mañana, y les resulta imposible, en un plazo tan breve, ni estudiar ni siquiera leer los autos del proceso. Debo a mis hijos no descuidar ningún medio para la completa

justificación de su madre. Mi defensor solicita tres días de aplazamiento. Espero que la Convención los conceda.»

Una vez más, sorprende en este escrito la transformación espiritual de María Antonieta. Ella, que toda su vida fue una mala escritora y una mala diplomática, empieza ahora a escribir regiamente y a pensar con responsabilidad. Pues incluso en el peligro extremo de muerte, no concede a la Convención, a la que debe dirigirse como instancia jurídicamente superior, el honor de una súplica. No suplica en nombre propio —¡antes perecer!—, sino que se limita a transmitir la petición de un tercero: «Mi defensor solicita tres días de aplazamiento», dice el texto, y «Espero que la Convención los conceda». Ningún «yo lo suplico».

La Convención no responde. La muerte de la reina está decidida desde hace tiempo: ¿para qué prolongar aún las formalidades ante el tribunal? Cualquier demora sería crueldad. A la mañana siguiente, a las ocho, comienza el proceso, y todos saben de antemano cómo terminará.

La vista

Los setenta días en la Conciergerie han convertido a María Antonieta en una mujer vieja y enfermiza. Rojos e inflamados de tanto llorar, le arden ahora los ojos, del todo desacostumbrados a la luz del día; sus labios están llamativamente pálidos por las graves e incesantes pérdidas de sangre que ha sufrido en las últimas semanas. Una y otra vez tiene que luchar ahora contra el agotamiento; varias veces el médico ha tenido que recetarle tónicos cardíacos. Pero sabe que hoy comienza un día histórico, que hoy no puede permitirse estar cansada; nadie en la sala del tribunal ha de poder burlarse de la debilidad de una reina e hija de emperadores. Una vez más hay que arrancar, del cuerpo agotado y del ánimo hace tiempo extenuado, toda su energía; luego ya podrá descansar largo tiempo, podrá descansar para siempre. Solo dos cosas le quedan por hacer a María Antonieta en esta tierra: defenderse con entereza y morir con entereza.

Pero, llena por dentro de determinación, María Antonieta quiere también presentarse ante el tribunal con dignidad exterior. El pueblo ha de sentir que la mujer que hoy comparece ante el estrado es una Habsburgo y, pese a todos los decretos de destitución, una reina. Se peina el cabello, ya encanecido, con más esmero que de costumbre. Se pone una cofia blanca de lino, plisada y recién almidonada, de la que caen a ambos lados los velos de luto; como viuda de Luis XVI, el último rey de Francia, quiere María Antonieta comparecer ante el tribunal de la Revolución.

A las ocho se reúnen en la gran sala los jueces y los jurados: Herman, el paisano de Robespierre, como presidente; Fouquier-Tinville, como fiscal público. El jurado está compuesto por gente de todas las clases: un antiguo marqués, un cirujano, un vendedor de limonada, un músico, un impresor, un fabricante de pelucas, un antiguo sacerdote y un carpintero; junto al fiscal público han tomado asiento algunos miembros del Comité de Seguridad General, para vigilar el desarrollo de la vista. La sala misma está atestada. Solo una vez por siglo se tiene la ocasión de ver a una reina en el banquillo de los acusados.

María Antonieta entra serena y toma asiento con calma; a ella, a diferencia de su esposo, no se le ha concedido un sillón especial, sino que la espera un asiento desnudo de madera; tampoco los jueces son ya, como en la solemne acusación pública de Luis XVI, los representantes electos de la Asamblea Nacional, sino el jurado que oficia a diario, que cumple su sombrío deber como quien ejerce un oficio. Pero en vano buscan los espectadores en su rostro, agotado pero no turbado, alguna señal visible de agitación o de miedo. Con actitud erguida y resuelta, espera el comienzo de la vista. Mira con calma a los jueces, con calma a la sala, y reúne sus fuerzas.

El primero en levantarse es Fouquier-Tinville, que lee el escrito de acusación. La reina apenas escucha. Ya conoce todos esos reproches: ayer los examinó uno por uno con su abogado. Ni una sola vez, ni siquiera ante las acusaciones más duras, levanta la cabeza; sus dedos juguetean indiferentes en el brazo del sillón, «como en un piano».

Después comienza el desfile de los cuarenta y un testigos, que, conforme a su juramento, deben declarar «sin odio y sin temor, la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad». Como el proceso se ha preparado de manera precipitada —bastante tiene que hacer en aquellos días el pobre Fouquier-Tinville: ya les llega el turno a los girondinos, a Madame Roland y a otros cien—, las acusaciones más diversas se presentan revueltas, sin conexión temporal ni lógica

alguna. Los testigos hablan tan pronto de los sucesos del 6 de octubre en Versalles como del 10 de agosto en París, de los crímenes anteriores o de los cometidos durante la Revolución. La mayoría de estas declaraciones carecen de importancia, algunas son directamente ridículas, como la de la criada Milot, que afirma haber oído decir en 1788 al duque de Coigny, a alguien, que la reina había hecho enviar doscientos millones a su hermano, o la todavía más necia, según la cual María Antonieta llevaba encima dos pistolas para asesinar al duque de Orleans. Dos testigos, no obstante, juran haber visto órdenes de pago de la reina; pero no se pueden presentar los originales de esos documentos decisivos; tampoco se dispone de una carta que María Antonieta habría enviado al comandante de la Guardia Suiza: «¿Se puede contar con seguridad con sus suizos? ¿Se portarán con valentía llegado el caso?». No se puede presentar ni una sola hoja escrita por María Antonieta, y tampoco el paquete sellado que contiene sus pertenencias, confiscadas en el Temple, arroja nada incriminatorio. Los mechones de pelo son los de su marido y sus hijos; los retratos en miniatura, los de la princesa de Lamballe y de su amiga de juventud, la landgravina de Hesse-Darmstadt; los nombres anotados en su libreta, los de su lavandera y su médico: ni una sola pieza resulta útil para la acusación. Así que el fiscal intenta una y otra vez volver a las acusaciones generales, pero la reina, esta vez preparada, responde con una firmeza y una seguridad quizá aún mayores que en el interrogatorio previo. Se entablan diálogos como el siguiente:

—¿De dónde sacó usted el dinero con el que hizo ampliar y amueblar el pequeño Trianón, donde daba fiestas en las que siempre era usted la diosa?

—Había un fondo destinado a esos gastos.

—Ese fondo debía de ser considerable, porque el pequeño Trianón habrá costado sumas enormes.

—Es posible que el pequeño Trianón haya costado sumas enormes, y probablemente más de lo que yo misma habría deseado.

Uno se veía arrastrado poco a poco a los gastos. Por lo demás, deseo, más que nadie, que se aclare todo.

—¿No fue en el pequeño Trianón donde vio usted por primera vez a la La Motte?

—Nunca la he visto.

—¿No fue ella víctima suya en el infame asunto del collar?

—No pudo serlo, porque no la conocía.

—¿Persiste usted, entonces, en negar que la conocía?

—Mi sistema no es la negación. He dicho la verdad y seguiré diciéndola.

Si todavía cupiera alguna esperanza, María Antonieta podría abandonarse a ella, pues la mayoría de los testigos han fracasado por completo. Ninguno de aquellos a quienes temía la ha incriminado seriamente. Su resistencia se hace cada vez más enérgica. Cuando el fiscal público sostiene que ella, con su influencia, había llevado al antiguo rey a hacer todo lo que ella quería, responde: —Es algo muy distinto aconsejar a alguien que hacerle ejecutar algo. Cuando, en el curso de la vista, el presidente le señala que sus declaraciones contradicen las de su hijo, dice con desdén: —Es fácil hacer decir a un niño de ocho años todo lo que se quiere de él. Ante las preguntas realmente amenazadoras, se protege con un cauteloso: —No lo sé, no lo recuerdo. Así, Herman no consigue ni una sola vez sorprenderla triunfalmente en una mentira manifiesta o en una contradicción; ni siquiera durante las largas horas logra el público, que escucha con tensa atención, prorrumpir en una interrupción airada, en un gesto de odio o en un aplauso patriótico. La vista avanza vacía, lenta, con muchos tramos áridos. Ya es hora de que llegue una declaración decisiva, verdaderamente demoledora, que dé impulso a la acusación. Esa sensación cree por fin aportarla Hébert con la terrible acusación de incesto.

Él se adelanta. Decidido, convencido, con voz bien audible repite la monstruosa acusación. Pero pronto advierte que lo inverosímil de esta acusación resulta inverosímil, que en toda la sala nadie manifiesta con gritos airados su repugnancia hacia esta madre depravada, hacia esta mujer deshumanizada; todos permanecen callados, pálidos y consternados. Así que el pobre desdichado cree necesario servir todavía una interpretación psicológico-política particularmente refinada. —Cabe suponer —declara el necio—, que ese goce criminal no estaba determinado por la necesidad de placer, sino por la intención política de debilitar físicamente a ese niño. Pues la viuda Capet esperaba que su hijo llegara algún día a ocupar el trono, y que ella pudiera entonces, gracias a semejantes maquinaciones, asegurarse el dominio sobre su conducta.

Pero, curiosamente, incluso ante esta simpleza de alcance universal, el público permanece en un silencio casi desconcertante. María Antonieta no responde y su mirada pasa de largo por Hébert, con desprecio. Indiferente, como si aquel torvo mentecato hubiera hablado en chino, y sin mover un músculo del rostro, permanece sentada, erguida e impasible. También el presidente Herman hace como si no hubiera oído en absoluto la acusación. Se olvida a propósito de preguntar qué tiene que replicar la madre calumniada; ya ha percibido el efecto penoso que la acusación de incesto ha causado en todo el público, sobre todo entre las mujeres, y por eso se apresura a echar tierra sobre esa repugnante acusación. Pero, por desgracia, uno de los jurados tiene la osadía de recordárselo al presidente: —Ciudadano presidente, le pido que tenga en cuenta que la acusada no se ha pronunciado sobre los hechos que, según afirma el ciudadano Hébert, tuvieron lugar entre ella y su hijo.

Ahora el presidente ya no puede eludirlo por más tiempo. En contra de su sentir íntimo, debe plantear la pregunta a la acusada. María Antonieta levanta la cabeza con orgullo y de golpe —«aquí la acusada parece vivamente conmovida», anota incluso el habitualmente tan seco Moniteur— y responde en voz alta, con indecible desdén: —Si no he respondido, ha sido porque la

naturaleza se niega a replicar a semejante acusación contra una madre. Me dirijo a todas las madres que puedan encontrarse aquí.

Y, en efecto, un rumor subterráneo, una fuerte conmoción recorre la sala. Las mujeres del pueblo, las obreras, las pescaderas, las tricoteuses contienen la respiración; sienten, en misteriosa hermandad, que con esa única mujer se ha ofendido a todo su sexo. El presidente calla, aquel curioso jurado baja la mirada: el acento de dolorida ira en la voz de la mujer calumniada ha alcanzado a todos. Sin decir palabra, Hébert se retira del estrado, no precisamente orgulloso de su hazaña. Todos sienten, y quizá también él mismo, que su acusación ha procurado a la reina, justo en la hora más difícil, un gran triunfo moral. Lo que debía humillarla la ha ensalzado.

Robespierre, que esa misma noche se entera del incidente, no logra dominar su indignación contra Hébert. Él, la única mente política entre aquellos ruidosos y estridentes agitadores populares, comprende de inmediato qué locura desatinada ha sido arrastrar ante la opinión pública esa acusación disparatada, dictada por el miedo o por la mala conciencia, de un niño que aún no ha cumplido nueve años contra su propia madre. —Ese zoquete de Hébert —dice furioso a sus amigos—, todavía tenía que procurarle un triunfo. Hace tiempo que Robespierre está harto de ese sujeto desaforado, que con su demagogia ordinaria, con sus modos anárquicos, deshonra la causa de la Revolución, para él sagrada; ese día decide en su fuero interno borrar esa mancha. La piedra que Hébert arrojó contra María Antonieta le cae encima a él mismo, mortalmente. Unos pocos meses más, y recorrerá el mismo camino en la misma carreta, pero no con el valor de ella, sino con un ánimo tan flaqueante que su camarada Ronsin tendrá que increparlo: —Cuando había que actuar, parloteaste como un miserable. Aprende ahora, al menos, a morir.

María Antonieta ha sentido su triunfo. Pero también ha oído una voz asombrada entre el público: «¡Mira qué orgullosa es!». Y por eso pregunta a su defensor: —¿No habré puesto demasiada dignidad en mi respuesta? Pero él la tranquiliza: —Madame, siga siendo la que

es, y será usted excelente. Todavía le queda a María Antonieta un segundo día de lucha; el proceso se arrastra penosamente, agotando a oyentes y participantes; pero aunque ella está extenuada por sus hemorragias y no toma en las pausas más que una taza de caldo, su porte y su ánimo siguen siendo enérgicos y erguidos. «Trátese de imaginar toda la fuerza de ánimo», escribe su defensor en sus memorias, «que le fue necesaria a la reina para soportar los esfuerzos de una sesión tan larga y tan terrible: en escena, ante todo un pueblo, en lucha contra adversarios sedientos de sangre, defenderse de todas las trampas que se le tendían y, al mismo tiempo, conservar la compostura y la medida justa, sin quedar nunca por debajo de sí misma.» Quince horas ha luchado el primer día; más de doce han transcurrido ya en el segundo, cuando por fin el presidente declara terminado el interrogatorio y plantea a la acusada la pregunta de si tiene algo más que añadir en su descargo. María Antonieta responde con seguridad: —Ayer no conocía yo aún a los testigos, no sabía qué declararían contra mí. Pues bien, ninguno de ellos ha aportado un solo hecho positivo en mi contra. No tengo nada más que observar, salvo que yo no era sino la esposa de Luis XVI y que, por tanto, debía someterme a todo lo que él decidiera.

Ahora se levanta Fouquier-Tinville y fundamenta, en resumen, la acusación. Los dos defensores asignados responden con bastante tibieza: recuerdan sin duda que al defensor de Luis XVI, por haber tomado su partido con demasiada energía, se le pidió el cadalso; por eso prefieren invocar la clemencia del pueblo antes que sostener la inocencia de la reina. Antes de que el presidente Herman, por su parte, someta al jurado las preguntas de culpabilidad, sacan a María Antonieta de la sala; el tribunal y el jurado quedan a solas. Ahora, después de tantas frases hechas, el presidente Herman se vuelve claro y objetivo: deja de lado el centenar de acusaciones particulares e imprecisas y reduce todas las cuestiones a una fórmula escueta. Es el pueblo francés, dice, quien acusa a María Antonieta, pues todos los acontecimientos políticos ocurridos en los últimos cinco años dan testimonio contra ella. Por eso plantea al jurado cuatro preguntas:

En primer lugar: ¿está probado que existen maniobras y entendimientos con las potencias extranjeras y los enemigos de la República, para procurarles ayuda económica, franquearles la entrada en suelo francés y favorecer el triunfo de sus armas?

En segundo lugar: ¿está probado que María Antonieta de Austria, viuda Capet, ha participado en tales maniobras y ha mantenido semejantes entendimientos?

En tercer lugar: ¿está probado que ha existido un complot y una conspiración para encender la guerra civil en el interior del país?

En cuarto lugar: ¿está probado que María Antonieta de Austria, viuda de Luis Capet, ha participado en esta conspiración?

En silencio se levantan los jurados y se retiran a una sala contigua. Ha pasado la medianoche. Las velas titilan inquietas en la sala, recalentada por la multitud, y los corazones palpitan con ellas, en tensión y curiosidad.

Pregunta intercalada: ¿cómo deberían decidir los jurados, en estricto derecho? En su recapitulación final, el presidente ha apartado todo el aparato político del proceso y ha reducido las acusaciones, en realidad, a una sola. No se pregunta a los jurados si consideran a María Antonieta una mujer antinatural y adúltera, incestuosa, derrochadora, sino únicamente si la antigua reina es culpable de haber estado en relación con el extranjero, de haber deseado y favorecido la victoria de los ejércitos enemigos y una insurrección en el interior.

¿Es María Antonieta, en sentido jurídico, culpable de ese crimen, y está probado? Pregunta de doble filo, que solo admite una respuesta doble. Sin duda, María Antonieta era —y ahí reside la fuerza del proceso— realmente culpable en el sentido de la República. Ella mantuvo, lo sabemos, relaciones constantes e innegables con el extranjero enemigo. Cometió, en efecto, en el sentido exacto de la acusación, alta traición al entregar al embajador austríaco los planes militares de ataque de Francia; utilizó y favoreció, y habría utilizado

y favorecido, sin condiciones, todo medio legal o ilegal que pudiera devolver a su esposo el trono y la libertad.

La acusación es, pues, fundada. Pero —y aquí está la debilidad del proceso— no está probada en absoluto. Hoy se conocen y están impresos los documentos que prueban sin ambigüedad la alta traición de María Antonieta contra la República; se hallan en el Archivo del Estado de Viena, en el legado de Fersen. Pero este proceso se celebró el 16 de octubre de 1793 en París, y en aquel entonces ninguno de esos documentos era accesible para el fiscal público. Ni una sola prueba realmente válida de aquella traición a la patria realmente cometida pudo presentarse al jurado en todo el proceso.

Un jurado honesto y no influido se hallaría, pues, en un serio aprieto. Si siguieran su instinto, esos doce republicanos tendrían que condenar sin remedio a María Antonieta, pues ninguno de ellos puede dudarlo: esa mujer es la enemiga mortal de la República; ha hecho todo lo que pudo por reconquistar íntegro el poder real para su hijo. Pero según la letra de la ley, el derecho está de parte de la reina: falta la prueba efectiva. Como republicanos, pueden tener a la reina por culpable; como jurados juramentados, deberían respetar la ley, que no reconoce otra culpa que la probada. Pero, por fortuna, a estos modestos ciudadanos se les ahorra ese conflicto de conciencia interior. Pues saben que la Convención no exige en absoluto un veredicto justo. Los ha enviado, no para decidir; los ha convocado para condenar a una mujer peligrosa para el Estado. Tienen que entregar la cabeza de María Antonieta, o poner la propia. Así que los doce deliberan, en realidad, solo en apariencia, y si parecen reflexionar más de un minuto, es únicamente para simular una deliberación allí donde la decisión inequívoca está ordenada desde hace tiempo.

A las cuatro de la madrugada, los jurados regresan en silencio a la sala; un silencio de muerte aguarda su veredicto. Por unanimidad declaran a María Antonieta culpable de los crímenes que se le atribuyen. El presidente Herman exhorta al público —ya no son

muchos a estas horas, mucho después de la medianoche; el cansancio ha empujado a la mayoría a sus casas— a evitar toda señal de aprobación. Luego hacen entrar a María Antonieta. Solo ella, que lleva luchando sin interrupción desde las ocho de la mañana en este segundo día, no tiene todavía derecho a estar cansada. Le leen la resolución del jurado. Fouquier-Tinville pide la pena de muerte; se aprueba por unanimidad. Luego el presidente pregunta a la condenada si tiene todavía alguna reclamación que hacer.

María Antonieta ha escuchado, sin el menor movimiento, completamente serena, el veredicto del jurado y la sentencia. No da la más mínima señal ni de miedo, ni de ira, ni de debilidad. A la pregunta del presidente no responde ni una palabra; solo sacude la cabeza en señal de negación. Sin volverse, sin mirar a nadie, atraviesa entre el silencio general la sala y baja los peldaños; está cansada de esta vida, de esta gente, y profundamente satisfecha de que todos esos pequeños tormentos hayan llegado por fin a su fin. Ahora solo importa mantenerse firme para la última hora.

Por un instante, en el pasillo completamente a oscuras, le fallan los ojos, exhaustos y debilitados; el pie ya no encuentra el escalón, vacila y se tambalea. Rápido, antes de que caiga, el oficial de la gendarmería, el teniente de Busne, el único que durante la vista tuvo el valor de ofrecerle un vaso de agua, le tiende el brazo para sostenerla. Por ello, y porque llevó el sombrero en la mano mientras acompañaba a la mujer condenada a muerte, es denunciado de inmediato por otro gendarme y debe defenderse: —Solo hice eso para evitar una caída, y toda persona de sano juicio no verá en ello otro motivo, pues si ella se hubiera caído en la escalera, enseguida se habría gritado conspiración y traición. También los dos defensores de la reina son detenidos al terminar la sesión; se los registra por si la reina les hubiera entregado en secreto algún mensaje escrito; pobres almas de juristas, tanto temen los jueces la energía indestructible de esta mujer, aun a un solo paso de la tumba.

Pero aquella a quien se dirigen todo ese miedo y toda esa inquietud, la pobre mujer desangrada y cansada, ya no sabe nada de todas esas mezquinas complicaciones; tranquila y serena, ha vuelto a su prisión. Ahora su vida ya solo se cuenta por horas.

En la pequeña celda arden sobre la mesa dos velas. Se las han concedido a la condenada a muerte como último favor, para que no tenga que pasar en la oscuridad la noche que precede a la noche eterna. Tampoco se atreve ya el carcelero, hasta entonces tan sumamente cauteloso, a denegarle otra petición: María Antonieta pide papel y tinta para una carta; desde su última y más sombría soledad quiere dirigir una vez más la palabra a quienes se preocupan por ella. El guardián trae tinta, pluma y una hoja doblada, y mientras la primera luz del alba asoma ya por las ventanas enrejadas, María Antonieta empieza, con sus últimas fuerzas, su última carta.

Goethe dijo una vez, sobre las últimas manifestaciones inmediatamente anteriores a la muerte, esta espléndida frase: «Al final de la vida, al espíritu sereno se le abren pensamientos hasta entonces impensables; son como demonios dichosos que se posan, resplandecientes, sobre las cumbres del pasado.» Una luz de despedida igualmente misteriosa brilla también sobre esta última carta de la condenada a muerte; nunca reunió María Antonieta su alma con tanta fuerza ni con tan resuelta claridad como en esta despedida dirigida a Madame Isabel, la hermana de su esposo y ahora también guardiana de sus hijos. Más firmes, más seguros, casi varoniles son los trazos de esta hoja, escrita en una mísera mesita de prisión, que todos aquellos que revoloteaban desde el escritorio dorado de Trianón; el lenguaje se forma aquí más puro, el sentimiento sin reserva alguna: es como si la tormenta interior removida por la muerte hubiera desgarrado todo el nubarrón inquieto que, fatalmente, durante tanto tiempo ocultó a esta mujer trágica la vista de su propia hondura. María Antonieta escribe:

«A ti, querida hermana, te escribo por última vez. Acabo de ser condenada, no a una muerte ignominiosa, que solo es para los criminales, sino a reunirme con tu hermano. Inocente como él,

espero parecerme a él en sus últimos momentos. Estoy tranquila, como se está cuando la conciencia no reprocha nada. Siento profundamente dejar a mis pobres hijos: sabes que solo he vivido para ellos y para ti, mi buena y tierna hermana. Tú, que por amistad lo has sacrificado todo por quedarte con nosotros, ¡en qué situación te dejo! Por los alegatos del proceso he sabido que mi hija fue separada de ti. ¡Ay, la pobre pequeña! No me atrevo a escribirle, no recibiría mi carta, pues ni siquiera sé si esta te llegará a ti. Recibe para ambos mi bendición. Espero que más adelante, cuando sean mayores, puedan reunirse contigo y disfrutar por entero de tu tierno cuidado. Que ambos piensen en lo que sin cesar les he enseñado: que los principios y el fiel cumplimiento de los propios deberes son el fundamento más importante de la vida; que la amistad y la confianza que se tengan el uno al otro los hará felices. Que mi hija, como la mayor, sienta que debe ayudar siempre a su hermano con los consejos que le dicten su mayor experiencia y su cariño. Que mi hijo, a su vez, muestre a su hermana todos los cuidados y todos los servicios que inspira el afecto. Que ambos sientan, en fin, que en cualquier situación de su vida solo serán verdaderamente felices por su unión. Que nos tomen como ejemplo. ¡Cuánto consuelo nos ha proporcionado nuestra amistad en nuestros sufrimientos! Y la felicidad se disfruta doblemente cuando se puede compartir con un amigo. ¿Y dónde puede encontrarse un amigo más tierno, más entrañable, que en la propia familia? Que mi hijo no olvide jamás las últimas palabras de su padre, que yo le repito con toda intención: que nunca trate de vengar nuestra muerte!

Tengo que hablarte de algo que me apena mucho el corazón. Sé cuánto debe de haberte hecho sufrir este niño; perdónalo, querida hermana, piensa en su corta edad, y en lo fácil que es hacer decir a un niño lo que se quiere, incluso lo que él mismo no comprende. Espero que llegue un día en que comprenda mejor el valor de tu amor y tu ternura, que dedicas a los dos.

Tengo que confiarte todavía mis últimos pensamientos. Habría querido escribirlos desde el comienzo del proceso, pero, aparte de

que no se me permitió escribir, este se desarrolló con tal rapidez que en realidad no habría tenido tiempo para ello.

Muero en la fe apostólica, romana y católica, la religión de mis padres, en la que fui educada y que siempre he profesado. Como no tengo ningún consuelo espiritual que esperar, como no sé si aún hay sacerdotes de esta religión aquí, y como también el lugar en que me encuentro los expondría a demasiados peligros si vinieran a mí, pido a Dios de todo corazón perdón por todos los pecados que he cometido desde que vivo. Espero que, en su bondad, escuche mis últimas oraciones, como ha escuchado todas las que desde hace tiempo le dirijo, para que mi alma participe de su misericordia y de su bondad.

Pido perdón a todos los que conozco, y en particular a ti, querida hermana, por todo el dolor que pueda haberles causado sin saberlo. Perdono a todos mis enemigos el mal que me han hecho sufrir. Me despido con esto de mis tías y de todos mis hermanos y hermanas. Tuve amigos. El pensamiento de que estoy separada de ellos para siempre, y la conciencia de su dolor, están entre los mayores sufrimientos que me llevo al morir. Que sepan al menos que hasta mi último instante he pensado en ellos.

¡Adiós, buena y tierna hermana! ¡Ojalá te llegue esta carta! ¡No me olvides! ¡Te abrazo con todo mi corazón, así como a los pobres y queridos niños! ¡Dios mío, qué desgarrador es dejarlos para siempre! ¡Adiós, adiós! Ahora solo me ocuparé de mis deberes espirituales. Como no soy libre en mis decisiones, quizá me traigan un sacerdote. Pero declaro aquí que no le diré ni una sola palabra y que lo trataré como a un completo desconocido.»

Entonces la carta se interrumpe de pronto, sin palabra final, sin firma. Probablemente el cansancio venció a quien escribía. Sobre la mesa siguen ardiendo, parpadeantes, las dos velas de cera; su llama quizá sobreviva al ser humano vivo.

Esta carta surgida de las tinieblas no llegó a alcanzar a casi ninguno de aquellos a quienes iba dirigida. María Antonieta se la

entrega, poco antes de que entre el verdugo, al carcelero Bault para que se la haga llegar a su cuñada; Bault había tenido justamente la humanidad suficiente para procurarle papel y pluma, pero no el valor suficiente para hacer llegar ese legado sin permiso (¡cuantas más cabezas se ven caer, más se teme por la propia!). Así que entrega la carta de la reina, según las normas, al juez instructor Fouquier-Tinville, quien la rubrica, pero tampoco la hace llegar a su destino. Y cuando, dos años más tarde, Fouquier a su vez debe subir a la carreta que él mismo había hecho venir a la Conciergerie para tantos otros, el documento ha desaparecido; nadie en el mundo sospecha ni sabe de su existencia, salvo un único hombre de lo más insignificante llamado Courtois. Este diputado sin rango ni talento había recibido de la Convención, tras la detención de Robespierre, el encargo de ordenar y entregar los papeles que este dejaba; con esta ocasión, al antiguo fabricante de zuecos se le hizo la luz sobre cuánto poder tiene en sus manos quien se apropia de documentos secretos de Estado. Pues todos los diputados comprometidos rondan ahora, con la mayor humildad, al pequeño Courtois, a quien antes apenas saludaban; le hacen las promesas más disparatadas con tal de que les devuelva sus cartas a Robespierre. Conviene, pues —advierte el avezado mercader—, guardarse en el cajón todos los papeles ajenos que se pueda; así aprovecha el caos general para saquear la totalidad de los expedientes del Tribunal Revolucionario y comerciar con ellos; solo la carta de María Antonieta, que cae en sus manos con esta ocasión, la retiene el muy taimado: ¿quién puede saber, en tiempos semejantes, para qué podrá servir un día un documento secreto tan valioso, cuando el viento vuelva a cambiar? Durante veinte años oculta su botín, y en efecto, el viento cambia. De nuevo es un Borbón, Luis XVIII, quien es rey de Francia, y los antiguos «régicides», los que votaron la ejecución de su hermano Luis XVI, sienten ahora un notable picor en el cuello. Para congraciarse, Courtois (al fin y al cabo, robar papeles tiene su utilidad) le ofrece a Luis XVIII, en una carta hipócrita, este escrito de María Antonieta «salvado» por él, como regalo. La mala jugada de nada le sirve: Courtois es desterrado igual que los demás. Pero la

carta se ha salvado. Veintiún años después de que la reina la enviara, este maravilloso escrito de despedida sale a la luz.

¡Pero demasiado tarde! Casi todos aquellos a quienes María Antonieta quiso saludar desde su hora final la han seguido. Madame Isabel, en la guillotina; su hijo, o bien ha muerto realmente en el Temple, o vaga entonces (hasta hoy no se conoce toda la verdad) bajo un nombre ajeno, sin ser reconocido e ignorante él mismo de su propio destino, por el mundo. Y tampoco a Fersen le llega ya el saludo amoroso. No se le nombraba con una sola palabra en aquella carta, y sin embargo, ¿a quién sino a él iban dirigidas aquellas líneas conmovidas?: «Tuve amigos. El pensamiento de que estoy separada de ellos para siempre, y la conciencia de su dolor, están entre los mayores sufrimientos que me llevo al morir.» El deber le prohibía a María Antonieta nombrar ante el mundo a quien le era más querido. Pero ella había esperado que estas líneas llegasen algún día ante sus ojos, y que el amado reconociera también en la palabra contenida que, hasta su último aliento, había pensado en él con inalterable entrega del corazón. Y —¡misteriosa acción a distancia del sentimiento!— como si él sintiera ese deseo suyo de tenerlo cerca en la última hora, responde, cual convocado por magia, su diario al recibir la noticia de su muerte: «que el dolor más terrible entre sus dolores era que ella hubiese debido de estar sola en aquellos últimos instantes, sin el consuelo de tener a alguien con quien hablar». Igual que ella pensaba en él en la soledad extrema, así piensa él en ella en el mismo instante. Separados por leguas y por muros, invisibles e inalcanzables el uno para el otro, las dos almas respiran en el mismo segundo el mismo deseo: en un espacio inconcebible, más allá del tiempo, se tocan en vibración esférica su recuerdo y el de ella, como labio y labio en un beso.

María Antonieta ha dejado la pluma. Lo más duro está superado, se ha despedido de todo y de todos. Ahora, todavía unos instantes, descansar tendida y reunir fuerzas. Ya no le queda mucho por hacer en esta vida. Solo una cosa más: morir, y morir bien.

El último viaje

A las cinco de la madrugada, mientras María Antonieta escribe todavía su última carta, ya redoblan los tambores en las cuarenta y ocho secciones de París. A las siete, toda la fuerza armada está en pie; cañones listos para disparar cierran los puentes y las grandes calles, centinelas con la bayoneta calada recorren la ciudad, la caballería forma valla — un despliegue inmenso de soldados contra una sola mujer que ya no desea más que el fin. A menudo la violencia tiene más miedo de su víctima que la víctima de la violencia.

A las siete, la muchacha de cocina del carcelero se desliza sigilosamente en la celda. Sobre la mesa arden todavía las dos velas de cera; en el rincón está sentado, sombra vigilante, el oficial de gendarmería. Al principio Rosalie no ve a la reina; luego advierte, sobresaltada: María Antonieta yace completamente vestida, con su negro vestido de viuda, sobre la cama. No duerme. Está solo cansada, agotada por sus continuas pérdidas de sangre.

La pequeña y conmovedora muchacha campesina está de pie, temblando, movida por una doble compasión, ante la condenada a muerte, ante su reina. «Madame —se acerca, conmovida—, anoche no tomó nada, y casi nada durante el día. ¿Qué desea esta mañana?»

«Hija mía, no necesito ya nada, para mí todo ha terminado», responde la reina, sin incorporarse. Pero como la muchacha vuelve a ofrecerle con insistencia una sopa que ha preparado especialmente

para ella, dice, exhausta: «Bueno, Rosalie, tráigame el caldo». Toma unas cucharadas, y entonces la pequeña empieza a ayudarla a vestirse. Le habían sugerido a María Antonieta que no fuera al cadalso con su vestido negro de luto, el que había llevado ante los jueces, pues el llamativo atuendo de viuda podría enardecer al pueblo. María Antonieta —¡qué le importa ya un vestido!— no opone resistencia y decide ponerse una ligera bata blanca.

Pero también para este último esfuerzo le está reservada todavía una última humillación. Durante todos estos días la reina ha perdido sangre sin cesar, y todas sus camisas están manchadas de ello. Movida por el deseo natural de emprender su último camino físicamente limpia, quiere ahora ponerse una camisa fresca, y pide al oficial de gendarmería de guardia que se retire un poco. Pero el hombre, que tiene orden estricta de no perderla de vista ni un segundo, declara que no puede abandonar su puesto. Así que la reina se agacha en el estrecho espacio entre la cama y la pared, y mientras se pone la camisa, la pequeña muchacha de cocina se coloca compasivamente delante de ella para cubrir su desnudez. Pero ¿qué hacer con la camisa ensangrentada? La mujer se avergüenza de dejar el lienzo manchado a la vista del hombre extraño y de las miradas curiosas e indiscretas de quienes, dentro de pocas horas, vendrán a repartirse sus bienes. Así que la enrolla rápidamente formando un pequeño ovillo y la esconde en un hueco detrás de la pared de la estufa.

Con especial esmero se viste después la reina. Hace más de un año que no pisa la calle, que no ve sobre sí un cielo libre y amplio: precisamente este último trayecto ha de encontrarla decente y limpiamente vestida; ya no es la vanidad femenina lo que la guía, sino el sentido de la dignidad de la hora histórica. Con cuidado se ajusta su vestido blanco de mañana, se envuelve el cuello con un pañuelo de muselina ligera, elige sus mejores zapatos; una cofia de dos alas oculta su cabello, ya blanco.

A las ocho llaman a la puerta. No, todavía no es el verdugo. Es solo su heraldo, el sacerdote, pero uno de esos que han prestado el

juramento republicano. La reina se niega cortésmente a confesarse con él; solo reconoce como ministros de Dios a los sacerdotes no juramentados, y a su pregunta de si debe acompañarla en su último trayecto, responde con indiferencia: «Como usted quiera».

Esta aparente indiferencia es, en cierto modo, el muro protector tras el cual María Antonieta prepara su resolución interior para el último viaje. Cuando a las diez entra el verdugo Sanson, un joven de estatura gigantesca, para cortarle el pelo, ella se deja atar tranquilamente las manos a la espalda y no opone resistencia. La vida, lo sabe, ya no tiene salvación; solo el honor. ¡Que ahora, ante nadie, se muestre debilidad! Solo mantener la firmeza y mostrar a todos los que deseen verlo cómo muere una hija de María Teresa.

Hacia las once se abren las puertas de la Conciergerie. Fuera espera la carreta del verdugo, una especie de carro de varales al que va uncido un caballo poderoso y pesado. A Luis XVI lo habían conducido a la muerte todavía, solemne y respetuosamente, en su carroza de corte cerrada, protegido por la pared de cristal de la curiosidad más grosera, del odio más doloroso. Entretanto, la República ha avanzado inmensamente en su curso ardiente; exige la igualdad también para el trayecto hacia la guillotina: una reina no necesita morir más cómodamente que cualquier otro ciudadano, una carreta basta para la viuda Capet. Como asiento sirve solo una tabla encajada entre los travesaños, sin almohadón ni manta: también Madame Roland, Danton, Robespierre, Fouquier, Hébert, todos los que envían a María Antonieta a la muerte, harán en la misma tabla dura su último viaje; solo un breve trecho del camino se adelanta la sentenciada a sus jueces.

Primero salen los oficiales del oscuro pasadizo de la Conciergerie, tras ellos toda una compañía de guardia, con la mano en el fusil; luego llega, con paso tranquilo y seguro, María Antonieta. El verdugo Sanson la sujeta por la larga cuerda con la que le han atado las manos a la espalda, como si hubiera peligro de que su víctima, rodeada de cientos de guardias y soldados, pudiera todavía escapársele. Los presentes se sorprenden involuntariamente ante

esta humillación tan inesperada como innecesaria. No se alza ninguno de los habituales gritos de burla. En completo silencio dejan avanzar a la reina hasta la carreta. Allí Sanson le tiende la mano para ayudarla a subir. A su lado se sienta el sacerdote Girard, vestido de civil; pero el verdugo permanece de pie, erguido, con el rostro inmóvil, la cuerda en la mano: como Caronte lleva las almas de los difuntos, él lleva, con el corazón impasible, su carga cada día a la otra orilla de la vida. Pero esta vez, tanto él como sus ayudantes sostienen durante todo el trayecto el sombrero de tres picos bajo el brazo, como si quisieran disculparse ante la mujer indefensa a la que llevan al cadalso por su triste oficio.

El miserable carro traquetea lentamente sobre el empedrado. Se toman tiempo a propósito: todos han de poder contemplar bien ese espectáculo único. En el duro asiento, la reina siente hasta la médula cada bache de la tosca carreta sobre el mal empedrado, pero, inmóvil el rostro pálido, con sus ojos de párpados enrojecidos mirando fijamente ante sí, María Antonieta no ofrece a la curiosidad apiñada ninguna señal de miedo ni de dolor. Reúne todas sus fuerzas del alma para mantenerse firme hasta el final, y en vano acechan sus enemigos más encarnizados para sorprenderla en un instante de flaqueza o desaliento. Pero nada logra turbar a María Antonieta: ni que junto a la iglesia de Saint-Roch las mujeres allí congregadas la reciban con los habituales gritos de burla, ni que el actor Grammont, para animar la sombría escena, cabalgue delante del carro fúnebre con uniforme de guardia nacional y, blandiendo el sable, exclame: «¡Ahí está, la infame Antonieta! ¡Ahora va a acabar, amigos míos!». Su rostro permanece cerrado como el bronce; parece no oír nada, no ver nada. Las manos atadas a la espalda solo le enderezan más el cuello; mira fijamente hacia delante, y todas las imágenes abigarradas y salvajes de la calle ya no penetran en sus ojos, inundados por dentro de muerte. Ni un temblor agita sus labios, ni un escalofrío recorre su cuerpo; dueña por completo de su fuerza, permanece allí sentada, altiva y desdeñosa, y hasta el propio Hébert tiene que confesar al día siguiente en su «Père Duchesne»:

«Al fin y al cabo, la ramera se mantuvo audaz y descarada hasta el final».

En la esquina de la rue Saint-Honoré, en el lugar donde hoy está el Café de la Régence, espera, lápiz en ristre, un hombre con una hoja de papel en la mano. Es Louis David, una de las almas más cobardes, uno de los más grandes artistas de la época. Durante la Revolución, el más estridente entre los que gritan, sirve a los poderosos mientras están en el poder y los abandona en el peligro. Pinta a Marat en su lecho de muerte; el ocho de Termidor jura, grandilocuente, a Robespierre «apurar con él el cáliz hasta las heces», pero ya el nueve, en la sesión fatídica, se le ha pasado esa sed heroica; el triste héroe prefiere esconderse en su casa, y con esa cobardía escapa a la guillotina. Enemigo encarnizado de los tiranos durante la Revolución, será el primero en pasarse al nuevo dictador, y a cambio de pintar la coronación de Napoleón, trueca su antiguo odio aristocrático por el título de «barón». Tipo del eterno tránsfuga hacia el poder, adulador ante los triunfadores, despiadado con los vencidos, pinta a los vencedores en la coronación y a los derrotados de camino al cadalso. Desde esa misma carreta del verdugo que ahora lleva a María Antonieta, lo divisará más tarde también Danton, que conoce su vileza, y le lanzará todavía, rápido, el despectivo insulto: «¡Alma de lacayo!».

Pero aunque tenga alma de sirviente y un corazón cobarde y mezquino, este hombre posee un ojo espléndido, una mano infalible. En un trazo fija para siempre, en una hoja fugaz, el rostro de la reina camino del cadalso, un boceto atroz y grandioso, arrancado con fuerza inquietante, todavía caliente, de la vida misma: una mujer envejecida, ya no hermosa, solo altiva. La boca cerrada con altivez, como en un grito hacia adentro, los ojos indiferentes y ajenos, así está sentada, con las manos atadas a la espalda, tan desafiante y erguida sobre su carreta del verdugo como si fuera un trono. Un desdén indecible habla en cada línea de ese rostro petrificado, una resolución inquebrantable en el pecho erguido; el sufrimiento que se transforma en desafío, el padecimiento que por dentro se ha vuelto fuerza, dan a esta figura torturada una majestad

nueva y terrible. Ni siquiera el odio puede negar, en esta hoja, la nobleza con que María Antonieta vence, con su magnífica compostura, la afrenta de la carreta del verdugo.

La inmensa plaza de la Revolución, la actual Place de la Concorde, está negra de gente. Decenas de miles llevan en pie desde primera hora de la mañana, para no perderse el espectáculo único de cómo una reina, según la tosca expresión de Hébert, «es partida en dos por la navaja nacional». Hace horas que espera la multitud curiosa. Para no aburrirse, se charla un poco con una vecina bonita, se ríe, se cotillea, se compran a los vendedores ambulantes periódicos o caricaturas, se hojea el último folleto de actualidad, «Les Adieux de la Reine à ses mignons et mignonnes» o «Grandes fureurs de la ci-devant Reine». Se adivina y se murmura de quién caerá aquí la cabeza en el cesto mañana y pasado mañana, y entretanto se compran limonada, panecillos o nueces a los vendedores callejeros: la gran escena bien vale un poco de paciencia.

Sobre esa masa negra, ondulante y curiosa, se alzan rígidas, lo único inerte en ese espacio animado de vida humana, dos siluetas: la línea esbelta de la guillotina, ese puente de madera que lleva del más acá al más allá; de su travesaño superior brilla, bajo el turbio sol de octubre, la señal reluciente: la cuchilla recién afilada. Se recorta ligera y libre contra el cielo gris, juguete olvidado de un dios pavoroso, y los pájaros, que no presienten el siniestro significado de este instrumento cruel, juegan sobre ella en vuelo despreocupado.

Severa y grave se alza al lado, dominando con orgullo la puerta de la muerte, la gigantesca estatua de la Libertad sobre el pedestal que antes sostuvo el monumento a Luis XV. Quieta está sentada allí, la diosa inaccesible, la cabeza coronada con el gorro frigio, pensativa, la espada en la mano; está sentada allí, pétrea en la piedra, la diosa de la Libertad, y sueña para sus adentros. Sus ojos blancos miran fijamente, más allá de la multitud eternamente inquieta a sus pies, y lejos, por encima de la vecina máquina de matar, hacia algo remoto e invisible. No ve lo humano a su alrededor, ni la vida, ni la muerte, la incomprensible y eternamente amada diosa de ojos pétreos que

sueñan. No oye los gritos de todos los que la invocan, no siente las coronas que le ponen en torno a sus rodillas de piedra, ni la sangre que abona la tierra a sus pies. Cual pensamiento eterno, ajena entre los hombres, permanece sentada, muda, y mira fijamente a lo lejos, hacia su meta invisible. No pregunta ni sabe qué sucede en su nombre.

De pronto la multitud se agita, hierve y enmudece de golpe. En ese silencio se oyen ahora gritos salvajes desde la rue Saint-Honoré, se ve avanzar la caballería, y ahora dobla la esquina el carro trágico con la mujer atada que un día fue señora de Francia; detrás de ella está, con la cuerda orgullosamente en una mano y el sombrero humildemente en la otra, Sanson, el verdugo. En la enorme plaza se hace un silencio total. Los pregoneros dejan de gritar, toda palabra enmudece, se hace tal silencio que se oye el pesado pisar del caballo y el crujir de las ruedas. Las decenas de miles de personas que hasta hacía un instante charlaban animadamente y reían miran ahora, oprimidas, con una sensación de horror sobrecogido, a la mujer pálida y atada que no mira a ninguna de ellas. Ella lo sabe: ¡solo queda esta última prueba! Solo cinco minutos más de morir y luego la inmortalidad.

El carro se detiene ante el cadalso. Tranquila y sin ayuda, «con un rostro aún más pétreo que al salir de la prisión», la reina sube, rechazando toda ayuda, los peldaños de tablas del cadalso; sube estos últimos peldaños con sus zapatos de raso negro de tacón alto tan ligera y airosa como antaño las escaleras de mármol de Versalles. ¡Una mirada perdida más, por encima del hostil gentío, hacia el cielo ante ella! ¿Reconoce allá, en la niebla otoñal, las Tullerías, donde vivió y sufrió lo indecible? ¿Se acuerda todavía, en este último, ya postrer minuto, del día en que esas mismas masas la saludaron entusiasmadas, en ese mismo jardín, como Delfina? No se sabe. Nadie conoce los últimos pensamientos de un moribundo. Y ya ha terminado. Los verdugos la sujetan de espaldas, un rápido empujón sobre la tabla, la cabeza bajo la cuchilla, un tirón de la cuerda, un relámpago de la hoja que cae, un golpe sordo, y ya Sanson agarra por los cabellos una cabeza desangrada y la alza

visible sobre la plaza. Con un estallido, el horror que cortaba el aliento a las decenas de miles se libera ahora en un grito salvaje. «¡Viva la República!», truena como si saliera de una garganta al fin liberada de una asfixia enloquecida. Luego la multitud se dispersa, casi apresurada. Parbleu, en efecto ya son las doce y cuarto, hora de comer; ahora, rápido a casa. ¡Para qué quedarse más tiempo parado! Mañana y durante todas las semanas y meses siguientes se podrá ver, casi a diario, en la misma plaza, una y otra vez el mismo espectáculo.

Es mediodía. La multitud se ha dispersado. En una pequeña carretilla, el verdugo se lleva el cadáver, con la cabeza ensangrentada entre las piernas. Unos pocos gendarmes vigilan todavía el cadalso. Pero a nadie le importa la sangre que se filtra lentamente en la tierra; la plaza vuelve a quedar vacía.

Solo la diosa de la Libertad, presa en su piedra blanca, ha permanecido inmóvil en su sitio y sigue mirando fijamente, sin cesar, hacia su meta invisible. No ha visto nada, no ha oído nada. Severa, mira más allá del actuar salvaje e insensato de los hombres, hacia la eterna lejanía. No sabe ni quiere saber qué sucede en su nombre.

El lamento fúnebre

En esos meses ocurren demasiadas cosas en París como para que se pueda pensar largo tiempo en una sola muerte. Cuanto más deprisa corre el tiempo, más se acorta la memoria de los hombres. Bastan unos días, unas semanas, y en París ya se ha olvidado por completo que una reina, María Antonieta, fue decapitada y enterrada. El mismo día después de la ejecución, Hébert todavía brama en su «Père Duchesne»: «He visto caer en el saco la cabeza del veto hembra, y quisiera, maldita sea ("foutre"), poder describir el placer de los sans-culottes cuando la gran tigresa atravesó París en el carro de las treinta y seis varas... Su maldita cabeza fue por fin separada de su cuello de ramera, y el aire retumba —maldita sea— con los gritos de ¡Viva la República!». Pero apenas se le escucha; en el año del Terror cada cual tiene miedo por su propia cabeza. Entretanto el ataúd queda sin enterrar en el cementerio, porque por un solo ser no se cava —resultaría demasiado costoso— ninguna tumba. Se espera el repuesto de la diligente guillotina, y solo cuando hay reunida una docena, el ataúd de María Antonieta se cubre de cal viva y se arroja, junto con los recién llegados, a una fosa común. Con eso queda todo resuelto. En la prisión, el perrito de la reina corre y gime aún inquieto unos días, olfatea de habitación en habitación y salta sobre todos los colchones buscando a su dueña; luego también él se vuelve indiferente, y el carcelero, compadecido, se lo lleva consigo. Además: al ayuntamiento llega un enterrador y presenta la cuenta: «Seis libras por el ataúd de la viuda Capet, quince libras treinta y cinco sueldos por la tumba y los enterradores». Después, un alguacil recoge las pocas y míseras

prendas de la reina, levanta acta y las envía a un hospital; pobres viejas las llevan puestas, sin saber, sin preguntar, a quién pertenecieron antes. Con eso queda liquidado para los contemporáneos lo que fue María Antonieta: cuando pocos años después un alemán llega a París y pregunta por la tumba de la reina, ya no se encuentra en toda la ciudad ni una sola persona que pueda informarle de dónde yace enterrada la que fue reina de Francia.

Tampoco más allá de las fronteras provoca gran conmoción la ejecución de María Antonieta —ya se la esperaba—. El duque de Coburgo, demasiado cobarde para salvarla a tiempo, proclama grandilocuentemente venganza en la orden del día del ejército. El conde de Provenza, que con esta ejecución ha dado de nuevo un firme paso hacia el futuro Luis XVIII —solo falta esconder o apartar todavía al muchachito del Temple—, manda decir, aparentemente conmovido, piadosas misas de difuntos. En la corte de Viena, el emperador Francisco II, que había sido demasiado negligente para escribir siquiera una carta que salvara a la reina, ordena el más riguroso luto de corte. Las damas se visten de negro, Su Majestad Imperial no asiste al teatro durante varias semanas, los periódicos escriben, como se les ha ordenado, con la mayor indignación sobre los malvados jacobinos de París. Se muestra tan generoso como para hacerse cargo de los diamantes que María Antonieta había confiado a Mercy, y más tarde de la hija, a cambio de los comisarios prisioneros; pero cuando se trata de reembolsar las sumas empleadas en los intentos de rescate y de saldar los pagarés de la reina, la corte de Viena se vuelve de pronto dura de oído. En general, no se gusta de recordar la ejecución de la reina; algo oprime incluso la conciencia imperial por haber abandonado tan miserablemente ante el mundo a una parienta de su propia sangre. Todavía años después anota Napoleón: «Era un principio absolutamente vigente en la Casa de Austria guardar el más profundo silencio sobre la reina de Francia. Al oír el nombre de "María Antonieta", bajan la mirada y dan a la conversación otro rumbo, como si quisieran esquivar un tema inoportuno y penoso. Es

una regla que sigue toda la familia, y que también se recomienda a sus representantes en el extranjero».

A un solo hombre le llega la noticia hasta el fondo del corazón: a Fersen, el más fiel de los fieles. Cada día su angustia había esperado lo espantoso: «Desde hace tiempo procuro prepararme para ello, y creo que por eso recibiré la noticia sin gran conmoción». Pero cuando llegan los periódicos a Bruselas, se siente aniquilado. «Ella, que significó toda mi vida», escribe a su hermana, «y a la que nunca he dejado de amar, no, nunca, ni un solo instante, y por la que lo habría sacrificado todo, todo; ella, de quien solo ahora siento de verdad lo que fue para mí, y por la que habría dado mil vidas, ya no existe. Oh, Dios mío, ¿por qué castigarme así? ¿En qué he merecido tu cólera? Ella ya no vive, mi dolor ha llegado a su colmo, y no comprendo cómo puedo seguir viviendo yo mismo. No sé cómo sigo soportando mi dolor, pues es desmedido y jamás podrá apagarse. La tendré siempre presente en mi recuerdo, para llorarla. Mi querida amiga, ay, ¿por qué no morí a su lado, por ella, aquel 20 de junio? Habría sido más feliz que ahora, arrastrando mi vida en un eterno sufrimiento, con reproches que solo terminarán con mi vida, pues jamás se borrará de mi memoria su imagen adorada». Solo de su duelo siente que puede vivir ya, solo del recuerdo de ella: «El único objeto que me colmaba, el único que reunía en sí todo para mí, ya no existe, y solo ahora comprendo hasta qué punto le estaba entregado. Su imagen no deja de ocuparme, me persigue y me perseguirá sin tregua a todas partes; no puedo hablar más que de ella y evocar los momentos más hermosos de mi vida. He dado orden de comprar en París todo cuanto pueda hallarse aún como recuerdo suyo; todo lo que fue suyo es sagrado para mí, son reliquias que serán eternamente objeto de mi fiel admiración». Nada puede compensarle su pérdida. Meses después escribe todavía en su diario: «Oh, siento cada día cuánto he perdido y cuán perfecta era ella en todos los sentidos. Nunca hubo una mujer como ella ni la habrá jamás». Los años y los años no aminoran su conmoción; todo se convierte para él en nueva ocasión de recordar a la que le fue arrebatada. Cuando en 1796 llega a Viena y ve allí por primera vez a

la hija de María Antonieta en la corte imperial, la impresión es tan fuerte que se le saltan las lágrimas: «Las rodillas me temblaban mientras bajaba las escaleras. Sentí mucho dolor y mucho placer, y estaba profundamente conmovido».

Siempre que ve a la hija, se le humedecen los ojos al pensar en la madre; le atrae ese ser, sangre de su sangre. Pero ni una sola vez se le permite a la muchacha dirigir la palabra a Fersen. ¿Es aquel decreto secreto de la corte para hacer olvidar a la sacrificada, o es el rigor del confesor, que quizá conoce la relación «culpable» con la madre de la joven? A disgusto ve la corte austríaca la presencia de Fersen, y con gusto lo ve partir de nuevo: pero la palabra «gracias» jamás la oyó el más fiel de los fieles de labios de la Casa de Habsburgo.

Tras la muerte de María Antonieta, Fersen se vuelve un hombre huraño, duro. El mundo le parece injusto y frío, la vida absurda; su ambición política, su ambición diplomática han llegado por completo a su fin. En los años de guerra vaga por Europa como enviado; ya está en Viena, en Karlsruhe, en Rastatt, en Italia y en Suecia; entabla relaciones con otras mujeres, pero nada de eso lo ocupa ni lo aquieta por dentro; una y otra vez asoma en su diario la prueba de hasta qué punto el amante, en el fondo, no vive sino para la sombra amada. El 16 de octubre, día de su muerte, se lee todavía años después: «Este día es para mí un día de veneración. Nunca he podido olvidar lo que perdí; mi pesar vivirá tanto como yo mismo». Pero hay una segunda fecha que Fersen marca una y otra vez como el día fatídico de su vida: el 20 de junio. Nunca pudo perdonarse haber cedido, aquel día de la huida a Varennes, a la orden de Luis XVI y haber dejado sola a María Antonieta en el peligro; cada vez más siente ese día como una culpa personal, todavía no saldada. Habría sido mejor y más heroico, se acusa una y otra vez, haber sido despedazado entonces por el pueblo, en vez de seguir viviendo así y sobrevivirla, con el corazón sin alegría, el alma agobiada de reproches. «¿Por qué no morí entonces por ella, el 20 de junio?» — una y otra vez este reproche místico aparece acusador en su diario.

Pero al destino le gustan las analogías del azar y el misterioso juego de los números; años después le cumple su deseo romántico. Precisamente en ese día, un 20 de junio, Fersen encuentra la muerte con que soñaba, y la encuentra exactamente como la había querido para sí. Fersen, sin buscar dignidades, se ha convertido poco a poco, por la fuerza de su nombre, en un hombre poderoso en su patria: mariscal de la nobleza y el consejero más influyente del rey, un hombre poderoso; pero un hombre duro, severo, un señor a la manera del siglo pasado. Desde aquel día de Varennes odia al pueblo, porque le arrebató a su reina, como a una chusma malvada, como a una canalla infame, y el pueblo odia de corazón a este noble a su vez. Sus enemigos difunden en secreto que este insolente señor feudal quiere, para vengarse de Francia, convertirse él mismo en rey de Suecia y arrastrar a la nación a la guerra. Y cuando en junio de 1810 muere de pronto el heredero al trono de Suecia, surge en todo Estocolmo, de manera inexplicable, un rumor, un chismorreo salvaje y peligroso: que el mariscal de la nobleza, Fersen, lo habría eliminado con veneno para hacerse él mismo con la corona. Desde ese instante, la vida de Fersen está tan amenazada por la cólera del pueblo como lo estuvo la de María Antonieta durante la Revolución. Por eso, el día del entierro, amigos bienintencionados que han oído hablar de toda suerte de planes advierten al hombre, terco, de que no participe en las exequias, sino que se quede prudentemente en casa. Pero es el 20 de junio, el día fatídico y místico de Fersen: una voluntad oscura lo empuja a cumplir el destino soñado de antemano. Y exactamente eso sucede ese 20 de junio en Estocolmo, lo que dieciocho años antes habría sucedido en París si la multitud hubiera encontrado a Fersen como acompañante de María Antonieta en el carruaje: apenas el coche abandona el palacio, una chusma furiosa rompe el cordón de las tropas, arranca a puñetazos del carruaje al hombre de cabellos grises y abate a golpes de palos y piedras al indefenso. La imagen soñada del 20 de junio se ha cumplido; pisoteado por el mismo elemento salvaje e indomable que llevó a María Antonieta al cadalso, yace ante el ayuntamiento de Estocolmo, sangrante y mutilado, el cadáver del «hermoso Fersen», el último paladín de la última reina. La vida no pudo unirlo a ella; así, al

menos, muere para ella una muerte simbólica en el día fatídico que ambos compartieron.

Con Fersen se ha ido el último que estuvo ligado con amor al recuerdo de María Antonieta. Pero ningún hombre y ninguna sombra sigue verdaderamente vivo más tiempo del que algún ser sobre la tierra lo siga amando de verdad. El lamento fúnebre de Fersen es la última palabra de la fidelidad; después esta enmudece por completo. Pronto mueren tras ella los demás fieles, Trianón se arruina, sus delicados jardines se agrestan, los cuadros, los muebles, en cuya armoniosa compañía ella había reflejado su propia gracia, son subastados y malvendidos, y con ello se pierde definitivamente el último rastro visible de su paso por el mundo. Y de nuevo el tiempo corre sobre el tiempo, sangre sobre sangre; la Revolución se apaga en el Consulado, llega Bonaparte, y pronto se llama Napoleón, el emperador Napoleón, y toma para sí a otra archiduquesa de la Casa de Habsburgo para una nueva boda funesta. Pero también ella, María Luisa, aunque unida por la misma sangre —cosa incomprensible para nuestro sentir—, en su torpe indolencia de corazón no pregunta ni una sola vez dónde duerme su amargo sueño la mujer que antes que ella vivió y sufrió en aquellas mismas estancias de las mismas Tullerías: nunca una figura todavía tan cercana en el tiempo, una reina, ha sido olvidada con tan cruel frialdad por sus parientes más próximos y sus sucesores. Por fin llega el cambio, un recuerdo nacido de la mala conciencia. El conde de Provenza, pasando por encima de los cadáveres de tres millones, ha ascendido al fin al trono francés como Luis XVIII; por fin, por fin el caminante de las sombras ha llegado a su meta. Puesto que felizmente han sido apartados quienes tanto tiempo cerraron el paso a su ambición, Luis XVI y María Antonieta y su desdichado hijo Luis XVII, y puesto que los muertos no pueden levantarse y protestar, ¿por qué no erigirles a posteriori un mausoleo suntuoso? Ahora, por fin, se da la orden de averiguar dónde está su sepultura (el propio hermano jamás preguntó por la tumba de su hermano). Pero después de veintidós años de tan lamentable indiferencia, la cosa ya no es fácil, pues en aquel tristemente célebre huerto conventual

junto a la Madeleine, que el Terror abonó con mil cadáveres, la premura del trabajo no dejó tiempo al enterrador para señalar las tumbas una por una; se limitaban a acarrear y amontonar deprisa, unos junto a otros, lo que el hacha insaciable les iba proporcionando cada día. Nulla crux, nulla corona, ni cruz ni corona señalan el lugar perdido; solo se sabe que la Convención ordenó cubrir de cal viva los cadáveres reales. Así se cava y se cava. Por fin la pala choca contra una capa dura. Y por una liga medio podrida se reconoce que el puñado de polvo pálido que, temblando, se saca de la tierra húmeda, es el último rastro de aquella figura desvanecida que en su tiempo fue la diosa de la gracia y del gusto, y luego la reina probada y escogida de todo padecimiento.

Finis

Cronología

1755. 2 de noviembre: nacimiento de María Antonieta.

1769. 7 de junio: petición de mano por escrito de Luis XV.

1770. 19 de abril: boda por poderes en Viena. 16 de mayo: boda en Versalles. 24 de diciembre: Choiseul cae en desgracia.

1772. 11 de enero: llegada de Rohan a Viena. 5 de agosto: reparto de Polonia.

1773. 8 de junio: entrada de la Delfina en París.

1774. 10 de mayo: muerte de Luis XV. Se ofrece a María Antonieta el collar por primera vez. — Fersen, por primera vez en Versalles. — Rohan es llamado de vuelta de Viena. — Beaumarchais vende su libelo a María Teresa.

1777. Abril/mayo: visita de José II a Versalles. Agosto: primer encuentro íntimo de los esposos.

1778. 19 de diciembre: nacimiento de Madame Royale, futura duquesa de Angulema.

1779. Primer libelo contra María Antonieta.

1780. 1 de agosto: primera actuación en el teatro de Trianón. 29 de noviembre: muerte de María Teresa.

1781. 22 de octubre: nacimiento del primer Delfín.

1783. 3 de septiembre: paz de Versalles. — Inglaterra reconoce a los Estados Unidos.

1784. 27 de abril: estreno de «Fígaro» en el Théâtre français. 11 de agosto: encuentro simulado con Rohan en el Bosquet de Vénus.

1785. 29 de enero: Rohan compra el collar. 27 de marzo: nacimiento del segundo Delfín. 15 de agosto: detención de Rohan en Versalles. 19 de agosto: representación de «El Barbero» en Trianón, última función teatral allí.

1786. 31 de mayo: sentencia en el asunto del collar. 9 de julio: nacimiento de la princesa Sophie-Beatrix.

1788. Comienza la intimidad con Fersen. 8 de agosto: convocatoria de los Estados Generales para el 1 de mayo de 1789. — Necker, de nuevo ministro.

1789. 5 de mayo: apertura de los Estados Generales. 3 de junio: muerte del primer Delfín. 17 de junio: el tercer estado se constituye en Asamblea Nacional. 20 de junio: juramento en el Juego de Pelota. 25 de junio: libertad de prensa. 11 de julio: destierro de Necker. 13 de julio: creación de la Guardia Nacional. 14 de julio: toma de la Bastilla. 16 de julio: comienza la emigración (Artois, Polignac). Finales de agosto: Fersen en Versalles. 1 de octubre: banquete de los guardias de corps. 5 de octubre: marcha del pueblo de París hacia Versalles. 6 de octubre: traslado de la familia real a París. — Fundación del Club de los Jacobinos en París.

1790. 20 de febrero: muerte de José II. 4 de junio: última estancia veraniega en Saint-Cloud. 3 de julio: encuentro con Mirabeau.

1791. 2 de abril: muerte de Mirabeau. 20-25 de junio: huida a Varennes. — Barnave y sus amigos, en las Tullerías. 14 de septiembre: juramento del rey a la Constitución. 1 de octubre: Assemblée législative.

1792. 13-14 de febrero: Fersen, por última vez en las Tullerías. 20 de febrero: María Antonieta, por última vez en el teatro. 1 de marzo: muerte de Leopoldo II. 24 de marzo: ministerio Roland. 29 de marzo: muerte de Gustavo de Suecia. 20 de abril: declaración de guerra de Francia a Austria. 13 de junio: destitución del ministerio

Roland. 19 de junio: veto del rey. 20 de junio: primer asalto a las Tullerías. 10 de agosto: toma de las Tullerías. Danton, ministro de Justicia. 13 de agosto: suspensión del poder real. — Traslado de la familia real al Temple. 22 de agosto: primer levantamiento en la Vendée. 2 de septiembre: caída de Verdún. 2-5 de septiembre: las matanzas de septiembre. 3 de septiembre: asesinato de la princesa de Lamballe. 20 de septiembre: cañoneo de Valmy. 21 de septiembre: la Convención (Convention nationale). — Abolición de la monarquía y proclamación de la República. 6 de noviembre: batalla de Jemappes. 11 de diciembre: comienza el proceso contra Luis XVI.

1793. 4 de enero: segundo reparto de Polonia. 21 de enero: ejecución de Luis XVI. 10 de marzo: instauración del Tribunal Revolucionario. 31 de marzo: evacuación de Bélgica por los franceses. 4 de abril: Dumouriez se pasa al enemigo. 29 de mayo: levantamiento en Lyon. 3 de julio: separación del Delfín de María Antonieta. 1 de agosto: traslado a la Conciergerie. 3 de octubre: acusación contra los girondinos. 9 de octubre: caída de Lyon. 12 de octubre: primer interrogatorio de María Antonieta. 14 de octubre: comienza la vista contra María Antonieta. 16 de octubre: ejecución de la reina.

1795. 8 de junio: supuesta muerte del Delfín (Luis XVII).

1814. Luis XVIII (antes conde de Provenza), rey de Francia.

Nota final

Es habitual, al final de un libro histórico, enumerar las fuentes utilizadas; en el caso particular de María Antonieta me parece casi más importante señalar qué fuentes *no* se han utilizado y por qué motivos. Pues ya los documentos por lo demás más seguros, a saber, las cartas autógrafas, resultan aquí poco fiables. María Antonieta era, como se ha mencionado repetidas veces en este libro, conforme a su carácter impaciente, una escritora de cartas negligente; casi nunca se sentaba por propia voluntad, si no la empujaba una verdadera obligación, ante aquel maravilloso y delicado escritorio que hoy todavía puede verse en Trianón. Así pues, no era en absoluto sorprendente que aún diez, aún veinte años después de su muerte, apenas se conocieran cartas de su mano, salvo aquellos innumerables recibos con el inevitable «Payez, Marie Antoinette». Las dos correspondencias realmente extensas que mantuvo, la de su madre y la corte de Viena, y la otra, íntima, con el conde de Fersen, permanecieron entonces, y aún medio siglo después, cerradas bajo llave en los archivos; las pocas cartas publicadas a la condesa de Polignac eran igualmente inaccesibles en sus originales. De ahí que fuera tanto mayor la sorpresa cuando, en los años cuarenta, cincuenta y sesenta, en casi todas las subastas parisinas de autógrafos aparecían cartas manuscritas que, curiosamente, llevaban todas la firma de la reina, cuando en realidad la reina solo firmaba en casos rarísimos. Después vinieron, golpe tras golpe, publicaciones generosas: una del conde Hunolstein y la colección de sus cartas —aún hoy la más extensa— que preparó el barón Feuillet de Conches, y como tercera la de Klinckowström, que

contenía —eso sí, en una selección castamente mutilada— las cartas de María Antonieta a Fersen. La alegría de los historiadores más rigurosos ante este magnífico enriquecimiento del material no fue, sin embargo, del todo pura: pocos meses después de su publicación se pone en duda toda una serie de las cartas publicadas por Hunolstein y Feuillet de Conches, se entabla una larga polémica, y pronto no cupo ya ninguna duda, para los de buena fe, de que algún falsificador muy hábil, genial incluso, había mezclado lo auténtico con lo falso del modo más audaz, y había puesto en circulación al mismo tiempo, como respaldo, incluso los autógrafos falsos.

El nombre de aquel formidable falsificador, uno de los más hábiles que se conocen, no lo han revelado los estudiosos por un curioso miramiento. Es cierto que Flammermont y Rocheterie, los mejores investigadores, dejaban entrever claramente, entre líneas, de quién sospechaban. Hoy ya no hay motivo para callar ese nombre y así enriquecer la historia de la falsificación con un caso psicológicamente sumamente interesante. El excesivo acrecentador del tesoro epistolar de María Antonieta no era otro que el propio editor de sus cartas, el barón Feuillet de Conches: alto diplomático, hombre de cultura extraordinaria, escritor excelente y ameno, conocedor exquisito de la historia cultural francesa, había rastreado durante diez o veinte años todas las cartas de María Antonieta en todos los archivos y colecciones privadas, y había reunido aquella obra con una laboriosidad verdaderamente encomiable y un gran conocimiento —una hazaña que aún hoy merece respeto.

Pero este hombre respetable y laborioso tenía una pasión, y las pasiones son siempre peligrosas: coleccionaba autógrafos con verdadera pasión, pasaba por el papa científico en esta materia, y le debemos, en sus «Causeries d'un curieux», un excelente ensayo sobre este coleccionismo. Su colección, o, como decía él con orgullo, su «cabinet», era la mayor de Francia, pero ¿a qué coleccionista le basta su colección? Probablemente porque sus propios medios no alcanzaban para acrecentar sus carpetas tanto como él deseaba, fabricó de su propia mano cierto número de autógrafos de La Fontaine, de Boileau y de Racine —que aún hoy asoman a veces en

el mercado— y los vendió por medio de marchantes parisinos e ingleses. Pero sus verdaderas obras maestras siguen siendo, sin discusión, las cartas falsificadas de María Antonieta. Aquí conocía la materia, la letra y todas las circunstancias como ningún otro ser vivo. Así, no le resultó demasiado difícil, tras siete cartas realmente auténticas a la duquesa de Polignac, cuyos originales había sido el primero en examinar, inventar otras tantas falsas, o redactar breves billetes de la reina a aquellos parientes suyos de los que sabía que mantenían con ella una relación más estrecha. Gracias a su singular conocimiento tanto de la forma gráfica como del estilo de escritura de la reina, capacitado como nadie para este extraño negocio, tuvo por desgracia también la determinación de llevar a cabo falsificaciones cuya maestría resulta realmente desconcertante: tan exacto es aquí el carácter de la letra, tan imitado con tal empatía el estilo, ideado cada detalle con tal conocimiento histórico. De modo que, con la mejor voluntad —confesémoslo honestamente—, hoy resulta del todo imposible distinguir, en algunas cartas, si son auténticas o falsas, si fueron pensadas y escritas por la reina María Antonieta o ideadas y falsificadas por el barón Feuillet de Conches. Por poner un ejemplo, yo mismo no sabría afirmar con certeza si aquella carta al barón de Flachslanden que se conserva en la Biblioteca Estatal Prusiana es original o falsificación. A favor de su autenticidad hablaría el texto; a favor de la falsificación, la letra algo demasiado sosegada y redondeada y, sobre todo, la circunstancia de que su anterior propietario la había adquirido de Feuillet de Conches. Por todas estas razones, en aras de una mayor seguridad histórica, en este libro se ha dejado despiadadamente de lado todo documento cuya redacción original no tuviera otra procedencia que la sospechosa del «cabinet» del barón Feuillet de Conches; antes menos y auténtico que más y dudoso: esa fue la ley psicológica fundamental para el aprovechamiento de las cartas en este libro.

No mucho mejor que con las cartas está la fiabilidad de los testimonios orales sobre María Antonieta. Si en otras épocas nos lamentamos de la escasez de memorias y relatos de testigos presenciales, en la época de la Revolución Francesa se gime más

bien por un exceso. En décadas ciclónicas, en las que una generación es lanzada sin tregua de una ola política a la siguiente, rara vez queda tiempo para la reflexión y la visión de conjunto; en aquel entonces, en el espacio de veinticinco años, una sola generación vive las transformaciones más inesperadas: vive casi sin pausa el último esplendor, la agonía de la monarquía, los primeros días dichosos de la Revolución, los espantosos del Terror, el Directorio, el ascenso de Napoleón, su Consulado, su dictadura, el Imperio, el imperio mundial, mil victorias y la derrota decisiva, de nuevo un rey y de nuevo, durante cien días, a Napoleón. Por fin, tras Waterloo, llega la gran pausa de sosiego: al cabo de un cuarto de siglo se ha agotado una tormenta mundial sin parangón. Ahora los hombres despiertan de su angustia y se frotan los ojos. Se asombran primero de seguir vivos, y luego de cuánto han vivido en ese lapso —a nosotros mismos no nos ocurrirá de otro modo cuando la marea que desde 1914 nos agita sin cesar haya reculado por fin—, y ahora, ya en la orilla segura, quisieran contemplar con calma y de forma coherente todo lo que vieron confusos y agitados y vivieron en carne propia. Todos quieren entonces leer la historia en recuerdos de testigos presenciales, para reconstruirse a sí mismos aquella experiencia desordenada; así surge, después de 1815, una coyuntura tan ardiente para las memorias como la que tuvimos nosotros, tras la Guerra Mundial, para los libros de guerra. Los escritores de oficio y los editores lo huelen enseguida y fabrican deprisa —también esto lo hemos vivido nosotros—, antes de que decaiga el interés, en serie, para la curiosidad repentinamente desatada, recuerdos, recuerdos, recuerdos de aquella gran época. A todo aquel que en su día rozó siquiera con la manga a las personas ya convertidas entretanto en históricas, el público le exige que cuente sus vivencias. Pero como esa pobre gente menuda, que en su mayoría había tropezado bastante aturdida con los grandes acontecimientos, solo recuerda unos pocos detalles y, además, no sabe presentar de forma amena lo poco que aún recuerda, hábiles periodistas amasan bajo su nombre, en torno a esas pocas pasas, una gruesa masa, la endulzan con almíbar y la revuelcan en invenciones sentimentales hasta que de ahí sale un libro. Todo aquel

que alguna vez vivió, en las Tullerías, en las prisiones o en el Tribunal Revolucionario, una horita de historia universal, le llega ahora el turno de ser autor: la costurera, la camarera, la primera, la segunda, la tercera doncella, el peluquero, el carcelero de María Antonieta, la primera y la segunda aya de los niños, cada uno de sus amigos. Por último, y no menos importante, hasta el propio verdugo, el señor Sanson, tiene ahora que escribir sus memorias, o al menos prestar su nombre, a cambio de dinero, para algún libro que otro amaña.

Naturalmente, estos relatos amañados se contradicen unos a otros en cada detalle, y precisamente sobre los sucesos más decisivos, los del 5 y 6 de octubre de 1789, sobre la conducta de la reina durante el asalto a las Tullerías o sobre sus últimas horas, poseemos siete, ocho, diez, quince, veinte versiones muy dispares entre sí de los llamados testigos presenciales. Todos coinciden únicamente en su orientación política, a saber, en una fidelidad incondicional, enternecedora e inquebrantable a la monarquía, y esto se entiende si se recuerda que todos ellos se imprimieron con privilegio borbónico. Los mismos criados y carceleros que durante la Revolución fueron los revolucionarios más resueltos no se cansan, bajo Luis XVIII, de asegurar cuánto honraron y amaron en secreto a la bondadosa, noble, pura y virtuosa reina: si tan solo una fracción de estos fieles a posteriori hubiera sido en 1792 tan fiel y abnegada como saben contar en 1820, María Antonieta jamás habría pisado la Conciergerie, jamás el cadalso. Nueve décimas partes de las memorias de aquel tiempo proceden, pues, de un burdo afán de sensacionalismo o de una adulación bizantina; y quien busca la verdad histórica hace mejor (a diferencia de los relatos anteriores) en descartar de entrada, por su memoria demasiado complaciente, a todas esas presuntas camareras, peluqueros, gendarmes y pajes como testigos indignos de crédito; así se ha procedido aquí, sistemáticamente.

De ahí se explica por qué en esta mi presentación de María Antonieta aparece sin utilizar toda una serie de documentos, cartas y conversaciones que en todos los libros anteriores se emplearon sin

ningún reparo. El lector echará en falta alguna anécdota que le deleitó o le divirtió en aquellas biografías, empezando por la primera, aquella en que el pequeño Mozart, en Schönbrunn, le hace a María Antonieta una proposición de matrimonio, y así sucesivamente hasta la última, aquella en que la reina, al pisar por descuido el pie del verdugo durante la ejecución, habría dicho cortésmente «Pardon, Monsieur» (demasiado ingeniosamente inventada para ser verdad). Echará en falta también numerosas cartas, sobre todo las conmovedoras dirigidas al «cher cœur», a la princesa de Lamballe, y ello sencillamente porque fueron amañadas por el barón Feuillet de Conches y no escritas por María Antonieta, así como toda una serie de dichos sentimentales e ingeniosos transmitidos oralmente, y esto únicamente porque me parecen, precisamente por demasiado ingeniosos y demasiado sentimentales, no propios del carácter más bien mediano de María Antonieta.

A esta pérdida en el sentido de la sensibilidad, no en el de la veracidad histórica, se contrapone como ganancia un material nuevo y esencial. Ante todo, una revisión minuciosa en el Archivo Estatal de Viena ha revelado que, en la correspondencia entre María Teresa y María Antonieta, supuestamente publicada por completo, se suprimieron por razón de su intimidad pasajes muy importantes, e incluso los más importantes. Aquí se han aprovechado sin reservas, porque la relación conyugal de Luis XVI y María Antonieta resulta psicológicamente incomprensible sin el conocimiento del secreto fisiológico largo tiempo silenciado. Sumamente relevante fue, además, la depuración por fin llevada a cabo por la excelente investigadora Alma Söderhjelm en el archivo de los descendientes de Fersen, con la que se descubrieron, del modo más afortunado, numerosos encubrimientos morales: la «pia fraus», la piadosa leyenda del amor trovadoresco de Fersen a una inaccesible María Antonieta, ya no puede sostenerse gracias a estos documentos, tanto más convincentes cuanto más mutilados; también en otros aspectos pudieron aclararse muchos detalles oscuros o deliberadamente oscurecidos. Al ser más libre nuestra concepción de los derechos humanos y morales de una mujer, aunque esta sea por

azar también reina, tenemos hoy el camino a la sinceridad más cercano y menos temor a la verdad del alma, pues ya no creemos, como la generación anterior, que sea necesario, para ganar el interés por una figura histórica, idealizar, sentimentalizar o heroizar à tout prix su carácter, esto es, ensombrecer rasgos esenciales importantes y, a cambio, abultar otros a la manera de una tragedia. No divinizar, sino humanizar, es la ley suprema de todo estudio creador del alma; no disculpar con argumentos artificiosos, sino explicar, es su tarea obligada. Se ha intentado aquí con un carácter mediano que debe su efecto intemporal únicamente a un destino incomparable, y su grandeza interior solo a su desmesurada desdicha, y que, así lo espero al menos, puede merecer también, sin exageración alguna, precisamente por su condición terrenal, el interés y la comprensión del presente.

1932. St. Z.

¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web